



Mi Mejor
DROGA

10 NOVELAS ROMÁNTICAS Y
ERÓTICAS QUE DEBES LEER

LAURA LAGO



MI MEJOR DROGA

10 Novelas Románticas y Eróticas que Debes Leer



Por **Laura Lago**

© Laura Lago, 2016-2018.

Todos los derechos reservados.

Publicado en España por Laura Lago.

Primera Edición.

- # Autora Nº1 en Erótica (España) en menos de 7 días a la venta.
- # Autora Nº 1 en Vacaciones (España) en menos de 7 días a la venta.

Dedicado a;

Alba, por ser la mujer más exitosa que conozco.

Mi madre. Sin ella, esto no sería posible.

[Haz click aquí](#)

para suscribirte a nuestro boletín informativo y conseguir
libros gratis

Índice

- [1. El Sexo de las Estrellas — Sexo, Fiestas y Rock&Roll](#)
- [2. Ropa Interior Prescindible — Ibiza, Sexo e Insolación](#)
- [3. El Rompe-Olas — Romance Inesperado con el Ejecutivo de Vacaciones](#)
- [4. J*did@-Mente Erótica — BDSM: Belén, Dominación, Sumisión y Marcos el Millonario](#)
- [5. Caramelo Explosivo — Romance Oscuro entre el Padrastro Mafioso y su Muñeca](#)
- [6. Tinta y Máscaras — Romance Oscuro y BDSM con el Millonario y Mafioso](#)
- [7. La Mujer Trofeo — Romance, Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario](#)
- [8. Premio Gordo — Romance, Erótica y Matrimonio de Conveniencia con el Playboy Millonario](#)
- [9. Políticamente Incorrecto — Romance, Comedia, Sexo y Crítica Social](#)
- [10. Lo que Papá no Sabe — Romance con el Mejor Amigo de su Padre](#)
- [Bonus — Preview de “La Mujer Trofeo”](#)

El Sexo de las Estrellas

Sexo, Fiestas y Rock&Roll

SINOPSIS

Sarahí “Sara” Corniels es una joven española estudiante de enfermería en la UCLA. Comparte con Christina “Christie” Montoya, su mejor amiga, un pequeño departamento en Los Angeles, California.

Siendo la hija de músicos Argentinos, Christina lleva el rock en la sangre, y ese amor por la música permite que Sara conozca a una banda Indie en rápido ascenso a la fama: los ‘High Octane Blood’.

Ambas chicas deciden entonces embarcarse en una aventura, cercano el término de la visa de estudiante de Sara, en la que deberán atravesar cinco estados para perseguir a la banda, con la esperanza de poder llegar a conocerles un poco más personalmente tras bastidores.

Lo que comienza como una travesía para intentar entender a un hombre se desarrolla de otra manera: Sara termina por enamorarse de Axelle Melrose, el enigmático vocalista de High Octane Blood, y en su empeño por develar los más profundos secretos del cantante se verá envuelta en acontecimientos que cambiarán el curso de su vida para siempre.

Descubrirá que, como reza el dicho, no todo lo que brilla es oro, que algunos hombres no son lo que parecen, que las amistades se terminan y que en el camino podemos encontrarnos con personas que buscábamos aún sin saberlo.

Una historia en donde lo cotidiano se vuelve fuera de lo común, y la valentía mueven el alma de nuestra protagonista hasta hacerla cambiar su forma de actuar en pro a su desarrollo personal.

INTRO

Me encantan los pasteles de mamá, pero de todos los que prepara en su pequeña pastelería, el Red Velvet es mi pastel favorito. Mamá suele prepararlo para mi en cada cumpleaños.

Hoy es mi cumpleaños y mami prepara su delicioso Red Velvet para que yo lo disfrute junto a ella y el señor Snitch. Papá siempre promete venir en mi cumpleaños, pero nunca lo hace.

Pero eso no importa, mi mami y yo siempre la pasamos genial en casa solos los dos con el señor Snitch. Mi mamá dice que a veces se pone fastidioso, caminando por encima de las alacenas y durmiendo sobre el refrigerador pero yo le quiero mucho.

Me encanta el delicioso aroma que llena la pequeña cocina de apariencia campestre a las afueras de California. Mamá siempre ríe conmigo mientras prepara el pastel, escuchando y cantando canciones de Guns'n'Roses que suenan en la radio que estaba sobre el refrigerador, justo donde duerme el señor Snitch. Ella es muy feliz, y yo también.

Esa noche comimos pastel después que ella me cantó cumpleaños, con su hermosa voz melodiosa, suave pero profunda, como la de una diosa. El señor Snitch comía debajo de la mesa junto a mi, al igual que yo, también ama el Red Velvet de mamá.

Después de acabarnos nuestras porciones de pastel, mamá me dejó a mi y al señor Snitch viendo en la tele Tales from the Cryptkeeper mientras ella lavaba la vajilla.

Afuera soplabla una brisa fuerte, la lluvia golpeaba con fuerza las ventanas y la casa parecía estremecerse con aquella repentina tempestad. Un fuerte golpe en la puerta me hizo saltar del sillón, el señor Snitch salió corriendo hacia mi habitación y yo corrí hacia mi mami, quien me abrazó fuerte mientras miraba la puerta de la entrada.

La puerta impactó sonoramente contra la pared, quedando abierta de par en par. Un rayo iluminó el contorno de un hombre alto y robusto quien se ponía entre la calle y nosotros.

Mamá comenzó a hablar con él, dijo su nombre, con una de sus manos en alto mientras me mantenía detrás de ella y daba pasos hacia atrás. Nunca antes había sentido tanto miedo, ni siquiera viendo aquel show de televisión.

El hombre hablaba con un marcado acento, yo no entendía muy bien lo que él decía, tampoco lo que decía mamá, pero sabía que algo no estaba bien.

Ella lloraba, y yo también. Ambos teníamos miedo. Fue entonces cuando aquel hombre sacó un arma de su espalda. Mamá comenzó a temblar, me ordenó que me fuera a mi habitación, que todo estaría bien, pero no fue así.

Aquel hombre entró, cerrando la puerta tras de si, y se dirigió hacia nosotros con el arma en alto. Me tomó del cabello y me arrastró lejos de mamá. Comencé a gritar y a

patalear, y el señor Snitch vino a ayudarme. Saltó sobre aquel hombre y lo arañó, mordió, lo hizo soltarme.

Yo corrí lejos de él. Mamá gritaba desesperada, muerta de miedo. Entonces lo escuché. Un sonido que me marcó para siempre, un sonido que nunca podré olvidar. El estruendo fue seguido por el silencio sepulcral, un gruñido ahogado y luego un pequeño sonido metálico contra el suelo de madera pulida.

- ¡Señor Snitch!

El pobre señor Snitch se arrastró, cansado, su pelaje gris se volvió un apelmazado de color rojo carmesí, y una estela del mismo color manchaba el camino por el que se arrastraba. El quejido moribundo de mi adorado señor Snitch es un sonido que desearía ser capaz de borrar de mi mente para siempre. Un segundo estruendo, me hizo gritar de dolor, aunque no me dio a mi.

Mamá también gritaba, se abalanzó sobre el hombre y un tercer estruendo hizo que todo quedara en silencio. Mamá cayó de espaldas contra el suelo, y de ella, el mismo color rojo carmesí salía a borbotones, manchando su hermosa piel de porcelana blanca.

Corrí hacia ella, pero no se movía. El hombre se acercó a mi, me tomó nuevamente del cabello, me giró para verme, las lágrimas no me dejaron ver su rostro, y después, la oscuridad me cegó, con el estruendo de un trueno como lo último que escuché.

Odio el red velvet. Lo odio porque me recuerda a aquel momento en que la perdí para siempre. Me recuerda que el blanco exterior está relleno de un rojo carmesí que es capaz de dejarte sin vida si lo dejas salir.

Mi amada Laura (Referencia a Lady Laura, canción de Roberto Carlos). Ya nunca más podrá hacerme sus deliciosos Red Velvet para mi cumpleaños.

TRACK 1

El haz de luz que se filtraba a través de la espesa penumbra de su cuarto la sacó casi de golpe de su profundo sueño. Su cabeza retumbaba como si de una comparsa de tamborileros se tratase, insistente, imparable. Su estómago se retorció en una mezcla de hambre y calambres de resaca.

No era tan experta en las farras como Christie, pero de vez en cuando le gustaba salir de la monotonía de los libros, ensayos y exámenes que habían sido su vida por los últimos tres años desde que se mudó a Los Angeles, California.

Salió de la cama casi a rastras en dirección a la cocina del pequeño departamento que compartía con la otra chica, en busca de sustento para calmar los dolorosos espasmos que le propinaba su estómago con mayor fuerza y frecuencia. Le ardían los ojos, el brillo del sol la cegaba cuan vampiro saliendo de su letargo.

No había visto su reflejo en ninguna de las superficies de cristal que se esparcían a lo largo de la vivienda, pero podía sentir que su cabello castaño estaba como una mopa, lleno de frizz y despeinado, sus ojos estarían hinchados, si la sensación era algo para tomar en cuenta, y no recordaba con qué ropa se había ido a la cama pero definitivamente no era con la que había despertado: una camiseta de los Oseznos (de UCLA Bruins, equipo de football americano) casi cinco tallas más grande que la suya, que había sido de uno de los jugadores con los que una vez tuvo un breve amorío, era lo único que cubría su cuerpo.

Gruñó cuando, al abrir la alacena, tan sólo vio el paquete de cereal que había comprado apenas un par de días y que estaba a medio acabar. Su estómago se quejó fuertemente, haciéndola retorcerse y apretarse con fuerza mientras pensaba en una alternativa para satisfacer su hambre.

Cuando se sentó en la mesa con un tazón, dispuesta a comerse el cereal seco, la radio sobre el refrigerador se encendió, haciéndola saltar, a pesar de tener un volumen moderado, y comenzó a sonar una canción que jamás había escuchado.

Tenía algo muy familiar en ella, y a la vez era tan original que era casi hipnótica. El ritmo era lento, casi melancólico, era reconfortante a pesar de ser un rock. Era algo que ella denominaba “balada rock”, una de esas canciones del corazón roto que te llegan con letras tristes y música llena de sentimiento.

- Ah, que bueno es escuchar a HOB temprano en la mañana.

- ¿HOB? – preguntó Sara al escuchar a Christina, Christie como todos la conocían, saliendo de su habitación mientras se acercaba al refrigerador.

La rubia asintió mientras lo abría y sacaba un litro de leche de su nivel, el cual estaba bastante surtido en comparación con el de Sara, que apenas tenía una botella de leche con dos dedos del líquido blanquecino en su interior. No habían huevos, ni queso, ni pan. Nada.

- High Octane Blood, baby. ¿Nunca has escuchado de ellos? ¿Axelle Melrose? ¿No? Has de ser extraterrestre, porque no hay chica en éste estado, o en los otros cuarenta y nueve, que no haya escuchado al menos mención de Axelle o de los HOB.

Sara negó con la cabeza mientras se encogía de hombros, llevando una cucharada de cereal seco a su boca. Christie se acercó a ella, dándole un golpe en la cabeza, lo que hizo que una oleada de dolor cegador recorriera todo su cráneo.

- Zorra, desgraciada, maldita. Mi cabeza, - se quejó la chica mientras la rubia se reía de su falta de control al beber. Christie podía pasar toda una noche bebiendo y despertar al día siguiente con tal sólo algo de sueño y mucha hambre.

- Lo sé, darling. No hace falta que me lo repitas a todo momento, - repuso ella con una sonrisa en el rostro mientras llenaba el tazón de Sara con la leche que acababa de sacar del refrigerador. Se dio la vuelta para buscar otro bol y servirse un poco de su propio cereal para sentarse a comer con su amiga. - ¿Cuándo aprenderás a beber, cariño? No puedo soportar verte en ese estado tan deprimente luego de dos margaritas, pareces una niña.

- Soy una niña, - repuso con tono de amargura fingido mientras soltaba por fin su cabeza. El dolor había cedido un poco y ya no le centelleaba la mirada. – Además, ¿quién dijo que quería ser una alcohólica como tú?

Christie se apretó el pecho, justo sobre el corazón, mientras hacía una mueca de dolor y simulaba una lágrima bajar por su mejilla con un dedo. Sara le hizo un gesto de burla y se enfocó nuevamente en su cereal, que tenía un mejor sabor con algo de leche.

- Gracias por el desayuno, - le dijo con un poco de vergüenza. No era como si apenas se conocieran.

Ambas habían estado viviendo juntas por más de dos años, y ya estaban acostumbradas tanto a las locuras como a las necesidades de la otra.

Christie le aseguraba que siempre que su parte del refrigerador estuviese llena, Sara no tendría que pasar hambre, como le había sucedido en sus primeros meses en los Estados Unidos. Aún así, siendo tan independiente, se sentía como un golpe bajo tener que contar con la ayuda de alguien más para poder cubrir algunas de sus necesidades básicas.

La envidiaba, pero aún más, la quería. Era como la hermana que siempre había soñado tener.

- Me duele hasta el culo, - comentó Christie repentinamente, haciendo que Sara casi escupiera la leche y el cereal que acababa de llevarse a la boca por la nariz. – Literally.

- ¿Por qué demonios viene ese comentario a colación? O sea, mi desayuno. No me interesa saber cuánta acción tuvo tu... tu sabes. No, no me interesa.

- ¿No te despertamos con tanto alboroto? – Sara intentó negar con la cabeza mientras recordaba la infinidad de ruidos, quejidos, gruñidos y gemidos que ambos jóvenes habían emitido durante la noche. Un intenso rubor cubrió su rostro mientras intentaba enfocarse en su cereal. – Eres toda una dulzura cuando te sonrojas ante esa pregunta.

Era algo típico entre ellas, ambas salían, varios coqueteaban con Sara, pero siempre era Christie la que terminaba llevando a un chico a casa, a veces dos, incluso a una que otra chica cuando se sentía extremadamente liberal. Era algo que la incomodaba un poco, el hecho de que ella estuviese tan en contacto con su parte sexual, totalmente opuesta a Sara.

- Deberías traer a un chico alguna vez. Ese pelirrojo tonto que te estaba mirando anoche, estaba muy guapo.

- No le vi.

- Pfft, ¿no le viste? Bueno, no. No le viste, te lo estabas devorando con la mirada, querida. Soy golfa, no tonta. No hace falta que esté sobre ti toda la noche para saber lo que haces. Dime que al menos le diste tu número porque te vi conversando con él.

El único momento en el que eso pudo suceder fue luego de que volvieran del callejón trasero del bar, en donde había tenido la oportunidad de hacerle un húmedo y necesitado sexo oral a aquel semental pelirrojo de fuertes brazos, amplio torso, enormes piernas y aún más enorme miembro.

No se negaría a sí misma haber disfrutado cada instante de aquella escapada sexual, pero admitirla y contarle abiertamente a su amiga era algo totalmente distinto.

- Si, le di mi número. Quedó en llamarme para salir.

Era mentira, pero una mentira pequeña para librarse de responsabilidad era mejor que admitir la verdad y exponerse.

Cuando terminaron su cereal, Christie se levantó y tomó ambos bols, preguntando: - ¿Quieres huevos revueltos con tocino? Yo invito, tú cocinas.

- Eres toda una tramposa.

- Lo sé. ¿Vas a querer o no?

Sara negó con la cabeza mientras se levantaba y caminaba hacia el refrigerador, tomando seis huevos y algo de tocino para prepararlo mientras Christie lavaba los platos del día anterior.

A pesar de su forma de ser y el estilo de vida que llevaba, ella era muy atenta en cuanto a los quehaceres del hogar, ayudando en lo que podía siempre, dejándole la tarea de cocinar mayormente a Sara.

- ¿Tu chico va a quedarse a desayunar con nosotras?

- I'm sorry, sweetheart. No soy mujer de alimentar vagos por sexo. Él es el hombre, que me invite a comer a mi, o que me prepare el desayuno. Si quiere una chica que le dé de comer a la mañana siguiente después del sexo que se consiga una novia.

- Eres cruda amiga.

- Soy realista. A los hombres no se les puede otorgar el mas mínimo indicio de sumisión, porque comienzan a creerse superiores. Se debe ser clara, concisa, segura de si

misma y de lo que se quiere, y por cuánto tiempo se quiere. En un rato debería levantarse e irse a su casa.

Sara tan sólo movió la cabeza mientras trataba de internalizar un poco aquellas palabras. El exceso de alcohol en su sistema, sin embargo, no le permitía profundizar demasiado en sus pensamientos, por lo que decidió dejarlo para después.

Le agradaba mucho la personalidad de su mejor amiga, nacida de padres argentinos, músicos de profesión, quienes habían emigrado de Argentina con la sola intención de darle las mejores oportunidades a su hija.

Habían logrado, en el camino, criar a una chica optimista y abierta en muchos sentidos. Christie poseía una madurez para tratar ciertos temas que a muchos les causaría escozor. Desde pequeña había formado parte activamente de las giras de sus padres en su Argentina natal, donde había obtenido el gusto por las giras y fiestas que la caracterizaban.

Sara, por su parte, era una estudiante de enfermería. Se había mudado a los Estados Unidos para cumplir su sueño de estudiar en el extranjero, pues en su natal Galicia no había tenido la oportunidad de hacerlo, debido a la difícil situación que atravesaba junto a su madre.

Ambas habían tenido que apañárselas solas, cuando el padre de Sara las abandonó cuando ella era muy pequeña, y luego de vivir durante tantos años bajo la protección de servicios sociales, la caridad de conocidos y familiares cercanos, estudiar en América y tener la posibilidad de obtener un ingreso en dólares, además de poder estudiar la carrera que había desempeñado su madre durante décadas, era lo más cercano a la respuesta a una plegaria que había tenido en su vida.

Ambas chicas eran extremadamente distintas, pero eran esas diferencias las que las complementaban y hacían de ellas un dúo inseparable.

- Tendrás que llevarme a la biblioteca Huntington de una vez por todas, para luego es tarde.

- Que sí, pesada. Acaba de hacer los huevos y el tocino, ¿por favor?

- Jajaja, vale. ¿Qué pasará entonces con tu novio de turno?

- Yo creo que ya comió suficiente por un día. Que se vaya a desayunar a un Starbucks.

Ambas explotaron en una carcajada jocosa que se vio interrumpida cuando el “novio” en cuestión salió de la habitación de Christie, colocándose su franela gris ajustada. Preguntó qué sucedía, Sara disimuló ocuparse del desayuno mientras Christie lo acompañó hasta la puerta. Así era ella, cualquier cosa, menos una mujer hogareña.

- Entonces, ¿me contarás más acerca de éstos HOGs (Cerdos, en Inglés) que sonaban en la radio?

- HOB, casi como SOB, pero sin las connotaciones de éste último. No me hace falta contarte nada. Ya conocerás más de ellos. Una vez que los escuchas, comienzas a

escucharlos en todos lados.

Sara no le prestó demasiada atención a aquello, sería una coincidencia muy grande si terminaba escuchando de ellos nuevamente.

TRACK 2

La biblioteca Huntington estaba ubicada en San Marino, California, aproximadamente a veinte kilómetros de Los Ángeles. En coche no tardarían más de cuarenta y cinco minutos en llegar. Sara había deseado visitar aquel lugar desde que había escuchado de él.

Le llamaba mucho la atención el hecho de que mezclaran naturaleza, arte y conocimiento en un mismo lugar, con las obras de arte de origen inglés y francés, los libros raros que contenía, entre ellos los dos primeros actos de Hamlet, documentos históricos de Abraham Lincoln y un manuscrito de la autobiografía de Benjamin Franklin.

Además de todo eso, los jardines botánicos, que abarcaban unos ciento veinte acres de la propiedad, poseían temas que iban desde lo australiano hasta lo chino, incluso la biblioteca tiene un programa que busca proteger y propagar las especies de plantas que están en peligro.

Sería genial poder observar con sus propios ojos todo aquello que tan poca gente se ha interesado en observar.

- La verdad es que no comprendo tu amor por ese lugar. Las bibliotecas me parecen tan aburridas.

- ¿Has estado alguna vez en una? – Christie suspiró, ignorando completamente la pregunta de su amiga. – Hablar de esa manera te hace sonar como una ignorante.

Aquello no era cierto, pues Christie tenía un grado en Artes en la UCLA, donde había conocido a Sara mientras cursaba su año final.

- Ya verás como ésta si te parece más interesante. No es la típica biblioteca atestada de libros polvorientos y viejitas amargadas que te hacen callar si llegas a respirar con demasiada fuerza. También está llena de obras de arte y posee algunos de los jardines botánicos más impresionantes del mundo. Verás, para ellos no sólo el conocimiento es importante, sino que buscan la emancipación... ¿Me estás escuchando?

- Sarahí, tan sólo escucho un montón de cháchara sin sentido que no me interesa. Conozco de arte, a fin de cuentas fue sobre lo que estudié, pero no me siento tan entusiasmada como tú por venir a éste lugar. La única razón por la que estoy conduciendo hacia allá es por ti.

- Dices eso porque no harás la visita como turista, sino como residente. El sentimiento es distinto.

Y quizás era cierto. Su visa estudiantil estaba próxima a caducar, al igual que su carrera estaba por llegar a su término. Había sido una estudiante aplicada, aunque no la mejor de su clase, y aspiraba poder al menos tener un par de semanas más de ciudadanía para disfrutar realmente de las cosas que no pudo disfrutar durante su estadía como estudiante. Visitar la

biblioteca era una de ellas.

- Siempre puedes venir a visitarme, tonta. Mi casa es tu casa.

- Eh, claro. La estamos pagando a medias, ¿lo olvidaste?

Christie alargó el brazo para despeinar a Sara, ambas sonrieron. Era un trago algo amargo. Ambas se llevaban de maravilla, Sara estaba por culminar sus estudios y ahora, ¿tendría que irse a España?

Volver a la realidad era algo que la hacía sentirse un poco enferma del estómago. No era como si no extrañase a su madre, pero tampoco estaba ansiosa por volver a vivir con ella.

- Ya no le des más vueltas, darling. Ya verás como todo saldrá bien.

Sara sonrió, intentando alejar aquella pesada sensación de inconformidad y miedo que se anidaba en su pecho.

Las cosas saldrían de la forma en que deberían hacerlo. Ley de Murphy.

“Si algo puede salir mal, saldrá mal”.

* * * *

- ¡Ya volví! – anunciaba Sara al regreso de su clase de la tarde.

Había pasado una semana desde aquella visita a la biblioteca Huntington, en la cual, como ella había predicho, Christie salió encantada.

Y, aunque no lo hizo precisamente de las obras de arte, libros raros o de la exótica flora que había en el lugar, sino de un chico que trabajaba en el área de la biblioteca, Sara se sintió complacida de haber podido convencer a su amiga de que aquel viaje valdría la pena. Definitivamente, ese sería un lugar al cual regresar en un futuro.

La televisión estaba encendida a todo volumen cuando entró al departamento, por lo que se sorprendió cuando Christie la recibió con un shhh excesivamente alto.

- La parte más complicada de hacer tu propia música es precisamente esa: hacerla. Hay días en los que me levanto y tengo la mente llena de ideas, de letras, de tonos e instrumentos, pero también existen días en los que no puedo pensar ni siquiera algo que me permita escribir al menos el coro de una nueva canción. Se relaciona mucho con el sentimiento que tienen algunos escritores, ese bloqueo que puede durarle horas, días, meses incluso. En cierto modo, yo soy uno de ellos, un escritor.

Christie tenía en su rostro una expresión de idiota, casi hipnotizada por aquel hombre de rostro desarreglado y de largos cabellos negros y mirada triste en la pantalla de cuarenta y

dos pulgadas situada en una de las blancas paredes del pequeño departamento, frente a un sofá de imitación de terciopelo rojo. Sara no entendía de qué iba todo aquello.

- A veces me siento triste y la inspiración vuela, pero en otras ocasiones me siento de la misma manera y ese bloqueo vuelve para hacer estragos con mi confianza. No puedo crear nada, aunque así lo desee. Es el sentimiento de impotencia más irritante que puedes sentir en tu vida. Sobre todo si estás corriendo en contra de una fecha límite, como yo en ciertas ocasiones.

- ¿Qué te pasa Christie? ¿Ese loco con cara de emo quién es?

El hombre continuó hablando, respondiendo una pregunta nueva a la cual ella no prestó atención por detallar el rostro de su amiga.

- Shhh, cállate y siéntate, - Christie hizo gestos con sus manos sin apartar la vista del hombre que hablaba tan confidentemente en el programa. Al sentarse notó que se trataba ni más ni menos que una entrevista en el legendario canal Mtv. - ¿No me digas, chica pueblerina del viejo continente, que en tu vida habías visto a Axelle Melrose? - Sara se encogió de hombros en cuanto su amiga giró a verla, recibiendo un meneo de cabeza. - No lo puedo creer.

- Sí, pues High Octane Blood lleva ya varios años tocando en sitios underground, poco a poco hemos ido escalando peldaños y, aunque yo considero nuestra banda como Indie de corazón, debo admitir que nos debemos a nuestros fans, y gracias a ellos estamos donde nos encontramos hoy en día.

- Oh, ¿el del otro día en la radio? - Christie asintió. - No, nunca lo había visto, ¿qué tiene de especial? Además, ¿de qué va todo ese fanatismo inesperado?

- ¿Perdón? No es inesperado. Soy fan de Axelle desde que cantaba en Sugar Crush.

- ¿Sugar Crush? ¿Hablas en serio? - Sara contuvo una risita lo mejor que pudo, cada palabra saliendo forzada por el esfuerzo de evitar reírse a pleno del nombre de la banda. Christie meneaba el cuello de lado a lado mientras movía un dedo frente a la cara de Sara y la miraba con algo de indignación fingida.

- Ésta es su cuarta banda, y es la primera que dirige y donde, además, es vocalista. Anteriormente había sido bajista y baterista, apoyaba los vocales en Midnight Trouble, pero nunca había tenido la oportunidad de cantar como vocalista principal.

- Lo que tú digas amiga mía, - repuso Sara con un gesto de irritación y algo de curiosidad. Aquel tipo parecía todo un personaje según lo que contaba la rubia con tanto entusiasmo.

Mientras volvía a verle en la pantalla, logró detallarlo un poco mejor. Sus ojos color café resaltaban con un brillo que no debería ser normal, gracias a que estaban remarcados con un khol (delineador de ojos) negro.

Sus pestañas rizadas parecían, y muy probablemente estaban, acentuadas con algo de máscara. La piel de su rostro era más pálida de lo que debería, lo que le daba un toque

gótico y al mas puro estilo Burtonesco (estilo utilizado en las películas de Tim Burton).

Su cabello negro y despeinado caía sobre el lado izquierdo de su cara, aunque no lograba cubrir por completo el piercing que tenía en su ceja.

En el lado derecho de su labio inferior tenía una spiderbite (dos piercings juntos, asemejándose a una mordedura de araña) que relucía tanto como el piercing de su ceja, y hacía que la mirada se enfocara en un par de labios rojos y carnosos bien delineados naturalmente.

De un movimiento aquel hombre subió la manga de su camisa de cuadros rojos y negros, revelando parte de lo que parecía la silueta de un bosque, tatuada de forma invertida en su antebrazo izquierdo. Aquel hombre tenía un misterioso atractivo que le hacía muy llamativo a la vista.

- No entiendo qué le ves, - comentó Sara, intentando sonar desinteresada, pero algo en la forma en la que se desenvolvía delante de la cámara le hacía imposible de ignorar. Era como una manzana en mitad del camino de un hambriento. Aunque no te gustase, estarías tentado a pegarle un mordisco por necesidad.

Christie dejó salir una risa corta de aire, y se dejó caer sobre el regazo de su amiga, suspirando por él. No dijo nada, tan sólo se le quedó mirando a la pantalla.

En ese momento Axelle sonrió tímidamente, y una extraña sensación revolucionó el estómago de Sara mientras su piel se erizaba. ¿Qué había sido aquello? Christie gritó emocionada. Sara comprendió entonces qué era lo que su amiga veía en él.

Era su forma de hablar, su mirada, los detalles de su rostro y lo lustroso de su cabello, esa sonrisa tímida y brillante de dientes blancos y perfectos, el color de su piel, y esas modificaciones, modestas pero bien ubicadas, todo el conjunto le hacía resaltar sobre los demás.

No era un semental, tampoco un galán de Hollywood y, precisamente en eso, se encontraba todo lo que le hacía atractivo: parecía uno hombre corriente. Era justamente eso lo que le convertía en alguien tan llamativo a la vista.

Aquella noche había cenado en silencio, viendo un par de ojos color café enmarcados en negro viéndola fijamente, dedicándole una sonrisa de millón de dólares. Tontamente se había dejado deslumbrar por aquel sujeto. ¿Qué podría ser lo peor que pudiera pasar? A fin de cuentas, nunca llegaría a conocerle.

TRACK 3

Sara había tenido un tiempo terrible intentando concentrarse en un proyecto que debía terminar antes de ese viernes, pues debía ser entregado a más tardar el lunes en la mañana.

Habiendo culminado ya la etapa de exámenes quería enfocarse en pasear y conocer un poco más algunas partes de la ciudad durante el fin de semana, esos lugares ocultos a los que no había tenido oportunidad de ir durante su estadía en los Estados Unidos por encontrarse enfocada en su carrera.

Detestaba tener que pasar su fin de semana trabajando en algo en lo que sencillamente podría trabajar durante la semana, así que se había esforzado mucho por escribir algo de valor. En consecuencia, estaba sufriendo de un bloqueo que la estaba frustrando.

No solo no sabía cómo darle sentido a su obra, sino que tampoco sabía por dónde debía empezar, qué debía y qué no debía incluir y cómo redactar el documento. En fin, se encontraba en un momento de ceguera creativa bastante incómodo y que atentaba con volverla loca.

El proyecto en cuestión era un ensayo para una materia optativa, que trataba sobre los efectos del estrés sobre la concentración, el compromiso y la respuesta social en ambientes turbulentos. No era una experta en el tema, pero en éstos momentos se sentía bastante conocedora de los efectos que el estrés tenía en la mente y cuerpo de quien lo padecía.

Poco a poco logró tomar control de su mente, sus pensamientos comenzaron a fluir a cuentagotas, idea tras idea comenzó a escribir, primero tímida, luego un poco más enfocada hasta que pudo sentirse un tanto más cómoda con lo que plasmaba en aquel documento.

Pero, precisamente en el momento en que mayor concentración había conseguido, la aguda voz de Christie le llamó, seguida de un montón de golpes insistentes en su puerta, cortando de manera efectiva su hilo de ideas.

Suspiró para evitar maldecir en voz alta, se levantó de la silla y se dirigió a abrir la puerta para ver qué quería la chica. Allí estaba ella, con una enorme sonrisa en el rostro, y casi saltando en la punta de los pies.

- ¿Qué rayos?

- Nos vamos al mall. ¡Vístete! Tienes veinte minutos.

Se giró tan rápido como había llegado, corriendo hacia su propia habitación para cambiarse, dejando a Sara con un insulto en la boca que tuvo que tragar amargamente. ¿El mall? ¿Qué se suponía que irían a hacer en aquel lugar?

Sara suspiró pesadamente, sus ideas se habían esfumado y ya no podría trabajar por un buen rato. Intento ignorar la rabia que sentía, pues su inconsistente inspiración era capaz de

crear papeles muy interesantes, pero sólo si se le daba el trato que merecía: tiempo para pensar y silencio para concentrarse. No le quedó mas remedio que vestirse para salir.

Aunque no tenía demasiadas ganas de dejar la comodidad de su habitación por lo que quedaba de día, tenía curiosidad por ver qué emocionaba tanto a Christie pues, aunque ella siempre era carismática y alegre, nunca estaba como en sobredosis de azúcar a no ser por algo realmente importante.

Intentó no pensar demasiado ni dejarse llenar por la culpa de dejar a un lado sus responsabilidades, se cambió, cepilló, peinó el cabello y se puso sus lentes de contacto correctivos. Cuando salió, quince minutos después, ya Christie se encontraba de camino a la salida del departamento, apagando las luces a su paso.

- ¡Oye, espérame tarada! – Sara se precipitó tras ella una vez que la chica había desaparecido detrás del marco de la puerta de la entrada. Qué rara era siempre. Era algo que Sara siempre había logrado disfrutar.

* * * *

Llegaron a The Grove, un centro comercial en la 189 de The grove drive, a poco menos de media milla de Park La Brea Apartments, el complejo donde ambas vivían.

Como el trayecto era súper corto, ambas caminaron a paso apresurado, con Christie a la delantera como si hubiese tomado Chilli para el desayuno y estuviese sintiendo alguno de sus nocivos efectos secundarios y necesitara un baño de manera urgente.

Sara seguía sin comprender lo que sucedía, tan sólo fluía con la corriente. Al acercarse al centro comercial, se percató de un par de autobuses que estaban aparcados cerca de la entrada del estacionamiento, y de los cuales bajaban un montón de chicas con camisas y accesorios bastante idénticos, las cuales parecían dirigirse a una especie de convención que tomaría lugar en alguna parte de The Grove, y llevaban la misma prisa que Christie. ¿Qué estaba pasando?

- Vamos, ¡apresúrate! Necesitamos obtener buenos puestos para tener algo de suerte, no seas lenta.

A pesar de no comprender su instrucción, sin pensarla demasiado apretó el paso hasta llegar a un trote suave, y ambas se adentraron al mall, donde se encontraba desde las entradas un cúmulo de gente con camisas similares. Todas llevaban alguna especie de dibujo en ellas, distintos entre si, y con la palabra HOB escrita en ellas.

- ¿HOB? Espera, Christie, ¿qué demonios?

- Ya lo verás, no te vas a arrepentir querida. ¡Apúrate!

Sara meneó la cabeza cuando por fin comprendió de qué iba todo aquello, o al menos el porqué de la muchedumbre que inundaba el mall hasta que no entrase ni un alfiler. La banda que habían escuchado el otro día en la radio estaría en The Grove, aunque haciendo qué, no lo sabía.

Christie por su parte parecía estar muy al tanto de lo que estaba por suceder, y se encontraba muy optimista de que algo saldría en su favor. ¿Quizás sabía por dónde saldría la banda o algo por el estilo? Su intención era clara, conocer al tal Axelle, pero Sara no estaba tan segura de que lograría hacerlo.

Su entusiasmo era contagioso, cómico, pero bastante contagioso. Ver a aquel sujeto en persona quebraría el hechizo de su look y lo convertiría en un humano más, por lo que Sara podría continuar con su vida sin tener que recordar de manera espontánea aquellos ojos o esos labios rojos y carnosos.

Cuando llegaron al área designada para recibir a la banda, Sara se sorprendió ante la cantidad de personas y la colosal estructura que se había dispuesto como escenario para tan sólo cuatro personas.

Sobre él se encontraba un grupo de modelos, hombres y mujeres, desfilando una muestra de pintura corporal bastante salvaje, y que hacían el papel de distracción mientras la banda se preparaba para salir, por algún lugar.

Christie tomó de la mano a Sara, la arrastró entre la multitud que hablaba a un volumen casi estruendoso, audible incluso por encima de la música de fondo, que era ni más ni menos que aquella canción que habrían escuchado por casualidad el otro día.

Sara no se atrevió en preguntar hacia dónde iban, Christie no tuvo intenciones de decirlo, así que tan solo siguieron en silencio hasta que estuvieron cerca de uno de los laterales de la tarima.

Christie hizo un gesto de silencio, llevando su dedo índice sobre sus labios, acercándose luego hacia Sara para contarle un pequeño secreto.

- Tengo un amigo trabajando en la seguridad del evento. Nos conseguirá pases de cortesía, y podremos ver a los chicos en camerinos. Así que más te vale mantenerte calmada y dejarme hacer todo el trabajo aquí, ¿está bien?

- ¿Pero de qué...?

- ¡Ahí viene ya! – Sara giró en la dirección en la que miraba la rubia, efectivamente, un oficial de seguridad, fornido y de piel morena, se acercaba hacia ellas con disimulo.

Se acercó hasta la línea de contención, pasó por debajo y junto a ellas. Sara no notó cuando el hombre le entregó los carnets de visitante a Christie, tan sólo sintió que ésta la halaba suavemente del brazo mientras le daba una de las identificaciones.

El hombre, mientras tanto, se ocupaba de mantener alejadas al resto de las fanáticas mientras las muchachas hacían el paso a tras bastidores.

- Esto es terrorífico y emocionante.

- Es algo que recordarás para el resto de tu vida, sweetie. Ahora, actúa normal, como si viniera tu ex, y recuerda dejarme hacer toda la plática a mi. Si ves a un guardia tan sólo sonríe y no le muestres tu carnet de visitante hasta que te lo pida. Los nuestros son estándar, no personalizados, así que tenemos mayor chance de ser expulsadas si los miran muy de cerca. – Sara colocó cara de preocupación ante aquello. Christie sonrió. – Tranquila. No iremos a la cárcel por esto. No traerás deshonra a tu familia. Despreocúpate, pareces constipada.

Sara tragó saliva e intentó asentir, con el corazón latiéndole en la boca en una mezcla de sano miedo, nerviosismo y emoción por estar rompiendo las reglas. Un grupo de guardias se encontraban al cruce del siguiente pasillo.

Ambas se pegaron a la pared y aguardaron en silencio mientras el grupo continuaba su camino. Sara se sentía casi enferma, Christie por su parte se veía muy tranquila, segura de lo que hacía, como si no fuera su primera vez irrumpiendo ilegalmente en el backstage de un evento. Muy probablemente no lo era.

Le hizo un gesto con la mano una vez que los guardias de habían perdido de vista, salió corriendo a gachas seguida de cerca por Sara quien casi venía arrastrándose por el pasillo. Llegaron a una puerta delante de la cual Christie se instaló, miró a ambos lados y tocó suavemente.

- ¿Quién es? – Respondió una voz femenina en el interior de la habitación.

- Tan sólo un Lovebird perdido, en busca de su gran amor.

Los Agapornis, son también conocidos como Lovebirds o inséparables, eran aves pequeñas nativas de África de colores rojo y verde.

La puerta se abrió con cautela, una chica con cabello corto, fucsia y un largo fleco que caía sobre un lado de su rostro se asomó.

Su maquillaje exhibía puntas y picos en partes de sus ojos que, lejos de ser realmente funcionales más allá de lo estético, la hacían parecer un poco amenazadora. Miró a Christie con expresión seria, luego a Sara y de nuevo a la rubia. Se mantuvo en silencio por un instante.

- ¿Las han seguido?

- ¿Crees que soy estúpida, cariño?

- Obviamente, eres rubia. Entren. – La chica se hizo a un lado mientras les ofrecía una sonrisa amplia y casi cómplice, Christie empujó a Sara dentro de la habitación, dejando a la chica extraña observando los alrededores por un momento antes de cerrar la puerta.

Dentro se encontraban tres chicos, el bajista, el guitarrista principal y Axelle en persona. Sara se sintió intimidada y, extrañamente, muy incómoda y fuera de lugar. Aunque claro, nunca había estado cerca de una famosa banda de rock. Supuso que el sentimiento

sería normal, aunque no pensó sentirse incómoda a tal grado.

- Christina, me alegra tanto verte, - Axelle se acercó a su amiga y la abrazó con fuerza, gesto que reciprocó la chica. Sara quedó perpleja y muy, muy confundida.

- Ma... Eh... Axelle, me encanta verte. – Dejó salir una risa tosca ante la mirada del vocalista, quien se aclaró la garganta antes de que ella pudiera decir otro nombre que tenía en su mente.

- ¿Quién es la chica? No me dijiste que ahora trabajabas con compañía. ¿Una amiga? ¿O quizás una amiguita?

- No, y no. No seas idiota. Es mi mejor amiga, Sara. Es española, estudiante de intercambio, por así decirlo.

- Ah, estudiante. Sara, Axelle Melrose, aunque estoy seguro de que eso ya lo sabes.

Sara frunció el ceño, extendiendo su mano al joven quien la observaba intensamente, y con una leve sonrisa en el rostro. Su apretón no era firme, era mas bien delicado. Sutil y suave. Para nada era un apretón de manos masculino.

- El placer es tuyo, Axelle, - repuso ella con un toque de ironía que hizo que el chico se riera, al igual que los demás.

- ¿Qué puedo decir? Llevamos casi tres años viviendo juntas.

- Es lo que obtienes por vivir con ésta rubia tonta. Fue una muy mala influencia al crecer. Recuerdo que era la que peor se comportaba en el jardín de infancia. Espero que el sarcasmo sea lo único que has aprendido de ella, así hablamos un poco el mismo idioma.

- Hey, deja de hablar mal de mi en mi presencia. Resérvatelo para cuando no esté. Además, deja de cortejar babosamente a mi amiga y preguntar por sus hábitos. Su vida no te interesa, cariño. Estamos aquí porque Sara moría de ganas por conocerte, y porque me gustaría pedirte un favor.

- Te escucho, - Axelle no quitaba sus ojos del rostro de Sara, quien muy efusivamente intentaba lo mejor posible ignorar aquella mirada penetrante.

Sara suspiró de alivio cuando Christie se acercó a él, lo tomó del brazo y lo llevó a la esquina mas lejana de la habitación, hablando tan bajo que Sara no pudo escucharles conversar. Se quedó mirándoles, intentando descifrar algo de la conversación, pero había descubierto en ese preciso momento que no tenía la capacidad para leer los labios.

- Hola, ¿eres fan de la banda?

Aquella pregunta le tomó por sorpresa, por lo que Sara giró a ver al sujeto que le había hablado. Un hombre con aspecto regordete y un tanto bajo, de cabello corto y color azul celeste la miraba, expectante, con una sonrisa en su rostro de amplias mejillas. Sara parpadeó, intentando conseguir una respuesta adecuada. Murmuró, - Eh... ¿Si? Digo si, claro. Desde luego.

- A nosotros nos gusta conocer a nuestros fans. Es lo mejor de estar en una banda, ¿sabes? La euforia de las fans al ver a sus ídolos. Nos hace sentir como dioses, capaces de alcanzar las estrellas si lo queremos. Porque, ¿sabes? Somos estrellas. - El otro hombre, que era un poco más alto y delgado, llevaba el cabello de color verde con un falso mohicano corto y de un tono más intenso que el resto del cabello. Le propinó un golpe en el costado con el codo al bajito mientras aclaraba su garganta. Parecía ser el que pensaba antes de hablar de la pareja. - Soy Elliot, aunque mis amigos me dicen Jazz. Éste es Ajax, ese es su nombre, aunque prefiere que le digan Chandler.

- Eres un idiota, Jazz. – Comentó con voz amarga el de cabello verde, girando los ojos y negando con la cabeza. Aquella interacción le pareció cómica a la chica. Aquel par le hacían recordar a los gemelos de aquella película de Alicia en el País de las Maravillas que había visto hacía poco.

Ambos llevaban ropa negra, a juego con los otros dos miembros de la banda. Axelle era el único del cuarteto que llevaba el cabello de un color “normal”. Más allá de los looks, sin embargo, Jazz y Ajax parecían ser buenos sujetos, y los comentarios irreverentes y confianzudos de Jazz la hicieron reír mientras Christie cuchicheaba con el vocalista de los “cerdos” en aquel rincón de la habitación.

- Mina es nuestra baterista, es la chica que las recibió. Ha de estar vigilando que no hayan moros en la costa. ¿Sabes?, algunas cosas no deben conocerse fuera de éstas paredes. Secretos de bandas y esas cosas, ¿sabes?

Ajax le propinó un fuerte codazo en el costado a Jazz una vez que terminó el comentario, con tanta fuerza que el regordete dejó salir el aire de golpe y estuvo jadeando para intentar recuperar el aliento.

Sara terminó aclarándose la garganta y ofreciéndole una sonrisa incómoda mientras el tipo de cabello celeste respiraba con dificultad. Entre ellos hubo un intercambio de gestos y caras, y luego de un momento, normalidad. Mina volvió a la habitación en ese instante, posándose contra la puerta de brazos cruzados.

- ¿Terminaron de entretener a la chica, par de tontos? ¿Acaso no tienen algún Call of Dutty que terminar?

- Lo dejaremos para después del concierto de hoy.

- ¡Jazz! Por dios, ¿será posible que mantengas algo en secreto por alguna vez en tu vida? Se suponía que nadie... Hey, chica, debes prometer que no dirás una palabra a ninguna de tus amigas del público. Nadie sabe que cantaremos hoy aquí.

Mina la observaba con una cautela que le parecía excesiva. Sara se frotó el brazo izquierdo mientras evadía sus ojos con aquel delineado amenazador.

- No tienes por qué preocuparte. Yo sólo vine con ella. Es mi única amiga en la ciudad, pensándolo bien.

- Triste. Me recuerdas un poco a mi misma.

Sara quedó confundida con aquella confesión casual, intentó preguntar pero Mina ya se había impulsado contra la puerta y se había dirigido hacia otro lugar de la habitación. Ajax y Jazz se dirigieron hacia el sofá de imitación de cuero blanco que se encontraba delante de una televisión de unas cuarenta y dos pulgadas.

Conversaron en un bullicio de palabras ininteligibles, y finalmente encendieron la consola que se encontraba en el suelo y se enfocaron en un videojuego del que ella no sabía nada. Mina volvió pronto con un vaso de cristal bajo en la mano, lleno hasta la mitad con un líquido de un color similar al de su cabello.

- Son buenos chicos. Listos, pero no tanto como ellos creen que son. Además, son muy confiados. En éste medio no puedes serlo.

- Parece que tienes experiencia en ello, - repuso Sara. Mina le sonrió, complacida, mientras hacía girar el líquido dentro de su vaso con un fluido movimiento de su muñeca.

- Tengo una anécdota o dos. Fue así como conocí a nuestra amiga en común. ¿Deseas algo de tomar?

- Agua estaría bien. Gracias.

Mina se alejó nuevamente a aquel lugar, tomó una botella de agua y luego se dirigió hacia la pequeña reunión en la esquina contraria de la habitación. Murmuró algo, Axelle tomó con prisa algo que sacó Christie de su sostén y lo guardó en su mochila. Cuando la rubia se alejaba de ellos, Mina le dio una fuerte nalgada que la hizo saltar y sonrojar un poco.

- Aún sabes cómo me gusta, bebé, - replicó ella mientras se acercaba a Sara. - ¿Qué te parece la banda?

- No pensé que les conocieras, - susurró Sara en vez, ignorando la pregunta anterior.

- Te dije que era fan de Axelle desde que estaba en...

- Sugar Crush, sí. ¿Cómo olvidarlo? Me parecen buenos chicos, aunque me queda la duda de dónde se conocen. ¿Y cómo?

- Es una larga historia querida. Quedará para alguna noche larga en la que no tengamos nada que hacer. Prometido.

Sara la miró dubitativa pero, antes de que pudiera replicar, Mina se encontraba de regreso con la botella de agua para Sara y otro vaso de cristal bajo con aquel líquido del color de su cabello para Christie. Hicieron un saludo y Christie se bebió el contenido del vaso de golpe.

Sara no pudo evitar preocuparse por saber qué contenía aquel brebaje. Sin embargo, se resistió nuevamente, tan solo bebió su agua de forma tranquila y despreocupada mientras Christie comenzaba a reír como una lunática.

TRACK 4

Su primera impresión de Axelle en vivo y directo fue, aparte del nerviosismo, un tanto de curiosidad. Su mirada tenía el atisbo de una extraña tristeza que no se correspondía del todo con su actitud.

Tras una pantalla aquel brillo en su mirada parecía disimulado por las luces, era imperceptible. Pero en persona la imagen era otra muy distinta. Muy por debajo de la seguridad que irradiaba, se sentía un aura incoherente con su persona.

Algo en él hacía pensar que amaba lo que hacía, pero no las consecuencias de ello, y tal vez por ese motivo se sentía algo sobrecogido por la atención cuando no estaba del todo acostumbrada a ella.

Un sociópata, pensó Sara, y de repente todo tomó un poco más de sentido. Había leído un poco acerca de ellos en una de sus clases de psicología, y sabía bien qué les caracterizaba.

Quizás Axelle no parecía sufrir de desorden de la personalidad antisocial, al menos no externamente, pero en el interior de su mente sucedía algo que Sara no lograba entender. Pero eso eran tan sólo especulaciones de su parte.

Luego de que logran escabullirse fuera de los camerinos, cosa que fue un poco más complicado con el estado en el que estaba Christie, los chicos dieron un mini concierto en The Grove, cantando una canción promocional para su nuevo álbum, titulado sencillamente “Blues” y anunciaron además el inicio de su gira, que llevaría por nombre “The Roadside Blues Tour” y cubriría parte del suroeste de los Estados Unidos.

La fama creciente de High Octane Blood les había permitido la oportunidad de ampliar los destinos que visitarían de, originalmente, cinco a doce. Pasarían por Oregón, Idaho, Wyoming, Colorado, Kansas, Oklahoma, Texas, New México, Arizona, Utah, Nevada y terminando la gira en California.

Christie no paró de reír durante todo el evento, aún mucho rato después, cuando estaban de vuelta en el departamento.

Sara no pudo dejar de sospechar entonces que aquel extraño trago estaba adulterado, ¿con qué? No tenía idea. Ya la rubia se encargaría luego de aclarar sus dudas respecto a los componentes de aquel brebaje. La pregunta importante era, ¿había dado Christie su consentimiento?

Se encargó de poner a su risueña amiga en el sofá, donde le quitó los zapatos, le buscó una manta y le encendió el televisor. Un par de horas después, la encontró dormida, con medio cuerpo fuera del sofá. Quizás necesitaba uno de esos tragos para cuando se encontrara muy estresada.

* * * *

- ¿Sabes? Me gustaría hacer una última locura.

- Suenas exactamente como mi bisabuela el día en que murió.

- Christie, hablo en serio. Vayámonos juntas a perseguir a estos tontos.

- ¿Qué? ¿De qué me estás...?

- Quiero que me digas cuántas cosas locas recordaré cuando tenga sesenta. ¿Qué recuerdos le contaré a mis nietos como cuentos para dormir? - Christie rebuscó en su mente, retorció los labios mientras revisaba cada recuerdo, frunció el ceño cuando no dio con uno que sirviera para tal fin. - Ésta es nuestra oportunidad, ¿no crees?

- Sarahí, nena, no te veo llevando esa vida. ¿Perseguir bandas? No es algo sencillo. No te despiertas un día y te vuelves una máquina trabajando a marchas forzadas con altas dosis de cafeína para combatir la privación del sueño. Es una tarea ardua que requiere de compromiso y empeño, además de una fuerte suma de dinero en el bolsillo. No mencionemos el hecho de que tenías un trabajo pendiente por entregar.

- Está hecho, - repuso ella en defensa, con un aire de leve confianza, y un poco de preocupación ante la mentira piadosa en su favor. Quería escribir al menos seis mil palabras, de las cuales, en una semana, que en promedio es lo que le toma escribir un ensayo de calidad, había escrito apenas dos mil.

Se sentía atrapada entre el deber y el querer, y aunque sabía que debía darle prioridad a las asignaciones para la universidad, también era cierto que no contaría con demasiado tiempo para lanzarse a vivir demasiadas aventuras fuera de lo normal antes de tener que dejar el país por cuenta propia. Ese proyecto sobre el estrés tendría que esperar un poco mas de tiempo.

- ¿Estás segura? Mira que el otro día te vi bastante preocupada por el ensayo. No quiero que pierdas tiempo innecesariamente.

Si, Christie tenía razón, necesitaba culminar lo que había comenzado, pero necesitaba un poco mas de tiempo para que aflorara la inspiración. Una vez que su musa volviera, lo tendría terminado en medio día.

- ¿De cuándo a acá te preocupas por mi tiempo y por cómo lo invierto, gasto o despilfarro?

- Tienes razón, es solo una careta que he sentido la necesidad de colocarme. Pero hablando en serio, debes considerar bien si quieres hacer esto. Una vez que comienza el viaje, no hay marcha atrás.

Existían pros y contras y Sara había sopesado algunas, si bien no todas, las posibles consecuencias de irse de tour detrás de una banda.

Podían tomárselo con calma, asistir a los primeros conciertos, volver a casa y esperar que vinieran a California nuevamente para asistir al concierto de clausura del tour, no tendrían que pasar todo aquel tiempo en la vía. Y seguramente que un poco de brisa de carretera abriría su inspiración y le permitiría escribir con claridad lo que necesitaba, en el tiempo en que necesitaba hacerlo.

- ¿Tienes miedo acaso? Porque la Christina que conozco no le tiene miedo a nada.

- A pocas cosas, que no pienso mencionar en éste momento por motivos de asco y... Sencillamente no, no tengo miedo de irme de tour. Adoro irme de tour. Hace años que no salgo a uno así que, ¿por qué no? Nos vamos de perras detrás de ese hueso.

- Eh... preferiría encarecidamente que evitaras usar esa expresión en presencia de mi madre, - comentó Sara, un tanto consternada. Christie soltó una jovial y sincera carcajada.

- Démosle gracias a dios, entonces, que doña Encarna no se encuentra aquí con nosotros, ¿no crees?

Con un guiño de ojos se giró para marcharse a su habitación, celular en mano, marcando el número de algún contacto que la pondría a buen paso para partir con la banda.

* * * *

- Los momentos en los que explota mi creatividad son, irónicamente, aquellos en los que más carezco de ella. Cuando me siento frente al computador y mi mente se esfuerza por lograr expresar un par de palabras con sentido y que concuerden con lo que pudiera estar sintiendo o haya sentido con anterioridad. Pues, verás, el proceso creativo es sólo equiparable al acto de dar vida. Nunca se sabe cuánto tardará en gestar la criatura; si necesitará un poco más o menos de tiempo. No es posible acelerar el proceso creativo, pues terminaría minando la producción de fallas y errores tontos.

- Entonces, ¿no siempre eres capaz de crear piezas como las de “Rusted Engrains” o “Chained in love”?

- Steve, ¿quién es capaz de tener un buen día, todos y cada uno de sus malditos días?

El entrevistador dejó unas risitas incómodas para intentar evadir la cuestión, seguramente sintiéndose avergonzado por la respuesta del vocalista.

Axelle seguramente le observaba con una pequeña sonrisa asomada en la comisura de la boca, complacido, claramente, por su sarcasmo.

Sara entendía que era su forma de ser, pero también sentía, creía encarecidamente, que

aquello no era más que una barrera, una forma de distraer la atención de la parte débil y herida de la personalidad del vocalista. Eso sí, de hecho, tenía una y no se trataba solo de la imaginación de la chica.

- Axelle y sus irreverencias. Claramente, es lo que te hace un artista tan especial y querido por el público. ¿Crees que tengo razón en eso? ¿Es el sarcasmo la marca distintiva del vocalista de HOB?

- Steve, puede que estés en lo cierto. Aunque pienso que la mayoría de la gente se identifica con algunas de las canciones de High Octane Blood, también están otras que ven nuestra forma de ser y nuestro estilo de vida como una forma de expresión que ellos desearían ser capaces de mostrar al mundo. Verás, nosotros no sólo buscamos hacer música, buscamos llenar nuestras canciones de sentimientos reales, no prefabricados, sin preconcepciones ni falsas promesas de un mundo poblado de mercadotecnia decadente y deseosa de explotar los bolsillos de aquellos desesperanzados y con ansias de encajar en la sociedad.

- ¿Es en serio que ese idiota se expresa de esa forma? – Su léxico era impresionante, y la forma en que se expresaba del mundo cotidiano lo hacían sonar tan... diferente del resto. Sara se encontraba escuchando con atención cada palabra del cantante en una entrevista para Indie Radio 103.1, en la biblioteca del Campus de la UCLA.

- Nuestros fans y nuestro público en general se centran en nosotros, precisamente, porque sienten que sus necesidades y pensamientos son expresados de una manera en la que ellos mismos no se atreven a expresar. Somos sus voces, es por eso que nos aprecian e incluso, como tú dices, “nos quieren”. Si somos especiales o no, o al menos en mi caso particular, dependerá de la persona a la que le preguntes. Si me lo preguntas a mi te diré que no, no soy especial. Tan solo soy un tipo con un don natural el cual ama explotar, y que disfruta de hacer lo que hace porque es lo que ama. Yo diría que soy afortunado, no especial.

Aquella confianza se veía un poco opacada por la intención de expresar normalidad. No era de esperar que él quisiera que los demás le vieran como una persona común y corriente, con problemas y sentimientos como los del resto. Que fuera una figura pública no lo hacía inmune a la cotidianidad.

- Entonces sí, quizás muchas personas ven en mí una voz que les permite identificarse con los problemas cotidianos, la valentía para enfrentarse a ellos con franqueza y mano dura, pero tampoco creo que sea el epicentro del éxito de High Octane Blood pues, como tú bien sabes, las anteriores bandas de las que tuve el honor de ser parte no tuvieron ni un tercio de la fama que estamos teniendo nosotros en éste momento.

- Increíbles palabras del vocalista de High Octane Blood, Axelle Melrose, quien nos estará acompañando durante la mañana de hoy. En el próximo bloque Axelle estará atendiendo sus preguntas personalmente, así que ¿qué están esperando? Tomen el teléfono y llamen al tres veintitrés, novecientos, seis uno doble cero, para que Axelle atienda sus inquietudes sobre su Roadside Blues tour, que dará inicio maña en la ciudad de Arlington, Texas; donde tocarán en el emblemático Arlington Music Hall. De eso nos hablará un poco

más después de éstos mensajes de nuestros patrocinadores.

Sara pensó que ésta sería una oportunidad perfecta para intentar doblegar aquella máscara que, ella creía, exhibía el cantante siempre. Intentó pensar en algo, una pregunta que fuera personal, sin serlo, agresiva sin sonar de esa forma.

Axelle nunca sabría quién era ella así que, ¿qué podía perder? Esperó pacientemente hasta que el programa volvió a estar al aire, y para evitar que le llamaran la atención se dirigió a las afueras de la biblioteca, donde se sentó en un banco aislado y bajo la sombra de un árbol de enormes ramas.

Steve invitó a los fans a que comenzaran a llamar para hacerle sus preguntas a Axelle. Se armó de valor, respiró profundo y marcó a la emisora. De inmediato, su llamada ingresó en un sistema contestador automático, donde le indicaban que su llamada era la número cincuenta y cinco y que en aproximadamente diez minutos sería puesta al aire.

Esperaba su turno mientras escuchaba el resto de preguntas que estaban haciendo los fans. En lugar de la música de espera de toda la vida, la emisora colocaba el programa en vivo en el teléfono. Se sintió ansiosa, pero cada vez que terminaba de escuchar las “preguntas” emitidas por el resto de las fans se sintió tan inteligente que casi olvidaba qué tan lista era.

Finalmente, una voz electrónica y femenina interrumpió la emisión del programa, indicándole que su llamada estaba a punto de entrar al aire. Unos momentos después escuchó la alegre voz del locutor del programa preguntarle quién era y de dónde estaba llamando.

- Hola, mi nombre es Sara Corniels, llamo desde LA. ¿Qué tal estás Steve? ¿Axelle?

- Bienvenida al programa Sara, me encuentro excelente. Gracias por preguntar, - en realidad había notado que ella había sido la única en ponerle atención al pobre hombre. Se sintió un tanto apenada por él, pero no dejó que eso le afectara. No era él el motivo de su llamada.

- Hola Sara, - fue la única contestación que recibió de Axelle, quien sonó un poco más arrogante de lo debido, y con algo de prepotencia en su tono. Ya vería qué respondería a esto.

- He podido notar, Axelle, que inspiras bastante perfección en muchos aspectos, sobre todo en el aspecto exterior. Tu música, de igual forma, denota un deseo casi compulsivo de mantenerlo todo bajo control aunque, al igual que tu personalidad, me parece un tanto contenida. No quiero decir con esto que se traten de malas piezas, al contrario, cada una de ellas contiene un pedazo de tu propia alma, en una forma en la que pocos saben apreciar.

- Al punto, Sara Corniels, - apresuró Steve.

- Claro, lo siento Steve. Mi punto es, ¿cómo te aseguras de que absolutamente todo dentro de tu vida está totalmente en orden y que es, como demuestras en el exterior, perfecto? ¿Te consideras un egocéntrico, maníaco compulsivo del orden o es sólo lo que

prefieres mostrar en público? Porque muchas personas podrían verte de esa forma. Gracias por tu tiempo. Hasta pronto Steve.

Una pequeña sonrisa surgió en su rostro al imaginar la expresión de Axelle, quien inspiró de manera claramente incómoda e irritada al otro lado de la línea.

Unos instantes después, Axelle aún no había mencionado ni una palabra, aunque su respiración tenía un ritmo más irregular. ¿Se habría sobrepasado con aquella pregunta? El hombre dejó salir un risita incómoda, justo antes de responder.

- Resulta, Steve, que existen personas que creen que por conocerte externamente saben quién eres internamente. Que se creen los más... aptos para ir juzgando los motivos de los demás. Son ese tipo de personas que gustan de analizar a los manierismos y conductas ajenas, pero no caen en el autoanálisis, por lo que terminan desperdiciando su energía en otros en lugar de en sí mismos.

Axelle se tomó un momento para respirar después de aquellas palabras que hicieron que a Sara se le subiera la sangre a la cara. ¿Qué rayos le sucedía? ¿Quién se creía para atacarla de esa manera y humillarla así a nivel nacional? Sara mordía el cable de sus audífonos con furia mientras sentía que se le tensaba la vena de su sien izquierda.

- Respondiendo tu pregunta, Sara Corniels, nada está en orden para mi, al igual que en mi música. Y no, tampoco soy un maníaco compulsivo. En realidad se llama "desorden obsesivo compulsivo", pero asumiré... – Hizo una pausa y Sara casi corta el cable a la mitad con sus dientes. – Tengo un norte, un sentido y una orientación, pero eso no significa que todo esté bajo control.

Sara fruncía el ceño con cada palabra, su respiración se aceleraba cada vez más.

- Nunca entenderás lo que pasa por la mente de los demás a menos que entiendas lo que sucede en tu propia mente. Pero, sólo para darte un ejemplo, "Loving like No Other" de Blues, el disco que estaremos promocionando con nuestra Roadside Blues Tour, ejemplifica bastante bien lo que quiero decirte. Ya que tienes tiempo de sobra para analizar mis razones, interprétalas en esa canción.

Muy a pesar de la rabia que sintió con aquella respuesta, esa última parte la hicieron detenerse a pensar un momento. Intentó imaginar a qué podía referirse, pero en lugar de solo imaginar, decidió googlear la canción y escucharla.

Dejó que el ritmo suave de la canción la tranquilizara un poco.

Aún no entendía a Axelle, tampoco superaba el que él la hubiera ridiculizado en público en la forma en que lo hizo pero, de alguna manera, aquella canción le llegaba a lo más profundo del alma y la dejaba con un sentimiento opresivo en el pecho. No entendió ni la mitad de las metáforas que Axelle cantaba en aquella canción.

Algo le llamó mucho la atención, y fue la mención del pastel red velvet.

TRACK 5

Entendió, aquella noche mientras reflexionaba en su habitación, con el sonido de Disruptive Love en sus oídos, que se había extralimitado; que más allá de sonar curiosa, había sonado agresiva y como una idiota abusiva.

Su intención era romper ese caparazón en el que se rodeaba el vocalista, hacerle mostrar su verdadera cara, una que no estuviese viciada por un lugar u ocasión, como ella misma había visto en aquella corta interacción en The Grove.

Sin embargo, no entendía qué la había llevado a sonar de esa manera: agresiva y con intención de herir a matar. Se sentía muy avergonzada, aún por encima de la rabia, y se sintió aún más cuando recibió un mensaje de texto con un emoji de pulgar arriba de parte de Christie.

La había fastidiado. Y mucho.

Axelle, por su parte, no había salido ileso de aquella “inocente” pregunta.

Algo se removió en su interior, y el hecho de que atacara a Sara de aquella manera lo probaba: había tocado una tecla que no debió haber tocado, una que sacaba a la luz algo dentro de su mente que le hacía casi perder el control de sus palabras. Estuvo a punto de desenmascarar al hombre pero, ¿para qué querría desenmascarar a nadie? ¿Qué beneficio obtenía de ello?

No pudo evitar poner sus intenciones en duda porque, lejos de querer obtener algo, la verdad es que no esperaba obtener beneficio alguno de aquello, más que satisfacer la necesidad de saber la verdad.

¿Acaso estaba en su derecho? Existen verdades que no han de ser de conocimiento público, de eso ella estaba clara. Verdades que corrompen a la gente, las hieren, incluso las hacen perder la razón, tal como casi sucede con Axelle.

No sólo había tan solo logrado sacudir, indudablemente, a una persona del medio artístico, quienes ya de por sí se encuentran muy sacudidos, sino que también había sido capaz de sacudir su propia consciencia y considerar los derechos de los demás sobre los suyos, específicamente el derecho a la privacidad y la proyección de la personalidad sobre su propio deseo de conocer la verdad sobre un individuo con el cual no había compartido más que un breve saludo en una reunión clandestina.

¿Qué tan mala podría ser la vida de una estrella ascendente del rock contemporáneo?

Sara se atrevió a responder aquella última pregunta, sin saber lo equivocada que realmente se encontraba al respecto.

Pero, en definitiva, nada de aquello importaba. Tan solo importaba pasarla bien en éstos últimos días, ya que tan sólo le quedaban tres semanas más de ciudadanía y entonces tendría

que regresar a su natal España, con su madre, a vivir una vida tranquila, a la que ya no pertenecía: una sin las locuras de su amiga, las luces y la vida nocturna y de fin de semana, de comidas caras a precios increíbles, de acceso a las bondades del siglo veintiuno, y sobre todo en el que podía ver a aquel hombre de aspecto triste y algo gótico, aunque tan sólo fuera una vez cada tanto.

Sus ojos se cerraron, agotados de estar abiertos, observando la infinidad del techo oscuro de su habitación, débilmente iluminado por un ligero haz de luz pálida que se filtraba por una hendidura en su cortina luminizada. Se quedó dormida con aquella canción triste en sus oídos, y el sabor a red velvet y cobre en su boca, tal como cantaba Axelle.

* * * *

Veinte días. Tan sólo eso lo quedaba a Sara para permanecer legalmente en el país. Aún tenía que entregar aquel proyecto y, por si fuera poco, el tour comenzaba oficialmente mañana en la noche.

Entre la emoción, los nervios, la tristeza y la planificación Sara estaba hecha un desastre; las actividades que habrían de hacer de por medio, los lugares en los que pasarían la noche, el vehículo que usarían, las entradas a cada concierto, el jodido papel que debía terminar antes de marcharse...

Todo parecía demasiado para ella. Pero, como era de esperarse, los padres de Christie aparecieron en el momento preciso, y habían costeado el monto de las entradas para tres de los doce conciertos para ambas.

Tres conciertos en una semana serían recuerdos más que suficientes para ella, si en el camino encontraban la manera de colarse a uno o dos más, Christie sería la indicada para lograr aquella tarea. Además, no tenía que olvidarse de la carretera que estaba entre cada destino: las mejores aventuras siempre sucedían de camino a un destino y otro.

Ya había tenido la oportunidad de salir del estado de California en un par de ocasiones, pero siempre había sido por motivos de estudio.

Nunca había estado de gira con una banda, por lo que sentía una sana dosis de ansiedad. ¿Cómo se suponía que debía comportarse? ¿Encajaría entre ese montón de fangirls rabiosas? Tan sólo tenía la certeza de que no necesitaba encajar en ningún lugar, lo único que necesitaba era sentirse cómoda y disfrutar al máximo de todo lo que estaba a punto de vivir.

Aparte de las entradas, la madre de Christie les había dejado su SUV blanca aquella mañana, y si querían llegar al primero de los conciertos, tendrían que salir antes de mediodía. Las reservaciones estaban listas, aunque seguramente tendrían que hacer cambios

sobre la marcha, no sería nada con lo que ella no pudiera apañárselas.

Hizo un par de llamadas, comprobando que sus reservaciones estaban, de hecho, bien hechas, habló con su madre para comentarle sobre un pequeño viaje en el que realizaría “trabajo de campo”, con el cual ella estuvo de acuerdo con ciertas reservas y sin saber realmente el objeto de estudio o la finalidad de aquel viaje.

Si sabía que su hija estaba a punto de convertirse en una groupie muy probablemente habría caído muerta en aquel lugar en ese preciso instante.

- Darling, ya es hora de que nos marchemos o vamos a perdernos el primer concierto niña. ¿Qué estás esperando? Hurry up!

Christie estaba impaciente. Su madre la observaba pasearse de un lado a otro mientras Sara corría por el departamento buscando el resto de las cosas que habría de llevar consigo.

La laptop era una de las cosas principales, pues la necesitaría por si se inspiraba en el camino. El pasaporte, las reservaciones impresas, sus papeles de estudiante, ropa, cepillo de dientes. Tenía todo. De hecho, Christie lo había subido a la camioneta hacía un par de minutos.

- Muy bien, ya estoy lista, - comentó mientras corría con su maleta y un par de bolsos apretados contra el pecho.

- ¿Siempre ha sido así, no es cierto cariño?

Christie se encogió de hombros y negaba con la cabeza en respuesta a su madre. La verdad es que sí, siempre había sido de aquella manera.

- Hasta luego señora Andrea, ¡muchas gracias por todo! Saludos al señor Héctor de mi parte, nos vemos pronto. Les llamaremos en la carretera.

- No, we won't, - comentó Christie a su madre mientras Sara desaparecía tras la puerta. Su madre se aclaró la garganta sonoramente y la hizo girarse para verla, mientras torcía los ojos. – ¡Ma! Está bien. Te llamo en lo que estemos en Arlington. O cuando vayamos a mitad de camino. Todo dependerá de mi energía. Love you!

Ambas chicas salieron apresuradas en dirección a la camioneta que las esperaba para iniciar aquel viaje tan emocionante. Sara se sentía como una niña y Christie, bueno, Christie seguramente se sentía como ella misma, sólo que un poco más emocionada.

* * * *

El camino hasta Arlington había sido demasiado tranquilo. Ni invasiones extraterrestres o ataques intergalácticos, invasiones zombies ni criaturas Lovecraftianas habían salido en su encuentro, tan sólo el típico tráfico a las afueras de California.

Las horas se habían pasado con tal tranquilidad que Sara casi se sentía decepcionada. Definitivamente, en la carretera, las cosas distaban muchísimo de la realidad vista en muchas películas.

Ambas estarían en Arlington, Texas a tiempo para descansar un par de horas antes de lanzarse al concierto y salir de nuevo a la carretera para alcanzar a la banda en su siguiente destino.

En la radio sonaban los Red Hot Chilli Peppers con Scar Tissue, canción que la relajaba y la transportaba a una carretera solitaria en la que tan sólo existían ellas dos.

Para evitar seguir imaginándose uno de esos miles de escenarios, unos en los que se perdían, otros en los que eran perseguidas por locos psicópatas al más puro estilo de una película de Hollywood, o incluso esos en los que conseguían al amor de sus vidas, Sara decidió encender su laptop y ponerse a trabajar en su proyecto.

- ¿Trabajando? ¿En éste momento? Ya extrañaba a esa chica nerd que conozco y amo. ¿Quieres tu café? El proceso creativo puede ser algo agotador.

- Tranquila, tú lo necesitas más que yo. No creas que no te vi tomándotelo desde que cruzamos la frontera de Nuevo México. Ya conseguiremos una gasolinera para repostar. A dos kilómetros deberíamos toparnos con una estación de gasolina. Podemos tomar un café bien cargado antes de continuar. También tengo hambre.

- Sé perfectamente que no eres funcional con el estómago vacío, cerebritito. Tu cabeza deja de funcionar ante la falta de calorías, te pones totalmente rubia.

El comentario produjo un par de risas cansadas, e hizo Sara se sintiera tranquila, pues las cosas marchaban tal como lo había esperado. Cerró la laptop luego de unos minutos de infructuoso esfuerzo por concentrarse y se dijo a sí misma que trabajaría mientras comía algo en la gasolinera.

Se detuvieron, un par de kilómetros más adelante, en Zuzax Gas Mart, pasando Albuquerque. Después de llenar el tanque de la SUV ambas se dirigieron a la tienda para abastecerse. Sara pensó, al ver la hora, que necesitarían un descanso aunque tan sólo faltaran unas nueve horas. Por descuido suyo habían terminado tomando la ruta más larga, por la Interestatal cuarenta.

Christie no parecía muy cansada aunque si estaba contenta por quedarse esa noche en una cama, ya saldrían temprano en la mañana a Arlington. Aún tenían medio día para alcanzar su primer destino. Luego de una rápida búsqueda, dio con el Best Western Moriarty Heritage Inn, a unos veinte minutos de donde se encontraban.

Ambas podrían descansar, usar el internet que ofrecía el hotel y ella podría trabajar un rato en calma. Christie se apresuró a comprar una bolsa de bollos de miel, unas par de bebidas energéticas, una bolsa grande de patatas fritas y cacahuates para el camino. En el hotel podrían comer algo más sustancioso, siempre y cuando se encontrara dentro del presupuesto.

En el camino, mientras Christie le contaba animadamente sus anécdotas de la carretera, Sara intentó imaginar el escándalo que armaría su madre al saber que su viaje de campo en realidad era ésto. Intentó imaginar lo que podría pasar, lo que quería que sucediera. Intentó imaginar su despedía de los Estados Unidos como algo grande, increíble, una experiencia en la que terminaría siendo una persona totalmente diferente.

Y pudo, por un instante, sentir que de hecho así acabaría todo aquello, con ella siendo una persona distinta, madura. Tendría algo que contar, historias de cómo se había convertido en una aventurera, cómo habría vivido con algo de locura, aunque hubiese sido tan sólo por un par días, y de cómo ya no era la niña que habría sido tres años atrás.

Ésta sería la mejor de las experiencias de su vida, de eso estaba segura.

TRACK 6

La noche en el Best Western Moriarty Heritage Inn estuvo increíble, más allá de comer y dormir, las chicas se sintieron atendidas como se merecían, y con energías renovadas habían retomado el rumbo a primera hora de la mañana, entrando a Arlington pasadas las tres de la tarde, pues habían decidido tomarlo con calma.

La atmósfera en el pequeño teatro era algo incomparable; la euforia, la emoción de tanta gente junta, era increíble estar ahí y sentir todo eso de primera mano. ¡Y eso que la banda ni siquiera había llegado! Llegaron al Arlington Music Hall con una hora de anticipación.

Sara creyó que serían las primeras en ingresar a aquel lugar de diseño clásico, similar al de una sala de cine, con butacas alineadas frente a un escenario modesto, sin embargo se sorprendió al ver que la mayoría de las butacas ya se encontraban ocupadas.

Afortunadamente, todos los puestos se encontraban numerados, por lo que no tendrían problemas en encontrar su lugar, detrás de la primera fila.

En algún momento, Christie había desaparecido entre aquel mar de gente tras haber estado por unos minutos en su asiento. Estaría con algún chico guapo, pensó Sara mientras se dejaba contagiar con la emoción de los fans.

Cuando faltaban apenas minutos para que el show comenzara, ya no había ningún espacio libre de gente. Todas las sillas estaban ocupadas, los pasillos, el espacio frente al escenario. El Arlington Music Hall se quedaba un poco pequeño para la cantidad de espectadores que esperaban ansiosos a High Octane Blood.

Junto a ella estaban dos chicas que saltaban de anticipación. Una tenía el cabello corto, pelirrojo natural. La otra era una chica morena con un afro enorme. Ambas estaban muy cerca la una de la otra, saltaban y reían mientras se miraban a los ojos, compartiendo una sonrisa cómplice. Sara apartó la vista, sabía perfectamente lo que sucedería, no necesitaba verlo.

Cuando miró hacia el frente, intentando apartar la vista de las chicas, vio a dos chicos besándose en la fila de adelante, la gente a su alrededor les animaba a expresar su amor sin tabúes, cosa que pareció incomodarle por un instante, pero luego de unos segundos entendió que aquel lugar no era el más adecuado para prejuicios, era un sitio sagrado, donde la música borraba las diferencias entre los individuos, los hacía humanos a todos por igual.

En su bolsillo, su teléfono vibró. Lo tomó de prisa, apartando la mirada de los chicos que se besaban apasionadamente frente a ella.

Tras bastidores. Ahora. C.

Se levantó de prisa y corrió entre el mar de gente, escabulléndose como pudo más allá de la seguridad del lugar. Christie le había enseñado bien.

* * * *

Se sintió aliviada con la escasa seguridad del lugar, tan solo había visto un par de guardias en el camino a los que pudo evadir sin demasiado esfuerzo.

Tras el anfiteatro se encontraba un largo pasillo minado de puertas, y que eran lo único presente ahí, más allá del lejano eco de la multitud ansiosa en el anfiteatro. Sara lo recorrió apresurada, con los brazos cruzados delante de ella, sintiéndose nerviosa ante el silencio antagónico del lejano murmullo del público expectante.

Casi dejó escapar un alarido cuando una mano se posó en su hombro. Detrás de ella, con las manos en alto y a al menos dos pasos de distancia se encontraba Axelle, quien la miraba con algo de culpa en aquellos ojos color avellana.

- No quise asustarte. Ven conmigo.

Axelle se adentró en aquel largo pasillo con la misma seguridad que le había visto expresar en aquella entrevista para mtv, se adelantó hasta una puerta cercana al final del pasillo. La empujó e hizo una seña para que Sara entrara. La chica dio un par de pasos cautelosos esa dirección y observó el interior del camerino vacío.

- ¿En verdad eres así de tímida? Uno creería que siendo amiga de Christie no podrías ser tan penosa.

Sara se encogió de hombros mientras rascaba su nuca incómodamente.

- La individualidad de cada quien no limita las amistades que hacemos en la vida, Axelle. Deberías saberlo siendo amigo de Christie y de los chicos de tu banda.

El joven le ofreció una sonrisa pícaro mientras cerraba la puerta tras de sí, caminó hacia ella y se desvió a tan solo dos pasos en dirección a una pequeña mesa que se encontraba en la esquina mas lejana de la habitación. Sara inspiró profundamente cuando sintió un incómodo nudo de nerviosismo anidar en la boca de su estómago.

- ¿Deseas tomar algo? ¿Te doy un purple nurple?

- ¿Un purple... qué?

- Nunca has tomado uno.

- ¿Eso fue una pregunta?

- Sabes que no lo fue. Tan sólo porque no lo sabes te has ganado un purple nurple. A ver, después de ti.

Le extendió un pequeño vaso de cristal que sostenía, con un líquido de color púrpura casi brillante en su interior. Sara lo tomó con algo de recelo, lo acercó a su nariz, logró

distinguir el olor del ron, pero no lograba reconocer el resto de los ingredientes.

- ¿Tengo razones para creer que este trago no está adulterado?

Axelle sonrió complacido, alzó su propio chupito y se lo tomó de un golpe. Hizo un gesto de incomodidad y sacudió la cabeza mientras fruncía el ceño.

Sara le miró con dudas, pero tomó el trago poco a poco. Su garganta ardía mientras el extraño líquido de color morado descendía por su garganta, antes de quemar su estómago.

- Veo que te gusta. Siempre tomo un par antes de cada concierto para calentar mi garganta y poner el resto de mi cuerpo en calor. Me ayuda a relajarme antes de entrar al escenario.

- ¿Sientes presión antes de salir al escenario? El gran Axelle, se siente intimidado por la audiencia. ¿Quién lo diría?

- Hasta los mas perfectos tienen sus defectos, pequeña.

- ¿Disculpa? ¿Perfecto? Hay que hacer algo con ese ego antes que derrumbe el Arlington Music Hall.

Ambos estallaron en risas, justo antes de que la de Sara comenzara a volverse incómoda. Axelle, por su parte, se servía otro trago. Mantuvo su mirada enfocada en el trabajo en cuestión mientras continuaba hablando.

- Sabes, es que tengo ésta extraña obsesión con tener el control de todo, porque algo en mi vida me hace sentir esa necesidad, ¿sabes, Sara Corniels?

El rostro de ella se enserió de repente. ¿Cómo sabía...? A menos que...

- Debo admitir que por un momento tuve mis dudas, que estaba imaginando cosas pero entonces nuestra rubia amiga me lo confirmó. Nunca olvido una voz una vez que la escucho. Es lo único bueno que me dejó ese pasado que... En fin.

- ¿Pasado? – Continuó Sara una vez que el silencio se apoderó de él, una imagen pareció volver a su mente y evento le distrajo y lo robó de la realidad. - ¿Axelle?

- Lo siento, - respondió él, ofreciendo una sincera, pero extrañamente agotada sonrisa. Le ofreció otro trago mientras negaba con la cabeza. – Es parte de un pasado que necesita quedar en el olvido. No es relevante para ti. Perdona mi sinceridad pero hey, tú comenzaste, ¿lo olvidas?

Axelle levantó los brazos en señal de disculpa cuando Sara puso cara de asombro. Era cierto, su vida no era de su incumbencia, y de pronto sintió mucha vergüenza y entendió el motivo por el cual se encontraba en aquel camerino, sola con el vocalista de los HOB.

- Lamento todo lo que dije. Más que nada, lamento el tono en el que lo percibiste. Créeme, de verdad, no era mi intención atacarte.

Axelle levantó la mano, en señal de que no quería escuchar excusa o disculpa alguna.

- Lo hecho, hecho está. La vida no siempre te da lo que deseas, a veces ni siquiera te da

lo que mereces. Al igual que con la gente, es mas sencillo que la vida te quite algo a que te lo entregue.

Sara lo observó detenidamente por un momento. Pudo ver en su rostro una expresión de dolor, tan infinitesimal que se la habría perdido si hubiese parpadeado en ese instante. Axelle era un camaleón para disfrazar sus emociones, por lo que podía observar.

- Lamento mucho lo que sea que sea que te saca de tu zona. Lamento aún mas haberte colocado en esa posición nuevamente.

Axelle sacudió la cabeza antes de tomar su chupito.

- Bébelo. Es lo menos que puedes hacer por ser una completa idiota.

Sara no pudo evitar reír ante aquella ofensa. Dejó salir una carcajada ahogada por el ardor del licor de lo que bebía mientras le miraba fijamente. Axelle río mientras se servía otro trago.

El concierto estaba a punto de comenzar, y ahí se encontraba ella, tomando alcohol de apariencia extraterrestre con un hombre guapo con un pasado que aparentemente le atormentaba, mientras su mejor amiga se encontraba desaparecida en acción.

Quizás debió preocuparse un poco mas por ella, pero ésta contaba como una de esas anécdotas que se convertirían en historias para antes de dormir.

* * * *

El concierto comenzó unos veinte minutos después de la hora programada. Sara y Axelle se habían quedado tomando vasos de purple nurple hasta que se había pasado la hora de salir, ignorando los llamados del personal de protocolo.

Jazz, Ajax y Mina se encontraban en el escenario distrayendo al público mientras el vocalista hacía acto de presencia. Al parecer, era habitual que él fuera el último en salir.

- Hago con mi vida lo que me permite la consciencia, - le había comentado él. - No me permito caer en el error de hacer lo que la gente quiere hacer de mi.

Le parecía una forma de pensar excelente. Ella misma se había dejado influenciar en algunas de sus decisiones más importantes por su entorno. Si bien siempre había querido estudiar en el extranjero, la idea de viajar a Estados Unidos había nacido después de que le llenaron la cabeza con ideas de un mundo totalmente distinto en América, por lo que no pudo resistir la tentación.

Siempre creyó que permanecería en la Unión Europea, pero la realidad ahora era distinta. No se arrepentía, pero ciertamente la decisión no había sido tan propia como le habría gustado admitir.

Se sorprendió del talento de Axelle, y del resto de la banda, que se veía inmutado aún después de tantos tragos. Supuso que el resto de la banda tenía una rutina similar a la del vocalista, y que cada uno la seguía religiosamente en su propio camerino antes de salir al escenario.

Christie apareció casi a mitad de concierto, con una apariencia desarreglada y una sonrisita tonta en el rostro, tal como aparecía cada vez que había pasado una noche entera teniendo sexo y bebiendo hasta hartarse.

En aquel momento Sara no hizo hincapié en qué le había sucedido a la rubia, principalmente porque su mente se encontraba nublada por el exceso de alcohol en su sistema.

Se enfocó en disfrutar la música, el espectáculo, la euforia del público y la presencia reconfortante de su mejor amiga a su lado. Olvidó sus problemas, ignoró sus obligaciones, dejó de pensar en qué pensaría su madre de ella y se enfocó en ser una más de las fanáticas presentes.

* * * *

A duras penas lograron llegar al Executive Inn Arlington TX muy a pesar de estar a menos de cinco minutos en coche desde el Arlington Music Hall. Christie había manejado con ojos pesados, en el hombrillo, y con las luces de emergencia encendidas.

Bajo otras circunstancias Sara habría estado muy preocupada, pero en vez de eso se sentía tranquila, risueña, la forma de manejarse de Christie le parecía lo más cómico que había visto nunca en su vida. El subconsciente que aún latía en el fondo de su mente le decía que estaba haciendo el papel de tonta, pero su mente no le permitía prestarle atención.

En el hotel tuvo una crisis de risa cuando el encargado, un joven rubio de ojos oscuros, le pidió su reservación y ella se empeñaba en decir que su amiga la tenía. Christie, aún en su estado, se dirigió a la SUV y rebuscó entre las cosas de Sara, encontrando la carpeta con las reservaciones.

El encargado les lanzó una mirada de extraña compasión mientras verificaba que las chicas, en efecto, tenían una reservación. Les entregó las llaves e indicó el camino, sin embargo no las acompañó más allá de las escaleras que llevaban al segundo piso, temiendo que quisieran aprovecharse de él en el estado en que se encontraban.

Sara siguió riendo aún cuando se dejó caer en la cama, pasadas las tres de la mañana. Christie roncaba profundamente en la cama contigua, acostada boca abajo. Ya había estado dormida en el momento en que su cuerpo hizo contacto con la cama.

Recordaba la expresión de Axelle, la amabilidad que había expresado con ella y lo atento

que había sido a pesar de aquel malentendido en la estación de radio. Pero, sobre todo, pensaba en lo comprensivo que había sido.

Definitivamente, Axelle era algo más que belleza exterior y fama, era una extraña especie de ser en peligro de extinción. Sara estaba feliz por tener la oportunidad de conocerle, y estaba ansiosa por llegar al siguiente concierto. Esperaba poder encontrarse de nuevo con él y compartir de esa misma forma antes del concierto.

La sonrisa tonta no se fue de su rostro hasta que cayó inconsciente, un rato mas tarde.

* * * *

La mañana siguiente había comenzado bastante temprano. El hotel no ofrecía servicio de desayuno, por lo que Christie se había dado a la tarea de darse de baja más temprano de lo acordado, sacando a Sara de la cama y arrojándola, casi literalmente, en el baño para que se preparara para marcharse.

A diferencia de la rubia, ella se encontraba en un estado deplorable. Su cabello estaba enredado, enmarcando las oscuras marcas bajo sus ojos, que parecían ser de maquillaje chorreado, pero que eran tan reales como el resto de ella. Tenía las punta de su nariz mas roja de lo normal, y lo blanco de sus ojos estaba inyectado de sangre.

Frunció el rostro ante su propia imagen, intentando corregir con agua helada el daño que mostraba su piel. Unos diez minutos después Christie regresó del lobby, con una pequeña tarjeta del Inn en la mano. Lucía como si había tenido una noche de sueño magnífica, sus mejillas estaban rosadas, sus ojos y cabello lucían perfectos y se manejaba tan grácil como siempre lo hacía.

Sara le lanzó una mirada llena de odio y frustración mientras salía del baño. Christie le entregó la tarjeta y le dijo que tenían media hora para marcharse antes de tener que pagar un recargo.

Sara maldijo internamente la prisa de su amiga, se vistió aceleradamente y salió a la carrera del hotel. No logró ver al rubio que las había atendido la noche anterior, en su lugar se encontraba una mujer de edad avanzada y de aspecto amenazador, quien les lanzó una mirada cuestionadora mientras salían.

- Siento que te odio, ¿sabes? Necesitaba al menos unas diez horas extra de sueño para reponerme.

- No seas llorona, baby. Vamos a un Starbucks a desayunar, haz tu magia y búscanos uno cerca. Muero de hambre.

Ahora que lo mencionaba, su estómago caía en cuenta de la hora, un poco mas de las nueve de la mañana. Rugía de forma casi desesperada. Sara asintió mientras se colocaba

unos lentes de sol enormes para intentar cubrir parte del desastre que era su rostro. Miró la pequeña tarjeta que le había entregado su amiga.

A simple vista era una tarjeta del hotel, con el correo y números de teléfono, pero lo importante se encontraba escrito en una letra algo garabateada en la parte posterior: se leía un “llámame” junto con un número de teléfono. Sara frunció el ceño con curiosidad, ¿de qué se trataba todo aquello?

- En verdad es para ti. El rubio se empeñó en preguntar una y mil veces por ti cuando fui a registrarnos de salida. Me dijo que a pesar de ser un poco despistada parecías muy interesante y que quería conversar contigo alguna vez. No pude decirle que no, tan benevolente como soy.

Sara no respondió a aquel comentario. Tan sólo se quedó mirando la tarjeta y la palabra en español escrita en ella. “Llámame”. Recordó el bochornoso estado en el que había llegado la noche anterior, el histérico ataque de risa que tuvo y cómo habría de lucir. Aún así, un chico guapo se había fijado en ella por encima de su amiga.

Un ligero rubor cubrió sus mejillas mientras guardaba la tarjeta en su mochila y sacaba su teléfono para buscarles un Starbucks cercano. Acabarían en un Starbucks cerca de la Universidad de Texas en Arlington, desde donde retomarían el camino pronto.

Su próximo destino: Albuquerque, Nuevo México.

TRACK 7

Durmió gran parte del trayecto de más de nueve horas a Nuevo México, donde darían el segundo concierto los chicos, en el Sandía Resort & Casino, un hotel en Albuquerque con uno de los mejores anfiteatros al aire libre de Estados Unidos.

Sara se había visto bastante entusiasmada con las imágenes que consiguió en internet, y se había aprovechado de la caridad de los padres de Christie para hacer una reservación en el Sandia. Sería la primera vez en que se quedara en un lugar semejante, y quería llegar al Resort antes de que el concierto empezara, para poder disfrutar de las instalaciones.

Al llegar a Albuquerque se detuvieron en el Starbucks de la 8101 San Pedro Drive NE, a pocos minutos del Sandia, aunque Sara estaba deseosa por llegar finalmente, ambas necesitaban tomarse un descanso para ir al tocador y recargar las energías con alguna bebida súper dulce y calórica, además de algún snack para picar antes de la cena.

Sara recordaba, mientras esperaba a que Christie regresara del tocador sentada en una mesa aislada cerca de la esquina del local, aquel momento compartido con Axelle la noche del concierto en Arlington.

Había llegado a sentirse más que atraída por el sujeto en aquel momento, había sido flechada y desde entonces, no dejaba de pensar en él. En la sonrisa que le brindaba cada tanto, y en cómo se desenvolvió ante ella, igual de seguro pero un poco más vulnerable.

Era un lado tierno que no había podido ver en aquella entrevista en televisión, o en los escasos momentos en los que le había visto en público. Se sentía como una parte que tan solo ella conocía, y aquel sentimiento era increíble.

Mientras divagaba y jugueteaba con el bolsillo de su chaqueta, sintió algo dentro de él. Rebuscó, con el ceño fruncido, hasta que dio con la pequeña tarjeta que le había entregado su amiga aquella mañana al salir del Executive Inn Arlington TX.

Recordó a aquel rubio, amable y sorprendido por la actitud de ella, y que tontamente se había dado a la tarea de hacerle llegar su mensaje, corto y preciso, lleno de un montón de incógnitas que de pronto sintió ganas de resolver.

Sacó su teléfono de su bolsillo, y se quedó mirando a los diez dígitos escritos en letra casi jeroglífica en la tarjeta, acompañados de aquella palabra en español que, supuso, había sido Christie quien pidió escribiera. Marcó el número.

No sabía su nombre, ¿sabría él el suyo? Por la reservación que hizo era posible que lo supiera, aunque también cabía la posibilidad de que creyera que Sara era Christie, y no ella.

Observó el número en la pantalla como si contuviera la respuesta a algún enorme misterio universal, y después de un par de minutos cerró la aplicación de llamadas y guardó su teléfono nuevamente. En ese instante Christie volvía a la mesa con una bandeja con un

frappuccino coconut mocha y un frappuccino berry yogurt, el favorito de la rubia.

Sara agradeció la cafeína, sorbiendo lentamente su espumante bebida caliente mientras sopesaba la idea de llamar realmente a aquel chico. Sin embargo, la imagen de Axelle volvía para apartar aquellos pensamientos de su mente. Ignorando totalmente a su mejor amiga, sorbía poco a poco su bebida, sin siquiera prestarle atención al sabor de la misma.

- Sigues en las nubes, darling. Espero que no estés pensando demasiado en él.

Sara se quedó con la duda de a quién se refería Christie. Intentó ocultar su rubor lo mejor que pudo, la rubia tan sólo la miró con una sonrisa pícaro y cómplice, y se enfocó en su propia bebida. Habían olvidado pedir los snacks, pero Sara le rogó a Christie que las llevara de una vez al Sandía, cosa que hizo ella sin chistar.

* * * *

Les tomaría tan sólo diez minutos llegar al Sandía, Sara quedó impactada con la belleza de la entrada y el resto de las instalaciones que les daban la bienvenida. Altos techos con enormes vigas de madera coronaban paredes color beige terroso y columnas adornadas con piedra de grisáceas.

Lo que más le llamó la atención fue una estatua un poco más grande que tamaño real, de una persona con vestimentas similares a las de un monje. No tuvo idea de quién se trataba, pero ya podría investigarlo luego, cuando no se encontrara cegada por todo aquel lujo estructural como nunca antes lo había visto.

Disponían de todo el día para disfrutar de aquel lugar, pues el concierto sería la noche siguiente. Mientras Christie dormía en la habitación, Sara se dedicaba a escribir de nuevo un poco para su ensayo, sentada en una de las pequeñas mesas que se encontraban cerca de una de las esquinas de la enorme piscina mientras el anochecer terminaba de caer sobre ella.

Había decidido que lo mejor sería aplicarse esa noche, aunque interfiriera en el plan original, pero utilizaría todo el tiempo libre que tuviera disponible para hacer valer el esfuerzo de esos tres años.

A fin de cuentas, el compromiso, aunque aburrido, era lo que definía a las personas en la vida. Aquellas que tenían un poco más de compromiso lograban sobresalir del resto, mientras que los que tenían un nivel “acorde” de compromiso se encontraban atrapados en la corriente social, nadando siempre con ella, sin distinción ni gloria.

A pesar de no ser una estudiante súper dotada, Sara se caracterizaba por hacer lo mejor que podía. Su decisión de ser la mejor versión de sí misma en todo lo que hacía la impulsaba a tomar decisiones de forma racional.

Mientras que la mayoría se decantaba por lo fácil y a veces irracional, fue por pensar de

forma racional que logró ingresar a la UCLA, mudarse a los Estados Unidos, conseguir una residencia y formarse una nueva vida alrededor de un sueño, fortalecido por una decisión.

Sin embargo, aquella noche su mente divagaba un montón. Los instantes de concentración eran pocos, cortos. No lograba centrarse en la tarea en cuestión, en lugar de eso pensaba en esa noche con Axelle e imaginaba, como una tonta, lo que harían luego de llegar a conocerle mejor.

Recordaba las palabras de su madre, que un hombre era tan solo eso, y lo demás eran invenciones de la mente de la mujer, quien veía en él lo que ella deseaba.

Dudaba que aquel fuera el caso de Axelle, después de todo, su madre había pasado por un mal rato con el padre de Sara y desde entonces se había mantenido al margen de los hombres.

Aunque intentaba creer que no había sido el único, nunca conoció otra figura que pudiera reemplazar a la de su padre biológico, por lo que siempre creyó que su madre se cerró, dándose por vencida ante la única decepción sentimental que tuvo a la corta edad de veinte años.

Sara sabía que no pasaría por aquel tormento por el que pasó su madre, pero entendía que era posible salir herida. Axelle no representaba peligro alguno, de eso estaba segura. Los demás, sin embargo, eran harina de otro costal.

Se pellizcó las mejillas y sacudió la cabeza. – Enfoque, - se dijo en voz baja, estiró los brazos y suspiró. Tenía unas páginas por terminar, y las mismas no se terminarían por sí solas.

* * * *

Algo en las palabras de Sara le había removido los recuerdos de su traumático pasado enterrados tan profundamente que las pesadillas habían vuelto. La chica que estaba a su lado permanecía inconsciente, aún cuando él saltó de la cama al despertarse sobresaltado.

Aún veía el rostro de aquel bastardo, burlándose de él, en el fondo de su rostro mientras de desvanecía lentamente. El tierno rostro inmóvil de su mejor amigo, el señor Snitch, y el rostro lleno de dolor, horror y preocupación de su madre.

Aquel maldito había sido capaz de robarle la calma durante veinte años. Se había encargado de robarle cada instante de calma durante todos esos días.

Axelle se levantó de la cama, su cuerpo se encontraba cubierto de un sudor frío, relucía bajo la tenue luz de la luna que se filtraba a través del ventanal de su habitación en el Sandia. Habían llegado después de las doce de la noche, con la mayor parte de los huéspedes ya en sus habitaciones, teniendo un descanso reparador.

Jazz y Ajax roncaban en la cama adyacente a la suya, en la habitación que compartían. Mina, por su parte, se encontraba en una tercera cama, un poco más pequeña, al otro lado de la habitación.

Había llegado a apreciar la cercanía que había desarrollado con aquellas personas en los años que habían estado haciendo música juntos, pero como toda relación, había llegado a odiar algunos momentos. Éste era uno de ellos: despertar asustado por una de sus pesadillas, y encontrarse en una habitación llena de gente, cuando en realidad lo que necesitaba era un poco de soledad con sus miedos.

Con el tiempo había logrado superar el malestar, el trauma por otro lado había sido un poco más difícil de olvidar.

Corrió sus manos por su rostro mientras caminaba hacia el ventanal. La luz del exterior delineaba su cuerpo contra la oscuridad de la habitación. Se dirigió hacia el baño, tomó una toalla y la colocó sobre su cintura, salió de la habitación, con un paquete de cigarrillos en la mano y el teléfono celular en su cintura.

No le importó exhibirse por el largo pasillo del hotel, no había nadie mas que las cámaras de seguridad para verle. Se dirigió al área de la piscina, que se encontraba cerrada a esa hora.

Saltó por encima de la verja baja que la separaba del camino, sacó un cigarrillo de la caja con sus labios al estar del otro lado y se dirigió hacia el borde de la piscina. Lo encendió y se sentó con cuidado en la orilla, metiendo las piernas en el agua helada, luminiscente con un azul proveniente de las luces del fondo.

Inhaló profundamente de su cigarrillo, intentando dejar a un lado sus nervios. La brisa nocturna soplaba un poco más fuerte de lo que había esperado, también un poco más gélida de lo que se esperaba para esa época del año.

Exhaló el humo dentro de sus pulmones, el cual revoloteó junto a su rostro, arrastrado como una nube pesada hacia el cielo, formando un cúmulo que ascendía con la brisa nocturna en forma de espiral.

Sus ojos vagaban por la superficie del agua reluciente, su mente se empeñaba en reproducir aquellas imágenes una y otra vez. No era la primera vez que pasaba por éste proceso, por lejos, pero no lograba acostumbrarse a la sensación de vacío que se formaba en la boca de su estómago, al dolor en su pecho atentaba con partirle el esternón.

Tomó el teléfono y discó un número en marcación rápida. El tono sonó un par de veces del otro lado de la línea, antes de que la suave voz de una mujer contestara. Sonaba calmada, tranquilizadora. Antes de que Axelle pudiera decir algo, comenzó a llorar. La mujer al otro lado de la línea se dedicó a susurrarle palabras tranquilizadoras.

Él simplemente se dejó tranquilizar por aquella voz familiar, como un bálsamo para el dolor cuando mas lo necesitas.

* * * *

Finalmente, con bastante dificultad, había logrado completar aquel informe pasada la una de la mañana. Había decidido retirarse a su habitación cuando la noche se hizo un poco mas fría de lo que podía tolerar.

Esa misma noche envió el ensayo por correo antes de irse a dormir, y a primera hora de la mañana había llamado a su tutora para hacerle saber que lo había enviado, tan sólo para estar más tranquila.

Sentía satisfacción por lo que había escrito, aunque sabía perfectamente que pudo haber dado mas, tan sólo quería enfocarse en disfrutar del momento y ahora, con una responsabilidad menos en el camino, podría hacerlo.

Christie se había pasado todo el día en el Spa del hotel, mientras que Sara se había estado asoleando un poco en la piscina, había tenido que pedirle dinero a Christie para comprarse un bañador en la pequeña tienda que tenía el Sandia, ya luego vería como le pagaría aquella cantidad.

Lo que importaba era estar lista para el concierto en la noche y, con algo de suerte, para encontrarse con Axelle tal como había sucedido en Arlington.

Se sentía con suerte, tanto que habría probado ir al casino de no ser porque estaba corta de dinero. Sería una buena noche, podía sentirlo.

* * * *

Sara no tenía idea de cómo lo hacía, pero Christie estaba al tanto de la llegada de la banda antes que el personal de seguridad del lugar. Ambas se dirigieron hacia una de las habitaciones del tercer piso, Sara lucía su bronceado con una blusa strapples que la hacía ver mucho más interesante que la última vez, o eso le había asegurado Christie.

Ella, por otro lado, había optado por usar una de sus chaquetas de cuero marrón, jeans ajustados con botas negras hasta la rodilla y un top strapples también de color negro.

Mina fue quien abrió la puerta de la suite treinta y dos, dónde se estaba quedando la banda. Les comentó que habían llegado tarde en la noche anterior y habían preferido pasar el día durmiendo.

Jazz y Ajax estaban en la habitación, de nuevo, jugando videojuegos animadamente

mientras Mina se encontraba preparando unos tragos cerca del pequeño minibar de la Suite. Axelle no se veía por ningún lugar, pero supuso, por el vapor que escapaba por debajo de la puerta del baño y el ruido de la regadera, que se encontraba ahí dentro.

Ambas tomaron asiento en una de las enormes camas que había en la habitación, mientras Mina les servía tragos en copas de cristal de apariencia cara y delicada.

No eran los purple nurple del otro día, pero estaban bastante buenos. Lograba sentir el sabor del vodka, el aroma del coco y la acidez de la naranja. No conocía el nombre de aquel trago pero no le importaba, estaba rico y le gustaba y eso era todo lo que necesitaba saber.

Unos minutos más tarde la puerta del baño se abrió, Axelle salió de allí con la piel un poco reluciente con el vapor que se había condensado sobre él.

Llevaba una camiseta negra y jeans ajustados. Iba descalzo, y con la toalla alrededor de su cuello. Su expresión al verlas fue de asombro, pero rápidamente cambió a una expresión complacida cuando cruzó miradas con la rubia.

Saludó a Christie con un abrazo casi fraternal y se acercó a Sara algo más tímido, le dio un beso en la mejilla y se sentó junto a ella mientras Mina le servía una copa. Conversaron durante al menos una hora, Axelle contaba las historias sobre su vida en las bandas anteriores y qué tan distintos eran las tours en comparación con éstos.

Luego de un rato bastante largo, Jazz y Ajax salieron de la habitación para buscar algo de cenar, Mina se llevó a Christie y Sara se quedó a solas con Axelle en la habitación. Hubo un silencio bastante incómodo por un momento. Sara comenzó a sentirse muy tensa.

Había estado en esa situación con anterioridad, pero nunca había estado a solas en una habitación, con camas, con un cantante famoso. La vez anterior, en el camerino de Axelle, no contaba como un encuentro erótico aunque no hubiese sido la excepción en cuanto a lugares extraños para tener relaciones.

Axelle se levantó de la cama, dejando la toalla húmeda caer al suelo mientras se dirigía al minibar, quitándose la camiseta.

- Espero que no te moleste que me quite esto, - comentó.

Sara río de forma tímida, sintiendo mariposas en el estómago como una niña enamorada. Axelle se acercó a ella con el shaker de tragos y le sirvió un trago de aroma un poco mas fuerte, menos dulce.

Sara tomó un sorbo mientras veía el cuerpo del cantante, firme y delgado pero no definido, con músculos en las zonas perfectas. Parecía un chicuelo de secundaria, aunque ella suponía que no era ese el caso. - ¿Nerviosa?

- ¿Debería tener motivos para estarlo? – Preguntó ella con un leve tono de burla y desafío.

Sabía que podía confiar en él. El hombre conocía a Christie mejor de lo que ella sabía, así que no representaría peligro alguno para ella. Axelle se encogió de hombros y se sentó

junto a ella, se dejó caer de espalda apoyado sobre sus codos, su estómago plano tomó algo de definición mientras subía y bajaba rítmicamente con su respiración.

Se le quedó mirando por un instante muy largo, uno que la llenó de una anticipación que no esperaba; su cuerpo se tensaba con cada instante que le mantenía la mirada. Sin decir nada, Axelle se desabrochó el botón de su jean y volvió a acostarse en la cama, como un plato en exhibición para que ella lo devorara.

Al principio se sintió temerosa, Axelle la alentaba a beber mas de aquel trago que le había servido. Cada sorbo le hacía arder la garganta y el estómago, la sonrisa de él se ensanchaba con cada gesto que hacía hasta el punto en que logró sacarle una risa al vocalista.

- Ven. Debes beberlo aquí, - le dijo mientras tomaba la copa de su mano, dejaba caer el líquido rojizo sobre su estómago y se llenaba su ombligo. – Así sentirás menos su efecto.

La tomó de la mano y la haló hacia él, tomándola por la nuca cuando estuvo suficientemente cerca. Al principio Sara puso algo de resistencia, pero luego aceptó dejarse llevar, acercándose al estómago de Axelle y pasando su lengua por la piel mojada de licor antes de sorber del ombligo del chico.

Axelle dejó salir un suspiro de placer, dejando caer su cabeza hacia atrás mientras hacía presión en la nuca de la chica contra su abdomen.

Sara se aventuró en mover sus manos, posándolas sobre las piernas de Axelle, primero tímida, luego un poco mas desinhibida. Sintió una presión creciente en el jean de Axelle contra su pecho y cerró sus ojos de la impresión que sintió ante el tamaño de aquella erección.

Subió sus manos mientras bajaba poco a poco su rostro hasta acercarse mas a la entrepierna del cantante. Sentía y escuchaba como su respiración se hacía corta y rítmica como la suya propia, y aquella presión crecía cada vez mas.

Se lanzó y la tomó entre una de sus manos, Axelle gimió ante ese contacto, estremeciéndose un poco debajo de ella y empujando sus caderas contra la mano de Sara. Susurraba palabras que ella no lograba entender, a causa de la excitación, el alcohol o ambos.

Apretó y apretó hasta que decidió que quería sentir aquella piel en su palma, torpemente bajó el cierre y, para su sorpresa, el miembro de Axelle fue lo primero que encontró debajo de aquel tejido.

No llevaba ropa interior, su pene circuncidado salió de su prisión como el monstruo que era: grande, gordo, rosado brillante en la punta y tan húmedo por la anticipación y el roce contra él que había mojado los dedos de Sara.

- ¿Lo quieres nena? – Susurró Axelle con voz borracha, tan profundo en su garganta que a Sara le costó un poco entenderlo. Asintió mientras recorría con la punta de sus dedos la delicada piel, esparcía aquella humedad por todo ese miembro tibio y palpitante. – Tómalo,

es todo tuyo.

Sin pensarlo dos veces, y con una risita que sonó mucho más depravada de lo que había pretendido, Sara rodeó con sus dedos el ancho de aquel miembro viril y lo llevó lentamente a su boca, causando que aquel hombre empujara sus caderas contra ella, empujando su pene mas profundo en la boca de la chica, casi ahogándola.

Sara contuvo la respiración, apretó los ojos, saboreó aquel gusto un poco viscoso y salado en su lengua mientras subía y bajaba a lo largo de aquellos centímetros de tibio placer. Lo deseaba, le encantaba tenerlo en su boca, era lo mas delicioso que había visto y probado en su vida.

Se movió a su ritmo por lo que le pareció una eternidad, y cuando subía sus labios desde la mitad del pene de Axelle sintió como él la tomaba por la nuca con ambas manos, la traía hacia su pelvis mientras empujaba contra ella y la hacía tragarse su pene entero hasta la base, enterrando la pequeña nariz de Sara en el vello púbico recortado con olor a almizcle y jabón de hotel.

Axelle dejó salir un quejido de placer mientras la garganta de Sara se expandía y forcejeaba para acomodar aquel miembro dentro de ella sin hacerla vomitar. Era demasiado, muy grueso, muy largo, con una ligera curvatura hacia abajo, pero ella lo contuvo dentro de sí por una eternidad, quizás medio minuto, quizás menos, cuando lo sacó sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas, el estómago se le subía a la garganta y la cabeza le daba vueltas.

Pero antes de poder reponerse de aquella violenta e inesperada invasión sintió que Axelle empujaba nuevamente contra ella mientras la atraía hacia él, empujando su miembro dentro de su garganta una y otra y otra vez, consiguiendo un ritmo constante e incluso placentero.

Las lágrimas que rodaban por su cara y las ganas de vomitar que sentía de veces valían la pena, pues estaba sintiendo aquella hombría tan poderosa dentro de ella.

Axelle finalmente la soltó, luego de un minuto o dos de follar su boca. Sara inhaló de forma casi violenta, intentando recobrar la respiración. Tenía la cara enrojecida, llena de lágrimas y con hilos de saliva y líquido traslúcido que caían de su boca hasta el pene del vocalista.

Sin decir nada, con la respiración igual de acelerada él se levantó de la cama, arrancándose los jeans y tomando a Sara de la cintura, quitándole el top con una necesidad casi animal, sin cuidado ni romance, dejando libres sus senos y tomando un pezón entre sus dientes mientras trabajaba con el jean de la chica, quitandoselo de una forma tan experta que era casi tan excitante como todo lo que le había hecho hasta ese instante.

Sara gemía, con los ojos girados y la boca entreabierta, sintiendo una presión y calor en su entrepierna, una humedad que crecía con cada mordisco y cada lamida que le daba Axelle a sus pezones, con cada apretón que le daba a sus nalgas.

Pero todo fue demasiado cuando él tomó ambas nalgas de la chica, las separó y la expuso, y rozó un dedo entre sus nalgas, haciéndola temblar cuando empujó y logró

penetrarla.

- Duele, - se quejó la chica, pero Axelle no respondió, siguió besándole el pecho, lamiendo y mordiendo sus pezones mientras empujaba y sacaba su dedo suavemente. El dolor dio paso a una extraña forma de placer que no había sentido antes, se sintió más húmeda que antes mientras rozaba su pelvis contra el pene de Axelle y empujaba su trasero contra su mano. Nunca se había sentido tan extasiada, tan tocada e invadida en su vida. Era la sensación más erótica que hubiese tenido hasta entonces. – Demasiado, - suspiró quejumbrosa, ésta vez por placer.

- Te encanta, ¿no es así? Sentirte invadida por todos lados. Apuesto que te encantaría sentirme dentro de ti, hasta aquí. – Le dijo mientras apretaba un dedo sobre el ombligo de Sara. Ella tan solo movía con mayor fuerza sus caderas, presionando más contra el pene de Axelle. – Pero no. Me gusta que mis mujeres esperen por mí. Me gusta hacerlas sufrir, que me deseen hasta el punto de querer estallar. Es entonces cuando las follo tan duro que las hago desmayarse. ¿Quieres que te folle así nena? ¿Desmayarte con mi pene dentro de ti? ¿Es eso lo que quieres?

Sara tembló, gimió tan fuerte que sintió que se le iba la cabeza. Se sintió débil, exhausta, pero extasiada a la vez. Su mundo giró tan rápido que no supo lo que pasaba hasta que estaba en otra posición.

Axelle había sacado su dedo de ella, dejándola con una sensación de vacío entre sus nalgas, pero tan pronto como sintió la ausencia, sintió la lengua de Axelle rozar contra la humedad de su ropa interior, y se retorció mientras empujaba su rostro contra la cama.

Él la despojó de la ropa interior de un jalón, juntando sus labios con los labios húmedos e hinchados de la pelvis de la chica, empujando su lengua dentro de ella, lamiendo toda la humedad sobre su clítoris de forma lenta e inclemente, dándole estimulación pero no la suficiente para hacerla llegar a un orgasmo.

La presión crecía, casi dolorosa, pero no deseaba que acabara, no en aquel momento, no de aquella forma.

Axelle siguió trabajando a Sara hasta casi volverla una pulpa de balbuceante placer, temblorosa en la cama, expuesta con la pelvis en alto y la cara enterrada entre las sábanas. Sintió dos dedos invadirla, uno por cada entrada, y cuando intentó gritar sintió los dedos de Axelle meterse en su boca.

- Quiero que chupes estos dedos como si se tratase de mi pene, nena. Trátalos muy bien, mójalos tanto como puedas. Ya verás lo bien que te harán sentir.

A Sara le encantaban aquellas palabras sucias, aquella manera de hablarle, de tratarla, no como una señorita, sino como una mujer deseosa de sexo. La excitaba de forma horrible, pero su mente no estaba conectada con su sentido de dignidad, y no le importaba pasar por una prostituta siempre y cuando siguiera sintiéndose de aquella manera.

Los dedos de Axelle dejaron su boca al tiempo que él dejó de penetrar sus otras partes con su otra mano. Aquella ausencia duró tan sólo un instante, pues tan brusco como la

primera vez Axelle la penetró por delante con su pene y por detrás con los dos dedos que Sara había estado chupando.

Casi gritó con la mezcla de dolor, ardor, incomodidad y placer al ser invadida de aquella manera, pero Axelle no le dio tregua, comenzó a martillar su pelvis contra ella. En su rostro se dibujó una sonrisa tonta, su cabeza giraba, su rostro hormigueaba, y aquella deliciosa presión que sentía iba creciendo y creciendo mientras su orgasmo tomaba fuerza antes de estallar.

Axelle le hablaba, pero tan solo escuchaba un balbuceo muy lejano. Sentía que los sonidos se acercaban y alejaban, aquella sensación de placer iba perdiendo fuerza, en sus ojos se formaban puntos blancos y negros, escuchaba gritos, su cuerpo se hacía más y más débil, y de pronto sintió que su estómago se volvía, sus ojos giraron y no supo nada más.

* * * *

El motor de la motocicleta casi ronroneaba debajo de ella, sentía el calor de la espalda de Axelle contra su rostro, sus músculos tensarse contra sus brazos mientras controlaba la dirección de la moto. El viento soplaba su cabello, sentía un flujo de extraña emoción recorrer su cuerpo, la adrenalina del camino.

El sol se ponía, tornando el cielo de un intenso color ocre, bañando la carretera de tierra, que se extendía por kilómetros hacia el horizonte, de un color naranja que hacía parecer a aquel desierto como una tierra inhóspita, casi alienígena; con cactus y otras plantas autóctonas del desierto de Mojave extendiéndose hacia el cielo con dedos retorcidos como figuras recortadas contra el sol, pasando a toda velocidad a ambos lados de la vía.

Le encantaba aquella sensación, la sensación de ir aferrada a la vida con tan sólo sus brazos, tomada del hombre que amaba y con quien deseaba compartir el resto de su vida. Una vida perfecta que había comenzado aquella noche en Albuquerque, cuando habían estado juntos por primera vez.

Abrió los ojos y notó destellos en la carretera. El sol se hacía de pronto más intenso, más luminoso, la cegaba, dejándola con la vista oscura, borrosa.

Sintió una brisa fría recorrerla, un escalofrío recorrer su espalda. Se sintió mareada, nauseabunda. La carretera comenzó a desdibujarse a su lado, difuminada en un borrón de movimiento a medida que la motocicleta tomaba una velocidad casi vertiginosa.

- ¿Axelle? ¿Qué estás haciendo? Frena...

Su voz salía débil, lejana, no podía escucharla con claridad. No entendía qué sucedía. De pronto comenzaron a llegarle otros sonidos de la carretera.

El ruido de motores encendidos, el alarmante sonido de una sirena de ambulancia. Veía las luces en el borde de sus ojos, pero no lograba divisar dónde se encontraban los vehículos. Tan sólo habían estado ellos dos por todo ese tiempo, y ahora las sensaciones eran confusas.

- ¿Axelle?

- Está reaccionando, - murmuró en la lejanía una voz que no logró reconocer como la de su amor. Era un hombre.

Gritó cuando sintió una mano posarse en su hombro, giró la vista pero tan sólo se encontró con el vacío, una neblina espesa la había rodeado por completo, a la carretera que habían dejado a su paso. Sintió otras manos sobre su cuerpo, escuchaba murmullos ininteligibles.

De pronto todo movimiento cesó, salió disparada hacia el frente cuando la motocicleta desapareció de debajo de ella, volando sobre la carretera cada vez mas difusa y distante. Todas las formas se habían ido, el color comenzaba a hacerse ausente también. Intentó gritar, pero su voz la abandonó.

Sintió una líquida humedad subir por su garganta, un estremecimiento proveniente desde el mismo centro de su cuerpo, sus ojos se giraron, y casi tan repentinamente como había salido disparada de la moto, su cuerpo se detuvo de golpe.

- Está convulsionando, necesita una dosis de fenobarbital...

La consciencia la abandonó tan violentamente que no escuchó nada mas.

TRACK 8

Despertó aturdida y desorientada en una habitación fría, y con un fuerte aroma químico y estéril, inconfundible; de luces fluorescentes que cegaban sus ojos sensibles, y hacían que el martilleo en su cabeza fuera un poco menos llevadero.

Le dolía la mano derecha, en donde supuso tendría una vía para administrarle medicinas. No le había tomado demasiado tiempo percatarse de donde estaba, tan solo no entendía por qué.

- ¿Axelle? - fue lo que logró murmurar tras un instante, cerrando los ojos. No recibió respuesta alguna. Se encontraba sola aquel lugar. Su estómago se encogió ante aquella idea, y deseó con las pocas fuerzas que volvían lentamente poder tener a su madre allí con ella.

Intentó recordar qué había pasado. Su memoria era un caos de imágenes borrosas y voces distantes e ininteligibles. Cada recuerdo traía consigo una oleada de agudo dolor a su cabeza.

- Nurse!

Juntó las fuerzas que pudo, llamó una y otra vez hasta que finalmente apareció una mujer de piel morena y contextura gruesa, posiblemente en sus cincuentas, con rostro amable y una sonrisa, vestida de blanco.

La mujer, África, le contó lo que había sucedido y cómo había ido a parar a aquel lugar. Sara se horrorizó más y más con cada palabra, no podía creer lo que África le contaba. Había ingresado hacía dos días inconsciente y con convulsiones, ocasionadas por el consumo de alguna droga que no pudieron identificar con las pruebas de sangre.

La enfermera supuso se trataba de éxtasis, aunque normalmente la gente no tenía aquel tipo de reacciones. Le contó que habían encontrado también altos niveles de alcohol en su torrente sanguíneo, y que estaba segura de que la mezcla de ambos le habían causado aquella reacción.

- You're very lucky, - le comentó la enfermera en tono amable y comprensivo. - I guess you didn't take the drugs knowingly. That guy you keep calling, Axel? He must have drugged you to abuse you.

Sara intentó negar aquella teoría, pero de pronto todo tuvo tanto sentido que se quedó pasmada.

Aquella bebida tenía un extraño sabor químico que no se justificaba. No era nada que hubiese probado antes. Además, Axelle no había bebido de ella. Antes de que su mente pudiera procesar algo más, recordó aquellos últimos instantes de consciencia y se puso a llorar.

Era cierto, Axelle la había drogado. Pero, ¿para qué? Ya ella había decidido entregarse

voluntariamente. No era necesario que la drogara. Intentó recordar algo mas pero todo era difuso, la línea entre su imaginación y la realidad se desdibujaba, no sabía cuál recuerdo era cierto y cual no.

Tan solo uno le pareció perturbador. No tenía imagen, tan solo voces lejanas, dos de ellas, las de dos hombres. No podía reconocerlas, pues su memoria estuvo comprometida en aquel momento. Sonaban casi distorsionadas electrónicamente.

Un escalofrío recorrió su cuerpo. Y se cubrió el rostro cuando el recuerdo tuvo sentido, las risas demoníacas, la sensación de múltiples manos sobre su cuerpo al mismo tiempo, el movimiento que sus músculos recordaban.

- Are you feeling alright?

Aquella pregunta la hizo romper en llanto de nuevo. Un llanto doloroso, no sólo por el dolor físico, sino porque su corazón se había quebrado. Se sintió asqueada ante la idea, tanto que su estómago vacío intentó vaciarse aún más. En su ausencia por la sobredosis habían tenido compañía, una fiesta, en la que una Sara inconsciente y complaciente había sido el aperitivo principal.

Axelle había permitido que otros dos hombres la violaran.

* * * *

Con la historia que le había contado a la enfermera, la policía llegó mas tarde aquel día. Había estado inconsciente por un par de días, por lo que se había perdido el resto del tour que ya tenía pago con Christie. Sintió un amargo sentimiento formarse en su pecho al pensar en ella, que tan voluntariamente la había dejado sola con aquel depravado que había abusado de ella.

Una mujer joven de comprensivos y compasivos ojos grandes y castaños se sentó a su lado durante una hora, una hora durante la cual Sara contó, sin demasiados detalles, que había estado con un chico al cual había conocido aquel día, que no sabía lo que él planeaba y que en algún punto del encuentro había perdido la consciencia.

La mujer le dijo que sospechaban, por la cantidad de marcas que habían conseguido a la altura de sus caderas, que había sido abusada por al menos tres hombres.

Le contó que la habían encontrado en su propia habitación, desnuda de la cintura hacia abajo y totalmente inconsciente, con vómito blanco saliendo de su boca. Había sido uno de los botones del hotel quien la había encontrado, pues iba pasando por el pasillo y vio la puerta de la habitación entreabierta.

Sara obvió rotundamente el nombre del cantante. Sintió vergüenza de sí misma, pero se recordó que no lo hacía por él. Odiaría que su historia se hiciera pública. Prefería ser una

mas de las víctimas silenciosas de abuso. Seguiría adelante con su vida y olvidaría todo lo que tuviera que ver con Axelle y su banda.

La mujer policía le preguntó varias veces si recordaba algo que pudiera inculpar a alguien y les ayudara a dar con el culpable, pero ella muy amablemente le aseguraba que no podía recordar ningún detalle mas allá de que era hombre y que tenía un pene.

Cuando finalmente se retiró la policía Sara pidió que se le diera de alta, pero los doctores consideraron que sería prudente tenerla bajo observación durante la noche. Al día siguiente podrían darle el alta si su condición se mantenía como hasta ese momento.

Tan solo quería que aquella pesadilla terminase. Se marcharía del país tan pronto como saliera de aquel hospital.

* * * *

Un apartamento vacío la recibió de la manera mas fría que jamás habría podido imaginar. Christina no se encontraba. No tenía mensajes suyos en el móvil. Tampoco correos o llamadas. Todo apuntaba a que la rubia se había olvidado totalmente de ella y había seguido con sus planes.

Sara no lo pensó dos veces. Buscó sus maletas y las llenó con prisa, tomó toda su ropa, sus pertenencias y todo lo que estaba en su habitación que pudiese llevar consigo.

Intentó no imaginar nada, tomando todo con un desespero animal a través de unos ojos nublados por las lágrimas.

Salió de aquella habitación tan rápido como le permitieron sus piernas. No quería estar un segundo mas en aquel lugar.

Cuando se acercó a la puerta de entrada para girar el pomo, éste giró, la puerta se abrió ante ella y se vio cara a cara con Christina. Ambas tuvieron una reacción de sorpresa, observando a la otra con ojos bien abiertos, pero pronto la expresión de Sara pasó a la ira, así que intentó pasar de largo pero Christie la detuvo.

- ¿Dónde demonios habías estado? Te fuiste sin decir nada, dejaste tus cosas en la habitación. ¿Qué rayos te sucede?

Sara la miró fijamente, sintiendo una ira incontrolable crecer en su pecho.

- Respóndeme, bitch! ¿Dónde rayos...?

La pregunta fue interrumpida por un puñetazo, uno tan poco certero que apenas logró rozar el labio inferior de la rubia. Sara respiraba acelerada y con dificultad, jadeando con la adrenalina y la ira que sentía.

- Eres una maldita, Christina Montoya. Pensé que eras mi amiga, que siempre estarías ahí para protegerme. En lugar de eso... - la ira dio paso al llanto desconsolado, y tuvo que respirar profundo para intentar calmarse. Cuando habló de nuevo su voz temblaba. - Me dejaste con ese maldito perverso. Perverso como tú. Me drogó y abusó de mi junto con otros dos tipos. Luego me dejaron botada en mi habitación, desnuda e inconsciente. Casi muero ahogada en mi propio vómito y con convulsiones.

- What?!

- Oh no. No no no no no, querida. No intentes hacerte la tonta. ¡Lo sabías y no hiciste nada para ayudarme!

El tono débil le había dado el paso a uno lleno de dolor y furia. Se sentía impotente, tanto que dolía físicamente. Christie no intentó decir nada en su defensa, bajó la mirada y evadió los ojos iracundos de Sara. Sara dejó salir una corta carcajada completamente vacía de humor.

El tono de su despedida fue tan seco y honesto que hizo que la rubia girara la mirada para evitar derramar unas lágrimas.

- Espero que tú y tus amigos reciban lo que se merecen en la vida. Sea bueno, sea malo. No me importa.

- Tus cosas están ahí, - fue lo que contestó Christie, apuntando vagamente hacia la puerta abierta. - I'm so sorry.

Sara se giró y tiró de sus maletas, justo fuera del umbral de la puerta se encontraba su pequeña maleta, la que había llenado de esperanzas y deseos de aventura para el tour de los HOB pero que había terminado llena de memorias que preferiría nunca mas recordar.

Cerró la puerta tras de si de un golpe.

No se sorprendió cuando la chica no fue detrás de ella para detenerla.

* * * *

Llegó al aeropuerto internacional de Los Ángeles con un fuerte dolor en el pecho, las mejillas enrojecidas y los ojos hinchados y llorosos. Había llorado todo el camino en taxi mientras observaba la carretera pasar a su lado.

No quería volver a pisar aquella ciudad de nuevo en su vida. De pronto su principal meta se había convertido en algo irrelevante, su carrera podía irse al infierno. No estaba dispuesta a pasar más tiempo en aquel país después de lo que había vivido.

TRACK 9

Nunca comprenderé ese deseo de hacerse notar por alguien que no te aprecia. Los humanos somos tan complicados y a su vez tan básicos. Nos dejamos deslumbrar por lo externo, y descuidamos lo interno al punto de hacerlo pasar por irrelevante.

Tener buenos sentimientos en ésta era te encasilla en la banca de los perdedores, pues tienes en cuenta lo que, para muchos, es poco importante, “la excusa de los feos para ligar”.

Aunque no me siento una perdedora, si me siento como una completa idiota, por haberme creído importante para alguien cuyo ego es tan grande que no le cabe en el pecho, que solamente tiene interés en un sólo interés: el suyo.

Quien se escuda detrás de una falsa arrogancia y una, aún más falsa, debilidad y tragedia personal, para hacernos sentir culpables y entonces justificar sus acciones como si fueran un chiste que aplaudir. Un sociópata, lo supe desde un principio.

Tan estúpida fui que no le hice caso a mis instintos, y me dejé envolver por la dulzura de una sonrisa falsa y unos ojos tristes que en realidad eran los de un lobo disfrazado de cordero.

Y, además de eso, me siento como una completa tonta por abrirme tan despreocupadamente ante una chica a quien creí conocer como a una hermana, y quien resultó ser una de las mayores decepciones de mi vida.

La gente es tan sólo eso: gente. Nosotros, individuos, nos empeñamos en idealizar a la gente, proyectamos nuestros deseos en ellos cuando vemos que poseen alguna característica que se asemeja a nuestros ideales, solo para percatarnos luego de que nunca fueron quienes creíamos que eran.

¿Y cómo habrían de serlo, si nunca permitimos que su verdadero yo aflore el cien por ciento de las veces? Y cuando lo hizo fuimos tan ciegos que no nos dimos cuenta de que estaban mostrando sus cartas verdaderas.

Cuánta razón tenía mi madre, respecto a los hombres, respecto a todos. Intenté ser valiente y rebelde, jugar con fuego como si fuera intocable, y terminé quemada horriblemente. Marcada para siempre con una experiencia que nunca dejará mi vida.

Dicen por ahí que tan sólo en tu madre puedes confiar plenamente. Yo, por mi parte, creo que eso es cierto hasta un punto, luego de ahí sucede lo mismo que con el resto de la gente: dudas, traiciones, decepciones, preocupaciones.

Nunca se termina de conocer a la gente. Ni a tu novio, ni a tus amigos, a tu familia, a tu propia madre. Incluso nunca llegas a conocerte a ti mismo, pues en éstas dos semanas he sido capaz de hacer, pensar y decir cosas que en mi vida creí que sería capaz.

Es inútil intentar comprender la conducta propia y ajena al ciento por ciento, pues la

personalidad siempre cambia.

Nunca mas lograré confiar en la gente como lo hacía hasta ahora...

* * * *

El ruido que producía el altavoz que avisaba las horas de llegada y salida de los vuelos era ininteligible para ella. Se encontraba aún un tanto aturdida por lo sucedido con Axelle, por la forma en la que se había despedido de Christie.

Sin dinero, se había visto en la penosa obligación de quedarse en las incómodas sillas de aeropuerto durante dos días y, prontas, dos noches, a la espera de su vuelo de regreso a España, por lo que la poca esperanza de mejoría emocional que hubiese podido tener se había marchado pitando leches.

Aquella vida que creyó suya durante tres años se había ido a la mierda. ¿Y todo por qué? Por un chico idiota, un trago adulterado y una fiesta de la que nunca quiso ser partícipe.

Aún no podía creer que todo aquello fuera cierto, pero estaba feliz de que estuviese a punto de llegar a su fin. El sueño casi adolescente de seguir a una banda de rock en su tour por los Estados Unidos había pasado a ser algo tan trivial que sentía un poco de vergüenza por haber disfrutado de aquellos momentos.

Se sentía estúpida por haber caído rendida ante los encantos, y la mirada de cachorro de aquel maldito idiota de Axelle, quien sólo vio en ella la oportunidad para una revolcada rápida, segura y, sobre todo, sin complicaciones.

Fácil de obtener y de abusar. Ella lo habría disfrutado hasta antes de la violación y, a diferencia de él, a mitad de camino había llegado a gustarle aquel hombre más de lo que le habría gustado asegurar.

Debía dejar de pensar en ello. Lograría hacerlo una vez que se hubiese largado de aquel jodido lugar. Lloraría como una idiota por un mes o dos, mintiéndole a su madre sobre el motivo de sus lágrimas, aunque ella pudiera saber que el causante era un hombre sin que Sara se lo dijera. Ya luego retornaría a su vida regular, de vuelta a la rutina tranquila de las calles de Madrid.

No volvería a suceder, se repetía. Nunca volvería a atormentarse de aquella manera. Nunca mas entregaría tanto por tan poco. Lograría cerrar su corazón ante aquel sentimiento y usaría el malestar a su favor. Tenía que hacerlo.

PASSENGERS TO MADRID, SPAIN, PLEASE BOARD THROUGH GATE FIVE.

PASAJEROS CON DESTINO A MADRID...

Aquella voz era odiosa, la odiaba. No quería escucharla nuevamente jamás.

Tomó sus maletas de la silla contigua y se levantó. Sus músculos y articulaciones protestaron ante el esfuerzo repentino, pero sería la última vez en la que pasaría por algo similar.

Se estiró un poco y se giró para dirigirse a la maldita puerta cinco y dejar atrás todo aquel infierno en el que se había convertido su última semana en Estados Unidos, y en cómo había llegado a su fin una etapa crucial para su desarrollo profesional y como persona.

Al girarse se quedó helada. Su impresión, sin embargo, no se reflejó en su rostro, en él se acentuó la profundidad de su ceño fruncido, y en sus labios apareció una mueca de asco e indignación al ver el rostro de aquel hombre, parado frente a ella como si tuviera derecho luego de lo que había hecho.

- Hola, - fue lo que dijo.

No se escuchaba tono de lamento en su voz, pena o vergüenza. Mucho menos arrepentimiento alguno. Axelle parecía casi inconsciente de la tensión que había llenado el ambiente. Sara no contestó. Simplemente subió la barbilla, le miró directo a los ojos y sin vacilación. Cogió aire, y dando dos pasos en dirección a la puerta, pasó junto al cantante sin decir una palabra.

- Sara, ¿estás segura de que no quieres hablar sobre lo que hicimos aquella noche? Te divertiste tanto que no pensé... – Axelle comenzó a hablar mientras ella pasaba, la detuvo al tomarla por la muñeca, pero se vio interrumpido ante la reacción instantánea de Sara: su cuerpo se dio vuelta grácilmente, y con la mano abierta le dio una sonora cachetada que hizo que parte de la gente del aeropuerto girara en su dirección.

- No te atrevas a tocarme de nuevo, maldito pervertido asqueroso. Aquella fue la última vez en que me ponías una mano encima. Sabes que no quiero saber nada más de ti. Tú y tus malditas drogas pueden irse a la mierda. Es más, puedes morirte aquí y ahora, no creas que me importaría un demonio.

- No quieres decir nada de eso que estás diciendo, - comentó el joven con una mueca de claro dolor en su rostro.

¿Acaso lo había herido? Deseaba que así fuera, que sintiera un poco de aquel dolor que llenaba su alma desde hacían cuatro días, quería que sintiera la vergüenza que ella sentía al hacerse consciente de su propia existencia.

Quería que él se sintiera como basura, tal y como él la había dejado sintiéndose a ella.

- ¿Estás seguro, Axelle? Porque yo creo que sé perfectamente qué es lo que quiero decir, y sé que quiero que mueras en éste momento. Pero dios no es piadoso conmigo. No. Tal como me lo dijiste, la vida no siempre te da lo que deseas, ni siquiera te da lo que mereces, ¿no es así, Axelle Melrose? Es más, ¿acaso es ese tu verdadero nombre?

Axelle no dijo nada, tan sólo suspiró.

- Casi muero por tu culpa, maldito malnacido. Me engañaste, me hiciste beber esa porquería por la que tú y tus putas baratas se matan en cada concierto, y no contento con eso

tuviste una fiestecita con mi cuerpo inerte. Pensé que eras diferente, diferente a los demás, al resto de los hombres pero no. Resultaste ser aún peor, peor que un cliché andante. Me das asco. Y verdaderamente no quiero volver a ver tu cara, ni la de Christina, nunca mas en mi vida.

Se giró, principalmente para ocultar las lágrimas que se asomaban en sus ojos, para evitar mostrar el dolor que sabía estaba expresando su rostro.

La traición que sentía era demasiado fuerte para ser ignorada. Se habían burlado de ella. La habían visto como a una niña tonta, manipulable. Inteligente pero no demasiado lista. Ciertamente no preparada para sobrevivir a la rudeza del mundo exterior.

- Espero tengas suerte en tu vida, quien quiera que seas. Yo debo regresar a Madrid.

Se estrujó los ojos con rabia. Las lágrimas no querían contenerse pero ella no estaba dispuesta a dejar que él la viera llorando. Tomó sus maletas y comenzó a marchar hacia la puerta de embarque, dejando salir un largo y tembloroso suspiro que logró aliviar el peso que llevaba sobre su pecho.

Esperó que Axelle intentara detenerla y aunque sabía que no lo haría sintió decepción cuando atravesó aquel umbral y no sintió el agarre del vocalista en su brazo, una decepción casi tan grande como el alivio que sintió porque no lo hiciera.

Le daba la espalda a su pasado y a lo que vivió durante tres años, pero sobre todo a la pesadilla de los últimos cuatro días. América la despedía de la manera mas cruel en que se podía despedir a alguien.

Vivió un infierno de inconsciencia por casi tres días, estuvo a punto de morir, perdió la oportunidad de graduarse, se marchaba sin una amiga, con un sueño quebrado y habiendo bebido el trago más amargo que habría probado en su vida hasta entonces. Ya no era la Sara que había conocido, una sola experiencia la había transformado por completo en una mujer diferente.

Entendía que la decepción y la vergüenza la perseguirían, como fantasmas en pena, hasta que ella lo permitiera.

Por ahora aceptaba su compañía, pero algún día decidiría que no eran bienvenidas, y se desharía de ellas como lo hizo de quien creyó su mejor amiga, y de aquel hombre de aspecto algo gótico y tiernos ojos color avellana que robó su corazón para luego hacerlo trizas con una sola acción.

Las puertas se cerraron a su espalda, y tan sólo quedó el ruido de los aviones que cobraban vida frente a ella, para llevarla a un lugar lejano, al cual hacía mucho tiempo había dejado de llamar hogar.

FINAL TRACK

Siete meses después...

- ¿Estás seguro de que llegabas en éste avión? El desembarque ya salió y aún no te veo.

- Estoy seguro, Sara.

- ¿Y llegaste al aeropuerto de Barajas? Sean, de verdad que no te he visto salir por esas puertas, y estoy plantada como una seta delante de ellas.

Una risa proveniente del otro lado de la línea le robo una sonrisa, y la hizo menear la cabeza.

- ¿Te burlas de mi? Lo sabía, sabía que me estabas tomando el pelo cuando me dijiste que vendrías a visitarme. ¿Cómo vas a viajar desde Texas hasta aquí sin descuidar tu vida en Arlington?

- Pues, - una voz a su espalda la hizo petrificarse, la misma sonó en la bocina de su teléfono. – Sencillamente decidí que ya era hora de pasar algo de tiempo a tu lado, aunque tuviera que viajar cientos de kilómetros para poder hacerlo.

Sara se tensó mientras le quitaban el celular de entre los dedos. Una mano fuerte se posó en su hombro y una risa, una a la cual se había acostumbrado tanto durante los últimos cuatro meses, sonó familiar y cálida detrás de ella. Se giró poco a poco, y aquel rostro de ojos oscuros y cabello rubio la recibió con una sonrisa enorme.

- Si estás aquí, - no fue una pregunta, tampoco un comentario, fueron las palabras de esperanza de una mujer con el corazón roto, y con el deseo de que alguien volviera a juntar todos los fragmentos.

- Hola, extraña, - le contestó él, Sean, el chico rubio que había conocido en aquel hotel de Arlington, justo al comienzo del que sería su último viaje en América.

Su rostro blanco estaba minado de más pecas de las que recordaba haber visto en las videollamadas que habían compartido hasta altas horas de la noche durante los últimos cuatro meses. Había permitido que aquel joven la ablandara, que rompiera esa coraza que se había formado con el dolor, el temor y la decepción de lo sucedido con Axelle.

- Hola tú, - fue lo que ella respondió, cerrando los ojos para dejar escapar un par de lágrimas de alegría. – No puedo creer que realmente estés aquí, - le confesó mientras se abalanzaba sobre él y lo rodeaba con sus brazos.

Sintió un poderoso abrazo envolverla, aquel que necesitó durante tanto tiempo y que él había prometido darle en persona tan pronto como le fuera posible.

Sean se había hecho muy cercano a ella tras la culminación de sus terapias psicológicas. Había sido recomendación de su terapeuta, el contactar a alguien de ese pasado que

intentaba dejar atrás y poder así romper con aquella tóxica relación con los Estados Unidos de una forma menos traumática.

Cuando no consiguió el valor para llamar a Christina, había dado, por casualidad, con aquella pequeña tarjeta, arrugada y a medio borrar, dentro de una caja con las cosas que había traído de regreso. En Sean había conseguido un amigo y un refugio.

- Me alegra tanto poder verte de nuevo, chica tonta y despistada.

Sara río, a pesar de que aquello le traía un recuerdo amargo de aquel viaje. Había sido eso lo que había pensado de ella cuando volvieron aquella madrugada del Arlington Music Hall, ebrias y risueñas, y era lo que le había dicho a Christina cuando ésta registró la salida del Executive Inn Arlington TX.

- Es a mi a quien le alegra verte, Sean Avery. ¡Bienvenido a Madrid!

Se separó de él en ese instante, limpiando las lágrimas de alegría en sus ojos. Sean le sonrió de nuevo, se acercó a ella. Sara cerró los ojos en un acto reflejo, su inconsciente traicionándola y haciéndola desconfiar de las intenciones del joven.

Se sorprendió cuando él le dio un beso en la frente, y no pudo creer lo tonta que se sentía por haber tenido miedo de él. No volvería a dejar que aquello le pasara de nuevo, Sean no era como él. Nadie que ella conociera lo era, y por ello se sentía agradecida.

- ¿Te parece que vayamos a un Starbucks por un café? Yo invito, ya que tú pagaste el viaje hasta acá.

- ¿Starbucks? – Sean sacudió la cabeza mientras fruncía la cara. Sara río a carcajadas mientras él comenzaba a caminar. – Mejor me llevas a comer uno de esos callos de los que tanto he escuchado hablar. Así podría conocer finalmente a la famosa doña Encarna, ¿no crees tú?

- Sí, bueno. Sabes que eso no va a pasar. Ya te he contado cómo es mi madre.

- Entonces creo que tendrás que pagar por una cena bastante costosa para tu visitante de los Estados Unidos, ya que la comida de casa está fuera del menú. Es lo menos que me merezco por haber cruzado el Atlántico Norte para venir hasta aquí.

- Calla, sabes que si te llevaré a mi casa. Pero no ahora, me gustaría pasar un tiempo de calma contigo antes de que tengas que pasar por el escrutinio escandaloso de mi madre.

- Hey, no hables así de ella. A fin de cuentas te crió. Yo diría que hizo muy bien su trabajo siendo meticulosa.

- Tan sólo la apoyas porque no le conoces. Es mala, y cruel. Ya verás como dice que estás delgado e intenta matarte haciéndote comer comida suficiente para alimentar a tres personas.

Sean se río con aquel comentario, no era para nada delgado, con sus brazos fuertes y definidos, torso y espalda anchas y amplias piernas. Eran calumnias falsas, pero que servían para alivianar aún más la situación.

Sara se sentía cómoda, aún cuando pensó que eso no sería posible de nuevo en su vida. Sean parecía estar tan a gusto como ella, la llevaba tomada de la mano y le sonreía como un tonto enamorado por todo lo que ella le decía.

- Conozco un pequeño restaurante en el centro que vende los mejores callos a la madrileña. Casi tan buenos como los de mi madre. Pasaremos por ahí, no quiero que te enamores de la cocina de casa antes de tiempo.

Se apoyó en el confort que sentía a su lado, en el calor de esa gran palma en la suya, en la presencia consoladora de un metro ochenta caminando a su paso, a su lado, y por primera vez en siete meses sintió de nuevo que la vida valía la pena.

Sintió la esperanza de resurgir de esa experiencia, triunfante, y más viva que nunca. Se había prometido no volver a ser tan tonta nunca más, a no dejar que los hombres jugaran con sus sentimientos, y a no confiar demasiado en las personas antes de conocerlas lo mejor posible.

En ese momento pensó que era posible sentirse feliz cada día, todos los días e intentó imaginar cómo sería su vida de ahora en adelante. Libre de llantos, de dolor y de sufrimiento.

Lo que había vivido había sido cruel e injusto, pero así era la vida. Aquella frase la había marcado aún antes de que su significado se volviera trascendental para ella.

La vida no siempre te da lo que deseas, a veces ni siquiera te da lo que mereces. Al igual que con la gente, es más sencillo que la vida te quite algo a que te lo entregue.

A pesar de los sentimientos negativos que seguramente sentiría por gran parte de su vida hacia el cantante, no pudo evitar sonreír ante la profunda realidad que escondían aquellas palabras. Decidió no pensar en ellos, en lugar de eso le dio gracias a la vida, negó con la cabeza y sonrió.

- ¿Has tenido noticias de la UCLA? – Le interrumpió Sean con bastante curiosidad. Sara parpadeó, sorprendida y arrancada de golpe de sus pensamientos. - ¿Habrá valido la pena el viaje a los Estados Unidos después de todo, no?

Aquel chico no sabía la certeza de la respuesta a aquella pregunta. Las vivencias con sus compañeros, la amistad con el triste desenlace y aquella lección la culminación perfecta para una vida casi perfecta. Pero, aún más importante, lo había puesto a él en su vida. Entonces, sí. Lo había valido, cada segundo.

- De hecho, mi tutora llamó hace un par de semanas.

- ¿Sí? ¿Y qué te dijo, buenas noticias, espero?

- De hecho, si son buenas noticias.

Sean río, animado y contento y dijo adiós a aquella sensación de decepción y vergüenza.

Finalmente, esos sentimientos ya no eran bienvenidos en su vida.

Ropa Interior Prescindible

Ibiza, Sexo e Insolación

I

Sensación ibicenca

—Pasajeros del vuelo 257 a Ibiza, podéis ir abordando por la puerta 6 —dijo la voz de una mujer insoportable que se escuchó a través de las bocinas del Aeropuerto de Barajas.

—¡Sofía! ¡Ese es el llamado! —me gritó mi madre, a quien, por cierto, tenía a un lado.

—Joder, mamá, no soy sorda; lo he escuchado.

—Hija, ten mucho cuidado allá, tú eres muy maja y cualquier hombre se va a querer aprovechar de ti. Ibiza es puro sexo y alcohol. No sé cómo se te ocurre ir para allá. No bebas demás que ya sabes cómo te pones

—Mamá, coño, ya tengo 25 años. Yo sé cómo funciona, ¿o no lo pillas?

—Eso espero, Sofi. Cuídate mucho —me dijo abrazándome y dándome seis o siete besos en la mejilla—. Me avisas cuando ya hayas aterrizado en Ibiza.

—Ajá. Chao.

Tomé mis maletas y me retiré de ella, creyendo que ya me la había quitado de encima, pero yo conozco muy bien a mi madre. La tenía atrás todavía vigilándome. Cómo jode.

—Mamá, ya nos despedimos.

—Pero, hija, yo tengo que ver que el avión se vaya contigo. ¿Qué pasa si se jode un ala antes de despegar. Si estoy en el taxi, ni me entero y al rato veré en las noticias que mi hija se murió.

—Joder, mamá, ¿te preocupa no verme morir?

—¡No! —me lloró tomándome el brazo.

No sé ni por qué le tomo el pelo así, si sé cómo se pone... Y eso que no os he contado cómo se puso cuando comencé a estudiar en la universidad.

¡Ah! Disculpen, qué grosera he sido. Mi nombre es Sofía, aunque ya os habréis dado

cuenta de eso. Igual prefiero que me llaméis Sofi; no me hace sentir tan vieja. Tengo 25 años y, a pesar de que soy bastante joven, ostento un cargo importante en mi oficina.

No os daré muchos detalles porque me da un poco de vergüenza lo que os voy a contar, pero quiero que sepan que ese no es mi verdadero nombre, y la mayoría de los nombres que digo aquí no son los verdaderos.

He decidido mantenernos a casi todos con seudónimos para no delatarnos, pero es que me emociona tanto esta historia en particular, que me parece algo egoísta quedármela para mí sola... y bueno, para los protagonistas de esta historia, que de verdad espero que no se enteren que he escrito esto.

Vale, ahora que sabéis eso, continúo... ¿por dónde iba?

¡Ah, sí! Mi madre, efectivamente, me siguió hasta el final y si no fuera por los gorilas de seguridad, se hubiese metido al avión.

—Señora, usted no ha pagado el boleto. Le agradecemos que permanezca atrás de la puerta o tendremos que proceder a sacarla del aeropuerto —le dijo uno de los hombres de vigilancia.

Al fin me la había quitado de encima, pero estaba segura de que cumpliría con su promesa. No me cabía duda de que se quedaría allí hasta que el avión despegara... y bueno, que no pararía de llamarme al teléfono.

Finalmente entré al avión y allí me encuentro con una azafata que tiene, como en todos los vuelos, la labor de ubicarme en mi puesto.

—Bienvenida al vuelo 257, señorita. Permítame su boleto, por favor —me dijo.

Le di mi boleto y me indicó dónde debía sentarme. Nada complicado. Me había tocado el puesto B-02; la ventana. Me encanta viajar en primera clase. Me hace sentir verdaderamente especial, además que no como las porquerías que suelen servirle a quienes pagan boletos más baratos. No soy millonaria, os digo, pero tengo gustos refinados. No he nacido princesa, ni me creo tal cosa, pero los lujos son un placer que me encanta darme.

Estaba tomando ese vuelo a Ibiza por un motivo muy común: liberar estrés del trabajo. Era verano del 2014 y necesitaba algo de sol, agua, alcohol, sueño y fiesta. En mi posición en la oficina no puedo tener todas esas cosas; al menos no todos los días. ¿Qué mejor lugar que Ibiza?

Un segundo después comenzó a sonar mi teléfono, y como era de esperarse, era mi madre. Jo-der.

—¡Aló, mamá!

—¿Ya estás en el avión?

—Coño, mamá, ¿no me has visto montándome al avión?

—No, sólo te he visto pasar por la puerta.

—Bueno, estoy jodidamente bien, mamá. Chao.

—Bueno, hija, acuérdate del bloqueador solar. No vayas a—

Le colgué de golpe y puse el teléfono en modo avión, porque para estas ocasiones es que existe el modo avión.

Me reclino en mi silla y subo la ventanilla para ver lo que estará afuera. De momento era sólo la aburrida pista. Me pareció ver a lo lejos, pegada al vidrio del aeropuerto a mi madre, pero ignoré ese detalle y tomé una de las revistas del avión; una de joyería costosa.

¿Cómo alguien paga 6.000 euros por unos pendientes tan horrendos?

Al momento, escuché una voz que interrumpió mi lectura; la de un hombre.

—Disculpe, señorita —me dijo—. Creo que está sentada en mi puesto.

—¿Ah? —volteé y solté una carcajada—. No, yo estoy en el B-02. Me toca la ventanilla.

—Discúlpeme por no estar de acuerdo, pero está sentada en el B-01.

En ese momento, sentí que estaba siendo totalmente sincero, pero era imposible que yo cometiese semejante error. Yo amo estar sentada en la ventanilla. ¿Por qué razón compraría un boleto en primera clase para estar en el pasillo? Eso es como comprar una entrada VIP para un concierto y sentarse en un sitio que esté sumamente alejado del escenario; una inmensa gilipollez.

—No creo que sea así. Yo jamás hubiera comprado el puesto del pasillo, tío.

—Disculpen, necesitamos que se sienten, estimados pasajeros. No podemos despegar si no están en sus puestos —dijo una azafata que se acercó a ver qué ocurría.

—Señorita azafata, este tío dice que mi puesto es suyo, pero eso es imposible porque yo he comprado la ventanilla —le dije.

—Permítame su boleto, señorita.

El hombre me tomó con firmeza la muñeca y me quitó el boleto antes de que la azafata pudiese recibirlo.

—Es cierto. He cometido un error. Ella va en la ventanilla y yo he leído mal. Que no se arme un lío por esto y despeguemos de inmediato. Dígale al piloto que es un buen hombre y que Julio le envía saludos.

Me devolvió el boleto y la azafata se fue sonriente. Al parecer a este tío ya lo conocen en la aerolínea. Supongo que será un ejecutivo también, aunque su ropa me hacía pensar que solo era un tío con dinero o un flipado. No tenía una particular elegancia en su forma de vestir, a pesar de lo bien parecido, fuerte y guapo que era... y ¡vaya! qué bueno tener un tío así al lado en el vuelo.

—Disculpe este malentendido, señorita Sofía. No creí que fuese tan aguerrida.

—¿El qué? ¿Cómo sabe cuál es mi nombre?

—Lo he leído en mi nuevo boleto.

Revisé el boleto que me entregó el tío y decía su nombre: “Julio Alejandro García Fernández”. ¡Flipante! El tío ha hecho un truco de magia y no me he dado cuenta. Revisé el número de mi asiento y, efectivamente, era el B-01. Seguro fue la idiota de Anita que la había encargado de comprarme el boleto.

Julio ríe y tomó una revista del montón que estaba en frente. Qué flipado este tío.

—Atención, señores pasajeros. Os pedimos que permanezcan en sus asientos y mantengan sus cinturones de seguridad ajustados. La aeronave alzaría vuelo en tan sólo segundos —decía la voz por las bocinas del avión—. Mi nombre es Blas García y seré su piloto el día de hoy. Espero que el pilotaje sea de su agrado y que el vuelo sea flamante.

Todos en el avión nos espantamos por el uso de la expresión.

—Y cuando digo flamante, me refiero a maravilloso. Solo quería ver si me habían estado prestando atención.

Todos en el avión reímos. Claramente se trataba de un chiste del piloto, aunque estoy segura de que a la señora que tenía detrás no le había gustado ni un poco. El avión despegó y ya no habían más razones para preocuparse.

Me coloqué mis audífonos y comencé a escuchar un poco de música de mi iPod; algo que me relajara. Ya había comenzado el viaje desde el momento en que puse el teléfono en modo avión, desde que mi madre había dejado de tener posibilidad de contacto conmigo.

Si me moría, como pensaba mi madre que podría ocurrir, ya eso no sería problema mío. Le tocaría soportarla al resto de la familia.

Por un hábito tonto que tengo empecé a cantar en voz alta, pero no recibí queja alguna, así que me sentí en absoluta confianza para seguir haciéndolo. Lo que me sorprendió fue haber escuchado que, un minuto después de iniciar, alguien estaba acompañándome en el canto. Miré hacia un lado, y a pesar de que Julio seguía leyendo la revista también estaba cantando.

Me quité un audífono y me quedé viéndolo en silencio.

—Disculpa, Sofía. No sabía que te molestaría que cantara.

Le extendí la mano y me presenté.

—Un placer, Julio.

—Un placer enorme, Sofía.

Me sentí un tanto desconcertada con su respuesta. Era como si sus palabras tuvieran el mismo efecto que sus manos al momento de cambiar los boletos. Era como si hiciera magia.

—¿Qué te lleva a Ibiza, Sofía?

—Puedes llamarme Sofi.

—Está bien, Sofi.

—Pues, voy a Ibiza porque estoy cansada de currar todo el año. Quiero relajarme un poco. Además estoy muy blanca, me hace falta algo de sol.

—Seguro. Un poco de bronceado no hace daño. Además Ibiza es un encanto para las jóvenes como tú.

Este tío está tratando de ligar conmigo, pero no se lo permitiré. Yo no he tomado este vuelo por ese motivo.

—¿Y tú, Julio?

—Ah, es una historia bien divertida. Soy músico.

Joder, es músico.

—Guitarrista, de hecho.

¡Joder, es guitarrista!

—Voy a tocar en varios bares allá en Ibiza, además de participar en un concierto para ayudar a recolectar dinero para los ancianos que viven allá.

—Oh, eres guitarrista clásico, supongo.

—¡Que va! Toco rock, Sofi.

Calma, Sofi. Todavía podía arruinarlo todo. Esas eran sólo cosas banales que estaba sobreestimando, porque me parecen altamente atractivas.

—Ah, qué bien —respondí tratando de ocultar mi sonrisa.

—De hecho, tocaré con mi banda. Yo soy el único andaluz del grupo. Todos ellos son de allá de Ibiza.

—¿De qué parte de Andalucía?

—Málaga, ¿y tú?

—Bueno, yo no soy de Andalucía, jeje.

Se me quedó viendo como si no hubiese pillado el chiste, y de inmediato cambié mi actitud, porque evidentemente había dicho una chorrada.

—Soy madrileña.

—Ah, por eso vas toda maqueá.

—¿Cómo?

—Que por eso es que vas tan bonita.

—Ah, joder, gracias —reí, esta vez no pude ocultarlo.

Seguimos hablando por un buen rato, hasta que se acercó la azafata y nos trajo una botella de whisky que sirvió en dos vasos. Uno para mí y otro para Julio.

—Disculpe, pero, yo no he pedido esto —le dije a la azafata.

—No se preocupe, señorita, que las ha enviado el piloto —me respondió y se retiró dejándonos la botella y los vasos.

—Ah, pues, es muy simpático el piloto, ¿no?

—Seguro que sí. Es mi hermano.

—Ah, tu hermano es el piloto. Con razón que le habías enviado saludos antes.

—Claro. Somos socios, amigos, colegas. Siempre nos ayudamos mutuamente a conseguir lo que queremos.

Tomé un sorbo del whisky y me alegré aún más de estar me yendo lejos de casa, así fuese sólo por una semana.

—¿Y ese concierto para los ancianos es... estemm... bueno... para los ancianos?

—¡Que va! Es en la costa. Con gente de todos lados.

—¿Es en la costa?

—Sí, es parte de un festival especial. Tocarán varias bandas internacionales mucho más famosas también.

—Qué orgullo que toquen ahí. ¿Cómo se llama tu banda?

—Se llama Siempreverde.

—¿Tú eres el guitarrista de Siempreverde?

Siempreverde, por cierto, es un nombre que se me ha ocurrido para reemplazar el verdadero nombre. La banda pienso que es demasiado notable como para que utilice el nombre real del grupo en cuestión.

—Pues, sí, ¿nos has escuchado?

—Me encantan, joder. Son fenomenales.

—Ah, hostia, qué honor. Muchas gracias.

—Lo digo en verdad. Son increíbles.

—Y tú también eres increíble, Sofi.

Le sonreí y él río.

—Tienes los ojos muy bonitos, Sofi. ¿De quién los heredaste?

—De mi abuela. Ella tenía los ojos incluso más azules. Parecían unos zafiros.

Sí, tengo los ojos azules.

—Preciosos.

Allí noté que tenía mi mano puesta sobre su brazo, y no sólo eso; estaba acariciando sus bíceps. Joder. Miré mi vaso de whisky y noté que estaba vacío por completo. Sólo un hielo, ya casi derretido del todo, estaba al fondo convirtiéndose rápidamente en agua... humedeciendo el fondo de mi vaso, Vi de nuevo a los ojos de Julio y me pregunté ¿cuánto whisky había tomado?

—¿Hace calor o soy yo? —le pregunté con una auténtica curiosidad.

—¿Qué tengo en el brazo, Sofi? —me preguntó ignorando mi pregunta, o fluyendo con ella, y estoy segura de que estaba buscando una respuesta cachonda.

—Unos bíceps increíbles, Julio. Qué brazos tan fuertes —le dije muy insinuante.

—¿Te gustan?

—Me encantan —le gemí.

—¿Ah, sí?

—Sí, quiero que me agarres con ellos y... —entonces, para mi suerte o mi desgracia, noté la mirada de la señora del puesto de atrás y me sentí muy abochornada, pero ya había comenzado la frase así que la tuve que terminar de la manera menos vergonzosa posible — ... me abrace.

Al instante solo pude pensar que mi mamá había tenido más razón de lo que me hubiese gustado admitir, joder. Cualquiera hombre se iba a querer aprovechar de mí... Aunque Julio no era cualquier hombre; era el guitarrista de Siempreverde. Maldito whisky. Bueno, bueno, de cualquier modo, estaba en un avión... No iba a cometer ninguna cachondez allí.

—¿Abrazarte?

—Y que me folles con mucha fuerza —le susurré.

Pude verlo sonreír con una picardía que me resultó altamente encantadora. Estaba siendo totalmente seducida por las palabras, miradas, gestos y el cuerpo de Julio. No deseaba otra cosa sino esa que le había susurrado. Estaba tan cachonda, que no me importaba.

—¿Y quieres que sea ahora?

Esa pregunta me cogió por sorpresa. Estábamos en un jodido avión. Ni de coña me iba a follar ahí.

—Pues, te mentiría si te digo que no, pero estamos en un avión, Julio.

—No sólo en un avión, Sofi. En un avión pilotado por mi hermano.

—¿Y eso tiene algo de especial?

—Claro, tenemos acceso al baño de la cabina.

Algo me decía que ésta no era la primera vez que Julio se intentaba follar a alguien en un

avión con ayuda de su hermano...

—Espera un momento. Tú te estás aprovechando de mí porque estoy ebria.

—Yo no te he dicho que tomaras nada.

—Pero has puesto el whisky aquí. Eso es como si fuese una presa para ti y tú me hubieses cazado con esa trampa alcohólica.

—Sofi...

—No, no, Julio. Si vas a ser un depredador, vas a tener que comerme.

La señora de atrás una vez más me estaba viendo indignada.

—Jódase —le dije.

—Disculpe, señora. Ella usualmente no es así —se excusó con la señora y luego me dijo en voz baja—. ¿Y si te callas un poco?

—Me vas a tener que callar.

—Coño —exclamó.

Julio me tomó del brazo y me llevó al baño de la cabina. El baño de la cabina era mucho más grande que cualquier baño de avión, aunque sé que eso no es mucho decir; hasta una caja de cartón es más grande que un baño de un avión. Una vez allí, Julio me abalanzó contra el lavabo y me puso la mano en la boca.

—Sofi, vas a tener que hacer silencio.

Asentí y le tomé la mano para chuparle los dedos uno por uno, mientras lo miraba fijamente a los ojos.

—Joder, estás demasiado cachonda.

—No te imaginas cuánto, Julio.

—No sé por qué. Si tan sólo te tomaste un vaso de whisky.

Odio decir que mi mamá tenía razón, pero, joder, cómo le decía que no a un whisky gratis.

Me agaché frente a Julio y lo empujé contra la pared del baño. Le bajé la cremallera del pantalón y pude notar ese bulto que demostraba que yo no era la única que estaba llena de cachondez.

Le comencé a sobar la polla a través de sus bóxers y noté como seguía creciendo. No imaginé que fuese tan grande.

Bueno, la verdad es que yo no he visto muchas en mi vida, porque suelo ser muy recatada, pero era muchísimo más grande que la única que había podido disfrutar en mi vida; la de mi primer y, hasta el momento, único novio.

¿Quién creería que me habría puesto tan cachonda en este viaje sin siquiera haber pisado

el suelo de Ibiza? Pienso ahora que Ibiza realmente no es una isla; Ibiza es una sensación.

Le comencé a lamer por encima de sus bóxers y delimité con mi lengua cada centímetro de su polla. Sentía que era interminable y me llené de unas ganas terribles de meterla entre mis labios y sentirla llegar lejos dentro de mi boca, de mi garganta. ¿De dónde coño venían estos deseos tan obscenos, si yo jamás he sido así de golfa? Esto no es natural.

No sabía si ese repentino y fuerte desenfreno venía del whisky, de la guitarra, o de cualquiera de las ideas que me habían llevado hasta este punto, pero en ese momento de tanto calor y excitación, creo que Julio era suficiente motivo para esos deseos.

—¿Te gusta? —me preguntó.

Lo miré desde allí abajo y me le quedé viendo fijo a los ojos. Me levanté y le puse un dedo en los labios.

—¿Por qué no te callas, Julio? Mira que yo no soy una puta. Aprovéchame ahora que estoy en estas condiciones, pero en silencio, ¿vale?

Asintió sorprendido por mi actitud dominante. Le besé el cuello, bajé con mis manos por su pecho, repasé sus abdominales y volví a agacharme, pero esta vez le bajé los bóxers para revelar su enorme polla. Sí, era tan grande como se sentía bajo esa tela.

Lamí sus testículos y subí poco a poco por cada uno de los centímetros de su pene, mientras notaba, para mi agrado, como su pierna se sacudía por tanto placer. Al llegar a la cabeza de su polla, comencé a chuparla con delicadeza y lo escuché gemir. Reí un poco.

—¿De qué te ríes, Sofi?

—¿Qué te dije de hablar, Julio? —le dije dándole una hostia en los huevos.

—¡Joder! —gritó y se tomó los testículos en muestra de profundo dolor.

No sé por qué hice eso, si apenas lo había conocido. Con mi novio anterior a veces sí teníamos nuestros juegos lascivos de dominación y sumisión, pero este tío me estaba robando el asiento hacía unos 30 minutos. Era el puto whisky.

—¿Está todo bien, señor García? —preguntó una azafata desde afuera.

—Sí, señorita —le respondí.

Hubo un minuto de silencio. Joder. La había cagado por completo.

—Señor García, haga el favor.

Julio se subió los pantalones y se agachó frente a mí.

—Sé que te ha gustado, pero no te preocupes, ya tendremos nuestra noche en Ibiza, Sofi —me dijo muy optimista y luego besó sutilmente mis labios.

Salimos los dos del baño y yo morí de vergüenza. Yo estaba más roja que una guindilla y con el cabello muy despeinado. La azafata me echó una mirada matadora. Había arruinado el momento, y creo que haberme sentido así me retornó la sobriedad de inmediato, o al

menos llevó mi estado de embriaguez por otro camino muy distinto. Sentí por el resto del vuelo únicamente arrepentimiento y decepción. ¿Por qué no escuchas a tu madre, Sofi?

La conversación con Julio, entonces, se había tornado incómoda. No quería saber más de él. Joder, qué fallo. Ahora ni siquiera podía ir al concierto en la playa al que quería ir, porque seguramente el muy hijo de puta iba a estar allí, y yo fui la gil*poll*s que casi se la chupa en el avión.

—De verdad que te digo, Sofi, no te vayas a angustiar que no es la primera vez que me pasa. Además, mi hermano nos cubre por si a la azafata se le ocurre acusarnos de algún delito.

Ya sabía yo que no era la primera vez. Este gilipollas es un ligón que se aprovecha de cualquier tía ebria que se bebe su whisky caro y delicioso. Os juro que en este momento no me importaban las consecuencias legales. Yo sólo pensaba en el idiota que tenía al lado, ¿por qué mierda le tuve que aceptar el vaso si ya sé que se me va la pinza un poco cuando lo hago?

Espero que no nos veamos más en Ibiza.

II

Suspiro de la noche

El avión llegó a Ibiza y ya eran las 8:00 p.m.. Me había ido del avión sin siquiera despedirme del gilipollas guitarrista y traté de pasar por todos los puntos lo más rápido posible. Conseguí un taxi y creo que a las 8:10 ya estaba camino al hotel en el que me hospedaría.

—¿A dónde la llevo? —me preguntó el taxista.

—Lejos —le respondí.

El taxista volteó la mirada hacia mí y su expresión me hizo entender claramente lo que quería saber.

—Al Hotel Fontes. Disculpe.

Hotel Fontes también es un nombre ficticio... Si os digo el nombre verdadero del hotel puede que os diga demasiado y por más que os cuente mi salvaje intimidad; permanecer en el anonimato me parece excesivamente fenomenal.

El taxista intentó, durante el viaje, sacarme conversación sobre las cosas para hacer en Ibiza. Le insistí que permanecería en el hotel y en la comodidad de la tumbona de la piscina.

—¿Es usted madrileña? —me preguntó.

—Sí, ¿por qué?

—No, por nada —dijo, y pude escuchar una ligera risa entre dientes.

Claramente el hombre estaba apelando a la idea básica de que todos los castellanos son unos niños pijos, y los madrileños somos los peores. Pues, quizás sí lo somos, pero la verdad es que me traía sin cuidado la opinión del taxista. No estaba particularmente interesada en hablar sobre eso... y por encima de todo, quería asegurarme de que el gilipollas de Julio no me había estado siguiendo.

Pasaron quince minutos y la verdad es que no le presté mucha atención a la ciudad mientras viajábamos del aeropuerto hasta el hotel, pero hubo una cosa que me llamó verdaderamente la atención:

—Son 40 euros —dijo el taxista, luego de que nos bajáramos del taxi con mis valijas.

Lo vi, reí y le di 30, como es la tarifa fija en Madrid.

—Señora, son 40 euros.

—Joder, ¿es porque soy madrileña?

—Es la tarifa, señora.

—¡Señorita, hijo de puta! —le grité arrojándole los 10 euros restantes —. Le regalo

esos 10 a ver si así aprovecha y toma por el culo.

Si no hubiese tenido mis valijas a la mano, hubiese sido muchísimo más amable, la culpa la tenía él por ser tan descuidado.

Vale, es verdad... Perdí los estribos, pero joder, ¿no tenía razones para volverme un poco loca? Así no deben comenzar las vacaciones jamás.

Piré de allí hacia el vestíbulo del hotel y me recibió un botones de lo más majo.

—Good evening, ma'am, may I help you? —me preguntó.

(Buenas tardes, señora, ¿puedo ayudarla?

—Joder, ¿parezco gringa o inglesa? —le pregunté riendo.

El chico también sonrió y me pareció que el día iba a retomar su buen sentido.

—Disculpe, señorita. Ya noto que es madrileña también —rió y fue como si lo hubiesen reiniciado—. Buenas noches, ¿en qué le puedo servir?

No era momento de responder alguna parida.

—Vengo por una habitación que reservé a mi nombre.

—¿Cuál es su nombre?

—Sofía Velásquez.

—Un momento, por favor —me respondió y se metió en su computadora a buscarme en la base de datos.

Mientras él hacía eso eché un vistazo hacia los lados aproveché para darle una vuelta con los ojos a todo el vestíbulo del hotel. Qué tremenda sala, joder. Sentí que mis euros habían sido invertidos excelentemente y que podría relajarme sin mayor problema. Las paredes llenas de cuadros preciosos; paisajes pintados al óleo y, si me preguntan, diría que eran impresionistas, pero por la enorme impresión que me generaron, porque de arte no sé ni jota.

—Señorita Velásquez.

—Sí, dígame.

—Habitación 316. Aquí tiene su llave y su identificador.

—Espero que disfrute mucho su estadía en Ibiza, y sobre todo de todos los lujos que tenemos preparados para usted en el espléndido Hotel Fontes.

—Muchísimas gracias —le respondí sonriendo— Espero lo mismo.

—Que tenga buena noche.

—Buenas noches.

Qué amable botones. No entiendo a la gente que dice que es difícil es dar un buen servicio.

Subí directamente a mi habitación por el ascensor y al abrir la puerta sentí una brisa divina fluyendo por el espacio enorme del cuarto. Cerré la puerta y antes de apreciar la pieza por completo, me desvestí y entré a la ducha.

Todo iba bien hasta que me di cuenta de que estaba húmeda, y no era agua.

Recordé de golpe todo lo que había hecho en el avión por culpa de ese vaso de whisky. Toda la cachondez que había fluido dentro de mí se me estaba derramando, la polla de Julio entre mis labios, sus huevos calientes y esperando para premiar mi perversión.

—¡Joder!

Me di cuenta de que estaba masturbándome a tiempo. Me terminé de bañar rápidamente, cerré la llave del agua caliente y prácticamente sin prestarle mayor atención al espacio de mi habitación como había planeado, me acosté a dormir en la comodidad de esa cama gigantesca y divina.

Suspiré indignada y me dormí.

¿Qué coño me hace Ibiza? ¿Será que estoy a dos velas?

III

Visitas inesperadas

Me desperté a las 9 de la mañana. Abrí mis ojos lentamente y me vi a mi misma en el espejo del techo. No sabía si estaba más asombrada de lo despeinada que estaba o de tener espejos en el techo. Terminé sonriendo porque ya había pasado lo peor. ¡Estaba en Ibiza!

Me senté sobre la cama y tomé mi teléfono. Seguía en modo avión. ¡JODER! ¡No le dije que llegué a Ibiza a mi mamá! Seguro ni durmió.

Quitó el modo avión y efectivamente, tenía 20 mensajes de texto de mi madre, y 32 mensajes en el buzón de voz. De inmediato comenzó a sonar el teléfono, y era ella, claramente.

—Aló, mamá.

—¡ME CAGO EN TU PUTA MADRE, SOFÍA ELENA!

—Mamá, esa eres tú misma.

—¿Por qué coños no me llamaste cuando llegaste?

—Porque...

—¿Sabes que no he dormido ni un minuto?

—Lo sospechaba, pero ahora me lo has confirmado.

—No te robaron, ¿verdad?

—No, madre.

—Ni te mataron.

—Madre... Estamos hablando.

—Y no estás secuestrada tampoco, ¿verdad?

—No, mamá.

—Y nadie se aprovechó de ti, ¿verdad?

—...

—¿Hija?

—Que va, mamá.

—¿Por qué te tardaste en responder?

—Es que estoy ocupada aquí en la habitación.

—¿Ocupada con un tío?

—No, mamá. Adiós. Tengo que ir a desayunar.

—Cuidate mucho, hija. No vayas a cometer ninguna estupidez. Ya sabes cómo te pones cuando bebes.

—Sí, sí sé, mamá. Sí se. Chao.

Le colgué cabreada. Uj, ¿por qué coño me tenía que traer el tema de Julio de nuevo a la cabeza?

Debía contarle eso a alguien. O mejor no. Mejor me guardaba eso. Igual no me creerían capaz de hacer semejante cosa. Ni siquiera Anita que es mi mejor amiga me creería capaz de tirarme a un tío en un avión... Bueno, de chuparle la polla, no ocurrió nada tan grave. No me llevó al huerto, ni nada por el estilo.

Miré al frente de mi cama y allí estaba un cuadro de la Maja Vestida. Ese sí lo conozco. Por supuesto, era una réplica. Imposible que tengan el original de Goya exhibido en una habitación de un hotel, o al menos me parecía imposible.

No era el cuadro original, por si os hice pensar que podría serlo. No, no era, pero hubo un cuadro que me cautivó aún más, el de la ventana; con vista a la playa y a toda la costa; allá donde tocaría el concierto el— Más abajo, y mucho más cerca de mi ventana, estaba la piscina. El día estaba tan iluminado, tan soleado, tan precioso. Me vi la piel y sentí que estaba viendo al Castillo de Burgos en invierno. Era hora de bajar a la piscina.

Fui al baño y me puse un bikini de rayas azules precioso; mi favorito. Me peiné el cabello y me puse mis gafas de sol. No iba a entrar en la piscina. Mi intención era broncearme un poco para no seguir pareciendo una galleta nevada, así que tomé el bronceador y, luego de ponerme una blusa roja, unos pantalones vaqueros cortos y unas sandalias, bajé directamente a la piscina.

Al llegar a la piscina, pedí una tumbona y que me trajeran algo para desayunar: un sándwich de jamón y queso acompañado por un jugo de naranja. Algo básico; nada excesivamente aventurero. Ya las cosas se habían ido por el camino equivocado ayer por ese motivo.

Al sentarme en la tumbona, me quité mi blusa y mis pantalones cortos. Vi a varias mujeres con las tetas descubiertas, como es normal en la playa, pero a mí nunca me ha gustado eso. No sé si por influencia de mi madre o algo por el estilo. Llamadme diva, pero siento que mis tetas son demasiado preciosas como para que las vea cualquier ojo indeseado.

Efectivamente, era notable como los hombres perdían su tiempo mirando a mis tetas, en vez de ver las de las otras que ya tenían sus pezones al aire, y es que el morbo les funciona así. Lo que les llama la atención es lo prohibido, lo misterioso, lo desconocido, lo inalcanzable. Pobres.

Llegó mi sándwich y comencé a desayunar desde la comodidad de mi puesto. Minutos después, así como los hombres me veían a mí, llegó a mi campo visual la imagen más

encantadora de esa piscina. Y para mi mayor agrado era una que, seguramente vería con frecuencia en las vacaciones. Un hombre alto, fuerte y moreno; me atrevería a decir que era un latinoamericano. Era el salvavidas, y yo sentí unas ganas de ahogarme fugaces, pero ya había pasado por esto ayer. Esa mañana aún no había tomado, y el viaje no era para eso.

—Está bien. Que me traigan lo de siempre —escuché a una voz viniendo de la tumbona de al lado.

Me había parecido que se trataba de una voz conocida, así que me había quitado las gafas para saludarle, pero tan pronto identifiqué de quién se trataba agarré mis cosas y me levanté corriendo hacia el hotel.

—Señorita, disculpe —me detuvo el botones de ayer en la entrada de la piscina hacia el hotel.

En ese momento me echó un vistazo a las tetas y me reí un poco de lo indiscreto que fue el tío.

—No puede pasar así al hotel. Le agradecemos que ponga una blusa y un pantalón.

—Ay, ¿en serio? —le pregunté con una falsa inocencia tratando de sobornarlo con mis dotes femeninos.

—Sí, póngase algo —me respondió muy seco.

—Joder, está bien.

Me puse mi blusa y mis pantalones cortos frente a él, sabiendo que no dejaba de verme. Siempre conviene tener a un botones comiendo de la mano.

Está bien, sé que os dije que no soy una golfa, pero sí sé aprovechar lo que soy para conseguir lo que quiero. Lo mejor de todo es que jamás he tenido que darle nada a nadie por ello. Los hombres suelen ser muy débiles.

Subí a mi habitación de vuelta y tomé mi teléfono. Ya ustedes sospecharán bastante bien qué pasó.

—¡Aló, Anita!

—¡Hola, Sofi! ¿Cómo andas?

—En Ibiza.

—Ah, qué maravilla, ¿cuándo te has ido?

—Ayer en la tarde.

—Qué bueno, entonces recién estás allá. Me alegra que estés de vacaciones. Seguro te estás relajando bastante, y bueno, ya que estás en Ibiza, seguro ya habrás follado un par de veces.

—¿Un par?

—Jajaja, es coña, Sofi.

—No me da risa, Anita.

—Ah, joder. ¿Estás cabreada o qué?

—Pues, tengo algo que contarte, Anita.

—Estás de coña, ¿a quién te follaste?

—A nadie, Anita.

—¿Entonces qué me vas a contar?

—Le chupé la polla a un tío.

—Ah, pero eso no está mal, Sofi. Venga, ¿vas a llorar por eso?

—Joder, Anita. Escúchame.

—¿Qué pasa?

—Le chupé la polla a un tío.

—Sí, eso ya lo has dicho.

—En un avión.

—¡JODER, SOFI! Eres la puta ama. ¿Cómo has logrado esa hazaña?

—¿Qué hazaña, Anita?

—Ah, pues yo he chupado pollas de distintos tíos en muchos sitios, pero nunca en un avión. Mis felicitaciones, Sofi.

—Me tienes que estar jodiendo, Anita.

Anita se estuvo riendo por 10 segundos y yo estaba tan roja como cuando salí del baño del avión.

—¿Ya has dejado de reírte?

Se rió un poco más, hasta que me harté.

—Ya, Anita, joder. Eso no es todo.

—¿No es todo?

—Pero no te cuento, si te vas a estar riendo tanto.

—Ya, ya, no me río más.

—Nos descubrieron, y todo fue porque el muy hijo de puta me dio un vaso de whisky antes de llevarme a eso.

—Sofi, una no chupa una polla por error.

—No digo que haya sido un error. Digo que se aprovechó de mí porque estaba ebria.

—Oh, por favor, Sofi. ¿No lo hacen todos? Hasta yo lo he hecho. Aterriza, que sigues en

el avión... Ah, no, olvídale. Si siguieras en el avión, estarías con una polla en la boca.

—Anita, anda a tomar por el culo, ¿por qué coño te pido ayuda?

—Jaja, porque soy tu mejor amiga, joder.

De verdad no podía creer que esa gilipollas sea mi mejor amiga.

A Anita la conocí en bachillerato. Ambas nos graduamos en Artes, aunque tomamos caminos distintos. Anita estudió para ser guionista y, luego de ganar bastante fama escribiendo obras de teatro, incursionó en la televisión española, escribiendo unas series geniales y programas de entretenimiento. Actualmente es una de las guionistas más importantes de TV, y espero no haberos contado demasiado con eso. Regreso a mi historia.

Lo peor de todo era que aún no le había dicho que me había encontrado al tío en la piscina. Sí, el idiota de Julio estaba en el mismo hotel.

—Eso no es todo.

—Oh, hay más.

—Sí, Anita, hay más.

—Joder, Sofi, pero me hubieses dicho para prepararme unas palomitas de maíz.

—Anita, el tío está aquí en el hotel.

—Fóllatelo.

—Pero...

—Fóllatelo. Sabes que quieres hacerlo.

—No quiero.

—Joder, si le chupaste la polla ya.

—Pero, Anita.

—Pero nada, Sofi. Estás de vacaciones, estás en Ibiza y ya te has conseguido a un tío para follar. No me llames de nuevo si no te lo has follado.

—Joder, Anita, pero...

Escuché el tono que me indicaba que ya mi mejor amiga había colgado y no hice más que cabrearme. Estaba demasiado molesta e indignada. Hice la clásica de tomar la almohada y gritarle. Me asomé a la piscina y vi que ya Julio no estaba allí. Estaba sudando de nervios. Me quité la blusa y los pantalones cortos para no morirme del calor.

Unos segundos después alguien golpeó la puerta de mi habitación; me asomé por la mirilla para ver de quién se trataba. Era el botones. ¿Será que éste es el único botones de este jodido hotel? No me imagino el nivel de explotación al que lo tienen expuesto.

Abrí la puerta y él de inmediato dirigió su mirada a mis tetas. Joder, pero ¿es que es un súper poder o qué? Tetas magnéticas.

—Buenas tardes, señorita. ¿Puedo pasar a realizar la limpieza?

—Disculpe, pero ¿no puede esperar a que no esté en ella?

—De momento, lamento informarle que no puedo permitirme eso, señorita. Estamos cortos de personal como podrá notar, así que necesitamos que me permita realizar la labor en este momento para que pueda proseguir con el resto de las habitaciones.

—Joder, está bien. Pase, pase.

Lo dejé pasar y cerré la puerta de la habitación. Me acosté en mi cama y dejé que él hiciera lo que había venido a hacer, aunque sí noté que de vez en cuando me lanzaba una que otra mirada. Resolví arroparme hasta el cuello para que dejara de verme las tetas.

—Disculpe el atrevimiento, señorita.

Joder, ¿qué me va a pedir?

—De verdad me parece un tanto descortés y creo que no debería estar opinando al respecto, por respeto a usted.

—Tío, me estás asustando un poco.

—No se asuste, señorita. Lo que ocurre es que no puedo evitar hacer un comentario con respecto al cuerpo de una fémica cuando lo veo con tanto detenimiento. Sobre todo cuando me resulta tan encantador.

—¿Te gusta mi cuerpo? —le pregunté dejando al descubierto mis tetas de nuevo.

—Bueno, no puedo decir que no, señorita, pero no hablaba de usted. Me refería a la maja —dijo apuntando al cuadro en la pared.

Vi al cuadro en la pared, pero no era el mismo que había visto en la mañana antes de bajar a la piscina. No me refiero a que lo habían cambiado por una versión original, sino que la maja de Goya, aquella que estaba vestida, ahora estaba desnuda. ¿Será que no le presté tanta atención en la mañana?

—Si me disculpa, señorita. Debo continuar con la limpieza de las otras habitaciones. Espero que siga disfrutando de su estadía en el espléndido Hotel Fontes, y le ruego me perdone por mi intromisión. Buen día.

—Buen día, botones.

Tan pronto el botones se había ido de mi habitación, me acerqué al cuadro a ver qué coño había ocurrido. Noté que los bordes estaban ligeramente inclinados, como si no lo hubiesen colocado correctamente, pero no sabría decir cómo había estado el cuadro más temprano, así que no era indicador de nada.

Volví a oír un par de golpes en mi puerta y la abrí de inmediato.

Era Julio.

IV

La tía de Kosovo

—Buenos días, Sofi.

—Good morning, sir. I don't know who's that Sofi you're talking about.

(Lo siento, Señor. No sé quién es esa Sofi de la que hablas)

—Venga, Sofi, deja las chorradas. Sólo quiero que vayas conmigo a un concierto.

—Sorry, I don't understand. I have to leave.

(Lo siento, no entiendo. Debo irme)

Cerré la puerta rápido, y busqué mi bolso rápidamente para salir de allí de inmediato. Joder, no puedo quedarme más tiempo en este hotel. Conoceré la ciudad o algo. Vi una vez más el cuadro de la Maja Desnuda y sabía que el gilipollas de Julio tenía algo que ver con eso.

Abrí la puerta y me fui de allí con mi bolso lo más rápido posible, ignorando, por supuesto al idiota que había estado tocando a mi puerta. Bajé al vestíbulo y corrí hacia los taxis que estaban estacionados afuera. Me monté en el primero que vi, porque me traía sin cuidado cuál fuese.

—¿Hacia dónde, señorita?

—Hacia el centro, por favor.

—¿Algún sitio en específico?

—No sé, rápido. Usted es el que conoce.

—¿Es de Madrid?

—No, ¿por qué?

—No, por nada —dijo, y pude escuchar una ligera risa entre dientes.

No podía ser que todos los taxistas fuesen iguales, y para mi suerte no lo era, y bueno, por supuesto, esta vez no llevaba ningún tipo de equipaje pesado, así que el poder estaba completamente en mis manos en caso de que se cabreara o quisiese cobrarme más de la cuenta sólo por ser madrileña.

Paseamos hacia el centro de Ibiza, cruzamos por la Carrer del Bisbe Abad y Lasierra, pasamos a la Avinguda d'Isidor Macabichy. Luego de haber pasado un par de cafés y bancos, le pedí que me dejara en un sitio muy mono que pude ver desde la ventana, y que ya había visto en Google antes de salir de vacaciones: Parc de la Pau, o la Plaza de la Paz.

Me bajé del taxi y le pagué un precio decente al taxista. Nada que ver con los 40 euros del día anterior. Ya estaba bien fuera del alcance de Julio, y además estaba en un sitio

precioso.

Caminé unos cinco minutos por las vías de la plaza, contemplé los árboles y los bellos jardines hasta llegar al centro del parque donde estaba una fuente hermosa que me quedé observando por un buen tiempo. Leí las palabras que decían algunas inscripciones grabadas sobre las paredes del monumento. Todas decían “paz” en varios idiomas, o eso me hizo entender, al leer los que sabía decir en otras lenguas.

A esto era a lo que me refería con relajarme en las vacaciones. Plaza de la Paz. Por supuesto, eso era lo que necesitaba. Un poco de paz, después de ese vuelo tan turbulento y ese aterrizaje tan precipitado.

Me dirigí a unos bancos que conseguí luego de caminar un poco más y me senté allí a respirar y descansar un poco. El día estaba hermoso; como para irme a la playa a broncearme.

—Es hermosa, ¿no? —escuché a alguien que parecía estar hablando conmigo.

Para mi suerte no había sido la voz de un hombre, así que no era para nada probable que se tratase de mi persecutor.

—¿Disculpe? —dije.

—Que es hermosa, ¿no le parece?

Volteé hacia la dirección de la voz y noté que se trataba de una señora relativamente mayor; una doña. No habría problema si hablaba con una señora mayor. Ellas usualmente están llenas de sabiduría y buenos consejos; muy probablemente mejores a los que me había dado Anita.

—¿Se refiere al monumento, señora?

—A la plaza en general, chavala.

—Hermosísima.

—No eres de aquí, ¿verdad?

—¿Se me nota mucho?

—Pues, tienes una cara de turista que te cagas.

—Eso no es bueno.

—Depende, ¿eh? —me dijo con un tono un tanto sagaz.

—¿A qué se refiere?

—Pues, a mí me encantan los turistas. Mi marido y yo llevamos un café desde hace ya más de veinte años y nos encanta recibir a turistas hambrientos. Siempre tienen historias interesantes que contar.

—Seguro que sí —dije pensando en la historia que yo no pretendía contar.

—¿Tienes una historia interesante, chavala?

—Pues, me disculpa si sueno un tanto ofensiva, pero le podría preguntar ¿por qué eso habría de ser de su incumbencia?

—Joder, era sólo una pregunta para comenzar una conversación contigo. Tienes cara de que la has pasado muy mal, y me pareció que podría ser buena idea ser amable contigo e iniciar un diálogo.

—Disculpe, doña. He exagerado un poco.

—¿Me contarás?

—Ni de coña.

—Seguramente eres madrileña.

—¿Y por qué coño importa si soy madrileña, joder?

—Así son todos. Vienen a fornicar a Ibiza, pensando que esta es Sodoma o Gomorra. “Fornicaos los unos a los otros”.

—Señora, por favor. Estamos en la Plaza de la Paz.

—Has empezado tú, tía.

¿Será que alguien en esta isla me dará un buen trato? Soy una pobre turista, joder. ¿Por qué razón tienen que unir fuerzas entre todos para cagarme las vacaciones si apenas están empezando?

—Disculpen. Sorry —dijo una tía extraña que se nos acercó.

La ví y quedé sorprendida. Era una tía rubia con los ojos más grises que he visto en mi vida. Su rostro era más de turista que el mío, y el hecho de que haya dicho “sorry” no le había ayudado en lo más mínimo. Pensé que seguramente la doña le preguntaría por su historia... y de hecho...

—¿Cuál es su historia, jovencita? —le preguntó.

—Yo Irina. ¿Cómo estás? —dijo.

—Hola, Irina. Pues, muy bien, ¿y tú? —le respondió la señora.

—Muy bien. Muy bien.

La tía claramente venía de Rusia o alguno de esos países del este de Europa en los que la gente habla en jergonza y no en las lenguas romances. La señora ya había perdido todo interés en mí, y la verdad es que a mí ya me traía sin cuidado si hablaba o no con alguno de los idiotas de esta isla.

—¿Cuál es tu historia, lindura? —le insistió la doña.

—Yo vine a nuevas experiencias en Ibiza.

—Oh, ¿estudiante de intercambio?

—No, de Kosovo.

—¿Eso es en Andalucía?

—No, no... Yo vengo por sexo.

—¡Jajaja! —reí en voz alta al escucharla decir exactamente las palabras que me parece que no quería escuchar la doña.

—¿Tú también? —me preguntó muy interesada Irina al verme reír con cierta complicidad que nada tenía que ver con mi cachondez.

—¡Son unas golfas todas! —gritó la señora—. A eso es a lo que vienen todas a esta isla. ¿A dónde se nos han ido los valores?

La señora se levantó de su puesto.

—¡Me voy a cagar en todos sus muertos, gilipollas! —me pareció que nos gritó y se fue de la plaza notablemente cabreada.

Mientras se iba, noté que Irina, la tía de Kosovo, se me había acercado para sentarse a mi lado.

—Hola, amiga —me dijo.

—Hola, Irina.

—¿Cuál es tu nombre?

—Yo me llamo Sofía. Mucho gusto, Irina —le extendí la mano.

—Mucho gusto —me dijo estrechando mi mano.

Hubo un silencio incómodo en el que pienso que ella debió haber estado preguntándose cómo se decía algo en español o intentando ver si yo hablaría.

—¿Tú gustas mujeres?

—No, Irina.

—¿Por qué?

—Porque me gustan los tíos... y las pollas.

—¿Pollas? ¿Gallinas? —me preguntó asustada.

—No, no... Así le decimos aquí a los penes.

—Eso es raro.

—Bueno, sí, es un poco raro, pero la verdad es que no sabría explicarte por qué les decimos así.

Lo que era verdaderamente raro era el hecho de que estuviese tan de acuerdo con la señora que se había levantado del banco minutos atrás. Pareciera que, en realidad, la isla estuviese hecha de sexo. No sólo eran rumores. No pretendía ceder ante la isla. Sabía que

habían muchas formas de divertirme sin necesidad de fornicar, como dijo la doña.

—Irina —le dije.

—¿Sí?

—¿Has almorzado?

—No, hambre.

—¿Tienes hambre?

—Sí.

—Vamos a algún sitio a comer, y así me cuentas un poco de Kosovo. Seguramente tendrás alguna historia interesante.

—Sí, comer.

Sé que es un poco raro que después de que le haya dicho que no me interesaban las mujeres la invitara a salir, pero tenía la esperanza de rescatarla de las fauces del sexo salvaje y de tíos como Julio, que abundan en cada esquina, y, con toda seguridad, más aquí en Ibiza. Parecía ser mi misión enseñarle eso a esta tía de Kosovo que estaba expuesta a demasiados peligros para mi gusto.

Era una tía linda. No dudaría en decir que era más linda que yo, y eso que estoy muy buena, soy guapa y además mi simpatía es irresistible. Me sentí por un segundo como mi madre cuando me dice que no beba, pero sé que lo dice por una razón, y más después de haber visto lo que me ocurrió en el avión.

Fuimos caminando a un sitio que estaba cerca de comer algo. La verdad no tenía ningún capricho en particular. Podía comer cualquier cosa que me pusieran al frente. El hambre me atacaba y seguramente un restaurante tendría el ambiente perfecto que me haría falta para ver otro aspecto de Ibiza. No todos pueden ser como Julio o Irina, y seguramente tampoco como la doña.

Nos sentamos en la primera mesa que vimos y esperamos a que el mesero se nos acercara. Para nuestra sorpresa, llegaron tres.

—Buenas tardes, señoritas —dijeron los tres.

—Buenas tardes —respondimos Irina y yo.

—¿Nos atenderán los tres? —pregunté.

—No, no —dijeron los tres.

—Las atenderé y —afirmó el más feo de los tres.

Bueno, lo importante era que nos serviría comida. Me traía sin cuidado si era feo o guapo. Tan pronto se habían ido los otros dos aprovechamos para ordenar todo. Sé muy bien que permitir que el mesero se vaya después de pedir la bebida es un error altamente grave, aunque podría asegurar que este mesero no iría a ninguna parte. El hecho de que se

acercaran tres meseros era un claro indicador de que el poder estaba de nuestro lado.

—Quisiera ordenar una birra...

Recordé lo que ocurrió luego de que bebí whisky así que decidí cambiar de opinión de inmediato. No pensaba tener mi primera experiencia lésbica de repente aquí en Ibiza, y mucho menos ahora que quería rescatar a Irina de la locura ibicenca. Porque claramente si me embriagaba me iba a querer follar a Irina. Se veía tan guapa... Joder, mejor no bebo más alcohol en mi vida.

—Disculpa, la birra no. Un jugo de piña... y ¿tenéis hamburguesas?

—Sí, señorita.

—Me voy a pedir una con queso y tocino.

—Excelente, ¿y usted, belleza? —le preguntó a Irina.

—Mucho gusto. Yo Irina.

—Mucho gusto, Irina.

—Estoy Ibiza por sexo —le dijo.

—No, no... Irina. Comida. Vinimos a comer.

—¿Sexo? —preguntó el mesero.

—¡No, joder! —les grité.

De pronto se hizo el silencio. Pedí disculpas al resto de los comensales y le expliqué al hombre lo que ocurría con Irina.

—Tráigale lo mismo que a mí.

—Seguro, señoritas. Ya regreso con sus pedidos.

El tío se fue lejos y comencé a conversar con Irina. Fui explicándole que no podía andar por ahí diciéndole a cada tío que quería fornicar, porque era muy riesgoso para ella. Le expliqué cuestiones de salud sexual, que para mí resultaban tediosas porque hasta cierto punto, y quizás por mi arrogancia social, consideraba que eran obvias, evidentes y de poco valor educativo porque pertenecían a la lógica.

—¿Es tu primer día en Ibiza?

—No, anoche.

—Ah, yo también llegué anoche.

—¿Sexo?

—No, no he tenido sexo aún. No he venido a eso a Ibiza.

—¿No?

—No, Irina.

—Yo sí sexo anoche.

—¿Con quién?

—Con Marcos.

—¿Marcos?

—Sí, Marcos fuerte. Marcos guapo.

—¿Y dónde conociste a Marcos?

—Në hotel.

—¿En el hotel?

—Sí.

De alguna forma u otra, luego de muchísimo esfuerzo, logró explicarme cómo fue que terminó en la cama con ese tal Marcos. Apparently el tío lograba comunicarse con ella de un modo más efectivo que yo. El acento de Irina era gracioso, pero su voz era muy dulce y encantadora. No dudo que ese Marcos fuese un gilipollas como Julio. Todos los tíos son iguales.

Seguí hablando por un buen rato con la tía de Kosovo, almorzamos nuestras hamburguesas con mucha calma y me dijo que le gustaba mucho el jugo de piña. Al parecer era la primera vez que lo probaba, así que fue toda una experiencia para ella. Una mucho más sana que las que estaba buscando, y aún más sana que las que encontraría si seguía con sus intenciones de fornicar con todos los seres vivos que se le cruzasen en sus caminos por Ibiza.

Nada de sujetavelas

Pasaron las horas conversando y me divertí mucho con Irina. Descubrí que tenía tan solo 19 años. Con esa edad, podría fácilmente ser la presa de cualquier director de cine porno, buscando aprovecharse de la ninfomanía que me parecía que dejaba ver con demasiada sencillez la tía.

Sus padres, según me contó, eran ambos militares de la antigua Yugoslavia y ella, por una razón muy curiosa se había terminado pirando de casa.

Los yugoslavos querían que fuese soldada también, y la inscribieron en el servicio militar de Yugoslavia, pero ella se había fornicado a la mitad del pelotón, así que ellos acabaron muy decepcionados con ella, principalmente porque, luego de haber follado con tantos tíos, descubrieron que la tía era infértil.

O al menos eso fue lo que logré entender de todo lo que me contó. No hablo albaniano y quizás me estaba contando alguna película de esas depravadas y miserables que hacen en Europa del este, pero para los fines de esta historia asumamos esa como la verdad de Irina, que de cualquier modo es un personaje que no remite mayor importancia. Eso la hace más interesante.

Un tío alto entró al restaurante e Irina corrió a abrazarlo y besarlo. Supuse que se trataba del Marcos que me había contado.

—Buenas tardes —dijo.

—Buenas tardes —le respondí.

—¿Tú eres amiga de Irina?

—Pues, sí. Tú debes ser Marcos, ¿no?

—¿Cómo sabes mi nombre? ¿Irina te contó?

—Todo.

La verdad es que el tío era bastante guapo y fuerte, tal como me había dado a entender Irina. Tenía un bronceado bastante llamativo también. Si me ofreciese whisky en un avión, quizás también tomaría un vaso. Con eso basta. Joder, ¿qué me pasa, si no he tomado nada? ¿Será que sí es Ibiza? Estoy a dos velas, coño.

—¿Y qué te ha parecido? —me preguntó.

—Muy mal. Eres un gilipollas que se aprovechó de ella únicamente porque es una turista ninfómana.

—No es abusar si ella es la que me metió la mano en el pantalón.

—Joder, ¿me estás queriendo decir que fue ella la que te violó a ti? Tan inocente que se

ve.

—¿Vamos? —preguntó Irina muy sonriente.

—¿A dónde? —exclamé cuestionando esa pregunta que podría resultar, en las condiciones antes descritas, demasiado venenosa para mi gusto.

—Le dije a Irina que iríamos a una bar hoy para que disfrutase más del ambiente de Ibiza. Lo único mejor que eso es una disco, pero hoy no estaría mi DJ favorito en Experience, así que prefería dejarlo para otro día. La idea es que disfrute de la isla lo máximo posible.

—¿Iréis a un bar?

—Sí, uno a un par de manzanas de aquí.

Me lo pensé muy bien. No debía tomar nada de alcohol y, seguramente, allí habrían un montón de tíos que iban a querer abusar de mí. Aunque, creo que ir por ahí con Irina era prácticamente como llevar una especie de escudo anti-seducción. Ella se llevaría todas las miradas y... todo lo demás, e incluso sé que lo haría con todo el gusto del mundo.

—La cuenta, por favor —le pedí al mesero.

Después de tardarse un poco nos trajo la cuenta. Un precio decente. La verdad es que habíamos comido muy muy bien y lo habíamos pasado excelente. A pesar de la diferencia de idiomas, Irina me había demostrado que incluso en su ninfomanía, era una chavala muy amable y simpática. Tenía un encanto particular que se manifestaba con más fuerza que un perfume. Un aroma dulce que seguramente muchos tíos han ignorado por estar fijándose en su delicado cuerpo, sus ojos grises, su cabello rubio y su rostro lleno de pecas.

—Joder, ¿por qué no? Vamos al bar —le dije a Marcos.

El mesero regresó a recoger el dinero y le entregó muy indiscretamente un pedazo de papel a Irina. Era su número de teléfono. Definitivamente, no era mi deber entrometerme con las decisiones de la chica de Kosovo. La única cura para su ninfomanía era el orgasmo. No habría dudado si me hubieran dicho que cargaba con ella un récipe médico con las palabras “Placer sexual” escritas en altas y con su debida dosis especificada por el doctor del amor.

Irina guardó el papel en su bolso y le besó la mejilla al mesero feo. No sé si a Irina le había parecido guapo, si le interesaba su actitud, o si simplemente su ninfomanía le hacía superar cualquier tipo de discriminación estética. Lo que os digo es que yo a ese tío no me lo hubiera follado ni con dos whiskys.

Salimos del restaurante hacia la calle y ya el atardecer pintaba de naranja la ciudad de Ibiza. Podría decir que lucía magnífica. Marcos le tomó el brazo a Irina y yo decidí seguirlos de cerca, aunque no quería parecer una carta de sobra. Al parecer aquello que permitía al tío entenderse con Irina con mucha más facilidad que yo era el hecho de él sabía hablar albano.

Seguramente él conocería la historia verdadera de Irina y no la locura que me parece que escuché yo... Quiero decir, la historia real. Se me olvidaba que ya habíamos tomado una decisión al respecto.

Caminamos las dos manzanas que había mencionado Marcos hasta llegar a un bar enorme que parecía ser bastante interesante. El ambiente me había parecido muy rock, por lo que me llamó muchísimo la atención. Justo en ese momento sabía que había tomado una muy buena decisión.

Ingresamos al bar y ya dentro pudimos ver cómo en el sitio, completamente lleno, tías y tíos vestidos de negro, chaquetas y vaqueros, disfrutaban conversando y bebiendo birras cerca de la barra, en las mesas e, incluso, sentados al borde de un escenario que estaba al fondo del salón.

Las paredes y columnas de madera, o al menos con una textura similar, le daban al sitio un ambiente bastante rústico y especial que me hizo sentir que estaba en un excelente lugar. Cosa que comprobé del todo cuando un hombre de unos 60 años, cabello largo y barbas blancas, que se parecía a Willie Nelson o quizás a Zakk Wylde se nos acercó con una sonrisa en el rostro. Un rockstar seguramente. Así se vería Pablo Iglesias si fuese un sexagenario, y, bueno, quizás con unos treinta kilos más; aunque una bandera de los Estados Unidos que llevaba atada este tío en un brazo me hizo pensar que estaba bien lejos de ser socialista.

—Buenas noches, chavales. Bienvenidos al rock.

—Yeaaah! —le grité.

Marcos, Irina y, hasta el señor, se me quedaron viendo con cierta curiosidad. Al parecer dominada por la emoción que me provocaba el hecho de estar en un sitio en el que al fin me sentía cómoda, se me había ido de las manos el rock, pero antes de que pudiese pedir perdón el tío me respondió.

—¡Joder, qué buena actitud! ¡Enhorabuena! Por tu gran logro en ser parte del rock, te has ganado una birra gratis. El dueño es amigo mío y seguramente estará de acuerdo.

—El dueño debe ser un tío increíble —le respondí.

—Sí, lo es.

Se volteó y me apuntó con su pulgar derecho unas letras que adornaban el reverso de su chaqueta de cuero: “The Boss” decían. Él era el dueño. Rió y me mostró sus cuernos con los dedos alzados: el símbolo internacional del rock.

Disculpadme si no os gusta el rock. Trataré de omitir el resto de los detalles con referencias, para no ser tan excluyente, o al menos de explicarlos con claridad para no pasar por insensible.

No podía rechazar esa birra. Sabía que este tío no podría llevarse el premio de ninguna forma porque a pesar de que me encantaba su estilo, no me generaba ningún tipo de atracción sexual o amorosa.

Me senté en la barra a conversar con el dueño, mientras Marcos e Irina, prácticamente entre besos, follaban al fondo del salón. Realmente no tenía el menor interés en ser sujetavelas, y mucho menos de ellos que eran bastante más explícitos y depravados que el resto de las parejas que estaban dentro del bar.

—¿Son tus amigos?

—Bueno, no tan sólo los he conocido hoy. La tía rubia es de Kosovo.

—¿Kosovo? ¿Eso es en Rusia?

—No, pero está cerca. Es un país relativamente nuevo. De esos que siguen dividiéndose en Europa del este.

—¿Y tú? De Madrid, ¿no?

—¿Todos lo saben?

—Está en tu actitud, jaja —rió el viejo.

—Qué bueno que habéis venido hoy. Esta noche tocará una banda muy buena y famosa en el bar y realmente parece fenomenal que tengamos a tantos clientes.

—Oh, ¿una banda buena y famosa?

—Es correcto.

El dueño miró al reloj que estaba al fondo entre las botellas de whisky y reaccionó sorprendido.

—¡Joder! Debo subir a presentarlos ya. Con tu permiso... ehmmm...

—Sofía.

—Sofía —dijo y me sonrió como si ya supiese mi nombre.

El viejo se subió al escenario y tomó un micrófono que sacó de detrás del telón que estaba sobre la tarima. Su cabello blanco resaltaba muchísimo entre la oscuridad y la bandera de Estados Unidos en su brazo definitivamente le hacían ver como un personaje de una película americana que me encantaría ver.

—Aló, aló, ¿me escuchan? —dijo probando el micrófono.

—¡Sí! —respondió parte importante del público.

—¡Rockeas, Fer! —gritó una señora que estaba prácticamente al lado del escenario.

—Gracias, mi amor —le respondió enviándole un beso.

De pronto noté cómo cambió su actitud. Dejó de ser el mismo tío simpático para convertirse en el putito amo del rock.

—Es un placer para mí presentaros a ustedes, chavales, a una de las bandas más importantes del rock español actual. Sé que hay muchos que han venido a ver a Mecano.

Gran parte del público ríe.

—Pero hoy no estará Mecano. ¡Hoy tendremos a la banda de mi sobrino, que estará tocando este jueves en el Festival de la Playa de Ibiza compartiendo escenario con grandes artistas de todo el mundo, incluyendo a los Rolling Stones y lo que queda de Keith Richards!

Ahí reímos todos. Si no habéis entendido esa referencia, no sé qué entenderán.

—¡Señoras y señores! Os presento a... ¡Siempreverde!

El telón se abrió y lo primero que vi fue a Julio dándole un abrazo y , un beso en la mejilla al viejo. Sentí como casi se me iba de las manos la cerveza, y cómo mi rostro se tornaba pálido rápidamente. ¡Joder! ¿Qué tan pequeña podía ser Ibiza?

Para hacer más duro el momento para mí, comenzaron el concierto tocando mi canción favorita de la banda. Julio estaba sin camisa con su guitarra y recordé cuando estuve agachada frente a él en el baño de la cabina del avión.

No podía quitar los ojos de él. Era el jodido guitarrista de Siempreverde. Veía sus manos, sus brazos y veía el mástil de su guitarra. Vi mi cerveza y apenas había tomado un sorbo. Volví mi mirada a Julio y él me vio a mí también. Lo sé porque escuché un error de su guitarra.

Pero esta vez no quise huir... y aunque lo hubiese querido, estaba viendo a Siempreverde en vivo. No había forma de que abandonase un concierto tan flipante sólo por un capricho tonto, un desliz, una tontería, un error que no se volvería a repetir. Joder, tenía 25 años. Era momento de ser madura. No podía seguir huyendo. Al terminar el concierto le pediría perdón por el malentendido y le explicaría todo para que no se malinterprete nada.

Tocaron al menos por una hora más y yo me tomé por lo menos cuatro cervezas más. La cabeza me daba vueltas, pero la imagen de Julio seguía clara para mí.

Durante todo ese tiempo, Marcos e Irina seguían besándose al borde del escenario; totalmente ausentes y desconociendo el evento tan importante que estaba ocurriendo. Por favor, debían haberse ido a alguna de sus habitaciones y respetar al rock. Podían poner el CD en su casa y follar como conejos, aunque después de las cervezas, también podría haber llegado a pensar que en vivo siempre es mejor que la versión del álbum.

Luego de que se acabara el concierto, Julio bajó del escenario y sabía que venía por mí. Caminó entre la multitud que lo felicitaba y él no dejaba de mirar hacia la silla alta del bar en la que estaba sentada yo. Cuando finalmente llegó a mi lado escogió las siguientes palabras para iniciar la conversación:

—¿Ya te cansaste de huir?

—Pues, sí —le respondí—. No creo que sea maduro.

—Oh, muy bien. Me parece fantástico que estés consciente de eso.

—Sí, quería pedirte perdón por eso, y lamentar el malentendido del avión. No sé por qué he terminado así, pero quiero que sepas que yo no soy así de golfa.

—Lo sé, Sofía. Fue el whisky.

—No no... No fue el whisky —le respondí—. ¿Hace calor o soy yo?

VI

El efecto rockstar

Definitivamente no había sido el whisky y lo supe tan pronto lo vi de nuevo. Me había tomado muchas cervezas y sabía que mi sensación no venía de la isla, ni del whisky... todo era casualidad. No creo en el amor a primera vista, y os puedo asegurar que sigo sin creer en él. Sin embargo, la atracción es muchísimo más rápida, más fugaz, inmediata, y sobre todo, real.

Ver a Julio de nuevo sin camisa y tocando su guitarra como un dios me había hecho comprenderlo todo. Mi mamá no era la que tenía razón. Es cierto que el alcohol me desprende de muchos impedimentos morales y me ha metido en un follón anteriormente, pero habían otras cosas influyendo en mis decisiones, cosas más racionales. No os he contado, ni os contaré de ese caso. Ya es un milagro que os esté contando de esto.

Pero más que mi madre (y la doña de la Plaza de la Paz), Anita e Irina tenían razón. Si el cuerpo me pide fiesta, ¿por qué yo no lo he de entregar a la fiesta? En el avión parecía muy convencida.

Es el efecto rockstar.

Sus labios se situaron sobre los míos y nos besamos en medio del bar. Ya se me había olvidado como criticaba a Marcos e Irina que seguramente seguían liando junto al escenario, si es que no se habían ido a una habitación ya. Los labios de Julio eran deliciosos, seguramente es todo parte de la ilusión que genera la cachondez, pero sentía que no quería soltarlos. Sentía como si estuviese bebiendo de una fuente de agua en medio del desierto, luego de haber deambulado por días... y no de cualquier agua, agua de los manantiales de Los Alpes.

Julio terminó de besarme y colocó un dedo en el borde de mis labios como si tratara de callarme.

—Aguarda un segundo, Sofi —me dijo.

Se fue adonde su tío, el puto amo del rock, y le comentó algo que no alcancé a escuchar, pero por el momento que vivíamos y la risa del hombre pude comprender de qué se trataba. No me molestaba. Ya estaba lista para entregarme del todo. Huir no tenía ningún sentido.

Julio regresó y me sonrió. ¡Qué puta sonrisa! Sabía que había ganado. Lo intenté besar de nuevo y él no me lo permitió esta vez.

—Aquí no, Sofi —me reprendió con una sonrisa concupiscente.

—¿Dónde, Julio? —le pregunté un poco desesperada.

—Sígueme.

Tomó mi mano y yo me dejé de llevar. Pasamos a los camerinos por detrás del bar,

subimos al escenario y lo detuve.

—Aquí no.

Él río.

—No, Sofi, aquí no —dijo entre risas.

Después de haberle chupado la polla en el baño de un avión, no me habría parecido raro que quisiese que tuviésemos sexo en medio del escenario, pero no era eso lo que lo había llevado de nuevo a montarse sobre la tarima.

Aproveché para ver desde allí al lugar en el que habían estado besándose Marcos e Irina. Ya no estaban allí. Seguramente se habrían ido a la habitación de alguno de los dos. No los culpo por no despedirse.

Allí arriba noté que habían unas escaleras del lado derecho, y fueron por ellas que Julio me llevó. Ascendimos hasta la azotea del bar. Desde allí se veía bastante estrellado el cielo de Ibiza, además que podíamos ver el mar. Si mis intenciones no hubieran sido las que eran, os diría que se trataba de un momento sumamente romántico.

—¿Debajo de esta aún llevas puesto ese bikini de rayas? —me preguntó.

Joder, no recordaba que jamás me quité el traje de baño, pero ahora el momento estaba muy cerca.

—¿Quieres averiguarlo? —le pregunté muy sugerente.

—Bueno, si te soy sincero, lo pregunté sólo por ser interesante. Yo sé que tienes el bikini todavía.

—Pero lo recuerdas muy bien.

—Tienes unas tetas inolvidables.

—¿Eso fue un intento de ser romántico?

—Para nada. Sólo te quiero follar.

—Pues, qué bueno que coincidimos en nuestros deseos.

Nos comenzamos a besar con más fuerza que antes. Me empujó contra una pared que estaba allá arriba y me sentí completamente dominada por su fuerza. Esos brazos apretaron los míos y gemí dentro de su boca en muestra de desesperación. Era la presa más dulce de este depredador. Me había convertido en el ciervo que quería ser comido.

Tomé su cuello y sentí con mucha lujuria como su lengua se movía dentro de mi boca como una serpiente. Siempre he creído que los gitanos tienen un arte en cada cosa que hacen, y el sexo es un arte muy grande. Uno que yo había apreciado demasiado como para tenerlo con cualquiera.

Su mano se fue a mi espalda y sentí como su mano se apoderaba de mí. Mis manos lo deseaban muchísimo también. Dejamos de besarnos y yo ya respiraba con rapidez. Miré a

sus ojos por un segundo y sentí tanto deseo en los suyos que apenas los aparté de los de él. Tomó mi rostro y me forzó a verlo de nuevo. Le encantaba ver mis ojos azules desesperados.

—No tengas miedo, Sofi —me dijo con una voz reconfortante, pero que escondía su libido.

No pude articular ni una palabra. Estaba demasiado cachonda como para decir algo. Dejé que mi cuerpo hablara. Tomé su pecho y sobé sus pectorales. Sentí toda la fuerza de su cuerpo y deseé cada fibra de su piel. Me abalancé sobre su cuello y comencé a besarlo allí. Escuché como él también gemía. No sólo yo me estaba muriendo por el apetito sexual.

Desabroché sus vaqueros e introduje mi mano en sus bóxers para conseguirme con aquel que tenía asuntos sin saldar. Estaba muy duro. Intenté tomarlo todo pero era demasiado grande y mi mano era muy pequeña.

—Julio —le gemí.

Me quitó la blusa rápidamente y comenzó a tocar mis tetas con fuerza. Me alegraba que tampoco cupiesen en sus manos enormes y poderosas. De algún modo estábamos a mano. Me quitó el sujetador y dejó al descubierto mis pezones. Pude ver cómo sonreía viendo mis tetas y me llenó de placer saber que generaba ese deseo en él, pero más placer sentí cuando acercó su lengua a bordearlas.

—Ahh —gemí más fuerte.

—¿Te gusta?

—Me encanta —le respondí entre mis respiraciones fuertes.

—Déjame comprobarlo —me dijo.

Desabrochó mis pantalones cortos y descendió con sus dedos hacia mi coño. Estaba más mojada que cuando me hallé masturbándome en la ducha ayer. Me miró a los ojos y me sonrió.

Colocó sus dedos, llenos de mí, en mi boca y me hizo chupar mi propio sabor. Estaba tan cachonda que accedí de inmediato, pero algo me impedía tragarme mis fluidos. Me besó y me robó todo.

—Ese es mejor truco de magia que el del boleto de avión, ¿no te parece?

—Fóllame, Julio, por favor —le supliqué.

Me levantó con sus brazos tomándome por mis muslos.

—Ahhh —gemí y reí.

Sabía que esos brazos serían capaces de alzarme así con tanto apetito. Me acostó sobre una mesa que estaba allí en la azotea y se abalanzó sobre mí a besarme. El deseo se había apoderado por completo de mí.

Bajó a besar mi cuello y sus dedos regresaron a mi coño. Mis piernas se alzaban por un

impulso nervioso provocado por la fuerza con la que se insertaba dentro de mi humedad. Lamió mis tetas, chupó mis pezones de nuevo y puso su polla sobre mis labios.

—¡No! —le grité.

—¿No qué, Sofi?

—No, por favor.

—¿Qué cosa?

—No me la metas todavía.

—¿Por qué?

—No va a caber. ¿No te has visto la polla?

—¿De verdad, Sofi? —me dijo indignado.

—Cómeme el coño. Ponme más húmeda. Yo misma te lubricaré el acceso.

—Creo que sólo estás poniendo excusas para que te haga sexo oral.

—Claro que no.

Puede que sí lo haya estado haciendo por eso, pero os aseguro que no era mi intención principal. Si hubierais visto su polla, entenderíais perfectamente a lo que me refiero.

No lo pensó mucho. Tomó mis piernas y las abrió. Reí nerviosa y tan pronto descendió con su cabeza sobre mi vagina, me aferré a sus cabellos. Su lengua rozando mis labios me hizo gemir de inmediato. Era la misma serpiente que había danzado en mi boca ahora jugando con mi coño. Aventurándose dentro de mí con deseo. Sentí cómo me iba derritiendo cada vez más rápido.

—Julio —gemí.

—Ahora te aguantas —me dijo justo antes de introducir su lengua entre mis labios.

¡Joder! Qué divino. Sentí como lamía dentro de mi coño y se paseaba hacia las profundidades mientras se llenaba la boca de mis fluidos que no paraban de salir.

Luego de que sacara su lengua chorreante de mi coño, lamió mi clítoris.

—No, Julio. Espera —grité con más fuerza.

—¿Esperar?

—Me voy a venir, si sigues así.

—¿Y por qué crees que estoy haciendo esto? —me respondió.

Metió sus dedos en mi coño de nuevo y siguió lamiendo mi clítoris. Mi cuerpo temblaba del placer y en un enorme momento de placer me vine en la boca de Julio. No podía creer hasta dónde me había llevado sin siquiera usar su polla. Este tío era un profesional.

Se alejó y me besó con sus labios llenos de mí y esta vez era tanto, que no pude evitar tragar un poco de aquello que sobraba de mi orgasmo en su boca. Sus manos sobaban mi espalda y sentía ese calor divino que me hacía suya por esos minutos de poder en los que me había entregado por completo a su voluntad.

—Sofi —me dijo buscando mi mirada.

Estaba tan avergonzada que no quería ver a sus ojos, pero lo siguiente que sentí me hizo entender por qué quería que lo viera.

—Nooo —le grité negando algo que en realidad estaba deseando.

Su polla estaba sobre mi coño y sobaba con ella la puerta de mi vagina. Aquella que ya había domado con su boca y que ahora buscaba dominar por completo.

—Venga, que no sólo tú te vas a divertir —me dijo.

Tomó un condón y se lo puso. Me sorprendió que pudiera follarlo, pero me alegró que lo hiciera. Un artista siempre ha de ir muy bien preparado.

Sus brazos tomaron los míos, beso mis manos e introdujo su pene en mi coño.

—Joder, ahhh —grité y gemí.

—Shhh —me dijo —. No la vayas a cagar otra vez.

Reí un poco, pero se me cortó la risa porque el placer de sentir su polla pulsando dentro de mi coño era demasiado grande, y por su rostro al que apenas me aventuré a ver, pude ver cómo él estaba disfrutándolo muchísimo también. Sentía como si su polla encajara a la perfección, como si estuvieran hechas para sobarse mutuamente hasta el orgasmo.

Penetraba cada vez con más rapidez y fuerza y yo me sentía dominada por completo, mi cuerpo no podía dejarlo ir. Era como si clamase por ese placer. Sentía como si mi coño se aferrara al pene de Julio; como si mis labios lo sujetaran y no dejaran que saliese; como si estuviese intentado salir de allí y yo no se lo permitiese porque me pertenecía por completo.

—Sofi, me voy a correr —gimió.

—Córrete, Julio.

Julio sacó su polla de dentro de mí, se quitó el condón a tiempo. Comenzó a frotarse y gemía con fuerza. Estaba a punto de llenarme de su leche.

—Sofi —susurró.

Eyaculó sobre mis tetas y mi abdomen y me sentí sucia, muy sucia... pero tan feliz. Esto era lo que realmente había querido cuando salí de vacaciones, pero no me había dado cuenta aún, y eso que Anita me lo dijo.

VII

No era un sueño, pero...

De pronto desperté en la cama de mi habitación en el Hotel Fontes, vestida de pijama y bañada, pero me sentía muy extraña. No sabía si aquello que había sentido había sido un sueño o la realidad. Se había sentido tan real... y tan bien. Revisé para ver si mis sábanas estaban mojadas, y no lo estaban. Si hubiera sido un sueño húmedo estarían hasta chorreando, sobre todo con un sueño como ese.

—Julio —dije en voz alta esperando obtener respuesta, pero estaba completamente sola.

La Maja en el cuadro de mi cuarto estaba vestida de nuevo. Seguro que Julio tenía algo que ver con eso.

Sonó mi teléfono y era mi mamá.

—Aló, mamá.

—Sofi, ¿cómo estás? ¡Joder! ¿por qué no me llamaste ayer?

—Estaba follando, mamá.

—¿Qué?

—Sí, estaba follando. Buen día. —le colgué.

El teléfono volvió a sonar y era ella de nuevo. Atendí.

—F follando —dije y volví a colgar.

El teléfono sonó una vez más, pero esta vez no era mi mamá. Era Anita.

—Aló, Sofi.

—Anita, Anita, Anita.

—¿Te follaste al tío? —me preguntó.

—Pues, sí. He seguido tu consejo.

—Qué orgullo, Sofi.

—Sí, anoche hicimos de todo en el techo de un bar.

Mientras le contaba con todos los detalles lo que había sucedido a Anita, pude ver un papel en la mesita de noche contigua a la cama en la que pude leer escrito un “Sofi” con mucho detalle. En ese momento, la curiosidad se apoderó de mí, y joder, tenía mi nombre. Debía leerlo.

—Espera, Anita.

—¿Qué pasa? ¿Volvió por ti?

Tomé el papel y lo abrí notando que poseía una carta considerablemente larga.

—Voy a colgar, Anita. Necesito un momento.

—Fóllatelo otra vez. ¡Esa es mi amiga!

La leí y aún la conservo. Omitiré algunos detalles para permitirme el anonimato, pero básicamente decía así:

“Querida Sofi,

Si estás leyendo esto es porque finalmente me he permitido decirte la verdad con respecto a esta aventura que has tenido en Ibiza. Pensarás que el mundo te ha entregado una bendición sexual de la nada, que Ibiza te ha transformado, que el whisky te vuelve una golfa o algo por el estilo, pero la verdad es que has sido víctima de un plan macabro de seducción del que he sido protagonista.

Como sabrás, sí soy el guitarrista de Siempreverde, soy andaluz y bueno, te follé anoche en el techo del bar de mi tío, pero no ha sido una casualidad que estuvieses en ese puesto del avión junto a mí.

Tu amiga Anita, quien sabrás que es guionista de televisión, estaba interesada en hacerte una sorpresa a ti que trabajas tanto y no tienes casi tiempo de divertirte. Así que se puso en contacto conmigo que soy el guitarrista de una de tus bandas favoritas y que, por casualidad viajaría a Ibiza a dar un concierto en tu período de vacaciones del trabajo.

Anita, entonces, en sus ratos libres se ha dedicado a escribir un guión que, si me permites decir, es flipante. Cada detalle está pensado con las intenciones de seducirte, de hacerte sentir libre y llena de placer por un momento al menos. Que tus vacaciones fuesen de lo más interesantes.

El mes pasado me había escrito un correo electrónico con su propuesta, ya que nos habíamos conocido en la grabación de un episodio que moló mucho de “un programa de TV en el que aparecimos con la banda”, del que ella, por supuesto, es guionista.

En su correo, Anita me hablaba sobre ti, y al principio, debo admitir que me parecía que era una historia de desesperación; de una fanática fea con la que nadie quería follar y, obviamente, que quería volverse mi groupie, y me disculpas por pensar eso, pero aún no había visto la foto que había adjuntado al correo.

Mi primera reacción fue decirle que sí a Anita. No diría que me enamoré, porque sería absurdo decir que me enamoré cuando lo único que quería era llevarte al huerto, follarte y darte tres vueltas con... (esta parte la omito porque creo que se ha aprovechado para decir todas las obscenidades que se le ocurrieron, sólo porque me había hecho todas esas cosas el día anterior. Lo que hace la confianza, joder).

El caso es que tan pronto accedí, me envió el guión y quedé sorprendido. Debías ser una tía fantástica para que tu mejor amiga quisiera hacer esto por ti. Estaba contemplado el itinerario de los primeros días pensando en todos los casos hipotéticos que se despertarían por tus posibles decisiones, además de que habían varios momentos en los que yo terminaba

follándote. De hecho, en el avión no estaba planificado que te follara, pero no sabía que te pondrías tan cachonda... y mucho menos que lo arruinarías respondiendo por mí.

Incluso el botones, Marcos e Irina son actores contratados por Anita. Personajes escritos desde hace meses y pensados para ellos en particular. La tía de Kosovo, en realidad es una amiga nuestra que habla albanés. Es cierto eso que dicen de que se respira sexo aquí en Ibiza, pero no es tan exagerada la cosa, ¿eh?

Hemos sido, tú incluida, actores de una película porno sin necesidad de usar cámaras. Sólo con un guión, actores, una directora... y tú. Te confieso esto, traicionando al contrato que firmé con Anita, pero me he muerto de la pena anoche mientras te veía dormir tan dulcemente.

No diría que me he enamorado, porque eso sería ridículo y no soy un tío necesitado, sólo sé que me has dado mucha lástima y no quiero seguir participando en esta porno.

Espero que te parezca madura la decisión que he tomado, ya que he decidido retirarme del hotel y hospedarme en otro. No te diré el nombre porque no quiero volver a verte después de haber confesado este crimen. Moriría de la pena, literalmente.

P.D.: El cuadro de la Maja Desnuda lo puse yo, pero si me preguntas cuál me gusta más. Te diré que "La Maja en Bikini", aunque Goya jamás la haya pintado, pero eso, si me preguntas a qué se debe, te diré que sólo puede ser porque él no te vio en la piscina.

Tuyo,
Julio".

Cerré el papel y lo volví a colocar sobre la mesa de noche. Me acosté en la cama y me quedé viendo a mi reflejo en el techo. ¿Cómo fui tan ingenua?

VIII

Cowgirl from Hell

Tocaron a la puerta de mi habitación y abrí de inmediato pensando que sería Julio, pero era el botones... y no el mismo que me había atendido ayer.

—Buen día, señorita —me dijo luego de echarle un vistazo a mis tetas que tenía un tanto descubiertas y no me había percatado.

Me acomodé el pijama y le respondí.

—Buen día.

—Disculpe que la moleste, pero ¿podría bajar a disfrutar de nuestras instalaciones en la piscina o en el vestíbulo, mientras me dedico a dejar reluciente su habitación?

En otra ocasión, ya hubiese enviado a tomar por el culo al tío, pero tenía la mente en otro lado, así que decidí cambiarme de ropa, ponerme mi bikini y bajar a la piscina con la esperanza de encontrarme con Julio allí.

Esta vez había bajado con un bikini rojo. Uno más vistoso, uno que capturaría su atención de inmediato. Me senté en la tumbona con mi toalla y tomé mi celular para realizar una llamada que ya se había vuelto urgente.

—Aló.

—Sofi, ¿cómo te ha ido?

—Anita.

—Sofi.

—¿Esto ha sido idea tuya?

—¿Qué es esto?

—Todo esto de follarme al guitarrista de Siempreverde. Hacerme creer que Ibiza me hechizaba con su sexualidad, que había caído rendida en los brazos de un hombre que me había puesto cachonda como nunca.

—No sé de qué hablas, Sofi. ¿Cómo voy a estar involucrada con todas esas cosas?

—Me encantaría poder responder esa pregunta, Anita, pero creo que el hecho de que intentaras convencerme tanto de venir a Ibiza y que además escogieses mi boleto de avión y mi habitación de hotel, me ha hecho sospechar demasiado que algo has de tener que ver con todo este follón.

—No entiendo, Sofi.

Respiré profundo y me tomé la cabeza. Sabía cuando Anita me estaba ocultando cosas y la carta de Julio había sido demasiado específica como para que haya estado mintiendo con

algo tan serio.

—Joder, Anita, que me has escrito como protagonista de una historia porno.

—¿Quién te ha dicho eso?

—El gilipollas de Julio.

—No puede ser. ¿Te contó todo?

—Bueno, la verdad es que a estas alturas no sabría decirte si lo sé todo.

—Joder, qué idiota. Se supone que era nuestro secreto.

—Anita.

—Perdón si te ha molestado, Sofi. Yo sólo quería que te divirtieras.

—Y está muy bien, Anita. No estoy molesta por eso.

—¿Ah, no?

—No.

—Entonces, ¿por qué estás molesta?

—Porque el gilipollas desapareció.

Después de eso sólo puede escuchar la risa de Anita del otro lado del teléfono. Claramente le hacía gracia que su actor principal se fuera de escena sin haber terminado la función.

—Anita, ¿qué hago?

—Pues, no sé. ¿Quieres verlo de nuevo?

—Sí, creo que sí.

—Joder, Sofi.

—De verdad me ha encantado y quisiera hablar con él con respecto a lo que hicimos.

—Sofi. Intentaré llamarlo a su teléfono, pero no te prometo nada. Sé que el tío tiene un concierto esta noche y debe estar muy ocupado. Ya debes saber cómo es el tema con los artistas y sus—

—Espera —la interrumpí.

—¿Qué?

—¿Qué concierto es ese del que hablas?

—Un concierto en la playa. El Festival de la Playa de Ibiza, creo que lo llaman.

—El jodido festival. Tengo que ir allá. ¿A qué hora es?

—A las 8, me parece.

—¿En la noche?

—Pues, si ya han pasado las 8 de la mañana, ¿a qué 8 crees que me refiero?

Reí. Qué pendeja mi pregunta.

—Tienes razón, jaja.

—¿Irás?

—Sí, pero faltan al menos 7 horas para eso.

—Bueno, haz algo para distraerte.

—Lo haré.

Colgué el teléfono y me lancé de clavado a la piscina, supongo que por un impulso de emoción.

Me hundí en la profundidad y abrí los ojos. Desde allí pude ver los azulejos del fondo de la piscina que se asemejaban a los patios andaluces y quedé maravillada. Subí a la superficie y sacudí mi cabello mojado. Volteé hacia los lados y noté que estaba completamente sola en la piscina. Me agradaba sentir que era toda mía.

Luego de nadar de un lado a otro en la piscina y relajarme un poco, me acerqué a la escalera y me senté en ella a secarme un poco el pelo.

—Disculpa, chica —me dijo una voz gruesa.

Me volteé y vi al salvavidas del hotel, que parecía más alto desde la piscina. Parece que éste no formaba parte del gran elenco de actores contratados por Anita, pero tenía todo el aspecto. Detallé sus músculos y tan pronto me di cuenta de que estaba perdiendo mi atención subí la mirada a sus ojos, o mejor dicho, a sus gafas de sol.

—¿Sí?

—Vamos a proceder a la limpieza de la piscina, así que me veo en la penosa situación de tener que pedirle que se retire.

¿Sería mucho atrevimiento si...?

—Oh, señor salvavidas, pero mi habitación la están limpiando en este momento y no tengo a dónde retirarme y estoy muy mojada —le dije un tanto sugerente. Me parecía que ya estaba cachonda sólo por saber que vería en la noche a Julio.

—Bueno, señorita las duchas están por allá y puede usar esa toalla.

Es que hay tíos que son gilipollas de profesión. Con el respeto de los salvavidas, no es una profesión que requiera mucha capacidad intelectual.

—De cualquier modo, puede retirarse hacia las cabañas que están allá al fondo.

—Muchas gracias —le dije y sobé sus abdominales mientras me retiraba.

El tío ni me dio bola. Seguro era gay. Por un segundo estuve a punto de pensar que los

gays siempre son más guapos, pero recordé a Julio y se me pasó ese impulso de estupidez repentino.

Antes de ir a las cabañas que me había indicado el salvavidas, pasé por el baño de las piscinas a darme una ducha. Estaban totalmente solas por lo que me sentí totalmente cómoda de andar desnuda allí. Anita y Julio dicen que en Ibiza no se respira sexo, pero yo sentía que hiperventilaba sexualidad.

Inserté mis dedos en mi vagina y sentí como estaba húmeda. Era todo el deseo aún condensado, y ahora restaurado por la promesa de esta noche. Me senté en el suelo de las duchas a masturbarme. Me hacía sentirme más cachonda estar haciéndolo en un lugar público. ¡Qué mal me ha hecho Ibiza!

Gemí y no me detuve como la primera noche que estuve en el hotel, pero algo se atravesó en mi mirada.

—Vaya, vaya —escuché.

Traté de taparme por lo nerviosa que me había puesto. Estaba cometiendo un delito en un hotel, pero...

—¿No le dije que se fuera a las cabañas?

Era el salvavidas.

—Sí, pero estoy tomando una ducha porque estaba en la piscina, joder —le dije—. ¿Qué coño hace usted aquí? Este es el baño de mujeres.

—Pues, la verdad es que es un baño mixto, señorita, y para nuestra suerte, tengo la llave.

Alzó una llave y me sonrió. Algo me decía que este tío sí era contratado por Anita.

—¿Ah, sí? —le pregunté acercándome a él.

—Pues, sí... A menos que usted no quiera que cierre.

—¿Hace calor o soy yo? —le pregunté.

Me acerqué a besarlo, pero esta vez no sería tan sumisa como cuando estuve en el techo del bar con Julio. Nada que ver.

Lo empujé contra la pared del baño, también decorada con azulejos andaluces, y metí mi mano en su traje de baño.

—¿Te gusta follarte a tías en el baño?

—Sí, mami.

—Y no es la primera vez que lo haces, ¿verdad?

—No.

—Eres un golfo.

—Sí, sí soy.

—Le di una hostia en los huevos, así como lo había hecho con Julio en el avión.

—Coño, ¿por qué hiciste eso? —me preguntó sufriendo.

—Porque has sido un chico malo.

El tío entre su dolor, logró sacar una sonrisa cachonda.

—Así me gusta —le dije.

Me arrodillé frente a él y comencé a chuparle la polla, pensando en lo que no puede hacer en el avión con Julio.

—¿Te gusta? —me preguntó.

Le apreté los cojones.

—No, por favor, no.

—Compórtate —le reprendí.

—Sí, señorita.

—Dime Sofi.

—Sí, Sofi.

Cómo me gusta ver a los hombres débiles ante mí. Me hace tan consciente de mi poder que me llena de placer, sólo que rara vez lo había hecho en contextos tan importantemente sexuales.

Ya había confirmado que se trataba de un latinoamericano, y si mis oídos no me fallaban, era dominicano o de alguna de esas islas del Caribe, lo cual explicaba por completo su encanto y su color de piel.

Chupé su polla con mucho empeño, buscando introducir cada uno de sus centímetros en mi boca, tratando de que llegara hasta mi garganta, pero no era tan grande como me hubiera gustado.

En ese momento escuchamos las voces de unas tías que habían entrado al baño riendo.

—Joder, viene alguien —me susurró.

Nos movimos rápidamente a la parte de atrás de unos casilleros que estaban allí. Lejos del sitio de las duchas. Las tías parece que también se dirigían hacia los casilleros, así que debíamos hacer mucho silencio. Él era el salvavidas y verse involucrado en una situación así podría costarle el trabajo.

—Por eso es que siempre que hago estas cosas, cierro la puerta del baño —me dijo molesto.

Se quedó viendo hacia el sitio en el que entraban las chicas y por suerte se quedaron del otro lado de los casilleros. Él no quitaba su mirada de allí.

—¿Qué pasa? ¿Están buenas? —le pregunté.

—Pues sí.

Mientras él veía hacia allá, comencé a chupar sus huevos y él reaccionó una manera un tanto brusca.

—¿Qué haces? —me preguntó gimiendo.

—Continuando —le respondí con sus huevos en la boca.

Del otro lado, aún no sospechaban nada.

—Entonces le dije al tío que le chuparía la polla.

—¿Qué? Eres una golfa, Andrea.

—¡Claro que no! Tenías que habérsela visto.

Reí un poco al escuchar de lo que hablaban las tías. Era tan grande la ironía. Decidí comenzar a frotar el pene del salvavidas mientras chupaba su polla y reaccionó tan fuertemente que dio un golpe contra los casilleros de metal.

—¿Alguien allí? —preguntaron ellas.

—Sí, yo —les respondí.

—¿Está todo bien?

—Sí, sólo me estoy cambiando.

—¿Necesitas ayuda?

—No, por favor. Me daría mucha vergüenza que me vieran desnuda.

—¿Segura?

—Sí, en serio. Por favor no pasen para aquí.

—Está bien —me respondieron riendo.

El salvavidas ahora estaba de frente a mí y apoyando su espalda a los casilleros de metal. Me elevé un poco e hice algo que usualmente no hago, pero que sé que todos los tíos aman, y en mi caso particular desean con muchas fuerzas. Arrojé su polla con mis tetas y sentí como hervía de placer entre ellas. La cara del salvavidas era una maravilla. Sabía que estaba dominándolo por completo y no tenía cómo poner resistencia.

—¿Te gusta? —le susurré muy muy sugerente.

Él asintió tan ruborizado que su piel morena se había tornado anaranjada.

Froté su polla lentamente con mis pechos mientras veía directamente a sus ojos. No era la niña sumisa que había follado anoche con Julio. Era una dominatriz sin cuero y sin látigo. No me hacían falta; todo el poder lo tenía allí a ambos extremos de mi pecho, y sabéis que no hablo de mis pulmones.

Él se llevó las manos a la cabeza y calló un gemido enorme.

—¿Qué vas a hacer hoy?

—Pues, no sé. Quedé con un tío para vernos en el bar.

—¿Y le vas a chupar la polla también?

Ambas rieron. Yo aumenté la velocidad con la que estaba frotando la polla de Julio y él tomó su toalla para morderla de manera que no pudiese emitir mayor sonido. Sus piernas se movían solas por el placer que le generaba estar allí entre mis tetas.

—¿Estás listo? —le pregunté.

Y bastó que le preguntara para que me llenara el rostro de semen y me chorreara sobre mis pechos. En ese momento, perdió el equilibrio y cayó al piso haciendo un ruido terrible contra los casilleros.

Sabía que las tías vendrían a ver qué había ocurrido así que me cubrí con la toalla y corrí al extremo del pasillo para asomar mi mano y pedirles que no se acercaran.

—¿Está todo bien, tía? —me preguntaron nerviosas.

—Disculpen, he tirado muy fuerte la puerta del casillero. No os preocupéis.

Una de ellas se me acercó demasiado pero no logró distinguir la leche que estaba pegada a mis mejillas, porque escondí mi rostro rápidamente. En ese momento, como un impulso criminal, tratando de esconder la evidencia, pasé mis manos por mi cara y chupé el semen que había quedado allí.

—¿Segura? —me dijo la tía extrañada.

—Sí, en serio. Está todo bien —le respondí sonriendo, mientras sentía cómo la leche bajaba por mi garganta.

Jamás había tragado semen, y la verdad es que no el sabor me había parecido salado y desagradable, pero debía aparentar que nada estaba pasando.

—Está bien, tía. Que tengas buen día —me dijo.

Las tías se fueron del baño aún hablando y regresé adonde estaba el salvavidas respirando aún con mucha rapidez. El tío estaba más nervioso que yo, y eso que era la primera vez que se me había ocurrido hacer una cosa así.

—Venga, que ya nos hemos divertido los dos —le dije.

—Pero...

—Créeme, tío... No me vas a poder follar, y ya me ha quedado claro que este no es un baño mixto.

Besé su mejilla y me sentí la mujer más poderosa del mundo.

—Que tengas buen día —le dije.

Me fui a duchar de nuevo porque la necesidad de estar limpia era más grande que yo.

Al terminar, salí de allí y me fui a mi cuarto a prepararme para el concierto. Debía escoger mi mejor ropa. Era el momento de conquistar a Julio, como él me había conquistado a mí. Ya él creía que no quería seguir jugando al mismo juego que yo, pero me exigía el tiempo que le mostrara su verdad.

Tomé una camiseta negra de Pantera que mola muchísimo y me encanta: una que tiene las mangas abiertas y hace que se me vea el sujetador por los costados; sé que eso le encantará a Julio. Era puro rock. Me puse unos pantalones cortos negros y un cinturón blanco con detalles de hierro en la hebilla, y el detalle que se llevaba todos los premios era el sombrero negro de vaquera que combiné con las botas del mismo color y mis gafas de sol. Era la cowgirl from hell (chica cowboy del infierno).

IX

La Gran Entrada

Bajé las escaleras del hotel Fontes y sentí como si mis pasos dominaran cada escalón, cada milímetro de los pasillos. Era la dueña de todo; la puta ama del rock.

Pedí un taxi y esta vez no soporté gilipolleces sobre mi procedencia. Soy madrileña, ¿y qué, hijo de puta? No, bueno, la verdad es que no fue así.

—¿A dónde la llevo? —me preguntó el taxista.

—A la Playa de Talamanca—le respondí.

—Va al festival, supongo.

—Es correcto. Planeo divertirme mucho.

—Esperemos que así sea

El taxista parecía ser más simpático que los otros dos anteriores, y éste sí sabía algo de rock por lo que nos divertimos conversando sobre algunas bandas.

—¿Es usted madrileña? —me preguntó.

La pregunta de mierda. Cómo cagar una conversación con una sola pregunta.

—Sí, ¿por qué?

—No, por nada —dijo, y pude escuchar una ligera risa entre dientes.

—Dígame por qué, joder.

El taxista volteó un tanto asustado hacia mí, pero luego quitó su expresión de miedo y me sonrió.

—Es sólo que nos han advertido a los taxistas que trabajamos desde el aeropuerto hasta Can Pep Simó de una tía madrileña que venía a pasarla muy bien —me confesó —, y me supongo que eres tú.

¿A cuántas personas ha involucrado Anita en esto, joder? Parecía un sueño. Comenzaba a cuestionar por completo mi realidad y ya no tenía idea de cuándo había empezado a formar parte de las historias enrevesadas de mi mejor amiga. ¡Qué hija de puta tan talentosa! De lo que sí estaba segura era de que jamás se hubiese esperado que el pendejo de Julio me revelaría toda la verdad después de follarme. Pobre tío arrepentido.

—Sí, supongo que soy yo —dije riendo.

Seguimos conversando hasta llegar a nuestro destino.

—¿Cuánto es?

—No se preocupe, señorita. Su amiga Ana Hernández lo paga.

—No lo dudo. Ana Hernández lo paga todo.

Me bajé del taxi y caminé hacia la puerta que habían ubicado en el extremo de la playa. Parecía ser que el evento era privado. Me acerqué al hombre de la puerta y noté que había un gran grupo de personas allí, a las afueras de la playa. Ninguna parecía estar haciendo fila, por lo que pensé que todos estaban intentando colarse o ver el concierto desde allí.

—Disculpe, quisiera pasar.

—Su entrada, por favor —me dijo el hombre.

—¿Hace falta una entrada?

—Pues, si no la hubiera, créame que no se la pediría.

—¿Y dónde puedo comprar una?

—Están agotadas.

—¿Agotadas?

—Joder, ¿usted es sorda o gilipollas? —me preguntó.

—Gilipollas será... —estuve a punto de insultarle, pero recordé que mi entrada al concierto dependía en gran medida de ese tío, así que... — ... aquel tío.

Señalé lejos y me distancié del hombre de la puerta. Busqué entre la multitud para ver si había algún tío revendiendo boletos de acceso. Nunca faltan.

—¿Tiene entradas? —le pregunté a uno.

—No, también quiero una.

Le ignoré y seguí buscando.

—¿Tiene entradas?

—Sí, 300 euros.

—¿300?

—Sí, 300. No tengo otro precio —me dijo.

—Yo te las vendo a 250, tía —me ofreció otro.

—Busca tus propios clientes, hijo de puta —le gritó el primero al de los 250.

—No os peleéis —les pedí—. Sólo tengo 200 euros.

Ambos vendedores se vieron indignados por mi propuesta y el primero que me ofreció entradas se fue.

—No te vayas —le dije al segundo.

Se detuvo y se me quedó viendo, esperando que le hiciera alguna oferta.

—¿Qué me vas a ofrecer? —me preguntó con una mirada cachonda.

Me subí la camiseta, le mostré las tetas, y ese día descubrí que el precio por mostrarlas es exactamente 250 euros.

Entre las multitudes de afuera, hubo unos cuantos que aplaudieron mi gesto. No me extraña que más de uno quisiera verme las tetas. Ya se había vuelto costumbre, y no sólo en Ibiza.

Me fui corriendo hacia la puerta que se había dispuesto en la playa y le entregué la entrada al tío que vigilaba allí; el que me había dicho sorda... o gilipollas. Yo diría que ambas.

—Pase adelante —me señaló hacia la playa y me permitió acceder.

Fui presurosamente hacia la tarima, pero me detuvieron unos gorilas de seguridad para revisarme. A mí me parece que su real intención en aquel momento era la de frotar con sus manos cada fibra de mi cuerpo, pero no me iba a quejar. La verdad es que estaba bastante dada, aquel día en particular, a cualquier tipo de contacto de ese estilo con tíos fuertes y altos.

Tan pronto me pude zafar de sus brazos, me acerqué con rapidez al escenario, mientras escuchaba a la voz de un tío que presentaba a Siempreverde. Eran los primeros que tocarían, pero ¿cómo iba a llamar la atención de Julio entre esa inmensa multitud de personas?

Sin duda alguna, no me iba a poder visualizar entre los flashes de los celulares y cámaras tomando fotos al escenario mezclados con el cielo nocturno. Parecía entonces que colarme de algún modo a los camerinos de los artistas era la única opción que me llevaría definitivamente al éxito, pero era un reto demasiado grande lograr saltarme los anillos de seguridad, si se les puede llamar así, del Festival de la Playa y llegar hasta él.

Decidí que necesitaba apoyo de la persona más acorde para ayudarme en este momento; era prácticamente como llamar a Dios. Tomé mi teléfono y llamé a la guionista de toda esta locura.

—Anita.

—¡Sofi!

—Ya estoy en el concierto.

—Lo puedo escuchar.

—Anita, necesito que le digas a Julio que estoy en el público.

—Pero, parece que no me quiere atender el teléfono.

—¿Por qué?

—No lo sé. ¿Quién sabe qué le habrás contagiado que se ha pirado tan arrepentido.

—Yo no tengo nada raro, gilipollas.

Escuché la risa de Anita del otro lado.

—Puta —le dije.

Si en este caso, Anita es Dios, me cago en Dios. Siempre me hace caer en sus provocaciones. ¿Cómo hace para jugar conmigo con tanta facilidad?

—Intentaré seguir llamándolo, pero tú no dejes de tratar de pasar a los camerinos. Busca lo que es tuyo, Sofí.

—Lo haré, Anita. Gracias.

Jamás habrán escuchado de las tías que nos desvivimos pasionalmente por los hombres. Y es que la literatura, el cine y la televisión, excepto en la pornografía, ha sido muy machista con respecto a la seducción en general. Y sí, he dicho que la pornografía no es tan machista en lo referente a ese detalle en particular. Los siguientes párrafos son la muestra de hasta dónde puede llegar una mujer por saciar su mayor deseo sexual.

Partí con mucha prisa y especial sigilo hacia un extremo del escenario, tratando de esconderme entre la multitud. Esperé a que el gorila de seguridad que vigilaba de ese lado se distrajera con la fenomenalmente dispuesta música de Siempreverde, que si me preguntan, os diré que como banda sonora del momento hacía un trabajo brillante.

Desde allí, luego de que se volteara el tío, logré colarme entre los andamios inferiores de la tarima y aprovechando la oscuridad me paseé, como un chaval en un parque, entre las barras de aquella estructura, averiguando dónde podría encontrar una salida hacia la parte posterior del escenario donde muy seguramente estarían los camerinos que buscaba.

Avancé con mucho cuidado a través de los espacios por los que pude lograr meterme y, luego de unos minutos que parecieron eternos, aparecí del otro lado del escenario. Allí la seguridad parecía ser más ligera, pero igual veía a tíos muy fuertes que podría certificar que también eran gorilas.

Desde ese punto la música se seguía escuchando y, a pesar de que no había una buena visión del escenario, podía conseguirse una excelente observación de quienes posteriormente estarían en escena rockeando el festival para los ancianos, bueno, si es que eso era verdad.

Seguí escondida entre las barras observando cuál podría ser el camino más seguro para lograr llegar al camerino de Siempreverde, y vi pasar a los Red Hot Chili Peppers por en frente de mí, pero no podía moverme de allí. No se imaginan la impotencia que me había hecho sentir aquel momento. Estaba imposibilitada de conocer a esos dioses del rock porque hubiese significado un rotundo fracaso por consecuencia.

Pensé que lo más inteligente en esta ocasión era esperar a que dejara de tocar Siempreverde, la banda de Julio, y saltar a la luz con dirección hacia el camerino de ellos con la esperanza de que Julio se iba a apiadar de mí. Por el tono de su carta sabía que lo haría. Sólo era un tío con una enorme confusión a cuestas por culpa de mi mejor amiga.

Pasaron varios minutos y por en frente de mi escondite cruzaron toda clase de artistas de primera clase; los rockstars más bestias que podría haber visto, todos juntos en un solo

lugar, pero debía esperar. Debía esperar. ¡Vaya pasada!

Terminaron de tocar luego de que ya había pasado media hora recostada en la incomodidad de los tubos del andamio. Vi al baterista bajar por las escaleras que estaban allí y tan pronto entró en mi rango de visión Julio, salí corriendo hacia él.

—¡Julio! —grité.

—¿Sofi? —preguntó.

Y antes de que pudiera llegar a él, ya se habían abalanzado sobre mí, tres tíos de seguridad y me habían neutralizado contra la arena de la playa. Qué torpe fui.

—Esperen. No se la lleven —dijo Julio.

Se estaba apiadando de mí, tal y como lo había planeado. Tenía razón. No podía ser de otra forma.

—Julio.

—Sofi. ¿Cómo has llegado aquí?

—Me he colado y me he escondido entre los andamios esperando a que dejaran de tocar para poder decirte que no me importa.

—¿Qué no te importa?

—No me importa que todo esto que ha ocurrido haya sido parte de un plan sucio de Anita para que tú me follaras y mis vacaciones fueran increíbles.

Los gorilas de seguridad rieron totalmente extrañados por mis declaraciones, que descontextualizadas lucirían absurdas. Si es que no son absurdas con contexto también.

—¿La dejamos ir? —preguntó uno de ellos.

—Sí, por favor —les pidió Julio.

Los tíos me soltaron y salté sobre Julio. De inmediato él me tomó en sus brazos sosteniéndome por la espalda mientras yo me aferraba a su cuerpo con mis muslos descubiertos.

—Estás muy guapa, Sofi.

—Me he vestido para ti.

Vio mi camiseta y comentó justamente lo que quería que dijera.

—Eres una vaquera del infierno.

Lo besé y él me besó de vuelta. Estaba totalmente entregada a Julio. Eran las mejores vacaciones de mi vida, y ese día en específico había sido el mejor día de mi vida, y eso que aún no había terminado.

Julio me paseó por todos los camerinos y conocí a todos los rockstars que había visto andar mientras estaba escondida entre los andamios. Todos me resultaron muy simpáticos, o

quizás sólo lo habían sido porque me estaban viendo a las tetas también, pero me traía sin cuidado. Era el mismo efecto rockstar que me había hecho llegar a Julio multiplicado mil veces con todos ellos.

—Cómo molan todos estos tíos, Julio.

—Y eso que no has conocido a Iggy Pop.

Ambos reímos, y si vosotros no sabéis quién es Iggy Pop quizás no os cause gracia para nada, pero digamos que es un viejo rockstar que hace punk y prácticamente lleva 50 años haciendo rock. No tengo por qué explicaros mucho al respecto, tampoco se pierden mucho sin entender el chiste.

Siendo sincera, cuando Anita me dijo que compraría mis boletos para Ibiza, lo primero que pensé fue que todos los días que estaría aquí lo único que escucharía sería música electrónica y que me pasaría de discoteca en discoteca disfrutando de las fiestas y bailando sola para evitar que cualquier tío se aprovechara de mí, tal como me lo había advertido mi madre, pero el hecho de que Anita escribiera el guión de mis vacaciones condicionaba cada segundo de mi viaje y de mi experiencia en general. Todo estaba adecuado para que se llevase a cabo con un estilo muy personal y vinculado a cada una de mis necesidades sensoriales. Era como si mi vida se hubiera convertido en un muy arriesgado ensayo teatral.

Era objeto de un experimento, y me traía sin cuidado. Era el mejor experimento del que se podría formar parte.

X

La maja desnuda

Pasó el concierto y regresamos Julio y yo juntos a mi habitación. Él me tomó de la mano y me trató como a una dama. Nada que ver con lo que hicimos el día anterior, si anoche habíamos follado, hoy íbamos a hacer el amor.

Nos comenzamos a besar desde la puerta hasta el borde de mi cama. Nos sentamos sobre el colchón y mientras nos besábamos sus manos jugaban acariciaban mis brazos. Pronto dejó de besarme y descendió con sus labios a mi cuello. Aparté mi cabeza para permitirle comerme como si fuese un vampiro y yo su damisela llena de sangre caliente por él.

—¿Hace calor o soy yo? —le pregunté.

—Eres tú, Sofi. Es Ibiza y soy yo.

Lo tumbé sobre mi cama y me quité los pantalones cortos quedándome en mis bragas de encaje, perfectamente escogidas para que se despertaran todos los deseos de Julio en esta noche particular. Coloqué mi coño cubierto por la tela de mis bragas sobre el bulto que se hacía en sus pantalones justo en su entrepierna. ¿Cómo no resaltaría el tamaño de su polla? Me hubiera gustado medirla.

Comencé a frotarme con ese paquete que resaltaba y sentí como mi vagina comenzaba a derretirse de placer solo por él; como mi coño mojaba los pantalones de Julio y mis bragas.

Segundos después, Julio se desabrochó el pantalón y dejó salir su gran polla. Esta vez quería chupársela. Obedecer al deseo que había quedado pendiente por realizar en el baño de la cabina del avión. Me coloqué sobre él con mi boca sobre su pene y mi coño justo sobre su cara. Era momento de sentarme en su rostro.

Dejé bajar mis caderas y sentí su lengua de inmediato.

—Ah, Julio —gemí al instante.

Mientras yo lamía la cabeza de su polla, él repasaba mis labios con esa serpiente que me había dominado ayer. Comencé a mamar su pene y traté de hacer lo mismo que había logrado con el salvavidas, pero no. Julio no era débil como el tío de los baños de la piscina. Julio tomó con sus brazos mis nalgas, solo para poder aferrarse con más fuerza a mi cuerpo y poder apropiarse de mis sensaciones.

—Julio, soy toda tuya —le dije gimiendo.

—Lo sé, Sofi —me respondió.

Su arrogancia me ponía aún más cachonda. Saberse mi dueño, me hacía sentirme incluso más golfa de lo que el hecho de chuparle la polla me hacía sentir. Mientras lamía mi coño, comenzaba a frotar mi clítoris y yo no podía parar de fluir sobre su cara. Sentía que llovía

sobre él.

Tomé sus cojones y comencé a acariciarlos mientras sorbía cada centímetro de su pene. Intentaba introducirlo lejos en mi garganta, pero me atragantaba y tosía. Era demasiado grande para mí, pero no podía dejar de intentarlo. Me generaba placer el ensayo y error. Sabía que mi voluntad prevalecería.

—Te ves divina reflejada en el espejo del techo, Sofi —me comentó Julio.

—Desde el primer día que vi que estaba allí, pensé justo en el día que follaría contigo otorgándote esta vista, e incluso una mejor —le contesté.

Antes de que me hiciera eyacular de nuevo sólo con su lengua y sus manos, me volteé y coloqué mi coño sobre su polla para introducirla allí. Era momento de montar a este Pura Raza Español, el caballo andaluz.

Me quité mi camiseta y sujetador, dejando al descubierto mis pechos, los cuales Julio no dejó libres ni un segundo. Sus manos se abalanzaron sobre ellos y yo miré al techo para gemir y para observarnos en el espejo.

—¿Te gusta, Sofi?

—Me encanta, Julio.

Julio se levantó y me agarró en esa misma posición para ponerse de pie conmigo en sus brazos. Me cargó en medio de la habitación y me comenzó a subir y bajar sobre su polla haciéndome sentir del todo dominada. No podía moverme de allí, mis piernas se sacudían solas por el placer que me hacía sentir cada penetración.

Besaba mi cuello mientras hacía eso y yo entre gemidos no podía creer la fuerza con la que se apoderaba de mí. Mi cuerpo solo podía moverse acorde a lo que él me ordenaba con su polla. No podía sentir otra cosa más que el placer infinito que se fundía en ese momento de cachondez.

Me soltó sobre la cama y me colocó a cuatro patas presionando mi cabeza contra el colchón de la cama. Ya hacía rato que habíamos dejado de hacer el amor. Todo ese libido y nuestra complicidad en el sexo se habían ido directamente por el camino del instinto y la brutalidad que alteraba nuestras respiraciones.

Tomó mis brazos y los bloqueó en mi espalda como si se tratase de una llave de esas que hacen los artistas marciales, como si sus manos fuesen esposas que sostuvieran mis manos y me sometiesen a la voluntad de él. Me haló hacia él y con su otra mano tomó mi rostro, para descubrir mi cuello y besarlo mientras me seguía penetrando.

—Julio, me voy a venir —le dije.

—Yo también, Sofi.

—Vamos juntos.

Julio siguió follándome con fuerza mientras me lamía el cuello y segundos después

cuando ya se le había ido de las manos la rapidez, sacó su polla que esta vez había olvidado forrar con un condón y llenó mi espalda de su leche al mismo tiempo que yo eyaculé manchando todas las sábanas de mi cama.

A pesar de que el placer me tenía paralizada y palpitando sobre el colchón, en mi mente sólo pasaba el hecho de que los botones se encontrarían al día siguiente con las fundas del lecho mojadas y llenas de un olor bien particular, pero luego vi de nuevo a Julio y recordé que todo estaba escrito en un guión.

Demás está decir que el resto de los días que pasé en Ibiza follé y follé con Julio. No éramos novios y jamás podríamos serlo. Él es un rockstar y los rockstars no se quedan follando siempre con una sola mujer (o un hombre, en caso de que sean gays), los rockstars son dioses que se apoderan de las mujeres y coleccionan los sujetadores que les lanzamos en cada concierto, y aquellos que obtienen de sus conquistas sexuales. Julio lleva mi bikini de rayas.

Definitivamente no he vuelto a tener vacaciones como esas.

XI

Ibiza forever

El día que regresé a Madrid, mi mamá me recibió con una cara de cabreada en Barajas. Sus ojos estaban llenos de indignación. No podía creer que yo había pasado dos semanas en Ibiza, lejos de sus brazos y de sus oídos, porque ni siquiera a sus llamadas le prestaba mayor atención.

—¿Por qué, Sofía Elena? ¿Por qué? —me preguntó.

—Porque estaba de vacaciones, mamá. Parte importante de mi frustración cotidiana viene por ti, pero venga, que ya estoy lista para frustrarme de nuevo —le respondí con un cariño que sólo alguien que me conoce sabe que estaba manifestando.

La abracé y ella me abrazó de vuelta. Al fin y al cabo era mi madre, y lo único que le importaba era que ya estaba de vuelta. Jamás se enteró de que en realidad follé todos los días. En la versión que maneja ella, la mayor parte del tiempo la pasé leyendo libros al borde de la piscina y, por supuesto, visitando playas y museos de la isla. Siendo una buena turista y una muy buena hija.

Y para completar los detalles de esa versión le había entregado un pequeño recuerdo que había comprado en una tienda de souvenirs del aeropuerto, y le dije que se trataba de una artesanía que me vendió un gitano en la playa.

Mamá me agradeció el gesto y se creyó toda la historia.

Nunca le pedí el número a Julio y le dije que era más sano para los dos que todo aquello que hicimos permaneciera como nuestro secreto y nuestra aventura de las vacaciones del verano de 2014. Él estuvo de acuerdo y me folló una última vez... o veces, quizás.

Meses después me encontraba en casa de Anita, puntualmente en su estudio, conversábamos sobre su guión y ella había accedido a mostrarme las líneas que había escrito, mostrarme todos los personajes que había pensado, las locaciones, mi recorrido por la isla, mis posibles decisiones y las actitudes que el elenco tomaría con respecto a ellas.

Era tal y como lo había descrito Julio. Cada detalle parecía haber sido escrito con una precisión que sólo podría alcanzar alguien que se llamara mi mejor amiga.

La abracé y le agradecí por su honrada intención. En verdad había convertido mis vacaciones de verano en una de las mejores experiencias de mi vida. Follé en tantos sitios distintos que creo que mi lista de los lugares que faltan ha sido considerablemente reducida, y eso que no tenía ninguna lista con esas especificaciones antes de llegar a Ibiza.

—De verdad que sólo me resta felicitarte, Anita. Eres la tía más flipada que conozco. No creo que alguien más pudiese lograr algo como eso.

—Gracias, Sofi. Todo por mi mejor amiga. Sé que tu vida es muy aburrida, así que decidí que un poco de dramaturgia le haría ser más interesante, así fuese solo por dos semanas.

—Y qué interesante ha sido.

—Lo que no puedo creer en verdad es que no le hayas pedido el número de teléfono a Julio.

—Bueno, es un tío muy ocupado y yo también. Somos de dos mundos distintos y no valdría la pena que intentara romper esa estructura por algo que claramente no iba a funcionar para ninguno de los dos.

Anita se me quedó viendo con curiosidad, y luego de unos segundos...

—Disculpa un segundo, Sofi. Tengo que hacer algo. Ponte cómoda.

—Vale, Anita. Aquí te espero.

Anita se fue y me senté en el sofá de su estudio; tomé los papeles del guión y los ojeé una vez más, pero sentí que el guión estaba un poco más grueso que antes, cuando lo discutía con Anita; esta vez que había algo más. Abrí una página al azar al final del texto y leí justo lo que estaba esperando para sorprenderme. En esas líneas, en esos párrafos que explicaban un caso muy específico, estaba exactamente lo que decía la carta que él había dejado sobre la mesa de noche de mi habitación en el hotel Fontes.

Descubrí entonces, que no era casualidad que Julio confesara todo lo que Anita lo había convencido de hacer, pero me quedaba la duda de si Julio conocía estas palabras tan particulares. Era obvio que sí. ¿De dónde más podría haber sacado las palabras exactas Anita para anotarlas en su guión?

Páginas después vi que mi entrada al concierto tampoco lo era. Engaño tras engaño, me había dado cuenta de que mi mejor amiga era la autora absoluta de mi vida sexual y cada uno de los detalles que sirvieron de contexto para construirla con sus símbolos, signos y sensaciones.

Ibiza nunca me hubiera parecido tan buen destino, y cada vez que pienso en la isla que me acompañó esas dos semanas y me transformó, como el perro de Pavlov, salivo, aunque ya ustedes saben que no por las mismas razones.

Justo allí, entre los papeles del guión, encontré el nombre “Julio Alejandro García Fernández” y a un lado una muy grata sorpresa; un número de teléfono.

¿Hace calor o soy yo?

El Rompe-Olas

Romance Inesperado con el Ejecutivo de Vacaciones

Prólogo

La única manera que tenía Marta de olvidarse del estrés, de los problemas, de su vida poco saludable y de sus obligaciones laborales era con un viaje.

Sí, estaba segura que esas vacaciones que mañana comenzaban iban a ser lo mejor que podía sucederle. Necesitaba salir, respirar aire puro y darle a su cuerpo un buen descanso para luego tratar de seguir adelante con toda su vida cotidiana, pero afrontándola desde otro punto de vista.

Esa era su principal meta y era por el bien de ella. Era una necesidad urgente deshacerse de todas esas cosas negativas que la rodeaban. Tenía el presentimiento de que estos días venideros le harían cambiar su forma de ser. Debía aprovechar este tiempo al máximo, pues lo esperaba desde hace mucho.

Su lugar favorito desde siempre por excelencia era la playa, descansar bajo el sol tomando alguna bebida refrescante la transportaba hasta lugares de relajación y paz mental, hacía que su cuerpo recuperara las energías y ella se sentía como en el paraíso.

No había nada que le preocupara; se olvidaba de todo y hasta desconectaba el móvil para que nadie la molestara. Si por Marta fuese viviría en una isla desierta donde tuviera una biblioteca infinita para leer durante todo el día y comida. Todo lo demás sobraba. Pero, la realidad era otra.

Marta emprendió ese viaje entusiasmada y con una sola misión, pero, jamás se imaginó como terminaría todo. Sería una aventura de nunca acabar de esas que estaba acostumbrada a encontrar entre líneas cuando leía alguna de sus novelas favoritas.

Lo mejor era que esto pondría su vida de cabeza y también la enderezaría. No de la forma que ella pensaba sino de una mejor manera. Ya era tiempo de vivir realmente la vida.

Arturo estaba en camino a su hotel preferido para pasar algunos días en la playa y montar algunas olas con su nueva tabla de surf.

La oficina lo tenía loco y además ya parecía un fantasma de lo blanco que estaba. Sus amigos más cercanos le decían que estaba casi transparente y que debía tomar un poco de sol. Y así era, tenía más de un año sin visitar el mar y ya era hora de hacerlo.

Su pasión por el surf se remontaba a su época de adolescente, no había continuado en la práctica del deporte por dedicarse a tiempo completo a sus estudios y poder realizar sus sueños en la ciudad. Hoy tenía la oportunidad de dejar atrás esas cosas por las que tanto luchó, y que ahora eran sólidas realidades, solo por unos días. Estaba seguro que las había encomendado a buenas manos.

Tratando de escapar de todas sus obligaciones no avisó prácticamente a nadie y se fue solo a disfrutar de las bondades del mar, a ser bien atendido en un spa, beber una cerveza bien fría, pasar todo el tiempo posible con su tabla nueva dentro del agua tratando de captar la mejor ola del día y deleitarse con las chicas hermosas que siempre estaban en ese lujoso hotel.

Aunque esta vez la que le llamaría la atención estaría sentada frente a uno de baja categoría.

El destino llevó a Arturo y a Marta al mismo lugar y el tiempo se encargó de lo demás.

I

Marta salía del hotel donde se hospedó. Uno que se acomodó a sus necesidades y presupuesto. Era un hotel 3 estrellas, que de hecho, parecía tener más clase, era muy acogedor y el trato del personal era excelente.

Fue una sorpresa para ella desde el momento en que entró y se sintió con suerte al haberlo escogido, pues era el más barato que consiguió en la zona que ella precisamente quería.

— El día es perfecto. — Se dijo para sí misma parándose por momento a observar el paisaje que la rodeaba.

El mar estaba tranquilo y las olas reventaban en la orilla con calma como llamándola a relajarse y dejarse llevar por los sonidos de esa playa que la quería envolver.

Las palmeras formaban sombras sobre la arena de manera tentadora, como para guindar una hamaca y quedarse a vivir ahí para siempre, la brisa que traía el rocío del mar acariciaba la piel de la mujer y desde ese momento comenzó a sentirse mejor. Era exactamente lo que buscaba.

Marta lucía un bikini de una pieza muy recatado, de color blanco y tela fina que hacía resaltar su hermosa piel morena, el ajuste de la prenda contorneaba con sutileza las curvas de su cuerpo sin deformarse en ningún lugar.

Unos lentes de sol grandes y un sombrero más grande aún evitaban que pasara desapercibida y además la protegían de los rayos ultravioleta. En su mano llevaba una Margarita recién preparada en el bar. Un bolso playero terminaba de completar el atuendo, dentro un libro, algo de dinero y su bronceador.

Caminó hasta la orilla de la playa y se sentó en una de las sillas que eran puestas por el hotel donde estaba hospedándose (lo supo por la insignia remachada en uno de los brazos de la silla), cómoda y casi con la mente en

blanco se instaló a disfrutar del ambiente, del olor, de los sonidos y de... ¡Oh, por Dios! De la vista.

— ¡Un hombre con un trasero así debería ser ilegal! — dijo Marta en voz baja mientras se carcajeaba de la risa.

No quitó la mirada de esa escultura hecha humano, que además del trasero que parecía de piedra, era portador de un cuerpo de lujo. Quizá tan definido como alguna vez lo soñó pero, que nunca había visto. Una tabla de surf bajo el brazo le daba un aire más interesante. No parecía uno de esos chicos estilo californiano, pero de igual manera era algo vistoso para ella. Sus ojos estaban clavados y podía dejar de escrudiñar ese cuerpo. Esas situaciones

El individuo en cuestión parecía extasiado con el mar.

Era Arturo. Estaba parado frente a ella contemplando el océano después de haber montado algunas olas esa tarde sin tener mucha suerte. De repente volteó, quizá sintió el peso de la mirada de Marta (que esperáramos no fuese penetrante, tomando en cuenta lo que estaba viendo en el hombre) o solo por simple casualidad. Él miró a Marta y esta posó su mirada en otro lugar sin poder disimular.

— Idiota, te vio. No puede ser... Ahí viene.

— Buena tarde, señorita. Hermoso día de playa ahora que la veo a usted. ¿Puedo sentarme?

Definitivamente no era para nada un surfista ocioso y sin trabajo. Era un hombre de verdad y además portador de unos abdominales de acero que se verían muy bien rozando los de ella.

— Por supuesto, caballero.

— Arturo Márquez. Encantado de conocerle.

Marta bajó sus anteojos oscuros hasta la punta de la nariz. Y lo miró con detenimiento. De cerca estaba mucho mejor. Extendió su mano.

— Marta Carreño. El placer es mío.

Se tomaron de las manos saludándose por primera vez. Sus ojos no dejaron de hacer contacto y ambos se sonrieron.

Marta trató de no mostrarse muy interesada en el asunto, aunque por dentro se derretía por Arturo. Se acomodó sus gafas y tomó un poco de su Margarita mientras veía al frente. Estaba nerviosa.

— No creo que una mujer tan hermosa como usted se encuentre sola en este lugar.

— Si lo que quieres es averiguar si estoy casada o comprometida o si vine con alguien la respuesta es: no. Y por favor, tutéame, eso de “usted” me hace sentir vieja.

Arturo se rio con naturalidad y ella sonrió también.

— Está bien, Marta. Entonces, sabiendo que estás sola y que yo también, podríamos cenar esta noche sin problemas.

— ¿Valdrá la pena?

— Eso te lo aseguro. ¿Dónde te hospedas? Preguntó Arturo.

— Aquí. — dijo Marta mientras señalaba el hotel que estaba justo detrás de ellos.

— Perfecto. Paso por ti a las 8:00 pm.

Arturo se levantó mirándola.

— Nos vemos a la hora acordada, Arturo.

Que sonrisa tan maravillosa la de ella.

El hombre le dio la espalda y salió caminando mientras llevaba su tabla a un lado. Marta levantó el brazo e hizo un gesto con la mano como dándole una nalgada en la distancia. Eso le causó gracia. Luego miró a su alrededor para ver si alguien la había pillado. Nada. Todos ocupados en sus vidas y disfrutando del lugar.

Lo miró hasta que se perdió entre la gente y la distancia.

No sabía la razón real por la cual había aceptado la invitación de Arturo. No quería que la confundieran con una cualquiera, estaba clara que era un completo desconocido pero, hubo una conexión entre ellos.

Además el hombre le transmitía una seguridad increíble y eso para ella era

fundamental. Y sí, quería volver a ver ese cuerpo y quizá conocerlo mejor. Una cena no le haría daño a nadie y capaz terminaría siendo un patán egocéntrico y lo descartaría de una vez. Todo estaba dentro de la posibilidades.

Por otro lado, para Arturo era fácil interactuar con mujeres, acercárseles y hablarles no le resultaba para nada un problema. En Marta vio algo diferente, además de ser una mujer hermosa y con buen cuerpo (sacó la conclusión de que poseía un muy buen trasero ya que tenía unas caderas bien voluptuosas), irradiaba una confianza enorme.

Sí, también se le hizo fácil hablarle, como con todas las demás, pero, después de un segundo se dio cuenta de que realmente estaba frente a una persona especial. En ningún momento pensó mal de ella por aceptar su invitación, por lo contrario, se sintió halagado.

El resto de la tarde fue de relax para ambos, cada quién disfrutó del lugar a su manera y desde su trinchera. Él con más lujos que ella y ella con más paz que él, pero había un punto en común, ambos pensaban en esa cena que no estaba en los planes de ninguno.

Quizá no de la misma forma pero, sus pensamientos estaban centrados en eso. Para Marta existía un nerviosismo algo inédito, todavía no terminaba de entender como aceptó esa invitación con tanta naturalidad. Ella normalmente no era así, pero, él la empujó. Con su personalidad y su excelente cuerpo, la empujó.

Arturo reservaba una mesa en un restaurante cercano y muy acogedor cerca del mar, cuando vio a Marta pasar a la orilla de la playa, no se había equivocado en la conclusión que sacó sobre su trasero. Se podía posar un vaso lleno sobre él y no se derramaría ni una gota.

Su cabello rizado color café revoloteaba sobre sus hombros y daba la sensación de que ella podía estar flotando sobre la arena. Maravillosa con ese traje de baño blanco. La silueta que dejaba ver era hermosa y provocativa.

Al fondo el atardecer con una mezcla de amarillos, rojos y azules con destellos negros de los pájaros regresando a sus nidos, preparándose para dormir y él preparándose para encontrarse con esa mujer que miraba fijamente. Imaginó recorriendo con sus manos esa piel morena y su corazón

dio un vuelco.

— Esas curvas están muy peligrosas, Arturo. — dijo en voz baja.

— ¿Disculpe, señor? — Comentó la recepcionista.

— No, nada. Disculpe. Tome cárguelo todo a mi cuenta. — dijo Arturo mientras le extendía su número de habitación. — Y por favor, quiero que todo esté listo para las 8:00 pm.

— Perfecto, señor Márquez. Todo estará listo para esta noche a la hora que desea. Que tenga una feliz tarde y gracias por preferirnos.

Arturo se retiró dándole la espalda a la recepcionista y esta le lanzó la mirada de rigor. ¡Algo tenía ese trasero!

La mujer con el uniforme del hotel, gafas de lectura y cola de caballo que estaba detrás de la recepción se mordió los labios mientras disfrutaba de la vista. Su compañera, que estaba justo a su lado, le dio un golpecillo con su codo como para hacerla reaccionar.

— No me niegues lo bueno que está ese hombre.

Ambas se echaron a reír y luego continuaron con su trabajo.

Arturo subió las escaleras rápidamente, sabía que debía estar listo mucho antes de la hora acordada.

Llegó la noche y con ella los nervios y la ansiedad por la cita. La mesa estaba lista para la cena, y como un regalo mandado del cielo los acompañaba un cielo maravilloso. El destino haciendo de las suyas.

El restaurante aunque sencillo era muy bonito y el ambiente acogía gratamente a quien llegaba. Las mesas estaban puestas de tal manera que todo era muy íntimo así el lugar estuviera completamente lleno, además estaban adornadas con frutas tropicales y un mantel blanco. Era cercano a la playa, y prácticamente estaba al aire libre, unas paredes bajas de madera dejaban ver el mar y la brisa entraba libremente. Era un lugar fantástico.

II

Vamos a conocer un poco a estos dos personajes:

Marta es una mujer independiente, inteligente, con ganas de salir adelante, mejorar en su vida y en lo que pudiera ofrecer a los demás. A sus 35 años no había conocido a un hombre que tocara su fibra más interna y aunque esto no era una prioridad para ella, ya en ocasiones había pensado que jamás formaría una familia y eso la deprimía un poco.

Algunos amantes estaban en la lista de su vida, y quizá a uno lo logró querer de verdad. Con el resto se dio cuenta que cuando las cosas parecían establecerse en la relación todo se comenzaba a derrumbar y sabía que no duraría mucho más, los engaños y las mentiras parecían venir en combo con cada hombre que ella decidía estar.

Estaba cansada de lo mismo y por eso pasaba por un periodo en que necesitaba estar sola y darse cariño a ella misma. Ese cariño que nunca conoció de la mano de otra persona y menos de un hombre.

Organizarse mentalmente y plantearse nuevas metas era lo que Marta anhelaba, buscar su propia identidad.

La vida la había golpeado duramente durante mucho tiempo y entre sus pensamientos antes de dormir, picaba el mosquito de la decepción, se sentía sin futuro con ese mal pagado trabajo de mierda que tenía, estaba triste porque aún no podía comprar al menos un apartamento o tener algo que fuera realmente suyo.

Y en el amor, pues ni se diga. Cada uno era peor que otro, pero, en particular, la última relación fue la peor. Algo como para no recordar. Eran de las cosas que necesitaba dejar a un lado para poder seguir y creer de nuevo en alguien.

A pesar de todo, Marta es una mujer que no decae con nada. Cuando cae se levanta y sigue, logra tener siempre la frente en alto y mantenerse viva. Dicen

que todos tenemos nuestro destino escrito, pero ella estaba convencida que la única persona que tenía el lápiz para escribirlo era ella.

Estaba dispuesta a redactarlo de la mejor manera, con la letra más hermosa y con los mejores capítulos que pudiera tener. Quería escribir un BESTSELLER para su propia vida.

Hoy quizá su suerte cambiaría y su lápiz comenzaría a escribir.

Arturo es un emprendedor de clase media-alta que tiene su empresa de confección de camisas de algodón. El negocio anda de lo mejor, y ha ido creciendo sin parar este último año. El mes pasado había comprado su casa propia que aún estaba en construcción y se sentía muy feliz con eso.

Entregado a su trabajo y a sus sueños dejó de lado su vida personal. Se había tornado muy fría y solitaria hasta cierto punto. Quizá lo único que le faltaba era un hijo y alguien con quien compartir su vida. Era un sueño que quería cumplir pronto, pues ya con 38 años se le estaba haciendo un poco tarde.

Su vida sentimental había sido un poco vacía, con una mujer cada mes y a veces dos o tres. Salía a algún sitio después del trabajo y conseguía a alguna, sí, eso estaba bien para pasar la noche, tener sexo y quizá hablar un rato con alguien así no sintieras ningún tipo de conexión.

Pero, se dio cuenta de que estaba haciendo las cosas de la manera incorrecta. Ya estaba cansado de eso y necesitaba poner los pies sobre la tierra para poder avanzar como ser humano y conseguir lo que tanto anhelaba. Una familia.

Pero, metido de cabeza día a día en la oficina lo llenaba más de dudas y malos hábitos. Recordaba cosas que le hacían daño y no podía salir del hueco mental en el que estaba sumido.

No era completamente feliz y más que eso tenía miedo por su destino, por todas esas cosas que quizá estaban preparadas para él. No quería llegar a un punto donde no hubiese vuelta atrás y resignarse a quedarse con lo que tenía, fuese lo que fuese, y menos si eso no estuviera bien para él.

Son polos opuestos, para algunas cosas, pero están buscando lo mismo sin saberlo. Era hora de que sus vidas se cruzarían y que todo lo que sucediera en

ese tiempo les diera una nueva lección y los ayudara a llegar a donde querían. Con miedo o sin él, debían hacerlo lo antes posible.

III

A la hora acordada Marta bajó hasta el bar del hotel donde consiguió sorpresivamente a Arturo. Sentado y a pesar de un atuendo bien informal, se veía como un hombre elegante. Temía que ella estuviera mal vestida para la situación, pero, prefirió no darle importancia a eso y seguir su camino. Ella se sentó a un lado de Arturo, éste sonrió y luego de verla se levantó y la saludó con un beso caballeroso en la mano.

— Buena noche, señorita. Llega a la hora acordada.

— Buena noche. No acostumbro a dejar esperando a los hombres que me cortejan con tanta caballerosidad.

- Entonces todo tiene su recompensa. Me encanta tu vestido.

— Muchas gracias, Arturo. Tú estás muy guapo. – Dijo mientras se sonrojaba y bajaba la mirada.

Arturo notó la incomodidad de la mujer y decidió llevarla de una vez hasta el restaurante donde cenarían.

Ambos descalzos, caminaban por la orilla de la playa. En sus manos Arturo llevaba sus zapatos y las sandalias de Marta. Al fondo se divisaban unas luces y la conversación fluyó de muy buena manera.

Mientras más se acercaban hasta el lugar de la cena el ambiente iba cambiando de manera notable, los hoteles eran más lujosos así como las piscinas y las personas que salían de ellos. Era la misma playa, pero, la dividían gracias a los estratos económicos de cada quien. Una lástima la verdad. Al final todos no se bañaban en el mismo mar y la naturaleza daba su belleza y esplendor a todos sin distinción.

— Y bien, Marta. ¿Qué te trae por aquí?

— Estoy de vacaciones y decidí venir olvidarme un poco de toda la locura cotidiana del trabajo. Necesitaba un respiro, pues me sentía presionada.

—Te entiendo, Marta. Yo no estoy de vacaciones pero, también necesitaba salir de las cuatro paredes de mi oficina y poder oxigenarme.

Así siguieron hablando y conociéndose sin saber. Compartiendo ideas y dándose cuenta de las cosas que tenían en común. Eran muchísimas.

Arturo notó la extrema belleza del rostro de ella, sus ojos brillaban cada vez que sonreía y sus labios danzaban sin parar mientras hablaba.

Marta notó que habían llegado y, aunque lo disimuló muy bien, estaba impresionada con todo lo que veía. Era un clima muy playero e informal, pero, el lujo se veía por todos lados. La mesa y las sillas estaban adornadas con manteles blancos y algunos caracoles y flores daban un toque hermoso y romántico. Un ramo de frutas sobresalía sobre todas las cosas.

Se sentaron y esperaron al mesonero.

Una margarita y una cerveza. Con eso llegó el mozo. Definitivamente, Arturo había puesto algo de su esfuerzo para que la cena fuese del agrado de ella.

— ¡Woao! Eres muy detallista. ¿Margarita? Eso tomaba cuando me abordaste en la tarde.

— Sí, lo sé. Por eso la ordené.

Arturo sonrió y se volteó hacia el mesonero.

— Déjanos el menú y te llamaremos cuando decidamos que tomaremos para la cena.- dijo Arturo con educación y muy buen trato hacia el hombre.

El mozo se retiró haciendo un ademán de aprobación.

Ya solos en la mesa levantaron sus bebidas y las chocaron brindando por el encuentro de esa tarde.

La cena se dio de una manera muy natural y las horas pasaron sin darse cuenta. Las risas y las bromas estaban a la orden del día (o de la noche, en este caso). Parecía que se conocían desde hace años y se trataron con mucha confianza.

Su conversación abarcó problemas laborales, historias de borracheras, miedos, decepciones, gustos... En fin, hablaron sin parar y comenzaban a

conocerse.

Después de cenar decidieron quedarse otro rato y los tragos se convirtieron en una jarra enorme de Margaritas sobre la mesa y ellos mismos se servían sin parar. La naturalidad entre ellos afloraba fácilmente.

— Tienes una sonrisa muy hermosa, Marta. La verdad me tiene cautivado.

Arturo se sorprendió de las palabras que el mismo había dicho. Salieron solas prácticamente. Cualquiera cosa, atribuiría todo al alcohol.

— De seguro eso se lo dices a todas las chicas que consigues en la playa y luego las invitas a cenar.

— Solo se lo digo a las que tienen una sonrisa así. Y como esta que tú tienes no hay otra. Es solo tuya. Por lo tanto, solo he dicho esto una vez en mi vida y solo lo has escuchado tú.

No era un secreto la facilidad de palabra que tenía Arturo y a Marta le encantaba, pues toda la noche estuvo adulándola y más allá de todo esto, sus temas de conversación eran muy interesantes y compartían diversas opiniones. La conexión entre ellos fue bien estrecha y cada vez se sentían más cómodos juntos.

Se dieron cuenta de que se estaban quedando solos y decidieron salir del restaurante con la jarra de margaritas con su contenido aun por la mitad. Arturo hizo un gesto hacia uno de los camareros dándole a entender que se llevaría la jarra y luego la devolvería. Marta se dio cuenta de que todos lo conocían ahí. Todo lo que quería el señor Márquez era palabra santa.

Se dirigieron hacia la orilla de la playa. Las estrellas se reflejaban en el mar y el cielo estaba orgulloso de mostrar una luna llena brillante y hermosa. Era un paisaje de película, se necesitaría un poeta para describir exactamente lo que podía verse esa noche en la playa.

Mientras caminaban y conversaban, Marta pensaba en lo que pasaba. Para nada tenía en sus planes conseguir a un hombre, y menos uno tan guapo, atento y caballeroso. Ella solo quería descansar y despejar su mente un poco, tratar de liberar estrés, pero, ahí estaba ahora, sentada en la orilla de la playa y feliz de estar pasando por eso.

Para Arturo era una maravilla la situación, él tampoco pensó en buscar a nadie, pero, el destino se encargó de eso. No podía creer lo hermosa que se veía Marta bajo la luz de la luna. Era una mujer como ninguna otra.

Disfrutaban de la noche y las margaritas. Conversaban sin parar y reían de cada cosa que el otro decía. Se mostraban sus verdaderos rostros sin mascarar ni tabúes, simplemente eran ellos y se sentían bien. Este tipo de cosas solo sucedían con la persona ideal, con esa que es la media naranja que tanto buscaste.

Por un momento se quedaron callados escuchando las olas y el susurrar del viento, Marta cerró los ojos y parecía extasiada y feliz. Él notó que ella necesitaba todo eso que el mar le ofrecía, la veía como tratando de desintoxicarse.

— ¿Me acompañas, Marta?

Ella abrió sus ojos y miró a Arturo con un rostro sereno y serio. No dijo nada y se limitó a extender su mano hacia ese hombre que acababa de conocer y con el que ya había compartido una cena y una noche indescriptible. Lo que siguiera sería ganancia pura. Marta solo se dejó llevar por el momento, sí, había miedo, pero también había deseos que en ese momento afloraron.

Se levantaron dejando la jarra de Margaritas a un lado y sin líquido dentro. Marta se dejó guiar por Arturo sin preguntar nada, sin pensar nada. O todo salía muy bien o de nuevo pondría los pies sobre la tierra y descubriría que Arturo era como todos los demás.

Comenzaron a caminar por un camino prácticamente desierto, no se había dado cuenta de la hora hasta que notó que en el horizonte comenzaba a salir el sol. Le parecía imposible que haya pasado tanto tiempo solo conversando y riendo, pero, así era.

Ya al llegar eran las 6:15 am, estaban en un ático bien lujoso y con una vista hermosa al mar. Podía ver el sol salir desde el horizonte y entraba una brisa refrescante. Los colores se mezclaban en armonía y la escena merecía ser pintada en un cuadro y mantenerla viva por el resto de los tiempos. Todo parecía conjugarse para que esos momentos fueses inolvidables.

A pesar de haber tenido un día largo, Marta no se sentía cansada, estaba

feliz de que sus vacaciones hayan venido con este regalo que tenía como nombre Arturo. Quizá era algo que se duraría solo el tiempo que estaría en ese hotel, o quizá no lo vería nunca más. Lo importante era disfrutarlo y dar lo mejor para que en la memoria quede un recuerdo que valga la pena recordar.

Arturo llegó hasta la ventana por donde Marta veía el amanecer. Le colocó una chaqueta encima de sus hombros y la invitó a desayunar. Ella sonrió y noto que el hombre la veía con una mirada sincera y serena que la cautivó. Marta aceptó la invitación con una sonrisa en el rostro.

— El almuerzo va por mi cuenta, entonces – dijo ella mientras le daba la espalda y caminaba hacia la mesa que estaba en la habitación contigua.

Arturo la observó y sintió algo en la boca del estómago. ¿Mariposas? No era posible. Descartó de inmediato que eso fuese así. Solo tenían hora de haberse conocido.

Se sentaron a comer un desayuno exquisito.

— ¿Con que esto hacías mientras me dejaste sola allá adentro?

— Pues, sí. Como puedes ver, soy un excelente cocinero y quería que tuvieras la suerte de probar una de mis comidas. Es algo sencillo, pero, lo importante es el sabor. Querrás tener más desayunos conmigo.

— Eso lo decidiré yo. Aunque te digo que vas por buen camino.

Ambos se rieron con fuerzas y siguieron tomando su desayuno.

La comida los llenó de energía y además, las ganas de no querer acabar con el momento eran enormes.

— Te tengo una nueva invitación, Marta. Y no quisiera que la tomaras de mala manera o como un abuso de mi parte.

— Pues, termina de decirme sin tanto misterio, Arturo. Tú propones y yo tengo la decisión. ¿No es así como funciona?

— Sí, así es como funciona.

Arturo la tomó de la mano con delicadeza y tratando de que ella no sintiera que estaba invadiendo su espacio.

— Soy un buen capitán de barco. ¿Te gustaría dar un paseo conmigo?

Este hombre definitivamente era una caja de pandora, cada vez la sorprendía más el hecho de que sacara un as de debajo de su manga con tanta frecuencia. Si las cosas estaban comenzando de esta manera no podía imaginar todas las que seguirían.

Marta lo pensó por un momento que pareció una eternidad para Arturo.

— Pues, si navegas como cocinas, debes ser de los mejores en el mar. Además me parece una idea genial, pero con la condición de que me des un tiempo para ir hasta la habitación de mi hotel, tomar un baño y buscar una ropa adecuada para la situación. Quizá un bikini nuevo que compre antes de venir de viaje.

Arturo accedió y él se tomaría el tiempo para lo mismo.

Se quedó pensando en ese bikini.

— Te acompañaré hasta tu hotel y luego vendré a preparar todo si así lo deseas.

— No tengo ningún problema. Tu compañía me agrada. — dijo Marta.

Ambos salieron caminando de nuevo y se despidieron al llegar a la puerta de la recepción del hotel donde se hospedaba Marta. Un abrazo y un beso en la mejilla para ella que hizo que su estómago quisiese salir por su boca. Respiro y siguió.

Aunque ella parecía tranquila al subir al ascensor estaba entusiasmada por lo que venía para el resto del día. Tenía dos horas para arreglarse y quizá descansar un poco. Arturo la estaría esperando en el mismo lugar donde la encontró anoche.

Él estaba muy nervioso de regreso a su habitación de hotel, parecía un adolescente y eso le causaba gracia. Marta tenía todos los rasgos de una mujer espectacular, pero necesitaba conocerla más para poder tener un concepto concreto sobre ella. Físicamente estaba claro que no tenía ni una duda.

La noche anterior sintió que había un tipo de sentimiento que por muy pequeño que fuese, existía, era casi como eso que llamaban “amor a primera vista”. La conversación con ella fue fluida y nunca decayó, tenían muchas cosas en común, ella le hizo olvidar todo en solo unas pocas horas y ahora no

podía dejar de pensar en ella.

Además de la conexión sentimental, Arturo estaba delirante ante el cuerpo de Marta. Su pequeña cintura era extremadamente sexy cuando se combinaba con ese prominente trasero y todo esto hacia equilibrio con sus senos de copa pequeña. Era un combo perfecto. Desde el primer momento quería comérsela sin desperdiciar nada.

Llegó a la habitación y luego de un baño rápido bajó a preparar todo y estar a tiempo para esperar a Marta en la puerta de su hotel.

Marta, un poco más relajada por el factor tiempo, se daba una larga ducha. Pensaba en Arturo y esperaba que no fuese ella sola quien estaba con esos sentimientos. El agua le caía sobre su cuerpo y con los ojos cerrados recordaba ese trasero y esos abdominales de acero. Le causaba una rica sensación que apenas podía dominar. Pensar en eso le daba más ganas de salir a buscarlo.

Para ella era suficiente lo que había pasado en ese primer día de vacaciones, pero, quedaban 14 más y si seguía así, pues serían las mejores vacaciones de su vida. De hecho solo con este día ya superaba todas las anteriores. Pero, esta aventura solo comenzaba.

IV

Mientras Marta se deleitaba con el paisaje, Arturo pilotaba el barco lentamente y cuando agarró el control por completo, llegó a un sitio desierto que él conocía y dejó la nave ahí. Cuando todo estaba listo se acercó a ella y le rodeó con su brazo.

Ella lo miró sonriendo.

— ¿Te gusta lo que ves? Es de mis lugares favoritos.

El paisaje era de fotografía. El agua cristalina dejaba ver unas estrellas de mar con un color naranja espectacular que combinado con el verde y marrón de los manglares daban una vista perfecta. El mar en ese lugar estaba sin olas, cerca habían varios cayos que lucían desiertos a la distancia.

— Es lo más hermoso que he visto en mi vida. La verdad estas cosas me hacen sentir pequeña dentro de este mundo.

— Pues, estamos de acuerdo en eso. Yo también estoy viendo lo más hermoso que han observado mis ojos en toda mi vida.

Marta volteó y vio que Arturo la miraba directo a los ojos. Ella no supo qué hacer en ese momento, solo se quedó ahí quieta y sabía que lo inevitable estaba por venir. Y lo deseaba.

Sus corazones latían sin parar, por un momento se desconectaron del resto de la humanidad y sus labios se prepararon para el encuentro.

Arturo acercó su rostro al de Marta y paró justo cuando estaba a unos centímetros de su boca, quizá esperando una respuesta de ella o un gesto que le diera luz verde para seguir adelante. El tiempo pareció detenerse por un instante y luego se dio.

Un beso como todos los primeros, de los que jamás se olvidan pero, en este hubo algo especial. El tomaba su rostro y ella posaba sus brazos alrededor del cuello de él. El beso se prolongó durante un tiempo más y luego se miraron y lo repitieron pero, esta vez de una manera más apasionada.

Terminaron abrazados y mirando el paisaje.

— ¿Realmente esto está sucediendo, Arturo?

— Así es, Marta. Estamos aquí con casi 24 horas de habernos conocido, abrazándonos y viendo este paisaje. No pienses mucho, solo disfruta el momento, es lo mejor que podemos hacer para no dañar las cosas.

Marta se sintió feliz y segura en ese sitio.

— Mira, allá. — Arturo señalaba uno de los cayos que estaban más lejos de ellos. — Desde que era niño recuerdo haber venido muchas veces con mi padre y mi madre a ese lugar. Tiene una vista hermosa y el agua es templada. ¡Vamos, te invito a conocerlo!

Se fueron hasta ese lugar y se bajaron a disfrutar de la arena y la sombra de las palmeras.

Arturo se quedó en el barco durante unos minutos mientras Marta se instalaba con una toalla y una sombrilla muy cerca de donde estaba el barco.

Marta se quitó su vestido de playa y esta vez su bikini era mucho más pequeño, puso un poco de bronceador sobre su piel y luego se tendió boca abajo para tomar un poco de sol, cuando Arturo salió observó esa figura que se posaba en la arena.

El trasero de Marta se mostraba con orgullo ataviado de ese pequeño bikini (por no decir diminuto) que se perdía entre sus nalgas. Había desatado la parte de arriba del traje de baño para que no se marcara el bronceado.

Ella le había lanzado una curva desde el momento cuando mencionó lo de “su nuevo bikini” y él lo sabía. El comentario tuvo una dosis alta de picardía. Se lo había imaginado de cualquier forma, pero jamás como lo veía. Era sencillamente perfecto.

Mientras seguía parado en el barco viendo esa imagen su lívido se convirtió en una montaña rusa y no era para menos.

Ella lo miró de reojo.

— ¿No piensas venir a colocarme bronceador en la espalda, campeón?

Arturo, quién traía algunas cosas consigo, bajó inmediatamente. Esa sí que

era una muy buen invitación. Dejó las cosas donde cayeron y tomó la crema bronceadora. Estaba ahí parado contemplando esa espalda y un poco más.

Cuando posó sus manos en la espalda de Marta sintió que algo le recorría el cuerpo, sí, había un sentimiento por esa mujer, pero, el deseo que le despertaba también era muy grande.

Cada centímetro de esa piel en la espalda de Marta fue tocado por él, no una, no dos, sino varias veces. Ella se relajó tanto que se quedó dormida y Arturo prefirió dejarla descansar un poco. Puso la sombrilla para que no se insolara y luego ordenó el resto de las cosas.

Apenas había gente en las cercanías y no sería problema dejar a Marta en esa posición, que a pesar de no ser algo malo, pues a Arturo no le gustaría que alguien más viera lo que por entonces quizá fuese solo para él. O al menos eso quería.

Sentado en una silla reclinable él hombre se instaló viendo el mar y unas nalgas que se cocinaban con el reflejo del sol. ¡Oh, como quería tocarlas!

Marta se despertó después de una hora. Notó a Arturo sentado a su lado leyendo un libro. “10 Negritos” de Agatha Christie. Recordó que en algún momento lo había hojeado durante algunas noches, pero, a pesar de lo interesante que iba la lectura siempre el sueño la vencía. Arturo la miró.

— Buen día, señorita.

— ¿Cuánto tiempo dormí?

— Más o menos una hora. Estabas cansada. Te puse la sombrilla para que no te quemaras con el sol.

Marta, que aún estaba entre dormida y despierta, se dio cuenta de ese detalle y le sonrió al hombre. Le pareció algo lindo. Ella se levantó sosteniéndose la parte de arriba del bikini con la mano para que no se le cayera, había recordado que lo había soltado en el momento que pidió a Arturo que le echara el bronceador.

— ¿Quieres tomar algo? En el barco tengo algunas cervezas y zumos.

— Me sentaría bien un zumo bien frío. Pero, primero ayúdame con esto por favor.

Arturo se levantó, ató de nuevo en su lugar la parte superior del bikini de Marta y se dirigió al barco en busca de la bebida. En ese momento ella se acomodó sobre la toalla sentándose de una forma más cómoda. Notó que el cayó estaba un poco solo, habían algunas personas a su izquierda y como a unos 200 metros. De resto no se divisaba sino ellos dos. Se levantó estirándose y se arrimó hacia una palmera enorme.

El clima era excelente, a pesar del fuerte sol que predominaba, la brisa evitaba que el calor fuese peor. El mar tenía un degradado de colores sorprendente y por instantes se perdía con el cielo despejado de ese día.

Arturo regreso con un zumo de naranja y una cerveza y se paró al lado de Marta mientras le entregaba la bebida. Ella tomó un sorbo grande y se recostó del hombro de él. Arturo un poco sorprendido la abrazó y allí se quedaron durante unos minutos hasta que él rompió el silencio.

— Creo que una de las mejores cosas que he hecho en mi vida fue acercarme ayer en tarde hasta donde estabas.

— Y yo creo que es mejor no hablar tanto y disfrutar más de los regalos de la vida. — dijo Marta y lo abrazó.

El momento romántico pasó dejando una marca en sus corazones, una marca que sería indeleble para el resto de sus vidas. El resto del día fueron risas y juegos entre ellos. Comieron un ceviche exquisito que encontraron en un sitio bien sencillo en el cayó y donde la atención fue excelente.

Llegada la tarde los besos entre ellos cada vez se sumergían en más pasión y las ganas por tenerse se incrementaban cada segundo. Las manos cada vez tocaban más los espacios íntimos de cada uno.

Marta notaba que ya Arturo no disimulaba las erecciones que le producían sus besos y eso la hizo sentir bien. Ella cuando lo tocaba o acariciaba sentía esas cosquillas tan ricas en su vagina también, existía una pasión que ninguno podía negar ni ocultar.

Después de un apasionado beso y ya cayendo por completo la tarde, Arturo la cargó y la llevó al barco. La escena tenía ese tono romántico que se suele ver en las películas, donde el esposo carga a su esposa y se van de la fiesta para disfrutar luego de la luna de miel. Dentro, la dejó caer sobre la

cama y fue poco a poco acercándose a Marta.

El corazón de ella palpitaba sin parar, ya no había vuelta atrás, se deseaban tanto que nada detendría ese momento de pasión. Lo estaban buscando desde hace rato y lo encontraron. Ella se dejó llevar de nuevo, con Arturo al parecer esa decisión era la mejor.

Marta le soltó el cordón del pantalón playero que llevaba y se lo quitó. La protuberancia creada por el pene erecto de Arturo ahora era más visible ahora que solo lucía su ropa interior. Ella se echó para atrás dejándose caer en la cama con los brazos abiertos.

Arturo, quien estaba sobre ella, comenzó a besarla en los senos con delicadeza, primero uno y después otro. Los besos fueron subiendo al cuello de Marta y la respiración de él causó un escalofrío imparables por todo el cuerpo de ella y ella haciéndola estremecer, sus respiraciones comenzaban a acelerarse.

Arturo sutilmente metió su mano entre el colchón y la espalda de Marta. Haló el nudo con que se amarraba el bikini y lo soltó. Luego tomó la parte de arriba del atuendo y la lanzó a un lado de la cama.

Los senos de copa pequeña que tenía frente a sus ojos eran perfectos. Redondos y con un tamaño que hacía que él quisiera meterlos a su boca y comerlos de un bocado, no era necesario tener unos pechos enormes para excitar a un hombre.

Los pezones de ella parecían gritar, él los lamió y sintió como se endurecían. Marta cada vez estaba más concentrada y más excitada. Ella misma se sacó la parte baja del bañador y ahí quedó, desnuda y con las piernas abiertas frente a ese hombre que solo tenía 24 horas de haber conocido, eso no le importó para nada. Ni siquiera lo pensó.

Ya con la ropa interior de Arturo en el piso comenzaron el acto sexual sin decir una palabra, sin pedir permisos, sin saber que le gustaba al otro. Solo dejándose llevar por el momento, por ese regalo que les estaba dado la vida. Estaban dispuestos a descubrirse. Lo que no sabían era que para ellos esta solo sería la primera vez.

Las manos de ambos recorrían los cuerpos, eran como turistas en una

visita a un lugar desconocido. Cada centímetro de piel fue escrutado y guardado en la memoria, Arturo se concentró en el trasero de Marta. Estaba duro como roca y en su sitio. No caía, redondo, esos músculos estaban como hechos por los dioses.

Las piernas de Marta se abrieron más cuando Arturo las tomó y las llevó a los lados de su cintura, él comenzó a penetrarla poco a poco y ella sintió algo que jamás había sentido, sí, amantes anteriores la habían hecho llegar al orgasmo pero, la sensación que se mezclaba en ese momento era única.

El deseo sexual nunca venía acompañado de esa necesidad de sentir cariño de su pareja y en ese momento quiso abrazarlo y sentirlo cerca. Así lo hizo y cruzó sus piernas alrededor de la cintura de Arturo. Abrazados por primera vez ella comprendió que hacía el amor, pero ya habría tiempo para pensar en eso luego. Cerró los ojos y seguía disfrutando del acto.

Arturo la penetraba sin parar y sin dejar de besarla en el cuello, escuchaba leves gemidos que salían de la boca de Marta y eso le encantó. Eso significaba que las cosas iban marchando bien.

— Dame más duro. — Le dijo ella con una voz susurrante en el oído derecho.

Arturo se dispuso a hacerlo y a mayor velocidad. Ahora podía verle la cara a Marta. Estaba excitada, de eso no había dudas, se mordía sus labios y, por cada movimiento para penetrarla, exhalaba de manera brusca. Los gemidos comenzaron a ser más seguidos.

El momento se basó en lo más simple del acto sexual pero, se combinó con un sentimiento que acababa de comenzar. No había la necesidad de inventar posiciones o de halar cabellos, o de pegar a alguien de la pared, ya habría tiempo para esas cosas. Hoy lo importante era estar juntos y descubrirse en cuerpo y alma. Así lo hicieron y cuando terminaron de hacerlo se quedaron acurrucados en la cama y mecidos por el mar. Se quedaron dormidos.

Cuando despertaron ya era de noche.

Seguían en la cama desnudos y no se habían separado ni un segundo durante el tiempo que estuvieron dormidos. Arturo la besó apenas abrió los

ojos, ella le correspondió y se sonrió. Sintió como saltó su corazón en el pecho.

Marta se levantó y sin dudar lo salió hacia la popa, no le importó estar desnuda, en ese momento se sentía libre y además era algo que nunca había hecho y siempre había deseado.

Es esa sensación de estar desnuda en un sitio donde normalmente no lo estarías, sentir que podrían verte, pero, sabiendo que la posibilidad es mínima, siempre pensó en esos sitios prohibidos donde tener sexo o pasearse desnuda, pero nunca había tenido una oportunidad como esta.

Jamás estuvo un barco entre los lugares que ella había pensado, pero sin lugar a dudas lo estaba disfrutando. Respiró profundo mientras estaba ella sola con la luna y las estrellas.

Arturo la veía desde la puerta del camarote y se convenció que jamás tendría una vista más grandiosa que esa. El mar, la luna, las estrellas y ese trasero desnudo e increíble de Marta... Podría quedarse allí toda la vida.

Él un poco más recatado salió con una toalla alrededor de su cintura y la abrazó.

— Siente el mundo sin tabúes, sin barreras. — Le dijo ella.

Marta le quitó la toalla y la dejó sobre uno de los tubos de protección de la embarcación. Quedaron los dos desnudos y abrazados. Mirando y disfrutando de la naturaleza que los rodeaba.

V

La habitación de Arturo era mucho más grande que la de ella y lógicamente más lujosa. El hotel era hermoso y la atención inigualable, no se quejaba de donde ella se estaba quedando, pero, las cosas aquí tenían un nivel más alto.

Arturo salió del baño después de darse una ducha y se dirigió al balcón donde estaba Marta esperándolo.

— ¿Y entonces? — dijo él.

Marta lo miró y no dijo nada. Seguía pensado.

— Es solo una idea, Marta. No te sientas presionada.

La propuesta de Arturo se basaba en que ella cancelara la reservación que tenía en su hotel y pasara el resto de las vacaciones con él en esa habitación.

Marta lo pensaba por el hecho de que ella no quería depender del dinero de un hombre, bastante le había costado ahorrar para ese viaje y se sentía orgullosa de no tener que pedirle nada a nadie, se sentía bien por poder pagar sus cosas.

Además ella no sabía cómo terminaría todo esto. Sí, Arturo parecía ser un buen hombre, pero, realmente no lo conocía. ¿Y si todo salía mal? ¿A dónde iría ella?

— Creo que deberíamos esperar unos días. Si quieres podemos seguir viéndonos, al menos eso es lo que yo quiero.

— Está bien, Marta. Así será.

A pesar de sentirse decepcionado, no lo demostró. En parte sabía que la propuesta era algo apresurada y que las cosas así saldrían mal. Quizá compartiendo y disfrutando más tiempo juntos, las cosas fluirían de mejor manera.

— Puedes acompañarme si quieres hasta la recepción de mi hotel. — Le propuso Marta.

— Encantado.

Como de costumbre caminaron por la orilla de la playa ya casi a las doce de la noche. Algunas personas seguían en la playa hablando y compartiendo con sus seres queridos. Sus manos se rozaron un par de veces y las ganas que tenían de tomárselas eran enormes. Ninguno de los dos se atrevió pensando que el otro lo tomaría a mal o algo por el estilo.

— Hasta mañana, Marta. Estaré esperando por ti.

— Estoy deseosa de verte de nuevo. Y discúlpame, Arturo. De verdad no quiero que tomes mi decisión como un desprecio hacia ti. Solo que creo que no es el momento.

— No te preocupes, Marta. Hay un tiempo y un lugar perfecto para todo. Ya el lugar lo encontramos. Lo otro es cuestión de dejarlo correr y que sea él mismo quien nos diga que hacer.

Un beso largo en los labios fue suficiente para que empezaran a extrañarse sin haberse separado aun. Marta comenzó a caminar hacia el ascensor dejando su mano extendida y tomando la de Arturo hasta el último segundo que pudiera. No dejó de verlo hasta que las compuertas se cerraron.

Marta pensaba en Arturo mientras se bañaba y él en ella mientras caminaba hasta su hotel. Ambos cansados se durmieron apenas tocaron la almohada. Se extrañaron entre sueños y eso era una señal. Quizá ese beso había sido la chispa que encendió algo verdadero en ambos.

VI

Marta despertó y por un momento no sabía dónde estaba. Sintió que había dormido por cuatro días seguidos. Estaba cansada. Su primer pensamiento del día tenía nombre: Arturo. Había soñado con él y, aunque no lo recordaba bien, estaba segura que había sido algo bueno. Así lo sentía en su corazón y lo corroboró cuando vio su panty mojada. Sonrojada se carcajeó. ¡Qué increíble!

Miró el reloj colgado en la pared. Marcaba las 10:45 am. No era tan tarde como pensaba pero, tampoco recordaba cuando era la última vez que se había despertado sin ayuda de una alarma a las 6:00 am. Se sintió con nuevas energía y con ganas de volver a ver a Arturo. Se sentó en la cama y prendió la TV, no la veía, solo quería desechar ese silencio que había en la habitación y que irónicamente la aturdía.

Pensó en ir a buscar a Arturo después de comer. La noche anterior no planearon nada, de hecho, ni siquiera intercambiaron los números telefónicos de sus hoteles, y mucho menos de los personales. Realmente no tuvieron tiempo para eso, aunque ella pensó que no sería difícil conseguirlo. El punto era que, aunque había subido hasta la habitación de Arturo, no prestó atención al número que colgaba de su puerta.

Ya se las arreglaría durante el día para poder verlo. Por ahora llamó a servicio a la habitación y pidió un desayuno ligero. Mientras lo esperaba, se duchó pensando en lo bien que venían las cosas.

Arturo se había despertado más temprano. Atendió algunos asuntos urgentes de la empresa desde su PC portátil y luego se dedicó a disfrutar de su tiempo. En sus pensamientos estaba Marta, no podía dejar de imaginarla en aquel momento cuando salió del barco y la vio acostada boca abajo. Su trasero no pertenecía a ese grupo promedio.

Era espectacular, Arturo podría sentarse a comer palomitas de maíz mientras lo observaba durante toda una noche. Esa mujer que despertaba

deseos y pasión también estaba presente en su corazón. No era fácil pensar que después de algunas horas ya sintieras algo por alguien.

Quizá era apresurado y lo que sentía era la emoción de poder estar con Marta, que nadie negaba lo hermosa que era, quizá eran las ganas de verla y tener sexo de nuevo. Lo cierto es que la sensación era nueva y quería seguir averiguando de qué se trataba.

La mañana pasó rápido para él y decidió bajar a dar una vuelta con el único propósito de encontrar a su chica. Arturo sabía que en algún momento del día ella estaría sonriendo gracias a él, se había encargado de eso desde muy temprano.

Bajó y caminó por la playa en dirección al hotel donde se hospedaba Marta. Tenía una sensación extraña y la asoció con ansiedad aunque sabía que eso no era así.

Al llegar a lobby del hotel se sentó en uno de los muebles. Esperó pacientemente durante unos veinte minutos hasta que vio salir del ascensor a Marta. Portaba una sonrisa enorme y hermosa, ella lo encontró apenas salió, algo le decía que ese maravilloso hombre estaría ahí esperándola. Y fue genial verlo sentado ahí.

Minutos antes cuando recibió su desayuno en la habitación, Marta había encontrado un ramo de rosas inmenso en el pasillo, globos y algunos chocolates lo adornaban. Una nota escrita en letra de molde y mayúsculas decía: HAGAMOS ALGO BUENO CON ESTE TIEMPO QUE NOS REGALA LA VIDA.

Este tipo de cosas eran las que enamoraban a mujeres como Marta, al ver ese detalle estuvo a punto de derretirse ante él, era impresionante que Arturo hubiese hecho eso. Ella ya pensaba que no existían hombres así, que fuesen detallistas y que quisieran enamorar a las mujeres haciéndolas saber que son importantes. La mayoría piensan que con un coche del año y dinero el al billetera tienen al mundo y las mujeres a sus pies. Que hombres tan absurdos.

Un brazo los fusionó y estuvieron así durante un rato.

— Eres sensacional, Arturo.

— Tú me haces ser así, Marta. Sigamos disfrutando de esta coincidencia.

Ambos salieron del hotel entre risas, como ya era normal en ellos. Ese día sí que sería diferente.

VII

Arturo guió a Marta hasta un coche que estaba aparcado a las afueras del hotel y tenía un cartel de taxi en la parte de arriba.

— Hoy será un día de sorpresas para ti, Marta. Quiero que te relajes y te dejes llevar.

— No lo sé, Arturo. No estoy segura. — Bromeó ella.

— Pues, ya estás en el coche, así que no tienes más opción.

Las risas salieron de ambos casi al unísono.

El camino era una poesía gracias al paisaje que hipnotizaba a cualquiera, todo estaba puesto en perfecta armonía, ambos disfrutaban del corto viaje y de la compañía de cada uno.

Luego de 15 minutos llegaron a su destino y se bajaron del coche. El chofer dio la vuelta y se retiró por el mismo camino que llegó. Frente a ellos una casa de verano se posaba de manera elegante y majestuosa.

Con sus paredes de madera blanca, dos pisos y un balcón prominente, la casa los invitaba a entrar y a regocijarse dentro. En el patio, una piscina redonda con vegetación y muchas flores alrededor era el lugar perfecto para pasar las horas que fuesen necesarias y tomar sol toda la tarde.

— ¿De qué se trata esto, Arturo? — Preguntó Marta sin poder quitar la vista de la casa.

— Se trata de seguir intentando las cosas una y otra vez. Quiero que pasemos aquí el resto de nuestras vacaciones, Marta.

Ella se quedó en el sitio por un momento sin decir una palabra. Todo estaba pasando muy rápido y quizá debería pensar más las cosas, pero por otro lado Arturo era un hombre increíble. Sabía que estaba haciendo las cosas de manera sincera.

Sí, todo esto estaba fuera de sus planes, pero siempre las mejores cosas

salían así, de una forma inesperada, espontánea y sin pensarlas mucho.

Esto la ayudaría a curar las heridas causadas por otros y también sería una oportunidad de oro. Merecía todo lo que le estaba pasando y quería disfrutarlo. Luego los caminos de ellos se separarían, de eso estaba segura. Nadie dejaría toda una vida por una aventura de verano.

Tenía sentimientos encontrados, pero dio una respuesta.

— Es maravilloso cuando alguien hace este tipo de cosas por una. Por primera vez en mi vida siento que le importo a alguien. Nos quedaremos aquí al menos por hoy. Ya veremos cómo se va desarrollando todo.

— Poco a poco iremos tomando decisiones, Marta. Gracias.

— ¡Shhhhhh! ¿Cómo que gracias? A mí me pagas consintiéndome.

Ella lo tomó de la mano y entraron.

La primera sorpresa fue que la casa estaba completamente amoblada, todo parecía sacado de una revista donde mostraban esas fabulosas casas. Los cuadros, los muebles y la cocina eran simplemente perfectos. Hicieron un recorrido por la casa tomados de la mano y no se dieron cuenta de eso hasta mucho después.

Arturo la abrazó por detrás mientras estaban en el balcón divisando el mar que tenían al frente. Esa inmensidad lo hacía ver pequeños y los llenaba de una paz profunda.

— Esto definitivamente debe ser un sueño.

— Ningún sueño, Marta. Es la vida real. Pero, ahora se está portando bien con nosotros.

Ella se volteó y lo besó apasionadamente. Con cada beso se sumaba otro momento único en sus pensamientos y en sus vidas. Ella lo entregaba todo cada vez que lo hacía.

— Bajemos a la piscina. — Propuso ella.

Marta se adelantó en el camino y se quitó la bata de playa azul que llevaba puesta. La lanzó sobre la cama y volteó su cabeza para mirar a Arturo con picardía. Ella sabía que la observaba y eso le encantaba. Y para provocarlo

más pasó rápidamente las manos por sus nalgas. Ella sabía lo que tenía y estaba usándolo para su beneficio.

El trasero de ella se movía con cada paso y el bikini era el más pequeño que tenía. Más pequeño aún que el del día anterior. Amarillo con lunares blancos.

Él la alcanzó en las escaleras y bajaron juntos.

Ya en la piscina las cosas comenzaron a calentarse con algunas caricias y besos apasionados. Antes de meterse al agua Marta le sacó la camisa a Arturo y lo observó. En su encuentro anterior los acontecimientos se dieron tan rápido que no pudo detenerse a ver el cuerpo de gladiador que poseía su hombre.

Cerca de él, pasó sus manos por el abdomen de Arturo, los dedos sentían los desniveles entre cada músculo bien definidos y duros como rocas, el bronceado que había tomado en los últimos días los hacían más atractivos.

Marta notó la erección sobre los pantalones playeros de él. Bajó sus manos hasta allí y las rozó un poco con el glande del pene que a pesar de estar cubierto por la tela se veía bastante bien. Se marcaba y parecía palpitar. Acercó su cuerpo y esta vez la erección del hombre estaba tocando su estómago mientras lo besaba.

Él le soltó la parte de arriba del bikini y lo dejó caer al piso, Marta le bajó el pantalón mientras se agachaba y por primera vez vio de frente el miembro erecto, grande y apetecible de Arturo. Las venas que brotaban de ese bien dotado miembro eran muy atractivas para ella y además estaba completamente rasurado. No lo dudó ni por un segundo y comenzó a hacerle sexo oral.

Él estaba parado ahí al lado de la piscina de una casa de verano que acababa de alquilar y tenía a una chica hermosa que acaba de conocer pegada a su pene como si tratara de ordeñarlo con la boca.

Sentía como Marta chupaba y en algunos momentos mordía. Las muelas de ella rozaban su glande con regularidad y eso se sentía muy bien, quizá ella pensaba que estaba comiéndose una paleta y la debía disfrutar hasta que se acabara. La forma en que ella metía y sacaba su miembro lo volvía loco.

Marta subió sus manos un poco y lo tomó del trasero, era increíble para

ella que un hombre pudiera tener esa parte del cuerpo tan perfecta. También parecían roca y el tamaño era lo que más le llamaba la atención. Arturo no se sintió muy cómodo con la situación pero, dejó que ella lo disfrutara un poco más. Si lo hacía era porque le gustaba.

Arturo se inclinó y levanto a Marta tomándola por los brazos, hizo que ella se volteara y le quitó la parte baja del bikini con rapidez y de una manera un poco brusca que a ella en particular le encantó. Allí desnudos a pleno día se metieron al agua. Otra vez presente esa sensación que a ella tanto le agrada. Poder ser observados.

Dentro de la piscina fue Arturo quien tomó el control, teniéndola de espaldas la acomodó en uno de los bordes para que ella se agarrara, la penetró poco a poco para que Marta fuese sintiéndolo despacio y lo deseara más.

Ya con su miembro dentro de ella, se acercó para tomarla de la cintura. Su movimiento fue incrementando en velocidad, y sus cuerpos chocaban cada vez más fuerte. El agua chisporroteaba con cada penetración y comenzaron los gemidos de Marta.

Arturo notó que cada vez eran más frecuentes y fuertes, lo atribuyó a que ella iba tomando confianza con el pasar del tiempo, en lo particular era algo que a él le gustaba pues, sentía que si ella gemía más era porque más lo estaba disfrutando.

Agarró los senos de Marta, los notó duros y con los pezones erectos, síntomas de que estaba completamente excitada. Arturo quiso darle un vuelco al asunto. Dejó de penetrarla por un momento y la volteó. La levantó ligeramente y ella entrelazó sus piernas alrededor de la cintura de él.

La posición era perfecta y la comenzó a penetrar de nuevo. Ella se impulsaba apoyándose en los hombros de él, Arturo la tenía abrazada de tal manera que los senos de ella rozaban su pecho con cada movimiento.

Gemía y gemía con fuerzas. Sentía como esa bestia que la penetraba abría su vagina sin ningún tipo de límites. El sol les quemaba la piel y la pasión hacía lo mismo con su deseo y lujuria.

— Quiero que me lo hagas más fuerte, Arturo. Más fuerte.

Arturo se limitó a abrazarla con más fuerza y sus penetraciones fueron más

rápidas. Las nalgas de Marta rebotaban y chocaban entre sí. Él la tomó por ahí. Los gemidos de ella eran incontrolables y ya casi llegaba al orgasmo.

Un chorro de semen bañó a Marta por dentro y eso fue el detonante para que ella llegara al clímax con un grito que fue acompañado de un impulso espontáneo el cual le llevó la cabeza hacia atrás y al mismo tiempo le clavaba las uñas en la espalda a Arturo. El dolor que él sintió fue placentero y lo amalgamó con el orgasmo que en ese momento seguía teniendo efecto en él.

Marta se relajó y se dejó caer al agua. Fue una sensación de libertad y al mismo tiempo se refrescó. Arturo hizo lo mismo al sumergirse. Salieron al mismo tiempo y se fusionaron en un beso. Esto era completamente perfecto. Deseaban que el tiempo se detuviera y nunca tuvieran que separarse.

— Sigue siendo increíble para mí.

— Esa es la idea, mi querida dama. Que seas tan feliz a mi lado que pienses que todo es sacado de un cuento de hadas. Eso sí, sin príncipe azul.

Ambos rieron.

— No tendré un príncipe azul, pero, tengo a mi gladiador bronceado.

Se besaron y luego salieron de la piscina. Desnudos como estaban se sentaron en dos sillas, las acercaron una con otra y tomados de la mano se relajaron. El sol los golpeaba solo con su reflejo ya que estaban a la sombra. El cielo despejado daba la sensación de soledad y de estar en un mundo donde solo ellos dos existían.

Sus cuerpos eran monumentos, de eso no había dudas. Ambos se observaban con cuidado.

VIII

Luego de pasar un día espectacular en la casa de verano que Arturo había alquilado para ellos dos, Marta estaba de nuevo en la habitación de su hotel a la mañana siguiente. Solo fue hasta allá a recoger sus cosas para irse a pasar el resto de las vacaciones en esa hermosa casa. No lo hacía por los lujos, lo hacía por ella.

Aunque Arturo tenía mucho que ver en esa decisión, la verdadera razón era que por primera vez se sentía completamente feliz en un lugar. Además de tener a un hombre maravilloso que cada segundo parecía ser mejor y estaba tranquila.

Necesitaba aprovechar esa situación para poder sanar viejas heridas que más que físicas eran mentales y que quizá podría dejar todos sus males antes de lo esperado.

Marta pensó que compartir con Arturo de la manera en que lo habían hecho despertó en ella una madurez diferente a la que conocía. Veía las cosas de una manera diferente y era algo bueno.

La decisión de Marta fue la felicidad extrema para Arturo quien la esperaba en la casa como ella se lo había pedido. La mandó al hotel en un taxi el cual la traería de regreso. Él aprovechó para ordenar algunas cosas y pensar otras más.

Saber que había dejado todos sus planes de lado por Marta significaba algo importante para él. Así como ella, Arturo pensaba que por primera vez todo a su alrededor estaban en perfecta sincronía y por eso decidió apostar el resto.

Solo había dos opciones, la primera era que todo saldría tal cual venía y la segunda era que todo se iría a la mierda sin ningún tipo de remedio. De la última estaba ya bastante acostumbrado.

Para ambos era un paso definitivo aunque no lo supieran, estaban tomando

la decisión que cambiaría su destino. Y comenzaban a probar como sería su convivencia, juntos en el mismo lugar.

Las malas experiencias debían ser desechadas y abrir espacio y tiempo para las nuevas. Luchar contra eso era primordial para ambos.

Marta llegó antes de lo esperado por Arturo. Él salió para ayudarla con sus cosas y notó que ella lo miraba. Sus ojos estaban desnudos, simplemente lo miraban con sinceridad.

— ¿Tienes algo que decirme, Marta?

— Quizá. Pero, no es el momento. — Ella sonrió y lo besó rápidamente.

— Vamos, terminemos de entrar, mi gladiador.

Arturo estaba enamorado de esa mujer y se dio cuenta en ese preciso instante. No ganaba nada ocultárselo a sí mismo. Pero, no era el momento para decirle nada de eso a ella, más que acercarla pudiera que la alejara con algo así. Era mejor esperar y ver como se daban las cosas ahora que pasarían más tiempo compartiendo cosas y teniendo experiencias.

Mientras ordenaban las cosas de Marta en las gavetas y el armario de la habitación Arturo imagino que algo similar pasaría si decidieran seguir juntos con su vida. Cuando dos personas decidían pasar el resto de su vida juntos comenzaban a compartir todo y una habitación era lo primero. Que fuese Marta la primera con la que tenía ese sentimiento era extraño pero, no sorprendente.

Siguieron durante todo el día ordenando y disfrutando de la mutua compañía, ya cuando se hizo de noche todas sus pertenencias estaban en su sitio y se sentaron afuera para hablar y disfrutar más tiempo juntos.

Hablaban sin parar. Siempre tenían un tema y Marta lo escuchaba con mucha atención. Arturo es un hombre muy inteligente y con una sed de conocimiento enorme, eso lo ha llevado a leer, investigar y aprender sobre muchas cosas y cuando él las conversaba con ella se convertía en un placer escucharlo.

Después de la cena subieron a la habitación y encendieron la TV, a pesar de ser una situación que no salía de lo normal, ellos estaban muy felices ahí. En la cama estaban acurrucados y se acariciaban mientras las imágenes de una

película aparecían en la pantalla. Realmente no le prestaban atención y sin darse cuenta se durmieron. Juntos por primera vez durante toda una noche.

No se separaron durante toda la noche y amanecieron de la misma manera en la que se durmieron.

La mañana era espectacular, la verdad era que durante esas vacaciones el clima había estado de maravilla. Los nuevos amantes se levantaron juntos y tomaron una ducha que fue mucho más que eso.

— Para hoy quisiera que nos quedáramos aquí, Arturo. LA verdad quisiera descansar un poco y disfrutar más de esta hermosa casa.

— Me parece muy bien, pero no tenemos muchas provisiones. Yo llamaré a la agencia de viajes para que me envíen un taxi y poder ir hasta el mercado más cercano. Compraré algunas cosas. Quiero que te quedes aquí mientras yo hago eso.

Así fue. Arturo salió y ella se quedó en el área de la piscina descansando y bronceándose un poco. Pensaba en todo lo que estaba sucediendo.

Marta escuchó algunas voces y ruidos en la casa vecina. Había estado sin visitantes hasta la noche anterior, pero al parecer ya no sería así. Decidió entrar a la casa y descansar un poco más en la habitación y de nuevo se quedó dormida.

Arturo regresó a casa y ella despertó apenas él entró al cuarto. Él se acercó a ella besándola en la frente y le contó lo que había hecho. Le mencionó el alquiler de un coche para trasladarse dentro de la zona y a ella le pareció una idea genial.

— Noté que tenemos vecinos nuevos.

— Sí, llegaron un rato después de que te fuiste.

— Se acabó el sexo en la piscina, entonces. — dijo Arturo riéndose.

— Quizá. Menos mal que esta casa es grande y los sitios sobran.

Arturo la miró y ambos se limitaron a dejar pasar el comentario, cada quien pensaría de la manera adecuada.

Cocinaron juntos y bromeaban sin parar. En la tarde si vieron una película

completa mientras comían helado. Ya casi terminada la tarde, los nuevos vecinos comenzaron con una “pequeña” fiesta que se extendería por el resto de la noche.

Para ellos no había problema pero, la música a todo volumen y los gritos de los jóvenes eran algo perturbadores. El alcohol estaba haciendo sus efectos y las cosas cada vez se ponían peor.

Arturo invitó a Marta a salir de la casa a pesar de los planes que habían hecho en la mañana de ese día. A ella le pareció bien, quizá al llegar ya la fiesta habría terminado y podrían tener un poco de paz.

Salieron en el coche de alquiler el cual le gustó mucho a Marta. Cenaron y dieron una vuelta por el malecón de la playa. Disfrutaron de algunos músicos callejeros que hacían vida en las inmediaciones dando espectáculos únicos a los transeúntes y la noche pasó rápido.

Decidieron volver y al llegar a la casa las cosas estaban un poco más calmadas. Los más fuertes seguían de pie con sus bebidas en la mano pero, ya un poco más apagados. Arturo y Marta entraron y se encerraron.

— Parecemos ancianos huyendo de las fiestas. — dijo Arturo mientras se reía.

— Quizá no sea nuestro estilo. Aunque podemos hacer nuestra propia fiesta con solo dos invitados.

Marta se abalanzó sobre su amante y se besaron. La ropa comenzó a sobrar.

Cuando ya se hallaban casi completamente desnudos Marta tomó a Arturo de la mano y lo llevó hasta la ventana de la habitación del segundo piso.

La ventana panorámica tenía vista hacía la casa de al lado. La abrió después de apartar las cortinas.

Los vecinos aun rondaban por los pasillos y algunas luces seguían encendidas. Todo lo contrario sucedía en la habitación donde se encontraban ellos dos. Estaban a oscuras y la poca luz que entraba reflejaba muy poco de lo que sucedía adentro.

Marta quien solo llevaba puesta la panty posó sus manos en el borde de la

ventana dándole la espalda a Arturo. Sus senos quedaron por fuera de la habitación y esperaba por su hombre.

Arturo se quedó un poco en la acción. Le parecía increíble lo que veía.

Marta volteó y lo miró mientras se apartaba la braga dejando ver su vagina ya mojada.

— ¿Le damos una fiestecita a esos desordenados y le mostramos como se disfruta de verdad?

Arturo se quitó su pantalón y embistió al monumento de mujer que tenía en frente. No le dio chance a su mente de pensar nada. Solo actuó.

Comenzaron a tener sexo, por primera vez era solo por placer y también era perfecto. Dejarse arrastrar por esa pasión también era válido.

Ahí en la ventana, la cogía mientras miraban hacia la casa vecina. La posición que tenían solo significaría una cosa para quien los viera. Tenían un pequeño susto que era agradable.

Los gemidos de Marta comenzaron pero, esta vez no fueron aumentando los decibeles como las veces anteriores. Sus gemidos eran fuertes desde el principio. Arturo no podía evitar excitarse al escucharlos y la penetraba más duro.

En la casa vecina Marta vio una silueta en uno de los cuartos que estaban con las luces apagadas. Era una chica, estaba segura de eso. La figura se quedó parada viéndolos fijamente y en ese momento Arturo se dio cuenta de la situación. Paró por un momento.

— Sigue, Arturo. Cógeme sin parar. Sigue.

Nada Arturo estaba como petrificado.

— Anda, gladiador. Házmelo duro sin importar nada. Ella lo disfruta también, ¡Cógeme!

Para él eso fue como un interruptor. Entendió que a Marta no le importaba para nada que esa chica estuviese ahí mirándolos, entonces pensó que la chica solo estaría viendo siluetas teniendo sexo. Miró a su mujer y la posición lo terminó de atrapar.

Comenzó a cogerla más fuerte. Marta prácticamente gritaba. No paró de penetrarla ni un momento. Miraba de vez en cuando y la silueta de la mujer seguía allí.

Después de un momento Marta se despegó de la ventana y puso la cortina.

— Terminemos de una forma más íntima, gladiador.

Se fueron a la cama y ella se sentó sobre el pene de Arturo. Allí ambos llegaron al clímax y se desplomaron sobre el colchón.

— ¡Qué rico! — Exclamó Marta. Estaba tocando el abdomen de Arturo.

— ¿Qué demonios fue eso, mujer?

— Sexo en la ventana con una espectadora. ¿No te gustó?

— No... Me encantó.

Esas experiencias eran únicas y debían vivirse para que supieran realmente lo que se siente. Quizá era algo que jamás repetirían, pero la sensación de esa noche fue de otro mundo.

No habían hecho nada malo, solo habían practicado el acto sexual y eso era lo más sano y normal del mundo. Quien los vio también lo disfrutó tanto como ellos, pero desde otra perspectiva.

IX

Para a hora de almuerzo Arturo preparaba una barbacoa en el patio. Marta lo acompañaba y también lo ayudaba a preparar algunas cosas. La casa de al lado parecía desierta. Definitivamente la fiesta y el alcohol los había aniquilado por completo.

La comida estuvo muy buena ese día. Luego de comer se relajaron en las sillas plegables que tenían en el patio al lado de la piscina. El día los deslumbraba con un sol inclemente y una brisa de verano exquisita.

Para las 2:00 pm comenzaron a moverse unas cosas al lado. Uno de los muchachos salió y saludo con un gesto. Arturo recordó lo de la noche anterior. Pero, sabía que era una mujer quien los había visto.

Él se notaba algo nervioso por eso y Marta notó que estaba un poco inquieto. Era normal, ella también se sentía un poco incómoda, pero, estaba más calmada que él.

— ¿Pasa algo, Arturo? Te noto algo tenso.

— Cuando vi salir al muchacho de al lado recordé lo de anoche. No puedo negar que ahora siento un poco de vergüenza.

— Te entiendo. Yo estoy algo avergonzada también. Fue un impulso del momento. Nunca lo había hecho. Pero, me provocó y me sentí viva en ese momento. Creo que el acto sexual junto con el cuerpo humano es una de las cosas más hermosas de la vida, no deberíamos sentir pena de mostrarlo.

— Quizá tengas razón pero, siempre fui más recatado en ese sentido.

— Y yo. No te niego que siempre he sentido la necesidad de algo como lo de anoche o saber que alguien me ve desnuda sin yo darme cuenta o estar en sitio donde sea “prohibido” andar en pelotas y mostrarme tal como llegué al mundo. No es nada malo, solo es como una condición con la que algunos nacemos.

— Es algo raro.

— Dime algo. ¿Te gustó?

— La verdad es que sí. Me encantó.

— Entonces no hay culpa ni vergüenza. Disfruta de eso y ya. Estamos aquí para vivir.

Una mujer de unos 50 años estaba del otro lado de la cerca con una copa de vino en la mano. Alzó su mano hacía Arturo y Marta y en sus labios se leyó la palabra “salud”. Definitivamente estaba brindando con ellos. Resuelto el misterio. Ya sabían quién era su espectadora.

Ellos levantaron la mano regresando el saludo y los tres se rieron y se ruborizaron. La travesura había salido muy bien después de todo. Ahí moría el asunto y todos quedarían felices con esa experiencia única.

No era algo para repetir, pero tampoco para arrepentirse.

Que días aquellos que pasaban en la casa de verano. Parecía que estuvieran viviendo lo que no vivieron en años. Las nuevas experiencias, el compartir con una persona realmente especial, dejarse llevar por las situaciones. Todo eso era increíble.

Los días pasaban sin detenerse y cada vez las vacaciones se hacían más cortas. Sabiendo esa situación Arturo y Marta tuvieron una conversación.

— Marta solo nos quedan dos días aquí. Me parece increíble todo lo que hemos pasado, pero debemos entrar un poco en la realidad. ¿Qué haremos luego de esto?

— Lo sé. Es algo que no he dejado de pensar. Estoy muy bien a tu lado, Arturo. Me siento feliz y espero que tu también. No sé si te has dado cuenta, pero creo que no hemos hablado de nuestros caminos al terminar aquí.

Aunque pareciera mentira, ninguno había preguntado hacía donde regresarían. Quizá inconscientemente no querían saberlo hasta el último momento, pero de nuevo el destino intervenía en sus vidas.

— Yo regreso a Madrid. Ahí tengo mi empresa y mi vida. Al menos una parte de ella.

— ¿Madrid?

— Sí, Madrid.

Marta se echó a reír. Arturo no entendía.

— Pues, mi pasaje dice que viajaré a la misma ciudad.

— No lo creo. ¿Marta me estás hablando en serio?

— Por supuesto, Arturo. No ganaría nada con mentirte en algo así.

Esa casualidad cambió por completo los planes de ambos. Podrían planear algo más luego de estas vacaciones.

Sin poder creerlo por completo ambos buscaron sus pasajes y se los intercambiaron. La diferencia estaba en el día en que saldrían. Marta debía irse tres días antes que él. Y eso quizá sí era una mala noticia. Pero, dejaron pasar eso por debajo de la mesa y siguieron hablando.

— Marta, desde que te vi sentí que en ti conseguiría algo diferente y así fue. Creo que nos hemos conectado uno con el otro y que las cosas van bien. Te siento como mi pareja, y te respeto como tal. Espero sepas y entiendas eso.

— Por supuesto, Arturo. Me lo has demostrado así. Yo me siento igual,

— ¿Qué tipo de compromisos tienes en Madrid?

— Laborales. Solo eso. Te comenté que vivo sola en un departamento y que no estoy casada, ni comprometida ni tengo novio. Estoy prácticamente sola en la vida.

— ¿Te gustaría que siguiéramos viéndonos cuando regresemos?

— Por su puesto, Arturo. Estoy más que segura de eso.

La sinceridad de Marta se notaba sin necesidad de indagar mucho. Eso le gustaba a Arturo. Era algo que todo hombre quería de una mujer. Sinceridad. Que no hubiese nada oculto y que hablara las cosas como era debido, sin matices.

Siguieron conversando sin parar durante un largo tiempo. Aclararon dudas y dieron sus puntos de vista.

X

Arturo llevó a Marta hasta el aeropuerto.

Parecía mentira que 15 días pasaran tan rápido. No querían separarse, pero, estaba fuera de sus manos evitar esa situación.

Cuando Marta tuvo que abordar ella estuvo al borde de las lágrimas. No era solo separarse de Arturo sino el dejar esos días y todas las experiencias vividas. Se calmó y después de un beso se fue.

Arturo volvió a la casa de verano y estuvo pendiente del viaje de Marta a través de la página web de la aerolínea. Había hecho prometer a ella que le avisaría apenas llegara.

Destapó una cerveza y se dispuso a ver TV y solo esperaba por la llamada de ella. La extrañaba más de lo que pensaba.

El vuelo estaba retrasado, al menos eso decía la información en la web. Ya eran dos horas de diferencia y Arturo estaba un poco preocupado. Refrescaba la página cada minuto hasta que por fin vio la información actualizada. El vuelo de Marta había aterrizado sin problemas en Madrid.

— ¡Oh, gracias a Dios!

Casi una hora después recibió la llamada de Marta y hablaron solo un momento y ella le explicó que todo estaba bien. Pero, que debía terminar la llamada para tomar un taxi y llegar a su casa. Cuando hiciera eso volvería a telefonarle.

Él se quedó un poco más tranquilo y siguió esperando que Marta llamara de nuevo.

No podía creer cuanto extrañaba y se preocupaba por ella. El cariño que le tomó desde el primer día era inmenso y estaba seguro de que estaba completamente enamorado de ella. No se lo había dicho aún, quizá por miedo de recibir de ella una respuesta diferente de parte de ella.

— ¿Hola?

— Estoy casi muerta pero, sana y salva en mi departamento.

— Me alegro de que ya estés en casa, cariño. — (¿Cariño? ¿Acaso le había dicho “Cariño?”)

— Yo también, pero estoy muy agotada. ¿Te parece si hablamos mañana?

— Por supuesto. Que tengas buenas noches y gracias por avisar.

— Buenas noches, Arturo. Sueña conmigo.

Cortaron la llamada y ambos suspiraron cuando lo hicieron.

Arturo, ya tranquilo, se fue a la cama y se relajó hasta dormirse. A varios kilómetros a la distancia Marta, quién salía del baño después de una ducha, no se podía sacar de la mente a ese hombre tan especial que se cruzó en su vida. Estaba muy agradecida por eso. Durante el viaje solo pensaba en todas las propuestas que él le había hecho aquella noche cuando hablaron de un futuro.

¿Realmente ella necesitaba tiempo para pensarlo? Su mente le decía que sí, pero, su corazón le gritaba: ¡No! No era fácil para ella la situación. Estaba segura de sus sentimientos por Arturo, pero no podía dejar toda su vida así como así. Si bien era cierto que tampoco tenía mucho que perder, no quería llevarse una nueva sorpresa. De esas que terminan siendo bien amargas y terminan por joderte la vida y los buenos momentos.

Por esa noche dejaría todo así. Necesitaba despejar un poco su mente y descansar. El viaje le había hecho mucho bien y logró mucho más de lo que se trazó desde el momento de su partida. Ya estaba ganando por ese lado.

Cuando despertó a la mañana siguiente se sintió sola y hasta un poco triste. Necesitaba a Arturo ahí a su lado. Buscó el móvil para escribirle, pero, él ya lo había hecho.

“Buenos días. Por favor escíbeme para saber de ti”

Quizá era algo tonto, pero, era un gran detalle para ella. Estaba sonriendo como aquel día cuando encontró el ramo de rosas en el pasillo frente su habitación en el hotel.

Ella le contestó inmediatamente.

“Necesito uno de esos desayunos que solo tú sabes preparar”

Marta se quedó un momento en la cama y luego se levantó para darse un baño. Mientras lo hacía pensaba en aquella ocasión cuando se duchó con Arturo. Fue increíble ese momento. Lo recordaba con los ojos cerrados y se dejó llevar.

Mientras se sacaba el jabón del cuerpo pensaba en aquel pene que la penetraba una y otra vez. Bajó su mano hasta su vagina y comenzó a tocarse. Que rico eras para ella saber que hasta en la distancia ese hombre le hacía despertar esos sentimientos.

Salió y buscó su móvil, necesitaba saber de él.

“Tendrás todos los desayunos que quieras. ¿Cómo amaneces?”

Marta se lanzó en la cama aún mojada y desnuda. Estaba pensando en responderle de una manera más original. Con su móvil en mano buscó la opción de la cámara digital, y quiso tomarse una foto bien atrevida. Abrió sus piernas y trataba de buscar un ángulo perfecto. Era algo incómodo para ella, pues era primeriza en ese tema. Jamás había ni siquiera pensado en algo así.

Tomó alrededor de veinte fotografías hasta que una le gustó y se la envió a Arturo con una descripción que decía: Así amanezco.

En la imagen se veía claramente la vagina de Marta desde un ángulo algo extraño pero, que la hacía ver más interesante. Al fondo se observaba su rostro y parte de sus senos.

Cuando Arturo recibió la imagen se quedó con la boca abierta. Esa mujer lo llevaba loco, definitivamente. Cada día lo sorprendía más. No dejaba de observar la pantalla del móvil.

“¡Woao! Eres una chica muy mala, Marta. Juguemos”

Marta se carcajeó al ver el mensaje y espero un poco. A los pocos minutos recibió una foto de Arturo. Bueno, realmente era del pene de él. Se veía teniendo una erección y estaba a trasluz.

En el fondo de podía ver una luz fuerte que provenía de la ventana donde lo hicieron aquella noche. Más allá se divisaba la habitación donde estaba la señora que los miraba durante su acto. Ya no había nadie en esa casa así que

no había de que preocuparse.

Marta se sonrojó y al mismo tiempo sintió como las ganas de tenerlo se hicieron insostenibles. Siguieron hablando y enviándose fotos. Hasta que él le telefoneó.

— Me tienes mal aquí, Marta.

— Pero, si deseo todo lo contrario, gladiador. Quiero que mis imágenes y mensajes te sirvan para cosas buenas.

— Son muy buenas, pero serían mejor si estuvieras aquí.

— A ver, campeón, ¿Qué estás haciendo?

— Pensando en ti con una erección bien grande.

— Eso me encanta porque yo estoy acostada en mi cama, desnuda con las piernas abiertas y masturbándome mientras pienso en ti. Estamos sincronizados.

— ¡Oh, no! Esto no es para nada justo. Necesito volar hasta tu cama en este mismo instante. — Arturo parecía escucharse con la voz entrecortada.

— Pero, tócate también y hazlo por mí, campeón. Vamos a divertirnos un poco. ¿Cuál es el momento que más recuerdas ahora?

— En la piscina. Cuando llegamos aquí a la casa de verano. Te tenía abrazada y tú estabas con tus piernas alrededor de mis caderas.

— Ese momento fue sensacional. ¿Sabes que sentí en ese momento?

— Dime.

— Sentía como tu pene entraba en mí. Mi vagina se abría más de lo normal porque estabas tan excitado que tu glande estaba casi a punto de explotar. Grueso, hinchado y caliente.

— ¡Oh, Marta! Me estoy masturbando.

— Lo sé. Y yo también lo hago. Mi vagina está muy mojada y meto mis dedos tratando de sentir lo mismo que siento contigo, pero es imposible. Nada como tú mientras estas dentro de mí.

— Cuando te penetro siento que tu vagina succiona mi pene, es como si no

quisiera que saliera después de meterlo. Es una sensación única y placentera. Ahora trato de apretarlo con mi mano para tratar de copiar eso.

— Me encanta todo lo que me dices. Yo sigo sin parar... — Marta se calló por un momento. — ¡Ooohh! Arturo, ven a cogeme. ¡Aaaahh! ¡Qué rico!

Escuchar a Marta de esa manera hizo que se masturbara más rápido.

— Arturo, me vengo. Voy a acabar... Siento que... ¡Oooooooooohhh! ¡Siii! ¡Ohhhh!

Marta se retorció en su cama, solo por puro milagro no soltó el móvil.

— Así me gusta escucharte. Disfrútalo y piensa que estoy allá contigo.

Él dejó de hablar para que ella viviera el momento completo sin interrupciones. Pocos segundos después la escuchó de nuevo sobresaltada y con la respiración entrecortada.

— Ahora te toca a ti, gladiador. Anda termina lo que comenzaste.

Arturo le hizo caso y siguió en lo que estaba. Se masturbaba cada vez más rápido y escuchaba todo lo que Marta le decía. Ella lo ayudaba con palabras o recordando momentos. Justo antes de llegar Arturo le avisó a Marta.

Eyaculó con mucha fuerza y su semen cayó sobre las sábanas de la cama y en parte de su abdomen. Sus expresiones no fueron tan fehacientes como las de Marta pero, ella notó que lo había disfrutado mucho.

Ambos estaban tendidos en sus camas conectados por una llamada telefónica y disfrutando de las consecuencias de un buen orgasmo.

— Espero lo hayas disfrutado tanto como yo, gladiador.

— Por supuesto que sí. Aunque no lo cambio por esos momentos contigo.

Hablaron durante un rato y luego se despidieron. Arturo debía comenzar a ordenar las cosas para su viaje y ella estaba por desempacar. Marta regresaría al trabajo al día siguiente y solo de recordarlo se sentía enferma. Estaba segura de que el momento había llegado y la decisión ya estaba tomada.

XI

Marta trabajaba como asistente de ventas en una agencia de viajes, de ahí que pudo conseguir pasaje y estadía a muy buenos precios para sus vacaciones.

Todo iba mal en el ambiente laboral desde hacía mucho tiempo y ella estaba harta de todo eso, no solo era la mala paga sino también el estrés que le causaba. Para colmo tenía que aguantarse los malos tratos de su jefe, un hombre de unos 55 años, enorme y con cara de ogro.

Cuando ese hombre entraba en la oficina parecía que se conjugaran todas las malas energías y convergieran en su boca, solo para lanzar improperios y ordenes muchas veces descabelladas.

En el primer día de trabajo después de sus vacaciones, Marta iba dispuesta a llevar las cosas de la manera más calmada posible, no era posible que todo lo que había sanado durante sus vacaciones se perdiera en un momento. Además tenía en su mente algo más importante para pensar: Arturo.

Ya en su oficina se sentó a redactar la carta de renuncia, era lo único que quería en aquel momento. No se lo comentó a nadie para evitar que los rumores comenzaran a correr por toda la oficina y eventualmente llegara hasta los oídos de su querido jefe.

La carta estaba escrita y firmada, ahora quedaba la parte más difícil.

Marta se dirigió hasta la oficina de su jefe y cuando se disponía a entrar se detuvo en la puerta un tomó un respiro profundo y se llenó de valor para poder enfrentar a esa persona tan desagradable que le hizo la vida de cuadritos.

Lo primero era pasar por la secretaria, irónicamente esa mujer era lo mejor que había en todo el recinto de la agencia de viajes. Una chica joven, bonita, muy bien preparada, además era atenta y con una educación envidiable.

De seguro también era la mujer menos complicada del mundo, pues lidiar con ese señor durante todo el día no sería tarea fácil. Marta la admiraba y

hasta sentía un poco de lástima por eso.

— Buen día, Ana.

— ¡Marta, querida! Encantada de verte de nuevo. Tu espectacular bronceado me indica que tuviste unas vacaciones muy soleadas. ¿Cómo te fue?

— Pues, muy bien. La verdad es que han sido las mejores de mi vida.

— Me alegro por ti. — Ana bajó la voz hasta casi hablar susurrando. — Yo estoy loca por irme a descansar, ya no soporto más a nuestro jefecito.

Ambas se rieron a carcajadas.

— Ana, vengo por aquí precisamente a hablar con él. ¿Está en su oficina?

— Sí. Llegó hace poco. Dame un momento para anunciarte. Ya vuelvo.

La chica entró después de tocar a la puerta y recibir el permiso para pasar. Dos minutos más tarde salió y le dejó la puerta abierta a Marta.

— Puedes pasar.

— Gracias, Ana.

Dentro de la oficina se acercó hasta el escritorio de su jefe y sentó en las sillas dispuestas para las visitas.

— Buen día, señor Clark.

— Buen día, Marta. Por favor quisiera que me dijeras de la manera más resumida lo que necesitas. Tengo mucho trabajo por hacer y además debo salir a una junta con los socios de la empresa.

Hablaba mientras miraba su ordenador y tecleaba de manera desordenada y brusca algunas cosas.

Marta se contuvo para no decirle todo lo que pensaba en ese momento. Su desprecio por ese hombre había crecido de tal forma que ni ella entendía la razón.

Ella se limitó a poner sobre el escritorio su renuncia sin explicar nada, no dijo ni una sola palabra. Se quedó mirando mientras el hombre quitaba los ojos de su pantalla y los dirigía hasta la hoja de papel.

— ¿Qué significa esto, Marta?

— Lo único que puede significar, señor Clark. Renuncio. Me voy de aquí.

El hombre exhaló fuerte mente y se llevó las manos al rostro mientras apoyaba sus codos en los brazos de la silla ejecutiva donde estaba sentado. Se quitó las gafas y miró a Marta por primera vez desde que llegó.

— ¿Debes hacerlo en este momento?

— Sí.

— Marta, debes entender que estamos en una muy buena fecha del año. Se están vendiendo más pasajes que nunca y no voy a conseguir a una trabajadora como tú de la noche a la mañana.

— Lo siento, de verdad. Pero, ya no puedo seguir aquí.

Ella no quería ni tenía porque darle más explicaciones.

El hombre se puso de nuevo sus gafas y le devolvió la hoja de mala manera. Se concentró de nuevo en su PC.

— Dile a Ana que procese tu renuncia y en quince días tendrás lo que te corresponde.

— Muchas gracias. Hasta luego.

Marta tomó el papel y salió de la oficina. Afuera hizo lo que tenía que hacer con Ana. Firmó algunos documentos y se retiró.

Después de recoger sus pertenencias salió del edificio y cuando ya estaba afuera sintió que dejó un peso enorme detrás de esas puertas que estaban a su espalda. Ya no más ataduras con ese trabajo que lo único que hizo durante casi cuatro años fue explotarla y dejarle malos recuerdos.

Por fin lo había logrado, en parte gracias a ese ser humano tan encantador que entró en su vida hace pocos días, pero más por su decisión de cambiar su vida y hacer las cosas de la manera correcta.

A estas alturas Arturo no sabía nada de esto. Ella fue a tomarse un café y le llamó para contarle todo.

La conversación fue algo larga. Marta le explicó las razones de su

renuncia y porque en este momento.

— Marta, me alegras que hayas hecho eso. En la playa me contaste que llevabas un gran peso y estrés con ese trabajo. Es bueno para ti y tu salud que hayas tomado la decisión correcta.

— Sí, necesitaba hacerlo lo antes posible, además después del viaje y todo lo que paso entre nosotros tuve mucho más valor. Me siento apoyada por ti.

— Eso ni lo dudes. En mi tienes un pilar para que te sostengas siempre. Ahora debes buscar un nuevo empleo. ¿Qué te parece si trabajas conmigo en la empresa?

— La verdad no creo que sea una buena idea, Arturo. No porque no lo quiera sino que no deberíamos mezclar las cosas, además hay otra cosa que debo decirte.

— Entiendo tu punto, Marta. ¿Y qué será ese otro asunto?

— Que he decidido aceptar tu propuesta para que vivamos juntos.

En el aeropuerto Arturo le hizo esa propuesta a Marta y ella prometió pensarlo. Así lo había hecho desde el momento que se montó en el avión para regresar a su hogar. Para ella no era fácil, la última vez que lo intentó terminó con la boca partida y moretones por todo su cuerpo. Esos recuerdos estaban vivos y muy frescos en su mente.

Pero, sabía que Arturo era un hombre diferente, quizá tenía poco tiempo conociéndolo, pero, durante esas vacaciones sintió que ese hombre había sido completamente sincero y que lo que mostró fue su verdadero rostro. Estaba enamorada de él y sentía que podía darle todo lo que necesitaba a nivel personal.

Arturo se quedó callado. La emoción por la decisión de Marta le había hecho olvidar cualquier palabra o expresión.

— ¿Es en serio lo que me dices?

— Muy en serio, gladiador. Hagamos una vida juntos.

Terminaron de hablar y ambos se quedaron pensando en lo mismo. Una nueva vida estaba a la vuelta de la esquina y esta vez debían hacerlo bien.

Marta se quedó un rato más en el sitio donde estaba y pidió otro café.

Arturo, aun en la casa de verano, solo pensaba en esa oportunidad.

XII

En la noche de ese día Marta estaba echada en su cama con su PC portátil en las piernas. Esperaba una video-llamada de Arturo.

La conexión estaba lista y ella atendió en un instante.

La primera imagen que Marta recibió era del rostro de Arturo y estaba sin camisa, podía ver hasta sus pectorales y le encantó.

— Hola, gladiador.

— Hola, Marta. Encantado de verte. Quería mostrarte algo.

— A ver.

La cámara de Arturo se movió mucho, cuando se estabilizó mostraba un ángulo más bajo y podía ver su hombre completamente desnudo. La PC de él estaba entre sus piernas y Marta veía desde sus testículos, pasando por su pene erecto y llagando hasta sus abdominales. Ella se quedó sorprendida. Y con la boca abierta.

— Vaya. Vaya... Miren al señor recatado.

— Si no te gusta lo que ves es porque no te gustan las cosas buenas. — Arturo rio al igual que ella.

— Pues, me encantan las cosas buenas así que si me gusta lo que veo. Pero, preferiría que arreglaras el foco para ver tu rostro también.

Arturo movió la PC un poco más lejos y quedó completamente enfocado.

— Perfecto. Ahora si lo veo todo. ¿En qué andabas antes de llamarme?

— Preparándome para todo esto. Pensaba en ti y en como haría las cosas.

— Pues, lo hiciste muy bien. Déjame decirte que no lo esperaba para nada. Es una muy agradable sorpresa.

Marta miraba con detenimiento todo aquello y se le hacía agua la boca.

Solo verlo le provocaba cosquillas en su vagina y comenzó a lubricar.

Arturo comenzó a masturbarse frente a la cámara y Marta lo observaba. Por momentos pensó la razón por la cual los científicos esos que salían en TV aún no inventaban un dispositivo que le permitiera a ella meterse en esa pantalla y disfrutar de todo lo que veía.

Cuando ya estaban bien metidos en el asunto ella se bajó de forma muy sensual la tirita del hombro derecho de su pijama y luego lo hizo con la otra. Se podía ver la parte de arriba de sus senos.

— Me encanta verte hacer eso, campeón. Me excitas.

Marta terminó de quitarse la parte de arriba de su pijama y se tocaba los pezones. Los pellizcaba suavemente y se agarraba las tetas con fuerza. Arturo la miró y comenzó a masturbarse más rápido.

Durante todo ese momento permanecieron callados, solo observándose e imaginando todas las escenas vividas y quizá inventando nuevas.

— Sigue, campeón. Quiero ver como eyaculas pensando en mí.

Arturo no paró y de repente sintió que ya estaba por terminar. Con sus movimientos sacó un poco de foco la cámara, pero, aún Marta podía ver lo que más le interesaba. Él soltó un chorro de semen que fue a parar hasta sus abdominales, fue algo muy intenso que disfrutó más aun por el hecho de saber que Marta ahora lo veía.

A ella le encantó y no resistió las ganas de hacerlo también.

— Mi turno. — dijo la mujer que ya estaba de medio cuerpo desnuda.

Movió la cámara entre sus piernas y enfocó solo la vagina. En la imagen también se notaba partes de sus nalgas y las piernas. Los dedos de ella se deslizaron desde el clítoris y comenzaron a abrir los labios, dejando ver la parte interna. La carne rosada y brillante por la lubricación lucía deliciosa. Dos dedos empañaron la imagen por un momento hasta que esta se enfocó de nuevo.

Marta metía y sacaba sus dedos sin parar. En la pantalla de Arturo se veían como un celaje solamente, él prestaba atención y logró oír que el micrófono del ordenador de ella captaba un sonido, leve pero, lograba escucharse. Era el

roce que ella provocaba. Piel con piel.

— Me encantas, Marta. ¿Recuerdas cuando estábamos en el camarote del barco? Esa fue la primera vez que te penetré. ¿Recuerdas como se sentía?

Ella no dijo nada, pero sus dedos ahora iban más adentro y con más velocidad. Solo se escuchó un pequeño gemido. Ahora Arturo se quedó callado solo disfrutando de la escena, sabía que Marta estaba completamente concentrada en lo que hacía.

Los gemidos de ella (como ya era costumbre) comenzaron a ser más fuertes. Los dedos entraban y salían y en ocasiones ella los dejaba afuera mientras se acariciaba el clítoris, era toda una experta según lo que observaba Arturo.

Más gemidos se escucharon hasta que ella contuvo la respiración llegando al clímax total. En ese momento dejó los dedos adentro y los movía sin sacarlos, tocándose quizá el punto donde ella sentía más placer. Todo se detuvo, sacó los dedos de su vagina y un par de segundos después estaba acomodando la cámara y ahora en la pantalla estaba ella y sus senos desnudos.

— Eso estuvo muy bien. Te quedó de maravilla la sorpresa de hoy, campeón.

— De la misma manera que te quiero siento, te deseo. Me encantó tu actuación de hoy.

Continuaron con la conversación un rato más y luego se desconectaron. Al día siguiente viajaba Arturo y debía despertarse muy temprano para poder estar a tiempo en el aeropuerto. Tanto él como Marta estaban ansiosos por todo lo que les esperaba.

XIII

Arturo se levantó mucho antes de lo estipulado por él. No había podido dormir de tanto pensar, estaba muy emocionado y nervioso por todo lo que le venía. Quería hacer las cosas perfectas con Marta, ella lo merecía. Después de pasar por tantas cosas en la vida, aun estaba de pie dando lo mejor de sí, regalando sonrisas y queriendo ser mejor persona. Eso era digno de admirar.

Ya en el aeropuerto contacto a Marta para avisarle que estaría sin señal y que ya estaba listo para abordar, hablaron durante un momento y se despidieron con la mente puesta en que se verían en unas cuantas horas.

Arturo debía llegar alrededor de las 2:00 pm, para después tomar un taxi hasta su casa y de ahí saldría a buscar Marta. Ya ella le había dado su dirección y estaría lista para cuando él llegara. No importaba cuan cansado estuviera. Lo importante era estar al lado de la mujer que amaba.

Mientras Marta esperaba recogía de nuevo parte de su ropa y las metía en las maletas. Por el momento solo llevaría lo necesario. Ya luego irían por las otras cosas y verían que harían con ellas. Estaba lista cuando Arturo le llamó para decirle que ya estaba en Madrid.

Su corazón comenzó a latir fuertemente y no podía con toda la emoción que sentía. Ella también estaba enamorada, pero tenía miedo de admitirlo.

El tiempo pareció detenerse, Marta chequeaba la hora y el reloj seguía en el mismo sitio. Tenía la sensación de estar ahí durante años.

Sonó el móvil y era él.

— Después de una larga espera y un agotador viaje tú serás quién me alegre el día. Estoy abajo esperando por ti.

— Bajo en un segundo, Arturo.

Ella no podía quitarse la sonrisa de la cara, tenía un nudo en la garganta y le temblaban las manos. Para poder echar cerrojo a la puerta al salir tuvo que calmarse un poco, sino sería una misión imposible.

Cuando salió del edificio allí estaba él. Usaba una chaqueta de cuero negra, pantalones de jean ajustados y unas botas. Por primera vez lo veía con un atuendo más casual y ella quedó más enamorada aún.

Corrió hasta los brazos de él y se guindó de su cuello, ya bastaba de estar haciéndose la difícil con él, estaba enamorada. Al carajo todos. Quería gritarlo al cielo y que su voz retumbara más allá del horizonte. Sellaron su encuentro con un beso.

Arturo vio a esa mujer tan hermosa venir corriendo hacia él, vestía de manera sencilla, pero todo le quedaba bien. Un short blanco bastante corto y ajustado resaltaba sus piernas y trasero. El tono de su piel era único ahora, es ese que se adquiere luego de estar unas horas sin tomar sol.

A partir de ese momento no se separarían más y estaban dispuestos a pasar juntos el resto de sus vidas.

Se montaron en el coche de Arturo y se marcharon a su casa. A la casa que ahora sería un hogar.

XIV

Ya acomodados en la casa de Arturo comenzaron a vivir momentos inolvidables. Ella se comportaba como una verdadera ama de casa y mientras no conseguía trabajo, ayudaba en todo lo relacionado con el hogar.

Además le cocinaba a Arturo, no era su fuerte, pero el cariño con que lo hacía la ayudó a que eso no fuese una carga. Claro, no todo lo hacía ella, además de tener una señora para la limpieza, Arturo colaboraba en lo que podía. Trataron de dividirse las tareas para que no fuese tan difícil todo.

Estaban felices y las cosas parecían ir encajando poco a poco. Debían tener paciencia, ya estaban juntos y eso era lo más importante.

Una semana más tarde Marta recibió una llamada para ofrecerle una entrevista de trabajo. Cuando ella renunció comenzó de inmediato a mover sus influencias, conocía a mucha gente, entre ellos estaban gerentes y directores de otras agencias de viajes en la ciudad.

En particular, la llamada que recibió fue de la agencia más cotizada de todo Madrid, y eso era algo bueno, no solamente por el nombre sino también porque estaba segura que la paga era buena.

Ella acudió a la entrevista el día que ellos le indicaron y todo se convirtió en un simple protocolo. El trabajo ya era suyo, la estaban buscando desde hace mucho. Ese mismo día la llevaron a hablar con quien sería pronto su nuevo jefe.

— Encantado de conocerla, señorita Marta. Por favor, siéntese.

— El gusto es todo mío, señor...

— José Antonio Ramos.

Se estrecharon las manos.

— Desde hace mucho tiempo estábamos tras su pista, señorita Marta. Sabemos que usted es una excelente vendedora. Daniel, su amigo que trabaja

aquí con nosotros nos dijo que estaba disponible. No lo pensamos ni un segundo, el trabajo es suyo. La entrevista es simple papeleo.

— Agradezco de corazón esta oportunidad, señor Ramos. No se arrepentirá.

— Eso espero. Para el próximo lunes la espero por aquí. Y por favor no me llame más señor Ramos. No estoy tan viejo.

Ambos rieron y se despidieron.

El destino ahora le guiñaba el ojo a Marta. ¡Y de qué manera! Desde que llegó a la playa todo se había alineado a su favor. Tuvo razón en tomar por su cuenta ese rollo de escribir su futuro, si no lo buscas, nunca lo encontrarás.

Para Arturo la noticia de que Marta había conseguido trabajo fue muy grata. Eso le daría los ánimos que le faltaban.

Esa noche ella preparó una cena especial.

Arturo llegó a casa a la hora de siempre y se encontró con la mesa servida con velas y demás. Él, algo sorprendido, se quedó parado y miró a su alrededor en busca de Marta. Su vista la encontró bajando por la escalera ataviada con una lencería negra espectacular. Una tanga muy sexy que tapaba solo su punto más íntimo era donde posaba la mirada.

Ella se acercó caminando despacio y con un movimiento sensual, lo abrazó para estamparle un beso de eso que solo ella sabía dar.

— Hoy es un día para celebrar, campeón.

(Corbata al piso)

— Hay muchas cosas buenas a nuestro alrededor y quisiera darte una más.
— Prosiguió Marta.

(Chaqueta al piso)

— Hoy yo seré tu esclava. Podrás hacer conmigo lo que quieras.

(Camisa al piso)

— Tu solo déjate llevar que yo hago el resto.

Marta lo volvió a besar mientras abrazaba el tronco desnudo de Arturo. Él

la tomó por las nalgas levantándola y llevándola hasta el sofá que estaba cerca. Ahí la dejó caer y se dio su tiempo para verla.

— Eres increíble, Marta. Increíble.

Volteó en dirección a la mesa y vio una botella de champán. Fue por ella y de regreso la descorchó. La espuma salió disparada y se empino un trago. Le ofreció a Marta y esta la tomó, sorbiendo también del líquido. Marta despegó la botella de sus labios y dejó que el champán corriera por sus cuello senos y abdomen, inmediatamente Arturo se agachó y lamió desde abajo hasta arriba.

Marta se levantó e invito a Arturo a sentarse en el sofá, y se quitó la tanga con una mano. Se subió al mueble y su vagina quedó a la altura de la boca de su amante, volvió a derramar el líquido sobre su pecho y este hizo bajó como si se guiara por una vía invisible. Llegó justo a la entrepierna de Marta y él tomó directo de ahí. La mezcla de sabores era exquisita.

Ella movía su cintura sin parar y sentía como la lengua de Arturo hacía de las suyas. Ella estaba extasiada, soltó la botella cuando esta estuvo vacía y se quitó el sujetador. Se tomaba los senos y se quitaba por momentos el cabello que le caía en la cara.

Arturo la tomó por el trasero (tenerlo entre sus manos era un placer indescriptible) y la trajo más hacía él. Tenía en su boca esos otros labios de Marta. Los más íntimos, los más carnosos, los labios que no había besado hasta ese momento y era casi como una droga, mientras más los probaba más los deseaba. Metía su lengua sin parar y lo hacía con pasión con ganas, lo mejor era escuchar Marta casi fuera de sí, gimiendo y volviéndose loca.

Ella se bajó y se volteó. Ya estaba completamente desnuda, siguió el ejemplo de Arturo y fue hasta la mesa. Escogió unas fresas y volvió. Mientras acercaba a Arturo, (quien aprovechó para quitarse el pantalón) tomó una fruta y la mordió con sensualidad, el pedazo que quedó lo bajó rozando su pecho, su abdomen y la llevó hasta su clítoris. Ya para ese momento estaba junto a Arturo y ella le dio de comer también.

Él la tomó con fuerza por la cintura y la sentó sobre su pene erecto. Ella comenzó a cabalgar como si de un caballo se tratara, echaba su cabeza hacia atrás y gemía sin parar. Arturo quería metérselo hasta el final, quería que sintiera un poco de dolor placentero. Esa noche ella se veía como otra mujer,

estaba metida en su papel de chica mala, era la faceta oculta de Marta.

Terminaron en el suelo aun teniendo sexo sin parar, sexo salvaje para variar las cosas. Él le propinó una nalgada que retumbó hasta los límites de ella y Marta gritó lo más fuerte que pudo.

— ¡Dame! ¡Cógeme!

Arturo la nalgueó de nuevo y lo que salió de la boca de su amante fue casi un alarido. Estaban fuera de sí, disfrutando de ese éxtasis que solo el sexo le propinaba.

— Quiero correrme sobre ti, Marta.

Ella se alejó un poco y tomó el pene de Arturo y comenzó a masturbarlo rápido. Combinaba los movimientos con algunas chupadas y él estaba a punto de correrse.

— Donde quieras, campeón.

Arturo se dejó llevar y el semen corrió desde la boca de Marta hasta los senos. El chorro hizo que ella cerrara los ojos y se sonriera después de semejante sorpresa. Los dos cayeron al piso y abrazados quedaron ahí en el salón principal de la casa.

Estaban hecho el uno para el otro.

XV

El primer fin de semana en casa había empezado con el pie derecho. Después de semejante bienvenida el viernes al llegar del trabajo, ellos quedaron más unidos que nunca. Salieron a comprar algunas cosas nuevas para la casa. Le hacía falta el toque femenino, decía Marta. Ya andaban por ahí como una pareja y él la presentaba con sus amigos y conocidos como su prometida, cada vez que ella escuchaba eso era como tocar el cielo.

Llegaron a casa terminando la tarde.

— Es momento de darnos una ducha (juntos por supuesto) y prepararnos para salir.

— ¿A dónde iremos?

— Eso es una sorpresa, mujer. No preguntes tanto y ven conmigo.

Las bromas entre ellos eran el pan de cada día, es una manera de romper el hielo en algunas situaciones fortalecían la confianza que había entre ellos.

Después de ponerse a tono, ambos salieron de casa rumbo a un lugar que solo Arturo conocía.

Entraron a un restaurante de esos que tiene lujo hasta en donde menos te imaginas, el mozo saludo a Arturo con mucho cariño, se abrazaron. El se volteó y le presentó a Marta. El mozo era todo un caballero, le besó la mano y la trató de dama.

Siguieron su camino y ella se dio cuenta que se dirigían a una mesa grande donde habían 6 personas. Todos se levantaron y a Marta la atacaron los nervios. ¿De qué se trataba esto?

— Marta, te presento a mis padres, y mis hermanos.

Ella se no sabía qué hacer, solo por puro impulso de acercó y les estrechó la mano a todos. Se alegró de haber escogido un vestido bien recatado, pues no hubiese sido lo mejor llegar con algo muy sexy a conocer a la familia de tu

prometido. Luego se sentaron en la mesa y un mesero trajo una enorme paella.

— Marta, Arturo nos ha hablado muy bien de ti. Me alegra que hoy podamos estar aquí compartiendo contigo. — Le hablaba el padre de Arturo que tenía el mismo nombre que el hijo.

Eso rompió el hielo y comenzaron a hablar, compartir y comer. Las cosas se dieron muy bien y la atención el restaurante fue la mejor. Y así debía ser. El sitio era propiedad del señor Arturo.

La cena había terminado y Arturo (hijo) tomó la palabra.

— Les agradezco que hayan venido hasta aquí como se los pedí, es para mí de suma importancia que mi familia conozca a esta maravillosa mujer que hoy me acompaña. Papá, una vez me dijiste que cuando encontrara a la indicada lo sabría; y Marta es la indicada. Por eso y mucho más quisiera frente a ustedes pedirle algo a ella.

Arturo metió su mano en el bolsillo interno de su chaqueta de cuero.

— Marta, cariño. ¿Te quieres casar conmigo?

Ella estaba al borde de las lágrimas y se llevó las manos a su boca para atajar un sollozo antes de que saliera.

— Sí, Arturo. Quiero ser tu esposa y la madre de tus hijos.

En uno de los asientos estaba la mamá de Arturo llorando como una niña después de conseguir un pony debajo del árbol de navidad.

— ¡Hiciste llorar a tu madre, carajo! — Grito uno de los hermanos y todos se rieron.

La cena se convirtió en una pequeña fiesta de compromiso. Trajeron vino y brindaron durante toda la noche.

El anillo que Marta portaba en su dedo era muy lujoso. Lo veía cada vez que podía. Era increíble. Ella sentía que estaba en cuento de hadas. Todo tendría que salir bien, no había razón para que pasara lo contrario.

XVI

Arturo dejó en manos de Marta todos los preparativos para la boda. Sería una ceremonia muy sencilla e íntima, así lo habían acordado. Por parte de Marta no tenía invitados, entonces prácticamente serían amigos y familia de Arturo.

Los días pasaban muy rápido y la fecha cada vez estaba más cerca.

Era un sueño hecho realidad para ella. Después de tantas luchas y tanto altibajos, allí estaba probándose su vestido de novia y sintiéndose la mujer más feliz del mundo.

Personalmente para ella todos los logros alcanzados fueron fruto de no perder la fe y querer salir adelante, ser mejor persona, quererse a sí misma para poder dar el mismo cariño a los demás.

Por otro lado también sintió que la vida le dio un empujón y le regaló algo de suerte, conseguir que Arturo haya decidido acercarse aquella tarde en la playa era algo muy poco probable, pero le tocó el número premiado y ella no lo desperdició. Sembró en él y cosechó sus frutos.

Arturo se arriesgó y apostó todo desde el principio. No se equivocó con Marta, y a pesar de que aun quedaba mucho por conocer de ella creía que todo estaría bien. Cuando una mujer abre su alma de la manera que lo hizo Marta con él, era porque querían de verdad, porque estaban seguras de lo que querían.

La boda lo tenía un poco nervioso, era en unos días y sintió algo de ansiedad. Estaba seguro que quería casarse con Marta pero, no podía evitar sentirse así.

Desde el momento en que se conocieron ya habían pasado dos meses... ¡Dos meses! ¿Cómo era posible que una mujer lo tuviera así con solo dos meses de conocerse? Pero, era la pura realidad. Estaba realmente enamorado

por primera vez en la vida.

Las cosas cada vez encajaban mejor, había más confianza entre ellos y todo marchaba muy bien. Arturo se sentía orgulloso por Marta.

Desde que comenzó a trabajar ella le exigió que los gastos de la casa se compartieran, lógicamente él tenía una entrada de dinero más grande, pero esa actitud de ella le hizo ver que no estaba dispuesta a dejarse mantener por un hombre. Su naturaleza no se lo permitía. Era definitivamente una mujer independiente que aceptaba esos matices machistas del siglo XXI.

Finalmente llegó el día anterior a la boda.

— Campeón, mañana es el día. Nuestro día.

— Sí, lo sé. No lo niego, estoy un poco nervioso. De seguro hoy no dormiré.

— Todo saldrá bien. Me tienes a mí apoyándote a tu lado. Yo no dejaré que nada malo pase.

Arturo la miró y luego la abrazó. Eso para ella fue lo mejor, pues ese hombre le estaba entregando el alma en ese momento.

XVII

Los nervios se apoderaron de Marta de una manera inesperada y sintió que debía hablar con Arturo antes de la boda. Pero, ¿ya era muy tarde? ¿Realmente tendría que decirle eso antes de llegar al altar?

Ella estaba a punto de colapsar.

No había tiempo para nada y la madre de Arturo entró en la habitación donde ella estaba. El señor Arturo estaba esperándolas a las dos en el coche.

El camino a la iglesia se hizo corto y ella llevaba unos cólicos insoportables. Al llegar se quedó sola con la señora en el coche por un momento.

— Marta, se que estas asustada y eso es lo más normal del mundo. Cuando me casé con ese señor que ves afuera pase por lo mismo. Pensé en salir corriendo, pero no lo hice y míranos... Aquí estamos 41 años de casados y todavía me hace sonreír ese viejo feo.

A Marta se le escapó una lágrima que capturó de inmediato para no dañar el maquillaje. Respiró profundo.

Se bajó y miró la iglesia, todo estaba en orden y lucía muy bonito. Fue del brazo del señor Arturo quien la escoltaría hasta el altar.

Todos estaban de pie observando a la novia entrar. Eran solo los más allegados y la iglesia lucía un poco vacía. Arturo estaba al fondo esperándola con una sonrisa enorme.

Ya juntos frente al sacerdote escucharon la misa tomados de la mano. El momento cumbre llegó y sin titubear ambos dieron un “sí” rotundo y claro. Se besaron como es costumbre y todo estaba listo. Eran esposos y ya los nervios habían quedado de lado para dar paso a la felicidad.

Se retiraron hasta un club que estaba a las afueras de la ciudad. Ahí llegaron amigos y familiares y estaban todos esperando a los nuevos esposos.

Ellos llegaron poco después y se unieron a la celebración. No faltaron los abrazos, felicitaciones y consejos de todos, les deseaban el mejor de los futuros.

Un rato más tarde Marta estaba sentada en uno de las mesas comiendo algo y descansando un poco. Los zapatos de tacón alto que estaba usando le tenían los pies hinchados y un poco maltratados.

Arturo estaba más animado, era su gente la que estaba ahí. Pero, pensó en su esposa y fue a buscarla.

— ¿Te sientes, bien cariño?

— Solo estoy un poco cansada, Arturo. No te preocupes.

— Ven, arriba hay una habitación donde podrás descansar un poco.

— Ella accedió y fue con su esposo hasta la habitación.

La verdadera intención de Arturo era estar solo con ella un rato. Los invitados podían esperar. Después de quitarle los zapatos la besó con ternura.

— ¿Cuántas veces has tenido sexo usando un vestido de novia?

Marta no pudo aguantar la risa y se echo hacia atrás para carcajearse con ganas.

— Hoy debería ser la primera vez.

Ellos estaban en lo suyo. Hicieron el amor en esa pequeña pero, acogedora habitación. Fue muy divertido hacer eso mientras la gente estaría afuera preguntando por ellos.

Al terminar se arreglaron y trataron de salir con su mejor cara de niños buenos.

La fiesta afuera seguía, eran pocos pero, como hacían bulla. Eran una magnificas personas.

Marta ya más descansada bailaba con su esposo y le hablaba al oído.

— ¿Sabes algo, esposo? Cuando iba camino hacia la iglesia pensé muchas cosas y estaba muy nerviosa. Al llegar a la iglesia tu madre habló conmigo y supo calmarme un poco, las cosas de ahí en adelante se dieron mucho mejor.

— Yo también estaba muy nervioso, Marta, pero también feliz.

— ¡Claro! Yo también lo estoy. Muchísimo. Eres el hombre con el que soñé.

— Cariño, me estas poniendo nervioso de nuevo. ¿Pasa algo?

— La verdad es que sí, Arturo. Pasa algo.

El se separó un poco de ella para verle a la cara. Estaba muy serio y las manos le temblaban. Algo le decía que lo que ella diría le cambiaría la vida.

— Por el amor a Dios, Marta termina de decirme si no quieres que me de un infarto.

Ella estaba con la cabeza baja y se le acercó.

— Vas a ser papá, campeón.

Arturo no podía creer lo que escuchaba. La emoción inundó su alma.

— ¿Qué estás diciendo, Marta?

— Estoy embarazada, Arturo. Vamos a tener un hijo.

Él la abrazó por la cintura y la levantó dando vueltas.

Todos voltearon a verlos y el les gritó:

— ¡Señores, voy a ser papá!

Todos gritaron en unísono y fueron a felicitarlos.

El resto de esta historia, es historia.

J*did@-Mente Erótica

BDSM: Belén, Dominación, Sumisión y Marcos el Millonario

Capítulo 1

Esta mañana hay poca gente en el tren.

Por lo general, montamos tantos en cada estación que es imposible no acabar rodeada de cuerpos sudorosos que apestan a tabaco y a desodorante barato, si tenemos suerte.

Pero hoy han empezado las vacaciones de agosto, así que el agobiante calor compensa el hecho de que la mayor parte de los madrileños estén camino de la playa.

Por supuesto, yo soy de las pringadas que se quedan para sufrir los estragos del sol de plomo fundido que azota la ciudad.

Me toca seguir levantándome a las seis de la mañana para ir a trabajar a la redacción de un periódico local. Me pagan una mierda y mis compañeros me aburren. El jefe no sabe hacer la O con un canuto y a mí me toca solucionar todas sus cagadas, y aguantar una bronca si no consigo hacerlo a la velocidad de la luz.

Se nota que el trabajo me encanta, ¿verdad? Pues resulta que tampoco me puedo quejar. En estos tiempos, soy de las privilegiadas que aún cobran una nómina, aunque tenga muchos menos ceros de los que me gustaría.

Oigo un pitido a través de los auriculares que llevo puestos. ¿La batería se me va a acabar? ¿De qué va este trasto? Miro la pantalla y observo el icono que palpita sobre la barra de batería. Mierda, es verdad. Anoche se me olvidó cargarlo.

Me toca quedarme sin música y sin WhatsApp hasta que pueda conectarlo en el trabajo. Justo lo que necesitaba. Con lo aburridos que son estos trayectos de tren.

Suspiro y apoyo la cabeza en la mano. Veo mi reflejo en el cristal del vagón contra la imagen que me transmite la ciudad. No estoy nada mal. Tengo 27 años y, aunque no tengo pinta de modelo, si me arreglo y miro de la forma adecuada puedo competir con cualquiera.

Llevo el pelo teñido de rojo desde hace tiempo, con un flequillo recto que me hace parecer una niña buena. Lo mejor, dicen, son mis ojos. Aunque soy española por los cuatro costados, los tengo de un verde azulado muy llamativo. A la gente le gustan mucho, y lo cierto es que a mí también.

Me miro durante unas cuantas paradas hasta que sube al tren un tipo que me obliga a darme la vuelta. Le oigo antes de verlo, pero por su voz sé que me va a gustar. La tiene grave, pero sabe modularla para transmitir autoridad.

Está hablando por teléfono con alguien que le ha cabreado. No puedo evitar cotillear mientras le echo un vistazo.

No esperaba para nada que fuese tan joven, ni tan atractivo.

Debe de medir un metro ochenta y pico y tiene los hombros anchos, pero el traje hecho a medida le entalla la cintura de manera que parece más esbelto.

Llevo una camisa blanca y una corbata rosa claro bajo la chaqueta gris. A pesar del calor que hace fuera, no parece sudar.

Tiene la nariz recta y la mandíbula bien cincelada, y los ojos castaños. Llevo el pelo a la moda, con los lados recortados y el centro peinado hacia atrás.

En las manos porta un maletín de piel de los buenos, prácticamente nuevo, y los zapatos deben de costar dos o tres veces mi sueldo. Es un niño rico y está enfadado, y me llama la atención de inmediato.

—¿A ti te parece normal que el coche haya vuelto a fallar a las dos semanas? ¿Se puede saber a dónde lo enviaste?

Las puertas se cierran tras él y el tren continúa. El hombre no mira a nadie. Sus cejas se curvan y sus labios se tensan. Oigo el bisbiseo al otro lado de la línea, pero no logro entender qué dice

—Pues te han timado —prosigue—. En ese taller son unos vagos o unos caraduras, porque me ha dejado tirado en las afueras y tengo una reunión en media hora. He tenido que coger el tren, porque no había ni taxis. ¿Sabes el calor que hace?

Más bisbiseo. El hombre aprieta la mandíbula. Deja el maletín en el suelo y se ajusta la corbata. Su mirada pasa sobre los asientos (sobre mí) y mi corazón se acelera.

¿Se ha dado cuenta de que le estoy observando? No es que me importe, por otro lado. Quizá, en el fondo, quiero que lo sepa.

—Bueno, pues más te vale que el taller al que lo mandes haga su puto trabajo, porque si no, no pienso pagaros ni a los mecánicos ni a ti, ¿me has oído? —increpa.

Más murmullos. Veo la satisfacción en su cara. Es la expresión de alguien que ha conseguido imponer su autoridad de tal modo que infunde temor en otros. Quienquiera que esté al otro lado del teléfono se ha meado encima.

Sonrío y me muerdo el labio inferior. Su mirada vuelve a pasarme por encima y esta vez le miro a los ojos. El contacto dura un par de segundos antes de que se rompa. Se vuelve alejar de mí.

Se despide con brevedad y cuelga. Aprovecha para mirar su teléfono un poco más. Le veo toquetearlo y sonreír. Seguro que ha visto un mensaje que le ha gustado.

Yo sonrío, también. Me gustaría acercarme para ofrecerle mi teléfono, pero sé que pasaría de mí. Un hombre como ese, vestido así, no se fijaría en una “plebeya” como yo ni en un millón de años.

Aunque desnudos seríamos iguales, me temo que la primera impresión pesaría demasiado. Es un niño rico narcisista, lo sé. Y yo soy una becaria que no cobra ni mil euros y compra la ropa en Zara.

Pero una mujer puede “soñar”, supongo.

Le miro hasta que él levanta la vista al escuchar el aviso de la siguiente estación. Se guarda el móvil en el bolsillo, recoge su maletín y se gira para salir. Tiene un buen culo. Me recreo el rato que me lo permite.

Las puertas se abren —yo me fijo en la estación, pero sé que nunca nos

volveremos a encontrar—y él da un paso al frente para salir. Entra una señora mayor y se choca con él sin querer.

El hombre se pierde en la estación. En el suelo se le ha caído el móvil. Yo, que estoy vigilante y atenta, salto para recogerlo y entregárselo. Quizá, si tiene la oportunidad de agradecerme algo, podamos entablar una conversación.

Pero él se ha marchado lejos y hay mucho ruido en la estación. Las puertas pitan y avisan de que van a cerrarse. Aún tengo el móvil en la mano cuando lo hacen.

Miro a mi alrededor. Nadie se ha dado cuenta de lo que ha pasado, así que me vuelvo a mi asiento y desbloqueo su móvil para hurgar en su interior.

Una buena samaritana buscaría su número más llamado —o su última llamada, que debe de ser de su asistente y que agradecería que se lo devolviera para poder hacer puntos con su jefe—, y eso es lo que voy a hacer.

Pero primero voy a cotillear un poco. Quiero ver qué es lo que le ha hecho sonreír.

Cuando reviso sus aplicaciones en funcionamiento, veo que la última que ha utilizado es WhatsApp. Hay alguien llamado “Jess Fiesta” que le ha mandado una imagen de lo más interesante.

Es una fotografía con filtro blanco y negro en la que una mujer desnuda cuyo rostro queda oculto por el encuadre muestra orgullosa a la cámara las ataduras de sus piernas.

Sé de esto lo suficiente para darme cuenta de que se ha atado a sí misma. Va acompañada de un mensaje que dice: “Así estoy tan temprano, y tú tan lejos”.

Siento celos inmediatos. La tía tiene buen cuerpo, pero nada yo no tengo nada que envidiarle, a decir verdad.

Bueno, sí. El hecho de que pueda quedarse en casa a las ocho de la mañana para practicar auto-bondage mientras yo ejerzo mi masoquismo desde la redacción mugrienta del periódico.

Mi jefe es un amo mucho menos atractivo y nunca respeta las reglas, y para mí no hay liberación sino amargura.

Querría estar en el puesto de Jess Fiesta. Necesito saber más sobre este

hombre.

La conversación anterior me permite hacerme a la idea de que se conocieron en una reunión BDSM en Berlín. Parece que se han visto un par de veces y que se dedican a pasarse fotos de experimentos y hazañas, y a hablar de lo que les gustaría hacerse mutuamente. Me muerdo el labio.

Echo un vistazo a su galería de fotos. Está claro de qué pie cojea. Le veo en ropa interior, luciendo palmito. En reuniones en mazmorras vete a saber dónde, con un antifaz y ropa de cuero, y una fusta que enarbola con actitud dominante. Le veo sentado en una silla mientras una chica le besa los pies.

También hay vídeos.

Quito los auriculares de mi móvil y se los pongo a este. Me encojo sobre mí misma para que nadie mire y veo uno de ellos. Está grabando en primera persona una sesión de azotes.

La chica sobre sus rodillas tiene el culo rojo e hinchado, y pide más a gritos. Él le agarra una nalga con una mano enorme. Sus dedos se hunden en la carne inflamada, blanco sobre rojo.

Quiero estar ahí. Quiero gritar esos gritos. Quiero que me toque de esa manera y que me sostenga entre sus brazos como un dios todopoderoso.

No puedo evitarlo. Aprieto los muslos sin darme cuenta y me muerdo el labio. Me he hundido en mi asiento. Miro a mi alrededor.

Ninguno de los otros pasajeros se imagina lo que estoy viendo a escasos metros de ellos. Se me ha quedado seca la boca. Intento tragar saliva, pero no tengo. Paso al siguiente vídeo.

En algunos no aparece él. Son otras personas haciendo otras cosas. Suspensiones, shibari, demostraciones de todo tipo. Azotes, varas, látigos, floggers.

El móvil de este tío parece una enciclopedia multimedia del BDSM. En su WhatsApp hay otros contactos con códigos parecidos. No hay nombres completos, sólo apodos o referencias a los lugares donde se conocieron.

Las conversaciones abrasan de lujuria y deseo. Quiero ser una de ellas. Quiero conocer a este tío. Sé que yo podría darle lo que necesita, y él a mí. Aún no lo sabe, pero somos almas gemelas.

Tengo que saber más. Tengo que encontrarle.

Cuando levanto la mirada, hace tiempo que me he pasado mi estación.

Corro a bajar antes de que sea demasiado tarde. Tengo que dar media vuelta y probablemente llegue tarde a trabajar.

Las rodillas me tiemblan y noto mi piel como electrificada. Hace mucho calor, pero yo tengo un fuego dentro de mi vientre que apenas me deja sentirlo.

Voy a averiguar quién es. Voy a verle.

Capítulo 2

Llego diez minutos tarde a mi escritorio y el jefe me deja caer que si vuelvo a hacerlo acabará amonestándome.

Me quitará parte del sueldo. Tampoco es que me pague mucho, por otro lado. Quizá me haga elegir entre comer algo más que arroz y pasta durante un mes o pagar la factura del aire acondicionado.

Hijo de puta.

El enfado me dura poco. Tengo que redactar varias noticias y subirlas a la página web. Abro el navegador y me pongo a ello, pero mis ojos pasan enseguida de centrarse en lo que escribo al móvil que reposa sobre mi escritorio.

Dejo escapar un suspiro. Lo desbloqueo una vez más y lo miro.

Quiero echarle otro vistazo a la fotografía en la que el hombre del tren aparece vestido con un arnés de cuero para imaginarme que le sujeto por la argolla para acercármelo, pero mi compañera de mesa se dirige a mí y me arruina la fiesta.

—¿Tienes las fotos de la manifestación del sábado pasado? Necesito revisarlas para un artículo sobre...

—Están en el servidor —respondo con voz ahogada.

—¿Sí? No las he visto...

—Están en la carpeta. En la carpeta de siempre. ¿Cómo no las vas a ver? Búscalas.

Me sale un tono de lo más borde y mi compañera lo acusa con una mueca.

—Bueno, tampoco te pongas así, ¿eh? Madre mía, qué mala leche traes hoy.

Me da igual lo que piense de mí. Cuando tengo un objetivo y algo se me mete en la cabeza, todo lo demás deja de importar. Es algo que me suelen reprochar y que en el pasado me ha dado problemas, pero no puedo evitarlo.

Puedo intentar contenerme para hacer mis tareas de hoy lo más rápido

posible antes de abandonarme a mi obsesión, pero tener el móvil tan cerca y no poder repasar sus secretos es más duro de lo que se imaginan los que me han echado en cara mi pequeño problema.

Acabo con las noticias y los envíos de los que no puedo escaquearme. Ya es media mañana. A esta hora suelo salir a tomar café con mis compañeros, pero hoy no va a ser así.

Tomo el móvil y voy al baño. Es unisex y lo compartimos con la oficina de al lado. Tiene una fila de cubículos muy larga, casi tanto como los lavabos y los espejos, y huele fuerte a lejía. No es el escenario ideal para dar rienda suelta a mis fantasías, pero tendrá que servir por el momento.

Me encierro en un cubículo y me siento en la tapa. Me he traído los auriculares para poder ver los vídeos con tranquilidad.

Ahora que nadie me ve, puedo ponerme cómoda y disfrutar. Esto de hurgar en los entresijos de la intimidad de alguien me da un subidón incomparable.

Sé que está mal. Cuando era pequeña, mis padres solían regañarme por cotillear en el cajón de mi hermano mayor mientras él no estaba.

Aprendí a dejarlo todo como me lo encontraba. Sabía dónde guardaba las revistas porno y en qué orden. Rebuscaba en su armario y me hacía con todos sus secretos.

El porno era la punta del iceberg. También me topé con sus cigarrillos, con sus chinas de hachís y sus condones, y hasta una de las bragas de sus novias.

Mis padres nunca lo supieron; me aseguré de que Jaime me pagase para que le guardase los secretos. Terminó por conservar todos sus objetos prohibidos en una caja cerrada con llave.

Sin acceso a más secretos, fue libre de mi control. Me amenazó con romperme la cara si volvía a intentar chantajearlo, así que paré.

Volví a las andadas con mi ex, Miguel. Cuando estábamos juntos, me gustaba aprovechar sus breves ausencias para registrar su habitación.

Sabía dónde metía sus calzoncillos y dónde escondía las cartas y los regalos de su ex. Me aprendí el patrón de desbloqueo de su móvil al mirarle por encima del hombro cuando lo usaba, y lo utilicé para revisarle las conversaciones, fotos y mensajes.

Saber todo lo que hacía me llenaba de poder y orgullo. No temía que me engañase. No lo hacía por eso. Era, supongo, por la euforia de conocer lo que no me había dicho. De hacerme con algo que no me pertenecía.

Él se enfadó mucho cuando descubrió lo que hacía y terminó dejándome. Por más que intenté que volviéramos, no lo conseguí. No le culpo.

Pero ya no me importa. Miguel no me podría dar ni la mitad de lo que yo necesito. En cambio, este hombre...

Este hombre sí.

La mezcla de control y lujuria me está haciendo perder la cabeza. No puedo dejar de escuchar los jadeos de este hombre rotos por el golpe del cuero sobre la piel.

Casi puedo oler la mezcla de sudor y grasa que impregna las fustas y los floggers. Cuando contemplo cómo pasa las cuerdas alrededor de las muñecas de las chicas que juegan con él, me imagino que lo hace alrededor de las mías.

Sus dedos acarician mi piel con sumo cuidado, con mimo. Aprieta las cuerdas de cáñamo con la firmeza suficiente para que no pueda escapar, pero mi circulación no quede cortada.

Es un maestro, un amo. Sus manos experimentadas saben cómo tratarme duro y suave al mismo tiempo.

La ansiedad y la excitación me fuerzan a acariciarme como creo que lo haría él. Mi mano no es la suya y el efecto no es el mismo, pero si me concentro lo suficiente casi puedo fingir que sí.

Abro los botones de mis vaqueros con dos dedos mientras sostengo el móvil en la otra mano. El hombre del vídeo me imita, o más bien lo imito yo a él.

Abre mis muslos y busca el elástico de mis bragas. Se hace paso a través de él y encuentra mi pubis, cuyo vello pulcramente recortado le cosquillea en los dedos.

Baja y hunde las yemas en mi sexo húmedo. Resbala como nunca. Me toca (me toco) como si quisiera alargar la tortura. Pero yo estoy demasiado excitada para que esto se prolongue demasiado.

Los gemidos que llegan a mis oídos a través de los auriculares me llevan a

una especie de trance, y aunque mis cosquilleos pretenden ser tortuosos acaban rompiéndome en mil pedazos y me corro conteniendo el aliento y mordiéndome el labio, pataleando hasta golpear la puerta del cubículo.

En mi éxtasis procuro imaginar sus brazos alrededor de mi cuerpo, su aliento, sus labios en los míos.

Tengo que encontrar a este hombre.

El resto de mi jornada laboral es una borrachera. He acallado mi deseo lo suficiente para ser mínimamente funcional, pero mi mente se centra en el siguiente paso. Tengo que saber cómo se llama y dónde vive para hacerle llegar mi propuesta.

Rastrearlo es más fácil de lo que parece. Tengo su móvil en mi poder, y con él su correo electrónico, su historial de navegación y sus mensajes privados. En la pausa del almuerzo me dedico a rebuscar en su email hasta que doy con uno especialmente jugoso.

Se trata de un pedido de juguetes sexuales a una tienda online. Ha escogido un separador de piernas y brazos de metal de la mejor calidad.

Se nota que tiene dinero. Va acompañado de un pedido personalizado que parece habitual: varias botellas de lubricante de todo tipo (efecto frío, efecto calor, especial para juegos anales, y uno sabor cereza y otro sabor chocolate) y condones.

Me sonrío pensando en si necesita efectuar este pedido muchas veces al año, y me pregunto si cuando lo encuentre aumentaremos la frecuencia.

Gracias a la factura y a la información de la página web, encuentro la que parece su oficina. Está en el centro, no muy lejos de mi propio trabajo.

Podría acercarme hoy mismo. Podría conocerle y decirle que es el hombre que he estado esperando todo este tiempo. Podría, si quisiera.

Y quiero. Desde luego que quiero.

Cuento los minutos que faltan para salir de mi trabajo y me voy prácticamente sin despedirme de nadie.

Tras una breve parada en el baño, corro a coger el metro. La oficina está cerca, pero hace mucho calor y no quiero llegar hecha una sopa.

Subo las escaleras de tres en tres y busco el edificio exacto con ayuda de mi móvil. El piso inferior es una recepción muy amplia, y el fuerte aire acondicionado me golpea como un puñetazo.

El recepcionista saluda y no me pone ningún impedimento cuando me dirijo al ascensor. Pulso el botón con ansiedad y deseo con todas mis fuerzas que nadie me acompañe mientras subo al sexto piso.

Mi deseo se cumple. Eso me da margen para mirarme al espejo y asegurarme de que estoy bien.

Me he repasado el maquillaje antes de salir. Me seco el sudor de la frente con un pañuelo de papel y me recoloco el pecho para que mi escote tome protagonismo.

Me dedico una sonrisa. Si le miro así y le entrego el móvil, quizá no haga falta nada más.

Sí, ¿por qué no?

Tomo una bocanada de aire y salgo del ascensor sintiéndome más segura que nunca. Me dirijo hacia la recepción de las oficinas del hombre del tren. La chica que atiende me sonríe como está adiestrada a hacer, y yo la imito.

—Hola, buenas tardes —digo con mi mejor tono de voz—. Venía a ver a Marcos Jiménez Campo. En el tren se le ha...

—Lo siento, pero el señor Jiménez se encuentra reunido.

No me esperaba este rechazo directo. La chica me mira con aire de suficiencia, como si yo no fuese importante.

Busco en sus rasgos algún parecido con las mujeres que sí aparecen en sus vídeos. No se encontraba entre ellas, que yo sepa.

Seguramente ni siquiera se imagina el tipo de hombre que tiene como jefe, y jamás podría complacerle como puedo yo.

—Es un asunto de vital importancia —insisto—. Tengo que verle en persona. ¿Cuándo va a salir de esa reunión?

—Es probable que esté reunido hasta las diez, o más tarde. A esa hora, el señor Jiménez ya no recibe visitas. Tendrá que venir en otro momento, o darme el recado a mí.

No podría ni empezar a describirte lo que quiero hacer con él y que él haga conmigo, pienso en cuanto ella se ofrece a escucharme.

Miro hacia la puerta. Por un momento considero la posibilidad de irrumpir en la sala de reuniones y arrastrarlo fuera, pero ya he tenido malas experiencias con ese tipo de impulsividad.

Miguel llegó tan lejos como para denunciarme a la policía y obligarme a estar al menos a doscientos metros de él en todo momento.

No puedo arriesgarme.

Dejo el móvil sobre la mesa y se lo ofrezco.

—Dígale que se le ha caído en el tren y que lo he recogido. Si quiere saber más, tendrá que leer mi mensaje.

La recepcionista arquea las cejas. Observa el móvil, luego a mí, y acaba asintiendo. Lo guarda en un cajón.

—Gracias, señorita...

—El nombre no importa —digo, y me giro hacia el ascensor a toda prisa.

Esto ha sido un chasco, sin duda. No esperaba que fuese a estar reunido. Estamos en verano, por Dios.

La tristeza me persigue hasta mi casa. Mi gato sale a recibirme cuando abro la puerta y yo le rasco detrás de las orejas. Dejo las llaves en la repisa y voy a mi habitación de inmediato.

Enciendo mi ordenador, espero a que carguen los archivos y tecleo su nombre en el navegador.

Me paso el resto de la tarde buscando información acerca de él. Es un empresario joven, heredero de fortuna.

No hay nada sobre sus aficiones ni gustos personales en Internet, ni siquiera en las páginas dedicadas a las reuniones BDSM que busco a continuación.

Nadie sabe lo que le gusta. Probablemente yo sea una de las pocas personas que ha unido su persona real y su alter ego dominante, y eso me hace sentir muy poderosa.

Después me dedico a repasar los archivos que he subido a la nube desde

el trabajo. Aunque haya dejado el móvil en manos de su dueño, sus fotos y vídeos siguen en mi poder. Aunque hoy no hayamos podido encontrarnos, sigue siendo mío, en parte.

Capítulo 3

El día siguiente se arrastra como moribundo. Hace muchísimo calor y parece que esto ha fundido los mecanismos de los relojes. Las horas duran el doble y no hay nada, ni siquiera mis recuerdos, que me permitan hacer pasar el tiempo más rápido.

Voy en tren al trabajo, como todas las mañanas, con la esperanza de que Marcos vuelva a subir en la misma parada. Por supuesto, no ocurre. No hay conversaciones interesantes que espiar ni cotilleos que me llamen la atención en mis vecinos de asiento. Mi música es toda mi compañía.

Hoy no llego tarde, pero el jefe se las arregla para hacerme sentir insignificante.

Mi compañera de escritorio se ha enfadado conmigo; por lo visto, ayer se me olvidó dejarle algo en la carpeta del servidor que me había pedido.

El jefe le ha echado una bronca y me culpa por ello. Yo me hundo en mi asiento y contengo las ganas de gritar.

Necesito que Marcos me salve de esta desidia.

Vuelvo a casa derrotada. Ni mi gato viene a saludarme. Lo encuentro tirado en el suelo y muerto de calor, así que pongo el aire acondicionado.

Me dejo caer en el sofá y me tapo los ojos con las manos. Aunque no le haya conocido ni hayamos hablado, la presencia de Marcos es una pulsión continua en mis sienes, como el tambor de una jaqueca. Es casi como una enfermedad.

Tiene que llamar. Antes o después, tendrá que encontrar el regalo que le he dejado.

Pero no llama.

Enciendo la televisión y me dejo llevar por la estupidísima programación del verano. No hay nada que me interese de las cosas que veo. Ni los documentales, ni los dibujos animados, ni los programas del corazón.

¿Por qué no llama?

Temo que no haya visto mi foto. Se la he enviado por WhatsApp y está ahí, esperándole. Tiene mi teléfono móvil y ya sabe cómo soy.

Aparezco semidesnuda, provocativa, y en una actitud que no podría confundirse de ninguna manera.

Vale que me la saqué ayer en el cubículo a toda prisa, y que el escenario podría traicionar la sensualidad de la foto, pero no podría describir una mejor ni más sincera invitación a conocerme que esa.

Sigo mirando al móvil cuando, de pronto, la pantalla se ilumina y empieza a vibrar.

Es él.

Es Marcos.

Se me seca la boca y alargo la mano.

No quiero cogerlo todavía. Aunque me muera de ganas de oír su voz una vez más, deseo saborear el momento y alargarlo un poco más. La expectación es una forma de tortura, y la tortura es una forma de placer.

Pulso la pantalla y arrastro para coger la llamada. Me llevo el móvil a la oreja muy despacio y me encojo sobre mí misma.

Aguardo. Al otro lado hay silencio, ni siquiera una respiración. Es casi como si no existiera. Por un momento me pregunto si no me habré imaginado toda esta historia, si Marcos no ha sido un producto de mi imaginación y toda la historia del tren y del móvil una elaborada fantasía.

Pero su voz irrumpe en el auricular y destroza esa teoría, y me acelera el corazón como nunca nadie ha podido hacerlo.

—¿Estás ahí? —pregunta.

—Sí.

—¿Eres la chica de la foto?

—Sí.

Un breve silencio. Le oigo tomar aire.

—¿Se puede saber qué has hecho?

Suena agresivo, molesto. Masculino. Sonrío.

—Se te cayó el móvil en el tren. Lo único que he hecho ha sido buscarte para dártelo. Si ayer no hubieras estado reunido, te lo habría explicado en persona.

—¿Qué has visto?

—Todo.

Hay más silencio. Lo imagino al otro lado del teléfono tragando saliva. Sabe que tengo poder sobre él. La recompensa se extiende por mis venas como un chute de adrenalina.

—Lo has visto todo, ¿eh?

—Los vídeos, las fotos, las facturas.

—Eso es un delito. Lo sabes, ¿verdad?

Lo sé. No es la primera vez que me acusan de haber hecho algo así. Si Marcos quisiera denunciarme, podría acabar en la cárcel. Con mis antecedentes, sería posible. Él también tiene poder sobre mí.

Por eso le he buscado.

—Lo sé, pero me he arriesgado.

—¿Por qué?

—Porque lo que he visto es muy interesante.

Él deja escapar media risa.

Parece más cómodo, como si hubiese recuperado algo del control. Su voz tiene un tono tan particular que hace vibrar algo dentro de mí que nadie más puede.

Ninguno de los hombres con los que he estado antes me ha llegado de esta manera. Marcos ni siquiera me ha tocado, pero me ha atrapado como ningún otro. Es casi magia.

—¿Qué es lo que más te ha gustado?

—Hay un vídeo en el que estás azotando a una chica.

—Sí.

—Eso es lo que más me ha gustado.

Marcos toma aire. Me lo imagino soltándose la corbata y recostándose en la silla.

He elegido que está en la misma oficina donde no he podido entrar, con la luz del exterior recortando su silueta. Lleva el mismo traje de ayer porque no se me ocurre ponerle otro. Está sonriendo.

—¿Alguno más?

—Había una foto tuya escondida entre las demás. No se te veía la cara, pero sabía que eras tú por el tatuaje del costado. Tenías puesto un collar y estabas de rodillas.

—¿Has visto esa? Pensaba que la había borrado.

—Parece que no.

Él deja escapar un gruñido interesado. Ahora sí oigo su respiración.

Suena rasgada, áspera, como si hubiese hecho ejercicio. Pero intuyo que no es eso. Sé que está excitándose, porque a mí también me está pasando.

—¿Cómo te llamas? —pregunta él—. Dime la verdad.

—Belén.

—Bueno, Belén. ¿Nadie te ha dicho que es de mala educación mirar el móvil de otra persona?

—¿Cómo iba a saber quién eras para hacértelo llegar? —pregunto en fingido tono inocente.

—Hay mil maneras de hacerlo sin registrar mis secretos.

—Es cierto.

—Entonces tengo razón, ¿no? Te mereces un buen castigo.

—Puede.

Mi mano baja por mi cintura hasta mis bragas. Noto la humedad desde fuera y me froto hasta sentir un cosquilleo divino en mi clítoris. Me muerdo los labios.

Pero él me lee la mente.

—¿Te estás tocando? No lo hagas.

—No.

—Si lo haces, te arrepentirás. ¿Me estás oyendo?

—Sí. Perdón.

Retiro mi mano y la pongo bajo mi cabeza para evitar tentaciones. Mis muslos se contraen involuntariamente y noto un tirón que me sube por el vientre, violento. Esto no va a ser fácil.

—Abre las piernas.

Lo hago. Apoyo un pie en el suelo y otro en el respaldo del sofá. Mi gato, a lo lejos, me observa confuso. Yo no le hago ni caso.

—He visto tu foto. La recepcionista me ha dicho lo que le has contado, y me he dado cuenta de que has visto lo que no debías. Estaba muy enfadado, ¿sabes? Se me han pasado por la cabeza muchas cosas.

Su voz es fuerte, pero dulce. Como el caramelo quemado. Cada vez que baja el tono, yo me retuerzo de placer

— Pero luego me lo he pensado mejor —continúa—. Si habías dejado la foto, quizá era porque te había gustado lo que te habías encontrado. No me equivocaba.

—No.

—Sigo un poco enfadado. Tal vez deberías pedirme perdón.

—Es... es cierto...

—¿Y cómo lo harías?

Es una pregunta difícil de contestar, porque la respuesta es demasiado amplia. Hay mil cosas que podría hacer por él. Ordenarlas en mi cabeza es complicado.

—Como tú quisieras.

—Eso dices ahora.

—No, es en serio. Haría lo que me dijeras con tal de que me perdonaras.

Piensa un momento.

—Sabes demasiadas cosas de mí. Quizá sea hora de que sepa algo sobre

ti.

—¿Cómo qué?

Me cuesta hablar. Apenas ha empezado, pero yo estoy tan excitada que tengo dificultades para vocalizar. Si él me dejase tocarme...

—Tu dirección.

Me sonrojo. Eso tiene demasiado peligro. Podría llamar a la policía y que vinieran a buscarme. Podría enviar a alguien para darme una paliza. No me cabe duda de que puede pagar ese tipo de arreglos.

Pero también podría venir él. También podría cumplir sus amenazas y proporcionarme el castigo con el que llevo soñando un día entero.

—Y si te la digo... ¿qué?

—Voy a enviarte un chófer para que te recoja. Te traerá a mi casa, donde estoy solo. Si has visto las fotos, habrás visto mi mazmorra. Está en el sótano y nadie, excepto la gente a la que bajo, sabe que se encuentra ahí.

Hace una pausa y yo trago saliva.

— Si me das tu dirección —continúa—, me ocuparé de que recibas tu castigo durante el resto del fin de semana. Quizá hasta te recompense. Pero si no me la das... —Hay otro silencio y él parece ronronear—. No hay ningún trato. No volveré a llamarte y esto nunca habrá pasado. Decide.

Hay riesgo. Siempre hay riesgo. Darle mi dirección es darle un hilo del que tirar para arruinarme la vida si le apetece. Igual que ha hecho él al dejarse el móvil en el tren, por otro lado. Si yo quisiera, también podría atacarle y destruirle.

Pero no lo voy a hacer.

Y creo que él tampoco. Tengo fe en que no lo haga, en que diga la verdad.

Tengo fe porque su respiración suena tan entrecortada como la mía.

Le digo la calle, el número y el piso. Y cuelgo.

Que se dé prisa.

Capítulo 4

Varios minutos después, me llega una llamada inesperada al móvil. Es un número desconocido.

Cojo, sin saber muy bien qué esperar, y escucho la voz de un taxista que me invita a bajar porque ha venido a recogerme. ¡Ni siquiera me ha dado tiempo a vestirme!

Llevo los vaqueros cortos y la camiseta que me he puesto para ir al trabajo, nada espectacular. Si lo hubiera sabido, habría procurado ducharme y maquillarme para que la primera impresión fuese mejor.

Estoy... demasiado normal. Al menos voy depilada de arriba abajo, y antes de bajar puedo ponerme algo escotado y peinarme para no parecer una zarrapastrosa.

El taxi espera, paciente. Eso es que le han pagado bien.

Saludo cuando me subo a bordo y me pongo el cinturón de seguridad. En las manos llevo mi móvil y nada más. Ni bolso, ni muda, ni objetos de aseo.

No sé si ha sido una acción inconsciente al querer supeditarme por completo a lo que él tenga preparado para mí o si se trata de una imprudencia nacida del despiste, pero un subidón de adrenalina me recorre al imaginar cómo va a regañarme cuando se dé cuenta.

Quizá no lo haga, después de todo. Quizá le satisfaga.

No lo sabré hasta que le vea.

Me paso el viaje en silencio. El taxista no intenta trabar conversación, lo que es de agradecer. No quiero hablar con este tipo mientras pienso en Marcos y en el fin de semana que me espera.

Tiene puesta la radio, pero no presto atención a las noticias. Mi mirada se pierde por la ventanilla a medida que dejamos la ciudad y salimos a las afueras.

Mi vientre se retuerce en un delicioso calambre.

Creo que me está llevando a La Finca, una lujosa urbanización donde no

cualquier persona puede alquilar o comprar una casa.

Aquí vive la *crème de la crème* de la sociedad madrileña: empresarios, deportistas, modelos y famosos que copan las revistas sin esfuerzos.

Pasamos un campo de golf y empezamos a ver chalet de lujo tras chalet de lujo, mansiones blancas rodeadas de jardines vallados en los que cabría mi casa un par de veces.

A medida que el taxista decelera, me pongo más nerviosa. Me muerdo el labio y trago saliva. Doblamos una esquina y el taxi se detiene por completo. El taxímetro marca un precio exorbitante, pero sé que no tengo que preocuparme por ello.

—Buenas noches —me dice el conductor.

—Hasta luego.

Salgo del taxi y lo veo alejarse. Son cerca de las diez y la luz ya ha declinado.

Algunas de las viviendas que me rodean tienen luces encendidas. Seguro que al otro lado de esas ventanas y esas paredes hay escenas hogareñas que nada tienen que ver con lo que me espera al cruzar la puerta del jardín de Marcos.

Pulso el botón del interfono y su voz me recibe.

—¿Quién es?

—Soy Belén.

No me contesta. Oigo el zumbido eléctrico que anuncia que puedo abrir la puerta, así que empujo y paso al interior.

El chalet de Marcos tiene tres pisos y la fachada es blanca y despejada. Frente a la puerta del garaje hay un coche de lujo negro junto a un deportivo color crema.

Me muerdo el labio una vez más y camino entre los parterres de flores y el césped recortado al milímetro hasta la puerta de la entrada. Está abierta.

La luz en el interior está baja y el pasillo se encuentra en penumbra. El aire huele a vainilla y naranja. Se oye jazz en las cercanías. Un suave saxofón que quizá pretenda hacerme sentir en casa, pero cuyas notas hacen poco por

calmar mi nerviosismo.

Reparo en la presencia de Marcos al fondo el pasillo. Lleva una camisa blanca sin corbata y tiene el cuello desabrochado. Su ropa es informal, pero le sienta como un guante. Incluso en la penumbra, chorrea atractivo. Sus ojos se fijan en los míos y parecen arder, y no sé si estoy en peligro o en el paraíso.

—Cierra la puerta —me indica, y yo le obedezco.

Sus órdenes son menos agresivas que las que recuerdo en el tren, cuando hablaba con un empleado. Aquí espera ser obedecido y no necesita imponerse, algo que yo agradezco.

Me gusta cuando los hombres muestran confianza en sí mismos.

Se me acerca y me mira. Es la primera vez que se fija en mí. Yo le sostengo la mirada, casi desafiante. Eso le hace sonreír. Supongo que me encuentra igual de atractiva que en la foto, pues me roza la mejilla con el pulgar y sostiene mi mandíbula con los dedos.

—¿Qué voy a hacer contigo, Belén?

—Lo que tú quieras —le digo, dócil.

—¿Y si quiero hacerlo todo?

—¿Y si yo también quiero hacerlo todo?

Marcos sonríe y me hace pasar al salón. Allí, en la mesa baja junto al sofá, nos esperan dos copas y una botella de Lambrusco. Me pregunta si quiero con la mirada y le digo que sí. Nos sirve.

—Sólo una. No quiero que te emborraches.

—Lo sé.

Nos sentamos, y él se recuesta con comodidad. Su perfil es imponente, orgulloso y aristocrático. Tengo ganas de tocarlo, de besarlo... Pero él aún no me ha dado permiso para hacerlo.

—¿Has hecho esto alguna vez? —me pregunta.

—¿BDSM? —Él asiente y continúo—. Sí. No voy a fiestas, como tú, pero siempre he estado interesada en ello. Tengo algo de experiencia.

—¿Como sub?

—Como switch, en realidad.

Eso le hace sonreír especialmente. Veo un brillo en su mirada que no había hasta ahora: la promesa de algo único, realmente esperado. Yo sonrío, también.

—Eso es muy interesante. Tenía esa esperanza.

Marcos también es switch. Lo intuyo. No he conocido a muchos hombres que lo reconozcan abiertamente. Ellos prefieren adoptar un rol, ya sea dominante o sumiso, y jugar siempre en esos términos.

Yo he tenido encuentros con hombres de ambas clases, pero he de reconocer que he terminado aburriéndome al cabo de unas semanas. Me gusta demasiado intercambiar papeles como para centrarme en uno solo. Si lo hago, me siento encorsetada y sin libertad. Pero Marcos...

Marcos está hecho a medida.

—Prefiero empezar siendo tu dom —dice tras darle un trago al vino—. No suelo dejarme dominar por cualquiera, así que es mejor que rompamos el hielo primero.

—¿Tienes miedo? —le pregunto, mordaz.

Él sonrío como un lobo.

—Quizá tuviera que preguntarte eso a ti. Después de todo, estás en mis dominios y te has entrometido en mi vida sin permiso. Podría hacerte cualquier cosa, ¿sabes?

—Tengo miedo —reconozco—, pero también estoy ansiosa.

Bebo vino.

—Necesitamos una palabra de seguridad. Con desconocidas suelo utilizar luces de tráfico. Verde cuando todo está bien, amarillo para la precaución, rojo para cortar por completo.

—Bien. Ya lo he usado antes.

Se bebe casi toda su copa y la deja sobre la mesa. Se levanta.

—Ven conmigo.

Le imito y le sigo. Me toma de la mano y me lleva por la penumbra del

enorme pasillo hasta las escaleras que llevan al sótano.

El olor cambia aquí dentro, igual que la temperatura. Aquí hace un poco más de calor y huele a cuero y a metal. Marcos enciende la luz y el aire acondicionado y deja que observe su mazmorra mientras él se queda junto a la puerta.

Las paredes están recubiertas de paneles de madera negra y hay cortinas púrpura separando los ambientes. Lo he visto antes, en las fotos de su móvil. Al fondo del todo hay una cruz de madera con correajes de cuero, y por el camino, colgados de la pared, una colección muy completa de instrumentos de tortura.

Veó fustas, floggers, látigos, cadenas, esposas. En el centro de la mazmorra, en el techo, hay un gancho del que suspender a una persona.

Observo varios baúles de madera a los lados, probablemente llenos de cuerdas y otros juguetes. También hay bancos forrados de cuero donde alguien podría sentarse, y un sofá del mismo material perfecto para un montón de juegos.

Si tuviera dinero y una casa como esta, desde luego que me haría construir una mazmorra así.

—Deberías verte la cara ahora mismo —me dice sin moverse de donde está.

Ha cogido un mando de algún estante y pulsa un par de botones. Suena música de ambiente tenue, misteriosa. Nada demasiado intenso, pero lo suficiente para que se sienta aún mayor inquietud, como si la música fuese una presencia que nos acecha.

Me intereso por un cacharro que no había visto nunca antes.

—¿Qué es eso de...?

—No hables si no te lo digo.

Su voz se ha tornado muy autoritaria. Es la misma voz que ha utilizado por teléfono, la que he oído en los vídeos de su móvil. La que me moría por escuchar otra vez. Sé que hemos empezado ya, así que bajo mi mirada, sumisa.

—Esa ropa te queda bien, pero apuesto a que estarás más guapa desnuda. Quítatela.

Sin mirarle a los ojos, me quito la camiseta escotada, las sandalias y los pantalones. Dejo la ropa sobre uno de los bancos y espero.

De reojo, le veo impaciente. Me desabrocho el sujetador y bajo los tirantes por mis hombros con lentitud. No me ha dicho nada acerca de la velocidad, así que puedo demorarme lo justo para que sufra tanto como yo.

Revelo mis pechos y busco su mirada. Los está mirando con lujuria. No son ni grandes ni pequeños, pero los tengo en su sitio, turgentes.

Meto los pulgares en el elástico de mis bragas y las bajo por mis muslos con la misma lentitud. Estoy mojada. Muy mojada. No hemos empezado y ya estoy tan húmeda que lo noto en mis piernas a medida que bajo la prenda.

Cuando estoy desnuda por completo y me yergo para que él pueda mirarme sin remilgos, jadeo ligeramente. Él me enseña los dientes, como un animal hambriento.

Se me acerca despacio. Me saca varios centímetros, y la diferencia entre ambos es suficiente para que yo me encoja sobre mí misma.

Me rodea como si intentase intimidarme, pero no me toca. Me está inspeccionando. De los pies a la cabeza, como si quisiera aprenderse hasta la última marca de mi cuerpo.

Lo hace con la mirada encendida de deseo, de un modo que me llena de excitación. Dudo que alguien haya mirado de la misma manera a una mujer en ninguna otra ocasión.

—Querías que te azotase, ¿verdad? —pregunta.

Asiento.

Él me deja donde estoy y se sienta en el sofá de cuero negro. Entreabre las piernas y hace un gesto para que me acerque que yo no dudo en obedecer. Da una palmada a su lado y yo me siento.

—Túmbate sobre mis rodillas.

Trago saliva y gateo hasta dejar mi cuerpo desnudo sobre sus rodillas. La tela de su pantalón roza contra mis pezones, áspera. Su calor me rodea. Sus manos me sujetan y me recolocan.

Sus dedos me rozan los muslos y las nalgas. Me acarician en movimientos

circulares. Los glúteos, la espalda, las piernas. Su roce es embriagador, igual que su olor. Noto cómo su entrepierna se abulta debajo de mí, aún una insinuación.

Me muerdo los labios y trago saliva. Se me entrecorta la respiración y aún no hemos empezado. Si no me azota pronto, voy a echarme a temblar.

Pero lo hace.

Su mano golpea mi piel y produce un sonido estruendoso. Rebota en las paredes y me llena los oídos. Apenas me ha dolido. Sólo es calor, hormiguelo. Él dibuja círculos en la piel y extiende la sensación un poco más.

Ha sido sólo el principio y lo sabemos los dos.

El cuero negro está helado contra mi piel, que empieza a emitir un calor muy fuerte a medida que mi sangre recorre mi piel y mis músculos.

Cuando me excito, tiendo a sonrojarme; sé que a estas alturas tengo un saludable rubor en mis mejillas y mis pechos. Por suerte, gracias a la postura y la escasa iluminación, Marcos no puede verlo. Está más concentrado en enrojecer otra parte de mi cuerpo que en observar el efecto natural de la biología.

Golpea otra vez. La palmada estalla contra mi culo y noto la reverberación del dolor, aún tenue, bajándome por las nalgas y los muslos. Otro azote más, y otro más. La intensidad crece.

Ahora empieza a picar, y la sensación me hace sonreír y vibrar. Las endorfinas llenan mi cuerpo en un intento de paliar el dolor, y casi me hacen reír. Marcos acaricia mi piel dolorida y permite que me acostumbre a este nuevo estadio.

Luego acomete sin piedad. Su mano se estrella contra mis nalgas una y otra vez, siempre con la misma intensidad y en zonas diferentes, como si quisiera dibujarme un mapa de dolor.

El choque continuo hace que la sensación deje de ser divertida y pase a ser dolorosa. Pronto, tanto mi culo como la cara interna de mis muslos palpitan con queja.

Me remuevo y ya no sonrío; Marcos me sujeta para que no me escape y me dejo caer. Si quiere seguir azotándome, que lo haga. Mi cuerpo se queja y me

muerdo los labios, y mis ojos comienzan a escocer como si quisieran llorar, pero sé que esto no es nada.

No es nada.

—¿Cómo va eso —pregunta contra mi oído.

Su olor penetra en mi nariz y me embriaga, igual que el delicioso vibrato de su voz. Jadeo. Entre los azotes y su manera de hablarme, empiezo a sentir una presión casi dolorosa entre las piernas.

—Bien... —Trago saliva—. Verde.

—¿Sabes? Tengo un problema. —Su mano acaricia mi espalda y se hunde en mi pelo. Tira de él lo justo para que yo me enderece y le mire de reajo—. Quiero hacer demasiadas cosas contigo. No hay prisa, ya lo sé: tenemos por delante todo el fin de semana. —Pega su nariz contra mi sien y aspira. Sus labios me rozan; su aliento me emborracha—. Pero quiero probarlo todo al mismo tiempo.

Me suelta.

—Voy a azotarte tres veces más, fuerte. ¿Podrás aguantarlo?

Le miro de reajo y asiento.

Él cumple su promesa sin dudar. Su mano se hunde en mi carne con toda la fuerza de la que es capaz y un grito escapa de mi garganta.

Se toma un par de segundos para que absorba el dolor; hacerlo demasiado seguido arruinaría lo que quiere conseguir. El siguiente parece aún más fuerte. Grito de nuevo y me crispo sobre sus piernas, pero él me sostiene.

Quiero ser suya.

El tercer azote es casi como un latigazo. Me estremezco sin gritar, vibrando. Ahora sí que ha conseguido que derrame un par de lágrimas.

Soy suya, y me encanta.

Capítulo 5

Marcos deja que me tome un tiempo para recuperarme. Me acaricia las nalgas, que a estas alturas podrían prender una cerilla si la acercase a ellas lo suficiente, hasta que el dolor se vuelve mucho menos insidioso.

Aún noto el calor en la piel y sé que el cosquilleo doloroso me perseguirá durante unas horas, pero no quiero otra cosa. Esto es lo que he venido a buscar y esto es lo que Marcos (sólo Marcos) puede darme.

Abre un cajón y saca un collar de cuero con una anilla de él. Me lo ajusta para que sienta cómo muerde mi piel sin llegar a ahogarme y enreda un dedo en la anilla para tirar de ella hacia arriba. Me dejo llevar sin ofrecer resistencia, y él sonríe. Tira lo suficiente para llevarme hasta su boca y besarme.

Sus labios son suaves, dulces. El principio del beso es casi tierno, pero abre la boca y muerde mi labio inferior con avaricia. Su lengua se mete en mi boca y busca la mía sin ningún cuidado, y su sombra de barba roza mi piel dejándola casi tan sonrosada como mi culo.

Mi corazón se acelera y dejo escapar un gemido. Hacía mucho que no me besaban así, y es tal y como lo esperaba: sucio, apasionado y descuidado. Cuando nos separamos, hay un fino hilo de saliva que cuelga entre nuestras bocas.

Yo quiero más.

Alargo las manos hacia su cuello y trato de acercarlo hacia mí otra vez, pero él se aparta y me da un tortazo. Una sensación de indignación me llena el pecho, pero se torna en sumisión al instante. He hecho algo que no debía y ese es mi castigo. Bajo las manos y la mirada.

—Perdón, amo.

—Tienes las manos muy largas y no te he dicho que pudieras usarlas. Quizá lo que necesitas es aprender a no tenerlas libres.

Saca un rollo de cuerda negra de alguna parte y lo deshace. Golpea el suelo como una serpiente venenosa y se enrolla en torno a mis muñecas, que Marcos ha cogido y ha llevado a mi espalda.

—¿Verde?

—Verde —digo.

Me ata. No puedo ver el nudo, pero sus manos tratan mi cuerpo con delicadeza, pero firmes.

No tienen miedo de tocarme, moverme, doblarme o tirar de mí. Noto cómo la cuerda se enrosca alrededor de mis brazos varias veces, cómo muerde mi piel y pasa por encima y por debajo de mis articulaciones hasta que estoy inmovilizada.

Marcos contempla su obra con orgullo y me mira de frente. Yo, obediente, bajo la barbilla y huyo de sus ojos.

—Tienes unas tetas muy bonitas —dice, alargando una mano y acariciando mis pezones. No los pellizca ni retuerce, sino que los excita con el pulgar humedecido en saliva hasta que se erizan y endurecen casi dolorosamente—. Ya sé lo que voy a hacer con ellas.

Coge un poco más de cuerda y la pasa por mi torso, mi cuello y mi vientre varias veces hasta anudarla en la argolla de mi collar y la atadura de mis brazos.

La cuerda me abraza, firme y agradable. Siempre me ha encantado que me atase alguien experto. Es un acto de amor e intimidad como pocos. No sólo estoy indefensa y abierta a cualquier cosa que él quiera hacerme, sino que la tensión de la cuerda me proporciona un recordatorio constante de pertenencia.

Cuando termina, viene a mí con dos pinzas regulables. Son de metal y están unidas entre sí por una cadena de acero inoxidable.

Ya sé lo que pueden hacer esas zorras. Me estremezco sólo de pensarlo, y mis pezones sensibilizados cosquillean. Hace tiempo que nadie juega con mis pezones, y aunque no me gusta la variante más extrema, reconozco que tengo curiosidad por las intenciones de Marcos.

Abre una y la acerca, tentativo, en busca de mi aprobación. Como no digo nada, la cierra sobre mi pezón. Es una sensación más cercana a la presión que al dolor, nada que no pueda soportar.

Me coloca la otra y observa su obra. Una cadena cuelga entre mis pechos, y su peso incrementa la presión en mis pezones. Por el momento puedo

soportarlo, así que no digo nada.

Él tira suavemente de la cadena y mis pezones se estiran. El cosquilleo está entre el dolor y el placer, igual que gran parte de los juegos que más me gustan.

Ahora que me tiene atada y sumisa, como quiere, está visiblemente satisfecho. Me devuelve al sofá y me empuja hasta que me recuesto.

Se asegura de que no me duelan los hombros ni los codos; después de todo, podría lesionarme si la postura fuese incorrecta. Y ninguno de los dos quiere acabar con esto antes de que empiece.

Me abre las piernas y se arrodilla delante de mí. Mi respiración se acelera sin remedio.

—¿Qué tenemos aquí? —Mi sexo palpitante le espera, pero él no hace más que mirarlo. Estar así, tan expuesta y sumisa, me llena de inquietud y ansiedad. Estoy deseando que me dé placer directamente, pero sé que no lo hará—. Parece que lo que hemos hecho te está gustando.

Tira un poco de la cadena y mi voz se quiebra.

—Sí, amo.

—Podría dejarte así todo el tiempo que quisiera, Belén. —Me toca la barbilla y el cuello—. Podría marcharme y venir a buscarte mañana, incluso. —Su mano baja por mi vientre—. Podría llamar a otra de mis amantes y follármela en el piso de arriba mientras tú estás aquí, esperándome. —Sus dedos se enredan en el vello recortado de mi pubis—. Podría conectar una cámara de vídeo y retransmitirlo aquí, para que lo vieras sin poder tocarte o aliviarte de alguna manera.

Sus dedos permanecen por encima de la apertura de mi sexo. Tan cerca y tan lejos que resultan dolorosos, aún más que la tensión en mis pezones o el cosquilleo de mis nalgas.

—Por favor, no —susurro.

—Pero has sido muy mala conmigo. ¿No crees que te lo mereces?

Me retuerzo. Había temido esto: la venganza.

Lo había temido y lo había esperado. ¿Por qué no puede follarme y ya

está? ¿Por qué no me azota hasta despellejarme? Aceptaré cualquiera de las dos. Cualquiera cosa menos que no haga nada.

—Yo... —Mi voz vacila—. Sí, me lo merezco. Pero te prometo que seré buena a partir de ahora.

—¿Cómo?

Trago saliva.

—Lo único que quiero es que me folles. Por donde quieras, cuanto quieras. Yo no protestaré. —Le miro a los ojos, pero aparto la vista casi de inmediato—. Puedes hacer lo que quieras, pero... Conmigo. Por favor.

Sus dedos bajan. Se internan en mi mojadísimo coño y se mueven hacia abajo sin hacer paradas. Entran dentro de mí hasta los nudillos.

Aunque estoy mojada, siento dolor; él ha querido que duela. Cuando percibe la nota de incomodidad en mi expresión, Marcos sonrío.

—Lo que quiera... —Mueve los dedos adentro y afuera.

Ahora ya no intenta hacerme daño, sino complacerme. Miro hacia abajo y contemplo la escena. Tiene tres de sus dedos dentro de mí y mis jugos se escurren por su mano. La misma mano que me ha azotado hace unos minutos y que he deseado en mi cuerpo, de cualquier manera, desde que le vi por primera vez.

Empieza a moverse más rápido, con más fuerza. Dejo escapar un gemido y me echo hacia delante, pero no tengo ningún punto de apoyo. Vuelvo hacia atrás. Mis pies se crispan y mis piernas se abren un poco más.

Mi culo se hunde en el sofá, y la piel sensibilizada me escuece. Pero ahora mismo mi mundo está en mi coño, en su mano, y no puedo dejar de gemir mientras lo noto dentro de mí.

Su dedo pulgar me roza el clítoris y lo acaricia suavemente. Eso es casi demasiado, casi suficiente. Pataleo, pero él me mantiene inmóvil.

Mientras una mano me penetra sin piedad, la otra me roza alrededor del clítoris, tentándome. Trago saliva. Mi cuerpo deja de ser mío y se mueve sin mi permiso. Ojalá pudiera obligarlo a masturbarme como es debido en lugar de torturarme, pero sé que no puedo. No puedo, no debo y... no quiero.

—¿Y si lo que quiero es dejarte aquí, al borde del orgasmo, durante todo el tiempo que me dé la gana? —pregunta con la voz llena de malicia y orgullo.

Me retuerzo. Sus manos me sujetan, me excitan, me provocan. Su voz es como miel que se derrama en mis oídos.

—Lo que... tú quieras, amo... —consigo articular.

Eso le gusta. Deja escapar un gruñido y me sujeta un poco mejor, echándose hacia delante hasta que nuestros pechos casi se tocan. Su proximidad me intimida. Me pego al sofá y bajo la mirada, pero él busca mi boca y la funde a la suya en un beso tan tórrido y húmedo con la última vez.

Sigue moviendo las manos y acariciándome el sexo. Gimo en su boca sin poder evitarlo y busco aire, pero él insiste en besarme. Me corta la respiración.

Noto la fuerza del orgasmo aproximándose, como cuando el mar se retira de la orilla antes de una ola. Lo noto en mis pies y mis manos, en mi vientre, en mi pecho, en mi garganta. Y, sobre todo, lo noto en mi entrepierna.

Grito y el placer fluye en un torrente imparable, con una fuerza insuperable que me mueve de arriba abajo.

La boca de Marcos me muerde el mentón y el cuello, fuerte. El dolor de sus dientes sólo ayuda a que se incrementen mis sensaciones. La cabeza me da vueltas, y durante un segundo creo que voy a morir. Pero mis predicciones fallan y vuelvo a mi cuerpo. Desmadejada, rota, sudorosa, empapada.

Marcos sale de mí con un ruido húmedo y me sostiene mientras me repongo. Mi respiración sale de mi boca en jirones. Mis pulmones casi son incapaces de mantener el flujo de oxígeno que mi cerebro necesita.

—Eso ha estado bien —dice él, y me da la vuelta para desatarme las manos. Me masajea las muñecas y los hombros para asegurarse de que la circulación fluye por ellos y que yo no sufra ningún dolor que él no haya causado a propósito.

—Quiero complacerte —farfullo, incapaz de articular las palabras sin tartamudear. El orgasmo me ha dejado casi K.O.—. Quiero... P-por favor...

Marcos sonrío y me acaricia la barbilla.

—Podría follarte ahora mismo —dice, como si fuera divertido, y yo asiento

con ganas.

Quiero que se corra gracias a mí. Que me use como prefiera. Necesito esa satisfacción mental.

Marcos tira de la parte inferior del sofá y se abre de golpe. Yo ruedo por ella sin querer, sorprendida por el efecto que casi parece magia.

Ahora es casi un sofá cama, con espacio suficiente para que nos tumbemos los dos. Parece que va a acceder a lo que le he suplicado, y eso me enardece más que casi cualquier cosa.

Se acerca a uno de los armarios y saca de él lo que parece una caja de condones.

Se quita los zapatos, se desabrocha la camisa y me deja ver su pecho tonificado, pálido sin ser lechoso. Salivo sin querer imaginándome recorriendo esos músculos con mi lengua, pero recuerdo que no puedo hacer nada que él no me ordene primero, así que espero.

—Levántate.

Me pongo en pie al momento. El movimiento rápido hace que la cadena que une mis pezones se meza, proporcionándome un fuerte cosquilleo en ellos. Empieza a doler considerablemente, sobre todo tras el chute de excitación y hormonas que me ha proporcionado el orgasmo.

Marcos se tumba donde estaba yo y su postura no tiene nada que ver con la mía. Él está en control, relajado, poderoso.

Se acaricia el vientre y baja la mano hasta el botón de su pantalón, que desabrocha demasiado lentamente. Trago saliva. Baja la cremallera y libera una erección que debe de llevar soportando desde hacía tiempo.

Se desliza el calzoncillo hasta la mitad del muslo y emerge su miembro, duro y palpitante contra su ombligo. Abre la caja, saca un condón, rasga el envoltorio en un movimiento rápido y se lo coloca en un abrir y cerrar de ojos.

—Ven aquí.

Me atrae con una mano y me obliga a sentarme sobre él. Cada vez que me muevo, la cadena de mis pezones se estremece, y yo con ella. Pongo una rodilla a cada lado de él y espero. Marcos guía su miembro hasta penetrarme y me toma de la cadera; sus dedos se hunden en mi carne con afán posesivo.

Lo siguiente no me lo espero. Empieza a moverse tan vigorosamente que tengo que apoyarme en el respaldo para no caer sobre él.

Su manera de penetrarme es brutal, desaforada. El meneo me hace arder los pezones, y él es tan grueso y tan grande que a pesar de que ya me he corrido no puedo evitar excitarme otra vez.

Aunque yo esté arriba, el que manda es Marcos. Es violento y brusco, pero me gusta. Él está tan excitado como yo; sus jadeos son casi gemidos, y en su mirada puedo ver que no va a tardar demasiado en acabar.

En un destello de malicia, tira de la cadena y me hace ver las estrellas. Grito de dolor y placer. Nuestros cuerpos chocan, sudorosos y empapados, y nuestros gemidos empiezan a confundirse.

Cierro los ojos y me muerdo los labios en un intento de abandonarme a mí misma, de convertirme en poco más que un objeto con el que Marcos se satisface. Y entonces, como un sueño cumplido, le oigo gemir en alto y contraerse contra mí.

Es como cabalgar a un toro bravo que me quiere desmontar. Pongo a prueba mi equilibrio y le acompaño en cada envite hasta que se queda tendido y en silencio, sólo jadeando.

Capítulo 6

Nos quedamos quietos un buen rato, pero Marcos termina por indicarme que le desmonte y se quita el condón usado. Lo anuda y lo deja en el suelo. Se dirige a mí y me desata. Observo las marcas que han quedado señaladas en mi piel, como testigos rojos del placer sucio del que acabo de ser partícipe.

Me quita las pinzas con cuidado, poco a poco. A medida que la sangre vuelve a mis pezones, el dolor se vuelve más intenso que nunca. Pero él está a mi lado, cuidándome. Me ayuda a limpiarme y me lleva al piso de arriba, donde acepto un baño caliente con espuma.

Me dejo lavar el cuerpo y el pelo. Las mismas manos que me han golpeado me suavizan los nudos de los músculos, se internan en los bucles de mi pelo y masajean mi cuero cabelludo.

Marcos se asegura de que mi piel no se haya resentido en exceso por los azotes y los mordiscos. Me alivia con crema hidratante y me masajea hasta que me siento mejor.

Yo me dejo llevar, guiada por su mano experta. Tengo el cuerpo embotado por las endorfinas y casi me siento drogada. Mientras me cuida, me parece ver en Marcos a una figura beatífica, angelical.

No nos conocemos, pero me trata con tanta ternura como violencia. Hay una conexión entre nosotros tan evidente que casi podemos tocarla, paladearla. Ninguno hablar de ello, pero está claro que hemos encontrado algo único y especial.

—Has sido buena —me dice y estoy a punto de explotar por el orgullo que siento.

Esto es lo que se llama aftercare, una parte importantísima del BDSM que la cultura popular deja casi siempre de lado.

Podría decir que es mi parte favorita, pero mentiría; mi corazón late con fuerza cuando hay sudor, cuero y saliva, y es innegable que es lo que me atrae de veras en una relación sexual de este tipo.

ero un buen dom se revela al final, cuando es capaz de deshacer lo que ha

creado. Cuando consigue que te sientas como una reina después de haberte hecho sentir como una puta.

Marcos lo consigue.

Aunque apenas nos conozcamos, hay una conexión entre nosotros que no podríamos obviar de ninguna manera.

Él se ducha mientras yo me seco. La mampara de cristal me permite ver su cuerpo desnudo sin ambages. Es evidente que hace deporte, pero sin que llegue a ser excesivo.

Tiene los hombros anchos y el torso marcado, y el agua resbala por su cuerpo como en un anuncio de champú. Cuando se da la vuelta para aclararse el pelo, puedo echarle un vistazo a su culo perfectamente delineado.

Aunque estoy cansada por el juego previo, una idea dentro de mí enciende la lujuria. Quiero hacerle cosas a ese culo.

Estoy segura de que le gustaría tanto como a mí que le azotase y varease hasta gritar, igual que en las fotos de su móvil. En ellas aparecía totalmente sometido. Quiero ver eso en directo. Quiero ser su dueña.

Pero por el momento, debemos descansar. Los dos.

Limpios y desodorizados, enfundados en unos albornoces color vino de lo más suaves y agradables, nos sentamos en el sofá de salón. Marcos trae una bandeja de la cocina con cosas para picar: paté del bueno, queso, fruta, mermelada, salmón ahumado y otros aperitivos fríos.

También me enseña la botella de Lambrusco que hemos empezado antes. Nos tomamos una copa y cenamos un poco de todo sin dejar de mirarnos. Hay cierta electricidad en el ambiente, como un campo de estática que nos eriza el vello y nos llena de energía y cosquilleos.

—¿Cómo empezaste en esto? —me pregunta.

—Ya sabes, como todo el mundo.

Sonríe y bebe un trago de vino.

—Eso es una respuesta muy evasiva. Creo que ya nos conocemos lo suficiente para que confíes en mí y me digas un par de verdades.

Me encojo de hombros.

—¿Qué puedo decir? Supongo que siento impulsos sadomasoquistas desde que era pequeña. Me gustaba jugar a atar a mis muñecas y a mis amigas.

—Oh, eso suena interesante.

—Era muy pequeña, así que no seas pervertido.

Levanta las manos en señal defensiva.

—No estaba diciéndolo en ese sentido. No eres la primera que me cuenta algo como eso. —Mastica una tosta untada de paté y la pasa con otro sorbo de vino, dulce y espumoso—. ¿Cuándo te diste cuenta de lo que era en realidad?

Sonrío. Podría decirle la verdad. Sí, ¿por qué no?

—Mi hermano tenía revistas porno, como todos los chavales antes de Internet. Yo se las cogía sin que se diera cuenta y las miraba. La mayor parte de las fotos eran vainilla.

>>Ya sabes: polvos normales, mamadas, tías con tetas enormes que miraban a la cámara como guarras... Eso era interesante. —Me sonrío. Me está mirando con mucho interés, como embrujado—. Lo que más me gustaban eran los relatos.

>>Eran mucho más... estimulantes. —Hago una pausa y él respira. Le tengo en mi mano—. Una vez me encontré con uno que describía un encuentro SM. No era nada excesivo; después de todo, la revista era una porno normal.

>>Pero hablaba de cosas que me despertaron fantasías que, hasta entonces, no habían tenido nombre. Luego... —Suspiro—. Luego pusieron Internet en mi casa y aprendí a utilizarlo mejor que nadie.

>>Estuve entrando en páginas BDSM desde los dieciséis o diecisiete. A veces escribía relatos eróticos y los colgaba con seudónimo, o hacía cibersexo con desconocidos, por el chat. Así encontré a mi primer dom.

—Cuéntame más.

Ser sincera es peligroso. Lo sé por experiencia. Pero no puedo negarme a decirle la verdad. Sus ojos y su voz me tienen subyugada.

Ladeo la cabeza y le muestro el cuello antes de mirarle a los ojos profundamente.

—Tuvimos una relación a distancia. Me daba órdenes a través de Internet

y yo las cumplía. No duró demasiado. Él vivía muy lejos y la relación no tenía futuro, aunque fue divertido mientras lo disfrutamos. —Sonríó—. La primera vez que practiqué BDSM en persona fue con un antiguo novio.

>>Él tenía tendencia a la sumisión. Aunque yo nunca había actuado como domme con anterioridad, fue divertido aprender. Miguel tenía una capacidad para resistir el dolor extraordinaria.

El recuerdo es agrisado. Generalmente, yo me cansaba mucho antes que él. Sólo conseguí convertirlo en un crío sollozante un par de veces. Lástima que acabara como lo hizo

—Pero todo acaba —concluyó—. Él no estaba preparado para una mujer como yo.

—¿Una mujer como tú?

—Soy una persona compleja con muchos apetitos, y muy variados.

—Nos parecemos, entonces.

—Más de lo que crees.

Marcos se termina la copa y la deja sobre la mesa.

—Me has dado esa impresión. No es muy usual que una chica sea tan lanzada, ni tan decidida. Generalmente prefieren dar señales y dejar que las cortejen. Pero tú... —Me sirve más vino—. Buscabas algo y lo has conseguido.

—¿Eso quiere decir que esto es el principio de algo más? Porque eso es lo que quiero.

—Depende.

—¿De qué?

—De cómo termine este fin de semana.

Nos miramos y yo arqueo una ceja. A pesar de que llevo puesto el albornoz que me ha prestado, no puedo evitar sentirme desnuda. Me deshago de la ropa y dejo que caiga al suelo.

Ahora lo estoy de verdad. Él traga saliva y alza las cejas, entre confuso y expectante. Yo aparto la bandeja y me subo a horcajadas sobre él. Le aparto la copa de la mano y la dejo sobre la mesita auxiliar detrás del sofá.

Le tomo del cuello del albornoz y le beso. No es un beso lujurioso como el de hace horas, sino suave y sentido. Ahora que estamos fuera del cuarto de juegos, me permito ser hasta dulce.

Rozo su labio inferior con mi lengua y le incito lo justo para que su respiración se acelere; bajo los labios y beso su mentón y su garganta. Sus manos tratan de tocar mi culo, pero yo se las agarro y las llevo detrás de su cabeza. Él sonríe, pero yo le acallo con mi mirada más seria.

—Esto es sólo un aperitivo, cariño —le digo contra los labios.

Abro el albornoz muy despacio y rozo su piel con los dedos. Recuerdo las ganas que sentía antes de lamer y morder sus pectorales, pero ahora no voy a hacerlo. Quiero que sienta tanta tensión como yo he sentido desde que me lo encontré en el tren. Quiero que se muera de anticipación.

Mis dedos bajan por su vientre hasta su entrepierna. He notado cómo reaccionaba a mis caricias y se endurecía levemente.

Ahora que mis manos están en terreno peligroso, lo hace más rápido, hasta que la punta de su pene emerge entre el algodón del albornoz. Sus ojos parecen embeberme. Tiene la boca entreabierta y puedo ver cómo late su corazón en su cuello.

—Cuéntame cómo empezaste tú —digo, y me aprieto lo suficiente para que pueda sentir mi proximidad, pero no para que se sienta satisfecho por ello.

—Fue en la universidad, en California. —Cuando mi boca toca su cuello, se estremece—. No tenía ni idea de nada, pero me invitaron a una fiesta kinky y pude ver por mí mismo cómo era.

>>Algunos de mis amigos salieron espantados, pero yo me quedé. Nadie lo supo, pero yo... —Mi mano se apoya en su vientre y él jadea—. Yo le pedí el número a una de las mentoras y participé en las siguientes reuniones que hicieron.

—¿Te la follaste? —pregunto mientras mis dedos suben por su pecho hasta sus hombros y se hunden en los músculos prietos.

—Más bien me folló ella a mí. También me enseñó cosas. A... a atar, por ejemplo.

—Atas muy bien.

—Gracias. ¿Tú sabes hacerlo?

—Sé algunas cosas. Pero puedo aprender a hacerlo como a ti te gusta. — Noto su polla atrapada entre mi vientre y el suyo. Me aprieto más para que sienta mi calor, y me mezo para incitarle todavía más—. Quiero hacer las cosas como a ti te gustan. Quiero ser lo que esperas que sea.

—Creo que podrías serlo —jadea—. Podrías...

—¿Sí? —pregunto contra sus labios, una vez más.

—Me estás poniendo a cien. Podrías hacer que me corriera, ¿no?

—Podría. Pero, ¿dónde estaría el sufrimiento en eso?

—Tienes razón.

Baja la mirada. Le tengo. Es mío. Apenas he hecho nada y ya es mío. Su papel de dom ha quedado sepultado bajo esta sumisión repentina. No he necesitado casi nada para doblegarlo: me estaba esperando, igual que yo a él.

Casi me da pena dejarle así.

—Antes me has dejado dolorida.

—Lo siento.

—Si quieres correrte, vas a tener que emplearte a fondo para que te perdone.

—Lo que sea.

Le toco el miembro erecto por primera vez desde que estamos aquí. Lo aprieto y lo acaricio. Está duro y seco, y palpita contra mi mano casi con desesperación. Sus ojos se clavan en los míos. Le tengo. Le tengo en todos los sentidos.

Me dejo caer en el sofá y abro las piernas. Me paso la misma mano que he usado para tocarle por mi sexo, que brilla por la humedad de mis jugos, y le miro incitante.

—Pruébame. Cómeme. Y quizá entonces hablemos.

Traga saliva. Se despoja de su albornoz y se inclina entre mis piernas. Me besa los muslos, los lame con adoración. Yo apenas le dedico mi atención. Quiero que sufra buscándome, igual que he hecho yo antes.

Le oigo suspirar mientras besa mis ingles. El cosquilleo de su barba incipiente es agradable, pero no la usa para escocerme la piel como cuando los papeles estaban invertidos. Ahora busca agradar y complacer, y sabe que cualquier paso en falso puede significar que le niegue el orgasmo que está buscando.

Su lengua pasa por mis labios en una prueba leve. Noto su respiración en mi piel, su aliento en la parte más sensible de mi cuerpo. Sus manos me acarician los muslos y las caderas, suben por mi cuerpo y me tocan los pechos.

Tratan de deshacer el dolor que me han causado las pinzas, cambiarlo por el roce agradable de las yemas de sus dedos. Su lengua se hunde en mi sexo. Lo noto explorar entre mis pliegues, lamirme y gemir de placer.

Me dejo caer un poco más para que tenga acceso a todo lo que quiera buscar. Toma mi clítoris entre sus labios y lo succiona. Luego hace círculos en torno a mi nódulo más sensible, baja un poco más y se deleita paladeando mis labios y el sabor salado que encuentra en ellos.

Mis dedos se hunden en su pelo húmedo. Lo está haciendo bien. Lo está haciendo muy bien. No hay nada más atractivo en un sumiso que su satisfacción a la hora de hacer sexo oral.

Yo actúo en consecuencia: le tiro del pelo y le aprieto con los muslos. Me muevo al mismo tiempo que su boca, lo que parece excitarle todavía más.

Sus dedos me aprietan la cintura y de su boca sale un gruñido que reverbera en mi sexo. Yo sonrío y me dejo llevar. Sus ojos me buscan al tiempo que su lengua me recorre de arriba abajo.

—Muy bien —le digo, y él aumenta el ritmo.

Aunque ya me he corrido dos veces antes, pronto estoy al borde del tercer orgasmo. Sus gemidos se confunden con los míos, y dejo caer la cabeza.

Cierro los ojos y siento que su lengua me transporta a otra realidad donde el placer me acomete como llamaradas, llevándome a un paroxismo en el que dejo de pensar. Él sigue lamiendo sin parar aunque yo ya he terminado.

Le tengo. Le tengo por completo.

Le aparto y me mira, a la espera. Tiene la barbilla empapada y las mejillas sonrosadas por el esfuerzo y la excitación.

Está completamente erecto, y sus ojos me buscan como implorándome que haga algo por él. Yo me incorporo. Me duelen las piernas de la tensión y estoy agotada: ha sido un día lleno de emociones y quiero irme ya a dormir para poder empezar otra vez mañana.

Me pregunto si me perdonaría que le dejase así, y sé al instante que no. Ni siquiera aunque la dominación implique ser cruel de vez en cuando.

Además, no se lo merece. Ha sido bueno y me ha seguido muy rápido, como si estuviera hecho para comprenderme. Aunque esté cansada y adore verlo así de desesperado por mi atención, tengo que ponerle un broche de oro a esta noche.

—Quédate quieto —le ordeno, y le tumbo contra el respaldo como al principio. Él obedece y respira entrecortadamente. Le monto a horcajadas una vez más, pero doy espacio suficiente para que nuestros cuerpos sólo se toquen si así lo quiero.

Tomo mis propios fluidos con los dedos y los utilizo para lubricar su pene. Él se estremece mientras le acaricio con las dos manos. Le sujeto con firmeza, con posesividad. Su mirada se centra en la mía, como si me implorase que no le falle.

No le voy a fallar.

Le doy un lengüetazo en la barbilla y le como la boca. Él responde sin tocarme. Sus manos están en el respaldo, muy obedientemente. Tiene la piel ardiendo y perlada de sudor, y cada vez que me muevo él se estremece.

Subo y bajo la mano en una caricia masturbatoria. Le rozo los testículos y se los aprieto suavemente. Noto cómo él se tensa. No hemos hablado de si a él le atraería que le hiciera daño en esa zona y no voy a llevarlo a cabo.

Lo cierto es que a menos que Marcos me diga que es lo que desea, no me atrae demasiado. Pero me gusta ver el miedo en sus ojos y notar la tensión en sus músculos, y tener al hombre que me ha azotado bajo mi total control.

Su respiración se vuelve errática a medida que yo empiezo a bombear con más fuerza. Sus caderas suben, como si intentase follarse mi mano, y yo le repruebo con una mirada dura que vuelve a convertirlo en mi esclavo sumiso.

—No te muevas —le ordeno, y sé que no lo hará porque ha notado la autoridad en mi voz.

Dejo caer un hilillo de saliva sobre mis manos y continuo moviéndolas mientras de sus labios brotan gemidos. Él cierra los ojos y deja caer la cabeza hacia atrás, y yo le sigo para que sienta mi respiración muy de cerca.

Gime en alto y noto cómo vibra de verdad, y cómo su cuerpo parece a punto de rebelarse contra mí a medida que se aproxima al orgasmo. Pero yo me armo de fuerza y de paciencia y le sostengo mientras mis manos terminan de llevarle al paraíso y grita.

Se derrama sobre su pecho y el mío, caliente y abundante, como si nadie le hubiera tocado desde hace meses. Sus hombros tiemblan y cierra los ojos, y sus gemidos se convierten en un murmullo, casi un maullido.

Me limpio las manos en sus brazos y le beso en los labios. Él no tiene fuerzas para nada demasiado intenso, pero me devuelve el gesto con dulzura. Le sostengo la cabeza contra mi pecho y beso su frente. Está cubierto de sudor, pero no me importa. En realidad, me gusta.

Estoy deseando que llegue mañana.

Capítulo 7

Dormimos en camas separadas. No es por nada personal, ni por traumas de infancia, ni algo por el estilo. Los dos preferimos descansar por nuestra cuenta, sin tener que pelear por las mantas, soportar ronquidos o patearnos sin querer en la madrugada.

Estoy tan cansada que apenas puedo ponerme el camisón que Marcos me ha prestado (que no sé si pertenecería a alguien con anterioridad, o si lo tiene guardado por algún propósito fetichista), y tan pronto como me tumbo y me cubro con las sábanas, me quedo dormida.

Me despierto de madrugada extrañamente despejada. Salgo de mi habitación y me dirijo a hurtadillas a la de Marcos. Entreabro la puerta y miro desde fuera. El dormitorio está en penumbra, pero alcanzo a distinguir la silueta de Marcos bajo las sábanas, respirando rítmicamente.

Le dejo donde está; no tengo ninguna intención de sacarlo de los brazos de Morfeo. Necesita el descanso. Mañana será un día largo para los dos, y quiero que esté conmigo al cien por cien. Voy a exprimirlo hasta agotarlo.

Me dirijo a las habitaciones contiguas y las inspecciono desde la puerta. La mayor parte de ellas son habitaciones de invitados, más bien vacías de muebles.

Todas tienen un aire impersonal que me tranquiliza. Marcos vive y duerme solo, y aunque sé que tiene que organizar alguna que otra fiesta privada como de la que hemos disfrutado hoy, es libre.

O lo era, hasta ahora.

Echo un vistazo por el despacho y la biblioteca. La mayor parte de los cajones están cerrados con llave y encontrarla me llevaría mucho tiempo. De todos modos, apuesto a que están llenos de papeleo aburrido que me haría bostezar incluso a otra hora.

Todo es muy aséptico, como si Marcos no viviera realmente aquí, sino en su mazmorra. Allí se podía describir su personalidad y sus gustos, pero la primera y segunda planta parecen la vivienda de otra persona.

Alguien completamente insípido que no podría haberme llamado la

atención lo más mínimo, por mucho dinero o atractivo que tuviera.

Vuelvo a la cama casi una hora después. Pronto empezará a amanecer. Me envuelvo en las sábanas y suspiro. Debo dormir un poco más. Yo también voy a necesitar todas mis fuerzas.

Aunque me cuesta conciliar el sueño, cuando despierto son ya las once. Me desperezo enseguida y bajo descalza las escaleras después de comprobar que Marcos ya no está en su dormitorio.

Huele a café. En la cocina, Marcos está exprimiendo unas naranjas en un exprimidor eléctrico. Tiene el pelo húmedo y despeinado y está recién afeitado. Me sonrío cuando entro.

—¿Qué tomas para desayunar?

—No suelo desayunar.

—Eso está fatal.

—¿Vas a controlar mis comidas? Pensaba que no teníamos ese tipo de relación.

—No. No puedo permitirme una vida de dominación 24/7, y tampoco la quiero —responde mientras me pregunta con un gesto si quiero café. Asiento—. No me atrae estar pendiente de otra persona a todas horas.

>>Si practico BDSM es para relajarme, ¿sabes? —Extiende una capa de mantequilla sobre una tostada caliente y me la ofrece—. Tengo una vida muy estresante y lo que menos necesito es otro motivo más para preocuparme.

—Ah, así que encajas en el estereotipo de ejecutivo agresivo al que le gusta que le dominen... —digo con intención mientras echo mermelada de frambuesa en la tostada.

Sonríe.

—También me gusta dominar. ¿Y tú dónde encajas?

—Yo no encajo en ningún sitio.

Se echa a reír.

—Ya es por la mañana, ya nos hemos acostado. Creo que puedes dejar caer el disfraz de chica misteriosa.

Arqueo las cejas. Eso que ha dicho me ofende.

—¿Qué te hace pensar que es un disfraz?

—Todo el mundo lleva puesto un disfraz. Yo hago como que soy un miembro productivo de la sociedad, demasiado normal para que le guste llevar y poner collares de cuero.

>>Tengo que proteger mi intimidad. Si se supiera lo que soy y lo que me gusta, estaría en problemas laborales y personales. —Se sirve otra tostada caliente y extiende la mantequilla sin dejar de hablar—. Tú juegas cuando no hay juego.

>>Te lo tomas como algo personal. —Se sonríe, esta vez con malicia—. Pero no creas que me intimidas. He visto a muchas personas como tú.

—No has visto a nadie como yo.

¿De qué va este tío? ¿Cómo se atreve a ponerme en duda de esta manera?

—Estás enfadada.

—No has visto a nadie como yo —insisto, y él se encoge de hombros y sonríe.

—Está bien, está bien. Lo retiro. Lo siento. Me he pasado de listo.

Aunque se haya disculpado, el aire sigue enrarecido. Odio que me pongan en duda. Si estamos aquí es porque, como él ha dicho, yo he tenido el valor de seguir adelante e ir a buscar lo que quería.

Si cualquier otra persona se hubiese encontrado el móvil, lo habría devuelto inmediatamente, lo habría llevado a una comisaría o lo habría formateado para quedárselo o venderlo.

Pero yo no. Yo caí en su embrujo inmediatamente, pero tuve el valor necesario para ir a su oficina y llevárselo en persona.

Por si fuera poco, le dejé mi fotografía para que me buscara de vuelta, exponiéndome al castigo o a cualquier otra consecuencia. ¡Le di mi dirección! ¿Es que cualquier otra mujer se habría atrevido a hacer algo así?

Mientras me concentro en mi café, noto sus dedos en mi hombro. Ha dado la vuelta desde el otro lado de la barra americana y ahora está a mi lado. El olor que irradia es un aura que amenaza con controlarme. Trato de

sobreponerme, pero su toque es intenso, tanto como su mirada.

—Tienes razón —me dice—. Eres especial.

Me vuelvo hacia él y busco sus ojos. Nos miramos durante varios segundos, como en un duelo de voluntades en el que ninguno de los dos quiere ceder, y finalmente bajo la barbilla y sonrío.

Sé que, pase lo que pase ahora, me resarciré más tarde. Voy a mostrarle cómo de especial soy de un modo u otro, y aunque esto haya sido una disculpa forzada que realmente no cree, pronto no tendrá otro remedio que obedecerme en todo.

—Bien. No lo olvides.

Me acaricia la nuca de un modo tierno. Yo sonrío. Vuelvo a tomar un sorbo de café, pero esta vez ya no hay tensión entre nosotros.

Marcos da la vuelta y continúa desayunando, y de vez en cuando me mira de reojo con la sombra de una sonrisa asomando a sus labios. Me gustaría pasar los dedos por su pelo y por sus hombros, pero me estoy reservando para más tarde. Voy a hacer que ansíe que lo toque.

—Quiero tener un momento a solas en la mazmorra —le digo cuando los dos hemos terminado y él recoge los platos y las tazas para meterlas en el lavaplatos.

Marcos sonrío de oreja a oreja, como adelantándose a lo que está por ocurrir. Parece un niño que sabe que dentro de poco podrá abrir sus regalos de Navidad. El aperitivo de anoche le ha abierto el apetito hacia la sumisión.

—Por supuesto. Haz lo que quieras para prepararte.

—Antes, necesito saber cuáles son tus límites.

Se apoya en la encimera de mármol y se acaricia el antebrazo. Hoy se ha puesto una camisa de tirantes para luchar contra el calor veraniego, aunque el aire acondicionado a tope palia en gran medida la pesadez del calor. Se le pega a la piel y delinea a la perfección la forma de sus músculos, y el pequeño repunte de los pezones.

—Me gusta recibir dolor, pero no de alta intensidad. Estoy un poco oxidado. Los azotes están bien. La flagelación también, aunque prefiero los floggers a los látigos. No me interesa jugar con agujas ni nada que perforo o

corte mi piel. No quiero sangrar.

—No pensaba hacerlo —respondo con una sonrisa.

—Me gusta cumplir órdenes. Puedes insultarme, pero no me interesa la humillación extrema. No me gusta que se rían de mí ni dentro ni fuera de la mazmorra —responde con un brillo serio en la mirada—. Puedes amordazarme o taparme los ojos, pero no me asfixies de ninguna manera.

>>Ni estrangulación, ni aplastamiento. Tampoco estoy interesado en la animalización, ni la feminización, ni nada de ese estilo.

—Te ajustas bastante a mis propios gustos, la verdad.

—Me daba esa impresión. —Se rasca la barbilla—. ¿Qué más? No le digo que no a la estimulación anal, pero necesito mucha preparación si pretendes penetrarme con algo más que un dedo. Dilato fatal.

Me echo a reír. No digo que no me fuera a interesar follármelo con un strap-on en algún momento, y agradezco la información, pero no tengo intención de llevar a cabo esa fantasía hoy.

—Por el momento no vamos a tocar ese área. Creo que me voy a limitar a verificar los límites de tu culo en otro sentido.

—Sobre bondage e inmovilización, eres libre de hacer lo que quieras excepto suspensiones. No conozco tu destreza con las cuerdas, así que de momento está fuera de la conversación. No te ofendas.

—No me ofendo.

Pienso en si alguna de las cosas que tengo planeadas necesitan de algún permiso especial y creo que no es así.

Me acerco y le beso en los labios profundamente. Su respiración se acelera tan pronto como nuestras lenguas se encuentran, y cuando me aprieto contra su pecho él responde con su cadera.

Sus manos rozan mis hombros y bajan por mi espalda hasta la cadera, cerrándose con más fuerza de la que me habría gustado. De aquí en adelante, será mejor que se acostumbre a esperar a que yo le dé permiso para ese tipo de acercamientos

— Será mejor que baje a echar un vistazo —añado, apartándole con

suavidad.

Marcos se muerde el labio y se sonríe, como si evaluase la posibilidad de mandarlo todo al carajo y follarme aquí mismo. Pero tiene la misma hambre que yo y quiere saber de lo que somos capaces juntos.

Podría tirarse a cualquier tía sobre la encimera, como si fuéramos los protagonistas de una película de madrugada subida de tono, pero eso no es lo que desea de verdad. Marcos necesita a una sumisa y a una ama, a alguien que pueda ser ambas a la vez. Y quiero demostrarle que soy esa mujer.

Usando toda mi fuerza de voluntad, me alejo de él y bajo al sótano. Mis ojos tardan en acostumbrarse a la tenue luz de la mazmorra, que aunque es regulable no puede compararse a la luminosidad del piso superior.

Recorro con la mirada las herramientas que cuelgan de las paredes en busca de ideas y un guion. Me acerco con interés a los floggers y sopeso dos con la mano. Giro sobre mí misma y rebusco en los cajones hasta dar con unas esposas que me convencen, y luego doy con una cadena de la longitud que me interesa.

Después de ojear y apuntar mentalmente, me doy cuenta de que hay un armario donde Marcos guarda sus trajes.

Hay parafernalia de cuero y látex que imaginar sobre el cuerpazo de Marcos me provoca un ardor intenso, pero también encuentro disfraces para roleplaying que me hacen sonreír. Uniformes militares, de policía y hasta de doncella francesa. ¿Qué tendría en mente cuando los compró?

Hay algo que me llama la atención especialmente. Es un corsé y una falda de formas femeninas, de cuero y broches de metal plateado. Cuando me lo pego al pecho para comprobar si me valdría, descubro que es de mi talla.

La alegría revolotea en mi interior cuando me quito el camisón y me lo pruebo. Se pega a mí como un guante. El olor penetrante del cuero es suficiente para ponerme a tono. Me siento poderosa. Estoy deseando que me vea con este aspecto para que se rinda ante mí. Sí, voy a usar esto.

Creo que tengo todo lo que necesito para hoy.

Tengo muchas ganas de empezar, pero cuando subo de vuelta al primer piso le indico a Marcos que cuando esté listo me lo diga. Él tiene que atender un par de asuntos en el despacho primero, así que yo aprovecho para darme

una ducha y repasar varias veces la escena que tengo preparada.

Me estoy secando en mi dormitorio cuando Marcos aparece en la puerta con una sonrisa. Se deleita en mi figura, que yo no hago nada por ocultar. Su sonrisa lo dice todo: está tan deseoso de empezar como yo.

Quizá se le pase por la cabeza la posibilidad de invertir los papeles. Después de todo, lo de ayer demostró que tenemos química y que me porto bien. Pero se queda quieto, paciente, y se apoya en la jamba mientras cruza los brazos.

Yo dejo caer la toalla y doy un paso adelante, con desafío.

—¿Qué haces así todavía? Ve abajo y desnúdate —le digo sin levantar la voz, pero en tono duro. No necesitas gritar para imponerte a alguien si sientes la autoridad en tu interior y la otra parte está dispuesta a escuchar tus órdenes.

—Sí —responde, y se da la vuelta.

—Sí, ama —corto, tan rápida como un látigo.

—Sí, ama.

Sus ojos brillan con interés y en su boca se adivina una sonrisa de anticipación, pero en cuanto le encuentro con la mirada vuelve a bajar la suya. Desaparece y yo tengo tiempo para ponerme el traje de cuero que he encontrado en la mazmorra.

Ahora que tengo un momento para mirarme en el espejo, confirmo que me siento tan bien como esperaba. Se ciñe a mi cintura dibujando una figura de reloj de arena. Mis pechos se reafirman bajo la prenda, más voluptuosos. Sonríe. Cuando Marcos me vea así, estoy segura de que se le caerá la mandíbula.

Desciendo las escaleras hacia el sótano sintiéndome poderosa, y cada paso me hace cerciorarme de esa idea más y más. Antes de abrir la puerta, contengo el aliento.

Ahora o nunca.

Empujo la puerta y dejo que se abra del todo antes de asomarme al umbral. La mazmorra sigue igual que la he dejado, con la luz tenue y la música ambiental sonando a un volumen agradable y no demasiado invasivo.

Lo único nuevo es Marcos, que está totalmente desnudo en el centro de la mazmorra, bajo la argolla de suspensiones. Cuando me mira, veo cambiar su expresión.

Su pecho sube en una inspiración profunda y se detiene, como si le costase soltar el aire. Su boca se tensa, sus ojos se abren. No hay sonrisa, no hay brillo de ánimo. Hay estupor, sorpresa y... satisfacción.

Avanzo hasta él y le rozo la mandíbula con las uñas largas. No le arañó, pero el toque es suficiente para que perciba la tensión en la piel. Le miro con media sonrisa. Estoy orgullosa de él.

Tiene un cuerpo maravilloso y una cara muy atractiva, y saber que estará a mi disposición hasta que yo así lo quiera me acelera el corazón. Pero no dejo que mi nerviosismo y emoción transluzcan. Debo ser opaca para que él se sienta al mismo tiempo en peligro y a salvo.

—Vamos a usar las luces de tráfico otra vez. Rojo, amarillo, verde. ¿Estás de acuerdo? —pregunto.

—Sí... Sí, ama.

—A partir de ahora, siempre que te dirijas a mí será con respeto. No me mires a los ojos, no protestes y entonces no tendré que aplicarte ningún castigo. Si infringes alguna de las normas, sufrirás. —Le clavo las uñas un poco más, de modo que sienta el dolor—. No tengo ningún inconveniente en domar a un chiquillo contestón, pero creo que tú no eres de esos, ¿mmm?

Marcos niega con la cabeza.

—No, ama.

—Bien. Levanta las manos.

Dejo que me obedezca mientras recojo de una estantería cercana las esposas que he escogido antes. Están recubiertas de un material suave para prevenir abrasiones en las muñecas, lo que es perfecto para lo que voy a hacer.

Marcos baja la mirada mientras cierro los grilletes en torno a sus muñecas con un crujido. Paso la cadena más grande por debajo de la que une las esposas y tiro de él hasta que se coloca bajo la argolla en alto.

Me pongo de puntillas y meto la cadena por la argolla de manera que sus

brazos queden inmovilizados hacia arriba. Ya no tiene escapatoria.

Lo siguiente que hago es colocarle el collar. Cuando lo cierro en torno a su cuello, que aprovecho para acariciar con las uñas, Marcos deja escapar un gruñido.

—¿Te ha dolido?

—No, ama.

—Hum.

Cojo uno de los floggers que he preparado hace un rato y se lo enseño.

—Voy a utilizar esto para azotarte. Y esto —le enseño el otro, más amenazador—, para cuando hayas entrado en calor. Además... —Dejo los floggers de lado y tomo el antifaz que me he encontrado en uno de los cajones — está esto. Voy a taparte los ojos.

No hace ningún comentario. Ya me ha dicho qué es lo que le gusta y tenemos la palabra de seguridad: puedo dejar de ir con tanto cuidado y centrarme en que los dos disfrutemos de esto.

Así pues, le coloco el antifaz y se lo bajo hasta taparle los ojos. Muevo la mano frente a él para asegurarme de que no puede ver nada y, cuando me cercioro de ello, me alejo.

Le veo desde la distancia. Está desnudo, con las manos en alto y no puede ver. Es vulnerable. Si quisiera hacerle cualquier cosa, podría, y nadie me detendría. Lo de estar solos en su casa, sin nadie que sepa lo que ocurre en el interior, es un arma de doble filo.

Esto no es el aperitivo de anoche, no es dominación cuasi inocente. Esto es serio. Tan serio como cuando él me tenía a su alcance y podía usarme como quisiera.

¿Voy a ser buena o voy a ser mala?

Sonrío para mí misma. Él no puede verme. Tomo el flogger y me acerco a él desde su espalda. No sabe dónde estoy. Las cadenas tintinean con impaciencia, y yo me tomo un segundo para respirar hondo antes de azotarle por primera vez.

Las tiras de cuero impactan en su piel sin dejar marca. Es muy suave,

apenas una caricia, pero yo sé cómo se siente y puedo imaginar el cosquilleo intenso que llena su espalda. Muevo el flogger de arriba abajo a medida que le golpeo con él.

No lo hago con fuerza, pero sé que a medida que su piel se llena de sensaciones, el cosquilleo se transforma en dolor. No es nada insoportable, pero servirá para sensibilizarle y hacerle receptivo a todo, hasta a una brizna de aire.

Eso le pondrá en el estado mental y físico que deseo y que sé que él también está buscando. Es el motivo por el que nos gusta hacer y que nos hagan esto: el placer de lo inesperado, de lo peligroso.

Y yo voy a llevarle allí de la mano.

Su espalda y su culo van tornándose rojos a medida que los golpes cruzados se suceden. Está en tensión y aún no se ha quejado, pero ha empezado a sudar. Su piel brilla perlada por miles de pequeñas gotas de transpiración a pesar de que el aire acondicionado funciona a toda potencia.

Me detengo un momento y paso la mano por su piel enrojecida. Él se estremece. No se esperaba mi caricia. Subo y bajo por su espalda, serpenteando. La flagelación ha hecho que las yemas de mis dedos se sientan multiplicadas. Lo sé porque yo me he sentido igual en otras ocasiones.

Doy la vuelta y le flagelo el pecho. Él se tensa en cuanto nota el primer impacto, y poco a poco se va relajando a pesar que el dolor crece. Paro cuando tiene el pecho rojo y le acaricio. Subo los dedos por sus pectorales hasta su cuello y luego paso las uñas hacia abajo.

Él gruñe. Para resarcirle, bajo un poco más, por el vientre, hasta su miembro erecto. Lo acaricio apenas, lo suficiente para que se mueva contra mi mano y se agite. Entonces, con una sonrisa, me alejo y tomo el otro flogger de la estantería.

Empiezo de nuevo por la espalda. Las tiras son más gruesas y más pesadas, y al golpear la carne lo hacen con mayor intensidad.

Subo y bajo por su espalda y su culo, y luego le azoto en el pecho y los muslos hasta que le tengo tenso como la cuerda de una guitarra y se queja entre dientes. Las cadenas chirrían cuando se cuelga de ellas, y su cuerpo arroja sombras confusas en el suelo cuando se mueve contra la luz.

Tengo la boca seca y el corazón en la garganta. Estoy excitada. Me duelen los brazos porque hacía tiempo que no me empleaba a fondo en azotar a un sumiso, pero el intenso placer que siento en todo mi ser compensa con creces la fatiga.

No puedo dejar de sonreír. Él no me ve, y lo agradezco. Debo de ser una dom muy poco amenazadora.

Me acerco a él y meto el dedo en la argolla de su collar. Tiro de él hasta encontrar sus labios. Su erección me toca la pierna. Noto que él se remueve en un intento de tomar satisfacción contra mi piel, pero yo me aparto para que no pueda hacerlo. Le doy una bofetada.

—Eso va en contra de las normas.

—Perdón, ama. Es que...

—Estás excitado. Ya lo veo.

—Sí, ama.

—Debería azotarte hasta que sangraras. Así aprenderías a obedecerme.

Le noto agitado. Él ha mencionado explícitamente que no hiciera algo así y no tengo intención de llevarlo a cabo, pero me divierte adivinar el miedo en sus facciones. Le veo titubear. ¿Lo haré, no lo haré? No lo sabe y no puede saberlo. No me conoce. Quizá se lo mereciera. Después de todo, esta mañana se ha reído de mí y ha sido muy condescendiente.

—Tal vez lo haga —digo, y me relamo al ver el leve temblor en su labio inferior.

—No, no, ama. Seré obediente.

Le clavo las uñas en los costados enrojecidos y trazo cinco líneas hacia abajo que le obligan a retorcerse como una serpiente en la mano de su captor. Dejo escapar una suave risa.

Le beso otra vez, y en esta ocasión él me permite marcar el ritmo y la pasión. No intenta frotarse, no intenta morderme. Se limita a ser una boca que ser besada, permite que tire de su labio inferior con los dientes y me lame la lengua.

Le quito las esposas y permito que baje los brazos. Oigo un gruñido de

alivio cuando recupera una posición más cómoda para él, y me tomo un momento en frotarle los hombros y los antebrazos.

Sigue sin ver, algo que me agrada. Tomo una de las correas de perro que hay colgadas de un gancho y se la pongo en la anilla del collar. Tiro de él para que sepa que tiene que caminar y me siento en el sofá de cuero negro con la correa firmemente asida en la mano.

Doy un suave tirón.

—De rodillas.

Le veo confuso. Sin la capacidad de ver, no está seguro de qué pasará si se arrodilla. Podría haberle llevado a cualquier parte de la habitación sin que sepa a dónde.

Pero me obedece. No está dispuesto a traicionar la confianza que he depositado en él, después de todo, y las marcas de su espalda y su pecho relucen rojas a pesar de la luz escasa.

Sus rodillas tocan el suelo y logra mantener el equilibrio para no caer a pesar de la inseguridad de su postura. Sonríe. Poso un pie descalzo sobre su hombro y le acerco hasta que nuestras caras están a escasos centímetros.

Abre y cierra la boca, como si esperase un beso. Yo le meto dos dedos entre los labios que él recibe con sorpresa, pero que acaricia con la lengua y chupa sin remilgos.

—Si tanto te gusta chupar, ya sabes lo que hacer.

Tiro de la correa y hago que sus labios rocen mis rodillas. Él identifica la zona de inmediato y me besa y lame la piel mientras lleva las manos a mis caderas.

—Nada de tocar. Manos a la espalda.

Él asiente y procede a empezar desde cero. Me abro de piernas. Sus labios avanzan muslos arriba, hasta mis ingles.

Parece que quiere hacer lo mismo que hizo ayer, pero no estoy buscando eso. Le sujeto de la nuca y le aprieto la cabeza entre mis piernas. Él deja escapar un suspiro ahogado por mi coño y, como un buen chico, empieza a usar la lengua como es debido.

Le veo hundir la lengua dentro de mí y saborearme de arriba abajo. Succiona mis labios y mi clítoris y me delinea como si intentase dibujarme. Contengo un gemido y me muerdo el labio. Con la mano con la que no sujeto la correa, le acaricio el pelo y le aprieto un poco para que no se olvide de que sigo aquí.

Como un niño goloso, aumenta el ritmo de lametones y se vuelve más descuidado. Hundo los dedos en su cuello y le aprieto como si fuese a correrme pronto, pero no quiero hacerlo.

Le aparto y Marcos toma una bocanada de aire. Tiene la barbilla y los labios empapados de mis fluidos, y brillan a la luz tenue de las lámparas. Espera, casi con miedo.

—¿Ama?

—Sssh. Levanta.

Cumple la orden sin pensar, sin rechistar. Yo le imito. Está más duro que nunca, y tiene la piel húmeda por el sudor. Le acaricio el pecho y los brazos y contengo el deseo de estrujarle contra mí. Tengo que mantener la cabeza fría.

Le hago sentarse donde estaba yo. Su piel se eriza al contacto con el cuero frío, y me pregunto si la sensación estará aumentada por la flagelación previa. Le dejo allí durante un instante mientras voy a por la caja de condones. Él parece entender cuál es mi propósito cuando escucha el sonido del papel. Sonríe.

—¿Qué te hace tan feliz? —pregunto.

—Nada, ama —responde él, rápido.

—No me mientas. Sé lo que estás pensando. Crees que he traído los condones y que voy a dejar que me folles. Responde. ¿Es eso lo que piensas?

—Yo... Eh... Sí, ama.

Sonríe.

—No te equivocas... demasiado. No voy a dejar que tú me folles a mí. Tengo que dejarte claro quién manda. Y no será tan fácil. Si anoche creíste que eso era tortura, aún no tienes ni idea de lo que puedo hacer contigo.

Le veo envararse. Su pecho sube y baja. Traga saliva.

Le obligo a abrir las piernas y me coloco entre ellas. Recuerdo muy bien cómo hizo él ayer conmigo. Me acarició y excitó hasta que ya no pude más.

Yo me vengué en parte, pero no tanto como me hubiera gustado. Después de todo, los dos estábamos cansados y no habíamos marcado límite alguno. Pero hoy es todo mío y los dos hemos recargado energías.

Sin tocarle, paso mi lengua por sus testículos muy, muy suavemente. No es más que la caricia de una pluma, acaso el aleteo de una mariposa. Él vibra a medida que la punta de mi lengua traza un arco desde abajo hacia arriba. Sus rodillas tiemblan. Su nuez sube y baja. Abre la boca después de tragar saliva. Espera.

Y vuelvo a hacerlo. No imprimo más fuerza de la necesaria para que lo sienta. Quizá en otro contexto esto podría haber sido sumisión para mí, pero mientras él lleva puesto el collar y responde ante mis órdenes, cada una de las cosas que hago es un ejercicio de dominación.

Soy yo quien decide hasta dónde y cuánto. Soy yo quien marca el inicio y el final de esto, y si quisiera podría dejarlo aquí, empalmado, hasta que me cansase.

Pero elijo pasar mi lengua por la base de su pene y verlo temblar cuando lo hago. Trazo pequeños círculos a lo largo de su miembro y, cuando al fin llego a la punta y la beso, él se deshace en un gemido y se estremece.

—¿Te imaginas que te dejo así? —pregunto.

Él traga saliva. No se atreve a decirme nada; sabe que protestar alargará el sufrimiento. Pero lo está considerando. Es como si pudiera leerle la mente.

Como respuesta, me lo meto en la boca tanto como soy capaz, lo que le provoca un hondo gemido y otro estremecimiento. Subo y bajo por toda su extensión mientras succiono levemente y le acaricio con la mano.

Marcos ha empezado a gemir ronco. Tiene la cabeza echada hacia atrás y se deja llevar por el placer que le regalo. Sería muy fácil llevarlo así hasta el orgasmo, pero no quiero. Después de un par de minutos, le dejo, duro e insatisfecho.

Tomo uno de los condones de la caja y se lo pongo con destreza. Me subo a horcajadas sobre él y me ayudo con la mano para que me penetre. Me quedo quieta, donde estoy, disfrutando de la agradable sensación de llenado en

silencio.

Después le quito el antifaz y le miro a los ojos por primera vez desde que ha empezado esto. Tomo sus manos y las llevo a mis caderas, pero cierro los dedos en torno al collar y empiezo a moverme con decisión.

Contiene la respiración. No dejamos de mirarnos. Él me sostiene, pero no me fuerza: yo le estoy cabalgando a mi ritmo y según mi deseo, y Marcos lo sabe. Se está limitando a ser mi obediente montura, siempre a merced de lo que yo quiero hacer.

Los dos jadeamos muy cerca el uno del otro. Lo noto tan dentro de mí como puede estarlo, y su grosor es suficiente para provocarme un intenso placer cada vez que me muevo.

Me acaricio el clítoris sin dejar de moverle ni mirarle a los ojos. Está tan quieto como puede estarlo, pero su respiración se entrecorta con gemidos cada vez que subo y bajo.

Estoy a punto de llegar al orgasmo, pero me contengo. Quiero que sea a la vez.

—Córrete —le ordeno, frente contra frente.

Espero hasta que sus dedos se hunden en mi piel y su respiración se vuelve casi inaudible. Entonces vuelvo a acariciarme, más rápido que antes, hasta que me recorren las primeras oleadas de un orgasmo que crece en magnitud cada vez que me muevo.

Le siento muy dentro, vibrando, temblando, gimiendo. Esto está pasando porque yo quiero, y el pensamiento me llena de un placer que poco tiene que ver con la carne, pero que me llena el pecho y el vientre de deliciosas mariposas.

Marcos echa la cabeza hacia atrás y yo aprovecho para hundir mis dientes en su cuello, fuerte, hasta dejar marca.

Entonces los dos nos quedamos quietos. Me apoyo en su hombro y le rodeo con los brazos. Él hace lo mismo a pesar de que no le he dado permiso explícito.

Pero la escena ha terminado, y no somos ni ama ni sumiso, sino sólo dos cuerpos que se entrelazan con la misma desesperación que un naufrago se

sujeta a un trozo de madera de deriva.

Capítulo 8

El resto del tiempo permanecemos en una nube de pasión y deseos cumplidos. Marcos parece preguntarse dónde he estado toda su vida, o eso me gusta pensar. Cuido de él mientras se recupera.

Le curo la piel irritada y el mordisco en el cuello. Le abrazo y le acaricio hasta que vuelve a ser el mismo, y entonces me habla de sus fantasías ocultas, de las cosas que quiere que le haga durante el tiempo que estemos juntos.

Yo también le cuento las mías. Creo que hasta ahora nunca me había sentido tan cerca de alguien. Mi corazón late con tanta prisa cuando le miro como cuando me ata y derrama cera candente sobre mis pechos.

Sería fácil llamarlo amor, pero esto es algo más allá.

Es fácil perdernos en nosotros mismos. En las extraordinarias ocasiones en las que se encuentran dos personas tan compatibles, resulta imposible dejar de buscarnos aunque sepamos que nos aguardan las obligaciones.

El sábado da paso al domingo como un espejismo de sexo duro y dominación. Intercambiar papeles nos sale de manera natural, como si hubiéramos estado haciendo esto toda nuestra vida, y a medida que practicamos apenas necesitamos explicarnos nada.

Nos hemos convertido en algo especial, Marcos y yo, y nos dejamos arrastrar por nuestro apetito y nuestras expectativas hasta que se nos acaba el tiempo y es momento de volver a la rutina.

Me pongo la ropa con la que vine el viernes y recojo mi única pertenencia: mi móvil. Marcos me ha provisto de todo lo demás durante mi estancia, pero ahora los días de cuento han terminado.

Debo volver a mi casa mierdosa, a mi trabajo deprimente y a mi rutina desesperante, dejando atrás este lugar de ensueño donde he podido hacer realidad mis fantasías.

Siento una gran presión dentro del pecho, como si un puño invisible me estrujase el corazón, y creo que se me nota en la cara, porque Marcos me detiene antes de que salga de casa y me abraza.

Me siento muy protegida entre sus brazos. Así, contra su pecho, escuchando el latido de su corazón y su respiración llenándole los pulmones. Es casi como volver al viernes, cuando todo era mágico e inesperado. Pero... no. El juego se ha terminado.

¿O no?

—¿Volveremos a vernos? —pregunto mientras le miro desde abajo.

—Claro. Tengo tu número. Un día de estos te daré un toque para repetir.

—Un día de estos...

Me muerdo el labio. ¿Seré otra Jess Fiesta en su agenda del móvil? ¿Alguien intercambiable que usar y tirar para llevar sus fantasías a la realidad y dejar de acordarse al cabo de unas semanas?

—No soy como las otras chicas —le advierto al tiempo que doy un paso atrás y le miro a los ojos—. Te lo advertí.

—Lo sé —responde con una sonrisa.

—No, lo digo en serio. Yo no me conformo con ser una amante de ocasión. No quiero ser una cara borrosa en tu memoria. Desde que te conocí en el tren, he sabido que quería estar contigo. Lo voy a estar.

Su sonrisa se enturbia.

—Eso es un poco desconsiderado por tu parte, ¿no crees?

Aún es condescendiente conmigo, como si no terminase de creer en mi capacidad y en mi naturaleza. Como si yo fuese una chiquilla perdida que se ha encontrado una tarde lluviosa, que insiste en tener una casa pero sigue con la ropa mojada al final del día.

No entiende que yo sólo me mojo si quiero, y que cuando no deseo hacerlo, guardo la ropa antes de meterme en el río.

—No lo entiendes, Marcos. Tú y yo vamos a ser amantes. Es un hecho. —Sonrío de medio lado—. ¿No te das cuenta? Yo no le importo a nadie. Soy una mindundi cualquiera. Más guapa que la media, más lista que la media, pero muy olvidable.

>>Ni siquiera te fijaste en mí en el tren, aquel día. —Apoyo mi dedo índice sobre su pecho—. Pero tú, Marcos, tú sí que importas. Eres un tío con

dinero y con una empresa. Tienes un nombre. Te has educado en Estados Unidos y estoy segura de que tu familia te adora.

>>Debes mantener esa imagen, ¿verdad? Tu disfraz. En tu mundo, todos llevan puesto un disfraz. Pero yo no lo necesito. —Acaricio su mejilla. Él me mira con el ceño fruncido, con un brillo de ira creciente en los ojos—. ¿Creías que iba a devolverte el teléfono móvil sin más, con todo lo que contenía? ¿Que iba a conformarme con un fin de semana así y volver a mi rutina sin más?

>>Tal vez lo habría hecho si tú me hubieras jurado que vendrías a buscarme el viernes siguiente, y el siguiente, y el siguiente... —Mis uñas se clavan en su mandíbula igual que en nuestros juegos, pero él no responde bajando la mirada como un perro bueno, sino que aprieta los dientes con enfado—. No lo has hecho... Así que voy a tener que asegurarme que las cosas van como yo espero.

—Eres una hija de puta.

—Sí, es verdad. —Sonrío.

Nunca me ha molestado que me digan la verdad si saben reconocerla. Nunca he fingido ser algo que no soy, después de todo. Pero la gente se obsesiona con proyectar sobre otros el aura de bondad que esperan, y en enfadarse cuando lo que hallan no se corresponde con sus expectativas.

— Pero soy una hija de puta que sabe follarte muy bien —prosigo— y que te da justo lo que necesitas. No lo niegues, cariño. Ninguna de las otras chicas que te has encontrado encajan tan bien contigo como yo. Soy justo lo que buscabas.

Me agarra por la muñeca y hace ademán de retorcerla, pero yo niego con la cabeza.

—¿Quieres darme más pruebas para demostrarle a todo el mundo el tipo de hombre que eres? Tengo fotos tuyas encadenado como un perrito. ¿Qué dirán tus padres cuando lo vean? ¿Tus socios? —Me echo a reír—. Marcos, yo soy la única que puede comprender todas tus dimensiones y aceptarlas. Nadie más que yo.

—Si le dices a alguien lo que...

—No lo haré si tú juras cumplir tu palabra. Te espero el próximo viernes, cariño. Envía a un chófer a buscarme y dame otro fin de semana como este.

Tampoco es que vaya a desagradarte, ¿no? Te lo has pasado muy bien estos días, ¿verdad?

Aprieta los dientes.

—Está bien. El viernes que viene. Mantén la boca cerrada o te vas a enterar.

—Aprovecha esa ira que sientes y úsala contra mí en tu mazmorra —digo riéndome—. Así los dos saldremos ganando.

—Voy a follarte tan fuerte que vas a llorar.

—No espero menos. —Oigo un claxon.

El taxista ha llegado. Me cuelgo de su cuello y le doy un beso al que él tarda en responder. Me muerde los labios sin cuidado, como si quisiera arrancármelos, y yo me río. Hago lo mismo, y siento que sus dedos en torno a mi cintura se cierran igual que cuando jugábamos.

En el fondo, sé que le gusta todo esto. Necesita a alguien que le tenga cogido por los huevos y le utilice a placer. Por eso quiso conocerme en primer lugar.

—Hasta el viernes, cariño— me despido.

Me mira de hito en hito con la mandíbula crispada por la rabia.

—Estás como una cabra. Estás loca.

Me vuelvo y le despido con la mano. Él cierra de un portazo, y en la soledad del asiento trasero del taxi me echo a reír. ¿Cómo voy a volver a mi vida gris después de esto? ¿Cómo voy a soportar la tensión de soñarle y tenerle lejos?

Veremos. Quizá la próxima vez le exija dinero. Sé que le sobra. Así, tal vez consigamos que este affaire deje el plano de la fantasía y se convierta en realidad.

Caramelo Explosivo

Romance Oscuro entre el Padrastro Mafioso y su Muñeca

1

Mi padre está en la cárcel desde antes de que naciera. Dejó a mi madre con un bombo de tres pares de narices y yo nunca llegué a conocerlo.

Mi madre, que nunca llegó a casarse con él, se desentendió de su relación a los pocos años. Mi padre no tuvo ningún cuidado en portarse bien para salir antes, como muchos otros presos. En su caso, la legislación española y el orden de las cárceles se cumple a rajatabla.

Por vete a saber qué (lo mismo ha matado a alguien ahí dentro que ha estado pasando droga bajo la mirada “despistada” de los funcionarios) se le han ido aumentando los años de la condena y no tiene pinta de que vaya a salir muy pronto.

Por suerte, antes de que lo metieran en chirona se aseguró de dejarnos un buen colchón lleno de dinero. Mi madre no me lo contó hasta que no fui mayor de edad, pero al parecer todavía nos llega el dinero que amasó mi padre mientras estuvo en la calle.

Es toda una suerte que se empeñe en seguir preso: si se llega a enterar de que mi madre iba a dejarlo poco después de que le entrullaran, dudo que le hubiese dejado la maleta llena de pasta y los dos bidones llenos de billetes de diez mil pesetas.

Digo todo esto no para darte pena. No necesito darte pena. Aunque tenga a mi viejo en la cárcel, nunca he notado su ausencia. Mi madre se ha cuidado de

estar sola y ha hecho siempre lo que le ha dado la gana.

Se nota que le van los piezas; la mitad de los tíos con los que ha estado o han entrado en la cárcel o han salido de ella, pero todos por delitos blancos. O, como es el caso del último, tampoco es que le quede demasiado para que lo pillen y lo encierren de una vez.

Pero no voy a adelantar acontecimientos: estoy hablando de mí.

Como decía, el dinero que nos dejó mi padre nos ha proporcionado una vida tranquila. La gente con la que mi madre se ha enrollado estos años le ha dado contactos y negocios con los que mantenerse a flote, y no me da vergüenza afirmar que me he criado rodeada de lujos comprados con dinero negro.

Tampoco es que me diferencie demasiado de cualquiera de los hijos de los políticos que vemos en la tele cada día, después de todo.

Me he educado en institutos privados y me he codeado con la flor y nata de la sociedad española. ¿Sabéis eso que dicen de que algunos políticos tienen amigos narcotraficantes, y todo eso? Bueno, pues en mi caso es verdad.

No queráis saber los apellidos que tenían algunos de mis compañeros de clase, que se sentaban en el pupitre de al lado sin saber que mi madre era una de las cabecillas de las bandas de la droga que trafican en la frontera.

Lo que sí sabían, de todos modos, era que yo conocía a la gente adecuada para que les pasase marihuana, coca o lo que les apeteciera en el momento. Yo me sacaba una pasta y procuraba no meterme nada para no perder la cuenta. Siempre he sido más lista que los demás.

Incluso más lista que mi madre, que se las ha arreglado para seguir surfeando la ola todo este tiempo sin llegar a caerse. Mientras que sus queridos caían como moscas cada vez que la policía abría una investigación, y aunque a mi madre la han llamado a declarar en varias ocasiones, siempre ha sabido estar un paso por delante para evitar sufrir el mismo destino que mi padre.

Yo soy igual. Quizá todavía más lista. Todavía soy joven y la gente tiende a infravalorarme, pero yo sé que puedo hacer muchas cosas que otros no pueden. Si ellos supieran...

Hoy, mi madre va a ir a visitar a su prometido, del cual ya os he hablado

antes. Yo voy con ella. Me he alisado el pelo y me he pintado los ojos con el doble de cuidado que siempre. Hasta me he puesto algo de brillo y me he vestido con una de mis camisetas nuevas, amplia y atrevida aunque no llega a tener escote.

Tengo el cuerpo fibroso y no destaco por las curvas. Después de tantos años practicando aikido (mi madre me apuntó desde que cumplí los siete años con la esperanza de hacer de mí una mujer autosuficiente y sin miedo), no tengo tanto pecho como algunas de mis amigas ni mi culo destaca en plan Kardashian.

Lo que sí tengo son unos brazos firmes y unas piernas que ya las quisieran muchas, y un vientre plano en el que se podrían partir nueces.

Pero mi cuerpo no importa cuando se puede mirar como lo hago yo. Y creedme, nunca he necesitado insistir demasiado para enrollarme con los tíos que me han interesado desde que cumplí los quince años.

El prometido de mi madre tiene varias tiendas en la ciudad, pero solo frecuenta una. No hay que ser un genio para darse cuenta de que las utiliza para lavar dinero.

Por lo que he descubierto poniendo la oreja y haciendo un par de deducciones, Iván debe de manejar droga y tal vez armas. Suele encontrarse con gente eslava. Mafiosos rusos, lo más seguro.

Mi madre, que es como una mosca atraída por la miel, ha sabido echarle el lazo con la esperanza de ampliar sus horizontes laborales. Más dinero, más lujos, más riesgo. Pero a mi madre eso le mola. La verdad es que a mí también.

Entramos juntas en la tienda. Es una lonja enorme y casi vacía que ofrece productos alimenticios para deportistas. Son esos botes enormes con polvos de sabor fresa que en realidad saben a naranja amarga y que te meten un chute de proteínas increíble.

Cuando entrenaba en serio, mi maestro me animó a tomarlos. Ahora que me lo estoy tomando con calma por el primer año de universidad los he dejado, pero tal vez debiera retomarlos para tener una excusa con la que venir por aquí más a menudo.

El dependiente es un tío mazadísimo que viste una de esas camisetas de

algodón sin mangas que le sirven para enseñar biceps y cuello. Me parece haberlo visto alguna vez por el gimnasio: es de estos tipos que están casados con las pesas y que seguirán machacándose hasta que les explote el corazón.

—Hola, buenas —dice con una voz muy melosa.

Sus ojos pasan de mi madre, que aunque no está de mal ver tiene ya sus buenos cuarenta, a mí. Noto cómo me evalúa y me dan ganas de enseñarle el dedo medio, pero como estoy en la tienda de Iván sé que no tengo que hacer esas cosas.

—Hola. Soy Victoria, la novia de Iván. Pensaba que estaría por aquí —contesta mi madre con tono afectado, pedante. Como si no hubiera salido de un barrio pobre y no se hubiera hecho rica con negocios turbios, vamos.

—Ah, sí, sí está. ¡Iván!

Grita hacia su espalda, hacia la trastienda. No pasan muchos segundos antes de que el novio de mi madre haga aparición a través de la puerta.

Veo su gesto contrariado e irritado ante el grito del dependiente. Parece que viene a cagarse en sus muertos, pero al ver que mi madre y yo estamos aquí se detiene. Posa su mirada en ella y luego en mí, y noto al momento que mis esfuerzos han dado fruto.

Pero Iván es un buen mentiroso. De no serlo, no habría llegado hasta el punto en que sus negocios se han convertido en un reclamo suficiente para que mi madre considere abandonar su soltería. Se inclina sobre ella y le da un beso corto en los labios, sin pasión por ninguna de las partes. Su mano toca su cintura y se abre paso por la lonja más allá del mostrador.

—Pensaba que vendríaís más tarde —dice Iván a mi madre mientras caminamos frente a un aparato de remo súper caro que probablemente habrán comprado para justificar gastos.

—Sí, pero luego tengo cita en la peluquería, así que he decidido acercarme ahora —contesta mi madre, que me da la espalda para centrar su atención en él.

Yo me alejo. Antes me ha pedido que les deje espacio para hablar de sus cosas, así que obedezco. Me pongo a mirar sin interés las bolsas de colágeno en polvo y de cola de caballo diurética mientras intento pegar la oreja a su conversación.

Capto algo acerca de los rusos y algo acerca de problemas, pero no se explayan lo suficiente para que pueda imaginarme de qué trata el asunto. Mi madre le roza los hombros y se recrea. Yo también lo haría. Me gustaría hacerlo.

Iván es un tío de la edad de mi madre. Creo que cuarenta y dos o así. Tiene el pelo corto y negro, aunque tiene unas cuantas canas ya, sobre todo en las sienes. Su rostro es muy atractivo. Tiene una mandíbula cuadrada al estilo de un superhéroe, pero los ojos de un villano. Son castaños, intensos, y las cejas bajas le hacen parecer enfadado todo el tiempo. Tiene la nariz grande, pero le da mucha personalidad y le cuadra a la perfección con la facha de tipo peligroso.

Y encima lleva traje. Me pirran los tíos con traje.

Mientras deambulo por las estanterías, Iván me busca con esos ojos suyos tan salvajes y no tengo inconveniente alguno en enfrentarlos a los míos.

Su mandíbula se crispa. Tiene unos labios finos y crueles que se estiran cuando me miran. A veces me imagino que alcanzo a besarlos y a morderlos, y me estremezco. Es mi imagen favorita cuando me masturbo por las noches, irritada después de uno de nuestros encuentros en los que no podemos acercarnos tanto como me gustaría.

Dejo escapar un suspiro alterado e Iván, mientras mi madre revisa su móvil, levanta la barbilla y me mira de reojo. Lo hace de tal manera que a mí se me resbala uno de los botes de polvos para batidos y se cae al suelo con un estruendo. Es toda una suerte que sea de plástico y esté sellado; de lo contrario, ahora mismo estaríamos aspirando proteínas de chocolate.

—Ten cuidado, Natalia —me dice mi madre sin levantar la mirada del móvil.

Iván se gira y me da la espalda. Quiere asegurarse de que no volvemos a tener otro de esos momentos tensos por el momento, pero a mí no me importa. Me está dando una excusa y un medio para mirarle ese culo estupendo que le hace el pantalón de traje.

La conversación muere porque entra uno de los pocos clientes que tiene esta tienda. Mi madre carraspea y dice que se tiene que marchar. Iván dice que tiene trabajo y se despide de ella con otro beso sin pasión para volver a la trastienda a seguir con sus negocios turbios. El dependiente se lía a hablar

sobre los mejores suplementos para el entrenamiento de fuerza y mi madre me anuncia que tenemos que coger un taxi.

—Bah, mamá. Vete tú, que yo he quedado con Inés —le digo en la puerta.

Mi madre se encoge de hombros.

—Como quieras. No vuelvas tarde.

Me da un beso en la mejilla y me pregunto si aún tiene la saliva de Iván pegada a los labios. No es la primera vez que aspiro su olor en ella. Supongo que alguna vez se habrán acostado, o al menos se habrán metido mano. No me puedo creer que mi madre no intente probar el paquete antes de comprarlo, por mucho que sea una transacción estrictamente profesional.

Hago como que me voy por otro camino hasta que mi madre se pierde de vista. Entonces vuelvo a la tienda y trato de entrar en la parte de atrás mientras el dependiente sigue hablando de suplementos con sabor a vainilla. Por desgracia, su pasión por las pesas no supera su deseo de cumplir con el deber.

—Hey, hey, chica —me dice—. ¿A dónde vas?

—Mi madre me ha pedido que le diga una cosa a Iván —improviso.

—Pues Iván se acaba de ir ahora mismo.

Hago un mohín y suspiro.

—¿Seguro?

—Sí, ¿por qué te iba a mentir? Si quieres que le diga algo importante, déjame el mensaje y se lo transmito.

No estoy segura de lo que voy a hacer. Si mi madre me pilla, me la cargo. Si a Iván no le parece bien, me la cargo doble. Tengo diecinueve años y dependo de ambos para sobrevivir hasta que consiga un título que me proporcione un curro decente. Pero... Es que no puedo cerrar los ojos y hacer como si nada de esto estuviera pasando.

Saco una libretita y escribo mi número de teléfono. Se lo tiendo al dependiente y espero que lo coja y se calle la boca.

—Dile que necesito que me llame. Es por algo de mi madre.

Él asiente y me dedica otra mirada lujuriosa mientras me voy. El corazón me late tan apresurado en el pecho que creo que me voy a poner a bailar de un

momento a otro. Le acabo de dar mi número a Iván, así que técnicamente estoy ligando con él.

Estoy ligando con el prometido de mi madre, que además me saca más de veinte años y que es un maldito traficante de drogas y armas. Así dicho, suena fuerte. Joder, la verdad es que fuerte es un rato. ¿Por qué no me importa lo más mínimo?

Como tengo tiempo de sobra para pasar la tarde, me voy al centro comercial del centro y deambulo entre los pasillos mientras miro escaparates.

Aunque me haya criado con bastante dinero en el bolsillo, nunca me ha gustado comprar por comprar. He venido aquí por tener un sitio agradable por el que pasear y desentumecerme tras tanto tiempo encerrada en casa después de que mi madre me castigase por pensar un par de asignaturas en los últimos exámenes. Puede que sea una tía de armas tomar, pero sigo dependiendo de mi madre y no le gusta demasiado que pierda el tiempo en lugar de estudiar.

Mi madre no entiende que si he suspendido no ha sido tanto por perder el tiempo como por aprovecharlo. No pienso ir a la clase de un profesor que es un puñetero sexista y que trata a las tías como si fuéramos muñequitas que pudiéramos rompernos. La otra asignatura... Vale, admito que esa la he suspendido porque no me ha dado ganas de estudiarla. ¡Pero solo ha sido una!

Sea como sea, ya estoy libre otra vez. Debería quedar con mis amigos para celebrarlo, pero después de mi encuentro con Iván y sabiendo que le he dado mi móvil para que se comuniqué conmigo en cualquier momento, estoy nerviosa.

Me paso por la tienda de videojuegos para probar el último que tienen en exposición y juego hasta que el dependiente me pone mala cara porque hay un par de críos que están deseando coger los mandos. Como no quiero líos, me largo y me acerco a la bolera. Me gusta ver cómo juega la gente porque generalmente lo hacen mal. Me encanta reírme con sus cagadas épicas cada vez que se les cuele una bola en el caño o lanzan tan arriba que aterriza en el suelo como una bomba. Todavía no he visto a nadie que se cargue la pista, pero el día en que pase voy a reírme hasta reventar.

Así estoy, mirando de reojo a los jugadores de bolos malísimos que han tocado esta tarde mientras toqueteo mi móvil y contesto a las conversaciones de WhatsApp con amigos, cuando la pantalla del móvil se pone negra y aparece un número desconocido en ella. Sé perfectamente quién es. Mi

estómago se encoge sobre sí mismo y siento un tirón de anticipación en el vientre. No sé qué me va a decir o qué le va a parecer, pero cuando descuelgo y me acerco el móvil a la oreja, tiemblo.

Justo en ese momento, en la pista de al lado, hacen un pleno.

—Natalia, te parecerá bonito —dice la voz de Iván desde el otro lado de la línea.

Me estremezco al escuchar su voz. Tiene un toque áspero que me vuelve loca, y me pregunto si está tan enfadado como parece.

—¿El qué? —pregunto para hacerme la inocente.

—Lo sabes muy bien. ¿A qué estás jugando?

—No estoy jugando a nada. ¿A qué estás jugando tú?

—Natalia, joder. Que tienes dieciocho años.

—Diecinueve. Más cerca de veinte que de dieciocho —le digo—. Y, además, yo no he hecho nada. Tú has sido el que ha decidido llamarme.

Oigo su respiración. Está casi jadeando. ¿Se está tocando sin que le vea o qué? La idea me pone bastante cachonda, no lo voy a negar, aunque no creo que esté acertada. Creo, simplemente, que esta conversación le provoca ansiedad.

—¿Qué es lo que quieres? ¿Buscarme la ruina? —me pregunta.

—Te quiero a ti —respondo en un ataque de valor suicida.

Su voz se entrecorta otra vez.

—Sabes que no puede ser.

—Mi madre no tiene por qué enterarse.

—No solo por tu madre. ¿Tú sabes lo que sería estar con alguien como yo? Yo no soy un niño cualquiera de los que te habrás follado para pensar que eres una mujer adulta y experimentada. Yo no juego.

Sonrío.

—¿Cómo estás tan seguro de que solo me he follado niños?

—Porque tú eres una niña, y a los hombres adultos...

—Los hombres adultos adoráis a las niñas como yo, porque la mayoría sois unos salidos lascivos que no se paran a pensar en dónde están intentando meter la polla antes de hacerlo.

>>No me cuentes cuentos, Iván. Puede que sea más joven que tú, pero vivo en el mismo planeta que el tuyo. Y las niñas como yo sabemos perfectamente quiénes son, detrás de nosotras, los primeros de la fila.

Él gruñe. He desarmado sus defensas, que tan cuidadosamente parecía haber planeado. Se nota que me está poniendo las mismas excusas que las que se pone a sí mismo para no seguirme con los ojos cada vez que coincidimos.

Desde que nos conocimos hace un par de meses, cuando mi madre anunció el compromiso, siempre ha sido así. Le he visto acorralado como un animal herido que se muerde una pata por no morder al que tiene al lado. Si él supiera lo fácil que sería en realidad...

—Vale. Me has ganado —dice—. ¿Quieres fiesta? Pues te doy fiesta. Dime dónde estás y vemos cómo de mujer eres.

La voz suena amenazante más que seductora, pero a mí me funciona de la misma manera. Mi corazón se acelera al tiempo que cambio el móvil de mano porque la palma me suda. Mi mirada se pierde en una de las pistas vacías mientras por todas partes resuenan los golpes de los bolos al ser derribados.

—Te veo dentro de quince minutos en la puerta del MegaOro.

—Estate ahí a la hora.

Me cuelga sin despedirse. La excitación corre por mis venas como un chute de heroína, y estoy a punto de tropezarme cuando me levanto de la mesa en la que me he sentado para ver a la gente jugar a los bolos. La familia de la mesa de al lado me dirige una mirada torva porque no he dejado de reírme cada vez que alguno de ellos tiraba mal la bola, pero no me importa.

Aunque hemos quedado dentro de un rato, no puedo refrenarme y aparezco en la puerta aunque vaya a tener que esperar quince minutos. No dejo de mirar el móvil por si me envía un mensaje que diga que al final no va a venir, que todo era una broma, pero al mismo tiempo me resisto a seguir con la mirada pegada a la pantalla por si acaso aparece el coche y no le veo llegar. No quiero que piense que soy una cría esclava de su móvil.

No sé muy bien a dónde nos va a llevar esto ni cuáles son las intenciones

reales de Iván, pero me muero por averiguarlo.

Veó su coche llegar desde lo alto de la calle. Es un Audi A4 de color negro muy elegante. Estoy acostumbrada a ese tipo de vehículos porque son los que utilizan los padres de mis compañeros de universidad e instituto.

Se detiene frente a mí y me mira desde el asiento del piloto. Me hace un gesto para que me suba a bordo y, aunque no tengo muy claro de qué es lo que va a ocurrir si obedezco, lo hago.

—Ponte el cinturón —dice entre dientes cuando cierro la puerta.

No hace falta que me lo ordene; siempre me lo pongo. Puede que me haya criado entre gente de moralidad dudosa, pero no hace falta que nadie me insista para que cuide de mí misma. Nunca me ha gustado la idea de salir volando a través de la luna delantera del coche, gracias.

Iván tiene la radio puesta. Es música rock en inglés que no he oído en mi vida. Seguramente serán algunos perdedores de Radio 3 o algo parecido. Llevo un dedo a la radio y voy a pulsar el botón para cambiar de emisora cuando él me advierte:

—No toques nada.

Sonrío.

—No sabía que te gustase este tipo de música.

—No sabes nada de mí —responde.

Tiene una pose desafiante y orgullosa mientras conduce. Se ha quitado la chaqueta y lleva la camisa arremangada. Tiene los antebrazos torneados, con la cantidad de vello justo para parecer masculino sin llegar a oso. Lo que más me gusta son los tatuajes que le nacen en las muñecas y que le llegan a los hombros. El de la derecha es una línea de tribales negros que se enrosca en su brazo y asoman en el cuello. El de la izquierda es un tatuaje de estilo japonés parecido al que llevan los Yakuza. Tiene muchos colores, flores y dragones, y cuando gira el volante se menean como si tuvieran vida propia.

Como no me deja tocar la radio, le toco a él. Rozo con mis dedos su brazo derecho y trazo las líneas negras que le suben hasta el codo. Iván me aparta la mano de un manotazo.

—Estoy conduciendo.

—¿Te pones nervioso?

—Tú deberías ponerte nerviosa. No sabes a dónde te voy a llevar.

—A una zanja no, desde luego. Mi madre te mataría.

—No si la mato primero a ella.

—Dudo mucho que lo hicieras. Mi madre tiene amigos poderosos que te harían polvo si supieran que nos has hecho daño a alguna de las dos. Además, no tienes pinta de ser ese tipo de persona.

Iván se ríe.

—Ya. Como que los asesinos tienen una pinta en particular.

—No lo digo por eso. Dudo mucho que los asesinos sin escrúpulos se encojan tanto cuando miran a la hija de diecinueve años de sus prometidas. Tú eres... diferente. Casi hasta mono.

Eso no le ha gustado. Me mira de reojo con una expresión despectiva.

—¿Mono? Natalia, ¿cuándo te va a entrar en la cabeza que no soy uno de los chicos con los que sales de juerga?

—Lo sé —respondo con una sonrisa—. Pero veo que cada vez que te provooco te pones aún más a la defensiva.

Vuelvo a tocarle el brazo y él me da otro golpe. Me echo a reír y me arrellano en el asiento. Aunque tengo el pulso disparado porque no tengo ni idea de lo que va a pasar ahora, esto me está resultando de lo más divertido y excitante.

Iván conduce hasta una zona de la ciudad que conozco bastante menos. Hemos dejado atrás los centros comerciales y los restaurantes. Esto son las afueras. Aquí la gente que camina por las calles tiene los ojos hundidos y bastantes malas pulgas.

Giramos hasta llegar a un descampado donde la gente mete el coche sin cuidado alguno. El suelo es de grava y cuando Iván aparca levanta una nube densa y gris que flota sobre nuestras cabezas cuando salimos. El aire huele a polvo. Hay dos o tres árboles colocados aquí y allá, y están secos. El sol del atardecer se alza sobre nuestras cabezas como plomo fundido.

Iván cierra la puerta del coche y avanza hacia mí. El motor del coche

rechina debajo del capó a medida que se enfría. No hay nadie a nuestro alrededor y más allá del descampado dudo que los transeúntes se preocupen por nosotros. Estamos solos. Todo lo solos que podemos estar en un sitio como este, al menos.

—Pensaba que me ibas a llevar a un hotel o algo así —digo con una sonrisa nerviosa—. Este sitio no es tan cómodo.

—Pues acostúmbrate —me dice él—. Yo no te voy a llevar a dar paseos por la playa o por el parque. No te voy a dar serenatas, ni a comprar regalos caros, ni a llevarte del brazo a ninguna parte.

Se me acerca tanto que tengo que pegarme a la puerta del coche. Mi respiración se entrecorta. Puedo ver el cuello de Iván, rozado por su tatuaje tribal, y cómo le cae una gota de sudor junto a la vena hinchada y palpitante que me hace entender que está tan nervioso como yo. Pero su mirada es implacable.

—No soy un animal al que puedas domar, Natalia. No soy un juego. Te puedo romper y lo haré. No te metas donde no puedas salir.

—No soy una muñeca —respondo—. No tienes ni idea de lo que puedo hacer o de lo que he hecho. Podría partirte la nariz antes de que te dieras cuenta. No te tengo miedo, ¿sabes?

Su mandíbula se crispa. Su cuerpo se acerca más a mí. Tengo que pegarme aún más a la puerta del coche, y la carrocería está tan caliente que quema. Pero el cuerpo de Iván también quema. Su proximidad es asfixiante.

—Pues deberías.

Iván me besa. No es un beso suave o de película. Es un beso desesperado, hambriento. Su boca se cierra sobre la mía y me domina de tal modo que prácticamente me aplasta contra el coche. Sus manos se agarran a mi cintura como tenazas. Me aprieta con ellas como si quisiera demostrarme que quiere romperme de verdad.

Pero yo no me echo atrás. Me impongo a la fuerza y empujo para recuperar la verticalidad. Noto cómo le sorprende mi respuesta, porque sus músculos se aflojan y por un momento le tengo. Sus labios se abren y nuestras lenguas se tocan, y no es que lo hagan delicadamente. Es un beso húmedo y lujurioso, lleno de pasión y ansiedad animal. Y aunque él intenta volver a hacerse con el

control antes de que yo se lo arrebate del todo, le desarmo con un mordisco intenso en el labio inferior.

Se separa de mí y se lleva la mano a la boca. No ha llegado a brotar la sangre, pero la próxima vez lo hará. Sus ojos están llenos de cólera y algo más. Quizá miedo. Pero no tanto miedo por lo que yo pueda hacerle como lo que él pueda hacerme a mí.

He notado sus manos firmes, su cuerpo ansioso contra el mío. He probado su boca. Ya no habrá vuelta atrás.

Iván parece perder el control. Se aparta de mi lado y rodea el coche. Entra en el asiento del piloto y ni siquiera se pone el cinturón antes de arrancar. Cuando intento entrar, descubro que ha cerrado las puertas.

—Vuelve a casa, Natalia —me dice desde el interior antes de salir de allí escopeteado.

Me deja sola entre el polvo y el humo. Pero lejos de molestarme, su huida me hace comprender que estoy mucho más cerca de mi presa de lo que esperaba. Y disfruto internamente de que haya comprendido que no soy ninguna muñeca.

El resto de mi día es una sucesión confusa de recuerdos y elucubraciones de lo que podría haber sido. El beso se queda conmigo y me persigue como un veneno. Está conmigo cuando vuelvo a casa y veo la televisión, y cuando viene mi madre y me pregunta que qué tal el día y me cuenta que ha estado en la peluquería y que se ha encontrado con no sé qué amiga y se han tomado un café después de mucho tiempo. Está conmigo cuando cenamos y cuando me meto en la cama. En la soledad de la noche, la ansiedad se vuelve todavía peor. La tengo a mi lado y me envenena, y el silencio aparente de mi teléfono móvil la empeora.

¿Por qué no me ha respondido a mis mensajes todavía? Sé que los ha leído, pero por algún motivo se resiste a contestarme. Tal vez le haya dado miedo. Tal vez se han vuelto las tornas y ha descubierto que no soy lo que él pensaba, y que si quiere darme caña yo estoy aquí para recibirla. Tal vez esté aterrado ante la idea de tener una aventura conmigo mientras aún sigue con mi madre. No me extrañaría. Lo que pase entre nosotros podría desbaratar sus planes para casarse con ella por el negocio. Y el negocio es siempre lo más importante.

Cuando cierro los ojos, juego a imaginarme su boca sobre la mía, en mi cuello. Sus dedos por mi espalda, clavándose como garras. Esos brazos llenos de tatuajes abrazándome, apretándome contra la cama como lo han hecho contra el coche. Y la sangre brotando al fin, libre, entre mis dientes.

Me cuesta dormir, pero finalmente lo consigo. Por la mañana tengo que ir a clase y me cuesta levantarme más de lo habitual. Mi madre me está esperando con el café y las tostadas calientes, y yo doy cuenta de todo con un hambre voraz. Me recuerda al hambre que me daban los entrenamientos, cuando volvía y acababa con todo lo que hubiese en la nevera. Pero hace tiempo que no entreno. Debe de ser la tensión y el esfuerzo físico de contener mis apetitos, o la ansiedad por no poder darles rienda suelta.

Tomo el autobús hasta la facultad y miro mis mensajes otra vez. Sé que Iván está despierto y que ha estado usando WhatsApp, pero aún no se ha

dignado a responderme. Le envió un emoji enfurecido para que se entere de que me lo está haciendo pasar mal. Salen los tics azules: lo ha leído. Pero como con los otros mensajes, no hay respuesta. El muy cabrón se ha marcado como meta hacerme sufrir un infierno y lo peor es que lo está consiguiendo.

Las clases transcurren con una pesadez insoportable. Yo me dedico a dibujar en mi cuaderno mientras mi mente divaga e imagina, y ni siquiera me paro cuando el profesor se da cuenta de que no estoy haciendo ni puto caso a la clase y me amenaza con hacerme preguntas que contarán para nota.

En un hueco entre asignaturas me acerco a la cafetería, donde está mi amiga Inés.

Es una chica menuda y regordeta, todo lo contrario a mí. Tiene la nariz afilada y los ojos azules, y aunque no es guapa al uso a mí me parece una chica bastante mona. Carece del aire desafiante que tengo yo, así que suele levantar bastante interés por parte de los chicos. Pero Inés hace tiempo que no se preocupa por eso. Después de Alberto, ha decidido tomarse las relaciones con mucha calma.

Es mi mejor amiga y está estudiando biología, a diferencia de las empresariales que estoy haciendo yo. Pero como estamos acostumbradas a ir juntas a clase, procuramos encontrarnos al menos una vez al día para tomarnos un café o algo mientras nos contamos las penas.

En cuanto me ve la cara sabe que ha pasado algo. Inés me conoce de sobra y no podría ocultarle nada de esto aunque quisiera. Y lo cierto es que no quiero.

—A ver, cuenta, que me tienes en ascuas —dice mientras revuelve su café con una cucharilla de plástico cuando nos colocamos en nuestra esquina de la cafetería, a salvo de miradas insidiosas y oídos chismosos.

—Ayer me lie un poco con el novio de mi madre.

La sorpresa estalla en su rostro como el rubor. Niega con la cabeza y aprieta los labios, reprobadora, y yo me río. Sabía que haría algo como eso.

—Qué dices, tía. ¿Estás majara?

—Mi madre no le quiere. Él a ella tampoco. Deberías ver cómo son cuando están juntos. Parecen más un par de socios que un futuro matrimonio.

—Pero da igual. ¿Y si se entera tu madre qué?

—No se va a enterar. A él no le interesa y a mí tampoco.

—¿Pero qué años tenía? ¿Cuarenta y cinco?

—Cuarenta y dos. No es tanta diferencia.

—¿Cómo que no? Natalia, por favor. Que podría ser tu padre.

De hecho, me parece recordar que mi padre le saca uno o dos años, como mucho. Pero tampoco es que me preocupe mucho. Nunca le he conocido y no estoy buscando un sustituto, sino alguien con quien follar.

—No se parece en nada a un padre. Al menos no al tuyo. —Recuerdo sus tatuajes, sus ojos intensos, la manera en la que me sujetaba por la cintura mientras me besaba en un intento de intimidarme—. De verdad.

—Bueno, ¿pero qué es lo que ha pasado exactamente? ¿Habéis follado?

—No. Solo nos hemos besado. Me llevó a un descampado.

—Joder. Pues para ser un tío mayor, es un cutre.

—Creo que me estaba intentando dar miedo. Sabe que me gusta y yo le gusto a él, pero se está haciendo el duro porque tiene miedo de... Yo qué sé. Se piensa que soy una cría.

—Hombre, en comparación a él, eres una cría.

—Soy más joven, pero no soy una niña. Me dijo que me podría romper, pero no se da cuenta de que soy mucho más fuerte de lo que parece. No sabe todavía todo lo que he hecho y he visto. Piensa que soy una chica débil que ve el mundo de color de rosa, pero...

Inés frunce los labios. Ella ha estado conmigo todo este tiempo y sabe perfectamente en qué mundo me muevo y qué cosas hago. Sabe que mi madre está metida en rollos de droga y de lavado de dinero y que el dinero con el que me he criado viene de las fechorías de mi padre antes de que lo metieran en la cárcel. También me ha echado una mano para sacarnos algo de pelas vendiendo costo a los compañeros de clase en el instituto. Pero lo más importante es que sabe que sé plantarle cara a un tío cuando se lo merece.

Hace unos años, Inés empezó a salir con Alberto. Estábamos en el instituto y fue su primer amor. El tío era guapo y tenía pasta, como todos los demás,

pero era especialmente simpático y la trataba con todo el romanticismo del mundo. Inés se pasó las primeras dos semanas de noviazgo sumida en una nube de color de rosa, tragándose todas las chorradas estereotípicas que él le decía.

El problema empezó cuando, a los tres meses, el tío se puso capullo. Le montaba pollos por celos, le exigía que le enseñase el móvil para controlar que no hablaba con otros y le empezó a decir que debería dejar de salir con malas compañías. Malas compañías como yo.

Inés se dejó envolver por sus manipulaciones y sus mentiras y llegó a cortar la comunicación conmigo. Pero yo sabía muy bien lo que estaba pasando ahí dentro. El tío era un maltratador de manual y la estaba aislando para quedársela toda y asegurarse de que nunca le dejaba por otra persona ni hacía nada que no lo involucrara directamente.

Aunque yo intenté abrirle los ojos a mi amiga, el cabrón de Alberto le había comido la cabeza a base de bien, así que no había manera. La gota que colmó el vaso fue cuando la vi con un golpe en la mejilla cuyo origen no me quiso revelar.

Ese mismo día le esperé delante de su casa y le pegué una paliza. Le rompí dos dientes y una costilla. Se me habían despellejado los nudillos por los puñetazos, pero no me importó. No paré de pegarle hasta que me prometió que no pensaba volver a acercarse a Inés.

Me puso una denuncia, claro, y fuimos a juicio. Mi madre tuvo que pagarle una indemnización y el juez me amenazó con meterme en un centro de menores si volvía a liarla, pero por suerte Inés salió a mi defensa y confesó el maltrato y el control al que él la había sometido. Aunque mi agresión seguía siendo ilegal, el juez se ablandó lo suficiente para dejarme ir con un aviso y antecedentes.

A Alberto no le pasó nada. La costilla se le curó y sus papis le pagaron un par de implantes nuevos para que su preciosa dentadura siguiera como siempre. Pero no se ha vuelto a acercar a Inés desde entonces y espero que a ninguna otra chavala.

Por suerte, Inés ha aprendido de la experiencia y participa como voluntaria en grupos de apoyo a jóvenes víctimas de maltrato. Lo malo es que estoy segura de que está viendo un montón de señales de peligro en mi relación con Iván, y aunque no le faltan motivos no puedo decir que pueda convencerla de

que no es así y que yo controlo más de lo que parece.

—Tía, Natalia, ten mucho cuidado...

—Que sí, que lo tengo, no te preocupes —digo con una sonrisa.

—Te lo digo en serio. No solo porque el tío sea el novio de tu madre; eso es lo de menos. Es que por cómo me lo cuentas, tiene pinta de que ese Iván es un dominante que te va a hacer la vida imposible en cuanto le dejes.

—¿No será al revés?

—Además, es un maleante.

—Mi madre también.

—Sí, pero es distinto. Tu madre siempre intentaría protegerte, pero ese hombre... Me da la impresión de que en cuanto te dejes hacer lo que él quiera, aprovechará para hacerte daño. Es muy mayor, y eso solo puede llevar a una relación desequilibrada en la que tú nunca tendrás el poder del todo. Desconfía de los hombres que se van con chicas jóvenes, Natalia...

—Pero en este caso es la chica joven la que se quiere liar con el hombre mayor.

—Sí, porque son muy atractivos y tienen pasta y poder. Pero ese es el problema. Mientras sea más fuerte y maduro que tú, tendrá la capacidad para doblegarte y obligarte a hacer lo que él quiera.

No le falta razón, pero en este caso estoy bastante segura de que yo llevo la voz cantante. Él ha intentado imponerse a la fuerza y yo se la he devuelto con creces. Cualquier intento de parecer un macho conquistador y peligroso ha fallado. A mí esas cosas no me impresionan tanto como Inés e Iván creen.

—Tampoco es que importe demasiado —le digo, para quitarle hierro al asunto—. Iván se ha acojonado tanto después de besarme que aparte de huir pasa de mis mensajes. Creo, aunque me gustaría lo contrario, que esto ha muerto antes de empezar.

—No estoy tan segura. —Inés me frota el brazo—. Natalia, cielo, ¿no te acuerdas de que esto nos pasó a ti y a mí hace unos años? ¿No era yo la que te decía que todo estaba bien y que no tenías de qué preocuparte? No importa lo fuerte que crees que eres. Le puede pasar a todo el mundo.

Sonrío. A lo que menos tengo miedo es a lo que él pueda hacerme, pero agradezco su preocupación por mí. Le beso en la mejilla.

—Tienes mi permiso para darle una paliza si alguna vez notas que se está pasando conmigo.

—Ya, claro. Como no le mate a pisotones... —murmura ella, y yo me río.

Al final termina por secundarme y reímos juntas. Nos tomamos el café y hablamos un poco de todo, y al despedirnos para irnos cada una a nuestra facultad noto que me vibra el teléfono.

Es Iván. Quiere quedar conmigo.

—¿Dónde estás? —me pregunta con voz rasposa.

—En la facultad.

—Espérame. Voy a buscarte ahora.

Me cuelga. No me dice para qué ni por qué ahora, así que supongo que tengo que aguardar a su llegada. El pulso se me acelera pensando en él. No sé en qué estado va a llegar ni qué pretende hacer conmigo. Lo mismo se lo ha pensado y va a exigirme que me aleje de él o va a amenazarme de verdad, en plan con pistola y todo, para que lo de ayer no se vuelva a repetir.

O podría ocurrir que haya pasado una noche tan entretenida como la mía y que haya preferido jugársela a continuar sufriendo la comezón entre las piernas al saber que voy a estar siempre al alcance de la mano sin poder tocarme jamás.

Espero en uno de los bancos cercanos a la carretera que viene del centro de la ciudad. Tengo memorizado su coche. Estoy tan nerviosa que ni siquiera puedo mirar mi móvil para pasar el rato. Ojalá Inés se hubiese quedado un rato conmigo, aunque fuera para tener a alguien con quien decir burradas en un intento de salvar la tensión y el nerviosismo.

Veo el Audi A4 acercándose a mí a gran velocidad. Se detiene con una clavada de frenos y casi derrapa un poco. El caucho de las ruedas rechina contra el asfalto y un par de estudiantes se dan la vuelta para ver qué está ocurriendo.

Iván está dentro del coche y me mira igual que ayer. No baja la ventanilla ni me hace gestos. Supongo que quiere que suba. Abro la puerta y me dejo caer en el asiento del copiloto. Antes de que pueda ponerme el cinturón de seguridad, él ya ha acelerado.

Peleo con él antes de salir del circuito de la facultad en dirección a las afueras.

—¿Me vas a llevar otra vez al descampado? Ayer tuve que esperar una

hora entera para coger el autobús de vuelta a casa —digo entre dientes.

—No —contesta, y no dice nada más.

No pregunto. Me cruzo de brazos mientras la ciudad pasa frente a nuestros ojos y nos alejamos de mi siguiente clase y de mis responsabilidades. Supongo que él también lo hace de las suyas. Está muy serio y clava las manos en el volante como si quisiera arrancarlo. Se ha cambiado de camisa y de traje, pero sigue teniendo ese aire de macarra reconvertido en ejecutivo que tanto me atrae. Hoy no me atrevo a tocarle. Todo esto es tan excitante como peligroso.

Toma un desvío y al cabo de unos minutos veo aparecer ante nosotros un hotel de cinco estrellas que se anuncia con un enorme cartel hacia la carretera. Iván aminora y entra en el parking del hotel. Mi estómago se encoge. Le miro de reojo, pero él no me responde, así que me remuevo incómoda en el asiento. Entre mis piernas se inicia un cosquilleo insoportable que me acompaña mientras Iván da sus datos en recepción para pedir una habitación, y mientras subimos en el ascensor en silencio.

De cerca puedo oler su colonia. Es de estas fragancias caras y secas cuyos anuncios son en blanco y negro y muestran a tíos duros haciendo cosas extrañas. Veo que la vena del cuello de Iván palpita deprisa, y me doy cuenta de que está tan excitado como yo. Aunque actúe como si tuviese las riendas en todo esto, sé que no es cierto. Él ha venido por lo que yo empecé ayer. Quiere que la sangre brote de ese labio y quiere que sean mis dientes los que lo provoquen. Y yo quiero que él me demuestre de lo que es capaz, de que me trate como algo más que a una muñeca.

Abre la puerta de un movimiento rápido y pasamos al interior. Es una habitación cara y con todos los lujos. A la derecha hay un baño completamente amueblado con lo que parece una bañera de hidromasaje. La habitación se amplía hasta parecer casi un salón con una cama. Las ventanas son amplias y la luz que entra por ellas está difuminada por las cortinas.

Iván se quita la chaqueta y la deja sobre la silla.

—Entonces... ¿sí? —le pregunto con voz ahogada.

—¿Tú qué crees? —inquire mientras se desabrocha la camisa lentamente. Me sonrío y él niega con la cabeza—. Te lo he advertido. No soy como cualquier otro. Cuando acabe contigo, dudo que puedas repetir.

Me echo a reír.

—Tal vez sea al contrario. Tal vez, cuando yo acabe contigo, tú seas el que no pueda más.

Se ha terminado de quitar la camisa y ahora puedo ver su torneado torso. Tiene los hombros anchos y los pectorales marcados, con una leve capa de vello oscuro y a veces plateado. Lo más llamativo son sus brazos. No los tiene tan musculados como el dependiente de su tienda, pero sí lo suficiente para que los impresionantes tatuajes luzcan a la perfección. El tatuaje japonés avanza sobre su pectoral y se perfila en redondo sobre él. En el vientre tiene otro que no me imaginaba: es una calavera en llamas, en blanco y negro, que no está tan bien tatuado como el resto. ¿Quizá fuera el primero?

Iván se acerca y yo tengo que apartar la vista de los tatuajes. Me sujeta de la nuca y me acerca a su cara.

—Te he advertido. Ahora sufre las consecuencias.

—Quizá es que estoy buscando esas consecuencias —digo, sin poder evitar la provocación, y veo un brillo de malicia en sus ojos.

Me besa con pasión, tan ansiosamente como ayer. Pero esta vez yo puedo tocarle la cintura desnuda y la espalda, clavar mis uñas en ella. Él no hace un gesto de dolor. Sigue buscando mi lengua con la suya con ansiedad, apretándome contra su cuerpo sin cuidado. Si sigue aplastándome me hará daño, pero no quiero retirarme. No quiero que piense que soy una muñequita de porcelana que no puede soportar lo que sea que tiene que ofrecerme.

—Ahora vas a ver lo que es follar con una bestia —murmura contra mis labios.

Tira de mi jersey y prácticamente me lo arranca. Hace lo mismo con la camiseta. En menos de diez segundos estoy medio desnuda y mi piel se eriza en una queja. Iván sonrío. Sus dientes buscan mi cuello y lo muerden sin cuidado mientras sus dedos desabrochan mi sujetador y liberan mis pechos.

Baja la boca por mi clavícula y mi esternón y toma mis pezones en la boca. Los succiona y manosea sin cuidado. Los tengo sensibles y me duele, pero cuando intento apartarme no me deja. Sus dientes vuelven a clavarse en mi piel y lo único que puedo hacer es dejar escapar un gemido y hundir mis dedos en su pelo salpicado de gris.

—Joder, ten cuidado —le murmuro.

Aunque no me muerde con tanta fuerza en esa zona, se venga en mi cuello. Mis pezones erectos se endurecen aún más cuando nuestros pechos se encuentran. Sus manos bajan por los pantalones y me desabrochan el botón del vaquero de un solo movimiento. Tiran hacia abajo y me desnudan al instante, bragas y pantalones incluidos.

Ahora estoy completamente desnuda delante de él y puede ver que no tengo el cuerpo de una modelo frágil, sino de una luchadora a la que esto le gusta tanto como a él. Le miro con intención, sonriente. Iván me empuja contra la cama con tanta fuerza que por un momento creo que me he golpeado contra el suelo. Pero, en lugar de eso, lo que hace es atacar mi vientre con su boca y abrirse paso entre mis muslos abriéndome las piernas sin cuidado ni permiso.

—Tienes coño de princesa —me dice al mirarlo—. Casi da pena estrenarlo.

—No lo estás estrenando tú precisamente —le contesto mientras le enseño los dientes.

Iván no me contesta: en su lugar, hunde la lengua entre mis pliegues y los devora con ansia. Por suerte prescinde de los dientes, pero esa es toda la delicadeza que me proporciona. Succiona mi clítoris y mis labios, lame toda la superficie como un remolino húmedo y prueba mis fluidos con gusto. Yo gimo y me retuerzo. Nunca me he podido resistir a los hombres que hacen sexo oral con ganas. No se parece ni remotamente a los que lo llevan a cabo como un deber. Como con todo, se nota cuándo hay verdadero esfuerzo.

Iván tiene la boca y la barbilla empapada, pero no se detiene. Hunde dos dedos dentro de mí y me penetra con fuerza mientras sigue estimulándome con la boca. Mi cuerpo se retuerce y encojo los pies tan fuerte que noto un tirón. Sin poder evitarlo, me corro sonoramente. Gimo y me convulsiono, pero él no me suelta. Sigue ahí abajo, cabalgando mi placer y lamiéndome como si no hubiera mañana.

He empezado a sudar sin darme cuenta. Intento apartarme porque estoy sobreestimulada, pero él me sujeta por las caderas con avaricia.

—Te he dicho que te rindieras a las consecuencias.

Ahora empieza la verdadera tortura. Su lengua sigue acariciándome, pero

mi cuerpo se resiste a volver a sentir placer. Me retuerzo y protesto, pero Iván continúa. Dejo escapar un gruñido de molestia que suena casi a sollozo y le golpeo con el pie en el hombro. Él no se quita de entre mis piernas.

En algún momento, mi cuerpo se adapta y deja de sentir molestia para volver a notar el cosquilleo agradable de la excitación. Mis gruñidos se vuelven gemidos, sobre todo porque ha añadido un tercer dedo a mi abertura y lo mueve con la velocidad y firmeza de un taladro hidráulico.

—Fóllame ya —suspiro, y él sonrío.

—¿Qué te hace pensar que voy a obedecer lo que tú me digas?

—Tienes que tener ganas...

—Sí, pero cuanto mayor es la anticipación, mayor es la recompensa.

No sé cómo, pero consigue hacer que me corra otra vez. Es un orgasmo agónico, más corto y menos intenso que el anterior. Entre gemidos y protestas, me derrumbo y todo mi cuerpo se entumece. Esta vez, Iván me deja cerrar las piernas y se aparta de mí. He desecho la cama con mis tirones y la colcha está empapada de mi sudor. Él todavía lleva puestos los pantalones y no parece cansado.

Ahora sí que tengo miedo.

Se echa a reír y tira de mis tobillos otra vez para atraerme hacia él. Me besa. Su calor es asfixiante, igual que la humedad de su boca, pero yo no tengo fuerzas para resistirme. Me toma de las muñecas y las pone por encima de mi cabeza.

—Ahora sí que te voy a follar. Te voy a follar como no te han follado en la vida. —La cabeza del dragón de su brazo me mira como si fuese a devorarme. Mi pecho sube y baja con rapidez. Estoy nerviosa. La mano que no me sujeta las muñecas baja por mi vientre y roza mi clítoris, lo que hace que me remueva con los dientes apretados—. Te lo advertí. —Sus dedos bajan y vuelven a entrar en mi vagina, bombeando suavemente antes de salir y bajar hasta mi culo, donde tatea con los dedos húmedos—. ¿Esto también lo han estrenado antes, princesita?

Le sostengo la mirada con desafío. Aprieta los dedos lo suficiente para que mis músculos se relajen y pueda introducir la punta de uno. Todo mi cuerpo reacciona con un estremecimiento aunque yo no quiera.

—Ya veo que sí —responde con una sonrisa sin dejar de mover los dedos.

Vuelvo a gemir. Él retira la mano y me da la vuelta sin miramientos. Me tropiezo de boca con el colchón y trato de clavar las rodillas, pero Iván me abre los muslos de tal manera que no puedo dominar mis propias piernas. Sentir su mirada sobre mi espalda desnuda y mis muslos abiertos me hace estremecerme.

Por encima del hombro alcanzo a ver cómo se desabrocha el pantalón y se lo baja. Observo un abultado slip que no deja demasiado a la imaginación. Se lo baja despacio; sabe que le estoy mirando y quiere prolongar la sorpresa todo el tiempo que pueda.

Mi entrepierna palpita deseosa cuando veo su erección en todo su esplendor.

—Espero que hayas traído condones —le digo desde el fondo de la garganta—. No quiero quedarme preñada a los veinte, como mi madre.

—Tranquila, princesita. —Me enseña un envoltorio de plástico cuadrado y sonrío antes de abrirlo. Se lo pone en la punta y lo desenrolla en un segundo—. A mí tampoco me gustan los críos.

—Parece mentira —contesto. No puedo evitar provocarle.

Su respuesta es tirar de mi cadera y aplastarme contra la cama. Sus labios se acercan a mi oreja.

—Si no es para gemir, no abras la boca.

Siento cómo me penetra de inmediato. No es gentil, no es cuidadoso. De haber sido menos experimentada o estar menos mojada, me habría dolido. Lo noto entrar sin ambages, fuerte, hasta el fondo. Su respiración agitada me arde en el oído. Su pecho roza mi espalda y su peso me tiene inmovilizada. Sus dientes me muerden la oreja y pronto empieza a moverse contra mí.

Los pies casi rozan el suelo, pero él me tiene sujeta de tal manera que no es necesario que lo hagan. El choque de su cadera contra la mía me enloquece. Está tan dentro de mí y es tan fuerte que siento que me va a romper, que voy a explotar. Gimo sin poder evitarlo. Ya no hay quejas ni protestas, solo placer. Sus brazos me rodean y sus manos me sujetan de la mandíbula. Gruñe cada vez que entra y sale. Sus mordiscos cada vez son más fuertes y yo apenas logro contener los gritos.

Quiero que pare y a la vez no quiero. Si sigue así, creo que me va a matar, pero quiero que me mate. Iván tenía razón. Nunca me habían follado de esta manera.

Cambia y pasa de penetrarme deprisa a hacerlo en oleadas espaciadas, aunque todavía más profundas y potentes. Cada vez que entra lo siento colmarme. Cierro los ojos. Lo único que logro escuchar son sus jadeos, que me rodean por todas partes. Las vibraciones que me proporciona la penetración me hacen retorcerme de placer, y la sensación de estar a merced de una bestia como Iván me lleva al paraíso.

Pero todavía no hemos terminado. Iván me lo ha advertido.

Sale de mi interior con un chapoteo y yo me encojo por la sensación de súbito vacío que me abruma. Iván toma mi propio flujo en los dedos y humedece mi culo con él. Estoy tan excitada que ni siquiera me importa la falta de lubricante. Además, se toma su tiempo hasta que mis músculos están tan relajados que le caben los dos dedos sin problemas.

—Llevo queriendo follarte el culo desde que te lo vi por primera vez —ronronea en mi oído—. Es una suerte no tener que esperar.

—Puedes darle las gracias a mi exnovio —respondo en un gemido.

Entra con dificultad, pero con más cuidado que antes. Escuece; tardo en acostumbrarme a acomodarlo, pero me acaricia el clítoris hasta que le tengo dentro por completo y el dolor se difumina.

—Igual lo hago —me susurra con la voz ahogada de placer.

Sus embestidas son más calmadas al principio, pero yo muevo la cadera para animarlo y enseguida recupera la energía inicial. La sensación es distinta, pero muy intensa. No tardo nada en comenzar a gemir otra vez, tan fuerte que me veo obligada a morder la colcha para no gritar.

Él también se está animando. Sus jadeos se vuelven gruñidos y luego gemidos. Le oigo murmurar lo mucho que le gusta mi cuerpo. Sus manos recorren mis costados y mi espalda, y bajan de nuevo entre mis piernas para acariciarme el clítoris hasta que vuelvo a correrme. Y esta vez es mucho más fuerte que antes.

Él me acompaña y sigue penetrándome hasta que los dos nos deshacemos en la profundidad del orgasmo. Me clava los dientes en los hombros y los

dedos en los muslos, y tiembla sobre mí hasta que se queda quieto.

Se aparta y se deshace del condón antes de tumbarse en la cama cuan largo es. Yo hago lo mismo. La habitación parece girar alrededor de nosotros. Me duele la entrepierna, el hombro y todas las partes en las que me ha mordido. Pese a todo, estoy contenta. El orgasmo me ha dejado medio colocada y la sensación de haber cumplido una fantasía me llena de felicidad.

Me acabo de tirar al novio de mi madre y no puedo decir que me arrepienta en absoluto.

Iván se enciende un cigarrillo. No se ha molestado en ponerse ropa interior: es de esas personas a las que la desnudez les sienta bien y les parece cómoda. Me ofrece, pero lo rechazo. Salvo algún porro ocasional, el tabaco nunca me ha gustado.

—Vaya, qué sorpresa. Tu madre fuma como una chimenea.

—Es lo que tiene haberse quedado preñada a los veinte y que al padre se lo lleven a la cárcel. Necesitas algo para calmarte. Por suerte no le dio por las drogas duras.

—Esas prefiere venderlas.

—Como tú, ¿no?

—Sí.

Paso de liarme con yonquis, la verdad. Mi madre tampoco lo habría hecho. No sería el primer tío que le sale rana por pasarse encocado todo el día o por darle a la aguja. Son malos para el negocio y gastan más dinero del que ingresan. Y encima, por lo que me dijo un día que llevaba unas cuantas copas de más, los tíos drogados son un coñazo en la cama.

Me alegra ver que Iván no es de esos.

—Es mejor que no fumes. Te deja los dientes amarillos y te jode los pulmones.

—¿Vas a empezar con los consejos paternos?

—No, princesita. Estaba haciéndote un cumplido. Eres una chica lista.

Flexiono los brazos detrás de mi cabeza.

—Sí que lo soy. Te lo dije. Nada de lo que hagas va a sorprenderme o a asustarme. Tengo aguante de sobra, ¿sabes?

—Ya veo. A ver si dices lo mismo dentro de un rato.

Enarco una ceja.

—¿Quieres follar otra vez?

—Ya te he dicho que soy una bestia. No creo que puedas seguirme el ritmo por mucho que fanfarronees al respecto.

Sonrío, pero lo cierto es que me duele la entrepierna y dudo mucho que pueda recibir penetración al menos hoy. Ha sido un bruto, tal y como esperaba. Me hace sentir satisfecha... pero es una pena que tengamos que hacer una pausa al menos para repetir eso.

—Ya veremos lo que se puede hacer —digo con una sonrisa.

—No podemos tener una relación —dice él abruptamente mientras sujeta el cigarrillo con dos dedos. El humo azul flota delante de su cara—. Eso lo sabes, ¿no?

Asiento.

—¿Qué creías, que te iba a pedir que me llevaras al cine?

—Probablemente lo mejor sea que después de follar hoy no volvamos a hacerlo.

Frunzo el ceño y me encojo. Eso no me ha gustado nada. Él sigue estirado y sin preocupaciones, como si nada de esto le hubiese afectado.

—Dudo mucho que puedas aguantarte las ganas —gruño—. También dijiste eso ayer, después de besarme. Creías que ibas a poder mantenerme al margen, pero el que has venido en busca de más has sido tú.

Entrecierra los ojos, molesto.

—Llevas provocándome desde que nos conocimos.

—Y si quisieras podrías haberte guardado la polla en los pantalones. Nadie te ha obligado a llevarme al descampado ni a traerme aquí, guapo. Si hemos follado ha sido de mutuo acuerdo, por mucho que te joda. No me estás haciendo un favor. Te lo estás haciendo a ti.

Iván coge el cenicero que reposa sobre la mesita de noche y deja caer la ceniza en él. Parece tranquilo, pero por su mirada pasa un fantasma de ansiedad.

—Natalia, eres la cría de la mujer con la que tengo que casarme.

—¿Y?

—Que si no te das cuenta de que esto es imposible, o en el mejor de los casos, no muy recomendable, es que eres más inmadura de lo que crees.

Sonrío.

—Pero tío, ¿de qué vas? Ya te he dicho que no estoy soñando con un príncipe azul ni con citas románticas. Podemos echar un polvo como estos de vez en cuando y mi madre no tiene por qué saberlo nunca. Ella tampoco te quiere, ¿vale? No es una gran traición.

—Cuando nos casemos, vamos a vivir juntos. ¿Tú crees que esto va a salir bien si en cualquier momento nos puede pillar Victoria follando por los rincones?

—Pues entonces haberlo pensado mejor antes de empezar. Ahora ya no hay vuelta atrás. —Me acerco a él y le miro a los ojos—. Te ha encantado follarme, no mientas. Llevabas soñando con ello mucho tiempo y por fin lo has conseguido. Uno no renuncia a sus sueños tan fácilmente. ¿Vas a poder aguantarte las ganas mientras vivimos juntos? Si lo dejamos ahora, ¿vas a poder evitar arrancarme las bragas cuando mi madre no mire?

Iván aparta la mirada y apaga el cigarrillo en el cenicero. Lo deja de nuevo en la mesita de noche y se incorpora. Parece que he dado en el clavo. Por mucho que a él le gustase tener el control sobre esto, todo apunta a que no va a ser tan fácil.

Por mi parte, lo que he dicho es cierto. Después de saber cómo folla, no voy a poder dejarlo escapar tan fácilmente, y menos aún si vivimos juntos. A mí no me basta con un revolcón para quitarnos las ganas. Yo, cuanto más follo, más quiero follar. Y si él tiene tanto apetito como yo, sé que sufrirá el mismo destino.

—Esto ha sido un error —dice en voz baja.

—Sí. Ahora lo que hay que hacer es ser consecuentes con él.

Le beso en la boca. Sabe a tabaco y me disgusta, pero sus labios son demasiado carnosos y atrayentes como para parar. Busco su lengua y él me imita. Sus manos me rozan la cintura y me tocan el culo, atrayéndome hacia él con seguridad. Ahora que me deja tocarlo, puedo disfrutar de la tensión de sus músculos y la suavidad de su vello y su piel. Rozo con los dedos sus pezones y paso las uñas por los abdominales firmes y sus costados, haciéndolo vibrar.

No ha hecho falta demasiado para que vuelva a empalmarse. Tomo su miembro en la mano y sonrío contra su boca.

—¿Y querías dejarlo cuando te pones así con un besito de nada?

Iván busca un hueco entre mis piernas para acariciarme, pero en cuanto me toca siento un escozor agudo que me obliga a apartarme. Él se ríe.

—Te había dicho que te rompería.

—No está roto, solo fuera de servicio —digo—. Has sido muy bruto.

—¿Cómo de buena eres con la boca? ¿Tanto como yo?

—Soy mejor. ¿Quieres que te lo demuestre?

Se ríe.

—Por supuesto. Adelante.

Se aparta de mí con un beso en los labios y se arrellana sobre los almohadones mientras espera a que le demuestre mis dotes. Le acaricio el pecho y el vientre y trazo un camino húmedo por él hasta llegar a su erección. Allí me dedico a excitarlo con lametones lentos hasta que está duro como una piedra y suspira cada vez que muevo la lengua. Lo tomo en la mano y abarco con la boca tanto como puedo. Él gruñe cuando tengo toda su longitud en mi garganta, y vuelve a suspirar cuando me retiro y dibujo círculos en su glándula mientras bombeo con la mano.

—No está mal —admite. Sus manos me acarician la espalda y los labios, y yo lamo sus dedos en una pausa, obediente—. Pero estoy acostumbrado a ser más activo en todo.

Se levanta y se acerca al costado de la cama mientras sonrío. Me toma de la nuca y me atrae hasta su erección, y prácticamente me guía para que mueva la lengua como a él le gusta. Esto me proporciona una nueva excitación distinta a la de hacer una mamada. No estoy acostumbrada a que los hombres me dirijan en la cama de esta manera, pero con Iván me siento cómoda. Se nota que es un director nato y que sabe buscar su placer.

—Te voy a follar la boca —me anuncia—. Agárrate a mis piernas. Si necesitas respirar, dame dos palmadas.

Le miro a los ojos y considero lo que me ofrecen. Era lo que estaba

buscando, ¿no es verdad? Desde abajo, su cuerpo parece poderoso y joven, pero su rostro está curtido por la experiencia. Confío en él. Quiero saber lo que puede hacer conmigo.

Asiento y me acomodo para albergarlo en la boca lo mejor que puedo. Él se toma su tiempo y deja que lo paladee sin forzar nada. Su mano está en mi nuca como un recordatorio constante de que él manda. Ahora, como antes, soy casi de su propiedad. Una muñeca que está aquí para complacerle, casi inmóvil. Pero es solo una ilusión. Si de verdad lo fuera, él no me habría llamado. Las muñecas le dan miedo. Su energía y su pasión pueden romperlas. Pero las princesas oscuras como yo estamos preparadas para tipos como él, y los deseamos.

Cuando él decide penetrar mi boca, yo me dejo hacer y cierro los ojos. La postura me permite respirar y no resulta desagradable. Al contrario: el cosquilleo en los labios y la lengua es agradable, igual que el sonido de sus jadeos entrecortados y el roce de su mano en mi nuca. Solo cuando él entra por completo tengo que aguantar la respiración durante algunos segundos, pero se retira antes de que necesite el aire. Estoy acostumbrada a hacer esto bajo mis propios términos, de modo que no me provoca arcadas. Si me relajo y espero, es enormemente excitante para ambos.

Veó en sus ojos, que no se apartan de los míos, lo mucho que está disfrutando con esto. Me pregunto con qué otras mujeres se ha estado acostando hasta ahora. Si cree que es tan bruto y que las chicas corrientes no pueden soportarlo, debe de haber tenido difícil encontrar una pareja adecuada. Quizá haya estado solo con putas. Después de todo, además de traficante de drogas y armas, le pega ser un putero. Pero algo me dice que no es así. Se nota que le gusta complacerme y que no busca solo el placer para sí mismo.

Cada vez gime más fuerte. La tensión de su mano en mi nuca es mayor, y sus entradas más profundas. Le sujeto las piernas y succiono con más intensidad. Él no tarda en correrse sobre mi lengua en oleadas mientras su mano se cierra en mi nuca y su cabeza se vuelve hacia el techo, gimiendo de placer. Trago y me aparto para secarme la boca con el dorso de la mano antes de tumbarme otra vez en la cama.

Él me imita, sudoroso y feliz. Me toma de la mandíbula y me da un beso profundo e intenso.

—¿Eso significa que lo he hecho bien? —pregunto solícita.

Iván se coloca sobre mí y me aparta los muslos con las manos. Después de besarme otra vez en la boca, desciende para volver a darme placer. Supongo que eso significa que sí.

Nos pasamos las siguientes dos horas follando de maneras diferentes. Él es insaciable y yo, a pesar de la cantidad de orgasmos que me proporciona, no tengo inconveniente en seguirle.

Al final, a pesar de que mi entrepierna proteste, volvemos a practicar la penetración en dos posturas diferentes y acabamos tan cansados y satisfechos que creo que podemos aguantar durante los siguientes tres días sin volver a follar.

Nos duchamos juntos, pero sin pasar a mayores. Iván enjabona mi cuerpo y roza las marcas que me ha dejado con sus labios, como si intentase curarlos después de haberlos provocado. Voy a tener que llevar fular durante esta semana, pero no me importa. Me va a molestar más el dolor de la entrepierna; sentarse igual es complicado. Y, aun así, estoy feliz y satisfecha, y no me arrepiento de nada de lo que ha pasado entre nosotros.

Mientras nos secamos, antes de volver a vestirnos, Iván recibe una llamada de móvil. En la pantalla alcanzo a leer “Victoria” antes de que coja con gesto arisco. Se aleja para contestar sin que yo le escuche, pero tengo el oído entrenado para chismorrear las conversaciones ajenas. Consigo entender algo acerca de que los rusos están causando problemas y que Iván tiene que irse a alguna parte a negociar no sé qué.

Suspiro. Iván se despide de mi madre con sequedad y se vuelve hacia mí con una de sus miradas intensas.

—Tengo que irme. Me ha salido un asunto que no puedo eludir.

—¿Ya están liándola los rusos?

—Eso no te importa. —Se pone el traje en un momento y se calza antes de acercarse a mí y acercarse para besarme. Al tiempo que sus labios rozan los míos, su mano se cierra en mi pubis—. Más te vale no decir nada sobre esto y menos a tu madre.

—No hace falta que me lo repitas, Iván. No soy idiota —respondo sin sentirme intimidada.

—Si te pregunta por las marcas, invéntate algo.

—¿A ella no se las dejas?

Su dedo me roza los labios y me mira con una sonrisa lobuna.

—Estás haciendo que me entren ganas de hacerte más todavía.

Se separa de mí y recoge la chaqueta antes de abrir la puerta.

—No te quedas a dormir aquí. No quiero que tu madre sospeche nada.

Se marcha con esa despedida igual que ha venido, silencioso y hosco. Yo bufó con una sonrisa. Todavía no se ha dado cuenta de que no soy una muñeca tonta. ¿Qué voy a tener que hacer para demostrárselo?

Le he contado a Inés por WhatsApp lo que ha pasado entre Iván y yo aunque no le he dado detalles. Prefiero contárselos en persona. Me ha invitado a ir a su casa para tomar algo juntas y oír de primera mano todo lo que Iván y yo hemos hecho. Sé que él me ha ordenado que no se lo cuente a nadie, pero sé que puedo confiar en mi mejor amiga. Además, seguro que ella está mucho más preocupada por la relación que podríamos haber iniciado que por el hecho en sí. Es mi amiga y se preocupa por mí, pero yo sé que no tiene por qué.

Sé más sobre los hombres y la vida de lo que cree. Iván es un canalla. No aspiro a que sea mi príncipe azul; ya lo he dicho. Ni siquiera aspiro a que sea nada mío. Nada más que mi amante, quiero decir. Lo único que quiero es saciar mis ganas de él, que aparecieron en cuanto le miré a los ojos por primera vez. No le permitiré que haga nada conmigo que yo no quiera. Puede que sea un hombre rudo acostumbrado a hacer cosas ilegales y a mandar en su negocio de la droga, pero yo soy la misma chica que le partió la cara y los huesos al novio de su amiga cuando se dio cuenta de que le estaba haciendo la vida imposible.

Yo soy una mujer independiente que toma sus propias elecciones. Eso no lo cambiará ni Iván ni nadie. Pero tengo que hacérselo a entender a Inés; me imagino que estará muy pesada durante un tiempo, al menos hasta que se acostumbre a la idea de que me gusta el sexo duro con tíos peligrosos y más fuertes que yo, y que eso no significa que vayan a comerme el tarro ni nada parecido. Soy joven, pero no tonta.

El autobús me deja a unas cuantas calles de la casa de Inés. Ya es de noche aunque aún es por la tarde, y se nota porque hay menos gente caminando por la calle de lo habitual. Yo voy escuchando música en mi móvil y rememorando mi encuentro con Iván. Cada vez que doy un paso me siento dolorida. No solo en mi entrepierna, sino también en los músculos de las ingles y las nalgas. Se nota que me han dado caña.

El recuerdo me hace sonreír. ¿Cómo puede pensar Inés que esto está mal?

Si ella supiera lo satisfecha que me ha dejado poder cumplir con mis fantasías, dejaría de ver peligro en cada cosa que hago.

Acorto por un callejón que me dejará delante de la casa de mi amiga y paso por delante de un contenedor rodeado de bolsas de la basura maloliente. Piso una sin querer y explota. Me aparto con un gesto de asco y una maldición y sacudo el pie para quitarme de encima la porquería que se me ha adherido.

Es al darme la vuelta que me encuentro con que hay dos tíos enormes siguiéndome. Y no son del tipo que me gusta, precisamente.

—Mierda.

Sé que estoy metida en problemas de inmediato. Tiro mi móvil al suelo y me coloco en posición de combate. El primer tío, rapado y con barba incipiente, se adelanta para agarrarme del brazo. Es un grave error; mi entrenamiento de Aikido toma la iniciativa. Le agarro de la mano y le retuerzo el brazo hasta que tiene que soltarme para evitar que se lo parta.

El otro, que pensaba que su compañero podría inmovilizarme, da un paso adelante e intenta sujetarme por el codo. Yo le hundo el tabique nasal en el cráneo con el plano de la mano y le machaco la rodilla de una patada.

El tío acaba por los suelos mientras se sujeta la cara chorreante de sangre. El otro me coge del brazo y me estampa contra el contenedor. Eso no me lo esperaba. Tengo el cuerpo dolorido por las horas de sexo y el esfuerzo y ahora aún más. El golpe me desequilibra y me mareo, algo que él aprovecha para agarrarme del pelo y empujarme hacia abajo.

Mis reflejos de combate me hacen defenderme y atacar a su garganta, pero él hunde la barbilla para evitar que le haga daño de verdad. Este sabe defenderse mejor que su compañero. Vuelve a golpearme contra el contenedor y mis rodillas flaquean. Ahora que me tiene en el suelo aprovecha para darme un puñetazo que me alela aún más.

Dice algo en ruso y se agacha para agarrarme del jersey y tirar de mí hacia el fondo del callejón, donde hay un coche. El otro ruso, que sigue chorreando sangre por la nariz rota, se incorpora y me agarra por las piernas.

—¡SOLTADME, HIJOS DE PUTA! ¡SOCORRO! ¡SOCORRO, ME SECUESTRAN!

Uno de ellos me tapa la boca con la mano y yo le muerdo tan fuerte como

puedo. Su grito se oye hasta en mi casa, pero se mueven demasiado rápido para que alguien pueda detenerlos. Me meten en el coche a toda velocidad y me atan las muñecas y los tobillos con bridas de plástico. Mientras tanto, el conductor, que esperaba dentro, ya ha arrancado y nos ha sacado del barrio a toda pastilla.

Yo no puedo ver nada. Mis secuestradores hablan en ruso entre ellos en tono enfadado. Supongo que no se esperaban que yo pudiera defenderme tan bien y al que le he roto la nariz no debe de haberle sentado nada bien la sorpresa. Si no estuviera aterrada, me darían ganas de reírme.

Pero esto es serio. Nunca antes me habían secuestrado, aunque he estado en peleas en las que alguien ha sacado una navaja. Sé que estos tíos han venido a por mí por mi madre, por Iván o por ambos, y que si ellos quisieran podrían hacerme desaparecer en un santiamén. Sé que hay muchas posibilidades de que mañana amanezca troceada en una zanja y eso no me ayuda en absoluto a pensar en una manera de salir de aquí.

Espero que alguien haya visto lo que ha pasado y... y... La verdad, no sé qué es lo que puede pasar. No me fío un pelo de la policía y, aunque pudieran hacer algo, sé de sobra que ni a mi madre ni a Iván les va a gustar que husmeen en sus asuntos. Si Inés se preocupa y se entera de lo que ha pasado, quizá pueda contactar con ellos para pedirles que me busquen. Pero claro, nada de eso tendrá sentido si estos cabrones me acaban matando.

El trayecto en coche dura más tiempo del que me imagino. Oigo lo que parece una autopista y a los tres tipos hablando en ruso. Me han puesto una bolsa en la cabeza, pero me dejan respirar. No noto nada frío y metálico apretándose contra mi cuerpo, por lo que no deben de estar amenazándome con armas. Tal vez ni siquiera las lleven encima.

Intento calmarme. Por mi entrenamiento sé que si entro en pánico estoy perdida. Por el momento, la única persona en la que puedo confiar para salir de esta es en mí misma, y eso voy a hacer. Nunca he estado en un aprieto tan grande, pero sé que puedo sobrevivir. Soy una tía fuerte, una superviviente nata. He podido con todo lo que me ha echado la vida hasta el momento y pienso escapar en cuanto tenga la oportunidad.

El coche se detiene al cabo de una hora, más o menos. Los rusos hablan un poco más en ruso y abren las puertas. A nuestro alrededor no hay casi sonidos.

Muy débilmente se escucha la autopista, así que debemos de haber entrado por un desvío. Quizá estemos en una nave industrial o en una casa de campo o algo por el estilo.

Me hacen andar, pero con los tobillos sujetos por las bridas no puedo hacerlo.

—No puedo —insisto, con la voz más agitada de lo que lo está en realidad—. Necesito... No puedo...

Uno de los rusos le dice algo al otro y noto que alguien se agacha junto a mi pierna. Tira de la brida y lo corta con algo. En el momento en que la tensión que une mis tobillos se afloja, veo mi ventana para escapar. A ciegas, intuyo dónde está la mano del ruso y le pego el pisotón más fuerte del que soy capaz.

El ruso aúlla de dolor. Yo me arranco la capucha de la cabeza y trato de discernir la situación. Estamos los cuatro solos, así que puedo intentarlo. El ruso más cercano, el tío que me ha aplastado contra el contenedor, me insulta en su idioma y trata de sujetarme, pero yo le pateo los huevos tan fuerte como soy capaz y le convierto en un muñeco sollozante en dos segundos.

El ruso que me ha quitado la brida de las piernas coge el cúter y me corta en la pantorrilla. El dolor es agudo y brillante como una llamarada, pero no dejo que me abrume. Aprovecho que él está agachado para patearle la cara y tirarle bocarriba.

El ruso que me queda es el de la nariz rota. Aunque yo tengo las manos inmovilizadas y él no, veo el miedo en sus ojos. Ya ha probado cómo es enfrentarse a Natalia y no quiere volver a por más. Pero aun así, lo intenta. Su duda y su miedo juegan en mi favor. Soy más rápida y estoy mejor entrenada. Le pateo la rodilla que ya le he dejado amoratada antes y lo derribo. Y después le clavo el tacón en la garganta.

La pantorrilla me hace ver las estrellas en cuanto apoyo mi peso sobre ella. Tengo que marcharme de aquí lo más rápido que pueda. Los rusos ya se están levantando y sé que de esta no me voy a librar tan fácilmente. Me agacho para coger el cúter y corro a refugiarme dentro del coche. Echo el cierre de seguridad. El conductor se ha dejado las llaves puestas, así que arranco después de cortarme la brida que me inmoviliza las muñecas.

Ahora es momento de recordar las clases de la autoescuela para el carnet

que nunca llegué a sacarme.

Con dificultad, saco el coche del camino de tierra que lleva a un almacén abandonado y giro para reincorporarme a la autopista. La adrenalina recorre mis venas como ya lo ha hecho esta mañana y por motivos muy distintos. Estoy dejando el coche perdido de sangre, pero como es mío ni me molesto. El problema va a ser que si sigo sangrando como un cerdo voy a desmayarme.

Paro en la primera gasolinera que me encuentro y me quito el jersey para improvisar una venda con él. Me ato fuerte las mangas alrededor de la pierna. No es un torniquete, pero tampoco es lo que busco. En realidad, si no te estás muriendo, es lo peor que puedes hacer.

Salgo del coche y uno de los mozos de la gasolinera me mira asombrado. Antes de que me pueda dar el alto, ya estoy descolgando el teléfono de la gasolinera para marcar el número de Iván.

—Oye, ¿estás bien? —pregunta mientras se me acerca.

—Estoy sangrando. ¿A ti qué te parece?

El móvil da los primeros toques e Iván no me contesta.

—¿Quieres que llame a una ambulancia?

Si llaman a una ambulancia, la policía quizá haga preguntas. Niego con la cabeza.

—Estoy avisando yo, no te preocupes.

Al quinto tono, Iván contesta a la llamada.

—¿Quién es? No conozco este número.

—Soy Natalia.

—Oye, sabes con quién estoy, ¿no te he dicho que...?

—Sí, me has dicho muchas cosas, pero me acaban de intentar secuestrar unos rusos y estoy sangrando.

—¿Qué?

—Me he escapado y estoy en una gasolinera en el kilómetro... ¿En qué kilómetro estamos? —El chico de la gasolinera me dice cuál es y yo se lo transmito—. Ven a buscarme, joder.

—Espera, ¿te han hecho algo?

—Me han pegado un susto de muerte y me han dado un tajo en la pierna, pero deberías ver cómo han quedado ellos.

—Voy para allá.

—¿Está mi madre ahí?

—No, se ha ido a una reunión.

—Vale. No le digas nada de momento, ¿eh? No quiero que se preocupe.

—¡Pero si te acaban de secuestrar!

—De intentar secuestrar. No quiero que mi madre me dé la tabarra. Te quiero a ti. Ven a buscarme ya.

El chico de la gasolinera me regala un paquete de vendas para que frene la hemorragia. Su jefe se las va a cobrar, pero a él no le importa. Con el susto que le he dado apareciendo de la nada con esta herida, creo que podría sacarle cualquier cosa con la excusa de que me haría sentir mejor. Pero no lo voy a hacer. No estoy acostumbrada a que la gente sea amable conmigo de gratis, así que no quiero aprovecharme del pobre chico. Suficiente es que me hace el favor de darme vendas.

El Audi A4 de Iván aparece al cabo de veinte minutos. Para el coche y sale, pero no me ve hasta que le hago señales. Estoy sentada en un banco fuera de la tienda y tengo frío. El chico de la gasolinera me echa miradas llenas de temor desde el expendedor de gasolina, como si tuviese miedo de que me fuese a morir de un momento a otro. La llegada de Iván no parece convencerle.

El novio de mi madre se para delante de mí y se agacha para mirarme la pierna. He cortado la pernera del pantalón hasta la rodilla con el cúter (total, está tan sucio que tampoco es que pudiera recuperarlo), de modo que puede ver el estado en que me la han dejado.

—Voy a llevarte a casa. —Me mira y me sonrío. ¿Hay miedo en sus ojos? Quizá sí—. Has sido una chica lista al no ir al hospital. Podrías habernos metido a todos en problemas.

—No soy nueva en esto.

Iván me coge en volandas y me lleva hacia su coche como si de un momento a otro fuese a sonar Whitney Houston con su canción de El guardaespaldas. Yo me resisto y trato de bajarme.

—¡Oye, que no estoy paralítica!

—Tienes un corte en la pierna que no te ha dejado de sangrar. ¿Quieres cojear hasta mi coche y tardar el doble de tiempo?

—No te acostumbres a esto —digo entre dientes mientras me dejo llevar.

Me ayuda a sentarme en el asiento del copiloto y hasta me pone el cinturón

de seguridad. Yo protesto de nuevo, pero solo consigo que él se ría. Espero mancharle toda la tapicería para que tenga que cambiarla, el muy capullo.

Iván arranca y nos marchamos de la gasolinera. Esta vez no ha puesto la radio. Empieza a llover y activa los limpiaparabrisas. El dolor de la pierna se extiende y se vuelve cada vez más intenso. Espero que tenga unos ibuprofenos en casa.

—¿Qué coño pasa con los rusos? —inquiero.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, no sé, me han intentado secuestrar. Lo último que sabía era que estaban a buenas con mi madre y contigo.

—Están a buenas con mi madre. Conmigo... Las cosas están complicadas.

—¿Por qué?

—No creo que quieras saberlo. Tú no tienes nada que ver en esta historia y casi mejor que sigas así.

—Vale, pero le he pegado una paliza a tres rusos y les he robado el coche. Supongo que a partir de ahora tendré que andarme con ojo al respecto o algo así, ¿no?

Iván suspira.

—Mira, lo que pasa es que estamos teniendo problemas con el nuevo jefe de la banda local. Es el hijo del anterior y quiere demostrar que manda más y mejor que su padre, así que se ha puesto chulo en algunos temas conmigo. Como no puedo dejarme pisotear, me he negado a aceptar sus nuevas negociaciones y ahora está... presionando.

—Presionando.

—Tal vez se hayan dado cuenta de que tú y yo... Quizá nos vieron ayer, u hoy. Lo más probable es que ni siquiera sepan quién es tu madre. Pretenderían chantajearme para forzarme a aceptar las nuevas condiciones. Dudo que te hubiesen hecho daño. De ser así, no habrían conseguido nada.

Sonrío con sarcasmo.

—O sea, que si me hubiesen matado no habrías hecho tratos con ellos. Me quitas un peso de encima.

—No digas tonterías.

—Bueno, ¿y qué hacemos ahora? ¿Tienes un médico clandestino esperándonos en tu piso o vas a llevarme a una clínica ilegal?

—Te voy a curar yo mismo.

—¿Sabes dar puntos?

—Claro que sé.

Ahora quiero saber más sobre lo que Iván sabe. Pensaba que sus conocimientos se limitaban al proceso de compra y venta de drogas y armas, pero parece que también puede arreglar las heridas que causa. No me pega demasiado.

Aparca en el parking subterráneo bajo el edificio de apartamentos en el que vive. Es tarde, pero por si acaso espera a que no pase ningún vecino antes de montarme en el ascensor.

—La primera cita y ya me estás trayendo a tu casa... —comento para acallar el dolor.

Él no responde. Cuando intenta cogerme en brazos otra vez para entrarme en el piso, protesto hasta que me permite caminar con su ayuda. Abre la puerta y me conduce hasta el baño, donde me siento en el váter y estiro la pierna sobre un taburete de plástico para que él haga lo que tenga que hacer.

Iván saca de uno de los armarios una bolsa con material sanitario. Se pone unos guantes de látex y usa suero estéril para lavarme la herida antes de curarla con yodo.

—Lo propio sería que te dieran una vacuna del tétanos por si acaso ese cúter estaba oxidado o qué sé yo —comentó mientras prepara el material de sutura.

—Ya, pero yo prefiero jugármela a que no lo estaba. Paso de hospitales, de agujas y de preguntas —respondo.

Iván es sorprendentemente cuidadoso a la hora de coserme. Me sorprende verlo así, tan atento. Después de haberme follado con rudeza y malos modos, cuando me atiende las heridas parece verdaderamente preocupado por ahorrarme dolor y evitar que me pase nada malo.

—¿Dónde aprendiste a curar?

—Mi padre era enfermero —me dice—. Me enseñó a dar puntos cuando era pequeño, antes de que muriera. Siempre me ha atraído la medicina y todo eso.

—Pero acabaste siendo narcotraficante.

—Nunca sabes a dónde te va a llevar el destino. Cuando mi padre murió, mi madre tuvo que tirar limpiando escaleras y bares. Nunca tuvimos mucho dinero y las carreras universitarias no se pagan solas. Además, pronto dejó de interesarme estudiar y pasé a preferir el dinero en mano. Era más rápido que dedicarme diez años a hincar codos para trabajar como un cabrón.

—Ya veo. Pues no lo haces mal.

—Cuando trabajas en lo que trabajo yo, no es raro ver heridas y no tener manera de curarlas si no quieres llamar la atención de la policía. He ido perfeccionando la técnica. Las heridas superficiales no son un problema. A operar ya no me atrevo.

El corte, una vez limpio, no es tan grave como parecía, y tampoco tan largo. Solo hacen falta quince puntos para que se cierre la herida. Iván vuelve a curarla con yodo y me pone una gasa y una venda para mantenerla en el sitio.

—Ahora necesitas reposo. Nada de usar esa pierna en varios días si no quieres que se te salten los puntos.

—Vale, ¿y qué le voy a decir a mi madre?

—No lo sé. Ven. Voy a llevarte al salón. Al menos querrás ver la tele.

Me carga otra vez y me deja en el sofá con la pierna en alto. La verdad es que tiene una casa chula, justo como me esperaba de un narcotraficante con dinero. Se nota que paga los muebles de diseño al contado. El sofá de cuero es cómodo y la tele tan grande y con una resolución tan buena que puedo contarles los poros a los presentadores del programa que aparece cuando la enciendo.

—Igual debería llamar a mi madre ya, pero por culpa de los rusos he perdido el móvil. Si le llamo desde el tuyo, va a saber que estoy contigo.

—Llama desde el fijo y dile que estás en casa de una amiga. Ella no tiene este número.

—¿No?

—No, nunca la he traído aquí.

Quiero que me diga más cosas sobre eso, pero primero tengo que avisar a mi madre de que no voy a ir a dormir a casa. Por suerte, suele dejarme bastante manga ancha en lo de quedarme en casas ajenas y tal, así que cuando le digo que me quedo a estudiar en casa de Claudia no me pone ningún impedimento.

Le explico que el móvil se me ha caído al váter y que está caput. Ella me regaña y prometo portarme bien para que me asegure que me comprará otro. Nos despedimos con un beso y cuelgo.

Iván me mira con atención.

—Mientes muy rápido y muy bien.

—He aprendido por necesidad.

—¿No te da pena mentir así a tu madre?

—¿Y a ti?

Sonríe.

—Touché. Pero al menos yo no la miento en lo que respecta a mis sentimientos por ella.

—No, pero vais a casaros con todo lo que ello implica.

—Bueno, una de las condiciones es que no tendríamos exclusividad. Mientras seamos discretos, podemos estar con otras personas si queremos y no interfiere en el negocio.

—Entonces tú estás faltando a ese acuerdo.

—¿Sí?

—¿Crees que mi madre iba a aceptar como si tal cosa que te acuestes conmigo? Puede que sea una mujer lista y práctica, pero no dejaría que alguien como tú se me acercara.

—¿Y qué hay de esa experiencia y ese carácter del que fanfarroneas?

—Esas cosas son las que una madre nunca quiere saber de su hija. ¿O es que la tuya querría saber a lo que te dedicas?

Toma asiento a mi lado.

—Mi madre está muerta.

—Lo siento.

—Murió hace muchos años y ya era mayor, así que no importa. Pero es verdad, nunca lo supo. No quiso saber de dónde salía el dinero que pagaba al cuidador que vivía con ella en casa. Nos mentimos mucho unos a otros, ¿verdad? Y a nosotros mismos.

—Tú también te mientes a ti mismo.

—¿Eso piensas?

—Te mentiste a ti mismo durante mucho tiempo sobre mí, ¿no? Te juraste que no te me acercarías, que sería malo para el negocio, que sería estúpido. Que me harías daño.

—Bueno, sí. Pero no me equivocaba. Liarnos ha sido un grave error.

—Me tienes harta con tanto lloriqueo, ¿sabes? Te prefería cuando eras un tío misterioso y duro que no repetía sin parar lo mal que estaba lo que hacía.

Recibe el ataque con sorpresa. Sus ojos brillan de rabia. No está acostumbrado a que lo desafíen, y tampoco a que le reprochen nada. Pero, ¿qué quiere que haga? Él es el primero que sabe que está haciendo algo mal... y el primero que se ha tirado de cabeza a hacerlo. Bueno, quizá yo haya puesto un poco de mi parte, pero...

—No sé si te prefería cuando pensaba que no eras una niñata deslenguada —me responde en un pobre intento de salvar su orgullo.

—No lo preferías. Lo de hoy te ha gustado demasiado, y a mí también.

—¿Incluso a pesar del problema con los rusos?

—Sí, incluso a pesar de eso.

Se levanta y se alisa el pantalón.

—Debería prepararte la cama y darte un pijama limpio. Y también llamar a alguien para que nos traiga algo de cenar. Supongo que los rusos no te invitarían a un poco de pizza.

—Supones bien.

Se marcha, más callado y abatido que antes. No sé si sentirme mal. Tampoco sé muy bien qué va a pasar en las próximas horas. El caso es que estoy en el apartamento de Iván y que todo apunta a que voy a pasar aquí los próximos días, al menos hasta que me sienta capaz de caminar sin ayuda.

En algún momento voy a tener que explicarle a mi madre lo que ha ocurrido y, si no quiero que ella se meta en una guerra con los rusos, decirle por qué. Pero aún es pronto y puedo disfrutar de la calma que precede a la tempestad.

Iván me ha preparado la cama en uno de los dormitorios de invitados con sábanas limpias que huelen a suavizante y también un poco a cerrado. No parece que tenga muchos visitantes, a juzgar por ello. Iván me ayuda a tumbarme y hasta me arropa, pero no me da un beso de buenas noches a pesar de que se lo insinúo. Se marcha, apaga la luz y cierra la puerta.

Estoy tan agotada que caigo dormida antes de lo que me parece. Sin embargo, la tensión del día y el miedo sufrido durante el intento de secuestro me hacen despertar de una pesadilla con un fuerte sobresalto. Miro a mi alrededor y no reconozco la habitación. Por un momento me asalta el temor de que aún estoy secuestrada y que los rusos pueden entrar a por mí cuando quieran.

Me arranco la manta de encima y trato de levantarme, pero la pierna me falla y me caigo de nuevo sobre el colchón. Tengo que usar toda mi fuerza de voluntad y mi resistencia para salir al baño apoyada a la pared. Allí puedo lavarme la cara y beber agua hasta sentirme un poco más tranquila. Estoy en la casa de Iván, a salvo, y ni los rusos ni ningún otro maleante pueden alcanzarme. Ningún otro que Iván, al menos.

Vuelvo despacio a mi habitación, pero antes de cruzar la puerta me lo pienso mejor y entro en la suya. Le veo dormir en la penumbra, tendido en la cama sin pijama y cubierto únicamente por una sábana. Con todo el sigilo del que soy capaz con una sola pierna, salto hasta el hueco que me deja a su lado y busco su calor.

Él se despierta. Pienso que me va a echar con cajas destempladas, pero en lugar de eso me besa el cuello suavemente y me envuelve con su poderoso brazo tatuado, apretándome contra su cuerpo en un gesto de afecto que no me esperaba.

Con él a mi espalda, vuelvo a sentirme segura. Durante el resto de la noche, dejan de asaltarme las pesadillas y el temor a los rusos sin cara. Duermo de un tirón y solo me despierto cuando la luz del día se posa sobre

mis párpados.

Cuando me doy la vuelta, Iván está despierto. Me está mirando. Sus manos suben por mi cintura y por dentro del pijama para tocarme el pecho. Sus dedos juegan con mis pezones y los pellizcan hasta que me quejo. Yo froto mi cadera contra la suya. Tiene una erección mañanera (o quizá no, teniendo en cuenta que ha empezado fuerte) a la que podemos darle un uso estupendo a pesar de que tengo la pierna herida.

Sus manos bajan de mi pecho a mi entrepierna. Apenas me ha tocado y ya me he puesto muy cachonda. Tan pronto como sus dedos me rozan, la humedad comienza a fluir y él deja escapar un murmullo de satisfacción.

—Debería quitarte esos pantalones —dice, y yo estoy de acuerdo.

Tira de ellos y me los saca con cuidado para no hacerme daño en la pantorrilla, bragas incluidas. Me quita también el pijama y me toca por todas partes, sin cuidado, pasando por todas partes sin detenerse. Yo me pego aún más a su cadera. Su erección caliente me roza las nalgas.

—Tienes ganas, ¿eh? —susurra en mi oído.

—Sí...

—¿Te voy a hacer daño?

Es una pregunta sincera. Teniendo en cuenta que ayer follamos sin parar y que luego me rajaron unos rusos, es válida. Pero creo que voy a poder permitírmelo. Seguro que el sexo sirve para propósitos curativos, o al menos para alegrarme el día.

—Si no me mueves mucho, creo que no.

—Habrá que tener cuidado.

Se gira para buscar condones en la mesita de noche y se pone uno con la misma destreza de siempre. Me levanta una pierna para tener mejor acceso a mi coño y me penetra tan de golpe como la primera vez. Gimo y encojo los dedos de los pies sin querer, lo que me provoca un tirón en la herida. Al escucharme hacer un sonido de dolor, se para.

—No, está bien. Solo tengo que acordarme de no hacer eso. Sigue, por favor.

Iván está detrás de mí y me sujeta para poder follarme en plenitud. Siento cómo me colma, cómo me taladra sin miramientos. Una vez se ha asegurado de que no me está haciendo daño sin querer (el dolor que me provoca queriendo es otra cosa), se relaja y me folla tan bien como ayer, cambiando el ritmo para que me vuelva loca de placer.

Su mano libre me acaricia el clítoris despacio mientras la otra sujeta mi pierna. La luna del armario empotrado me permite ver cómo entra y sale de mí una y otra vez, cómo me rodean sus brazos torneados y llenos de tatuajes, cómo sus dedos me dan placer con maestría.

Sus dientes muerden mi cuello y buscan mi oreja. Su mano se cierra sobre mi muslo con avaricia, como una tenaza. Miro de nuevo al armario y me concentro en esa imagen. En mí dominada por una bestia que me folla como un animal, sin tregua. Es suficiente para que tenga el primer orgasmo, pero sé que a Iván no le parecerá suficiente.

Cuando me he corrido la primera vez, cambia de postura. Me coloca boca arriba y me levanta las piernas para que mi cadera tenga un ángulo que le permita entrar en mi interior con mayor profundidad. La primera vez que hace eso, me quedo sin aire por la oleada de placer que me recorre. Le veo sonreír sobre mí.

—Vas a tener que tocarte tú —dice mientras me sujeta las piernas.

Llevo mi mano a mi pubis, obediente, y me acaricio el clítoris durante un rato más hasta que vuelvo a estremecerme entre gemidos que más bien parecen sollozos. Esta vez no cambiamos de postura. Iván me sujeta por el cuello, aunque sin apretarme, y me penetra profundamente hasta que él mismo termina con un rugido salvaje.

Se deja caer sobre mí una vez ha anudado el condón y lo ha dejado sobre la mesita. Le noto palpitante sobre mí. Le he clavado las uñas en la espalda y creo que le he hecho sangre, pero no se ha quejado. Me parece que le ha gustado y que por eso se ha corrido tan fuerte.

Busco sus labios y le doy un beso largo y dulce. Él me corresponde. De momento no se vuelve apasionado y húmedo, como los demás, sino que parece un verdadero beso de buenos días.

—Ojalá me despertara así todos los días —dice contra mi cuello cuando hemos dejado de besarnos.

—Podrías hacerlo, si durmieras conmigo.

Iván se aparta y se deja caer a mi lado. El sudor le perla el pecho y yo se lo acaricio.

—No me gusta demasiado por dónde van esos tiros.

—Bueno. Pero igual es por donde tienen que ir.

—¿Qué quieres decir?

—Nada, Iván. Tú sabrás lo que haces.

El móvil de Iván suena, impidiéndonos continuar con esta conversación. Él lo coge y se lo lleva al oído. Veo que frunce el ceño y duda, pero escucha todo lo que le dicen con atención.

—Muy bien. Diles que nos veremos hoy a la hora de comer. Que no pienso sentarme en ninguna mesa si Vladimir no está ahí. Avisa a Julián y a Andrés. Voy a necesitar que vengan conmigo.

Cuelga y mira al techo, pensativo.

—¿Qué pasa?

—Los rusos. Parece que después de lo de ayer quieren intentar firmar la paz. Les diste una buena paliza a esos tres, lo suficiente para que Dimitri se piense si quiere seguir presionándome con las cosas que me importan. Creo que quiere reunirse conmigo, pero yo no pienso hacer nada si su padre no está presente. Ese chico es idiota.

—Entonces... Yo soy una de esas cosas que te importan, ¿no?

Iván deja escapar un suspiro.

—Natalia, ya te he dicho que yo no soy uno de esos macarras a los que cambia el poder del amor. Yo no funciono así y nunca lo haré, ¿vale? Esto no es una película.

—¿Pero por qué estás tan emperrado con eso? Nadie te ha pedido que cambies.

—Puede que tú no, pero... Pero quizá yo esté pensándomelo.

Iván se levanta de la cama. Está totalmente desnudo, pero por una vez no me recreo en su figura desafiante. En lugar de eso, busco sus ojos y lo que hay

detrás de ellos. ¿Qué está queriendo decir?

—Espera, espera. ¿Qué significa eso? ¿A qué te refieres?

—Sabía que ibas a complicarlo todo —dice mientras se tapa la cara—. Sabía que no tenía que haberte seguido el juego, pero soy gilipollas. Tendría que haber sabido mejor que nadie a dónde lleva esto.

—Iván, ¿me estás diciendo que sientes algo por mí? ¿Algo diferente a solo deseo?

Aprieta la mandíbula y me mira de soslayo, como si acabase de pronunciar unas palabras prohibidas.

—No digas tonterías. Apenas te conozco.

Hay algo en su voz que me hace dudar de que esté siendo sincero conmigo y consigo mismo. ¿Cómo fue lo que dijo anoche? Que nos encantaba mentir y mentirnos. ¿Y si lo que él siente por mí va más allá de un mero revolcón? ¿Y si le gusta de verdad y le gustaría tener algo conmigo, pero no se atreve por todo lo que conllevaría?

La idea me deja sin voz. Iván se va a duchar y a preparar el desayuno y yo me quedo quieta entre las sábanas mientras considero todo lo que implica. Para empezar, quizá yo misma tuviera que pararme a pensar en qué me gustaría hacer con esta nueva información. ¿Merece la pena dejarme llevar y probar suerte o me alejo de este tipo por el cual ya me han intentado secuestrar y que probablemente no me proporcione nada bueno a la larga?

Necesito un café. O mejor todavía: un chupito de vodka.

Me levanto y cojeo hasta la cocina para desayunar. Iván ya se ha tomado el café y se va a vestir. Parece que está intentando evitarme en lo posible, algo que no ayuda en nada a despejar las dudas que se acaban de formar sobre mi cabeza, como nubarrones que anuncian una tormenta.

Él se despide sin un beso, de nuevo con esa sequedad inherente y con una mirada parecida a la de un animal acorralado. Me deja sola en su piso lleno de muebles caros y vacío de todo lo demás sin ni siquiera hacer la cama en la que acabamos de follar.

Tengo que pensar en todo esto, pero pensar no es lo mío. Soy una mujer de acción. Aunque impulsiva, yo siempre reacciono mejor a las novedades si soy

la primera en dar el paso. Y creo que ya sé lo que tengo que hacer, aunque pueda conllevar problemas muy graves.

Haciendo de tripas corazón, llamo a mi madre.

Contarle a mi madre que me he acostado con su novio no es fácil. No le digo la verdad del todo. No le hablo de que ayer nos pasamos gran parte de la mañana y de la tarde retozando en un hotel, ni que llevamos comiéndonos con los ojos desde que nos conocimos. Tampoco le digo que me intentaron secuestrar unos rusos porque pensaron que así podrían presionarle para que atendiera a sus exigencias como ellos querían.

No, a veces la verdad tiene límites.

Le explico que ayer tuve un accidente y que Iván me ayudó y me atendió en su casa, que una cosa llevó a la otra y acabamos acostándonos. Le digo que en todo momento me ha tratado bien, que usamos condón y que no era mi intención hacerle daño. Le digo que estoy arrepentida pero que creo que debería saberlo.

Mi madre se queda callada. Tiene que asimilar todo lo que le acabo de decir, y supongo que no es fácil. A estas horas, Iván estará quedando a buenas con los rusos. Mientras tanto, yo, por mi lado, le estoy fastidiando sus planes de negocio al joderle su asociación con mi madre. Y mi madre... Bueno, no tengo ni idea de lo que está pensando mi madre.

Hasta ahora hemos tenido una buena relación. A veces me ha echado broncas por ser un poco chungueta y partirme la cara con quien no debía, y puso el grito en el cielo cuando se enteró de que pasaba droga a mis compañeros de colegio usando a sus contactos. Tampoco le gustó cuando estuvieron a punto de empapelarme por romperle la nariz al novio de Inés, aunque lo entendió. Lo que no sé es cómo va a reaccionar a esto.

Toma aire por la nariz y lo echa por la boca. Es evidente que lo que acabo de decirle no le gusta: hay arrugas profundas en su frente, de esas que se supone que no son rivales contra la crema que se aplica todas las noches. Pero bueno, tampoco es que esperase un milagro. Me he tirado a su novio, joder.

—¿Y no había otro con el que acostarte, Natalia? ¿Tenía que ser con Iván?

—No estaba planeado. Simplemente... ocurrió.

—Ya. Pero no te podías haber enrollado con un empresario de esos que van contigo al colegio, o con un estudiante de medicina. Tenías que liarte con un traficante y un criminal, igual que yo. —Niega con la cabeza. Me sorprende ver que, más que celos, lo que he desatado ha sido un ataque de preocupación maternal—. Hija mía, ¿por qué te empeñas en caer en los mismos errores en los que caí yo? ¿Por qué no has podido aprender de esto?

—No sé, mamá. ¿Igual es porque me has criado haciendo que vea que todo esto es normal? ¿Que lo natural es tener un padre en la cárcel y vivir del dinero que nunca entregó a la policía, o que se pueden tener novios maleantes y que no pasa nada?

Mi madre frunce el ceño y los labios, contrariada. ¿Nunca había pensado en esto hasta ahora? ¿Nunca se había parado a pensar en el tipo de ejemplo que me estaba dando al vivir de esta manera?

—Pensaba que serías más lista.

—¿Por arte de magia? Mamá, parece mentira. Sabes perfectamente quién soy. Sabes que no me he criado para ser una muñequita, ni una princesita. Soy yo, Natalia, una chica que sabe lo que quiere y que no teme hacer nada para conseguirlo.

—Y querías... a Iván, supongo.

—Pues no te voy a mentir, mamá. Aunque haya pasado de sorpresa, la verdad es que sí que lo quería. Me gusta. Me gusta mucho. Y si te he contado esto ha sido para... —¿Para qué? ¿Para acorralar a Iván de modo que sea capaz de admitir que yo le gusto? ¿Para liberarle de la culpa de la mentira, de todo lo malo que cree que está haciendo? ¿Para ir con la verdad por delante por una vez?—. Pues porque soy tu hija y sé perfectamente que no le quieres y que te vas a casar con él por conveniencia. Y porque creo que tienes que saberlo antes de dar el paso, porque no me puedo imaginar el tipo de vida que podríamos tener los tres después de esto.

Mi madre niega con la cabeza.

—Supongo que tienes razón. No se podría fingir que todo va bien, no. Y me dolería más enterarme de ello dentro de unos meses.

—¿Vas a romper el compromiso?

—¿Qué harías tú?

Suspiro.

—Supongo que sí, romper el compromiso está bien. Pero los rusos...

—¿Qué sabes tú de los rusos?

—¿Yo? Nada. Pero me pareció escuchar que teníais problemas, ¿no? Vuestro negocio está en peligro porque han cambiado de jefe, o algo así. ¿Vas a dejar que se coman a Iván? Si rompéis el compromiso, ¿vas a permitir que lo que estáis intentando crear se vaya a la mierda?

—Natalia, me parece que has estado conspirando a mis espaldas más de lo que me haces creer —murmura mi madre, demasiado sagaz para que se la dé con queso—. Mira, ahora mismo no quiero hablar de ese tema. Lo único que me apetece es ir a ver a Iván para darle un tortazo por acostarse contigo. Debería darle vergüenza. A su lado, eres una cría.

—Yo no soy ninguna cría. No sé por qué os empeñáis todos en decírmelo.

Me he librado de un secuestro encargado por los rusos, he defendido mi vida y la de la gente que quería y hasta creo que he tomado la decisión correcta en esta historia. ¿Por qué me acusan todavía de ser una cría? ¿Por qué se empeñan en creer que soy una muñequita que podría romperse si la miran fijamente?

Mi madre me pide que la deje sola; tiene mucho en lo que pensar y mucho que digerir. No hablamos sobre lo que va a pasar ahora entre ella e Iván o entre Iván y yo. En realidad, dudo que ninguna de las dos lo tengamos claro.

Cuando dan las cinco, llamo a Iván. Confío en que haya terminado ya su reunión con los rusos. Tarda un poco en cogerme, pero finalmente lo hace.

—Te has marchado de casa. Pensé que no ibas a hacerlo. ¿A dónde te has ido?

—He venido a mi casa. Tenía que contarle a mi madre lo que ha ocurrido.

Iván deja escapar un grito que me hiela la sangre. Tengo que sujetar el teléfono con las dos manos para que no se me resbale.

—¿Estás loca? ¿A qué demonios estás jugando?

—No es ningún juego. Tenemos que hablar. Ven a buscarme, pero no llames al timbre. Te esperaré en la puerta.

Cojeo hasta el portal y espero durante varios minutos. Sé que Iván habrá pisado el acelerador tan pronto le he dado la noticia. Vendrá a pedirme explicaciones y estará furioso. Sé que he puesto en peligro algo en lo que él se ha esforzado y que quizá sus tratos con los rusos se hayan quedado en agua de borrajas por lo que acabo de decirle a mi madre. Pero tenía que hacerlo.

Creo que nunca me había sentido así antes. He tenido rollos, me he colgado de tíos, he tenido novios formales y me he liado con desconocidos. Pero nunca hasta este momento había sentido esa chispa dentro de mí que ahora me doy cuenta de que puede ser algo más. Algo más que el mero deseo, o el ansia, o la codicia por otra persona.

Creo que lo que le he dicho a mi madre es verdad. Iván me gusta mucho, tanto como para poner en riesgo todo lo demás.

Cuando su coche aparece frente a mi casa, le veo apretar el gesto con ira. Me siento a su lado, me abrocho el cinturón y espero a que me lleve a donde sea que quiera conducirme. Se para en un aparcamiento cercano. A nuestro alrededor no hay nadie salvo los coches que de vez en cuando suben por la rampa y dan vueltas en busca de una plaza vacía.

Iván se quita el cinturón y se da la vuelta. La ira brilla en sus ojos.

—Vas a tener que explicarme lo que le has dicho a tu madre.

—Le he contado que nos acostamos... anoche. No le he dicho lo del hotel, ni lo de esta mañana. Le he dicho que ha sido un accidente, nada más. Pero...

—¿Pero qué?

—Pero le he dicho que yo quiero más. Creo que tú también quieres más.

Ladea la cabeza y me mira de reojo, como si acabase de cometer un error imperdonable. Sus manos tiemblan sobre el volante. Las rozo con las yemas de mis dedos.

—Sé que piensas que eres un mal hombre. Y, ¿sabes qué? A lo mejor no te equivocas. A lo mejor es cierto que solo una mala persona puede dedicarse a lo que tú te dedicas. Pero prefiero mil veces a una mala persona como tú que a una personal “normal” como se supone que se tiene que ser. —Le toco la mejilla para que me mire a los ojos—. Mi amiga Inés empezó a salir con un chico majísimo que a los tres meses le estaba dando puñetazos y que había conseguido que dejase de salir conmigo. Era un chico de buena familia, con un buen futuro y mucha pasta en el banco. Y ni de coña se paró a pensar en si de verdad era bueno para ella o si la estaba tratando bien. —Acaricio su mandíbula y sus labios—. Pero tú...

—No me compares con eso. No es lo mismo. —Se concentra en mis ojos—. Yo no te voy a pegar ni te voy a prohibir nada jamás. No soy un maltratador. Eso no. Pero sé que soy una persona difícil con gustos raros y tú... Tú eres muy joven. No sabes lo que...

—Sí lo sé. Mira, igual otras chicas de diecinueve no deberían salir con tipos como tú, no te lo niego. Pero creo que sabes de sobra que yo estoy hecha de una pasta especial. Puedo aguantar lo que me echas. Es más: lo estoy buscando. Lo he estado buscando desde que nos conocimos, e incluso antes. Me gustas, Iván, me gustas mucho. No tengo ni idea de si tenemos un futuro juntos o de lo que va a ocurrir mañana, pero creo que quiero intentar descubrirlo.

Él se echa a reír.

—¿Sabes que uno de los rusos a los que les diste ayer una patada ha perdido un huevo? ¿Llevas botas de punta de hierro o qué?

Me sonrío.

—¿Sabes el miedo que tenía en ese momento? Por mí como si los pierde los dos.

—Gracias a ti he conseguido que Dimitri me pida perdón. Vladimir, su padre, se ha puesto como una fiera cuando le he contado que habían intentado secuestrarte. Ahora los rusos van a estar mucho más finos.

—Ese cabrón tendría que haberme pedido perdón a mí —protesto.

—No. Yo tengo que pedirte perdón. —Me toma de la mano y la acaricia con una suavidad increíble, como cuando anoche me cosía la herida de la pierna—. Por mi culpa te has visto envuelta en eso y por mi culpa se te ha metido en la cabeza que lo nuestro podría llegar a funcionar.

—Vamos, Iván. Llevo chupándome líos como estos desde que he nacido. Estoy más que curtida. —Estoy fanfarroneando, claro. No me hace ninguna gracia que ayer intentasen secuestrarme aunque no tuvieran intención de hacerme daño de verdad, pero no voy a dejar que Iván crea que estoy asustada o que tengo ganas de echarme atrás en esto—. Lo nuestro podría llegar a funcionar. Follamos muy bien.

Sonríe.

—Eso es verdad, aunque debo decirte que hace mucho tiempo que no tengo una relación normal.

—Nuestra relación nunca va a ser normal, ¿sabes? —Le beso. Sus labios saben a algo delicioso, algo que creo que no voy a cansarme nunca de probar

—. Pero en parte es lo que más me atrae de ella. Nunca he sido normal y creo que no quiero serlo.

—¿Estás segura?

—Completamente.

Su móvil vibra. En la pantalla pone “Victoria”. Mi madre. Con la emoción del momento casi me había olvidado de que ella también tiene algo que decir. Iván suspira y hace un gesto antes de salir del coche para contestar la llamada. Cierra la puerta para que yo no cotillee, pero se le ha olvidado que puedo bajar la ventanilla para poner el oído.

Escucho cómo Iván se disculpa ante mi madre y le explica que no tiene ninguna intención de hacerme daño. Le oigo decir que le gusta de verdad, que ojalá no hubiese pasado así pero que, una vez ha ocurrido, lo mejor es actuar como personas adultas y responsables. Mi madre escucha y él no levanta la voz en ningún momento. Bueno. Parece que la cosa va bien.

Al final hablan sobre qué van a hacer con su asociación mutua y cómo impactará el fin de su compromiso. Iván insiste en que no quiere perder los puentes que han tendido y creo que a mi madre no le parece mal. Acaban despidiéndose casi como buenos amigos, sin una nota de discordia ni de ira.

Madre mía. Ojalá todas las rupturas fueran así.

Iván vuelve al coche y suspira.

—Ya está hecho —dice mientras se sujeta al volante.

—¿Y ahora qué?

—Ahora tengo que reordenar mis negocios y asegurarme de que los rusos no me la clavan por la espalda. Y que a tu madre no le dé por vengarse de mí después de pensar todo esto en frío, algo que podría ocurrir.

—No creas, no es su estilo.

—Y también tengo que asegurarme de que la policía deja de husmear en las cuentas de mis tiendas, por si acaso me agarran por ahí.

—La policía es una inútil, así que tampoco te preocupes mucho.

—Y probablemente prepararme para que antes o después nos pillen y acabemos todos en la cárcel.

—Si no te han agarrado ya, dudo que lo hagan ahora.

—Pero lo que más me apetece en el mundo, la verdad, es llevarte a casa y seguir con lo que empezamos esta mañana.

Una sonrisa aparece en mis labios, más sincera que cualquiera que haya salido de ellos.

—¿Sabes qué? En eso sí que te voy a dar la razón. Llévame a casa. Creo que nos hemos ganado esto. Pero antes de eso, necesito que hagamos una cosa.

—¿Qué?

—Vamos a pasar por una farmacia. Hay que comprar lubricante. Y condones. Muchos condones.

Tinta y Máscaras

Romance Oscuro y BDSM con el Millonario y Mafioso

SINOPSIS

En Tinta y Máscaras conoceremos la historia que se oculta tras la figura pública de Sergei Sokolov, el líder de la Bratvá, la temida mafia rusa. Sokolov se cree intocable, haciéndose llamar a sí mismo “fuerza de la naturaleza” y considerándose como “el arquitecto” de todo lo que le rodea. No existe vida bajo su mando que no se vea guiada por sus órdenes, que son llevadas a cabo como si de un dogma de fe se tratasen.

Su vida, más allá de las típicas perversiones morales a las que se pudiese ver sometido en los bajos mundos de lo ilegal, se ve marcada por otras prácticas que tanto él como su esposa, Alma Björklund, llevan a cabo tras puertas cerradas. Dentro de aquel estilo de vida, aunque ajena a las cosas más impactantes que suceden en la propiedad, se encuentra la pequeña Nadya Sokolov, la única hija de la pareja; una niña con enormes cualidades intelectuales a sus cortos nueve años de edad, y que ha crecido reclusa dentro de la seguridad que ofrece el pequeño paraíso del mafioso en una isla privada del Pacífico.

Todo en la vida de aquel hombre transcurre con una perfección casi cronometrada, sin embargo, aquel sentimiento de perfección no es más que una fachada que poco a poco se va cayendo, desvelando la decadencia de una relación consumida por las aspiraciones personales de cada uno y, sobre todo, por el deseo de poder y dominación del hombre de nacionalidad rusa, quien en su afán por mantener todo bajo su control pone en riesgo no solo a miembros

de su organización, sino también a lo máspreciado que tiene en la vida: su familia.

En el camino, Sokolov conoce personajes misteriosos y con ideales algo distintos a los suyos; cada uno oculto tras un caparazón que mantiene esa parte sensible de ellos lejos del alcance del mundo, pero que con un poco de atención llegan a ser descifrados por él mientras él mismo entiende un poco más sobre su propia personalidad y la motivación que, intrínsecamente, le lleva a ejecutar las decisiones que toma.

Por consiguiente, Sergei llegará a entender que el poder y el dinero no es lo más importante en la vida, que las prisiones no dejan de serlo aunque se disfracen de una vida lujosa, que el amor se va opacando con los años y que la costumbre aleja más de lo que acerca a las personas. El deseo de aventura y de probar cosas nuevas, como una droga, crea una adicción a las que algunos son incapaces de escapar y es capaz de llevarles a traicionar la confianza de aquellos quienes lo han dado todo por verles surgir desde sus humildes inicios. ¿Podrá el amor de un padre hacia su hija llevarlo a hacer y soportar cosas impensables con tal de conservar su más grande tesoro? Es algo que Sokolov tendrá que descubrir, de la mano de ustedes, los lectores, a lo largo de las próximas páginas.

Una novela con toques de sadomasoquismo y escenas explícitas no aptas para todas las sensibilidades. Se recomienda leer con la más abierta de las mentalidades, entendiendo siempre que todos los eventos expresados en ésta historia son ficticios, pero que en cierto modo retratan una parte de la humanidad considerada como tabú, ignorada por muchos y vivida a las sombras de los prejuicios por otros. Adéntrense en éstas páginas con la mayor precaución, y con el deseo de comprender cómo funcionan las cosas más allá de nuestros puntos de vista.

Escribir Tinta y Máscaras no habría sido posible de no ser por la paciencia y el apoyo que siempre prestaste a mi trabajo. No fue un camino fácil, pues me enfrenté a obstáculos a los cuales decidí rendirme momentáneamente. Pero luego de mucha espera, aquí está la obra que espero logre cautivarte tal como me cautivó a mi desde el principio.

I

Tal como ya era costumbre para él, cada primero de marzo se celebraba en su residencia una pequeña fiesta privada, que se jactaba de ofrecer las más grandes ostentosas que el mundo fuera capaz de ofrecer. Donde cada hombre era libre de ser como él realmente era, y cada mujer era capaz de estar a la par con cualquiera de sus contrapartes masculinas. No había odio que valiera durante aquellas horas del amanecer del primero de marzo, pues así lo había establecido él, con su mano firme e ímpetu de hierro. El arquitecto de todo, padre todopoderoso de la Bratvá, intocable y temido por hombres e inmortales por igual.

Así era él, Sergei Sokolov, un hombre de nacionalidad rusa en sus cuarenta y cinco años, jefe de la mafia rusa, y de todas las mafias que requerían algún beneficio de su parte. Esposo de Alma Björklund y padre de Nadya Sokolov, eran ellas lo más importante para él en el mundo. Más que el poder y los gobiernos que se encontraban doblegados ante su dictatorial mandato ilegítimo, su mundo giraba en torno a aquellas dos mujeres, quienes lo alejaban de su papel de villano, y le hacían perder todo el dominio que poseía sobre el resto del mundo.

Pero no aquella noche. Aquella noche era su noche, como cada año. La fiesta de las mil máscaras era todo una delicia para los sentidos, un derroche de sensaciones que se complementaban con el secretismo de llevar el rostro cubierto. La regla de la casa era esa, durante aquella noche todos llegarían por su cuenta, y los que decidieran no hacerlo de esa manera deberían portar su propia máscara desde que arribaban. Aquel amplio salón parecía llenarse de vida salvaje, con los diseños casi pixelados de rostros de animales en tonalidades blancas, negras y perladas. Incluso estaban los que iban un paso más allá y optaban por colores un poco menos... sobrios, como Miuchi Kiyomoto, jefe de la Yakuza, con su traje rojo escarlata y máscara de dragón roja y dorada.

Incluso, cuando no era de su total gusto, se permitía dejar que Alma deslumbrara con su máscara, llevando en ésta ocasión el rostro de una ninfa,

de color dorado y cabellos ondulantes alrededor del rostro, que hacía juego con aquel vestido ceñido de color champagne que llevaba, y sus ruidosos zapatos de tacón con punta afilada. Era todo un espectáculo, con aquel escote en la parte trasera de su vestido, que dejaban ver la perfecta curva de su espalda cuando se deslizaba, casi flotando, entre los invitados de aquella ceremonia. Era una alucinación entre ciervos, corderos, rinocerontes y otras bestias.

Desde el tope de la doble escalera de mármol, vestida de alfombra de un rojo de intenso color y coronada con un candelabro de araña de oro macizo Sokolov podía observar a aquel mar de personas, deleitándose en el salón al ritmo de los acordes armónicos de un sólo de violín. Su propio rostro se encontraba cubierto, como no podría ser de otra manera, con una máscara de león, de ojos blancos y vacíos en un rostro de ónice negro y con una melena de delicados hilos de plata. Tan solo su boca y mentón iban descubiertos, y aquella máscara le hacía lucir imponente ante el resto. Era, en un sentido bastante figurado, el rey de todas aquellas vidas que congeniaban esa noche bajo el techo de su propiedad.

A su lado, grácil como su máscara de conejo, Nina, su mano derecha, le daba el último reporte de los asistentes a la fiesta. Aparentemente Sinclair, Delacroix y Deveraux se encontraban allí, así como un representante del gobierno Danés, Jannik Bak, el mismísimo alcalde de Copenhagen con su impresionante máscara de cisne blanco, de alas abiertas y largo cuello erguido con la cabeza girada hacia la izquierda, posicionada en el tope de su frente.

Y, para más colmo, le informaba que su esposa había desaparecido de entre los invitados. Sokolov sintió una punzada en el estómago mientras la mujer se retiraba silenciosa, y echó un vistazo a la multitud. Había visto aquel vestido hacía menos de un minuto, codeándose con Nastassja Povarnitsyn, la mujer del ministro de economía ruso, y con Vera Borozan, la hija de un magnate Serbio dueño de las minas con la mayor reserva de cobre del país. Ambas parecían llevar un pedazo de su propia tierra en sus máscaras. Y hacía tan solo un instante Alma había estado con ellas.

Rebuscó entre el montón de cuerpos que danzaban esquivándose mutuamente mientras sorbían champagne, vino o whisky, o picaban un baguette de queso suizo o huevas de salmón. Otros sencillamente se deleitaban con los colibríes que su buen amigo de la infancia le había proporcionado, chicas

completamente desnudas, cubiertas apenas por maquillaje corporal para semejar el brillante plumaje de aquellas pequeñas aves, y con los rostros cubiertos por hermosas y coloridas máscaras que escondían a la perfección sus miradas de desesperación y sufrimiento, perdidas en el horizonte.

Otros sencillamente disfrutaban de la música, de un violín en solitario o de un arpa, tocado igualmente por una mujer de delicados rasgos corporales, pintada de pies a cabezas de dorado, con una máscara carente de rasgos, simbolizando la neutralidad de la música.

Intentó buscarla, pero claro, al momento en que puso un pie en aquel nivel, los apretones de mano, sacudidas de hombros, e incluso abrazos de parte de su camarada y la hermosa jovencita española que llevaba prendida del brazo, le hicieron perder rápidamente el objetivo. Alma nunca dejó de estar presente en su mente, menos sabiendo lo que ella se encontraba haciendo en algún lugar recóndito de la mansión.

Aquellos pensamientos se hicieron más vívidos cuando se adentró en la sala roja, un área más pequeña y privada, con las luces bajas, de color rojo, en donde los asistentes llevaban un antifaz en lugar de máscaras, y sus costosos y lujosos atuendos eran reemplazados por los más vulgares trajes de cuero. Era el rincón BDSM^[1], un sitio lleno de lujuria y placer, donde el vouyerista era bienvenido a mirar sin remordimientos a aquellos valientes que se atrevían a exhibir sus perversiones sin el menor recato. Imaginaba a su Alma, sumisa ante los dedos de algún cualquiera, parte de su propia guardia personal, escondidos, buscando aquello que, él sabía, no era capaz de otorgarle.

El gemido ahogado de una mujer de avanzada edad, con una mordaza de bola en la boca, le devolvió a la realidad, permitiendo que el fuerte olor a cuero, sudor, y fluidos corporales le llenara las fosas nasales. Se sintió enfermo al instante, y no pudo evitar tropezar con una pareja gay que se encontraba teniendo sexo a unos pasos a su espalda. Los hombres se congelaron en el acto, presas del terror. Sokolov, sin embargo, no prestó atención a la perturbación de ambos hombres, y atravesó la sala roja en largas zancadas que le llevaron lejos de aquel lugar de perdición.

Al llegar al otro lado, respiraba acelerado, le temblaban las manos y la boca le salivaba. Sentía una ira incontenible, perdía el control con cada respiración.

- Deberías mantenerte alejado de aquel lugar si no puedes tolerar un poco de cuero y algo de soga.

Esa inesperada voz le sedujo inmediatamente, le chasqueó los dedos en la mente, trayéndolo de vuelta a la realidad. Cuando alzó la vista era tarde, tan solo unos enormes cuernos de ciervo de color marfil fue lo que alcanzó a ver, además de un vestido descubierto hasta justo el lugar en que su espalda dejaba de serlo para curvarse en un provocativo y voluptuoso trasero. Aquella mujer había desaparecido en aquel lugar, en la sala roja, una vez que él tuvo la valentía para ir tras ella.

Frustrado, burlado, herido y cansado, se retiró temprano a su oficina. Se aseguró de pedirle a Mina que no quería saber absolutamente nada de Alma, de la fiesta o de los invitados, con la excepción de aquella misteriosa mujer con máscara de ciervo.

¿Quién era ella? ¿Por qué no lograba reconocerla de entre la lista de invitados que él mismo había preparado cuidadosamente? Más importante aún, ¿volvería a verla?

Sokolov decidió no pensar de nuevo en aquellas mujeres, y terminó de dirigirse a su oficina, exigiendo claramente que no quería perturbaciones de ningún tipo.

II

Tras aquella ostentosa fiesta solo quedó el fantasma de la multitud, el vacío en el alma que deja el alcohol al ser desechado por el sistema, y esa sensación de estar incompleto al despertar y encontrar la otra mitad de tu cama vacía.

Normalmente no era un hombre de resacas, pero aquel día había despertado con una bastante fuerte, que le hacía brillar destellos claros en la vista, retumbar tambores en sus oídos y sentir martilleos fuertes en sus sienes. Aquellos malestares tenían nombre y razón de ser. Luego de haberse dado por vencido en su búsqueda en el salón principal, y antes de ingresar a la sala roja, Sokolov había optado por tomar varias copas de vino con el subsecretario de estado Croata, Mihovil Ivanovic, y Rosana Valente, la primera dama de Andorra.

Habiéndose cansado de tanto parloteo político decidió marcharse a buscar en otros lugares, para luego, derrotado, retirarse a su estudio privado en el ala oeste de la segunda planta, donde resguardado por un seguro de huella dactilar, se aisló del resto de la fiesta por lo que quedaba de madrugada. Bebía directamente de su botella de Vodka mientras rememoraba recuerdos en fotos amarillas y desgastadas. Después de un par de horas, su cerebro pareció decidir que los recuerdos de lo que hacía no eran relevantes, por lo que no podía recordar nada más después de aquella foto enmarcada en blanco en la que se les observaba a él y a su esposa, Alma, abrazados en una playa privada de Abebe Kalejaiye, el vicescanciller de Marruecos, en “La Tierra de Dios.”^[2]

Unos cuernos enormes rondaban su mente, seguidos por el fantasma de una voz sensual, pero muda, ininteligible, tan solo un tono sin sentido, profundo y sensual, poderoso. Sokolov intentó ponerle un rostro, o al menos un recuerdo algo más claro a aquella memoria, pero cuando su dolor de cabeza no se lo permitió, desistió de la tarea en cuestión.

El desayuno se encontraba servido en la charola de plata en la pequeña mesita que estaba a un lado de su cama King, donde siempre la dejaba Casilda. Junto al plato cubierto, una taza grande café cargado y humeante y dos

aspirinas con una pequeña nota a su lado, como era costumbre de la señora, que había estado trabajando para él desde hacían veinte años.

Dos pastillas y un café para su dolor de cabeza, y una rica comida para calentar y animar su espíritu, era lo que ponía la nota de puño y letra de la mujer. Era su empleada, pero también habría sido una especie de figura materna para él desde que llegó a su casa.

Sokolov bebió aquel café caliente con calma, aguantando el ardor del primer trago que le quemó la garganta al tomarse las aspirinas, y revisando lo que Casilda había preparado.

Revisó su teléfono sólo para encontrar notas y recordatorios de reuniones venideras, pero no encontró nunca el justificativo de la desaparición repentina de su esposa. Intentó fingir que no le importaba, terminó su café y su desayuno a pesar del nudo en el estómago, causado por una mezcla de rabia, impotencia y dolor, y se dirigió a tomar una ducha para poder darle inicio a su día. Uno que, presumió, sería bastante largo.

5

Las horas entre papeles, llamadas y reuniones se le pasaron en un santiamén. Apenas y pudo robarse a sí mismo un poco de tiempo para pasarlo con su pequeña hija, Nadya, en la alberca de la terraza del tercer piso, para luego ver unos minutos de la nueva película de Shirley in Skates, una que Nadya parecía amar bastante pero a la cual Sokolov no le encontraba sentido. Trataba sobre una pequeña zebra que aprendía a patinar sobre hielo y cumplía su sueño de ser patinadora profesional, cosa que había motivado a Nadya a querer practicar, por lo que tenía clases privadas cada tarde en la pista de hielo del quinto piso.

Tras compartir con ella, Sokolov se retiró a su paraíso privado, en el segundo sótano de su propiedad, lejos del alcance inocente de su hija, y en donde dejaba volar su imaginación y liberaba sus deseos más libidinosos con la sumisa de turno, quien normalmente resultaba ser su esposa, aunque contaba con un catálogo entero de mujeres dispuestas a soportar todas y cada una de sus torturas con tal de mantenerle satisfecho, y conservar su propia vida si a ese tipo de detalles nos apegamos. La gran mayoría le habían sido suministradas por un viejo amigo suyo, que hacía negocios con el tráfico ilegal de mujeres, pero siempre se trataba de las más hermosas y delicadas flores

que sus ojos habían visto: jóvenes, no mayores de veinticinco, de senos firmes, grandes y redondos, angostas cinturas y traseros voluptuosos. Si, su colega tenía un gusto excelente para escoger mujeres, no por nada se había casado con aquella hermosa e inteligente española quien, en su momento, no fue más que otra de aquellas chicas abducidas.

Una vez satisfecha su necesidad de sexo, dolor y carne, se dirigió al cuarto sótano, que hacía las veces de mazmorra, en donde yacían algunos de los enemigos de aquel hombre. Era con ellos con quienes solía desquitarse cuando la ocasión lo ameritaba, y las infidelidades de Alma siempre eran unas de esas ocasiones. Llegaba a creer que los guardias hacían apuestas entre ellos para ver quién se acostaba con su esposa sin ser descubierto rápidamente, solo para ver a quién vendría a matar en persona el mismo Sokolov. Claro, siempre terminaban siendo engañados los guardias novatos, que no conocían el destino de aquellos que osaban probar lo que no les pertenecía.

Era un hombre temido, los presos que allí yacían se hacían en los pantalones cuando le escuchaban venir, pues sabían que la muerte estaba rondando la esquina. Otros incluso lloraban de alivio cuando eran víctimas de una violencia sin sentido, que les dejaba llenos de moretones, huesos rotos y órganos inflamados, pues sabían que podrían vivir un día más. Sin embargo, habían otros que no corrían con la misma suerte, y que luego de ser brutalmente golpeados por el hombre, eran degollados y colgados de cabeza para que tuvieran una dolorosa, pero rápida muerte.

Él lo sabía. Sabía que algo estaba mal con él. Y estaba totalmente tranquilo con ello.

5

Al final de la tarde, cuando se encontraba de vuelta en su habitación, unos sutiles pasos llamaron su atención, unos tan familiares, y a la vez tan distantes a aquellos que guardaba en sus recuerdos. Los ignoró, ni siquiera pretendió que le importaba que ella volviera.

- Lamento haber desaparecido de esa manera, - dijo ella a modo de saludo, el sonido seco de sus tacones de punta afilada llenaban el vacío de la habitación. Sokolov se limitó a simplemente encogerse de hombros, mientras se quitaba la camisa para tomar una ducha luego de terminada la reunión con el ex ministro de Relaciones Exteriores de Bélgica.

- Como siempre, estuvo maravillosa la velada cariño, - un escalofrío lleno de ira contenida recorrió el cuerpo de aquel ruso. Sintió su frente calentarse y su mandíbula apretarse. Se giró, sin embargo, con una expresión calculada, carente de desprecio y de odio, y le ofreció a su esposa una ínfima sonrisa que no llegaba a ser perceptible por un ojo no entrenado como el de Alma.

- Me alegra tanto que te hayas divertido de tal manera anoche, amada mía. Pero creo que, por atender tus “asuntos”, has descuidado al hombre que te ama con toda su alma.

La mujer se acercó a él, despacio, con la seguridad de un lince, y la sensualidad felina a flor de piel. Dejó caer la máscara dorada al suelo, y un rastro de prendas de ropa en su camino; aquellos ruidosos tacones de punta afilada, ese vestido ceñido de color champagne y destellos dorados y, finalmente, la ropa interior que llevaba tan solo en la parte inferior. Se colgó al cuello de su marido. Olía a magnolias con chocolate, y su cabello estaba casi tan perfecto como lo habría estado la noche anterior. Sokolov se dejó deslumbrar tan solo por un instante, uno que le hizo sentir deseo y odio a la vez. No la tocó, tan solo dejó que su mirada recorriera cada una de las bronceadas curvas que componían la exhuberancia sueca que era Alma Björklund.

- Has sido una mala chica. Lo sabes, ¿verdad?

La mujer se mordió el labio y le esquivó la mirada, levantando un tobillo y partiendo la cadera hacia la izquierda, lo que hacía que se le viera aún más voluptuoso el trasero.

- Tendrás que ser castigada.

- Hazlo, por favor, señor mío. Quiero sentirme tuya total...

Sokolov la interrumpió a mitad de palabra, empujándola para que le soltara, haciéndola trastabillar hacia atrás. La respiración de Alma se aceleró, mientras en sus ojos brillaba un destello de rebeldía que Sokolov siempre odio, y que en todos sus años juntos no había sido capaz de extinguir. Una mano abierta impactó contra el rostro de la mujer, desarmando el moño que llevaba, y haciendo que el cabello le cubriera la cara. Alma no se defendió, no dijo nada, ni siquiera se quejó. Tan solo dejó su cuerpo fluir con el movimiento, dejó que el dolor que debería sentir por aquel golpe la recorriera entera, y tras un instante, alzó la cara lentamente para mirarle al rostro.

- Mi señor, - otra fuerte cachetada en la otra mejilla la hizo callar. No lo entendía, o al menos eso creía Sokolov. No debía mirarle, no debía responderle, no debía implorarlo ni siquiera que la hiciera suya. Tan solo debía mantenerse en silencio, soportar el castigo como una buena sumisa, y luego dejar que él descargara sus necesidades masculinas en ella.

Aunque, por supuesto, Alma no era una buena sumisa, lejos de eso. Era altanera, era egoísta, manipuladora, pero sobre todo, era dominante, posesiva. Ella llevaba las riendas de aquella relación sadomasoquista, y en su rol de dominante le había permitido a él convertirla en su sumisa, pues era lo que la excitaba. Sokolov pensó en aquello y se acercó a ella, la tomó por la mandíbula y la miró con ojos llenos de ira.

- Tú. Eres. Mía.

La empujó por el hombro hasta hacerla caer de rodillas, manteniendo su cara fija hacia él. Ella partió los labios y sacó la lengua, esperando el miembro de Sokolov, pero él sonrió con un aire malévolo, desabrochó su correa y la deslizó fuera de las trabillas lentamente sin quitar los ojos del rostro de su amada. Vio como su deseo pasaba a decepción en una manera tan sutil que ninguna otra persona habría sido capaz de notarlo. Su mirada se volvió fría y resignada mientras cerraba la boca con un gesto de ligero desagrado. No cerró los ojos cuando Sokolov alzó el grueso cuero de la correa y la azotó por el costado con tal fuerza que la piel sonó como papel rasgándose.

- TÚ. ERES. SOLO. MÍA, - enfatizó cada palabra con un nuevo azote, uno que ganaba fuerza en comparación al anterior. Terminó con la respiración acelerada, una gota de sudor corrió desde su sien mientras observaba a la belleza de su esposa de rodillas ante él, apenas un poco encogida sobre su lado izquierdo mirarle con los ojos llenos de... ¿ira?

Sokolov dio dos pasos temblorosos hacia atrás mientras observaba como la mujer se ponía en pie, casi como si nada hubiese pasado. La correa se le cayó de las manos cuando dio dos pasos más hacia atrás, alejándose de ella. No le temía, no a ella, sino a su fortaleza. Fueron cinco azotes con una correa de cuero de cuatro centímetros de ancho, uno más poderoso que el anterior, y ahí estaba ella, con sangre en el costado izquierdo, y erguida delante de él como si no sintiera ninguna clase de dolor. Y el asunto era ese, que no lo sentía.

- Tú eres solo mía, Alma, - la mujer se acercó a él lentamente, le tocó la mejilla suavemente y le hizo trastabillar hasta pegar la espalda del vestier.

- Yo soy solamente tuya, Sokolov, señor mío, - le plantó un beso en los labios mientras la sangre le corría por el costado. Sokolov intentó esconderlo, pero no lo logró. No logró evitar que su cuerpo temblara al sentirse débil en comparación a aquella mujer que le robaba el aliento.

5

La tensión se había disipado con menor rapidez con la que se había formado. Alma se encontraba durmiendo en la alcoba, mientras Sokolov fumaba un habano en la terraza privada de la misma, observando las olas bañadas por la luz de la luna, ondulantes en el horizonte como pequeñas líneas blancas en un fondo azul profundo. Aquel momento de descontrol no había sido el primero, pero sí el más desconcertante. Cada vez se tornaba más difícil controlar lo que hacía aquella mujer con su cabeza y con sus sentimientos. Cada traición le dolía más que la anterior. Aunque saciara su sed de sangre y venganza al acabar con aquel quien creyó que podría burlarlo tan fácilmente. Además, sabía que la cuestión con Alma había cambiado, pero desde su propio punto de vista. Era susceptible, de maneras insospechadas por él mismo, a las manipulaciones de aquella hermosa criatura semejante a una banshee^[3]. Había permitido que se metiera dentro de él de tal manera...

Sokolov inhaló profundamente de su habano e intentó no tener aquella clase de pensamientos. Debía mantener firme aquel rostro malicioso, la Bratvá dependía de que Sergei Sokolov se mantuviese en la forma en la que se había mantenido por los últimos quince años: poderoso, indestructible, sin debilidades. Aunque, claro estaba, las tenía, sí que lo sabía. Si bien Alma lo era todo para él, aún más lo era su pequeña hija y, por tal motivo, había tenido que criarla dentro de la seguridad de aquella fortaleza que él mismo había tenido que erigir en esa isla, alejados de todo mal.

Sokolov bebió un trago de su whisky en las rocas mientras exhalaba una nube de humo blanco, la observaba deformarse hasta desaparecer en el viento. Las cosas tendrían que mejorar en algún momento.

Un mensaje en su móvil fue aquella mejoría, si bien momentánea, que estaba esperando. Suspiró, casi nervioso, mientras bebía el resto de su trago de un golpe. El humo del habano le persiguió por todo el camino hasta el

segundo sótano, donde los gritos nerviosos de un hombre llenaban el silencio de aquella estancia.

Sokolov cerró la puerta tras de sí con fuerza, haciendo que aquel hombre, atado de brazos y piernas en forma de equis, dejara de forcejear contra sus amarres. Se encontraba de espalda a Sokolov, completamente desnudo y con los ojos vendados.

- ¿Qui... quién está... a... hí?

Tenía la voz de un chiquillo, con un ligero acento ruso. Sokolov maldijo para sus adentros mientras se acercaba a él, lo observaba de arriba a abajo. Tenía el cuerpo fornido, era alto, de piel clara y cubierta de pecas en los hombros y en el puente de la nariz, con el cabello cobrizo, posiblemente de ojos azules. Sus labios se encontraban tan pálidos como su piel, adornada por un tribal que le cubría parte del hombro y el brazo izquierdo. Sokolov inhaló profundo y exhaló el humo en el rostro del joven guardia, quien de inmediato supo de quién se trataba.

- Se... señor Sok... Sok... Soko... lov. ¿Señor?

- Shhhhhh, - interrumpió el ruso, observando nuevamente al chico. Tenía las piernas fuertes, y entre ellas colgaba un pene regordete, casi tan grande como el suyo. – Supe que disfrutaste anoche de un pedazo de moya dusha^[4].

- No, no, no, no, no. Mi señor. Ha habido un... terrible mal entendido.

- Shhhh, no hace falta que llores. Todo está bien.

El joven dejó escapar un grito de terror cuando sintió la mano de Sokolov sostener su miembro, sopesarlo, rodar cada testículo en su palma.

- Tienes muchas pelotas para revolcarte con la mujer de tu jefe. ¿Te divertiste penetrándola con esto? – El chico intentaba con todas sus fuerzas escapar del agarre de su jefe, quien seguía, implacable, masajeándole pene. Bien, creo que ya es hora de que me divierta un rato contigo.

Sokolov finalmente soltó al chico y se alejó de él, su habano estaba por terminarse. Se quitó la camisa y se puso unos pantalones de camuflaje que siempre tenía cerca, tomó un par de cosas de una gaveta y se acercó nuevamente.

- ¿Señor? Señor, ¿qué está haciend...?

- Shhhh, ¿acaso no lo sabes? Odio que mis sumisos me hablen. Esto te ayudará a mantenerte calladito mientras me divierto un poco. Hace mucho que no tomo la virginidad de otro hombre.

El joven gritaba, se retorció, y luchaba contra la bola mordaza que Sokolov le había puesto con algo de trabajo. Le quitó la venda y, efectivamente, aquellos ojos de un intenso color azul se encontraban rojos y llenos de lágrimas.

El chico miró, con horror, las cosas que Sokolov había dispuesto delante de él.

- ¿Ahora, por qué no me demuestras que éstas bolas de toro que tienes te sirven para algo más que para follarte a mi mujer? – Y acabada la pregunta, apagó el habano en los testículos del joven quien se retorció con un dolor agonizante mientras observaba, con horror en sus ojos, la mirada del ruso, quien tomó un condón del suelo y se bajó el cierre del pantalón. - ¿Qué pasa? Apenas es que vamos a empezar... a divertirnos.

Susurró aquella última parte, y el grito ahogado del chico le indicó que sabía que nada podría salvarlo de aquello.

No había notado la gota de sangre que manchaba su mejilla derecha, justo por debajo de la cicatriz blanquecina que tenía. Con el paso de un zombie se dirigió al tercer piso, con la mirada triste y perdida en el suelo. Aquel jovencito había sido una decepción, y había tenido que matarle cuando no paraba de quejarse y moverse mientras él...

Parpadeó un par de veces cuando, de manera automática, se había detenido frente a la habitación de Nadya. Entró en silencio y cerró la puerta. Se dirigió a la cama de la pequeña y le observó, inexpresivo, mientras dormía plácidamente, abrazada con su pequeña zebra de peluche. Hizo a un lado al montón de amigos de felpa de la niña, y se acomodó a su lado. Nadya giró, aún dormida, y se acurrucó en el pecho de su padre, quien la abrazó delicadamente. Su mirada seguía perdida cuando la primera lágrima rodó por su mejilla, seguida de una segunda, y una tercera, y un montón más que él mismo no logró contar en su esfuerzo por no sollozar y evitar despertar a su hija.

Nadya murmuró unas palabras ininteligibles, tomando el cuello de la

camisa de su padre y acercándose a él, dormida.

Sokolov la sostuvo de esa manera hasta tarde en la madrugada, cuando los gritos de aquel chico finalmente se apagaron dentro de su mente.

III

Mina se encargó de las cosas aquella noche. El despertar fue más como de costumbre, tranquilo, sereno. En total control de sus emociones. Sabía perfectamente que aquella era la manera de mantenerse, pero últimamente estaba siendo algo paranoico.

Nadya le acariciaba el rostro mientras él dormía, y al despertar, fue como si de un toque sanador se tratara. ¿Qué demonios le estaba sucediendo? Se estaba obsesionando por ganar una guerra que ya tenía perdida. Aquello tan solo le traía desgaste y decepción, y por el bien de su pequeño ángel no podía permitirlo.

Luego de un par de videoconferencias con representantes de las familias Bellugi y Frattini, referentes a asuntos de tráfico de estupefacientes a través del canal de Panamá, actualmente bajo la custodia de Tamarah Cherednik en representación de los mejores intereses del ruso en lo que concierne a Centroamérica, Sokolov se disponía a retirarse cuando Mina irrumpió en su oficina. Su cara parecía consternada, llevaba un sobre manila en la mano, que apretaba con fuerza.

- ¿Qué sucede? – Preguntó el ruso con algo de cansancio en la voz. La mujer sencillamente se enfocó en entregarle el sobre, cruzando los brazos bajo su pecho cuando el ruso lo tomó. - ¿Qué se supone que es todo esto? – Ya sabía que era aquello, no era estúpido. Listas de invitados, y bases de datos de los asistentes de aquella fiesta. Mina no repuso nada, por lo que Sokolov revisó nuevamente hasta que algo llamó su atención. - ¿Addolorata Di Negri?

- Suponemos que es la mujer a la que usted se refiere. Pero no existe ningún registro sobre ella en nuestra base de datos. Tampoco en la del FBI o la INTERPOL. Esa mujer es un fantasma.

Sokolov la miró, impresionado, y nuevamente se enfocó en la hoja que contenía aquel particular nombre, resaltado en color amarillo. Leyó y relejó el nombre, intentando sacar alguna pista de él. Fue entonces cuando dio con ella. Guardó los papeles dentro del sobre y se dirigió hacia la salida,

entregándoselo nuevamente a Mina, quien le siguió con la mirada hasta la puerta.

- Contacta a Ana, - ordenó él. – Pídele que revise el historial de todas las familias de la mafia Italiana que han existido desde mil ochocientos sesenta y siete hasta la fecha. Ahí darás con ella.

- ¿Señor?

- Ana sabrá qué hacer, - y con aquellas palabras se retiró, dejando a Mina con una mirada un tanto confundida y preocupada en el rostro.

Ω

Dos días después recibía las respuestas que necesitaba. Si bien no eran las que estaba buscando, al menos le daban un indicio de dónde comenzar a investigar a aquel fantasma que le había estado robando el sueño desde aquella noche. La búsqueda de la española les había llevado de vuelta a un lugar que amaba con la misma fuerza en que lo odiaba. El frío invierno de su natal Rusia le daba paso lentamente a la primavera y, aunque en algunas zonas ya lograba verse algo del añorado verdor, el clima de aquella noche le trataba con inclemencia.

Su sobretodo de cuero blanco, con cuello y puños de piel de zorro plateado no lograba mantenerlo del todo tibio en aquella noche que le parecía la segunda más fría que había vivido en su país. Un extraño sentimiento se asentó en su pecho al recordar, como si no hubiese pasado hace ya casi treinta años, aquel evento que cambiaría su vida para siempre.

Ω Ω

Rusia siempre había sido una tierra odiosa para él. Entre tantas reglas, con tantos deseos de poder, siempre había sido capaz de ahogarle por una parte o por otra. No conocía el amor ni el calor de una familia, tan solo la camaradería y el amor fraternal que había recibido por parte de los suyos, sus compañeros de tropa, unos supervivientes natos que habrían de mover cielo y tierra con tal de enfrentar el siguiente con todos sus miembros enteros.

De entre todos, uno de aquellos hombres se había convertido en su confidente, su más fiel aliado, su amigo, su hermano. De esos con los que sabes que puedes contar en las buenas y en las malas. De esos que están dispuestos a recibir una bala por ti, porque saben con total certeza que tú

harías exactamente lo mismo por ellos. Fue por ese motivo que, cuando decidió escapar a todo aquello, tan sólo pensó en alguien en quien contar...

- Viktor, Viktor, despierta. Despierta, es hora de marcharnos.

- ¿Sergei? ¿De qué estás...?

- Shhh, baja la voz. ¿Acaso quieres que el comandante nos escuche?

- ¿Qué hora es?

- Son las dos de la mañana, ya todos en el puesto de mando deberían estar durmiendo. Vamos, levántate, pero ya. No tenemos mucho tiempo.

El joven se levantó, desperezando su cuerpo lánguido con un estiramiento.

- Viktor Mikhail, mueve tu maldito trasero. ¿Aún no entiendes que intento sacarnos de éste infierno?

La cara de aquel chico se transformó de repente, del sueño pasó a confusión y tan rápido como había cambiado, a miedo.

- Hablas de escapar.

La voz se le había bajado tanto que casi no podía oírse sobre el ruido de los grillos en el exterior. Su amigo asintió mientras echaba un rápido vistazo al resto de las literas.

- Vamos, vístete.

Ω Ω

Ambos distaban tanto de aquellos muchachos rebeldes que no tenían más que un sueño de poder y justicia, y obtuvieron ambas. A su manera, pero lo importante era que las poseía. Distaba tanto de aquel muchacho que sentirse él de nuevo, por tan solo un momento, era perturbador.

Alejó aquellos pensamientos dirigiéndose al Museo de Estatal de Historia^[5], navegando tranquilamente entre los turistas que hacían vida en Moscú, como si no les importase el frío. Revisó su teléfono nuevamente, como si estuviese esperando que alguna pista se manifestara de repente. En la brillante pantalla tan solo resaltaba una foto de Alma con la pequeña Nadya en brazos, de hacía un par de años atrás. Ni mensajes, ni llamadas. Guardó el aparato dentro de su sobretodo, y rebuscó rápidamente con sus dedos la tibia presencia de su revolver.

Se giró en redondo y justo frente a él se encontraba parado un hombre de aspecto sombrío y misterioso que casi le hizo dar un paso atrás de manera instintiva. Aquel hombre, delgado y alto como una vara, de rasgos finos y delicados, llevaba una enorme sonrisa en su rostro, cubierto parcialmente con un sombrero de ala a juego con el sobretodo que le abrigaba. Daba la impresión de ser un gangster neoyorquino de los años veinte.

Sokolov tragó saliva mientras observaba a aquel hombre quien parecía conocerle muy bien. Le hizo una pequeña reverencia y le dijo, en un tono entre ronco y chillón con un marcado acento.

- Vino por las respuestas a sus preguntas, ¿no es cierto eso, señor Sokolov? – El ruso se tensó de inmediato y apretó con fuerza el revolver. Aquel hombre delgado se enderezó, alzando sus manos ligeramente en señal de disculpa mientras negaba con la cabeza. – No es necesario acudir a la violencia, señor. ¿Di Negri? ¿Quiere respuestas?

Ω Ω

Ambos se dirigieron al exterior de la choza donde pasaban cada una de sus noches, y a donde volvían con tan sólo la gloria de la victoria y las heridas por sanar tras acudir a cruentas batallas en nombre de un ser por el que no valía la pena derramar una gota de sangre. Aquella noche habría sido la última, decidió él, ya no le regalarían su vida a un hombre tan despreciable como aquel dictador asqueroso y ansioso de poder.

Las torres de vigilancia ya estarían apagadas a esa hora, según habría estudiado él durante semanas. Resultaba ser que aquel pequeño recinto cercado por malla metálica estaba hecho para mantenerlos dentro a ellos, no para alejar a cualquiera que quisiera ingresar pues, como él sabía, nadie tenía nada que buscar ahí dentro.

- Viktor, te necesito atento, y necesito que prestes mucha atención a lo que hago. No sé si logremos salir con vida de aquí, eso dependerá de qué tan dispuestos estemos en confiar en el otro. Yo confío en ti plenamente. ¿Confías tú en mí?

Ω Ω

- ¿Señor Sokolov?

IV

Aquellos ojos oscuros y esa sonrisa le causaban ansiedad, una que no le permitía alejar sus dedos del hierro de su arma. De nuevo, con las manos a la altura de los hombros, aquel sombrío personaje dio unos pasos en su dirección, ladeando un poco su cabeza mientras dejaba escapar una risa divertida.

- Lamento tanto ponerle nervioso, señor. Créame, no es mi intención molestar al jefe de la Bratvá. Por el contrario, estoy aquí para ayudarle a resolver sus inquietudes. ¿Podría?

Con un gesto hacia el pecho del ruso, bajó finalmente las manos para dejarlas colgar a sus costados. Sokolov sacó la mano de debajo de su sobretodo, lentamente, sin quitarle los ojos de encima al flaquito. No parecía peligroso, y era precisamente eso lo que le inquietaba. La mayoría se mostraban nerviosos o agresivos en su presencia. Aquel hombre, en cambio, mostraba una confianza que era perturbadora.

- Bien, ya que hemos aclarado los términos de mi participación en éste encuentro, por favor, venga conmigo.

Sin esperar respuesta alguna de parte de Sokolov, aquel hombrecillo se giró y comenzó a caminar hacia la parte posterior del museo. Una rápida mirada en todas direcciones le mostró que la calle se encontraba anormalmente vacía, como si de una especie de mal sueño se tratase. Contra sus mejores pensamientos, Sokolov no tuvo más remedio que seguir a aquel hombre desconocido que parecía saber, un poco más que él mismo, el motivo de su visita *impromptu*^[6] a Rusia.

No hubo intercambio de palabras durante el recorrido, que atravesaba calles repletas de nieve, casas con las luces apagadas, y callejones sin más ruido que el de sus botas contra la nieve. Aquello le recordaba tanto a los años que vivió en opresión, siendo menos que un esclavo de un mortal...

- No es usted un hombre demasiado conversador, - interrumpió el hombre a mitad de un estrecho callejón. – No es como si lo hubiese imaginado de otra

manera.

Y con aquella frase, la que pudo ser una interacción entre ambos llegó a su fin. Si, Sokolov se encontraba intrigado por aquel hombre.

- ¿Quién se supone que eres?

Una risita despreocupada y una rápida mirada sobre su hombro precedió a su respuesta concisa.

- Soy su guía. Soy nadie.

- Pero incluso los que son nadie tienen un nombre. Sabes el mío, y si me conoces tan bien como crees deberías saber que odio encontrarme en desventaja.

Aquel sujeto se detuvo en seco, su cuerpo pareció rebotar como si de una vara se tratase. Sokolov se tensó, inclinando su cuerpo hacia atrás instintivamente. Aún así, no sacó el arma, y se alegró de no haberlo hecho cuando el hombre se giró para verle, con una expresión seria en el rostro, casi preocupada.

- Por supuesto, ¿cómo pude haberlo olvidado? – Realizó una reverencia, alzando la mirada para añadir, - Mi nombre es Grischa Korenev. Soy su guía, y soy nadie a la vez. Es un placer para mi poder servirle esta noche, señor.

Sokolov suspiró de alivio cuando Korenev desvió la mirada, se enderezó y acomodó el sobretodo para que le cayera de la forma correcta sobre el cuerpo. Grischa se giró nuevamente y prosiguió su caminata nocturna, como si de un paseo se tratase. Giraba aquí y allá, se detenía, intentando descifrar hacia dónde debía dirigirse, fingiendo no conocer el camino. Intentaba distraerlo, que no se aprendiera el camino hasta el lugar al que le estaba dirigiendo. Era astuto, aún cuando pretendía no serlo. Aquello le hizo tomar un poco más de precaución.

Finalmente, luego de unos quince minutos de caminar y atravesar rincones y recovecos que distaban de la vista conocida de la Plaza Roja y el Museo, Grischa se detuvo delante de una enorme puerta de metal oscuro, con marcas de óxido en las bisagras y en parte del centro, hizo otra reverencia mientras tomaba el pomo oxidado y lo giraba, abriendo una boca irregular en el bloque de aquel edificio de aspecto sombrío y abandonado.

- Hemos llegado, señor. Pero, mucho me temo que tan solo puedo

acompañarle hasta aquí. Por favor, entre y disfrute de su estancia. No importan cuanto tiempo tarde en salir, aquí me encontraré esperándolo.

Ω Ω

Viktor pareció dudar por un instante, pero luego sacudió su cabeza para alejar todo rastro de dudas y asintió, extendiendo su mano para que su amigo la apretara.

- Las torretas cuatro y cinco son las primeras en apagarse. Entre ellas se encuentra un pequeño laberinto de arbustos por el cual logré crear una salida.

- ¿Creaste una salida? ¿Por qué no te fuiste antes?

- ¿Acaso creíste que te dejaría botado en ésta cloaca? Escucha, necesitamos crear una distracción lo suficientemente grande como para evitar ser percibidos por los guardias que estarán durmiendo en las torretas. Créeme, no será sencillo salir, pero valdrá la pena. Una vez al otro lado está el despeñadero a menos de doscientos metros. Podremos usarlo para escondernos y escapar cuando sea seguro.

- ¿Usar el despeñadero? Dios, ¿qué rayos tienes en mente?

- Tú eres un experto en explosivos. Supongo que sabrás cómo utilizar alguno de estos, ¿no?

De una pequeña mochila, el chico sacó un par de barras de dinamita, y un trozo de C4 lo suficientemente grande como para volar una casa pequeña. Viktor miró aquellos implementos con un brillo en los ojos como el de un niño en plena época de navidad, abriendo un presente, tal y como recordaba haberlo hecho años antes de que...

- Bien, ¿dónde se supone que plante los explosivos?

- Hay dos puntos clave dentro del recinto. Sin embargo, lo ideal sería plantar en C4 en el bunker de municiones, y utilizar la dinamita para abrirnos paso a través del laberinto.

- Dijiste que habías abierto un camino.

- Lo hice, pero tu enorme culo no entrará por él si no utilizamos la dinamita.

- Pero si hacemos eso delataremos nuestra posición.

- No si lo hacemos en sincronía con el resto del ataque.

El resto del plan era igual de descabellado, pero ambos se encontraban a bordo desde el momento en que dejaron atrás la choza. Una de las cargas debía ser detonada en ésta, para hacerlo parecer un ataque del exterior. Lo mismo con el búnker de municiones, y el pasadizo de arbustos sería el punto desde el cual los invasores entraron. Todo parecía ser perfecto...

- Estamos listos, la carga de C4 detonará en un minuto, - confirmó Viktor mientras encendía un fósforo para encender la dinamita.

- ¿Viktor? ¿Sergei? ¿Qué rayos?

Sergei saltó rápidamente y cubrió la boca del chico que había salido. Yuri, un flacucho de ego demasiado gordo y con ínfulas de superioridad por ser el chivo expiatorio de aquel dictador.

- Maldita sea, - susurró Viktor mientras Sergei sujetaba con fuerza al flaco mientras intentaba escapar. Tan sólo se escuchó un crack que terminó con el forcejeo. Viktor se le quedó mirando a su amigo con los ojos abiertos de par en par, mientras éste tomaba la dinamita del suelo, cerca de los pies de Viktor, la encendía y se la metía en la boca a aquel soplón.

- Esa fue tu última vez de hacerte el héroe, maldito infeliz.

Tomó la otra barra de dinamita y la encendió más allá de la mitad de la mecha, mientras corría hacia su amigo y lo arrastraba hasta ponerlo de pie y hacerlo correr detrás de él. Lanzó la barra de dinamita un par de segundos antes de que detonara, se abalanzó sobre Viktor y cubrió su cabeza.

¡BOOM, BOOM!

Ω Ω

Sokolov frunció el ceño cuando Grischa le ofreció aquella sonrisa que se veía macabra a la luz verdosa que estaba sobre la puerta. Le observó fijamente antes de girarse hacia la puerta y adentrarse a la penumbra que reinaba dentro. Tan solo habiendo dado unos cuantos pasos dentro, escuchó las bisagras chillar al cerrarse la puerta, y no pudo evitar un escalofrío recorrerle el cuerpo. Se quedó inmóvil en aquella oscuridad mientras sus ojos se adaptaban a la cantidad de luz, y su oído se agudizaba para captar cualquier sonido cercado.

Le tomó más de un minuto recobrar la visión, y un poco más reconocer que a lo lejos sonaba, lo que parecía ser, un piano tocado en vivo. Se dirigió hacia esa dirección, siguiendo principalmente su oído mientras sus ojos seguían un haz enfermizo de luz radiactiva. Supuso que así debieron verse las noches en Chernobyl tras aquel accidente^[7].

Las notas del piano le llegaban cada vez con mayor claridad. El verde iba dando paso a un color más claro, más brillante, una bombilla incandescente, supuso, quizás un tubo fluorescente. Lo que fuera que fuese sería mejor que aquellas luciérnagas despilfarradas por el camino.

Al llegar a la estancia de donde provenía el sonido, una especie de jazz que no había escuchado nunca en su vida, entendió que las luces se mantenían bajas. De hecho no era amarillo sino rojo lo que iluminaba gran parte de aquella estancia. Él se encontraba de pie en una especie de balcón, al cual había accedido a través de una pesada puerta de hierro semiabierta. Encima de ella brillaba, tenue, una bombilla incandescente. A su derecha comenzaba una escalera de concreto, rústica y descuidada, con trozos faltantes y sin baranda, que descendía aproximadamente unos dos pisos.

Debajo se encontraba un salón amplio, con zonas oscuras, apenas alcanzadas por los rayos de luz roja, una barra de concreto con un expendio de licores bastante concurrido, con personas apoyadas en ella mientras conversaban y consumían alguna bebida local. Más allá, bajo la luz de un solo reflector, se encontraba un hombre de mediana edad y de tez oscura, tocando aquella melodía que no había sido capaz de reconocer y que, entendió luego de un rato, que seguramente sería una pieza original de aquel hombre.

Miró a su alrededor. Entre divanes y muebles se encontraban personas de aspecto refinado, casi elitesco, quienes le ignoraban por completo. Intentó no parecer perdido, aunque aún no tenía la menor idea de lo que se encontraba haciendo en aquel lugar o quién tendría las respuestas a sus interrogantes. Se acercó a la barra y pidió un vodka seco, para no olvidar los viejos tiempos, y se sentó en una de las sillas del bar.

Inmerso en sus pensamientos, olvidó que desconocía quien se podría encontrar en aquel lugar, y no fue hasta que Kiyomoto en persona se sentó a su lado. Sokolov le miró fijamente, mientras el japonés le ofrecía una sonrisa.

- Así que está relacionada con la Yakuza. ¿Quién lo diría? – fue lo que dijo

Sokolov a modo de saludo, mientras bebía el resto de su trago de un solo jalón y golpeaba el vaso contra la barra, pidiendo otro al camarero.

- No sé de qué me estás hablando, Sergei, - respondió el nipón con aires despreocupados mientras bebía de su cerveza. – Ah, ya entiendo. Has venido a saber más de ella.

- Entonces si es parte de la Yakuza. Di Negri.

- ¿Di Negri? No, no. No has hecho tu tarea correctamente. Más bien, la zorrita de la chica de tu colega no lo ha hecho correctamente. Verás, si lo hubiera hecho, habría sabido que Di Negri es su padre, Marziale, quien, pues, ya no se encuentra en el mundo de los vivos, sino en el Yomi^[8].

- Me importa un bledo tu habladoría, y aún menos me importa tu cultura. Entonces, si no es Di Negri, ¿quién es?

Casi como un presagio, de la nada apareció aquella figura que había podido recordar una que otra vez en sus sueños. La mujer con rostro de carnero distaba mucho de lo que él recordaba: de senos grandes, cintura delgada y trasero voluptuoso, con piel perfecta como porcelana, y cabello rojizo que caía como cataratas sobre sus hombros y su espalda, cubriendo su espalda descubierta. La mujer le dedicó una mirada que le dejó helado, con unos labios tan rojos y carnosos que casi deseaba morderlos.

Se enganchó al hombro de Miuchi, cruzando un brazo sobre su cuello mientras el otro le colgaba sobre su pecho. El camarero se acercó para entregarle su trago a Sokolov, sirviéndole un martini a la mujer, Di Negri, que ella tomó para marcharse sin decir palabra alguna, sorbiendo de la copa mientras le dedicaba otra mirada al ruso y una leve sonrisa.

- Es ella.

- ¿Quién esperabas que fuera? – Preguntó Miuchi con aire divertido mientras Sokolov observaba aquel cuerpo alejarse de ellos. El corte de su vestido negro hacía que su pierna derecha quedara completamente al descubierto con cada paso que daba en aquellos tacones estúpidamente altos. – Su nombre es Ambra. Ambra Irene Gaioni, es mejor que te vayas acostumbrando a ese nombre.

Aquel comentario devolvió su atención al japonés, por lo que preguntó, con demasiada curiosidad, a qué se refería. – Lo descubrirás. Llegado el

momento, claro está.

Desde el otro lado del local, aquella mujer no le quitaba la mirada de encima, con pestañas largas, gruesas y rizadas, que le daban una profundidad increíble a esos ojos color chocolate que parecían destellar bajo aquellas luces antinaturales. Sorbió su trago hasta que lo terminó, tomando la aceituna en el palillo y metiéndola sutil, pero provocativamente, en su boca, frunciendo los labios alrededor del palillo y cerrando los ojos de una manera casi pecaminosa.

Sokolov tragó saliva cuando sintió que una presión comenzaba a formarse en sus pantalones. Casi pudo escucharla reírse de él, en su rostro se veía una amplia sonrisa, igual de maquiavélica que el resto de sus expresiones anteriores. Dejó la copa en el brazo del sofá sobre el cual se encontraba tumbada y se levantó, marchándose en la dirección contraria a la que había llegado. Sokolov no le quitó la vista de encima, y se sintió acalorado cuando ella giró para verle una vez más, antes de desaparecer tras una puerta doble que le fue abierta por varios hombres rubios vestidos de blanco, uno de ellos siguió sus pasos y desapareció junto con ella de aquel lugar.

- Bueno, ya que Ambra no se encuentra, creo que es momento para que me retire. Oyasuminasai^[9].

Sin dar ninguna explicación profunda sobre quién era ella, o cuál era su relación con la Yakuza, Muichi se retiró del lugar, dejando a Sokolov solo. Pidió un par de tragos más antes de marcharse, no sin antes mirar en dirección a aquella puerta doble a través de la cual esa misteriosa y magnífica mujer había desaparecido.

Afuera se encontraba Grischa, esperándole pacientemente. Le ofreció una sonrisa al verle, seguida de una reverencia.

- Me alegra mucho verle señor, ¿consiguió las respuestas que estaba buscando?

- Solo algunas, - respondió él con un falso aire despreocupado. – Quizás tú podrías llenar los vacíos en el camino de regreso.

Grischa sonrió de aquella forma que inquietaba a Sokolov. Asintió para luego girarse y comenzar el recorrido inverso hacia la plaza roja.

- ¿Qué información le gustaría saber sobre la ama Ambra?

- Todo lo que puedas decirme, - respondió mientras intentaba caminar lo más lento posible.

V

Su regreso a casa sucedió con total normalidad, o con toda la normalidad con la que podría suceder luego de conocer un poco más sobre aquella mujer. Grischa no había sido muy imprudente con lo que decía. Al parecer, la cautela era su mayor virtud, cosa que le molestó bastante al ruso. Luego de aquella charla de vuelta a la Plaza Roja, Grischa se despidió diciendo que había – sido un placer conocerle finalmente. Éste será nuestro primer y último encuentro, señor Sokolov.

Entendía de qué iba todo aquello. Maniáticos de la privacidad y del secretismo, deseosos siempre de mantenerse en las sombras. Entendía muy bien el porqué de esa actitud, pues él mismo había tenido que vivir de esa forma durante mucho tiempo, aún más cuando se trataba de proteger a su hija de los peligros del exterior.

En el jet, Nina no mencionó palabra alguna, conocía perfectamente cuando era adecuado hablar y cuando era preferible callar en cuanto a su jefe se trataba. Era una de las razones por las que la mantenía siempre cerca, pues era una mujer confiable, astuta y sobre todo capaz. A pesar de todo, de vez en cuando le hacía saber el estatus del vuelo, o le llenaba con alguna información proveniente de la isla, cosa que no parecía importarle demasiado cuando se encontraba distraído por sus pensamientos.

Al llegar a casa fue recibido por el silencio. La amplitud de los espacios parecía opresiva cuando el eco de sus pasos rebotaba contra las paredes, creando una reverberación casi fantasmal. Podía escuchar el susurro de las olas en la playa, y el ruido de las gaviotas que planeaban sobre el mar a poco menos de un kilómetro de ahí. Se dirigió tranquilo hacia su alcoba donde descubrió, sin mayor sorpresa, que la misma se encontraba vacía. Supuso que aquella mujer que desconocía como su esposa había decidido tomarse un tiempo para sí, pues en los últimos seis meses se había vuelto excesivamente egoísta.

Su sorpresa fue tal, cuando encontró a Alma leyéndole un cuento ruso a Nadya, que no pudo esconderla de su rostro. Alma le miró, sonrió de forma

cómplice y volvió su atención al cuento en cuestión. Sokolov se retiró, aún con la sorpresa en el rostro, y se fue al tercer piso para lanzarse un rato a la alberca. Flotaba de dos maneras, en el agua, su pesado cuerpo se sentía ligero como una pluma, capaz de elevarse por encima de todo y de todos. Por otro lado, flotaba dentro de su propia cabeza, al intentar ordenar todos los pensamientos que ahí revoloteaban. De las dos sensaciones, odiaba la segunda, porque la primera le llenaba de un sentimiento de libertad que le era arrebatado fácilmente por la segunda.

Se encontraba con los ojos cerrados cuando sintió un par de delicadas manos recorrer su fuerte pecho. Casi se hundió al salir del casi trance en el que se encontraba, y se consiguió con una expresión divertida en el rostro que le observaba. Los ojos amarillos de Alma le miraban con algo que no había visto en ellos desde hacía mucho: pasión. Era algo tan inconfundible que sintió curiosidad por saber qué rayos estaba ocurriendo.

Alma se acercó a él, viéndole a través de sus gruesas pestañas de máscara negra, aquellos ojos de ámbar clavados en sus ojos oscuros, observando cada detalle de su rostro: su nariz grande y perfilada, a juego con unas cejas delgadas de color cobrizo, las pecas en el puente de su nariz y sus absurdamente rojos labios. La perfección de aquel rostro masculino era tan solo manchada, o enaltecida, dependiendo del enfoque, por una cicatriz blanquecina de aproximadamente unos nueve o diez centímetros de largo, que le recorrían desde debajo del ojo izquierdo hasta un poco más abajo de la comisura de la boca, con un espesor de al menos un centímetro de ancho en su parte más amplia.

Aquella mujer caminó hacia él, extraña, tan parecida a aquella que una vez había sido, hacían ya más de quince años, se quitó el top de su traje de baño y colocó sus brazos alrededor del cuello de Sergei, quien la miraba como si de un ser extraño se tratase.

- Estás distante, - le comentó ella sin un atisbo de vergüenza. ¿Era él quien había estado distante? – Extraño a mi antiguo señor, el que se encargaba de complacerme, el que me llenaba de placer desmesurado cuando se lo pedía, aquel que me tomaba por la fuerza cuando quería, sin esperar que yo se lo pidiera, sin pedir permiso para hacerlo. ¿Adónde se ha ido ese señor mío?

Aquellas palabras le impactaron como un rayo. ¿Acaso había sido realmente él quien llevó a Alma a convertirse en la mujer que hoy en día era?

No. No lo creía, pero un delgado haz de duda atravesaba la pulcra quietud de su certeza y la hacía tambalearse.

- Tú fuiste quien se alejó, amada señora mía. – Alma soltó una carcajada corta y baja, un poco carente de humor, mientras desviaba la mirada para mirarle de lleno a los ojos nuevamente. – Siempre he estado aquí para ti. Para Nadya.

Ante aquella sincera confesión la mujer se alejó de él, salpicando agua hacia su rostro.

- Siempre has estado aquí para nosotras. Así es. Nos has proveído alimento, refugio, placeres, has sido capaz de indultar nuestros caprichos y de mantenernos a salvo, si. Pero, ¿cuánto de eso has hecho tú con tus propias manos?

Fue como recibir un balde de agua helada en el rostro a primera hora de la mañana. Sintió una mezcla de rabia, duda, tristeza, pena, vergüenza, decepción. El cóctel le hacía sonrojar y arder las orejas.

- Ni siquiera eres capaz de refutar mis palabras. Sergei, quien se ha alejado de su papel has sido tú. Tú y tu maldita obsesión por pretender ser alguien que no eres, por pretender que eres el más fuerte y el más valiente, el más temido. ¡Tan sólo es una máscara! Una que, desafortunadamente para ti, no funciona conmigo.

Se acercó a ella, luchando con la fricción del agua contra su cuerpo y se detuvo en seco cuando se encontró con los ojos desafiantes de la mujer. No tuvo más remedio que bajar la mano que había alzado sin darse cuenta, ciego por la ira, y respirar hasta recuperar la calma.

- Recibirás el castigo que te mereces por hablar así de tu señor. No eres más que mi propiedad. Puedo hacer contigo lo que me plazca, cuando me plazca.

Se dirigió hacia el borde de la alberca y salió de ella, tomando una toalla que estaba en una silla plegable. Las siguientes palabras de Alma hirieron su orgullo de hombre, y le hicieron perder todo el respeto que sentía por ella.

- No confundas las cosas aquí, Sergei Sokolov. Quizás seas quien lleva los pantalones delante del mundo, pero no eres tú quien lleva las riendas de nuestra relación. Si alguien es la pertenencia de alguien no soy yo de ti.

Luchó contra el deseo de regresar y hacerle tragar sus palabras mientras su sangre hervía dentro de él. En lugar de eso se marchó sin mirar atrás, cogiendo su teléfono de camino a la salida de la habitación.

- Necesito que te encargues de algo por mi. Es urgente.

∩

Aquella noche, Alma se encontraba dormida en su habitación. Como era de esperarse, la otra mitad de la cama se encontraba vacía, pero aquello no pareció importarle cuando se acostó. No era la primera vez en la que dormía sola en aquella enorme cama, y tampoco sería la última.

Había acostado a Nadya un par de horas antes, y se encontraba sumida en un profundo sueño cuando se despertó de repente. Una presencia la observaba desde arriba, unos ojos delgados en un rostro negro y sin facciones. Una máscara. Aquella aparición le cubrió el rostro cuando intentó gritar. Alma se desmayó un instante después sin poder emitir sonido alguno. Su cuerpo fue trasladado de la mansión hacia un lugar desconocido, en medio de la soledad de la propiedad. Todo parecía orquestado, ni un guardia en los pasillos, salones o ascensores. Tampoco en la entrada principal ni en el embarcadero. Aquella figura apareció y se llevó a la mujer sin dejar rastro.

∩

Diez minutos más tarde, un pequeño comando ingresó abruptamente dentro de la habitación de Sokolov. No les importó ser cuidadosos ni silenciosos; rompieron la puerta de cristal del balcón e ingresaron, pisando fuerte sobre un montón de cristales esparcidos por el suelo de madera. Se sorprendieron al encontrar la cama vacía, con las sábanas a medio quitar de tan solo un lado de la cama. Revisaron el lugar, pero no encontraron a nadie. Tampoco dentro del lujoso baño de cristal encontraron a quien estaban buscando. Debajo de la cama, dentro del vestier, afuera en la alberca. Nada. No había rastro de ella.

Uno de los hombres se quitó el pasamontañas que ocultaba su identidad, y bajo éste se encontraba una expresión nerviosa. Algo había salido mal.

- ¡Señor! – Otro de los hombres llamó desde donde habían ingresado. En su mano sostenía un papel largo de color rojo, similar a un pergamino japonés. – Encontré esto cerca de la puerta. No sé lo que dice.

No hizo falta que lo leyera para saber de qué se trataba. Sintió el corazón

encogersele con una preocupación que nunca habría creído que podría sentir.

- No hace falta entenderlo. Yo sé qué es.

La marca de la Yakuza se encontraba al frente del pergamino en letras gruesas y negras, en la parte posterior se leía un mensaje, escrito en su totalidad en japonés. Tan sólo supo distinguir entre aquellos símbolos los que formaban un nombre. Muichi Kiyomoto.

- La Yakuza la tiene. Necesito que escolten a mi hija a un lugar seguro lo antes posible. La seguridad de éste lugar ha sido comprometida.

- De inmediato señor.

- Soldado.

- ¿Si señor?

- Trae a Nina. Necesitamos a Viktor.

El rostro del joven palideció un poco ante la mención de aquel nombre. Tan solo asintió en respuesta antes de marcharse corriendo de la habitación. Las órdenes de Sokolov eran prioridad para él en aquel momento.

VI

No escuchó noticias de su colega durante dos largos días. Afortunadamente, Alma fue lo único que se llevaron. Nadya se encontraba dormida aquella noche en su habitación, pacífica como era de esperarse. Nina se encontraba con ella lejos de todo aquel caos. En un parpadeo, la inviolable seguridad de su sagrado hogar había sido violentada. Alma sería tan solo el comienzo, o al menos eso era lo que ponía aquel extraño pergamino escrito en japonés. Sokolov esperó con toda la paciencia que un hombre como él puede permitirse. Intentó no apresurar la búsqueda, aparentemente la española no trabajaba demasiado bien bajo presión, por lo que no había tenido más remedio que quedarse al margen.

Cuando finalmente recibió noticias, era un manojito de nervios. Ebrio, con el rostro y el cabello desaliñado, la ropa sucia y sin planchar. No entendía por qué se preocupaba tanto, solo sabía que lo hacía, y entendía que la relación que habían compartido durante los últimos años había creado un lazo entre ella y él que, por consiguiente, le hacían temer por su vida.

Que irónico. Tan solo unos minutos antes de ser abducida, Sokolov estaba planeando una abducción en la que él mismo sería el verdugo que fungiría el castigo sobre su mujer. Ahora, sin embargo, se encontraba buscándola desesperadamente.

Tan pronto como recibió los detalles de la investigación, se alistó para partir. El avión le llevaría hasta Ámsterdam, Países Bajos. Una pista había llevado a la otra, por lo que Ana pudo dar con un posible paradero para Alma. No era seguro qué encontraría el Ruso allí, pero debía intentarlo. Se lo debía a Nadya, que era sumamente apegada a su madre.

El viaje hasta Ámsterdam fue tranquilo, demasiado para su gusto. Sokolov se distraía observando las nubes pasar por la pequeña ventana del avión mientras recordaba la animada conversación que había tenido la pequeña Nadya con él justo antes de marcharse a la ubicación de seguridad con Nina. Aparte de ser súper elocuente e imaginativa, Nadya le hablaba en un perfecto Ruso que le hacía sentirse orgulloso de la educación que podía permitirse para

ella.

Cuando no observaba el cielo, se distraía leyendo los informes que había recibido. Todos detallaban una operación que se estaría llevando a cabo en unos días, y la Yakuza era quien estaba detrás de todo. No conocía los detalles pero todo parecía apuntar a que ese era el motivo por el cual secuestraron a Alma.

Los elusivos detalles de aquella operación pronto le serían revelados, de una manera o de otra.

5

Eran pasadas las ocho de la noche cuando finalmente llegó al aeropuerto. Se encontraba totalmente desprotegido, sin guardias ni Nina para ayudarle en caso de ser necesario. Se encontraba lejos de su propio territorio, lo que no ponía completamente en desventaja. Recordó aquella ocasión en la que él y Viktor tuvieron que hacerle frente con una pistola y cuchillos de caza a una docena de asesinos entrenados, antes de poder enfrentarse a su objetivo. Aquel recuerdo le hizo recordar que tenía el poder para anteponerse a las dificultades, cosa que parecía haber olvidado en aquel momento.

Para cuando puso un pie fuera del aeropuerto privado, dos vehículos lo emboscaron. Casi una docena de hombres vestidos de blanco y armados con uzis salieron de los vehículos, apuntándolo a él y a los dos guardias que le acompañaban. Sokolov levantó una mano en señal de que no hicieran nada. Se acercó a uno de los hombres, un rubio alto, de ojos azules y contextura definida. Éste iba desarmado, y se acercó también a medida que el ruso cerraba la distancia.

- Debe venir con nosotros, señor.

No logró entender cómo sabían de su llegada. Su trabajo era saber, supuso él. Le ordenó a sus hombres retirarse, mientras seguía a aquel sujeto. Los hombres de blanco, rubios todos pudo notar, no dejaron de apuntar a los hombre de Sokolov hasta que éste se subió a uno de los vehículos. Varios de ellos abordaron y partieron de inmediato.

El silencio era total. Sokolov se limitaba a observar a través de la ventana mientras la calle paraba como un borrón a su lado. ¿A dónde se dirigían? Hacia un lugar con respuestas, eso esperaba. Miró al hombre con el que había hablado, y éste se encontraba mirándolo. Se quedó viéndole fijamente a los

ojos y éste, después de un minuto, finalmente reaccionó, dibujando una sonrisa en el rostro.

- ¿Acaso intenta usted intimidarme, mi señor? – Aparentemente todos le llamaban de aquella manera. Era molesto cuando no venía de alguien quien realmente le temiera, parecía una burla, en lugar de una muestra de respeto. – Sé qué clase de hombre es usted, y no, no me intimida. Quizás sea joven, pero no ingenuo. La signora Gaioni me ha entrenado para no temerle a nadie, ni siquiera a usted, - aquella última parte la susurró acercándose al ruso.

Sokolov estaba impresionado de la gallardía de aquel muchacho, una que él mismo no habría tenido cuando tenía esa edad.

- ¿Acaso tienes... veintidós? ¿Veintitrés?

- Me halaga, señor mío. Pero no, soy mayor que eso. Tengo veinticinco.

- No es más de lo que yo creía.

- Es una diferencia suficientemente amplia para hacer que una persona sea más astuta.

- De eso no tengo duda, ¿eh...?

- Oh, mil disculpas. ¿Dónde están mis modales? DiPietro. Randolpho DiPietro. A sus órdenes.

- Dudo completamente que estés a mis órdenes. No entiendo por qué dudé que fueras italiano.

- La signora Gaioni tiene éste incontrolable deseo de trabajar con “producto autónomo de su país”. Todos y cada uno de los hombres que ve a su alrededor son nacidos y criados en Italia. De no ser así, no estarían sentados aquí con nosotros.

- Dime algo, Randolpho. ¿Adónde me llevan?

- Quiere respuestas, - fue lo que repuso él, seguido por un largo silencio. ¿Se suponía que eso respondería las interrogantes del ruso?

- No has respondido mi pregunta.

- Es usted muy insistente, ¿no? Déjeme adivinar, - interrumpió él cuando Sokolov se disponía a responder aquella pregunta, callándolo en seco. – Siempre obtiene lo que quiere, ¿o me equivoco?

Soklov le miró con ojos entrecerrados, se apoyó en el asiento y prensó los puños sobre sus piernas. Randolpho rió ante aquella respuesta, levantando las manos en señal de disculpa.

- Nuevamente lo siento, no es mi intención hacerlo enfurecer. Responderé su pregunta, sin evasivas ésta vez. ¿Le parece? Lo estamos llevando hacia las respuestas que está buscando. ¿Alma? ¿Su esposa? Desapareció hace tres noches, ¿no es así? Fue tomada por la Yakuza, ¿pero a dónde la llevaron? ¿Qué piensan hacer con ella? ¿Y qué esperan obtener de usted? Aunque tengo las respuestas de algunas de esas preguntas, se me ha pedido que me las reserve para la reunión oficial. Además, hay demasiada gente en éste vehículo que tendría que morir si se enteran sobre los detalles de ésta “operación”.

- Así que de eso se trata, negocios.

- ¿Qué no siempre se trata de eso, señor Sokolov?

Tenía un punto, siempre estaba involucrado algún negocio en todo secuestro. Tengo algo que tú quieres y nosotros queremos algo a cambio. No era su primera vez negociando, pero si era la primera vez que alguien cercano a él se encontraba involucrado.

- Entonces, espero que lleguemos pronto a ésta “reunión oficial” para que discutamos los puntos de la negociación.

Randolfo sonrió y se reclinó sobre su asiento, miró fuera de la ventana y no pronunció palabra alguna por el resto del camino. Sokolov no tuvo más opción que imitarle, y esperar llegar pronto a aquel lugar.

Desde el interior del vehículo, de color negro y vidrios demasiado oscuros para poder ver en su interior, se podía ver como la calle de adoquines pasaba fugazmente debajo de ellos, tan rápido como las ideas de Sergei.

La noche azulona bañaba las calles de Ámsterdam de un aura casi mística tan sólo interrumpida por la luminiscencia naranja de las farolas que se alineaban, cuan soldados en fila, a lo largo de ambos lados de los puentes, reflejando su luz en la oscuridad del agua que se encontraba bajo ellos.

El hombre se mantuvo impasible durante el resto viaje. Nada malo le sucedería. De hecho, todo lo que sucedería sería sumamente bueno, o al menos eso esperaba él. Pensamientos inconexos le llenaban la mente, otorgándole un poco de tranquilidad.

Media hora más tarde, el coche se detuvo frente a la iglesia Westerkerk, un edificio de fachada renacentista, de colores terrosos y acentos blancos, coronado por una torre de más de ochenta metros desde la cual podía verse las mejores panorámicas de la ciudad. Sokolov bajó del vehículo y siguió muy de cerca a Randolpho, quien iba adelante. Aquella calle se encontraba solitaria, como si se encontrara aislada del resto de la ciudad. La gente parecía percibir el peligro en el aire, y se mantenían lo más alejados posible de aquel lugar.

Dentro del edificio, decorado con muebles de aspecto clásico, se encontraba un grupo de hombres de aspecto peligroso y rasgos marcadamente asiáticos, con trajes que dejaban ver pechos cubiertos de tatuajes, dominados mayormente por dragones y tribales.

Sokolov les echó una mirada a cada uno de los presentes, seis en total, cada uno portando una AK-47, y gafas que ocultaban su punto de visión. Sokolov debió sentirse nervioso, a fin de cuentas, se encontraban a merced de un grupo de sanguinarios asesinos que no dudarían en aprovecharse de su falta de armas, aún así, se encontraba tranquilo.

- Oyasuminasai^[10], - dijo mientras se inclinaba en señal de respeto a los presentes. Sokolov giró los ojos mentalmente, odiando el nivel de diplomacia al cual había tenido que adaptarse. Parte de su trabajo era convencer a los demás de que era un hombre de principios y con educación, y no solo un perro salvaje y desalmado. Los presentes devolvieron el saludo.

Sokolov perdió el hilo de la conversación en cuanto el Randolpho comenzó a hablar en un japonés con un marcado acento italiano, era un sonido extraño y un tanto cómico. Sokolov mantuvo la serenidad y seriedad en su rostro, resaltado por un gesto de desagrado en su boca. Randolpho hablaba y hablaba sin parar, con una fluidez que sorprendía. Tras unos minutos, parecieron llegar a una especie de acuerdo, uno que Sokolov desconocía. Uno de los hombres se retiró, luego le siguieron los demás.

A sus espaldas se escucharon pasos delicados, unos tacones delgados repiquetearon en el piso de la iglesia, haciendo eco en toda la estructura. Una figura se acercaba a ellos con una confidencia pasmosa, y con un cuerpo que, incluso bajo aquel abrigo de piel blanca que cubría todo, excepto su voluptuoso escote, se podía ver el indicio de curvas increíbles.

Sokolov observaba a aquella mujer caminar con tanta confianza dentro de

aquel recinto, se sintió culpable por los pensamientos que tenía. A pesar de no ser un creyente, si creía en el respeto que inspiraba un lugar como aquel.

- Signore Sokolov, è un piacere conoscerti, - comentó aquella mujer con una voz profunda, sumamente sexy, mientras se quitaba aquel abrigo de piel y se lo entregaba a Randolpho, quien la recibió besándole un anillo que llevaba en su mano derecha. – Capisco che stavate cercando risposte, ¿mi sbaglio?

Sokolov no entendía demasiado de lo que la mujer decía, más que “placer”, “señor” y “respuesta”.

- Disculpe, no puedo entender...

Randolfo se acercó al oído de la mujer y murmuró algo, ella sonrió y asintió.

- La mie scuse signore Sokolov, non sapeva non ho potuto parlare italiano.

- Se disculpa con usted por no saber que no hablaba italiano, - añadió Randolpho ante la cara de confusión del ruso. – Lamentablemente tendré que ser su traductor, ya que la signora no es adepta a hablar en una lengua que no sea la materna.

- Non ti preoccupare, - respondió Sergei con un acento que causó que ambos italianos estallaran de risa. Ambra alzó una mano en señal de disculpas, supuso él, y comenzó a susurrarle cosas al oído a Randolpho, quien asentía cada tanto.

- El motivo de su visita es uno que usted ya conoce, dijo Randolpho, mientras Ambra mantenía los ojos firmes en Sokolov.

- Alma Björklund, - añadió la mujer, alzando una ceja sin quitarle los ojos de encima al hombre.

- ¿Qué es lo que espera la Yakuza obtener de mi? ¿Por qué se la han llevado?

Ambra se acercó a Randolpho y le susurró su respuesta. ¿Entendía perfectamente a Sokolov? Era una mujer caprichosa.

- Se está llevando a cabo una operación que requiere de su... cooperación.

Aquellas palabras le helaron la sangre, un escalofrío recorrió su espalda. Cooperación, por supuesto.

- Claro, el poder de la Bratvá va más allá...
- Questo non ha null a che fare con il Bratvá, signore. Questo ha a che fare con te.
- Dice que éste asunto nada tiene que ver con la Bratvá. Tiene que ver solamente con usted.
- No intenten burlarse de mi.
- Nessuno cerca di fare gioco di te, signore.
- Nadie intenta burlarse de usted, señor. Solo queremos que la Bratvá quede fuera de éste. Piénselo de ésta manera...
- No pienso hablar contigo, Randolpho, - le interrumpió Sokolov, lleno de ira. – Vine aquí a hablar con ella. No pienso escuchar ni una de las palabras que dices.

Ambra golpeó el cuero del sofá sobre el cual se había recostado al llegar, se enderezó hasta levantarse, y caminó hasta Sokolov con un aire amenazador. Éste se vio tentado a dar un paso atrás, pero logró reaccionar antes de actuar.

- No crea usted, signore, que es todo poder. Yakuza es poderosa, también. Yo soy la madre de la Yakuza. Yo soy la que ordena aquí, y usted no tiene cómo dar ordenes ni amenazas. – Le arrojó una mirada llena de furia, alzando un poco el rostro para compensar su altura que, aún en tacones altos, quedaba unos centímetros por debajo de la de Sokolov. Le impactó la confianza que ella emanaba, el hecho de que no le temía. Le recordaba a Alma. – Se avete il coraggio di sfidare me ancora una volta, si rammarica di eso.

Sokolov alzó la mirada por un momento hasta que no pudo evitar suspirar, dando un paso atrás y subiendo las manos en señal de derrota. Ambra sonrió, triunfante, y volvió a su lugar para continuar con la reunión.

- Ahora que tenemos su atención indivisa, permítame continuar explicándole el porqué de nuestras acciones.

Sokolov cayó y escuchó con total atención, sintiendo un odio tremendo crecer por aquella pareja, y deseando descargar todo el poder de su furia sobre ellos. Lo haría, solo que aquel no era el momento preciso para ello.

- Cuento contigo Cherednik. No dejes que nada le suceda a ese cargamento. Y en lo que haya atravesado el canal, por favor, házmelo saber. – Un silencio de un minuto, y luego añadió. – Ten cuidado, Tamarah.

- SentimentalITÀ, - dijo Ambra cuando la llamada finalizó. Resulta que la Yakuza tenía todo planeado. Un grupo había tomado por sorpresa a la gente de Sergei en el Canal de Panamá, sometiendo a Tamarah Cherednik, su mano derecha en centroamérica, y tan solo esperaban aquella llamada para concretar la operación. No deberían tardar demasiado, o al menos eso esperaba él.

Permanecía sentado en una incómoda silla ornamentada de madera, de aspecto antiguo, barnizada en un color similar al del nogal, con un cojín tapizado en cuero rojo sintético. Ambra le hizo una seña a Randolpho para que se retirara, lo cual hizo sin mayor explicación. Ambos quedaron solos dentro de aquella sala, que se encontraba detrás del altar de la iglesia. Ambra le miraba con detenimiento, de arriba a abajo, poniendo atención en la amplitud de su pecho, y lo ceñido de su abrigo sobre los hombros.

- Es usted un hombre fornido. Tiene usted ínfulas de poder. Se cree invencible. Es la clase de hombres que me gusta doblegar.

- ¿Doblegar... me? ¿A mi?

Aquella idea era extraña, fuera de lugar en un sitio como aquel, pero aún así, despertó imágenes en la mente del hombre que tuvieron un efecto casi inmediato en su cuerpo.

- Me gusta hacerle entender a este tipo de hombres que ese poder que tienen no es físico, es mental. Y cuando se quiebran, mamma mia, es una sensación solo comparable a un buen orgasmo.

- ¿No le avergüenza hablar sobre sexo en un lugar sagrado como éste?

- ¿Es usted un creyente de dios, signore Sokolov? Yo dejé de creer en él hace mucho tiempo. Verá, mi fe en los hombres pareció mucho antes de que mi padre... – Se detuvo y ofreció una sonrisa.

- ¿Su padre?

- Los hombres solo sirven para una cosa, para demostrarles que no tienen el poder que creen tener. No me creo un ser superior, per niente, pero creo firmemente que mi poder reside en mi capacidad para tolerar el dolor, que es más de lo que un hombre puede decir.

- No comprendo su punto.

- Mi punto, señore, es que su poder es ficticio. No es más que una ilusión. El mío, en cambio, es real, y es por ello que me gusta demostrarlo en hombres como usted. Ningún hombre debería creerse superior a una mujer.

- Es usted una feminista radical.

- Simplemente estoy en contra de la misoginia^[11] con cada fibra de mi ser.

- Yo sinceramente no creo en ella. Pienso que es una palabra inventada por alguna mujer desagradable para hacerle creer al mundo que los hombres sienten odio por todas, cuando solamente algunas le causan repulsión. Intentan colocarse en una posición de víctimas, por ende, obtienen la condescendencia de propias y ajenos. La misoginia no existe, solo los hombres que no aman a sus mujeres.

Ambra le miró con convicción, acercándose a él e inclinándose para acercar su rostro al de Sokolov. Su escote mostraba sus senos perfectamente redondos y lisos, y el escote revelaba algo más de piel de la moralmente permitida dentro de una iglesia. Ella apoyó sus manos sobre los muslos del hombre y comenzó a hablar.

- Entonces, ¿me dice que no me objetifica al mirarme el cuerpo? ¿Piensan más en mis sentimientos que en mi... cómo le dicen? Oh si, ¿que en mi culo y mis tetas? – Sokolov apartó la mirada, pero ella le giró el rostro para mirarlo de lleno a los ojos. – Tal como lo supuse, es usted tan solo un hombre.

Deslizó sus manos por las piernas del hombre hasta incorporarse, alejándose nuevamente de él, quien cruzó una de sus piernas mientras se aclaraba el pecho, incómodo por la reacción que su cuerpo tenía.

- Y eso tan solo confirma mis palabras.

Ella parecía divertirse con él, y él, sorprendentemente, parecía disfrutarlo un poco.

VII

Un par de horas habían transcurrido desde que había llegado a aquel lugar. Ambra se dedicaba a beber vino tinto, aún echada en el sofá de piel, mientras se deleitaba en el rostro de Sokolov. Éste, por su parte, no hacía más que ignorar las miradas descaradas que la mujer le dedicaba, supuso que así habría de sentirse cualquiera de las mujeres que él había apreciado con tanto detalle a lo largo de su vida. Era extraño encontrarse del otro lado del show, y aquello no le agradaba del todo.

Randolfo entró a la habitación, nuevamente con el teléfono para que Sokolov hablara en él. Lo tomó, esperando escuchar la voz de Tamarah. En cambio era Miuchi quien le hablaba. La operación había concluido. Ambra estaba autorizada a entregarle a Alma. Ya había hecho su parte.

Sokolov pidió hablar con Tamarah, pero Miuchi le aseguró que se encontraba algo indispuesta en ese momento. Un sentimiento de miedo entremezclado con ira se asentó en la boca de su estómago.

- Si la has matado, - fue todo lo que pudo decir, antes de que Kiyomoto se despidiera y terminara la llamada.

Sokolov se quedó mirando al infinito por un momento, parpadeó fuera de su estupor con rapidez mientras Randolfo tomaba el teléfono y se acercaba de nuevo a Ambra. Ambos le observaron, ella se puso de pie y pidió su abrigo. Se despidió mientras DiPietro le colocaba el abrigo, y con un beso y un guiño de ojos dejó la sala. Un minuto después, Randolfo estaba escoltando a Sokolov de vuelta al aeropuerto.

U

- ¿Estás segura, Nina? Ese maldito de Kiyomoto la ha matado. Ha matado a Cherednik.

- Señor, permítame enviar a un comando a revisar el lugar. Recuerde que ella es una mujer fuerte. Estoy segura de que sigue con vida.

- Hazme saber tan pronto como esté confirmado.

- Por supuesto señor.

Colgó la llamada y se llevó las palmas a los ojos. El avión había despegado hacían apenas unos diez minutos, pero parecían horas. En el camino de vuelta al aeropuerto, Randolpho le aseguró que Alma estaría justo donde la habían encontrado, y que él no tendría que preocuparse de absolutamente nada. De ser necesario, le dijo a modo de despedida, sería contactado de nuevo.

La angustia le llenó durante todo el viaje, angustia que debió ahogar entre vasos de vodka.

U

Como temía, Kiyomoto la había herido. Afortunadamente se encontraba con vida, pero probablemente quedaría vegetal para el resto de su vida.

Allí se encontraba ella, en la cama de un hospital Panameño, atada a un montón de máquinas que la mantenían estable. Sus ojos permanecían cerrados, su rostro marcado con moretones y raspones. Ella luchó, de eso no cabía duda, luchó con la última gota de fuerzas que tuvo. Siempre había sido una luchadora, Tamarah Cherednik. Habían sido amigos desde pequeños, y se habían vuelto aún más cercanos cuando ambos coincidieron en el mundo en el cual vivían ahora.

Se sentía terriblemente culpable, tanto que su pecho le dolía. A fin de cuentas, era humano, como el resto. Verla en aquel estado no hacía más que empeorar el sentimiento que tenía. Se acercó a la cama y le acarició el rostro, apartando un mechón de cabello de su frente. El impacto de lo que vio le secó la boca y le hizo trastabillar.

- Tamarah, - murmuró mientras se acercaba de nuevo a ella. Sus manos temblaban. Temblaban de ira y de miedo, de impotencia y de dolor. En la frente se encontraba un parche enorme que cubría la operación que habían tenido que practicarle para salvarle la vida. Una bala de nueve milímetros le había atravesado el cráneo y había salido por el otro lado. No la mató, pero cerca. Estar en estado vegetativo era peor que estar muerto, a los ojos de Sokolov.

- Perdóname. Por favor, perdóname. Lo lamento tanto, Tamarah, perdóname por favor.

Aquel hombre cayó de rodillas junto a la cama, y no pudo evitar ponerse a

llorar sobre el cuerpo inerte de su camarada. Le dolía el pecho, le dolía el alma, ardía con un deseo de sangre y venganza que jamás creyó ser capaz de sentir. La Yakuza había sobrepasado su límite, habían llegado más allá de donde estaba permitido. Ahora solo podían hacer una cosa, soportar el tsunami que era Sergei Sokolov, y rogar porque éste no acabara con ellos.

Se secó las lágrimas y se levantó, sintiendo las rodillas flojas. Se acercó al rostro de la que habría sido una vez una amiga muy querida, casi una hermana, le acarició la mejilla y le susurró, - haré que ese maldito pague por esto, Cherednik. Lo juro por mi vida, los haré pagar por esto.

La respiración de la mujer se aceleró, al igual que su pulso. Sokolov le plantó un beso en la frente mientras se le escapaba una última lágrima. Se la secó y salió de aquel cuarto, sin poder notar que una lágrima escapaba del ojo izquierdo de la mujer.

5

Su propiedad era una fortaleza cuando llegó. Las tropas de Mikhail se encontraban dispersas por toda la propiedad. Fue recibido por Alma, quien se colgó a su cuello y le abrazó fuerte, temblando. Habría pasado por un infierno, uno que dejaba huellas en la mente, a pesar de su tolerancia al dolor.

- ¿Nadya? – preguntó ella, espantada. Nadie le había dado respuestas desde que apareció, acostada en su cama aquella mañana.

- Nina la tiene en un lugar seguro. Tú irás con ellas dentro de poco.

- ¿Qué sucederá contigo?

- Yo tengo asuntos que atender con Kiyomoto.

- ¿La Yakuza? ¿Qué sucedió?

Sokolov suspiró y mantuvo lo más alejadas posible a las lágrimas. Sin embargo, su voz tembló cuando pronunció, - Tamarah.

Alma comprendía a la perfección lo que había pasado. Se cubrió la boca y se permitió llorar por los dos. Tamarah había sido una amiga muy querida para ella, por lo que sintió un odio grandísimo llenarle cuando entendió que no volvería.

- Es momento de que te vayas. No estás segura dentro de éstas paredes. Viktor en persona te escoltará hasta el lugar seguro. Nina regresará conmigo

una vez que estés con Nadya. Les dejaremos saber cuando es seguro que vuelvan a la mansión.

- Déjame ayudarte. Tamarah... Tamarah era como mi hermana. Ese maldito Kiyomoto debe...

- Mi señora, eres mi dama. Nunca permitiré que te manches las manos con sangre, siempre que no sea necesario. Ten confianza en tu señor. Yo me encargaré de esto.

Alma asintió tras un momento de duda. Su rostro estaba rojo, las mejillas y la nariz sonrojadas, sus ojos hinchados y con ojeras. Las marcas de los años se dejaban ver, y su cabello era un desastre. Era una mujer completamente diferente a la que Sokolov estaba acostumbrado a ver, y sin embargo era lo más parecido a la mujer de la que se había enamorado que hubiera visto en años.

- Me prepararé para partir. Mi señor, hazlos pagar por esto.

Sokolov suspiró y asintió, ella asintió a su vez y se marchó a su alcoba, con los brazos cruzados sobre su regazo.

Cogió el teléfono y comenzó a hacer los preparativos para aquella misión que tendría que afrontar.

∩

La mansión, a pesar de encontrarse abarrotada de hombres, se sentía extremadamente vacía y triste. Nadya y Alma se habían marchado y pronto Nina estaría de vuelta para ayudarle a completar los preparativos. Su cabeza era un lío. No sabía por dónde debía comenzar.

Recordó aquella escapada que realizó con Viktor, y todo el tiempo que le había llevado prepararla.

∩ Ω

Aquellas tres explosiones parecieron una, tan sólo el C4 había explotado un poco después, pero el tiempo había sido tan perfecto como había sido posible. Entre empujones y jalones, Sergei se puso en pie, con los oídos silbándole mientras jalaba al otro hombre fuera de aquel infierno. El búnker de municiones continuaba explotando, por lo que ellos pudieron pasar por aquella salida improvisada sin ser detectados.

Escucharon a los perros cuando apenas se encontraban a unos cincuenta metros. Sergei se deslizó tras de una de las furgonetas que usaban para transportarlos y tomó un bidón de gasolina, lo abrió y comenzó a bañarse con él.

- Sergei qué... ¿qué demonios?

La respuesta que le dio fue un baño de gasolina en el rostro mientras seguía frotando su propio uniforme.

- No debemos dejar que los perros nos identifiquen, idiota. ¿Acaso tengo que pensarlo todo aquí?

Viktor se sacudió el rostro lo mejor que pudo mientras se aplicaba el resto de la gasolina encima. El fuerte olor les sofocaba y dificultaba la escapada, además que les hacía arder los ojos. Intentaron correr lo más alejados del camino, dejando sus huellas fuera de la vista.

Una nueva explosión sonó aún más cerca, Viktor miró a Sergei con cara de asombro y éste le sonrió. No se había percatado de que tuviera más dinamita consigo, y tampoco sabía como había logrado encenderla sin prenderse en fuego. Tan sólo estaba contento de haber visto explotar a los coches que habían dejado atrás.

Al llegar al despeñadero su emoción flaqueó un poco. Tendrían que bajar por él, y con un grupo de perros y militares armados tras de ellos bajar significaba una cosa: saltar.

- Amigo, vamos. Ya estamos aquí. No hay tiempo para ponerse a dudar. – Viktor miraba hacia atrás y hacia el frente, al rostro de su amigo y nuevamente a lo demás. – Te espero abajo.

- ¡Sokolov!

- ¡Sokolov! ¡Por allá, ese bastardo intenta escapar! ¡Vamos! ¡Rápido, rápido!

Contuvo la respiración y cerró los ojos, dando un pequeño salto que lo llevó a caer en el vacío del despeñadero.

Ω Ω

Se le encogía el estómago al recordar aquella caída, además de pensar en las cosas que sucedieron después de aquel escape, en cómo se habían

fortalecido ambos con el tiempo, y como habían pasado de ser hermanos de armas a ser hermanos de sangre. Si alguien le ayudaría a resolver esto sería él.

Nina llegó más tarde aquella noche, con planes e información que le había enviado Ana. Tenía todo planeado en su cabeza, y se lo presentó a un Sokolov que se encontraba medio ebrio, luego de beber durante todo el día.

Le fue difícil hacer llegar su punto, pero finalmente lo consiguió. Luego que aquello, escoltó a Sergei hasta su habitación, en donde lo dejó en la cama, quitándole la camisa y el calzado. Sokolov se encontraba dormido cuando ella terminó de arroparle. Era comprensible, la situación le había tenido al borde y finalmente había colapsado.

5

Partirían en la mañana a Versalles, donde se encontraba la residencia de Ambra. Ahí, intentarían sacarle la información referente a Miuchi, con quien no habían podido dar aún. Una vez localizado, lo cazarían hasta darle muerte. Era lo que se merecía por lo que había hecho.

Nina estaba terminando de alistar todo en el embarcadero. Partirían hasta Martinica en barco, y a partir de allí, en avión hasta Francia. Repasaron los pasos de nuevo, se encontraba listo para partir, Nina se encontraba abordando el barco cuando Sokolov la tomó por la espalda por sorpresa, le aplicó una llave en el cuello para sofocarla. La mujer forcejeó lo mejor que pudo, le golpeó el estómago pero Sokolov se mantuvo firme.

- No puedo perderte a ti también, Nina. Espero que puedas perdonarme y que no pierdas la confianza en tu señor.

Nina dejó escapar un chillido corto y bajo, pareció entender lo que sucedía antes de desmayarse. Sokolov la alzó sobre su hombro y personalmente se dirigió hacia los calabozos, donde la encerró.

- Está prohibido que dejen salir a Nina de éste lugar sin mi consentimiento. Nadie entra ni sale de esa celda. Y pobre del que intente propasarse con la general. Se las verán directamente conmigo.

Los hombres obedecieron al pie de la letra y se mantuvieron firmes. Sokolov apartó el mechón de cabello del rostro de la mujer, que aún permanecía desmayada en el suelo, y se despidió de ella en silencio. Una vez que atravesó la reja de la celda, y se cerró tras de él, Nina volvió en si, con un

jadeando.

- Señor... Mi señor, Sokolov. No tiene por qué hacer esto. – la mujer tosía mientras intentaba hablarle con fuerza suficiente.

- He tomado mi decisión. No pienso ponerte en peligro si no es necesario. Permanecerás aquí hasta mi regreso, para que no hagas nada exageradamente estúpido Nina.

- Sokolov, no. No puedes.

- Ya lo hice. Tienen sus órdenes. Nadie entra o sale de éste lugar.

Nina se alzaba apoyada de los barrotes, pero para cuando quiso gritar algo más, Sokolov se había ido. Tan sólo pudo dejar escapar un grito de frustración, que le fue interrumpido por un acceso de tos.

Sokolov partió como estaba planeado, pero sintiendo que le faltaba algo. Una mano, su mano derecha.

5

El viaje hasta Versalles sucedió sin inconvenientes, tan solo necesitaba que, como sucedió en su viaje a Ámsterdam, los italianos vinieran a por él. Parecía que estaban siempre un paso adelante, ¿lo estarían en aquella ocasión?

Se preparaba para salir del aeropuerto, a punto de subirse a su coche cuando dos coches, ésta vez enteramente blancos, aparecieron de la nada y le bloquearon el paso. Aquel era el paso dos de la operación, y había salido según lo esperado. Sokolov salió del vehículo y caminó hacia los autos blancos, de los cuales salieron media docena de hombres armados, con trajes blancos y negros, italianos y japoneses se encontraban juntos en aquellos vehículos. Sonaría extraño, pero conociendo las condiciones del acuerdo entre Gaioni y Kiyomoto...

- Es un placer verle nuevamente, señor Sokolov. Aunque no creí que tuviera el honor tan pronto.

- No es a ti a quien busco, jovencito. Llévame con tu señora. Es con ella con quien necesito hablar.

- ¿Sobre el Shoyū-sha^[12]? Lo sé, por favor, acompáñeme. La signora le está esperando en su residencia.

- ¿Me tomarán a la fuerza o puedo mostrar algo de cooperación?

- Por supuesto, nuevamente me olvido de mis modales. Como comprenderá, no todos los días trato con el señor de la Bratvá. – Ordenó a sus hombres que bajaran sus armas y se acercó a él. - ¿Su coche o el mío?

- No estoy dispuesto a perder a un buen conductor. Haga los honores, - respondió mientras se acercaba a uno de los coches blancos. – Manténganse alerta. No pueden bajar la guardia con éstos tipos. Volveré pronto, tengan todo preparado para el regreso a casa.

Los hombres de Sokolov hicieron un saludo militar y se mantuvieron firmes mientras él se marchaba con sus “secuestradores”.

- Hmm, hacía mucho que no recordaba lo que se sentía estar en una prisión, - comentó en voz serena, - supongo que valdrá la pena todo el esfuerzo.

Randolfo rió sereno a su lado, pero se mantuvo en silencio durante el camino.

Sokolov no puso empeño en memorizar por dónde habían pasado, prefirió, en vez, disfrutar de las vistas que le ofrecía el recorrido: acantilados escarpados como aquel por el que saltó a la libertad, curvas sinuosas y empinados caminos que se conectaban con la ciudad a través de un camino de aspecto lúgubre y abandonado, perfecto para ahuyentar visitas no deseadas. Todo aquel paraje caótico contrastaba con la exquisitez del diseño de la propiedad en la que, ahora, se encontraban.

Estatuas de mármol y granito adornaban fuentes decorativas con diseños intrincados, todas incrustadas con piedras preciosas que relucían bajo las luces de las farolas clásicas con luces blancas. Los setos, de forma y tamaño perfectamente cuadrado, se extendían a lo largo de un camino de más de quinientos metros que conectaba el lugar en el que estaban con la impresionante entrada de la propiedad principal. Una mansión de dos pisos coronaba todo el espectáculo de naturaleza moldeada a gusto y por las manos de mortales para una pseudo diosa en la tierra.

Ambra, aparte de tener un gusto excelente en cuanto a materiales y acabados se refería, también era una persona exuberante y con unos claros delirios de grandeza, o con problemas muy serios de autoestima.

Sokolov caminó detrás de Randolpho, siguiéndole muy de cerca mientras los demás marchaban detrás de él con las armas en alto. Al llegar a la monumental puerta de entrada, que estaba al final de una escalinata amplia y de peldaños blancos y lustrados, los hombres detrás de él se retiraron. Sergei miró sobre su hombro mientras escuchaba los pasos de los hombres al alejarse, la pesada hoja de la puerta se deslizó con un sonido estruendoso y profundo.

Sokolov volvió la mirada hacia la puerta, diciendo en un tono sarcástico, - Debo admitir que ha sido uno de los mejores paseos que me han... dado.

Se quedó helado al verla, con su cuerpo esbelto y curvas pecaminosas, aquel cabello rojizo en cascada sobre esos hombros perfectos y enmarcando un rostro de inmaculada porcelana, pestañas largas y rizadas y labios color rojo carmesí. En aquella ocasión llevaba un vestido negro con escote que dejaba ver la cantidad perfecta de piel para no dejar demasiado a la imaginación.

Ella le miró con aquellos ojos llenos de una oscura alegría y un deseo que le parecían familiares. Sonrió.

- Me alegra mucho que haya disfrutado... mis métodos, señor Sokolov. - Ambra se posó lánguida sobre la puerta abierta, alzando una pierna hasta formar un ángulo de noventa grados. – Bienvenido a mi hogar.

Randolfo le ofreció seguir sin él, apartándose para que el hombre pasara. Ambra le hizo una seña con la cabeza y éste se marchó. Una vez dentro de la propiedad, Sokolov intentó no sorprenderse con la enormidad de la estructura, ni con los adornos que sobrecargaban la estancia principal de aspecto herreriano^[13]. Le paseó a través de un montón de estancias de aspecto similar, con pinturas de estilo renacentista sobre paredes de colores oscuros y poco iluminadas. Parecía sacada de una película de terror.

Finalmente, llegaron a una estancia amplia, con un piano de cola de ébano, un bar macizo de madera de roble con ornamentas de ángeles tallados en las esquinas. Frente a éste, se encontraba un diván de cuero blanco con el cuerpo y las patas de ébano, con ornamentas talladas en forma de leones y rosas. Junto a éste se encontraba una pequeña mesa de cristal, baja, con una cubeta de plata con una botella de vino tinto enfriándose dentro.

Ambra se acostó sobre el diván y observó a Sokolov inspeccionar la estancia. Se paralizó cuando llegó hasta donde ella le estaba mirando.

- ¿Acaso le intimidó, señor mío?

- Tendré que pedirle que no me llame de esa forma. Y no, no me intimida, tan solo me desconcierta.

- ¿Desconcierto?

- Así es, - se acercó hasta donde ella estaba, tomó la botella de vino y la destapó, sirvió dos copas de cuello largo y cuerpo ancho, las que comúnmente se utilizan para servir Burgundy, le ofreció una a la dama y tomó otra para sí, permaneciendo de pie frente a ella. Ambra tomó un sorbo sin quitarle los ojos de encima, y él bebió su copa de un solo golpe.

- Esa no es manera de degustar de un delicioso vino rouge^[14], menos de Châteu Haut-Bailly de dos mil nueve.

- Para mí todos los vinos son iguales.

- Lamento que tengo que diferir con usted. Pero no tiene importancia hablar de vinos cuando no está para hablar sobre eso, ¿no es así?

- Miuchi Kiyomoto, - contestó Sokolov, sirviéndose otra copa de vino. – Es sobre él que vine a conversar. ¿Dónde se encuentra?

- Ah, siempre fiel a su genética masculina. Al grano y directo, como en el sexo. Busca la gratificación instantánea, esa que llena más pero por tan solo unos minutos, y después le deja queriendo más. Insatisfecho. Como mi Châteu.

Se levantó del diván y desfiló hacia el piano. Su vestido con escote en la espalda dejaba ver el tatuaje de un dragón koi nadando cascada arriba, y que cubría desde la cadera hasta el hombro. Parecía exhibirlo orgullosa, y con cada paso aquel dragón parecía nadar un poco más contra la corriente. Al llegar al piano le miró por encima del hombro, y comenzó a recitar la historia de aquella pieza de arte que llevaba sobre la piel.

- La leyenda reza que aquellos peces Koi que eran capaces de nadar cascada arriba y llegar a la cima, veían su esfuerzo recompensado al convertirse en dragones. Son un símbolo de perseverancia, de la superación de las adversidades. Triunfadores de la vida, o así les dicen algunos.

- Tal como usted, - inquirió él. Ella le sonrió y se sentó al piano.

- Tal como yo, - comenzó a tocar una pieza de Chopin, “Fantasie Impromptu”.

Sokolov se contuvo al escuchar la fluidez con la que la mujer tocaba semejante pieza. Sus dedos parecían fluir por encima de las teclas, su concentración era inquebrantable. Se concentró en escuchar la melodía, hasta que fue interrumpido por Ambra.

- Parece usted creer que mi concentración se pierde al hablarme.

- Yo solo...

- No, no se preocupe. A fin de cuentas está aquí por negocios, no por placer. Dígame, ¿qué es lo que se propone hacer con Kiyomoto?

Todo aquello lo habló sin perder el ritmo de la melodía, sin fallar una nota.

- No necesita saber eso.

- No necesito ser un genio para saber que quiere matarle. Créame, entiendo perfectamente lo que siente. – Su canción terminó en aquel momento. Se giró sobre el banco y cruzó las piernas. – Su compañera, Cherednik, Kiyomoto la lastimó. Usted está aquí para vengarse de él. ¿Qué obtengo yo de beneficio por facilitarle esa información?

Estaba al tanto de todo, tal como él había supuesto. Se maldijo por subestimarla, e intentó no parecer sorprendido ante aquella revelación. En ese instante, su móvil vibró en su bolsillo. Se trataba de un mensaje de texto. El as bajo la manga. Respiró internamente cuando supo que podría ganar aquella negociación. Miró de lleno a la italiana y respondió sencillamente.

- Jean-Philippe Barbier. – El rostro de Ambra se ensombreció un poco. Se levantó del banco y caminó hacia el diván nuevamente.

- Continúe.

- Un comando de mis hombres le han tomado cautivo ésta tarde. Ahora mismo se encuentra en una locación segura, aguardando... su cooperación, señora mía.

El rostro de Ambra se llenó de un aura oscura que pareció brotar de ella de manera casi tangible. Alzó el rostro y respiró aceleradamente. Había dado en el clavo.

Barbier era el Ministro de Seguridad de Francia, y el principal contacto en el gobierno de Ambra. Era el encargado de asegurarse que las operaciones de

blanqueado de dinero que realizaba la Yakuza en la zona occidental de Europa, desde Finlandia hasta España, cualquier movilización de dinero ilegal pasaba por Gallia^[15].

- Oh, Jean-Philippe. Siempre fuiste un maldito idiota.

- Entonces, ¿haremos negocios?

Ambra le miró con aquel odio nuevamente, abriendo las piernas y reclinándose contra el diván.

- Haremos negocios, señor Sokolov.

VIII

Esa misma noche volaría hasta la Prefectura de Hokkaidō, desde donde se dirigiría a la ciudad de Hakodate. La residencia de Kiyomoto se encontraba en aquella isla del norte del archipiélago de Japón. Ambra había cooperado, quizás con un poco menos de resistencia de la que estaba esperando. Resultaba ser una mujer contradictoria, desde su punto de vista. Parecía una luchadora, sin embargo, ante aquella proposición se había rendido con relativa facilidad.

- ¿Qué hay en esto para mí? – recordaba el tono de aquella pregunta mientras se dirigía a buscar al japonés.

- Miuchi Kiyomoto es favorito de Iwama Yasushi. Ambos sabemos que tú no lo eres. Primero, por ser mujer. Segundo, por no ser japonesa. Sólo estás donde estás por tus contactos en el gobierno. ¿Crees que serás de utilidad cuando pierdas a tu as más importante en el gobierno?

Comprendía las intenciones de la mujer, ¿pero acaso eran honestas? En aquel mundo, cualquier actitud era válida. Sin embargo, justificar las acciones de aquella señora no eran su prioridad. Suponía que ingresar a la propiedad Kiyomoto iba a ser un dolor de cabeza, y llevarse al hombre sería aún mucho más difícil. Tendría que buscar una alternativa para poder llegar hasta él sin que se diera cuenta, ser un Oni, y darle lo que se merecía.

Tomó su móvil y comenzó a mover sus piezas en el tablero. Aquella partida de ajedrez ya había comenzado, era tiempo de planear su jaque mate.

Ū

El itinerario era simple, tal como el de una hormiga león: esconderse y esperar a que la presa esté a su merced para capturarla. Las esperas no eran el fuerte de Sokolov, pero tampoco lo eran las balaceras. Al menos, habían dejado de serlo hacía muchos años. Además, después del incidente con Kitabayashi Ken'ichi, había dejado de contar con el apoyo presencial de su gran colega. Después de pasar una semana cautivo en manos de aquel despiadado hombre, Viktor se había rehusado a participar presencialmente en

ninguna operación que estuviera relacionada con la Yakuza.

No contaba con demasiado apoyo, tan solo un par de vehículos blindados, tres francotiradores en los edificios cercanos, y un escuadrón táctico esperando sus órdenes para intervenir. Sokolov tenía la esperanza de que aquel hombre bajaría la guardia estando en su territorio. Nadie penetraría tan descaradamente en su casa para intentar secuestrarle, ¿verdad?

- El objetivo se dirige al punto de intercepción. Tiempo estimado de contacto, setenta y tres segundos y contando.

La radio sonaba con algo de estática, llenando el interior del vehículo blindado donde él se encontraba de tensión que se sumaba a la que él, y los hombres de Viktor, tenían. Un vehículo de color blanco se acercaba por la calle junto al Parque Ōdōri, en Sapporo, la capital de Hokkaidō. Había poco tráfico a aquella hora, cosa que agradecía el ruso pues todo se pondría explosivo en cuestión de segundos.

- Treinta segundos para el contacto, - le decía una voz por la radio. Sokolov miró su reloj, que llevaba una cuenta atrás. Hurgó en el bolsillo de su chaqueta de cuero negro y sacó un detonador, manteniendo la mirada fija en el reloj. – Impacto en cinco, cuatro, tres, dos, uno...

Una explosión sonó en sincronía con la presión del botón en las manos de Sergei. El vehículo blindado se sacudió con la onda expansiva de la detonación y las llantas dejaban salir un chirrido mientras el chofer aceleraba para interceptar el vehículo antes de que perdieran aquella oportunidad. Les habían pillado por sorpresa y su vehículo no había comenzado a moverse. El neumático delantero de la derecha se encontraba hecho añicos y de él salía humo negro. Parte del parabrisas se encontraba astillado, más no quebrado. En menos de diez segundos ambos vehículos rodearon a aquel, una decena de hombres armados salieron de ellos y apuntaron al vehículo blanco. Sokolov salió del resguardo de su auto y se dirigió hacia el que transportaba a Kiyomoto, con un revolver en mano.

5

La oscuridad cubría el rostro de Kiyomoto, quien se encontraba atado de manos y pies a una silla de metal bastante incómoda. Parecía que los amarres habían sido hechos por un experto en bondage^[16], parecían apretarse mientras más forcejeaba. Kiyomoto se rió a través de su mordaza, sintiendo que le

faltaba el aire, mientras los pasos pesados de Sokolov resonaban a su alrededor.

- Eres un hombre valiente, debo admitirlo. No le tienes miedo a la muerte, Kiyomoto. Tienes algo de mi respeto por eso.

El japonés continuó con su risa ahogada por la tela dentro de su boca, mientras se tensaba más y más con la presión que ejercían sobre él las cuerdas. Sokolov se acercó y le retiró la capucha que le cubría el rostro, dejándole ciego ante el montón de luz que le llegaba a la vista de golpe. Cuando pudo finalmente enfocarse en el ruso, sus ojos no reflejaban temor, sino burla.

- No estás asustado. Supongo que es de esperarse. Tiene el instinto Kamikaze^[17] en el alma, no le preocupa morir por sus creencias ni por su gente.

Kiyomoto le observaba con la barbilla un poco levantada, en sus ojos brillaba un toque de diversión. Sergei vació el barril de su revólver y colocó una sola bala, le dio un giro y le cerró de golpe, haló el percutor y apuntó a la frente de Miuchi. El revólver dio un pequeño chasquido metálico pero ninguna detonación. La ruleta rusa le había perdonado la vida. La expresión en el rostro del nipón se mantuvo inmutable.

- Debo admitir que me ha sorprendido, total y absolutamente. Con total vergüenza debo admitir que incluso yo he sentido algo de temor al jugar éste juego. Pero usted. Usted es realmente duro. Se ha ganado el derecho a hablar.

Sokolov le retiró la mordaza con cuidado, dejando al descubierto los labios destrozados y el rostro marcado por la falta de cuidado con la que fue atado. Miuchi no emitió palabra alguna, tan solo se limitó a observar al ruso detenidamente, con aquella expresión que comenzaba a inquietarle un poco.

- Ya veo, no se siente con ánimos de conversar. Bien, permítame a mi hacerlo.

Tomó una de las sillas que se encontraban en la esquina de la pequeña habitación mal iluminada y la colocó de frente al rehén, se sentó en ella con las piernas abiertas y los brazos apoyados en el espaldar de la misma. Movi6 su revólver para darle énfasis a sus palabras, mientras sus ojos buscaban las mismas dentro de su cabeza.

– Has cruzado la raya conmigo –continuó-. La Bratvá, verás, la Bratvá es más que una organización criminal de alcance internacional. Es una hermandad. A diferencia de la Yakuza, que tan sólo se preocupa por conservar las posiciones que con tanto esfuerzo, y con esfuerzo me refiero a asesinatos, se ha conseguido. No. La Bratvá trata a todos como parte de la familia. Y hace dos días tú tuviste el atrevimiento de meterte con uno de los miembros de mi familia.

Aquella habladuría parecía aburrir al asiático, que tan solo giraba la mirada de un lado a otro intentando ignorar a Sokolov.

- Tamarah, ¿sabes? Hemos sido amigos por más de veinticinco años. Ella es como una hermana para mí.

- ¿Era?

Sokolov le miró fijamente, sacó el barril de su revólver, le colocó otra bala y lo giró, cerrándolo de golpe. Repitió la operación, apuntando a la frente del hombre. El percutor hizo impacto, pero tampoco hubo detonación.

- Dos de tres, has de tener a alguien de tu lado para tener tanta suerte.

- No soy un hombre supersticioso. Creo en todo aquello en lo que un hombre pueda realmente creer, y nada más.

- ¿Entonces qué pasaría si probamos de nuevo?

- Si su arma falla, sencillamente tiene algún defecto. Y si no, entonces es mi tiempo para morir.

Sokolov repitió el proceso, añadiendo una bala más, haló el percutor y después el gatillo. Muichi dejó escapar una risa algo histérica cuando el arma, por tercera vez consecutiva no emitió detonación alguna. Sokolov sonrió también, aunque su gesto era de desagrado.

- ¿Lo ve señor Sokolov? Se cree imponente, amenazante, pero ni siquiera es capaz de hacer que el azar juegue a su favor. Se oculta tras un falso bravado que intenta esconder a un muchacho torturado y traumatizado con excesivas ínfulas de poder. Abusado al punto de sentirse incapaz de ser respetado a menos que imponga temor en aquellos quienes tienen la desdicha de pasar por sus manos. No señor Sokolov, usted no es un tirano, ni una fuerza imparable de la naturaleza, como sé que gusta llamarse a sí mismo. Usted es un niño mimado, abusivo y cobarde, que no sabe aceptar un no por respuesta.

El silencio y la seriedad se apoderaron del rostro de ruso. Su rostro se enrojeció, al igual que el cuero cabelludo que se vislumbraba debajo de aquel corte a rape y de destellos rojizos. Sus ojos se hicieron más pequeños y sus labios se fruncieron. En la silla, su postura se tensó, y su cuello se movió espasmódicamente hacia la izquierda hasta que dejó escapar un crujido. Kiyomoto mantenía la compostura.

- ¿Lo ve? Ni siquiera es usted capaz de mantener su cuerpo bajo control. Que pena.

Una sonrisa de su parte fue la chispa que dio la ignición a un proceso en cadena que comenzó con Sokolov guardando en arma en su cintura para después subirse las mangas de la camisa blanca que llevaba tras haberse quitado la chaqueta de cuero negra. Se soltó dos botones del pecho y se levantó de la silla, la alejó de ellos y dio un par de pasos hacia Miuchi, quien le miraba fijamente y sin dejar de sonreír.

- ¿Acaso le he ofen...?

La pregunta fue cortada a la mitad por un fuerte golpe propinado por un puño grande y pesado, como de acero, que acertó de lleno en la pequeña nariz del hombre atado en esa silla incómoda de metal que no se movió por el simple hecho de estar atornillada al suelo de concreto. No emitió ningún sonido, ninguna queja, nada que demostrara que sentía dolor. Simplemente inhaló y exhaló lo mas silencioso posible, mientras la sangre que corría desde su nariz le llenaba la boca de sangre y manchaba el cuello de su camisa de seda blanca.

- ¿Es todo lo que...?

Otro golpe le cortó en seco, ésta vez seguido de un segundo y un tercero, un cuarto, todos propinados con certeza en el rostro. La nariz, los labios y la frente, Sokolov descargó su ira contra esos puntos, llenando del eco del golpe aquella pequeña sala.

Kiyomoto gruñó al quinto golpe, dejando que su cabeza rodara hacia el frente mientras respiraba con dificultad. Sokolov le miraba casi con un odio ardiente, uno que creció cuando la boca ensangrentada dejó salir una risita débil.

- Es usted una cosa inusual, peculiar como dirían algunos. Una especie en extinción. Aunque, claro, tiene quien continúe su legado genético, ¿o no?

Cuando el ruso se proponía a darle un nuevo golpe, en alguna parte del cuerpo de Miuchi comenzó a sonar un móvil. El puño se detuvo a escasos centímetros del rostro hinchado y desfigurado de Kiyomoto, quien se empeñaba en mostrar una sonrisa deforme y color carmesí.

- Atienda. Seguramente es para usted, - añadió él mientras Sergei le registraba con la mirada. – Se encuentra en mis pantalones. Búsquelo antes de que deje de sonar. Quizás sea, ¿quién sabe? Importante.

La suspicacia invadió a Sokolov y comenzó a registrar en busca del teléfono. Un “número desconocido” aparecía en la pantalla del dispositivo. Miuchi le alentó a contestar, cosa que él hizo con lentitud sin apartar la vista de su rehén.

- ¿Papi? – Una voz familiar le habló desde el otro lado de la línea. El estómago se le vino al piso mientras sintió una oleada de frío y calor recorrerle el cuerpo. - ¡Papi!

Se escucharon gritos histéricos al otro lado, mientras el teléfono era pasado de una persona a otra.

- Sokolov, ¿cuánto tiempo sin saber de ti? ¿Te encuentras ahí? Aquí dice que estás en línea. ¿Qué pasa? ¿Acaso el ratón te comió la lengua? – En el fondo se escuchaban los gritos alejarse, Sokolov abrió la boca pero ninguna palabra salió de ella. Miucho soltó una carcajada ahoga y débil mientras le chorreaba la sangre y la baba por el mentón. – Ah, entiendo. Tengo algo que le pertenece, ¿no es así? Verá, no sé con quién creía que estaba negociando, pero todos mis hombre son leales a la familia. ¿Creo que es así como usted le dice? La Yakuza prevalecerá sobre la Bratvá, de eso no tenga dudas. Pero, por si acaso las tiene, tengo mi as bajo la manga.

- Si te atreves a...

- Shhh, perdóneme, pero creo que no se encuentra en posición para realizar exigencias. Verá usted, lo que nos hace diferentes es que yo estoy totalmente dispuesto a prescindir de mi mano derecha, pues a fin de cuentas tengo otra que me da mejores beneficios, - una risa femenina se escuchó al fondo, era ella, la mujer de negro, Ambra, burlándose de él y de su estupidez. – No me aterra perderle, así como él está dispuesto a morir por mi en éstos momentos. Sin embargo, ¿usted? Usted no está dispuesto a sacrificar ésta vida que ahora poseo, ¿no es así?

- Iwama, no quieres enfrentarte a mi...

- ¿Acaso no quiero eso? No señor Sokolov, más bien Sergei. Creo que te equivocas. Pues verás, si tú eres una fuerza imparable, yo soy un tsunami. Nada ni nadie puede hacerme frente. Tan solo les queda esperar sobrevivir a mi furia. Y eso es lo que tendrás que soportar tú de ahora en adelante.

Se giró y se alejó del hombre atado en la silla para cubrirse el rostro y evitar que el horror que sentía se dejara ver a través de él. Suspiró.

- Deja en libertad a Miuchi y podremos conversar acerca de Nadya. Es un pimpollo hermoso. Me pregunto qué tan tierna será su joven carne.

- Maldito seas Iwama. Si le pones un dedo encima te castraré, lo juro.

- Ah, amenazas. Típico de los abusivos inseguros de si mismos. Yo no trabajo con ellas. Soy más un hombre de acciones que de palabras. Tú deberías serlo un poco más. Tienes dos horas para liberar a Miuchi. En lo que tengamos información de su estado, nos pondremos en contacto contigo. Esperaré paciente.

El tono de la llamada al terminarse le taladraba el oído. Sus ojos casi se salieron de sus órbitas mientras el corazón parecía latir a paso desbocado. ¿Su hija? Su inocente Nadya, ¿en manos de aquel hombre? Pero, ¿qué demonios había sucedido?

Las tropas de Viktor las resguardaban en un lugar seguro, nada ni nadie podía llegar a ellas con semejante facilidad, y aún así.

Soltó el teléfono y se agarró la cabeza, la pequeña pantalla del aparato explotó al hacer contacto con el suelo de concreto. Miuchi reía en la silla a sus espaldas. Miles de escenas le pasaban por la mente mientras aquella risa casi lunática le hacía perder un poco más de cordura a cada instante.

Tomó el arma, le sacó el barril, añadió una cuarta bala, lo giró y lo cerró de golpe, haló el percutor mientras apuntaba a la cabeza de Miuchi y después al gatillo. El percutor hizo impacto y una detonación le puso fin a la risa de manera tajante, con un sonido húmedo como el de un melón partiéndose contra el suelo. La cabeza sin rostro de Miuchi rodó hasta quedar floja y colgando hacia atrás mientras los sesos y otros fluidos corrían por la silla y caían con un sonido chapoteante al suelo. Sokolov respiraba con dificultad mientras observaba al hombre muerto frente a él. De pronto entendió la magnitud de lo

ocurrido. Entendió que había puesto fin a la vida de su propia hija sin pensarlo, y que había cerrado la única posibilidad de que pudiera verla de nuevo.

El arma se le cayó de las manos, repiqueteando fuertemente contra el concreto mientras él se llevaba las manos a la cabeza. No, no, no, no, no. ¿Qué demonios acaba de hacer? Caminó en círculos alrededor del cadáver, negando con la cabeza que lo acontecido fuera real, pero luego de un par de minutos la realidad oscura de su situación se asentó en él.

La había cagado, terriblemente, y no tenía idea de qué podía hacer... Pero había alguien que si podría ayudarle, y necesitaba su ayuda de inmediato, antes de tener un verdadero ataque de pánico. Con dedos temblorosos y desprovistos de poder rebuscó en sus bolsillos hasta dar con el móvil, marcó un número y rápidamente dio un par de instrucciones a una voz que le respondía temblorosa al otro lado. Inhaló y se giró a observar el cuerpo nuevamente, su rabia creció de tal manera que tomó el arma y descargó su furia en las tres balas restantes en el barril contra el rostro, o lo que quedaba, de Miuchi hasta que su cabeza no fue más que un montón de hueso astillado, sangre y otros tejidos sostenidos a duras penas del cuello de aquel cuerpo, que colgaban a punto de colapsar sobre el suelo.

Se volvió hacia la pequeña puerta del fondo y la golpeó tres veces. Un segundo después, la misma se abría para dejarle salir, para que luego ingresaran dos de sus hombres a lidiar con el desastre que había hecho. Necesitaba regresar al avión de inmediato. Necesitaba ponerse en marcha y necesitaba hacerlo lo antes posible. Aquella idea le hizo comenzar a correr de forma frenética. La vida de su pequeña dependía de que él jugara sus cartas, y que lo hiciera bien y pronto.

IX

Podía escuchar incluso el zumbido de un mosquito en la inquietud que llenaba su mente. Cada uno de sus sentidos se encontraba alerta, como los de un gato montañés a punto de lanzarse sobre su presa, solo que en su caso se trataba de él siendo cazado por alguien más poderoso y astuto.

Se maldijo por confiar tanto en las capacidades de un hombre común y corriente, por confiarle lo más sagrado para él a personas que no eran de su confianza. Aunque aquellos hombres eran los mejores de las escuadras tácticas de su amigo, no lo eran para él, y el hecho de que su hija terminara secuestrada a manos de un hombre como Iwama Yasushi lo probaban.

El dolor de cabeza que sentía ganaba potencia con cada pensamiento que se añadía a mente, en un grito que parecía ser sostenido, buscando atención, al igual que el resto. Se sintió mareado, y apoyó su rostro sudoroso contra las palmas de sus manos mientras mantenía los ojos abiertos de par en par. No lo podía creer. No quería hacerlo. Todo aquello le parecía un sueño, una terrible pesadilla que...

- ¡¿Señor?!

- ¿Qué demonios pasa? – Espetó al momento en que su mente fue arrastrada de golpe de vuelta a la realidad.

- Hemos llegado.

Una neblina de confusión nublaba su razonamiento, quizás se debía a las casi dieciséis horas que había pasado sin dormir, desde que había partido desde Hokkaidō, o al alcohol que había estado ingiriendo durante el viaje sin escalas de regreso a la mansión de Sokolov. Nina le esperaba con detalles de lo que sería la misión de rescate, y con la inteligencia suministrada por Ana no debería suponer demasiado problema.

- Infórmame sobre los detalles, - ordenó apenas vio a Nina, dirigiéndose a su habitación con la mujer siguiéndole muy de cerca.

- Aproximadamente a las cero horas de ayer, un grupo de hombres armados

asaltaron la casa de seguridad en Mikonos, donde sometieron a la señora Alma, despacharon a más de una decena de hombres y tomaron como rehén a la pequeña Nadya. Uno de los guardias que logró sobrevivir el ataque informó que los hombres llevaban trajes negros, similares a los de los ninjas.

- Detalles relevantes, Mikhaylovskaya.

- Pues los sistemas de seguridad lograron identificar el modelo de uno de los jets que utilizaron los hombres para ingresar y salir de la ubicación segura. Uno de ellos es de diseño...

- Déjame adivinar. ¿Italiano?

- Hecho en Sicilia. Por Santini Enterprises. Al parecer la compañía perteneció a Marziale Di Negri, un magnate de la industria metalúrgica cuya fortuna creció vertiginosamente en las dos décadas anteriores a su inesperada muerte, a los sesenta y ocho años. Tan solo tuvo una heredera.

Terminó de revisar la carpeta con documentos y fotografías y se la entregó a Sokolov, quien la ojeó después de apretarse los ojos con los dedos.

Entre los papeles resaltaban dos fotografías, una de un hombre de aspecto sombrío y cara de violador, con una sonrisa que hacía que su rostro se arrugara de manera casi antinatural para una persona de sesenta y tantos años. En la otra se le veía a él, con un par de años menos, parado junto a una joven de cabello ondulado y rubio, alta y delgada, de ojos tristes y vidriosos, a quien el viejo sostenía posesivamente por una cintura que perdía su forma tras un pequeño bulto en el vientre.

- Esa es su hija.

- Ambra, - inquirió Sokolov sintiendo una oleada de asco al armar aquella vida en su mente. La tristeza de aquella mujer y la felicidad de aquel hombre. Un abusador y una víctima. Dos partes de una ecuación que acabó por concretarse en la misteriosa muerte del viejo, y en la posterior sucesión que ocurrió. - ¿Qué sucedió con el fruto del incesto?

- La hija fue encontrada junto con el padre, malherida. El feto murió aquella noche.

¿Entendía ahora el motivo por el cuál aquella mujer odiaba a los hombres que utilizaban a las mujeres? Ser abusado por tu padre podría ser algo común. Ser abusado sexualmente por tu propio padre no lo era. Ambra tenía razones

de más para querer librarse de él.

- Entonces, ¿qué se sabe de ésta compañía?

- Aparte de ser una de las mayores distribuidoras de repuestos y partes para jets privados, es dirigida por éste sujeto, - Nina le entregó otra carpeta y un gesto de disgusto se asentó en el rostro de Sergei.

- Grischa. Inesperado, pero no totalmente inesperado.

- Al principio no logré relacionarlo con el secuestro. No está implicado con la Marziale Di Negri, ni con Ambra Irene Gaioni, usted sabe, Addoloratta Di Negri. El único nexo que pude hallar fue este. – Un nuevo expediente le dio más pistas de lo que sucedía para encubrir todas las huellas que llevaban hacia ella. – Randolph DiPietro. Mano derecha de Ambra Gaioni, es quien se encarga de llevar el control de ciertas operaciones ilegales dentro de la compañía, manteniendo siempre un bajo perfil. No se le ha visto con Grischa Korenev ni tampoco es parte de la junta directiva de la compañía, aunque no me extrañaría que fuese quien tomara las decisiones allí.

- Al grano, por favor, - apresuró el hombre, mientras Casilda llegaba con una taza de café fuerte y se la ofrecía con un beso en la mejilla. Aquel pequeño gesto pareció calmarle un poco. Fue como un soplo de aire fresco en un cuarto caluroso. – Gracias, ma, - ofreció Sergei a la señora de la cocina, quien se fue con una sonrisa apagada en su rostro.

- Hace seis horas el equipo de inteligencia de Viktor consiguió éstas imágenes, - Nina caminó hasta el televisor que se encontraba en la pared frente a la cama, y que normalmente permanecía completamente ignorado. Introdujo un pequeño dispositivo y comenzó a reproducir las imágenes de un video de seguridad. – El avión ingresaba a un aeropuerto privado en las afueras de Kiev, donde fue recibido por Iwama y por...

- La signora Gaioni en persona. Bien, alista todo para una pequeña visita a esa vieja zorra^[18].

U

En aquella ocasión iba en compañía de Viktor en persona y de Nina. Ambos le habían persuadido para que tomara medicación para dormir, por lo que había estado inconsciente las últimas doce horas. En el aeropuerto privado se encontraba aún somnoliento, pero poco a poco recuperaba las

fuerzas perdidas por la falta de sueño.

Nina había repasado el itinerario con Viktor durante el descanso de su compatriota ruso, y en un intento de evitar ser detenidos fácilmente, se dirigirían a la residencia DiPietro en motos que ya se encontraban esperando por ellos. No llevarían refuerzos ni apoyo externo, no podía permitirse cometer ningún error nuevo o lamentaría las consecuencias de él.

- Entonces, Nina dirigirá la formación y nos llevará hasta un punto en el que podremos infiltrarnos dentro de la residencia. Una vez allí, me encargaré de hacer hablar a Ambra.

- No olvides no dejarte engañar por las mentiras de una zorra^[19]. Recuerda lo que sucedió una vez.

- No soy hombre de repetir los mismos errores dos veces, lo sabes, - Viktor asintió mientras Nina terminaba de estirar sus músculos dándole la espalda.

- Suficiente parloteo señores. Es hora de realizar una operación de rescate. No olviden seguir mis instrucciones al pie de la letra. No tendremos segundas oportunidades.

Ambos hombres asintieron y se quitaron los abrigos pesados y costosos para cambiarse por ropa térmica, más ligera y con mayor movilidad. Se colocaron los cascos con visor, negros al igual que el resto de sus ropas y las motos que les aguardaban, subieron en ellas y salieron de aquel aeropuerto con una misión en mente: traer de vuelta a Nadya.

5

Las calles se encontraban atestadas de vehículos. Nina, intencionalmente, había diseñado aquella ruta para que fuera un poco menos sencillo detectarles. El trío se desplazaba en una fila perfectamente alineada, siguiendo con sincronía casi perfecta cada instrucción de la generala mientras se dirigían hacia el centro de la ciudad. La mansión de DiPietro se encontraba en mitad de un conjunto privado, rodeada de otras casas lujosas. Afortunadamente, no contaba con mayor seguridad que la que estaba dentro de los linderos de la propiedad, por lo que pudieron ingresar al conjunto a pie sin mayor dificultad.

Las pistolas de nueve milímetros con silenciador hacían maravillas al momento de eliminar blancos de manera silenciosa. Nina, la mejor tiradora de

los tres, se encargó de apagar cada una de las cámaras de seguridad que estaban cerca de la entrada a la propiedad. Viktor y Sergei cooperaron para hacerla ingresar al recinto sin ser detectada, lanzándola por encima de las rejas de dos metros y medio. Nina cayó al otro lado de forma grácil y silenciosa, cosa que hizo que Sokolov sintiera algo de envidia en aquel momento.

Un par de minutos después de haberse marchado hacia el interior, la mujer regresaba con una llave de tarjeta para permitirles el paso con las motos, todas apagadas para evitar llamar la atención. Unos matorrales perfectamente cuidados servirían para ocultar los vehículos mientras se internaban en aquel lugar. De altas columnas y con esculturas de arbusto perfectamente detalladas, la entrada a la mansión de tres pisos parecía sacada de un cuento. Una fuente ornamentada, muy parecida a la que se encontraba en la residencia de Versalles de Ambra, alumbraba la oscuridad con luces doradas. Tres disparos fueron suficientes para crear una atmósfera de penumbra en la cual escabullirse más fácilmente. Los tres utilizaron las sombras como su aliada.

Una pared de medio metro, hecha de arbusto, les mantenía fuera del rango de visión de tres guardias armados, vestidos de blanco y portando lentes de sol y armas automáticas cortas. En silencio, Nina les explicó con señas que se acercaría para distraer al par de la izquierda, mientras los hombres se encargarían del resto. Se deslizó con destreza felina hasta un desprevenido guardia que se encontraba dándole la espalda, le tomó del cuello y le dio un rápido giro a su cabeza, dislocándola. Sin perder tiempo, y mientras el otro guardia comenzaba a reaccionar, ella ya se encontraba a mitad de un salto, atrapando el cuello del hombre en una llave de piernas que, en un solo y fluido movimiento, le hizo caer al suelo con la nuca dislocada. Ya estaba muerto cuando su cuerpo tocó el suelo.

Sergei saltó desde detrás del arbusto, tomando a dos de los hombres restantes por el cuello, y golpeándolos de cara contra el otro hasta dejarlos inconscientes, dejándolos caer pesadamente en el césped. Restaban otros tres hombres, los cuales se quedaron mirando con expresiones de nerviosismo y desafío. Uno de ellos alzó su arma, y cuando logró apuntar en la dirección general en la que ellos se encontraban un proyectil abrió un orificio limpio en el centro de su frente. Sus compañeros giraron la mirada por un instante para ver qué le había sucedido, para después caer, uno con un agujero en la sien derecha, y el otro en el ojo izquierdo.

Los tres se miraron y asintieron antes de revisar las cercanías en búsqueda de más guardias. Sería sencillo ingresar en aquel lugar.

5

El sonido de la puerta de madera al cerrarse le puso un poco más alerta. Tras aquellas pesadas puertas se encontraban los cadáveres de al menos seis guardias. Randolpho no estaba en las cercanías, y en el centro de aquella amplia sala de pisos de madera pulida en color caoba, se encontraba un diván de cuero negro, recortado contra a luz de la luna llena que se filtraba a través de una ventana que iba de piso a techo. Una mano con uñas de color vinotinto sostenía una copa de vino mientras la giraba suavemente para mantener el líquido en movimiento.

- No me sorprende verte aquí, - le comentó Sergei mientras caminaba hacia ella con precaución, los pasos hacían que la madera retumbara fuertemente bajo el peso de sus botas de combate.

- ¿Acaso cree que a mi me sorprende? Al contrario, le estaba esperando. – La mujer se llevó la copa a los labios, o al menos eso parecía, pues no se podía ver desde aquel ángulo. – Le ha tomado algo de tiempo llegar hasta aquí. Comenzaba a impacientarme.

- Pues Kiev se encuentra un tanto lejos del Pacífico, por si no lo ha notado.

Una risa sorprendida fue lo que recibió a modo de respuesta. La mujer se enderezó hasta sentarse, se irguió y caminó alrededor del diván, tomando por sorpresa a Sokolov al encontrarse completamente desnuda.

- ¿Intenta seducirme acaso?

- Intento sentirme cómoda en mi casa.

- ¿En la casa de Randolpho, quizás? Es su amante, no es así.

- Una dama no responde a ese tipo de preguntas, señor mío.

- Una dama no va exhibiendo su hermoso cuerpo tal como lo está haciendo usted en éstos momentos, señora.

Una sonrisa le llenó el rostro mientras se acercaba la copa a los labios. Bebió sin quitarle la vista de encima a Sokolov, dejando después la copa sobre una pequeña mesa que estaba junto al diván. El sonido de unos altos tacones negros llenaba el silencio de la habitación con eco.

- No soy su tipo convencional de dama, lo sabe.

- ¿De qué tipo se consideraría? Digamos, ¿sobreviviente? – Ambra se detuvo y frunció el ceño, bajando el rostro sin quitarle los ojos de encima a Sokolov. – No es sencillo sobrevivir a ese tipo de tratos, ¿no es así?

- Si intenta decirme algo, Sergei, no lo está haciendo muy bien.

- Marziale Di Negri, - aquel nombre pareció petrificarla. Subió una mano para cubrirse el pecho mientras sostenía su bíceps. Aquella mirada pareció intensificarse. – Si pudo sobrevivir a él.

- No intente jugarme sucio. No soy aquella niña temerosa que permitía que su padre abusara de ella. Ya no mas. – Con un chasquido de dedos Sokolov sintió un extraño ardor en el cuello. Se tocó y maldijo internamente cuando se sacó un pequeño dardo del cuello. Sintió que su cuerpo dejaba de responder, entumeciéndose lentamente, perdiendo su fuerza. En menos de treinta segundos se encontraba cayendo de rodillas al suelo, Ambra caminó lentamente hacia él. – Le dije que me gusta someter a hombres como usted, y es eso lo que precisamente pienso hacer.

Escuchó la puerta abrirse a sus espaldas, dos gruñidos parecieron serle familiares, pero no pudo girarse a mirar, acababa de caer por completo al suelo, con el rostro apoyado contra la fría madera. La italiana le empujó con un tacón y le hizo quedar de espalda sobre el suelo, parándose sobre él con las piernas totalmente abiertas, exponiéndose sobre el rostro del ruso.

- Es hora de que se convierta en uno más de mis juguetes.

Con aquello se retiró lentamente. Sokolov siguió el sonido de los tacones, pero no pudo mirar en esa dirección. Un instante después, Randolph apareció sobre él, ofreciéndole una sonrisa antes de dispararle otro dardo directamente a la yugular.

U

Se despertó de a poco. Intentar abrir uno de sus ojos era una ardua lucha, pues éstos estaban tan pesados como el plomo. La visión le flaqueaba, entre el negro y las siluetas borrosas, y el sonido le llegaba desde una distancia que parecían ser kilómetros. No entendía lo que sucedía, ni tampoco porqué no podía moverse, o porqué sentía frío si estaba abrigado.

Unas manos delicadas le tocaron el rostro. Uñas de color negro le rozaron

las mejillas, rascándole la barba de dos días que tenía. Pero, ¿acaso no se había rasurado la noche anterior?

- ¿Qué está pasando? – Preguntó con la lengua muy pesada, cada palabra salía de su boca con una dificultad increíble. Y en aquel instante entendió, de manera tan lenta que no tuvo oportunidad de preocuparse, que había sido drogado. - ¿Qué me hicieron? ¿Nina? Viktor.

- Shhhh, no te he dado permiso para hablar, ¿o acaso sí?

- ¿Qué? ¡Argh! – su respuesta fue un ardor alienígena en su costado, ardor que surgía sobre su piel. Dejó escapar un quejido involuntario, y el sonido que escuchó intentaba traerle recuerdos, intentaba hacerle recordar e identificar la situación, pero era como caminar en una piscina hasta el cuello.

- Shhhh, tampoco te he dado permiso para quejarte, ¿verdad?

Otra oleada de ardor, aquel sonido, como el papel rompiéndose, como el de... el de... ¿piel rasgándose? Sintió otra oleada de ardor, y ésta vez sintió la tibieza de un líquido que bajaba desde su costado. Su mente procesó la información entonces. El dolor, el sonido, el ardor... estaba siendo azotado. Otro golpe y ésta vez fue capaz de contener el quejido, pero por poco. Intentó enrollarse sobre sí mismo para protegerse, pero se encontró con resistencia. Tiró de brazos y piernas, e intentó levantar su cabeza para encontrarse con que no podía hacerlo.

- Mantente quieto. No me gusta cuando se retuercen. Parecen lombrices.

Sintió otro golpe en el abdomen, pero ésta vez pudo detallar la sensación: unos cinco o seis dedos delgados se posaron en su piel, dejando una estela de líneas ardientes que se extendían por su piel como el fuego. No se movió, no se quejó, tan solo ahogó un gruñido en el fondo de su garganta.

- Buen chico, odio cuando se mueven y se quejan. ¿No se jactan de ser hombres poderosos, fuertes? Ante el dolor pierden todo eso de lo que presumen. Se vuelven cobardes.

La voz daba vueltas alrededor de él, la escuchaba a sus pies, a su costado, al otro lado y cerca de su cara. Sus sentidos recobraban algo de agudeza, su mente comenzaba a trabajar al ritmo normal. El calor que emanaba la piel abusada se contrastaba con el frío de la sala, las ataduras que lo mantenían quieto parecían de cuero, y le halaban la piel de manera desagradable cada

vez que ejercía presión involuntariamente contra ellas. Fue entonces cuando entendió que se encontraba desnudo.

- Te gusta someter a los hombres. Ya comprendo, - las palabras le salieron faltas de aire, una risita sin aliento comenzó a emanar de él. No importaba si Ambra le golpeaba, ya no sentía el temor de aquel que no entiende lo que sucede alrededor. – Tienes “problemas” con los hombres, ¿no es así? Resientes el hecho de que un hombre te haya sometido durante tanto tiempo, y ahora intentas desquitar ese trauma...

El sonido de una palma chocando contra su mejilla superó el de la voz de Sokolov, le hizo callar por un instante, pero de nuevo, aquella risita surgió de él.

- No me equivocaba, te sientes con derecho a hacer pagar a mi género por lo que Marziale te hizo.

Sus ojos encontraron el enfoque en aquel preciso instante, se posaron en el rostro de Ambra, quien se veía distinta, sin maquillaje, con el cabello recogido en una cola alta, que dejaba ver algunas cicatrices cerca de la línea del cabello. Su piel se veía desprovista de brillo y lozanidad, cansada y derrotada. No parecía poderosa, más bien derrotada, humillada. Era la cara de una mujer herida por la vida, marcada por las circunstancias, y por las decisiones que no pudo influenciar durante su juventud.

- Entonces, ¿crees que lo sabes todo de mi, porque conoces ese nombre, no es así? Marziale Di Negri. Magnate multimillonario. Viudo amoroso, y cuidadoso de su mayor tesoro, su única hija, Addoloratta Di Negri. Eso era lo que veía el mundo. Al cerrarse las puertas de aquel hogar corrompido, la vida era otra.

- Tu vida no es mi asunto. Mi asunto es la vida de mi hija.

- Los maltratos físicos eran constantes. Los verbales, pan de cada día. Pero no fue hasta que aquella joven comenzó a desarrollar rasgos que la hacían parecerse a su madre que las cosas, cambiaron.

- Si, lo sé. Tu vida es una tragedia. Es por eso que sientes la necesidad de desquitarte con el resto del mundo, para encubrir que en realidad eres débil.

- Una noche ella se encontraba durmiendo, tranquila e imperturbable en su habitación. Desnuda, como acostumbraba hacerlo, entre sábanas de seda que

su padre le había regalado. No le escuchó entrar, tampoco sintió sus ojos sobre ella, o su inmoral deseo de su carne. No fue hasta que estuvo en la cama, cuando la rozó con una mano rugosa y helada que luego la sostuvo hasta someterla, que entendió que aquel hombre no era su padre.

- Ibas a tener un hijo suyo, y por eso lo mataste.

- ¡¿Puedes callar tu hocico de una maldita vez?! ¡¿Quién demonios te crees para juzgarme?!

- ¿Quién te crees tú para hacer esto?

La mujer le miró, solemne, con los labios fruncidos en una línea que les hacía lucir tan pálidos como el resto de aquel rostro, inexpresivo.

- Yo soy Ambra Irene Gaioni. Sobreviviente, poderosa. Soy el espíritu errante de la que una vez fue Addoloratta Di Negri. Soy la signora di nero^[20].

- No eres más que una cobarde abusiva que se esconde sus cicatrices tras tinta y una máscara.

- Tal como usted, señor mío.

La sonrisa que llevaba en el rostro flaqueó en aquel momento. ¿Tenía ella razón? No, se equivocaba. Sergei no escondía nada, no ocultaba nada. No tenía...

- Antes de que continúe pensando si tengo razón, ¿qué siente cada vez que su Alma vuelve luego de desaparecer “misteriosamente”? ¿Qué siente cuando ella no puede sentir el dolor que usted siente? ¿Qué siente cuando su pequeña Nadya le cuenta sus logros y usted no ha estado ahí para presenciarlos? Si, se afirma a usted mismo que su posición en la cadena es la más importante, y que algunos sacrificios han de hacerse. Que mantener el poder es algo que requiere de entrega total. Que un hombre poderoso como usted merece una mujer poderosa a su lado. Pero, ¿cómo es que logra masticar todo eso hasta tragárselo en las noches?

Era cierto. Sentía inseguridad ante la enfermedad de Alma, algo de culpa ante el hecho de dedicarle tan poco a su propia hija. Se sentía débil, incapaz, se sentía miserable y culpable algunas veces. Odiaba recordar aquel sentimiento, su rostro se enrojeció y su respiración se aceleró. Ambra aún le observaba inexpresiva, de pie justo sobre su rostro.

Fue entonces cuando no tuvo más opción que aceptar la verdad, que él también, de hecho, se encontraba en un capullo. Una coraza tras la que ocultaba un montón de dudas e incertidumbres que no podía permitir que el mundo jamás conociera. Intentó calmarse, dejar que las palabras de aquella mujer le llenaran la mente de recuerdos odiosos. Pero en uno de esos recuerdos encontró algo, una emoción que le había cambiado por completo.

Ω Ω

- Viktor, ¿Viktor? Hermano, háblame. Despierta, por favor, despierta. ¿Mikhail? Hermano, por favor, no me dejes solo. Te necesito.

Se encontraban a la orilla del mar, lejos de aquel acantilado por el que apenas habían logrado escapar. Sokolov estaba ileso, pero Viktor no. Nunca antes había llorado, al menos no que él recordara, y encontrarse de aquella manera le hacía sentir algo de vergüenza. Aquella imagen era demasiado fuerte para él. Su amigo se encontraba inconsciente, con la boca entreabierta y la respiración corta y llena de un sonido húmedo. Su rostro, bañado en sangre que manaba de su frente, se veía pálido, casi tanto como aquella cicatriz que comenzaba cerca del ojo izquierdo y bajaba por el hueso de la mejilla hasta la altura de la comisura de su boca. Y su pierna derecha, retorcida en un ángulo antinatural, estaba también sangrando.

No podía pedir auxilio. ¿Quién se encontraría por allí para ayudarles? Como pudo, se sacudió el estupor de la impresión y se quitó la chaqueta de camuflaje, la colocó sobre el pecho de su amigo e intentó pensar en alguna solución. ¿Qué podría utilizar a su favor? Recorrió la orilla y encontró algo de corteza de una palmera que se encontraba pudriéndose, la cortó de prisa y volvió para hacerle un entablillado en la pierna al hombre. Se alegró un poco cuando recibió una respuesta, un gruñido ahogado y lejano de dolor de parte de Viktor le alegró.

Ató la corteza a la pierna con retazos de su chaqueta, asegurándose de amarrar lo suficientemente fuerte para controlar un poco la hemorragia. Una vez acabado, lo giró, aterrándose cuando Viktor escupió sangre varias veces. Su respiración parecía normalizarse, pero un sonido similar a un silbido le provocaba preocupación. Lo cogió en peso y cargó sobre su espalda. No podía permitir que la debilidad le venciera en aquel momento.

Perdió la noción del tiempo a medida que se alejaba de la costa, su cuerpo

gritaba con extenuación pero se decía a sí mismo que no podía parar, si lo hacía sería el fin de su único familiar y aquella idea era insoportable. Fue entonces, cuando un par de kilómetros después, fue a parar a un terreno con una pequeña choza de madera, desprolija y precaria. Se apresuró a ella, rogando porque alguien pudiera ayudarles. Se sorprendió al encontrarse con el rostro sucio y asustado de una chica, de ojos enormes y casi amarillos, con el cabello negro apelmazado sobre el rostro.

- Por favor, ayuda a mi amigo. No estoy buscando problemas, solo necesitamos ayuda y nos marcharemos.

La chica le miró con nerviosismo, observó al hombre en los hombros de Sokolov y la sangre que le cubría. Asintió y corrió lejos de la casa, dejándoles solos por un momento. Cuando regresó, se encontraba con ella un hombre de cabello blanco y arrugas en el rostro, acompañado de un joven de ojos oscuros y piel blanca. La chica le susurró algo al oído al viejo, y éste asintió, haciendo un gesto para que los siguieran dentro de la casa.

Ω Ω

Nunca creyó que acabaría enamorándose de aquella chica de la forma en la que lo hizo, que su amigo lograría salir con vida de aquel evento y que sus vidas darían un vuelco para sacarlos de aquel deplorable panorama. Pero eran unos adultos ahora, más de dos décadas después, y ahí se encontraban, con algo tan importante que lo había dado por sentado, aún lo hacía, y fue por ello que entendió que su máscara no importaba, el exterior era lo de menos. Era lo que sentía lo que realmente valía, aunque tan solo él fuera capaz de verlo.

- Ambra, tienes razón. Éste rostro que te observa es mi máscara, lo es. Ahora no siento vergüenza de admitirlo. Es una máscara para ocultar todo lo bueno que existe en mi vida, y dentro de mí. Para salvaguardar a aquellos a los que quiero, y proteger mis más preciados tesoros. A diferencia de ti, mi máscara no es para ocultar mis debilidades, sino mis fortalezas.

- ¿Fortalezas?

Sokolov asintió, y aquella sonrisa volvió a su rostro, con mayor fuerza, y con una honestidad que no había sentido en años.

- La confianza que tengo en aquellos que están de mi lado.

Ambra rió y caminó hasta el otro lado de la mesa en la que estaba

retenido, se subió a su regazo y acercó su rostro a él.

- ¿Y en quién confiarás ahora que todos están cautivos en éste lugar?

- Siempre existe una solución para cada problema, no te olvides de eso.

La mujer se alejó lentamente, sin retirar sus ojos de él, y justo en ese momento, como si de una respuesta divina se tratara, las ventanas de aquella habitación saltaron por los aires con una explosión ensordecedora. Sokolov cerró los ojos un instante antes de que una lluvia de cristales ennegrecidos le bañaran, Ambra no se quitó de su regazo.

El sonido de botas de combate llenó la habitación, y luego de sacudir la cabeza para quitarse los restos de cristal del rostro, Sokolov sonrió, añadiendo, - siempre existe una solución.

- ¡Ambra Irene Gaioni, no se mueva o dispararemos! – Era la voz de uno de sus hombres, finalmente habían llegado a por ellos. Las órdenes eran que si pasaba más de un día sin noticias de ellos, un grupo táctico iría a buscarlos, y no pudieron llegar en un momento más oportuno.

Ambra se encontraba algo sorprendida, pero impresionantemente mantenía la compostura en su rostro pálido. Observó a la docena de hombres que ya se encontraban dentro de la habitación, al nuevo grupo que comenzaba a ingresar a la habitación a través de las ventanas, y alzó las manos en señal de rendición. Sin embargo, se acercó a Sokolov, susurrándole.

- Es una lástima no haber podido probar ese pedazo de ti que tanto anhelaba, señor mío, - y antes de alejarse le plantó un beso apasionado. Sokolov escuchó un grito, una orden, Ambra se incorporó con prisa, un revolver que había aparecido de la nada se encontraba en su mano, y antes de que los hombres pudieran reaccionar, se apuntó en la sien derecha y apretó el gatillo.

Su cuerpo se movió hacia la izquierda, sin vida, y una ráfaga de disparos de armas automáticas le hicieron enderezarse y caer sobre Sokolov.

- ¡Alto el fuego! ¡Alto el fuego, maldición! – Su voz había recuperado la autoridad que sintió haber perdido por un momento. – Que alguien me suelte de aquí.

Tres hombres se acercaron con rapidez, dos de ellos tomaron el cuerpo de la mujer y lo quitaron de encima de Sokolov mientras un tercer soldado, un

joven de cabello negro corto y medio ondulado, con ojos oscuros y piel morena, se apresuraba a soltarlo. El primer amarre que removió fue el de su cuello, por lo que el ruso recuperó la movilidad en la cabeza.

El resto del hombre se retiraba de la habitación para inspeccionar el área y buscar a los otros. Aquel joven, sin embargo, tardaba un poco en soltar los amarres de las piernas de Sokolov. Cuando éste alzó la mirada para ver qué le estaba retrasando tanto, le observó mirando detalladamente el pene del ruso. Sus ojos se encontraron por un momento y el chico se enrojeció y bajó la mirada, apurando el paso. Aquello logró causarle gracia al ruso, quien rió casi silenciosamente mientras el chico le desataba.

Una vez que le soltó la mano izquierda, no hizo falta que continuara con la operación, pues Sokolov se desató a sí mismo. Se bajó de la mesa con el cuerpo entumecido, quitándose la sangre de Ambra con la palma de su mano. Aquel soldado permaneció erguido ante él, en posición de firme, sin mirarle, y temblando un poco.

- ¿Cuál es tu nombre, chico?

- Má... Márquez, señor.

- No eres de Rusia.

- No señor, - repuso él mientras tragaba grueso, intentando lo mejor posible ocultar lo nervioso que estaba.

- Eres parte del programa de integración étnica, ¿no es así?

- Si señor, implementado por...

- Cherednik, - interrumpió él con algo de amargura ante el recuerdo de su amiga. El joven parpadeó y dudó por un momento. Asintió.

- Si señor.

- Bueno, Márquez, permíteme darte un pequeño consejo, - se acercó al chico hasta invadir su espacio personal. Sintió algo de un extraño orgullo cuando el joven, a pesar de su temor, no se movió ni un milímetro. Sokolov le tomó de la mandíbula y Márquez apretó los ojos, le movió la cabeza hasta que su rostro apuntara hacia abajo. - Nunca se observa detenidamente la zona privada de un ruso, menos de un ruso como yo, a menos que estés dispuesto a "servirle" como se debe.

El joven comenzó a temblar en los dedos de Sokolov y éste sonrió, soltándole. A Márquez se le escapó un suspiro corto de alivio cuando perdió el contacto con su superior, y se mantuvo firme mientras Sokolov tomaba dos pasos hacia atrás.

- Es todo, - y no había acabado de hablar el ruso cuando aquel soldado se apresuraba fuera de la habitación. Sokolov aún estaba sonriendo hacia esa dirección cuando el chico salió de vista, pero la seriedad volvió a él cuando recordó la situación en la que se encontraba.

Ambra ya no existía, tan solo un caparazón sin fantasma en su interior yacía inerte sobre un charco de sangre, carmesí como el color de sus labios, boca abajo. Sintió algo de pena por ella, y también algo de rabia por no haber podido probar a aquella mujer como deseaba hacerlo. La empujó con el pie y se dio la vuelta para salir de la habitación, aún completamente desnudo.

X

El encuentro con Ambra en la propiedad DiPietro le había dejado un poco desconcertado, ahora que había tenido oportunidad de pensar en frío en todo lo que allí sucedió. Entendió que burlar a Iwama no sería tan sencillo como deseaba, y por ello contaba con que la inteligencia de Nina y Ana le permitieran idear un plan de acción capaz de sortear el absurdo nivel de seguridad que, él sabía, aquel hombre tendría en su propiedad. Una cosa era intentar adentrarse en la residencia de una figura menos importante para la mafia japonesa. Entrar en la guarida del dragón era una cosa totalmente distinta. No había espacio para los errores, tampoco habrían segundas oportunidades, y lo que se encontraba en riesgo era algo más que su honor o el respeto de los bajos mundos y los gobiernos quienes tenían a su mano de hierro.

Nadie mencionó palabra alguna de camino a la locación segura, en Mykonos. Nina, seguramente con detalles de lo ocurrido en aquel lugar, se negaba discretamente a dar explicaciones respecto a lo sucedido. Viktor, por su parte, tan solo se dedicaba a ver las pequeñas nubes pasar por la ventana. Aquella quietud le hacía sentir ansioso, su cuerpo se movía involuntariamente, intentando drenar la energía que estaba acumulándose en él.

Irónicamente, lejos de encontrarse al borde del colapso, Sergei se sentía sumamente enfocado en aquello que quería, que debía lograr. No existía duda u obstáculo lo suficientemente grande para alejar su vista del objetivo, ni nada que le hiciera desertar. Volvería incluso de la muerte misma de ser necesario.

Dirigió su mirada hacia Nina, quien se encontraba tecleando algo en un computador portátil, con el rostro sereno y enteramente concentrada en la tarea en cuestión, ignorando totalmente el escrutinio que le realizaba Sokolov. Deseaba tener el poder que ella poseía. Quizás no era una figura de autoridad, reconocida como Viktor o temida como Sergei, pero sí era una persona en completo control de sí misma. Habiéndose practicado una histerectomía cuando apenas entraba en sus veintes había conseguido una de las mejores defensas del mundo: no tenía nada ni nadie a quien perder, y eso la convertía en alguien sumamente fuerte y extremadamente peligrosa.

Viktor, por su parte, tenía a aquella maravillosa chica a su lado, apoyándolo. Aún después de haber vuelto de la muerte, ella permanecía ahí, como un cimiento que fortalecía el imperio que estaba amasando, e incluso había sido la piedra angular de los cambios más importantes que se realizaron en aquellos negocios. Al igual que Nina, tampoco contaba con descendencia directa, pero sí tenía alguien por quién preocuparse. Aunque siendo tan precavido como él era, no le extrañaría a Sokolov el pensar que Ana estaba entrenada para sobrevivir en aquel mar atestado de depredadores.

Cuando finalmente llegaron al hotel donde se hospedaban las mujeres de Sokolov, Nina le detuvo para hacerle una advertencia. – Lo que vea quizás será confuso, pero usted entenderá. Y sé que a pesar del dolor que pueda sentir en ese momento, usted encontrará la respuesta que está buscando, y la absolución de todas sus contradicciones. Entenderá a qué me refiero una vez que entre en esa habitación.

Curioso, el hombre asintió con el ceño fruncido y un gesto de disgusto en los labios. ¿Qué podría ser aquello tan relevante a lo que Nina se refería? Claramente involucraba la desaparición de Nadya. ¿Incluiría también la desaparición de Alma? Detalles que seguía ocultándole a voluntad. Esperaba que tanto misterio tuviera algo de significado mas temprano que tarde.

Dos hileras de guardias con trajes blindados se mantenían en posición de firme en el pasillo que llevaba a la habitación donde ocurrió el secuestro. Dos hombres se encontraban directamente frente a la entrada, y uno de ellos realizó un saludo al ruso mientras abría la puerta y se apartaba. Sokolov tomó un paso hacia el interior, pero fue detenido nuevamente por la mano de Nina. Su rostro dejaba destilar preocupación tras aquella máscara de tranquilidad, preocupación por lo que él podría sentir al ver aquella escena, ¿quizás? Con un gesto aburrido asintió para asegurarle que estaría bien, sacudiendo el hombro sutilmente para apartar su mano. El guardia cerró a sus espaldas, y otros dos hombres resguardaron la puerta desde el interior.

La amplia e iluminada habitación vibraba con el resplandor de los rayos del sol que se colaba por las ventanas abiertas, también custodiadas por dos guardias cada una, quienes se mantenían inmutables ante el bamboleo interminable de las cortinas blancas ante la brisa de verano que colaba en la brisa tibia el olor del océano dentro de aquella habitación de colores pasteles y pisos de terracota.

Todo parecía en orden, a excepción de lo que estaba en el centro de la habitación: allí, de rodillas en el suelo y con las manos atadas a la espalda y la cabeza agachada con los ojos amarillos perdidos en el suelo de la habitación, se encontraba Alma. Por un instante no entendió, aunque su subconsciente si lo hizo de inmediato. El rompecabezas que acababa de aparecer en su cabeza comenzaba a tomar forma, las piezas encajando una tras otra en una especie de efecto dominó. Comenzó a negar con la cabeza antes de terminar de procesar la información, tomando un paso hacia atrás inconscientemente.

Se acercó a ella y se arrodilló; le tomó el rostro, levantándolo, con el corazón encogido, y un dolor en el pecho como ninguno que hubiera sentido antes. Sentía la mirada como dos clavos de acero al rojo vivo, y casi podía oler la carne chamuscada cuando éstos se clavaron en los de ella. Pero claro, siendo como ella era, su falta de expresión no hizo más que acrecentar la furia de su esposo, y con los dedos alrededor del mentón de la mujer, apretó con fuerza hasta hacerla mostrar los dientes. Ella tan solo hizo un leve gesto de incomodidad, ninguno de dolor.

- ¿Qué hiciste, Alma?

Ella se rehusaba a hablar. La soltó de golpe, lanzando su cabeza hacia un lado mientras se levantaba y caminaba hacia la puerta, con las manos en su cabeza. Cada paso que daba creaba en su mente paranoica una nueva posibilidad que siempre le llevaba al mismo desenlace, uno que ni siquiera podía considerar. Se giró nuevamente hacia ella, pasándose las manos por la cara y decidió, ante el mutismo selectivo de su esposa, solicitarle a los guardias que narraran lo sucedido. Uno de ellos dio un paso al frente, realizando un saludo. Mantuvo su mirada en el horizonte mientras contaba lo sucedido.

- Señor, aproximadamente a las dieciocho horas del pasado martes, la señora Björklund abandonó la seguridad de su habitación para retirarse a la alberca de la terraza, dejando a la señorita Nadya a solas en la habitación al cuidado de los guardias. Éstos se mantuvieron como se les había ordenado, vigilantes, pero no notaron ningún peligro inminente, y de hecho la noche estuvo tranquila.

- Al grano soldado, - apresuró Sokolov, llevándose un dedo a la boca para mordisquearlo mientras el soldado relataba lo sucedido. Sus ojos permanecían

en el rostro absento de su esposa, quien se rehusaba aún a subir la mirada.

- Aproximadamente a las veintiún horas la señora regresó en compañía de un joven local. Parecía inofensivo, según contaba uno de los sobrevivientes.

- ¿Sobrevivientes?

- Si señor. Tras el ataque que sufrimos aquella noche, perdimos a cuatro de nuestros hombres. Dos de ellos se encuentran en terapia intensiva, muy graves. El sobreviviente que relató su historia entró en coma la noche de ayer.

- Continúa con el relato. ¿Qué sucedió específicamente? No escatimes detalles.

- Si señor. Aquel joven pasó la noche con la señora Alma, quien manifestó que para evitar molestar a la pequeña se retirarían a otra habitación y que no quería escoltas. Uno de los guardias de turno se marchó detrás de la señora e hizo guardia frente a la nueva habitación, dejando a su compañero al cuidado de la señorita. Aproximadamente a las tres de la mañana del día miércoles se inició el ataque. Un grupo de seis, según lo que recordaba el guardia, vestidos de negro ceñido de pies a cabeza, ingresaron a las inmediaciones del hotel, matando al guardia de la habitación de la señora Alma, e hiriendo de gravedad al guardia de la habitación de la señorita. Todo apunta a que usaron alguna especie de droga, como cloroformo, para noquear a la pequeña y extraerla por los balcones sin que hubiese ruido. Los otros guardias que acabaron muertos fueron tomados por sorpresa de tal manera que no emitieron ninguna clase de ruido. Aquellos atacantes eran como fantasmas.

Sokolov movía la mandíbula de lado a lado, y una vena en su frente se prensó al punto de parecer cercana a explotar. La mirada que le dio a su mujer estaba lejos de aquellas de cariño y comprensión que solía darle cuando eran jóvenes e inocentes.

- Los esbirros de Iwama no se andan con juegos, salvo los juegos de ser ninjas. ¿Algo más? ¿Qué sucedió con Alma y con su... acompañante?

- El joven acompañante de la señora habría desaparecido después del incidente. Sin embargo fuimos capaces de ubicarlo y tráelo de vuelta. Ya pasó por un interrogatorio previo pero es inquebrantable, lo que nos hace creer que estaba en completa complicidad con el grupo que ingresó a las instalaciones. Incluso las torturas no funcionaron con él. Actualmente se encuentra en la habitación contigua, señor.

- ¿Dicen que estaba trabajando en conjunto con la Yakuza? Eso explicaría el porqué de la distracción. Sin embargo, me sorprende que hayan sido capaces de dar en el clavo en cuanto a los gustos de ésta mujer. ¿Utilizaron el método dos?

- Si señor, pero el joven tiene una altísima tolerancia al dolor, y a pesar de haber recibido ese método durante horas no ha emitido palabra alguna, tal como le mencioné. No ha tenido ninguna de las reacciones esperadas en civiles sin entrenamiento durante los interrogatorios. Es sin dudas uno de ellos, - la certeza del guardia era implacable, así como el sentimiento que oprimía el pecho del ruso.

- Gracias, soldado, - el hombre saludó nuevamente y dio dos pasos hacia la ventana para quedarse ahí, firme. Sokolov se acercó a Alma, quien aún le esquivaba la mirada. – Mírame. Quiero que me mires. Te ordeno que me mires, maldita zorra asquerosa. ¡Mírame!

Su rostro era una pintura viva de la furia enmascarada de calma, lo que le hacía parecer aún más peligroso. Tan solo el tono de su voz y la respiración acelerada delataban lo que estaba sintiendo en aquel momento, con el cuerpo ligeramente encorvado hacia sí para acercarse lo más posible a su mujer. Alma seguía estando silente, pero en los ojos parecía mostrar algo, algo de... ¿dolor? ¿Confusión? ¿Traición? Aquellos trozos de ámbar podían traducirse de mil maneras, y en aquel momento no había tiempo para dedicarle a entender el lenguaje corporal de una persona carente de emociones a flor de piel.

- ¿Tienes alguna idea del dolor que me has causado? ¿Del dolor que le has causado a tu hija? ¡A nuestra hija! Tu analgesia^[21] ha entumecido incluso tus sentimientos, te ha cegado, y piensas que te exime de responsabilidades por no poder sentir empatía ante el dolor ajeno. ¿Pero sabes qué? – Caminó hasta el guardia más cercano, arrancándole el arma de nueve milímetros de la pistolera que tenía en la pierna. Todos los guardias se tensaron y se sintió claramente el dilema en el que se encontraron, ¿debían defender a la mujer, tal como se les había ordenado, o debían dejar que su superior hiciera lo que debía hacer? Al final la respuesta fue clara, y con los cuerpos tensos se mantuvieron firmes, intentando mirar hacia otro lado, conocedores de lo que estaba por suceder.

Sokolov se acercó a Alma y se agachó frente a ella, apretó el arma contra el pecho de la mujer y disparó cinco veces. Sus ojos se abrieron de par en par, y en su rostro apareció una expresión de dolor que nunca antes había

mostrado, con la boca abierta, de la cual salió un pequeño hilo de baba y sangre que le colgó del mentón.

Se le escapó un quejido falta de aliento, y finalmente miró a Sokolov a los ojos. Aquellos ojos amarillos se encontraban sorprendidos, tanto como los de aquella chica sucia y desgarrada que alguna vez había sido, aquella que le ayudó, junto a su padre, a salvar a su amigo de una muerte segura. La que fue capaz de enseñarle que el amor existía, quien le obsequió el tesoro más grande, y quien le arrebató todo sin querer hacerlo realmente.

- Ser... gei, - logró decir en dos respiros y con mucha dificultad, abriendo la boca para decir algo más.

- Ese dolor que sientes en el pecho no se compara con el que siento yo en éste momento. Pero ésta fue la última vez en que tu libido se burla de mi y me causa dolor. – Se levantó y alzó la pistola hasta el rostro de la mujer. La rabia que sentía flaqueó un poco ante aquel gesto de ruego, ante el ámbar de esos ojos llorosos que una vez le habían enamorado. Fue entonces cuando los recordó, aquellos ojos enormes de color gris, adornados por esa cabellera de rulos castaños y las pecas que cubrían la punta de su pequeña nariz. Gracias a esos ojos de color ámbar ahora se encontraba en aquel predicamento, con el temor de no poder ver los ojos de su ángel de nuevo. Entonces, olvidó toda la compasión, y se llenó de odio. – Adiós, moya dusha.

Una lágrima rodó por el rostro de la mujer, quien cerró los ojos un instante antes de que el rugido de la pistola llenara la habitación con un estruendo más fuerte que los anteriores, acompañado por el sonido de los sesos, licuándose y escapando por la nuca recién abierta de la que una vez fue el todo de aquel hombre. Tan solo una bala le arrancó la vida a la que había sido suya durante tanto tiempo, y quien dejó de ser ella para convertirse en algo más, sin forma, sin alma.

El brazo, de pronto muy débil, cayó con el peso de la pistola, mientras se sostenía el pecho con la otra mano, sintiéndolo tan dolorido que creyó que podría morir en aquel instante. Supuso que era el dolor de un corazón al romperse, pero ya tendría tiempo después para lidiar con eso.

Lanzó al arma, tras poner el seguro, a su dueño, con una expresión vacía en el rostro mientras veía aquel cuerpo convulso y ensangrentado en el suelo. La sangre comenzaba a encharcarse alrededor de ella.

- Encárguense de la limpieza. Y tú, - dijo con un gesto de cabeza al soldado que le había contado lo ocurrido. – Llévame a ver a éste joven.

El guardia se apresuró a la puerta, pasando lo más lejos que pudo del cuerpo de Alma y salió de la habitación, esperando que Sergei le siguiera. Éste le dedicó una última mirada a su mujer, y antes de que pudiera sentir algo más, se giró para visitar a quien tenía las respuestas que necesitaba. No tenía tiempo para aquel tipo de sentimientos. No era el momento para sentirse débil y compasivo. Ya tendría con quien desahogar todo lo que tenía guardado, en caso de que su persuasión se quedara un poco corta. Siempre podía usar el método tres cuando el resto de sus cartas se hubiesen agotado.

Ω Ω

Tenía una mancha de sangre seca en la mejilla y los ojos fijos en un punto lejano, observando sin mirar a nada ni a nadie. Su expresión era la de una persona que había perdido la razón. Nina le observaba con preocupación, mientras que Viktor prefería continuar viendo fuera de la ventana del avión y mantenerse a raya. Conocía la importancia de darle espacio a aquel hombre cuando era necesario, cuando podía ser peligroso no hacerlo. Aquel era uno de esos momentos.

Sergei había logrado sacarle información a aquel sujeto, la que necesitaba, pero había tardado más de lo debido, pues fue extremadamente difícil doblegarlo. No cabía duda de que la Yakuza entrenaba muy bien a su gente en cuanto a entereza se trataba.

Se dirigían a Bruselas, a una propiedad industrial perteneciente al conglomerado de empresas que Ambra había amasado en vida a lo largo de Europa. Debajo de aquel sitio se encontraba un complejo que servían como centro de detención para aquellos que la Yakuza consideraba perjudiciales para sus operaciones. Nadya no entraba en aquella categoría, pero su padre sí, y por tal motivo habían decidido llevarla a hasta allí, donde la vigilancia era extrema y los medios para entrar, poco convencionales. No podrían ingresar como a la propiedad DiPietro, tendrían que usar la fuerza bruta. Afortunadamente, Viktor tenía algunos contactos que podrían prestarles apoyo una vez que llegaran. Sokolov tendría que hacer el resto.

Ninguno de los tres mencionó palabra alguna durante el resto del viaje, Nina se rindió finalmente luego de observar el rostro de su jefe durante largo

rato, sin poder captar su atención, y se dispuso a dormir para pasar el tiempo y Viktor, pues, él ya se había quedado dormido con la cabeza apoyada sobre su palma.

Sokolov deseó con todas sus fuerzas poder encontrarse en la situación de ellos, despreocupado, tan solo un poco enfocado en encontrarle solución al problema en cuestión, sin ser directamente afectado. Sintió envidia de la mujer, de su falta de puntos débiles, y rabia porque su hermano no podía entenderle, no sentía la empatía que deseaba sintieran por él en ese momento. Se creyó la persona más solitaria, la más débil, la más desamparada del mundo. Sin embargo, todo aquello le llenaba de una convicción que no supo que poseía hasta entonces; la desesperación, paradójicamente, le llenaba de una calma que jamás había experimentado. Sus fuerzas resurgían de la nada cuando la extenuación se apoderaba de su cuerpo y de su mente.

Nadya le estaba esperando. Aquel pensamiento era lo único que le mantenía andando sin detenerse desde que había salido de la propiedad DiPietro, unas seis horas atrás.

Ω Ω

El clima helado de Bruselas le calaba los huesos. A través de su gruesa chaqueta de cuero, sentía la caricia del viento gélido sobre su piel, tal como sentía los dedos de Ambra en sus momentos finales. Anhelaba el toque a la vez que lo repudiaba con todas sus fuerzas. Se sentía intranquilo, con los pies en constante movimiento mientras el vehículo negro les trasladaba con rapidez hasta el punto desde el cual lanzarían el ataque. Si las cosas eran al menos la mitad de lo que Nina les había informado, necesitarían de toda la ayuda posible para poder ingresar a aquel lugar y, más importante, salir con vida. Viktor no lo decía, pero algo parecía indicar que se traía algo bajo la manga, Sokolov esperaba que, fuera lo que fuera, les facilitara el acceso a aquel lugar.

El número de hombres que encontrarían no estaba claro, más de cien, suponía Nina. Éstos estarían distribuidos en los pisos inferiores, mientras que en la entrada al almacén apenas estarían unos pocos pero bien armados. Atravesar aquella resistencia inicial sería primordial, del resto se encargaría a medida que fuera descendiendo.

Una fábrica de aspecto descuidado, que se encontraba a ocho manzanas del lugar donde Nadya estaba cautiva, era el lugar rudimentario desde el que

atacarían. Sokolov comenzaba a impacientarse, ¿cómo sobrepasar la seguridad de aquel lugar? La paranoia se apoderaba de su mente, con la imaginación hiperactiva por el deseo de preservar la vida de Nadya. Sentía que aquella afirmación era una mentira y tenía que hacer algo para...

Fue entonces cuando lo escuchó: una tremenda explosión cuya onda de choque se sintió hasta aquel abandonado lugar. Sokolov sintió pánico por un instante, pero luego Viktor le sonrió y le aseguró que tan solo era una distracción, una explosión en uno de los almacenes contiguos que se encontraban completamente vacíos. No había de qué preocuparse, salvo que sí, había mucho por lo que preocuparse. Nina le llamó desde el pasillo que daba hacia la entrada del almacén.

- Es tiempo de ponerse en marcha, señor.

La mujer sostenía la motocicleta con la que habían llegado hasta la propiedad DiPietro, mientras en su hombro colgaba un chaleco antibalas. Le ofreció una sonrisa al hombre, a su jefe, y éste se acercó a ella. Algo estaba mal, lo sabía, podía sentirlo en la boca del estómago. No volvería a verle, ella lo sabía, lo sabía con tanta certeza que su rostro no podía ocultarlo tras aquella falsa sonrisa confiada.

- Entienda que quizás... quizás las cosas se vayan al sur^[22], señor. Yo...

- Volveré, - interrumpió él ante aquel inesperado flaqueo en la fortaleza de la mujer. Si era cierto lo que decían, ella lo sabía y sentía aún más de lo que él podía sentirlo. No volvería a verla. Pero tenía que ignorar aquella idea si quería seguir adelante. Tendría que pretender ser el más fuerte, utilizar aquella máscara aunque fuese por una última vez. Era su deber.

- Lo siento, señor. Estoy un poco susceptible en éstos tiempos... - Se contuvo, cubrió su boca con la reverso de su mano mientras parpadeaba intensamente. No lloraría, él lo sabía, era una luchadora y no se permitiría aquello. Sokolov quiso abrazarla, pero no lo hizo, no sería lo correcto. Necesitaba darle valor y fortaleza, no derrumbarla. Finalmente, la mujer inspiró profundo, y con un suspiro tembloroso le dijo, - es hora de marcharnos.

Sin embargo, él la detuvo, con una mano firme sobre su hombro una vez que ella se había girado para buscar su propio vehículo. Ella no le miró, tan solo respiró lo mejor que pudo.

- Hasta aquí ha de traerte la corriente, no te dejaré que te arrastre conmigo. Desde éste punto debo marchar solo, lo sabes. – La mujer miró hacia un lado, aún dándole la espalda. Sabía que le apreciaba pero, ¿a tal grado? Aquello se sentía mejor de lo que habría imaginado. – Gracias por tu apoyo, sabes que siempre tendrás un lugar especial en mi familia. Eres una de las mías, Mikhaylovskaya.

Nina se giró un instante después de que Sokolov le había quitado el chaleco antibalas, y le observó en silencio subir a la motocicleta y marcharse. No era un hombre de despedidas, nunca lo había sido, siempre habrían sido demasiado dolorosas e intolerables para él. Volvería, debía hacerlo. Por tal motivo no se despidió, muy a pesar del sentimiento opresivo que crecía en su pecho, no sintió que debiera despedirse, hacer eso sería darle la espalda a todo lo que él era y en lo que creía.

Volvería, a fin de cuentas, era una fuerza imparable de la naturaleza, alfa y omega. El principio y el fin^[23].

Ω

Nuevas explosiones se registraron, cada vez más cercanas al almacén de Yasushi. Los escombros y el humo comenzaban a dificultar su avance, pero lo hacían también con los hombres de Yasushi. Pudo ver a lo largo del camino, a menos de una manzana de distancia del almacén, varios cuerpos mutilados y chamuscados. Las explosiones no solo habían servido para distraer, sino para lastimar y debilitar al enemigo. El fuego que quedaba detrás consumía voraz los restos de paredes, cercas y pavimento, así como los cuerpos sin vida de los infortunados que se hubiesen atravesado en su avance. Viktor, piromaniaco hijo de puta, todo habría sido planeado por él sin comentar absolutamente nada. Definitivamente, las viejas costumbres no se pierden.

Utilizaría aquella moto para una última maniobra evasiva, dejándose caer a toda velocidad contra una pared debilitada por las llamas. La moto haría un agujero y crearía un escudo para que él pudiera ingresar en el almacén, después de ahí se encontraba solo.

Las ruedas de la moto crearon una nube de humo que salía del asfalto quejumbroso y, tal como había predicho, fue capaz de permitirle ingresar al complejo sin mucho más que un par de raspones contra el asfalto. Rodó sobre su espalda y sacó la mini uzi de su pistolera. Aquel lugar era un caos,

vehículos en llamas, hombres corriendo y apuntando a todos lados sin entender lo que realmente estaba pasando, otros atendiendo a los heridos que las explosiones habían dejado. Le mintió, las explosiones habían sucedido dentro del complejo.

Pensó en molestarse por un instante, pero luego entendió que no existía otra manera de penetrar la defensa enemiga más que con un ataque frontal. Su posición estaba cubierta por una nube de humo, así que sin perder un instante más se escabulló entre los muertos de aquella zona e ingresó al almacén. Dentro, el clima era completamente distinto al frío caluroso del viento y el fuego del exterior.

A pesar de haberse visto algo afectado por las explosiones, el silencio y la quietud eran predominantes en aquel amplio lugar, y ningún movimiento se registraba, más que el del polvo que caía desde las altas estructuras metálicas que mantenían el complejo de pie. Afortunadamente, ningún hombre se encontraba dentro para vigilar, por lo que tendría el camino libre para ingresar al complejo inferior y continuar su búsqueda ahí. Aún así, la quietud que le rodeaba le llenaba de un sentido de precaución y le hacía correr escalofríos por el cuerpo.

El ruido del exterior parecía apagarse un poco con cada paso que daba. Le resultaba extraño, y un escalofrío recorrió su espalda mientras el sonido de sus botas inundaba el aire cargado de polvo y con el fuerte olor a escombros y carne quemada. Ni un guardia, ni uno solo, se hallaba a la vista mientras se acercaba a una puerta metálica que estaba en la esquina noroeste del complejo. Tan solo una docena de pasos le habían llevado hasta allí, y cada uno de ellos aceleraba su pulso y bombeaba más adrenalina en su cuerpo.

Estaba tirante como un resorte, listo para reaccionar al más mínimo movimiento. Giró el picaportes y empujó hasta dejar un espacio tan pequeño por el que apenas se filtraba algo de luz artificial. Esperó que aquel chirrido de las bisagras oxidadas al abrir la puerta delatara su posición, pero luego de un minuto que pareció dos y hasta tres, nadie salió a recibirlo. Pateó la puerta y se refugió detrás de la pared, apuntando y mirando por encima del hombro dentro del pasaje al cual llevaba aquella puerta. No era más que un pasillo con una escalera, que descendía y se perdía de vista en un cruce hacia la derecha, posiblemente hacia otra escalera para seguir el descenso, o hacia un pasillo igualmente abandonado, o quizás hacia una habitación llena de hombres que

intentarían ponerle fin a su legado.

Las paredes de concreto a ambos lados se veían solemnes, cargadas de una aura de muerte más allá de la soledad que acompañaba a todo el recinto. Sentía como si ingresara a una catacumba, con el sonido de las botas retumbando y llenando de eco el largo y estrecho pasillo que parecía extenderse hasta el mismísimo Hades. Al cruzar la esquina, un largo pasillo se extendía hasta perderse de vista en la oscuridad, donde una bombilla fluorescente parpadeaba como si estuviese intentando llevarle un mensaje en clave, y allí, oculta entre las sombras danzantes, se encontraba una nueva puerta.

Peligro, le gritaba todo el cuerpo, aquella calma antinatural tan solo podría vaticinar lo peor. Despacio, muy despacio, y con el arma preparada, Sokolov recorrió los interminables metros de aquel pasadizo, revisando las puertas que conseguía a su paso. Habían tan solo tres en el lado izquierdo y dos en el derecho, algunas llevaban a habitaciones oscuras o mal iluminadas, pero todas vacías por igual. ¿Qué estaba pasando? No lo comprendía. La tensión le hacía sentir dolor en su espalda, estaba a punto de quebrarse en dos. Necesitaba encontrarle un significado a aquel silencio sepulcral.

Cuando se acercaba a aquella oscuridad al final del pasillo, entendió la magnitud de lo que había hecho. Comprendió, en cuestión de segundos, que no se debe confiar en la sorpresa pues, en ocasiones, falla. Sintió la sangre correrle por el cuerpo, intentando desentumecer los músculos que se habían quedado tiesos al sonido de los pasos que se acercaban desde arriba. Como un idiota se había confiado, y en su afán por ingresar, había olvidado cerrar la puerta a sus espaldas. Corrió los últimos pasos hasta la puerta que se ocultaba tras la sombras, tiró del picaporte pero ésta no cedió. Maldición, estaría acabado de no lograr abrirla.

Aquellos pasos sonaban cada vez más cerca, eran más de los que podía contar, y los más cercanos ya estaban a punto de terminar de bajar las escaleras. Sin pensarlo demasiado se alejó lo más que pudo de aquella puerta y abrió fuego. El rugir del arma automática le ensordeció mientras la vibración le entumecía la palma sudorosa. Tras tres cortas ráfagas se abalanzó contra la puerta y ésta, debilitada, cedió ante un embiste y dos patadas. Los primeros disparos le alcanzaron justo cuando saltaba detrás de la puerta y la cerraba con la pierna. No tenía oportunidad de examinar los alrededores, tampoco

podía asegurar la puerta para impedir el avance de los enemigos. Tendría que correr por su vida, como si de un cobarde se tratase.

No, no. Se recordó que aquello podía significar la vida o la muerte, y que en ocasiones no se trataba de ser cobarde o valiente, sino de ser inteligente y hacer lo que fuera necesario para sobrevivir lo suficiente para ver de nuevo la luz del día.

Ante él, una nueva estancia se extendía por lo que parecía ser un kilómetro. Afortunadamente, no tenía más que un camino por el cual seguir: un pasillo que se extendía al final de la sala y que llevaba a otra puerta. Era una extraña disposición la de aquel lugar, pero en vez de detenerse a analizarla de forma racional comenzó a correr con todas sus fuerzas, despojándose de su chaqueta y moviendo los brazos para ganar velocidad. Los disparos comenzaron a resonar a su espalda un instante después de que ingresara en el nuevo pasillo, y dos balas pasaron silbando junto a su cabeza cuando logró abrir, sin obstáculos, la puerta que estaba frente a él.

La cerró de golpe y se giró con el arma en alto cuando escuchó un murmullo ininteligible y el sonido característico de un arma. Sus ojos hicieron contacto con un guardia, y éste no pudo ocultar su sorpresa. Sus ojos achinados se abrieron de par en par, y su boca se movió para gritar algo, pero una ráfaga de balas le perforó el cráneo y lo arrojó de espaldas contra el suelo antes de que la primera frase terminara de salir de su boca. El cadáver creó un sonido hueco al desparramarse en la habitación mal iluminada, y el arma que llevaba en la mano hizo un clic mientras rebotaba contra el asfalto.

Tan sólo le tomó dos parpadeos percatarse de que aquel no era el único guardia en el lugar. Estaban dos a su izquierda, cerca de una puerta, y al menos unos tres a su derecha, medio cubiertos por una viga de metal. Uno de ellos comenzó a chillar mientras los otros abrían fuego. Sus armas automáticas llenaron de sonido y luz aquella habitación mientras el humo que salía de las armas inundaba el aire con el aroma de la pólvora.

Una bala le rozó el hombro demasiado cerca, y otra le perforó la oreja derecha, pero pudo alcanzar refugiarse detrás de una viga lo suficientemente ancha para cubrirlo por completo. Sokolov se apretó la oreja con fuerza, no podía sentir más que el calor húmedo de la sangre fluyendo a través del agujero que le había hecho la bala. Afortunadamente su cerebro se mantenía aún dentro de su cabeza. El hombro, por otro lado, le molestaba un poco.

Respiró con fuerza mientras intentaba formar alguna idea racional, una salida, algo que pudiera sacarle de aquel apuro. Eran aproximadamente cinco, armados con armas largas automáticas, mientras él apenas contaba con su uzi y su chaleco.

Piensa Sergei, piensa.

Fue coincidencia que sus dedos dieran con la solución. Detrás de su espala, aseguradas al chaleco, se encontraban cuatro granadas que le servirían para seguir avanzando. Tomó dos, colocando el dedo en los gatillos de seguridad y retirando las anillas. Respiró y la imagen de su hija pasó por su mente, pudo verla cuando nació, cuando dio sus primeros pasos, cuando dijo sus primeras palabras. Sintió sus manitas tocando su rostro, la sintió abrazándolo, e incluso pudo sentir el calor de su pequeño cuerpo dormir acurrucada a su lado. Estaba allí por ella, no moriría hasta encontrarla.

Un grito de guerra escapó de su boca mientras saltaba fuera de la protección que le brindaba la viga de metal. Lanzó una de las granadas al grupo de tres hombres, que resultaron ser cuatro, y abrió fuego contra el grupo de dos del lado izquierdo. Sintió un par de impactos en el pecho y el abdomen, el dolor intenso que le recorrió el cuerpo y le hizo gritar con mayor fuerza. Los hombres delante de él cayeron sin problema, y justo cuando escuchó abrirse la puerta por la que había entrado, saltó de espaldas abriendo fuego en esa dirección, lanzando la segunda granada. Se arrastró apenas tocó el suelo y se cubrió la cabeza cuando la granada estalló a sus espaldas. Trozos de concreto le golpearon la espalda, y uno de ellos le dio de lleno en el cráneo.

El silbido que sentía en los oídos compensaba la repentina ausencia de otros sonidos. Rápidamente, Sokolov se giró sobre sí para ver que se encontraba solo. Algunos de los hombres estaban caídos, otros tan solo aturdidos. Necesitaba ponerse en pie y marcharse de inmediato si quería cumplir su cometido. Por un instante no supo hacia donde ir, pero utilizó aquel momento de incertidumbre para ponerse en pie mientras se ubicaba de nuevo dentro de la habitación.

Su salto le había dejado justo frente a la puerta que estaba siendo custodiada por aquellos hombres. Abrió fuego en la dirección por la que había llegado, en caso de que alguno de los hombres ya estuvieran poniéndose de pie, y escuchó lo que parecían ser quejidos de dolor desde aquel lugar. Revisó con la vista el resto de la habitación. Afortunadamente, aquella tampoco

ofrecía otras vías de escape. Corrió hacia puerta y la abrió de una patada, casi cayendo por las escaleras que se encontraban detrás. Se aferró al picaporte, y al recuperar el equilibrio se abalanzó escaleras abajo, cerrando la puerta de un empujón.

Aquel silbido permanecía en sus oídos, y seguía aturdido pero no perdido. Sacudió la cabeza mientras se repetía que podía hacerlo, que debía hacerlo, y empezó a bajar la longitud de los peldaños casi de dos en dos. Un cruce a la izquierda le llevó a otro grupo de peldaños, y luego otro hacia la derecha le condujo a más escaleras. Si su mente no le jugaba sucio, habría descendido ya al menos tres sótanos. Un último cruce le llevó a un pasillo largo, iluminado con bombillas incandescentes. A ambos lados, puertas se enfilaban de forma simétrica. No se preocupó por revisar ninguna, tan solo podía pensar en seguir adelante.

Un grito lejano le hizo detenerse en seco. Intentó agudizar el oído pero aquel ruido seguía ahí, siempre que hubiera silencio. Se giró pero no vio nada. Intentó retrocediendo varios pasos, pero no lograba escuchar nada. Luego de un instante decidió hacerlo pasar por una mala jugada de su mente, y continuó la carrera hacia el final del pasillo, donde se encontraba otra puerta. Fue entonces cuando lo escuchó de nuevo, aquel grito despavorido, pidiendo ayuda. Llamándole.

- ¡Nadya!

Sintió el corazón en la garganta y un extraño alivio al que se sumaba un sentimiento opresivo, un mal augurio. Cuando estaba a dos pasos de aquella puerta, la puerta a su derecha se abrió de golpe. Un grito salió de allí, seguido del filo de una espada y el hombre que la sostenía. Reaccionó demasiado pronto, tanto que aquel mortal hacia atrás se quedaba corto de momento y le hacía caer de boca en el concreto. Miró de lado a su atacante, quien ya se encontraba sobre él con la espada lista para convertirlo en una brocheta.

Se empujó con fuerza y logró esquivar el ataque por centímetros. Rodó sobre sí hasta ponerse de pie y abrió fuego contra el hombre mientras retrocedía sin quitarle la vista de encima mientras se refugiaba tras la puerta por la que había salido. Sokolov retrocedió hasta que su espalda chocó contra la pared y fue entonces cuando dejó de disparar. Su mente trabajaba a miles de revoluciones por minuto, pero aún así le tomó más de un segundo percatarse de que no había una pared a su espalda sino una puerta.

- Ungh, - un gruñido escapó de su boca cuando un dolor ardiente le llenó el omóplato derecho. Aquel dolor atravesó el Kevlar como si fuera mantequilla, y salió con la misma facilidad. Un instante después entendió qué era aquello, aquel metal frío y después cálido, la hoja de una katana. Nuevamente había sido descuidado, cometiendo errores de niño en sus primeros años de entrenamiento. Se dejó caer de rodillas mientras su atacante tomaba un paso adelante, se preparaba para atravesarlo con la espada. Con un grito, el hombre se lanzó al ataque, y en ese momento Sergei se lanzó hacia un lado, esquivando la estocada mortal, pero recibéndola en el hombro. En su mano sostenía su revólver, y con una sonrisa disparó contra el rostro del asiático, destruyendo el cráneo y haciéndole caer de espaldas mientras la sangre salpicaba todo el pasillo detrás de él.

Se incorporó con dificultad pero con rapidez, y armó otra de las granadas y la arrojó a la habitación donde el segundo hombre seguía oculto con un grito lleno de furia. El mismo terminó cuando la explosión ocurrió. Había llegado al lugar al cual debía, y lo había hecho con vida.

Respiró, agotado, mareado inclusive, y se guardó el revólver en la cintura del pantalón y la uzi en la pistolera. Dio un paso hacia aquella puerta con los ojos fijos en ella y la sorpresa llenó su rostro cuando, de otra de las puertas, una figura veloz y silenciosa salió de las sombras y le atacó de frente, atravesando su abdomen con una katana. Sokolov se detuvo, frenado involuntariamente, e intentó comprender aquel dolor repentino que sentía, el ardor que le llenaba, el escozor y la humedad que empapaba su chaleco, e intentó colocar a aquella sombra dentro de la ecuación.

Escupió sangre cuando la espada fue retirada de un tirón limpio de su abdomen, y sus manos fueron instintivamente hacia la herida, tapándola, después de que sus rodillas cedieran y le hicieran caer al suelo. Vio, a través de unos ojos vidriosos aquel rostro odioso, lleno de arrugas y con cabellos plateados, de traje negro y de piel clara.

- I... wama.

- Una fuerza imparable de la naturaleza, no me hagas reír.

Aquella voz le sonaba lejana. La herida de la katana en el costado le dolía como el demonio pero, aún así, se apoyó con las manos y se puso de pie. Su visión se nublaba y su corazón galopaba como corcel desbocado con el

esfuerzo que suponía mantener a aquel colosal hombre erguido. Todo se pondría peor cuando comenzara a perder más sangre.

- Eres una desgracia para las familias de la mafia, ¿sabes por qué? Porque sólo piensas en el dominio. No en el dominio de todos los jefes de las mafias, únicamente en tu dominio. ¿Crees que es de mi agrado tener que poner el éxito de mis operaciones en tus manos incapaces? ¡NO!

Sintió otro golpe, ésta vez en el pecho, y sus ojos pudieron ver la hoja sangrienta de la katana mientras salía nuevamente de su cuerpo. Se tambaleó dos pasos hacia la izquierda, tropezando contra la pared, y tosió algo de sangre. Un silbido comenzó a llenarle el pecho.

- Maldito...

- No creo que estés en posición para hablarme de esa forma. ¿Acaso no logras ver que tengo tu vida en mis manos? ¿Y acaso debo recordarte que la vida de aquella señorita también se encuentra a mi merced? Tan cerca de alcanzarla, y tan lejos a la vez. Debiste haber hecho caso, con Kiyomoto. Pero preferiste hacerlo a tu manera y, bien, éstas son las consecuencias.

Sokolov cerró los ojos cuando su vista se hizo negra. Las manos comenzaron a hormiguearle, al igual que sus piernas. Estaba perdiendo mucha sangre pero no podía rendirse ante aquel hombrecito soberbio quien le observaba, desafiante, con la katana en la mano mientras daba un paso hacia la izquierda y otro de vuelta.

- Nunca... podrás... doble... garme.

- Demasiadas palabras de un hombre muerto para mi gusto. Sayonara, Sokolov-San.

Yasushi alzó la katana y lanzó un grito furibundo, aquella hoja atravesó por tercera vez el cuerpo de Sokolov, quien se retorció ante el ataque, dejando caer la cabeza hacia adelante.

Era el final. Podía sentirlo llegar. Podía escuchar los gritos desde el final de la habitación. Alzó la mirada y vio aquella puerta, ahora rodeada por un halo de luz blanca, como la que dicen que ves al final del camino de oscuridad por el cual transitas al momento de tu muerte.

Los gritos de todas las personas que había matado sonaban fuerte en sus oídos, llamándolo, anhelando su sangre y la venganza por lo que les hizo, pero

aún no estaba listo para aquello, no daría su último suspiro hasta no ver a su Nadya sana y salva, lejos del peligro. Él corregiría los errores del pasado, los errores de Alma, de Viktor, de Nina. Corregiría los errores de todos y cada uno de ellos. Pues él era Sergei Sokolov, el arquitecto y el padre de la Bratvá, una fuerza imparable de la naturaleza. Ningún trozo de metal podría detenerlo, ninguno lograría alejarlo de su objetivo.

Sus manos sostuvieron la filosa hoja de la espada y la mantuvieron en su lugar. En su rostro crecía una expresión eufórica, llena de odio, de determinación, pero sobre todo del deseo protector de un padre hacia su hija. Con un grito de furia se impulsó contra Iwama, haciendo que la espada le atravesara aún más en el proceso. Su cabeza golpeó con tal fuerza la del asiático que se rompió la piel de la frente, y su rostro, ya manchado por la herida de su oreja, se cubrió de un carmesí que representaba el sentimiento que le invadía en aquel instante. Y, justo antes de que el dolor se apoderara de él, tomó el cuello del aturdido Iwama y lo giró con las fuerzas que le quedaban, quebrándolo.

Aquel hombre cayó al suelo, arrastrando a Sokolov consigo, mientras éste intentaba respirar a través del dolor que comenzaba a llenarle. Sus ojos estaban abiertos de par en par, lo sentía, pero no podía ver más allá de unos pequeños círculos de claridad, pues su vista se ennegrecía. De nuevo, en sus oídos los gritos de todas las vidas que había tomado sonaban como un tormento inclemente, con más fuerza. Su respiración se hacía cada vez más corta, debía levantarse y debía hacerlo ahora. Se afincó con fuerza contra la pared, y en un arranque de fuerzas jaló la katana y se la sacó del cuerpo. El estómago le daba vueltas, la puerta se alejaba de él, burlándose, haciendo mofas a su ego. ¿Cómo se atrevían a humillarle de tal manera?

Inspiró profundo, conteniendo un surgir de bilis que le subió por la garganta. Se impulsó con todas sus fuerzas, logrando arrastrar las pesadas botas como si de bloques de cemento se trataran. El llamado de la pequeña era como si de una droga se tratase, mientras más cerca estaba más fuerzas sentía. La adrenalina corría en sus venas, le hacía sentirse inmortal.

Finalmente logró posar una temblorosa y ensangrentada mano en el pomo de la puerta, se recostó contra ella y dejó caer su cabeza contra el metal helado. Lo giró y su peso le hizo caer de lleno dentro de la habitación iluminada con lámparas de tubo fluorescente. Sintió el aire escapar de sus

pulmones y dejarle dolorido cuando su cuerpo impactó con un sonido seco contra el suelo de concreto frío. El calor escapaba de él en forma líquida, y con unos ojos vidriosos y tan empañados como un cristal sucio logró ver a Nadya atada en una silla, con apenas una cuerda alrededor de su cuerpo. La niña pataleaba y forcejeaba contra sus ataduras, intentando zafarse para ayudar a su padre, pero no lograba su cometido.

Aquella voz se fue alejando de él, la luz escapaba de su vista, el aire parecía cada vez más ligero. Nadya estaba a salvo.

Cerró los ojos por un instante. Frente a él estaba Tamarah Cherednik junto a Alma, quienes le observaban con sonrisas en el rostro. Parpadeó de nuevo, con la mirada desorbitada, y cuando cerró los ojos nuevamente, allí estaba Nina y Viktor, felicitándolo por lo que había hecho. Porque lo había logrado.

Había logrado...

EPÍLOGO

Nadya se acercó a aquel lugar en silencio, con los pasos ligeros para sorprenderle. Le gustaba llegar siempre de aquella forma, inesperada, tal como él soñaba que ella fuera.

- Buenas tardes papi, ¿cómo te encuentras hoy?

La brisa soplaba fresca, aunque un tanto nostálgica, aquella tarde. El sol poniéndose tornaba la costa de un color ocre bastante sereno, coronado por una luna llena de un intenso azul blanquecino que ya opacaba los últimos rayos del ocaso. Las aves volaban apresuradas dentro de la jungla de aquella isla privada, para resguardarse durante la noche, y en el mar las olas rompían con fuerza contra los acantilados de filosas rocas que se veían al pie de aquel risco.

- Ha estado haciendo un poco de frío en Suecia, por eso decidí venir a visitarte antes. Espero que no te moleste. Aquí no hace falta usar ropa térmica, y se puede ir a la playa siempre que se quiera.

Un par de gaviotas parecían flotar en la distancia, llevadas suavemente por las corrientes térmicas, mientras que un pelícano había decidido quedarse rezagado para darse un banquete con un banco de peces que, pensando que ya era seguro, había salido a la superficie para alimentarse.

- La tía Ana y el tío Viktor te envían saludos, en un par de semanas deberían poder estar aquí, a tiempo para celebrar tu cumpleaños. ¿No te da gusto? Me habría gustado también que mamá también estuviese aquí, aunque sé perfectamente que tú no lo habrías aprobado, después de lo que sucedió aquella vez.

La chica observaba el horizonte, aquel hermoso paisaje que se extendía en todas direcciones, solo para ellos. No cabía duda de que su padre tenía una vista excepcional de toda su propiedad desde aquel lugar.

- ¿Aún no has logrado perdonarla? Ojalá lo hayas hecho ya, porque yo lo hice. Ha pasado ya tanto tiempo desde que se marchó. ¿Acaso no la extrañas

algunas veces? Yo lo hago, cuando camino por aquellas calles y veo las lujosas tiendas que me hacen recordar aquellos paseos que ella me daba de niña.

Una ventisca fría sopló en aquel momento, haciendo que su cabello rubio ondeara, y que la falda de su vestido de encaje negro se sacudiera. El ramo que llevaba en las manos casi se le cae con la fuerza del viento, y con el movimiento apresurado que tuvo que hacer para evitar que su vestido se elevara. Nadya le miró por encima del hombro y sonrió. Incluso los elementos parecían hablar por él. Se quedó en silencio por un par de minutos, el ruido de las últimas aves regresando a sus nidos invadió aquel cielo púrpura que les cubría.

- ¿Es hermoso el anochecer, no crees? En Suecia tenemos pocas vistas como ésta, por eso siempre me gusta volver aquí papá. Me gusta mucho más que el departamento que me compraste en Estocolmo, no hay sitio como el hogar.

En la distancia se escuchaban los ladridos de varios perros, Beleza sería una de ellos. Nadya miró sobre su hombro, y tres perros enormes se dirigían hacia ella, con Nina detrás, con paso tranquilo.

- Beleza está enorme, Nina la ha cuidado muy bien desde que me fui a estudiar. Pero ya pronto podré regresar a cuidar de ella yo misma. Ya verás como soy capaz de encargarme de todo. No te vas a decepcionar de mí.

Su teléfono comenzó a sonar en su bolsillo de forma insistente, por lo que tuvo que sostener el ramo de flores con una sola mano para buscar el aparato. Observó la pantalla y se giró para ver a Nina y a los perros que corrían hacia ella.

- Entiendo. – Fue todo lo que dijo luego de escuchar unas breves instrucciones del otro lado. Colgó y se llevó el móvil al bolsillo nuevamente, girándose para mirarle de nuevo. De rostro frío, solemne e inmutable, allí se encontraba, la lápida que ponía el nombre del más grande hombre que ella hubiese conocido en la vida. – Ya es hora de que me vaya papá, pero prometo volver mañana a compartir otro rato a tu lado. Me agradó mucho hablar contigo, aunque haya sido por tan poco tiempo.

Se agachó para colocar el ramo sobre el pasto que crecía verde y frondoso a los pies de lápida de mármol. Le regaló un beso, plantándose en la mano

antes de tocar la roca, y con una sonrisa nostálgica y un suspiro, se levantó, dirigiendo sus pasos con lentitud hacia la que ahora era su mansión por derecho legítimo tras la muerte de Sokolov aquella noche en Bruselas, hacían ya quince años.

Los perros la alcanzaron en aquel momento. Beleza, una Samoyedo blanca como la nieve, Chemos, un Husky Siberiano de color gris oscuro y con un ojo marrón y otro azul, y Dein, un Corgi galés de Pembroke, el más pequeño de la manada, se abalanzaron sobre la chica, saltando de lado a lado y ladrando, emocionados por tenerla con ellos después de tanto tiempo. Nadya rió alegre ante la compañía perruna y corrió a su lado de regreso a la mansión, con Beleza saltando de lado a lado, seguida por Chemos y Dein.

Las circunstancias le había arrebatado a su madre, a su padre, y la oportunidad de crecer como una persona normal. Pero Nadya sabía perfectamente, lo supo desde que tuvo uso de razón, que su vida no era la de una persona normal.

Supo que las niñas normales no se iban de compras de fin de semana a Paris, ni pasaba el verano en Mykonos, tampoco recibían un Mercedes para su cumpleaños número diez ni una propiedad en Estocolmo para cuando tenían doce. Sin embargo ella era una de esas pocas niñas, afortunadas o infortunadas, aún no lograba saberlo, que llevaban aquella clase de vida, alejada de la realidad de las multitudes, de la plebe, del resto del mundo. Prefería creerse dichosa de haber crecido como lo hizo, con quien lo hizo, porque de otra manera no habría llegado a ser tal como era hoy en día.

- Nadya, vamos, se hace tarde para la noche de películas. Además, recuerda que el lunes asistirás a tu primera reunión, debes estar descansada y preparada. ¡Beleza, quieta! ¡Dein! ¡Chemos! Quietos todos, joder. ¡Le estropean la ropa a Nadya!

- Nina, no hace falta que te preocupes tanto por mí, de verdad. Ya no soy una niña pequeña. Además, entiéndelos. Hace mucho que no les veo.

- Hace una semana que no les ves, señorita, - le respondió la mujer de cabello corto. - Además, eso no tiene importancia. Que ya no seas una niña no borra el hecho de que tu padre me encargó la responsabilidad de cuidar de ti...

- Y lo has hecho bien, - complementó Nadya con una sonrisa honesta en el

rostro. Nina no pudo sino responder con otra sonrisa, aunque algo obstinada. Los perros seguían armando jaleo alrededor de la chica.

- Vamos, ¡a callar los tres! Está bien, señorita. Espero que el resto de la Bratvá la reciban tan bien como éste trío de amiguitos peludos. Es tiempo de que se vayan a su casa, vamos. Andando los tres. Sin detenerse, ¡vamos!

Los correteó por una parte del camino, dando palmadas para que marcharan como soldados al sitio al cual se les había mandado. Nina era toda una experta en adiestrar canes.

- No me preocuparía por ello, Nina, - le contestó ella con demasía en sus palabras. – Mi padre dejó el camino allanado para mi. Sé como manejar a ésta gente.

Beleza regresó, corriendo con la lengua fuera, y se acercó a ellas meneando la cola con un entusiasmo contagioso, saltando como una cachorra alrededor de Nadya y empujándola dentro de la casa.

- ¡Beleza! ¡A tu casa he dicho, vamos! – La perra corrió acelerada hacia su propia casa, con el rabo agitado y ladrando en señal de protesta. Ambas mujeres rieron mientras continuaban por el camino de piedras que llevaba a la puerta posterior de la mansión.

Aquella niña asustada que había visto morir a su padre había quedado en el pasado, ahora tan sólo existía Nadya Sokolov: una tormenta perfecta en pleno nacimiento, quien sería la nueva fuerza imparable de la naturaleza, la arquitecta, y la madre de la nueva Bratvá. Una mujer que nació aquel día en que su padre inspiró su último aliento.

Se giró una vez mas, agradeciendo mentalmente todo lo que él había hecho por ella, y limpiándose una lágrima con un dedo, sonrió, dejando a su héroe sentado sobre aquella lápida, vigilando cada paso que ella daba, como un águila cuidando su nido.

La Mujer Trofeo

Romance, Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario

Capítulo 1

Cuando era adolescente no me imaginé que mi vida sería así, eso por descontado.

Mi madre, que es una crack, me metió en la cabeza desde niña que tenía que ser independiente y hacer lo que yo quisiera. “Estudia lo que quieras, aprende a valerte por ti misma y nunca mires atrás, Belén”, me decía.

Mis abuelos, a los que no llegué a conocer hasta que eran muy viejitos, fueron siempre muy estrictos con ella. En estos casos, lo más normal es que la chavala salga por donde menos te lo esperas, así que siguiendo esa lógica mi madre apareció a los dieciocho con un bombo de padre desconocido y la echaron de casa.

Del bombo, por si no te lo imaginabas, salí yo. Y así, durante la mayor parte de mi vida seguí el consejo de mi madre para vivir igual que ella había vivido: libre, independiente... y pobre como una rata.

Aceleramos la película, nos saltamos unas cuantas escenas y aparezco en una tumbona blanca junto a una piscina más grande que la casa en la que me crié. Llevo puestas gafas de sol de Dolce & Gabbana, un bikini exclusivo de Carolina Herrera y, a pesar de que no han sonado todavía las doce del mediodía, me estoy tomando el medio gin-tonic que me ha preparado el servicio.

Pese al ligero regusto amargo que me deja en la boca, cada sorbo me sabe a triunfo. Un triunfo que no he alcanzado gracias a mi trabajo (a ver cómo se hace una rica siendo psicóloga cuando el empleo mejor pagado que he tenido ha sido en el Mercadona), pero que no por ello es menos meritorio.

Sí, he pegado un braguetazo.

Sí, soy una esposa trofeo.

Y no, no me arrepiento de ello. Ni lo más mínimo.

Mi madre no está demasiado orgullosa de mí. Supongo que habría preferido que siguiera

escaldándome las manos de lavaplatos en un restaurante, o las rodillas como fregona en una empresa de limpieza que hacía malabarismos con mi contrato para pagarme lo menos posible y tener la capacidad de echarme sin que pudiese decir esta boca es mía.

Si habéis escuchado lo primero que he dicho, sabréis por qué. Mi madre cree que una mujer no debería buscar un esposo (o esposa, que es muy moderna) que la mantenga. A pesar de todo, mi infancia y adolescencia fueron estupendas, y ella se dejó los cuernos para que yo fuese a la universidad. “¿Por qué has tenido que optar por el camino fácil, Belén?”, me dijo desolada cuando le expliqué el arreglo.

Pues porque estaba hasta el moño, por eso. Hasta el moño de esforzarme y que no diera frutos, de pelearme con el mundo para encontrar el pequeño espacio en el que se me permitiera ser feliz. Hasta el moño de seguir convenciones sociales, buscar el amor, creer en el mérito del trabajo, ser una mujer diez y actuar siempre como si la siguiente generación de chicas jóvenes fuese a tenerme a mí como ejemplo.

Porque la vida está para vivirla, y si encuentras un atajo... Bueno, pues habrá que ver a dónde conduce, ¿no? Con todo, mi madre debería estar orgullosa de una cosa. Aunque el arreglo haya sido más bien decimonónico, he llegado hasta aquí de la manera más racional, práctica y moderna posible.

Estoy bebiendo un trago del gin-tonic cuando veo aparecer a Vanessa Schumacher al otro lado de la piscina. Los hielos tintinean cuando los dejo a la sombra de la tumbona. Viene con un vestido de noche largo y con los zapatos de tacón en la mano. Al menos se ha dado una ducha y el pelo largo y rubio le gotea sobre los hombros. Parece como si no se esperase encontrarme aquí.

Tímida, levanta la mirada y sonrío. Hace un gesto de saludo con la mano libre y yo la imito. No hemos hablado mucho, pero me cae bien, así que le indico que se acerque. Si se acaba de despertar, seguro que tiene hambre.

Vanessa cruza el espacio que nos separa franqueando la piscina. Deja los zapatos en el suelo antes de sentarse en la tumbona que le señalo. Está algo inquieta, pero siempre he sido cordial con ella, así que no tarda en obedecer y relajarse.

—¿Quieres desayunar algo? —pregunto mientras se sienta en la tumbona con un crujido.

—Vale —dice con un leve acento alemán. Tiene unos ojos grises muy bonitos que hacen que su rostro resplandezca. Es joven; debe de rondar los veintipocos y le ha sabido sacar todo el jugo a su tipazo germánico. La he visto posando en portadas de revistas de moda y corazón desde antes de que yo misma apareciera. De cerca, sorprende su aparente candidez. Cualquiera diría que es una mujer casada y curtida en este mundo de apariencias.

Le pido a una de las mujeres del servicio que le traiga el desayuno a Vanessa. Aparece con una bandeja de platos variados mientras Vanessa y yo hablamos del tiempo, de la playa y de la fiesta en la que estuvo anoche. Cuando le da el primer mordisco a una tostada con mantequilla light y mermelada de naranja amarga, aparece mi marido por la misma puerta de la que ha salido ella.

¿Veis? Os había dicho que, pese a lo anticuado del planteamiento, lo habíamos llevado a cabo con estilo y practicidad.

Javier ronda los treinta y cinco y lleva un año retirado, pero conserva la buena forma de un futbolista. Alto y fibroso, con la piel bronceada por las horas de entrenamiento al aire libre, tiene unos pectorales bien formados y una tableta de chocolate con sus ocho onzas y todo.

Aunque tiene el pecho y el abdomen cubiertos por una ligera mata de vello, parece suave al tacto y no se extiende, como en otros hombres, por los hombros y la espalda. En este caso, mi maridito se ha encargado de decorárselos con tatuajes tribales y nombres de gente que le importa. Ninguno es el mío. Y digo que su vello debe de ser suave porque nunca se lo he tocado. A decir verdad, nuestro contacto se ha limitado a ponernos las alianzas, a darnos algún que otro casto beso y a tomarnos de la mano frente a las cámaras.

El resto se lo dejo a Vanessa y a las decenas de chicas que se debe de tirar aquí y allá. Nuestro acuerdo no precisaba ningún contacto más íntimo que ese, después de todo.

Así descrito suena de lo más atractivo, ¿verdad? Un macho alfa en todo su esplendor, de los que te ponen mirando a Cuenca antes de que se te pase por la cabeza que no te ha dado ni los buenos días. Eso es porque todavía no os he dicho cómo habla.

Pero esperad, que se nos acerca. Trae una sonrisa de suficiencia en los labios bajo la barba de varios días. Ni se ha puesto pantalones, el tío, pero supongo que ni Vanessa, ni el servicio, ni yo nos vamos a escandalizar por verle en calzoncillos.

Se aproxima a Vanessa, gruñe un saludo, le roba una tostada y le pega un mordisco. Y después de mirarnos a las dos, que hasta hace un segundo estábamos charlando tan ricamente, dice con la boca llena:

—Qué bien que seáis amigas, qué bien. El próximo día te llamo y nos hacemos un trío, ¿eh, Belén?

Le falta una sobada de paquete para ganar el premio a machote bocazas del año, pero parece que está demasiado ocupado echando mano del desayuno de Vanessa como para regalarnos un gesto tan español.

Vanessa sonrío con nerviosismo, como si no supiera qué decir. Yo le doy un trago al gin-tonic para ahorrarme una lindeza. No es que el comentario me escandalice (después de todo, he tenido mi ración de desenfreno sexual y los tríos no me disgustan precisamente), pero siempre me ha parecido curioso que haya hombres que crean que esa es la mejor manera de proponer uno.

Como conozco a Javier, sé que está bastante seguro de que el universo gira en torno a su pene y que tanto Vanessa como yo tenemos que usar toda nuestra voluntad para evitar arrojarnos sobre su cuerpo semidesnudo y adorar su miembro como el motivo y fin de nuestra existencia.

A veces no puedo evitar dejarle caer que no es así, pero no quiero ridiculizarle delante

de su amante. Ya lo hace él solito.

—Qué cosas dices, Javier —responde ella, y le da un manotazo cuando trata de cogerle el vaso de zumo—. ¡Vale ya, que es mi desayuno!

—¿Por qué no pides tú algo de comer? —pregunto mirándole por encima de las gafas de sol.

—Porque en la cocina no hay de lo que yo quiero —dice Javier.

Me guiña el ojo y se quita los calzoncillos sin ningún pudor. No tiene marca de bronceado; en el sótano tenemos una cama de rayos UVA a la que suele darle uso semanal. Nos deleita con una muestra rápida de su culo esculpido en piedra antes de saltar de cabeza a la piscina. Unas gotas me salpican en el tobillo y me obligan a encoger los pies.

Suspiro y me vuelvo hacia Vanessa. Ella aún le mira con cierta lujuria, pero niega con la cabeza con una sonrisa secreta. A veces me pregunto por qué, de entre todos los tíos a los que podría tirarse, ha elegido al idiota de Javier.

—Debería irme ya —dice dejando a un lado la bandeja—. Gracias por el desayuno, Belén.

—No hay de qué, mujer. Ya que eres una invitada y este zopenco no se porta como un verdadero anfitrión, algo tengo que hacer yo.

Vanessa se levanta y recoge sus zapatos.

—No seas mala. Tienes suerte de tenerle, ¿sabes?

Bufo una carcajada.

—Sí, no lo dudo.

—Lo digo en serio. Al menos le gustas. A veces me gustaría que Michel se sintiera atraído por mí.

No hay verdadera tristeza en su voz, sino quizá cierta curiosidad. Michel St. Dennis, jugador del Deportivo Chamartín y antiguo compañero de Javier, es su marido. Al igual que Javier y yo, Vanessa y Michel tienen un arreglo matrimonial muy moderno.

Vanessa, que es modelo profesional, cuenta con el apoyo económico y publicitario que necesita para continuar con su carrera. Michel, que está dentro del armario, necesitaba una fachada heterosexual que le permita seguir jugando en un equipo de Primera sin que los rumores le fastidien los contratos publicitarios ni los directivos del club se le echen encima.

Como dicen los ingleses: una situación win-win.

—Michel es un cielo —le respondo. Alguna vez hemos quedado los cuatro a cenar en algún restaurante para que nos saquen fotos juntos, y me cae bien—. Javier sólo me pretende porque sabe que no me interesa. Es así de narcisista. No se puede creer que no haya caído rendida a sus encantos.

Vanessa sonríe y se encoge de hombros.

—No es tan malo como crees. Además, es sincero.

—Mira, en eso te doy la razón. Es raro encontrar hombres así. —Doy un sorbo a mi cubata—. ¿Quieres que le diga a Pedro que te lleve a casa?

—No, gracias. Prefiero pedirme un taxi.

—Vale, pues hasta la próxima.

—Adiós, guapa.

Vanessa se va y me deja sola con mis gafas, mi bikini y mi gin-tonic. Y mi maridito, que está haciendo largos en la piscina en modo Michael Phelps mientras bufa y ruge como un dragón. No tengo muy claro de si se está pavoneando o sólo ejercitando, pero corta el agua con sus brazadas de nadador como si quisiera desbordarla.

A veces me pregunto si sería tan entusiasta en la cama, y me imagino debajo de él en medio de una follada vikinga. ¿Vanessa grita tan alto por darle emoción, o porque Javier es así de bueno?

Y en todo caso, ¿qué más me da? Esto es un arreglo moderno y práctico, y yo tengo una varita Hitachi que vale por cien machos ibéricos de medio pelo.

Una mujer con la cabeza bien amueblada no necesita mucho más que eso.

Javier

Disfruto de la atención de Belén durante unos largos. Después se levanta como si nada, recoge el gin-tonic y la revista insulsa que debe de haber estado leyendo y se larga.

Se larga.

Me detengo en mitad de la piscina y me paso la mano por la cara para enjuagarme el agua. Apenas puedo creer lo que veo. Estoy a cien, con el pulso como un tambor y los músculos hinchados por el ejercicio, y ella se va. ¡Se va!

A veces me pregunto si no me he casado con una lesbiana. O con una frígida. Pues anda que sería buena puntería. Yo, que he ganado todos los títulos que se puedan ganar en un club europeo (la Liga, la Copa, la Súper Copa, la Champions... Ya me entiendes) y que marqué el gol que nos dio la victoria en aquella final en Milán (bueno, en realidad fue de penalti y Jáuregui ya había marcado uno antes, pero ese fue el que nos aseguró que ganábamos).

¿Cómo he podido fallar?

No es que me haga falta conquistarla para meterla en caliente, a ver si me entiendes. Vanessa se acaba de ir después de una noche de sexo duro (se nota que la pobre está necesitada) y si quisiera podría tirar de agenda para pasar los siguientes días follando sin repetir ni una chica y acabar escocido antes de llegar a la letra H.

Pero uno no se casa con una tía tan buena para guardarla en una vitrina y sacarla solo para enseñarla a los medios. A ella, quiero decir. Se supone que dos personas casadas tendrían que compartir cama y buenos ratos, ¿no?

Pues no. Belén no quiere, y por más que se lo dejo caer no parece ir a dar su brazo a torcer. De hecho, cuando se lo he preguntado directamente me ha dicho que no en mi propia cara. Mi cara, que anunció durante años la colonia Steelheart (y cierta marca de helados). ¿Cómo se atreve esta tía a ser tan... inalcanzable?

Yo no me habría casado con ella, para empezar. No me habría casado con ninguna, si me preguntas, pero Pablo, mi agente, creyó que era la mejor manera de que se dejase de hablar de mi posible adicción al sexo (completamente falsa, pero en este mundo de monjitas cualquier cosa se saca de quicio) y a la cocaína (¡llevo tres años limpio, palabrita del niño Jesús, pero parece que esos buitres están esperando a verme recaer para arrancarme la carne de los huesos!) era que me casase y “sentase la cabeza”.

Yo no habría accedido (¿a quién le importa lo que haga con mi vida?), pero mi madre insistió mucho, muchísimo, y yo nunca le he sabido decir que no.

Belén era la que mejor encajaba en el perfil que buscábamos. Guapa, cuerpazo, sin vicios conocidos y lo suficientemente lista como para entender de qué iba el tema.

No queríamos a una chica enamorada de mí. Con el amor empiezan los celos, y con los celos el despecho y los tours por los platós de televisión para contar cosas sobre mis amantes y yo. Y como creo que después de la filtración de mi vídeo porno casero ya se sabe demasiado sobre mi vida sexual, preferí una chica inteligente a una tonta que me idolatrara.

Craso error.

Mientras se aleja, me dejo flotar en la piscina y pienso en qué necesita esta tía para morirse por mis huesos. Wilson, el jardinero, pasa junto al borde y me dirige una mirada mucho más interesada que cualquiera que me haya podido echar ella. Cuando me doy cuenta me encojo en más de un sentido (anda que, de verdad, qué esperabas despelotándote delante del servicio) y nado hasta las escaleras más cercanas. Necesito mi ropa interior y un café, por lo menos.

Capítulo 2

Por la tarde, como buena mujer trofeo, salgo de compras con mi amiga Martina.

Odio ser tan cliché, así que decido hacerlo de manera irónica, igual que las cincuenta o cien veces anteriores.

Pedro nos lleva en el coche. No es una limusina, pero se le parece un poco; la parte de atrás está separada de la de delante con un cristal tintado y si necesito comunicarme con el conductor utilizo un interfono.

Los asientos están tapizados en cuero blanco (una pijada de las de Javier), pero valoro enormemente la neverita llena que se esconde en un rincón. A pesar del vaivén de la carretera, le sirvo un Martini a Martina sin que se me derrame una gota.

Pronto seré una maestra de la coctelería. Una maestra alcohólica.

En un par de horas hemos sacado humo de las tarjetas de crédito. De las mías, porque Martina trabaja en un gabinete de lunes a viernes por un sueldo mileurista y no puede permitirse este estilo de vida.

Pero Martina ha sido mi mejor amiga desde bachillerato. Estudiamos la carrera juntas y nos salvamos la vida mutuamente con chuletas de última hora y cafés reconstituyentes, y más de una vez y de cinco nos hemos sujetado el pelo mientras vomitábamos el botellón de la tarde en el váter de algún local de la universidad durante una fiesta para Erasmus.

Me apoyó al cien por cien cuando le expliqué el arreglo, y a mí me sobra dinero para darme un capricho con mi mejor amiga, así que de vez en cuando lo hago. Brindo por la hermandad femenina.

—Chica, si lo llego a saber me caso yo con un futbolista —dice después de darle un sorbo a su copa.

Se ha arrellanado en el asiento de cuero blanco y los lustrosos rizos teñidos de caoba le enmarcan la cara afilada. Martina tiene siempre expresión astuta y cara de saber dónde se está metiendo. Cuando quiero tomarle el pelo o hacerle saber mi afecto (lo que por lo general se solapa), la llamo “mi zorra”.

—Al menos sé que yo sí que le daría buen uso —continúa—. Porque Javier será un imbécil, pero un imbécil muy buenorro.

—Eso es porque tú siempre has tenido mejor estómago para los idiotas que yo —contesto con los ojos en blanco.

—El problema es que quieres que Javier te entre por el estómago y no, por ahí no me lo metía yo precisamente...

Suelto una carcajada.

—Bueno, ya. A eso me refiero. Es que si no me cae bien, si no le soporto... ¿Cómo me voy a acostar con él? Además, seguro que con eso se crece y le doy alas a su ego. Y créeme, eso es lo último que necesita. Estoy segura de que se hace pajas delante del espejo y no bromeo.

—¿Qué tiene de malo tocarse delante de un espejo? —pregunta ella con intención.

—Nada. No es eso. —Suspiro—. Mira, ya le he dado mi mano y mi imagen, y si estuviéramos en Inglaterra le habría dado mi apellido. Ya me considera parte de su propiedad. Su esposa trofeo. Una cosa bonita que pasea por ahí y con la que posa para fotos.

Miro el fondo del vaso, como si me hubiese dejado mi dignidad ahí dentro y sólo bebiéndomelo todo pudiera encontrarla de nuevo

—Si me acostase con él—Continuo—, lo tendría todo. Me da la impresión de que, si empezamos a follar, el arreglo se irá al traste. Ya no seremos dos adultos modernos usándonos mutuamente. En cuanto empiece el metesaca, la cosa volverá a desequilibrarse.

—Eso es porque le das al sexo un valor que no tiene. Pensaba que la hippie de tu madre te habría inculcado la libertad sexual de verdad. Esto no es una novela romántica de baratillo en la que él es un macho conquistador que “te posee”, ¿sabes?

Me encojo de hombros. Creo que Martina no va a entenderlo. Para ella, el sexo carece de significado. Y no os confundáis, no es que yo piense que tenga algún significado mágico-religioso que vaya a cambiarme para siempre. Si lo pensara, toda mi veintena me habría convertido en una abominación femenina.

Pero estoy segura de que para Javier, llevarme al catre no sería más que una manera de ejercer su poder sobre mí. Ya dependo de él para mantener esta vida prestada. Por mucho que él dependa de mi silencio de cara a la prensa, lo último que necesito es su superioridad moral.

—Mira, en cualquier caso, creo que deberías echar una canita al aire —dice tras un instante de silencio—. Y, para empezar, tu chófer está para mojar pan.

Casi me atraganto en el cóctel.

—¿Pedro? ¿Pero qué dices?

—Y yo creo que le gustas. Cuando ha metido las bolsas en el coche te ha hecho una radiografía completa.

—Estás tarada.

—Sí, sí, lo que tú quieras. Pero si alguna vez te aprietan las ganas y se le han acabado las pilas a tu vibrador, ahí delante tienes uno que está deseando hacer de las suyas —dice señalando al cristal tintado.

Cambiamos de tema y charlamos de mil temas distintos, pero no volvemos a tocar a Pedro. A mí, sin embargo, la idea se me incrusta en el cerebro y me persigue hasta después de dejar a Martina en su casa. Como aún es pronto y a mí se me menean los pensamientos

por culpa de la bebida, le pido que nos dé una vuelta por la carretera de la costa.

Bajo la ventanilla y miro a través de ella. El sol empieza a declinar y se espeja en las olas. El Mediterráneo parece verde. La brisa es agradable y huele a primavera. Tengo ganas de ir a la playa, pero los paparazzi estarán al acecho y lo que menos necesito es un especial en el Canal Corazón sobre mi cuerpo serrano y la celulitis que logren encontrarme en los muslos.

Lo que sí puedo hacer es pedirle que pare junto a uno de los acantilados. No voy a poder remojarme en el agua, pero me siento en el borde y dejo que me cuelguen los pies descalzos por encima de las rocas. No sé qué debe de pensar este hombre de mí, pero me da igual. Echo un vistazo a Twitter y a las últimas noticias mientras el sol se despide. A mi espalda, le oigo salir del coche y encender un cigarrillo.

Le miro de reojo. La verdad es que está en forma. Debe de rondar los cuarenta, pero hay que mirarle fijo para decirlo con seguridad. Tiene todo el pelo, de un color miel precioso, y la tez tostada por el sol y las horas al volante. Lleva puesto traje y corbata. No es tan arrebatador como Javier, pero no me importa. Si se pareciera a él, me daría repelús.

Me levanto, me sacudo la hierba de la falda y me acerco al coche. Él hace ademán de tirar el cigarrillo y volver a su puesto, pero le indico que no lo haga. Qué paz se respira en este sitio. Lo único que se oyen son las gaviotas. No hay ni coches en la carretera.

Le miro muy fijo, y él a mí. Se termina el cigarrillo. Mira, no sé. Le paso una mano por el pecho y palpo. Él no se mueve. Tiene los pectorales duros.

—¿Haces ejercicio?

—Cuando puedo –me responde él con una voz que huele a tabaco rubio.

El alcohol y la falta de preocupaciones me han dado una deshinibición que ya la habría querido a los dieciocho años. Bajo la mano sin dejar de mirarle. No parece ni incómodo ni intimidado, sino agrado. Halagado.

Y eso me gusta. Javier actuaría como si me estuviera haciendo a mí el favor, lo sé (¿por qué estás pensando en Javier, bonita?), pero Pedro se deja llevar. Cuando le palpo el paquete sobre el pantalón, se inclina sobre mí y me besa.

Esto ya no se puede parar. Lo único que tenemos delante es el mar, así que le desabrocho el pantalón y meto la mano bajo sus calzoncillos. Hace meses que no toco una polla, pero no se me ha olvidado cómo hacerlo bien.

Está caliente y suave. Enseguida tiene un espasmo y empieza a endurecerse, sobre todo a medida que la acaricio. La boca de Pedro sobre la mía me devora. Parece que lleva tiempo esperando a hacer esto. Su lengua se abre paso hasta la mía y ambas se enredan con una lujuria que ni yo misma me esperaba. De repente estamos jadeando y yo tengo las bragas hechas un pantano. Pues a la mierda. Me las quito y las tiro al coche, y luego me meto yo.

Pedro me sigue. Tiene una erección como una piedra y los ojos encendidos. Se desabrocha la camisa y revela un pecho plano y tostado. Le acarició con la mano y le beso.

Le muerdo los pezones. Él gime y su mano se cuela bajo mi falda. Sus dedos no tardan en encontrar mi clítoris, que acaricia con toques rítmicos. Mientras, yo he bajado hasta su miembro.

Me lo meto en la boca tan rápido que casi me ahogo. Soy una bruta, pero he pasado mucho tiempo lejos de una y hay ganas. Él deja escapar un gruñido. Mis labios llegan casi a la base y él gime en alto. Le paso la lengua por los huevos y sus dedos se aprietan contra mi clítoris, frotando con decisión. Tengo que parar un momento; el placer y la excitación son tan intensos que me vuelvo a atragantar.

—¿Estás bien? —me pregunta con voz preocupada.

—Sí, sí... -Me incorporo, me limpio la barbilla y le beso—. Javier tiene que guardar condones por aquí, en alguna parte... -Me vuelvo y busco a mi alrededor. Hay un cajón debajo del asiento de delante. Voy a agacharme para rebuscar dentro cuando Pedro me coge por las caderas, me levanta, y me pasa la lengua entre las nalgas.

Dejo escapar un gruñido de placer. Pedro vuelve a lamer, y chupa que dan mareos. Me tengo que agarrar al asiento de enfrente y confiar en la fuerza de Pedro para que me sujete. Si me caigo, no nos va a gustar a ninguno de los dos. Pero por el momento no tengo queja alguna. Noto su lengua delineando mis labios, mi clítoris, mi ano. Estoy chorreando tanto que se me mojan hasta las rodillas.

—Necesito esos condones —le digo, y abro el cajón tan rápido que los dos nos tambaleamos. Tengo la caja en mis manos. Saco una goma con manos temblorosas y se la tiendo. Él se la pone en un momento y me baja la cadera para penetrarme hasta el fondo.

Los dos ahogamos un gruñido. Sus manos me tienen bien asida por la cintura. Si subo mucho doy con la cabeza en el techo, pero él se escurre un poco para hacer sitio. Comienza a moverse contra mi culo y me siento en el Cielo. Estoy tan mojada que entra sin problemas, y no importa que lleve meses a pan y agua. Sus manos me acarician las tetas por debajo de la blusa. Ojalá pudiera besarle, pero no importa. Cada vez que entra y sale veo las estrellas.

Me toca el clítoris y demuestra que todavía puede ser más bueno. El placer se extiende por mis ingles, mis muslos, mi vientre. Ahora estoy gimiendo en alto. Compito con las gaviotas. Él jadea contra mi oído. Me está matando poco a poco.

Me empiezan a doler las ingles, así que le digo que cambiemos de postura. Su respuesta es ponerme boca abajo en el asiento mientras él sale. Me agarra por las caderas y me folla en la postura del perrito. Acabo mordiendo el cuero blanco, y que Javier se joda.

—Me corro, me corro —dice ahogadamente, y me penetra aún con más fuerza.

Yo aprovecho para masturbarme y no tardo mucho en seguirle.

Se me tumba encima mientras recuperamos el aliento. Luego sale para quitarse el condón y tirarlo, pero no le dejo.

—¿Y el Medio Ambiente? —pregunto.

Me jura que lo tirará en una papelera cuando llegue a casa, y con eso me conformo. Puedo ser una mantenida poco firme en mis convicciones y adúltera, pero al menos soy ecologista.

Javier

Quedo con mi agente en un restaurante del centro y comemos. Está muy excitado y manotea sin parar. Es del club de la napia blanca (cocaina para los ajenos al grupo) y se le nota una barbaridad, pero aun así se las arregla para decirme a mí cómo tengo que mejorar mi vida.

—Lo que tienes que hacer, Javier, lo que tienes que hacer, es un reportaje en el Hola sobre lo enamorados que estáis tú y Belén —asegura entre bocados—. Ya he visto un par de menciones a lo poco que se os ve juntos, y como sigas tirándote a la Rivero sin tener cuidado, la próxima portada va a ser de tu culo blanco entre sus piernas.

—No tengo el culo blanco —le respondo con el ceño fruncido.

—Como si lo tienes verde. Ah, y si la dejaras preñada sería la leche.

—Si me dejara dejarla, quieres decir.

—Los de Xtremesport están buscando una imagen más familiar. Si le hicieras un crío, podría conseguirte un contrato en un periquete.

Me froto la nariz, pero no se da por aludido.

—Mira, por el momento eso no es viable, así que olvídalo.

—Yo te estoy avisando, chico. Ya sabes que te salvo de cualquier liada de las tuyas, pero te aviso primero para que te ahorres los disgustos. Y me los ahorres a mí, joder.

Ya quisiera yo cumplir con lo que me pide, pero la tía no me deja. Por suerte, consigo que Pablo cambie de tema y hablamos de otros contratos de publicidad en los que no me piden ningún requisito familiar, que son los que me interesan por el momento.

Pedro me devuelve a casa en el coche y me pregunto si merecería la pena dejarme caer por la casa de Esther, pero la verdad es que el rapapolvo de mi agente me ha quitado las ganas de cualquier otro tipo de polvo. Mi vista se pierde en el asiento de enfrente y me parece ver una marca en el cuero que antes no estaba. Parecen arañazos. ¿Será posible? ¿Lo hice tapizar hace dos meses!

Reparo en un trozo de tela que se ha colado entre el asiento y el respaldo. Frunzo el ceño al sacarlo. Son unas bragas de color azul que no había visto en mi vida, aunque debo admitir que no suelo fijarme en la ropa interior antes de arrancarla. ¿Cuándo ha sido la última vez que he follado en el coche? ¿Fue con Ana, con Vanessa, con Federica? ¿No sería con...?

No, espera. Hace demasiado tiempo de aquello y no me he dado cuenta hasta ahora. No

puede ser. Estas bragas no son de ninguna de ellas. ¡Son de Belén! Las aprieto en el puño mientras pienso en si estará usando el coche de picadero. ¿A quién se está tirando, la muy guarra? ¿Y por qué Pedro no me ha dicho nada? ¿Habrá comprado su silencio?

Un momento.

No será...

No será capaz.

¡Belén!

Capítulo 3

Estoy leyendo en mi dormitorio mientras se me secan las uñas de los pies. Podría haberle pedido a una estilista que me hiciera la pedicura, pero hacerlo yo misma me proporciona cierto placer. Al menos sé que esta situación de mantenida no me está dejando inútil. La decadencia y el hedonismo tienen su gracia, pero siempre me he enorgullecido de mi capacidad de valerme por mí misma... de algún modo. Este me vale. Bien por mí.

Llaman a la puerta y la entreabren. Es Pedro. Dejo el libro a un lado y me pregunto si Javier estará en la casa. Me palpita la entrepierna sin poder evitarlo. Llevo follando con el chófer cinco días y no me canso. Si no hacemos mucho ruido y cierro la puerta con pestillo, igual podemos echar un polvo rápido sin que nadie se dé cuenta. Y si se dan cuenta, peor para ellos; bien que hacen oídos sordos con Javier.

Pedro cierra la puerta tras de sí cuando yo llego a su alcance. Pero está incómodo y tenso, se le nota. Tiene miedo en los ojos y una gota de sudor le recorre la sien.

—Él lo sabe —me dice con voz temblorosa.

No sé muy bien cómo tomarme la noticia. No tiene señales en la cara y su traje se asienta en sus hombros sin marcas de agarrones ni zarandeos. Javier no ha venido a mi cuarto para tirar la puerta abajo como un Neanderthal cualquiera, y me pregunto si de alguna manera ha podido asimilar que los dos tenemos el mismo derecho a usar el acuerdo como mejor veamos. ¿Será este el fin de sus miradas de pelmazo?

Vaya, ¿por qué eso me hace sentir algo decepcionada?

—¿Se lo has dicho tú?

—No, no. Ha encontrado...

—¿Qué?

—...tus bragas en el asiento de atrás.

—Ah.

—Me ha preguntado si éramos amantes.

—¿Y qué le has contestado?

—Que teníamos... eh... cierta relación carnal.

—¿Y qué ha dicho al respecto?

—Pues no ha dicho mucho. Se ha puesto a pensar.

—¿A pensar? Le va a doler la cabeza.

—Creía que me iba a despedir, pero no lo ha hecho. Aún, quiero decir.

Mierda. Si le despide, yo tendré la culpa, en cierto modo. Esto cuenta un poco como acoso sexual en el trabajo, ¿no? Y el pobre Pedro, aunque se lo esté pasando de lujo, no ha empezado nada. Sí, no me miréis tan mal. Voy a echarle una mano.

—Por eso no te preocupes, que si se le ocurre decirte una palabra más alta que otra se las va a ver conmigo.

Eso parece tranquilizarle. La tensión se diluye cuando le beso. Y le echo otra mano.

Pero esta vez literalmente.

Al día siguiente, cuando coincidimos en el desayuno, Javier me mira fijo, pero no dice nada. Parece hasta curioso. Yo me tomo mi tostada como si tal cosa. Si él no va a hablar, yo tampoco.

Hoy se ha puesto una camisa con cuello de pico que le sienta fenomenal. La curva de los hombros está perfectamente delineada, y cuando le miro me imagino clavándole los dientes ahí, bien fuerte. Pero cuando él busca mi mirada, hago como que no me interesa.

Pedro y yo seguimos viéndonos la siguiente semana. Ya no tengo tanto tiempo para quedar con Martina, pero la mantengo al corriente de mi affaire por WhatsApp. Una tarde, ocurre un hecho extraño: cuando entro en el salón, me encuentro a Javier leyendo.

No está leyendo el Marca, no, sino una novela sin fotos ni dibujos. Cuando paso por su lado, descubro que es una de las novelas que me traje de casa y que adornan mi estantería. No se trata de la misma edición; este es un libro nuevo, sin marcas en el lomo ni las esquinas arrugadas. Se lo ha comprado, el tío.

Como dicen por ahí: ¿Casualidad? No lo creo.

Ya estamos en plena primavera y hace un calor de la leche. Para celebrarlo, Pedro me lleva a la costa otra vez y follamos bajo de las estrellas. Es la primera vez que me desnudo del todo con él, porque hasta ahora siempre nos ha dado el calentón y no hemos podido aguantar a quitarnos toda la ropa.

Hoy, sin embargo, Pedro ha tendido una manta en el suelo y ha sacado una botella de champán de la neverita del coche. Yo me he desnudado y me he tumbado en ella cuan larga soy. Le he quitado la botella, que pretendía escanciar en dos copas, y me he echado un chorro en el pecho. Las gotas me acarician a medida que descienden por mi esternón y mi ombligo. Soy generosa cuando lo dejo caer en mi pubis. Las burbujas me cosquillean.

—Hoy, nada de vasos, guapo —le digo con una sonrisa.

Él es muy obediente y me pasa la lengua por el cuello y los pechos, capturando cada gota de champán. Hace calor, pero yo me estremezco. Quiero tocarle; noto su glande húmedo contra mi muslo.

Pero me obligo a esperar. Pedro tiene alma de profesional y no se deja nada en su caminito húmedo. Sorbe en mi ombligo y se detiene para abrirme los muslos. Me mira a los ojos, pero yo le empujo la cabeza para que hunda la lengua en el coño burbujeante.

Deja escapar un suspiro y yo también. Levanto la cadera y él se da un festín. Es tan bueno que me olvido de todo y me corro dos veces casi seguidas. Cuando emerge de vuelta, tiene la barbilla empapada y una sonrisa de tonto en los labios, pero de alguna manera saco fuerzas de donde no sabía que las tenía.

Le tiro sobre la manta, le pongo un condón y le monto vigorosamente sin que me importe que los dos estemos pegajosos y que cada vez que se juntan nuestros pechos hay un ruido raro, como un chuic-chuic, que se mezcla con el sonido típico del folleto. Él llega al orgasmo y aúlla. Yo le tapo la boca con las manos y le cabalgo hasta que me suplica que lo deje, que le voy a sacar humo.

Tres días después, me sorprende pasar frente al dormitorio de Javier y escuchar uno de los grupos que sigo. Está navegando en su portátil y me da la espalda, pero los potentes altavoces no dejan lugar a dudas.

Este chico está enfermo. O eso, o es un cabrón.

Al cabo de una semana, Pedro y yo nos estamos quedando sin ideas. Le llevo al cuarto de la colada para follar encima de la lavadora en pleno centrifugado, pero en la película en que lo vi les salía mucho mejor.

Además, Pedro está en mitad del empuje y aclarado y se abre la puerta. Mari Carmen, nuestra asistenta, deja caer la mandíbula y se disculpa a gritos y sin puntuación ninguna.

—AY PERDON PERDON NO SABIA QUE ESTABAN AQUÍ USTEDES.

Yo creo que no se ha dado ni cuenta de que Pedro no era Javier, o que yo no era Vanessa Schumacher. Podríamos haber sido dos folladores vagabundos y okupas y se habría marchado con la misma rapidez y ceguera selectiva. Bendita capacidad de espanto. A mí a estas alturas ya se me ha pasado, pero la buena señora no debe de haberse encontrado escenas de estas en el pueblo.

Un par de días más tarde, ocurre lo que se avecinaba, pero yo me negaba a considerar. Estoy en el salón viendo una película y comiéndome una bolsa de palomitas yo sola. Esto es pecado mortal, pero Martina está en no sé qué convención de Psicología Geriátrica y el resto de mis amigos tienen toda la vida demasiado montada como para querer verse una película conmigo un jueves por la noche.

Pedro y yo hemos decidido que no queremos traspasar la barrera entre chófer y jefa más allá de lo que viene siendo follar como conejos desatados durante casi un mes entero, y en ese ámbito no entra ver películas juntos. Hay que mantener la profesionalidad ante todo.

Como decía, estoy en mitad de un atracón de palomitas cuando llega Javier y se sienta a mi lado. No a mi lado en plan ocupando un asiento a dos del mío como sería entre amigos melindrosos, sino en plan pegado a mí como si fuese un amigo al que de vez en cuando le pego dos morreos. Me tenso de inmediato y hago ademán de moverme a un lado. Él mete la mano en la bolsa de palomitas.

—Tranquila, mujer, que no muerdo. ¿Qué estás viendo?

—Los Vengadores.

Mira perplejo a la pantalla, como si no se lo creyera.

—¿A ti te gustan estas películas?

—¿Y por qué no me iban a gustar?

—Porque me gustan a mí.

—¿Y son solo para ti?

—No, hombre, no. No me lo esperaba. —Sonríe. Se ha afeitado y huele a colonia y a aftershave, y la mezcla es como el cielo—. Como siempre estás con un libro en la mano...

—No, siempre no. También hago otras cosas.

—Ya lo sé. ¿Te crees que no? Me he fijado en ti. —Me aparta un mechón de pelo de la cara y me lo pone detrás de la oreja—. Estás preciosa así.

—¿Con la boca llena de palomitas y los labios hinchados por la sal?

—No. ¿Has cambiado de peinado?

—¿Tú has cambiado de camello?

—Eh, golpe bajo.

—Sorry.

Era la mejor en clase de Inglés. Para muestra, como se me escapa el Spanglish. Para mayor muestra, como me aburría cual ostra en las clases.

—Últimamente estoy cambiando un poco, pero para bien. Me has... me has inspirado.

—No me digas.

—No me había dado cuenta de las cosas que podía aprender de ti. —Me mira fijo a los ojos. Los tiene bonitos, de un azul oscuro intenso remarcados por pestañas pobladas. Yo no consigo esas pestañas ni con un kilo de rímel. Pero qué cabrón—. Pero al final uno comprende las cosas buenas de la vida, ¿sabes? Con tiempo, si...

A ver, a ver, a ver...

—Espera, para el carro, bonito. —Le pongo una mano en el pecho y me aparto—. No me digas que has montado todo esto para intentar conquistarme a la desesperada.

Se le nota la culpa en la cara, pero logra esquivarla enseguida.

—¿Quién, yo? ¿Montar el qué?

—¿Te crees que no me he dado cuenta de lo que estás haciendo, con tanto libro y tanta mierda? —Dejo escapar un bufido y me pongo de pie. Ya me ha fastidiado la película—. No he nacido ayer, ¿te enteras?

Él se levanta también. El rechazo no le ha gustado nada. Está frustrado y enfadado, pero

no conmigo. Más le vale no enfadarse conmigo, porque todavía acaba con la bolsa de palomitas de capirote.

—¿Pero por qué no quieres acostarte conmigo?

—Porque no me da la gana, tío pesado.

—¿Pero por qué?

Virgen del Carmen, no se entera de nada. De verdad cree que tengo que gravitar hacia su pelvis como si ese fuera el orden natural de las cosas en lugar de su fantasía de hombretón. Si todavía le tengo que dar las gracias por tomarse la molestia de tratar de acercarse a mí a través de mis aficiones y los halagos, en lugar de darme con un palo en la cabeza y arrastrarme por el pie hasta su cueva.

Me pinzo el puente de la nariz y le miro. Igual, si se lo explico despacito...

—Porque no entiendes por qué, por eso.

—¿Pero con el chófer sí? ¡Anda, no me jodas!

¡Sabía que se había picado por eso! ¿Me he casado con un niño de seis años en el cuerpo de un treintañero? No puedo evitar que se me escape una carcajada, lo que aumenta su estupor y su mala leche.

—¿Él es menos que tú por trabajar para ti, o qué?

—Yo no he dicho eso. ¡Por mí como si te tiras al jardinero! Que, no es por nada, pero al que mira el culo es a mí. —Se pasa la mano por la cara—. ¿Qué tiene él que yo no? ¿Tiene esto? —Se levanta la camiseta y me enseña sus abdominales, y gracias a que estoy un poco saturada de sexo esta semana puedo evitar que me palpite el coño cuando se pasa la mano por ellos—. ¿Tiene esta cara? No sé, Belén, no te entiendo nada.

Me da mucha pereza tener esta conversación, así que elijo no tenerla. Le tiro la bolsa al pecho y las palomitas se desparraman por sus abdominales perfectos. Y con esto, giro sobre mis talones y me esfumo.

Javier

No entiendo nada.

Me he esforzado durante semanas en tener algo en común con ella pensando en que eso es lo que querría. Las otras mujeres estaban interesadas en mí igual que yo en ellas, pero como parece que no es el caso (y por todos los demonios, ¡no tengo ni idea de por qué no!) he intentado ligármela de la manera tradicional siguiendo el consejo de mi colega Alfonso. Pues mira qué bien: no ha dado resultado.

Considero durante un día entero empezar a pasearme en pelotas por delante de ella, pero sé que no surtirá efecto. Y cuanto más me rechace, menos abierta estará a los siguientes intentos. No hay tu tía.

Estoy frustrado. Me paso los días siguientes intentando aprender de Pedro, pero sé que no hay nada en su manera de vestir o de hablar que yo no pueda superar. Yo soy más guapo y más joven. Quizá no sea eso. No estoy seguro. Me empieza a doler la cabeza. Las dos cabezas.

Empiezo a prestar atención de cómo actúa ella con Pedro. Cuando se monta en el coche mientras él sujeta la puerta, se sonríen. Me imagino que se van por ahí de picos pardos y por eso se ríen, pero resulta que ya no lo hacen tanto. Se habrán cansado, o yo qué sé. Aun así, cuando se tropiezan por la casa son amables el uno con el otro. ¿Tal vez es eso?

Una tarde, bajo el cristal tintado que me separa de Pedro y le pregunto directamente. Él aprieta el volante, nervioso, y me mira a través del espejo retrovisor.

—¿Que cómo la trato? ¿A la señora Belén? Pues... pues bien. Con respeto. —Sus ojos son esquivos—. No la estoy forzando a nada, si me está preguntando eso...

—Ya sé que no la estás forzando, Pedro.

Parece una frase como otra cualquiera, pero algo se enciende en mi cabeza. Dejamos el tema y subo otra vez el cristal.

Esta noche he quedado con Vanessa después de un porrón de tiempo sin vernos. Tenemos sexo salvaje, del que te deja con marcas de dientes en el cuello y las ingles doloridas. Se nota que la pobre pasa hambre en su casa. Pero no consigo quitarme el tema de la cabeza y, mientras el sudor se evapora de nuestros cuerpos, me vuelvo hacia ella.

—Vanessa, tú que eres mujer, ¿qué demonios os pasa en la cabeza?

—¿Qué?

—Es que no entiendo lo que le pasa a Belén. Se está tirando al chófer en los ratos libres, y quizá a alguno más. Pero a mí ni me mira. O me mira, pero no se me tira.

Vanessa se sonríe como si acabase de entender una broma que le han contado hace tres días. Se incorpora. El pelo le cae sobre los hombros y los pechos pecosos que tanto me gustan, y parece una de esas chicas desnudas de los cuadros. No las gordas, las otras.

—¿A ti te gusta Belén? —pregunta con acento alemán—. ¿Te gusta de gustar? No digo que te guste como un reto, sino que de verdad quieres estar con ella.

—Ya estoy casado con ella, así que...

—No, no. Te tiene que gustar Belén por ser Belén. No porque sea guapa o porque sea tu mujer, o porque no quiera nada contigo. ¿Entiendes lo que te digo?

Hum. La verdad es que tiene sentido. Para tener veintipico, esta chica es lista. Más lista de lo que parece, como un Buda reencarnado. ¿O el que se reencarna es el Dalai Lama? Yo lo de los chinos no termino de entenderlo.

Pues es una buena pregunta la suya.

¿Me gusta Belén?

Capítulo 4

He invitado a todos mis amigos a la fiesta y han aparecido quince personas más que yo no conocía. No son amigos de Javier; los tipos con los que suele andar ya los tengo más que vistos.

Cuando él celebra algo, sus amigos futbolistas se apalancan en la piscina entre productores de porno y actores medio famosos y no hay manera de echarlos de allí. Y lo de intentar ocupar mi tumbona y tomar el sol como si nada está descartado. En cuanto se dan cuenta de mi presencia, me sacan conversación a berridos, intentan ligar conmigo medio borrachos o me pegan algún pelotazo “accidental”.

Javier siempre se disculpa por ellos, pero unos meses después vuelve a invitar a los mismos y yo me encierro en mi habitación hasta que se largan. Luego él me llama maleducada.

“Al menos podrías haber salido a saludar”, me dice, y sé que está sudando la gota gorda porque si parecemos demasiado distantes podría haber murmullos. Seguro que Javier le ha contado a la mitad de sus amigos que se está acostando con la Rivero, pero eso no cuenta, claro. Esas cosas se dan por hecho.

Como iba diciendo, los desconocidos son amigos de mis amigos que sin duda han suplicado poder acompañarles en calidad de pareja en cuanto han descubierto que venían a la casa de Javier Vázquez. Se nota a la legua porque han revoloteado por la casa preguntando por Javier, y hasta que no ha aparecido en el salón no se han quedado contentos.

Javier les ha firmado autógrafos, se ha sacado fotos con ellos y ha charlado los dos minutos de rigor antes de despacharlos. Desde donde estoy, veo su creciente malhumor, pero no me importa. Lleva así unos días, desde que fastidió la película y me obligó a rechazarle directamente. La arruga del entrecejo se le ha marcado en profundidad por culpa de sus hondas meditaciones depresivas (que a mí no podrían importarme menos, por otro lado).

Yo, en cambio, me paso gran parte de la fiesta agasajando a los invitados, conocidos o desconocidos. Me importa un pimiento que esta gente haya venido aquí buscando cotilleo o que Javier les roce una mano que jamás se lavarán. Soy su anfitriona y tengo que hacerles sentir cómodos en mi casa.

Les ofrezco comida, charlo con ellos, me río con sus bromas y no frunzo el ceño. Resulta que la mitad de los desconocidos son gente bastante pasable con la que se puede tener una conversación interesante, no sólo fans de mi marido. La otra mitad sí que tiene desperdicio, pero al menos lo he intentado.

Es un placer volver a encontrarme con mis amigos de la universidad. Martina se ha adueñado de la mesa de las bebidas y no la culpo. El tío que ha traído, que debe de ser con

quien sale últimamente, le presta más atención a Javier que a ella.

Como mi marido está ocupado con otra persona, el noviete de Martina se ha quedado fascinado frente al cuadro a tamaño natural que representa a Javier y que está colgado en el hall. A Javier le pasa igual. Debería ir y decírselo, para que se sienta más cercano a su héroe, pero no tengo tiempo ni ganas.

Han venido Susana y Jose, que no han cambiado nada desde la última vez que los vi, hace tres años. Me dan una palmada en el hombro y se ríen, porque siempre les dije que no pensaba que el matrimonio fuera para mí. Yo no puedo decirles que en realidad he derrotado a la institución porque no he aceptado sus imposiciones monógamas y capitalistas, así que dejo que se rían y les ofrezco más vino. Me sentiría una hipócrita si el vino no fuera un Rioja carísimo que en mi soltería no habría podido ni oler.

Charlo con Abraham, con Nuria, con el otro Jose, con Rebeca, Julia y Marta, y con Ernesto. Me paso la fiesta entera revoloteando de un lado a otro y recibiendo besos y felicitaciones, riendo hasta que me duelen las mejillas y sintiéndome plenamente satisfecha.

De vez en cuando, aunque no lo necesito, miro en dirección a Javier, que parece que se ha sacudido a los pelmazos de encima. Él también me está mirando. Tiene esa expresión meditabunda y vulnerable que casi provoca que me entren ganas de acercarme y achucharle, pero enseguida recuerdo que lo que le jode es haberle destrozado su record de victorias y se me pasan rápido.

La fiesta termina a las tres, cuando los que ya tienen hijos se excusan porque la canguro se les estresa, y los que no los tienen quieren salir a las discotecas de la zona. Yo me quito los tacones y recojo las botellas descalza y un poco achispada. Todavía me dura la sonrisa. Debería quedar con mis amigos más a menudo, pero desde que llegué a los treinta y la mayoría empezaron a casarse y a procrear como locos, cada vez resulta más complicado.

Me encuentro con Javier en la cocina. Él también ha traído copas y vasos, y los deja junto a la pila sin decir una palabra. Se le nota cansado y un poco triste, y yo me aguanto el impulso de tocarle la espalda para darle algo de apoyo. Debe de ser el buen rollo de la fiesta, que me ha vuelto un poco gilipollas.

—Ha sido una fiesta muy divertida —dice él después de posar los vasos con un tintineo de cristal.

—Sí, es verdad —contesto. ¿Me está haciendo un cumplido?—. Aunque no me ha parecido que tú te lo hayas pasado demasiado bien.

—Suele ocurrir cuando me encuentro con desconocidos. No es un problema.

—No me refiero a eso. Has estado... mustio. Aún lo estás.

Él me sonrío. Tiene una sonrisa perfecta, de anuncio de maquinillas de afeitar.

—Nah. Estoy bien. —Mete las copas de una en una al lavaplatos—. Se te da muy bien lo de atender a la gente. Pensaba que yo era bueno, pero viéndote con tus amigos me he dado

cuenta de que soy mediocre.

¿Me está haciendo cumplidos de verdad? No puedo evitar ponerme a la defensiva otra vez. La última vez lo intentó con mis aficiones y halagos de oferta. Esta vez parece habérselo preparado un poco mejor, pero tuerzo el gesto sin poder evitarlo.

—Eso es porque son mis amigos.

—No todos.

—Bueno, no todos. Pero cuando trabajas de cara al público, aprendes a poner buena cara, a sonreír y a... venderles cosas.

—Pero ahora no estabas trabajando.

—No. Supongo que me gusta hacer sentir bien a los demás. Por eso me... preocupo por ti, ¿no? —Me pongo seria y levanto un dedo—. Aunque como todo esto no sea más que un intento de manipularme para meterme boca, te juro que...

Se echa a reír. Le sale unas arrugas curiosas en torno a los ojos cuando lo hace, pero le quedan bien. Javier va a ser uno de esos tíos que mejora con los años.

—Estoy siendo sincero. Pienso de verdad lo que acabo de decirte.

—¿Y el humor meditabundo que me traes?

—Eso es otra cosa. Estoy pensando, nada más.

—¿En qué?

—En... ti.

Pongo los brazos en jarras. El estómago me ha cosquilleado, lo admito, pero no voy a dejarme ganar por una estrategia tan obvia. Ya me he topado con más tíos como Javier con anterioridad, y la Belén de veinte años era mucho más tonta y más fácil de halagar que la de treinta y dos.

Él se da cuenta y levanta las dos manos en gesto defensivo.

—Tú has preguntado. Pero tranquila. Me guardo mis pensamientos para mí.

Debería guardarme los míos para mí y dejarlo en tablas, pero no puedo.

Todavía queda mucho de la Belén de veinte años en mí, me temo.

—¿Y esto a qué viene? Porque cuando me conociste no pensaste mucho en mí. Llevamos casados seis meses y tampoco me has dedicado muchos pensamientos. Si crees que así me vas a ablandar, me temo que no me conoces nada.

—Lo sé, y tienes razón. Lo siento.

Esto es... raro. ¿Estamos hablando de nosotros, nosotros? ¿De nuestros sentimientos? ¿Y me está dando la razón y escuchando en lugar de hablar de sí mismo y de lo bueno que está?

—No debería haberte pedido esto. No te lo merecías.

—¿Qué? ¿De qué estás hablando? —No puedo contener una risa nerviosa—. ¿Crees que me molesta vivir aquí y tener tanto dinero? ¿O que tengas amantes? Javier, el trato era ese. Si no lo hubiera querido, no lo habría aceptado, y soy una mujer adulta que puede tomar sus propias decisiones. Decidí esto, y no me arrepiento.

—Pero me desprecias.

Bien, no puedo contestar a eso. Tiene razón. Le desprecio. No le desprecio tanto para un polvo con odio (motivo por el que estamos hablando todo esto, probablemente), pero sí que me parece un idiota. Un idiota egocéntrico y competitivo que me ha objetificado desde el principio.

Suspiro y asiento.

—Un poco.

Se sonrío.

—¿Ves? Ya lo sabía.

—Pero no lo haría si no fueras tan... tan... tan tú. ¿El dinero a cambio de ser tu esposa de pega? ¡Eso no me importa! Peores trabajos he tenido, te lo juro.

Miro al suelo. Me ha empezado a temblar las manos y la voz.

—Podrías tener diez mil amantes y a mí me daría exactamente igual—Continuo— si no quisieras convertirme en la número diez mil uno. A veces pienso en Vanessa y Michel y en lo diferente que sería todo si tú, simplemente...

Levanta una mano.

—Lo entiendo, lo entiendo. Vanessa tenía razón. —¿Vanessa? ¿Ha hablado con ella de este tema? ¡Y yo que pensaba que sólo la quería para empujar!—. Te pido perdón. Tienes razón. He... pensado mucho en ello y es cierto. No puedo utilizarte. Estoy casado contigo y vivimos juntos, y aunque no nos queramos deberíamos respetarnos.

Oír cosas tan razonables saliendo de su boca me va a provocar una apoplejía. Es agradable, no voy a mentir, pero no sé si es lo que quiero en este momento. Estoy cansada y mi idea de terminar la fiesta era limpiar por encima antes de irme a la cama y dormir. Suspiro por enésima vez desde que ha empezado esta conversación y asiento.

—Gracias, pero es un poco tarde. Acepto tus disculpas, pero creo que es mejor que me vaya a dormir. —Él lo acepta de buena gana. Supongo que no estaba esperando a que después de pedirme perdón por ser un idiota me lanzase a arrancarle la ropa, lo que debe de indicar que lo decía todo en serio. Va ganando puntos—. Descansa.

Me voy a ir sin más, pero antes me lo pienso y le doy un beso en la mejilla. Su barba incipiente me roza los labios. Huele demasiado bien y el Rioja me anima a hacer locuras, a bajarme los pantalones aquí mismo y dejar que me haga lo que quiera... Pero le echo el

freno a mi loquísima imaginación y todo acaba en el beso.

Me voy a mi habitación aún temblorosa. Me siento tan rara que ni siquiera aprovecho el calentón para masturbarme. Por suerte, el sueño me reclama pronto.

Javier

Ha ido bien. Más o menos bien. No sé qué esperaba, en realidad.

Creo que Vanessa estaría orgullosa de mí si hubiera visto esto. Creo que Belén también lo está. Espero que lo esté. No se hace una idea de lo difícil que es para mí admitir mis errores y aprender de ellos.

He estado observándola durante toda la fiesta y ha habido... algo. No sé exactamente el qué, pero me ha fascinado. Me he parado a mirarla mientras se rodeaba de gente y he visto algo distinto a lo que suelo ver.

Es casi como si la hubiera visto a través de los ojos de sus amigos. Me han dado ganas de ser su amigo, como si hasta ahora me hubiera estado perdiendo algo muy bueno que a ella no le importa regalar.

El otro día Vanessa, ahora Belén... No sé cómo he hecho para rodearme de tías tan interesantes y tan sabias buscando pibones. Igual es que las dos cosas no son incompatibles. Igual es que tampoco es tan malo hacer amigas (te las tires o no).

Ahora, si me disculpáis, tengo una esposa con la que fantasear antes de planchar la oreja.

Capítulo 5

Todo esto es muy raro.

No termino de entender la disposición de la habitación. A ratos parece que las esquinas son redondas, y a veces las paredes hexagonales. Vanessa está aquí, charlando con Martina. En ocasiones se me confunden. Pelo rubio, pelo rojo, da igual.

Lo único que sé seguro es que Javier está aquí, conmigo, y que lo que más deseo es follar con él. Todo esto va a explotarme en la cara, es evidente, pero eso ocurrirá mañana. Ahora mismo tengo cierto furor uterino que debo acallar, así que le tomo del codo y le separo de Vanessa, que de repente es Martina otra vez, pero tiene el pelo corto como en la universidad.

—A ver lo que haces, Belén, ten cuidado.

Ni le contesto. Arrastro a Javier por el pasillo, que es largo y oscuro. Tenemos que llegar a una habitación, pero cada vez que abro una puerta me encuentro a mi madre, que me mira con desaprobación. A la segunda vez que ocurre dejo escapar un grito de exasperación y decido abandonar la búsqueda.

No será en una cama, entonces, pero a mí estas cosas ya no me molestan. Le empujo contra una pared y le levanto la camiseta. Hundo mi boca en su vientre, pero no percibo ningún olor. Aquí falta información.

Le manoseo el pantalón y le suelto la bragueta. Javier me toma por las axilas, me levanta haciendo gala de una fuerza inusitada y ahora es él quien me aprieta contra la pared. Estoy desnuda y no me acuerdo de cuándo ha pasado, pero resulta muy conveniente porque entra en mí sin ambages.

Le siento dentro, en lo más profundo, y no puedo contener un gemido. Le beso y nuestras lenguas juegan. Sus manos se hunden en mis muslos y los abren con rudeza. Mi espalda choca otra vez contra la pared. No hemos hecho nada y ya me estoy corriendo. Y va a ser de los fuertes. Va a ser de los...

Fuertes.

Me despierto con la cara pegada a la almohada. He vuelto a babear como un caracol y tengo el pelo churretosos contra la mejilla. Dejo escapar un gruñido y le doy vuelta a la almohada. La entrepierna me palpita furiosa, exigiendo cierre. Ah, yo no tengo la culpa, bonita. No haberme obligado a soñar cosas de las que ahora me avergüenzo.

Pero no voy a castigarme. Este calentón es demasiado oportuno y va a quedar entre nosotras, así que me limpio la mejilla con la mano y me incorporo. Abro el cajón y saco mi varita mágica (uno de los modelos sin cable y de cabezal más discreto, pero cuyas potentes vibraciones me siguen llevando al Nirvana).

Me deshago de las bragas, me pongo bocabajo y coloco la varita entre mis muslos en el primer nivel. Pero tan pronto las ondas se apoderan de mi coño, que a esta hora casi chapotea, lo subo al último. Éste va a ser de los fuertes y rápidos.

Encojo los dedos de los pies y me imagino que Javier me descubre así, ahora mismo. Me sube el camisón lo necesario para hacerse un hueco y me la mete sin remordimientos hasta que grito.

Y grito.

Me desfogo contra la almohada, que es muy pronto. Cuando la vibración se vuelve insoportable, apago el cacharro y me quedo tendida sobre la cama. Ahora me da cosa haber pensado en él de esa manera. Hay una parte de mí que no puede evitar sentirse sucia al haberle invitado a mi cama, aunque sea de manera ficticia, y me pregunto si no se me habrá ido de las manos.

Con la charla de ayer, debo admitir que Javier se ha subido considerablemente en la escala de posibles compañeros de cama, pero no sé si me quiero meter en esos saraos. Seguro que si empezamos se lía de mala manera, y no sé si me apetece tanto problema. Lo tengo todo pensado y me gusta mi vida tal y como está.

Pero Javier...

Voy a dejar de pensar en él, al menos por ahora. Me doy una ducha, bajo a desayunar y entretengo mi mañana como suelo. Media hora de elíptica mientras veo las noticias, salir a dar un paseo por el barrio y tomarme un té en una terraza, pasarme dos horas leyendo las redes sociales como una zombi...

Consigo sacarle de mi mente y el día transcurre cómodamente. Me hago unos largos en la piscina y tomo el sol después de comer, y antes de que me quiera dar cuenta ya es casi de noche. Javier no ha aparecido en todo el día y me pregunto si se habrá marchado con alguna para pasar el fin de semana. Le pregunto al servicio y no me dicen nada, no lo saben.

Hum.

Me pongo una serie mientras ceno algo. A mitad de capítulo, me vibra el móvil. Es Javier.

¿Quieres venir a cenar conmigo?

Miro al plato con expresión culpable. Ya no quedan ni las migas. Tecleo con un suspiro.

Acabo de cenar. Es un poco tarde ya.

Él responde enseguida.

Hemos jugado una pachanga y se me ha ido la hora.

Sujeto el móvil con ansiedad. Mira que invitarme a cenar a las diez y media... Pero ha sido amable al hacerlo, por otro lado. Aunque... ¿qué pretende al hacerlo? ¿Es una cena de macho conquistador o una cena de "me apetece salir con Belén"? ¿Puedo dejar de darle

vueltas al asunto como una mujer madura o voy a seguir permitiendo que me guíen mis partes palpitantes (en este caso el corazón)?

No me da tiempo a seguir regañándome a mí misma. El móvil vuelve a vibrar y ahí está él otra vez.

Si quieres podemos salir a tomar algo. Hace buen tiempo.

Me paso las manos por la cara. Estoy sin maquillar y en plan sofá, pero es verdad que hace un calorcito muy rico y me encantaría dar un paseo. Además, tengo... curiosidad. No sé qué trama Javier esta vez o con qué me va a sorprender.

Sospecho que me quiere llevar a la cama (¿cuándo no?), pero sospecho que hoy yo me dejaría llevar. Soy reticente por lo obvio. Se va a liar. Lo sé. Pero la charla de anoche fue extremadamente... poco usual.

No sueño ni quiero que Javier se convierta en un príncipe azul que venga a recogerme en carroza ni nada de eso, pero la posibilidad de que su compañía se convierta en grata en lugar de ser una molestia me resulta muy atractiva.

Cielos, él me resulta atractivo.

Vale. Tengo que vestirme. Dame media hora.

Él me responde con muchos emojis sonrientes.

Será una hora.

Todavía te dejo plantado, idiota, le contesto.

Me envía más emojis. Estos lloran de la risa. Bufo.

Media hora después (me he empeñado a fondo para ser tremendamente puntual) aparezco en la entrada vestida, peinada y maquillada. He tenido que ir a lo seguro porque la falta de tiempo no me ha dejado ser experimental, pero estoy contenta con mi vestido, mi pelo suelto pero arreglado y mi maquillaje discreto.

Javier espera en el coche. No el que suele conducir Pedro, sino el suyo, un descapotable negro tan bajo que más que subir al coche parece que te estás dejando caer en él. Es el que saca cuando vamos a cenar por ahí y esperamos prensa, aunque de vez en cuando sale a conducir por la costa cual James Dean. Espero que más despacio.

Me lleva a un bar junto a la playa. La luz de la terraza es casi cegadora, pero enseguida me acostumbro. Hay buen ambiente y música suave, y la mesa que escogemos es acogedora. Un camarero nos toma nota. Los dos pedimos un gin-tonic.

—¿Tú has cenado?—pregunto, temiéndome que acabemos volviendo en taxi.

—Me he comido un bocata mientras te esperaba.

—Si me hubieras dicho antes lo de salir...

—Se me ha ocurrido a última hora. Ni siquiera sabía si querrías venir.

Ni siquiera yo lo habría sabido, así que no le puedo culpar. El camarero viene enseguida con dos gin-tonics chisporroteantes y un platillo de aceitunas. Me pueden. Pincho una con un palillo y me la llevo a la boca sin quitarle los ojos de encima. Estoy entre intrigada y recelosa, pero me digo a mí misma que tengo que dejar que las cosas se desarrollen sin presionar.

Charlamos de cosas insulsas y bebemos. Creo que es la primera vez que tengo una conversación trivial con Javier. Hasta ahora, siempre que he hablado con él ha sido con un objetivo en mente: negociar algo, pedirle que no hiciera algo o preguntarle algo que nadie más podía decirme.

Pero resulta que no es mal conversador. No habla solo de fútbol y de coches, como pensaba, aunque le pregunto por su pachanga de hoy. Me cuenta que ha jugado con unos amigos y que se lo ha pasado bien. Que lo peor de jugar al fútbol profesionalmente era la sensación de estar haciendo por obligación lo que para él era un placer, y que al retirarse ha vuelto a descubrir su pasión.

Nos terminamos los gin-tonics. A mí me apetece otro, pero quiero que Javier pueda ser capaz de devolvernos a casa de una pieza, así que propongo dar un paseo por la playa. A esta hora, las olas chocan contra la orilla con un rugido bajo y placentero, y el aire huele a salitre y a las barbacoas de los restaurantes del paseo marítimo.

Él accede. Paga y me lleva a las escaleras que conducen a la playa, donde nos descalzamos y empezamos a andar sobre la arena. Aún guarda algo del calor de la mañana, y su caricia es agradable.

En algún momento nos cogemos de la mano. Nos acercamos al agua, que besa nuestros pies, y vemos cómo la espuma se arremolina sobre la arena bajo la luz de la luna.

Me siento tan bien que me quedo quieta y permito que la brisa me remueva el pelo. Javier pone su mano en mi nuca y hunde los dedos en mi cabello. Sus dedos me provocan un fuerte cosquilleo que se transmite a todo mi cuerpo. Me echo hacia atrás y mi espalda se topa contra su pecho. Él rodea mi cintura con sus brazos. Parecemos dos enamorados, pero yo sé por qué hago esto.

Noto su paquete contra mi culo. El bulto es agradablemente grande. Sus brazos, que me rodean, son fuertes y firmes. Me restriego contra él. A nuestro alrededor no hay nadie, sólo gaviotas dormidas, y el paseo marítimo queda bastante lejos. Llevo sus manos a mi pecho. Él se deja hacer. Sus dedos se abren y rodean mis pezones. Los tocan suavemente sobre la tela. Los noto endurecerse al instante. Mi entrepierna se humedece, y la suya crece.

Sus dedos acarician mis labios. Yo los abro y lamo las yemas, y me los meto en la boca como una niña buena. Oigo cómo jadea contra mi oído. Su cadera se clava en la mía.

—¿Todavía quieres follarme? —pregunto en un murmullo.

Él asiente, serio. Está mirando cómo chupo su dedo mientras se refrota contra mi culo.

Vale, esto va a ser complicado. Miro a mi alrededor. No es que haya muchos sitios

donde hacerlo en secreto, pero la noche es oscura y el paseo está lejos. Lo malo es la gente que podría tener la misma idea que nosotros.

Dios, me muero por poder follar con él ahora mismo, sin importar quién lo vea... Pero al mismo tiempo hay una neurona de sensatez que el alcohol todavía no me ha matado. Señalo un grupúsculo de rocas a nuestra derecha. Si tenemos cuidado...

Javier asiente enseguida. Me coge de la mano y tira de mí hacia las rocas. La arena está seca y las rocas son planas, sin recovecos ni conchas que puedan cortarnos. Si nos ponemos detrás, nadie podrá vernos.

Me saco el vestido por la cabeza y me quito la ropa interior de un tirón. Javier se queda alhelado. Chasco los dedos delante de su cara y vuelve en sí. No tarda nada en desnudarse, como yo, y me atrae hacia él sin darse cuenta de que yo ya me he lanzado a sus brazos.

Nos besamos como locos. Su barba incipiente me raspa la cara, pero no me importa. De esta salgo como si me acabase de depilar el bigote, roja e hinchada, pero en este momento tengo otras cosas hinchadas que me preocupan más. Él mete la mano entre mis piernas.

—¡Cuidado con la arena! —le digo, y él gruñe afirmativamente. Joder, estoy empapada del todo. Sus dedos coquetean con mis labios mientras nuestras bocas se encuentran. Me roza el clítoris y lo acaricia deprisa. Yo me retuerzo y me junto más a él.

Su miembro choca contra mi vientre. Palpo directamente. Es grande. Bastante grande. Muy grande. “No sé muy bien si me va a entrar” grande. Estas cosas se avisan en los acuerdos prenupciales. Si lo llego a saber, lo mismo le cato antes.

Sus dedos se introducen en mi interior. Estoy tan mojada que apenas hay resistencia. Dejo escapar un suspiro y noto que los curva hacia él. Su dedo pulgar me roza el clítoris. Despacio, mueve la mano y yo empiezo a temblar. Me ha encontrado el punto G a la primera. ¡Y yo que pensaba que era tonto!

Me agarro a sus hombros y abro las piernas. Su boca me llena de besos. Me muerde los labios y el cuello, y yo me dejo hacer como un peso muerto. He empezado a sostener un gruñido bajo y no me he dado cuenta. Estoy cerca del orgasmo, pero lo suficientemente lejos como para que esto cuente como tortura. Le clavo las uñas en la espalda, y él sonrío.

—¿Quieres que te la meta? —pregunta, malicioso.

Asiento. Debería preocuparme por todo lo que me enseñó mi madre: los embarazos, las ETS y tal. Pero su masaje me está quitando el sentido y lo único que puedo hacer es decir que sí y gemir.

Apenas le puedo ver, pero me lo imagino. Está sonriendo porque me ha atrapado y me tiene como quiere. Por fin lo ha conseguido. No soy más que una presa para él, lo sé. Pero ahora mismo no me importa. Quiero sentirle dentro y que me penetre hasta que me duela, y ya me preocuparé después por las consecuencias.

Mi madre me querría matar ahora mismo.

—Ponte de rodillas.

Obedezco. La arena está blanda y me acoge sin problemas. Javier me mete los dedos húmedos en la boca. Saben a mí. Cierro los labios sobre ellos y los chupo hasta que están limpios. Eso le gusta. Su pene erecto está cerca de mi cara. Me yergo para tratar de chuparlo también, pero él se retrae, prolongando la espera. Dejo escapar un gruñido de exasperación.

—No juegues, capullo —le digo.

—¿O qué? ¿Te vas a levantar e ir? —me pregunta.

Sé que no lo voy a hacer, pero él no tenía por qué saberlo. Frunzo el ceño. Él adelanta la cadera y me deja probarlo, pero apenas lo he pasado una vez con la lengua antes de que se eche hacia atrás otra vez.

—Oye, ¡que te den!

—Yo sí que te voy a dar a ti.

Me da la vuelta y se arrodilla detrás de mí. Clavo los dedos en la arena. Le siento tan cerca que apenas puedo dominarme. Reculo y trato de obligarle a no tardar, pero él me toma por las caderas con firmeza y me deja quieta donde estoy.

Se frota contra mí como le da la gana. Estoy muy mojada y resbala entre mis labios provocándome un cosquilleo muy agradable. Gimo. Sabía que follar con Javier sería excitante, pero no me imagino que lo sería tanto. Él debería tener tantas ganas de acostarse conmigo como yo. ¿Por qué lo prolonga tanto?

Entra de golpe. Yo grito. Es muy grande, ya lo había avisado. Yo estoy muy húmeda y sus caricias me han ayudado a prepararme para su tamaño, pero su vulgaridad no ha mejorado nada. Él me frota el clítoris y enseguida vuelvo a relajarme. Me llena tanto que siento que voy a explotar. Es justo como yo me imaginaba. Justo como quería.

—Joder... —suspiro—. Fóllame fuerte.

—¿Fuerte?

—Sí, pero acaba fuera.

Vale, no es la solución óptima, pero he dejado que este idiota me haga suplicar. Es evidente que no tengo todas mis capacidades mentales conmigo.

Javier me toma de la cintura, sale y vuelve a entrar. La segunda ya no duele, aunque lo ha hecho más fuerte y con menos cuidado. La tercera y la cuarta parecen gemelas, por la velocidad. Y pronto pierdo la cuenta, porque lo único que alcanzo a sentir es una fuerza mayor que la mía impactando contra mi cadera, amenazando con romperme en mil pedazos.

Esto es justo lo que quería. El placer es tan fuerte que apenas veo. Oigo sus jadeos rotos, sus gemidos. Noto sus caricias en mi espalda y en mi cadera. Me pega dos o tres azotes y yo grito. Abro más las piernas y él entra a placer. Si no me estuviese sujetando,

probablemente me caería al suelo.

—¿Así te follas a Vanessa? —me oigo preguntar.

—No. Esto es solo para ti —me responde.

Me frota el clítoris cada vez más rápido. En segundos, el mundo se vuelve de colores. Tengo los párpados cerrados y apretados, y mi cuerpo se estremece por completo. Vuelvo a gritar. He despertado a las gaviotas de la roca. No me importa. Él también grita. Poco después de que yo me haya corrido, él sale de mí y siento algo caliente y pegajoso bajándose por una nalga.

—¿Por qué no has apuntado a otro lado?

—¡A saber cómo lo hubieras hecho tú, lista! —me responde entrecortadamente.

Apenas tengo fuerzas en las piernas, así que le pido que me acerque el bolso. Me limpio con un pañuelo de papel. Estoy empapada en sudor y en más fluidos, pero no tengo suficientes pañuelos para limpiarme del todo. Entierro el papel en la arena. Sí, ya, el Medio Ambiente. No pienso llevar eso encima hasta la papelería ni de coña.

—¿Todavía me odias? —pregunta Javier con una sonrisa que reluce en la oscuridad.

—Nunca voy a dejar de odiarte.

—Bueno, si me odias así yo no me puedo quejar.

—Tengo frío.

—Ven.

Me abraza. Reposo la espalda contra la roca y yo me dejo caer sobre su cuerpo sudoroso. Está tan calentito...

Cierro los ojos un momento. Acabo de acostarme con Javier. Bueno, no sé si acostarse es la palabra, dado que no estamos ni en una cama ni nos hemos tumbado. Más bien, Javier acaba de follarme hasta dejarme tan idiota como él... y no puedo decir que me haya disgustado algo. Ahora entiendo por qué las tías que se trae a casa chillan tanto. Yo, que no soy de las gritonas, no me he podido contener.

—A estas alturas tienen que haberse enterado todos los que estén en la playa —digo sin apartar la cabeza de su hombro.

—No, qué va. Las gaviotas han empezado a chillar en el momento justo y han tapado todo el ruido.

—Sí, ya...

—Oye, no te lo tomes a mal, pero tengo arena en el culo y no es ninguna broma.

—¿A quién se le ocurre traerme a la playa?

—Yo no he visto que te hayas quejado, lista.

—Llévame a casa.

—¿Ya?

—Llévame a casa, que te vas a enterar.

Javier

Ha sido bastante... wow.

Para ser un polvo improvisado, no ha estado nada, nada mal. Ni me imaginaba que esta tía tendría tanto fuego dentro, pero un poco más y me quemo. ¡Y parecía tan recatada, con sus libros y su pinta de intelectual!

Durante el viaje de vuelta a casa me ha regañado por no ponerme condón. Resulta que ella tenía en el bolso y en el calor del momento se le ha “olvidado”. ¡Y la culpa es mía!

Tampoco es que tenga de qué preocuparse. No ha habido riesgo de hacerle un chiquillo porque Javier Vázquez tiene una puntería infalible... sólo cuando quiere. Y, además, con las otras chicas siempre me cuido, así que no es como si le fuese a pegar algo.

Le juro por todos los santos que no se me va a volver a olvidar. Me gusta esa obligación en futuro. Cuando le he preguntado que si eso quiere decir algo, me ha lanzado puñales por los ojos. No sé si eso quiere decir algo.

Me voy a dar una ducha. Lo de trincar en la playa es muy bonito, pero la arena no perdona.

Capítulo 6

Aunque me haya dejado dolorida, mi pobre neurona todavía no puede retomar el control. Soy psicóloga: sé de lo que hablo. Mi pobre cerebro está nadando en un cóctel de hormonas que me impulsan a:

a) Sentir cierto apego hacia Javier.

b) No experimentar remordimientos acerca de lo que ha pasado ahora mismo (aunque es probable que mañana los tenga, en plan resaca sexoafectiva).

c) Querer repetir la hazaña lo antes posible.

Así que... sí, me he dado una ducha, le he pedido que haga lo propio y le he citado en mi habitación. Y sí, he rebuscado en mi cajón de los juguetes para poder llevar a cabo una venganza como Dios manda. Se va a enterar.

Javier llama a la puerta y abre. Está en bata. Es la una de la mañana, pero yo me siento muy despierta, quizá por el hecho de no haber ingerido tanto alcohol a esta hora como suelo.

La mirada de Javier me desnuda tan pronto se posa sobre mí. Yo también me he puesto la bata. Es rápido; cubre la distancia que nos separa en dos zancadas y me toma de la cintura para besarme. Pero yo me hago a un lado y le pongo los dedos en los labios con una sonrisa.

—Espera, bonito. Estamos en mi habitación y aquí mando yo.

Su expresión se torna interesada, intrigada. Por suerte, mantiene la boca cerrada. Tengo algo de calor repentino, y no es el tipo de calor bueno. Es más bien algo de nervios por haber empezado algo que no sé si podré terminar tan bien como lo ha hecho él.

Sin embargo, cuando le cojo de las manos se deja hacer. Le quito la bata lentamente y dejo que caiga al suelo. Su cuerpo se revela de nuevo. No es la primera vez que le veo desnudo. Joder, probablemente le haya visto desnudo más a menudo que a Pedro, porque uno de sus pasatiempos favoritos es pasearse por la casa en pelotas. Pero, con todo, es la primera vez que puedo deleitarme en su figura y tocarle con libertad.

Le paso los dedos por el cuello y los hombros, que son recios y firmes. Bajo por sus pectorales y los delinea con las yemas de los dedos. Su cuerpo está fresco por la ducha y huele a su gel de baño. Tiene el vientre firme y plano. Podría partir nueces en él, probablemente. Él me sostiene la mirada. Yo paso las uñas por su costado y le noto retorcerse. Es una caricia indolora, pero que despierta unas sensaciones crueles para el que no puede defenderse.

—Qué mala te has vuelto —me dice.

—Todavía no sabes cuánto.

Le conduzco hasta la cama y le indico que se tumbe en ella. Saco unas esposas de debajo de la almohada y él se ríe, pero yo le devuelvo una mirada muy seria. Javier pone las manos sobre su cabeza, cerca de las barras del cabecero, y me permite que cierre los grilletes en torno a sus muñecas.

Ahora está inmovilizado. Se recuesta como un señor. Aún se siente cómodo y cree que tiene el poder, pero pronto voy a demostrarle que no es así. Yo también sé darle caña a un hombre.

Para darle un aperitivo, paso las uñas por el interior de sus brazos descubiertos y él se retuerce. Me inclino sobre su boca y casi le beso, pero en el último momento me aparto. Él deja escapar un gruñido y se esfuerza por alcanzar mi boca, pero yo siempre quedo varios centímetros por encima y se lo hago pasar mal.

—Zorra —me dice.

—¿Cómo que zorra? —Le agarro un pezón y se lo retuerzo. Él se queja en voz alta—. Pídeme perdón.

—¡Perdón!

—Así me gusta —digo al tiempo que le suelto.

—¡Ayyy! Eso ha dolido.

Le beso el pezón dolorido y le paso la lengua por él. Noto cómo se eriza. Le mordisqueo el otro para que no tenga envidia y percibo cierto sabor salado. La tensión le empieza a hacer sudar. Bien. Eso me gusta. También veo cómo empieza a endurecerse entre las piernas. Sé que le gustaría que le acariciase, pero aún no voy a hacerlo. Va a tener que suplicarme.

Empiezo por sentarme sobre su vientre de manera que esté cómodo y perciba el calor cercano de mi cuerpo, pero sin tocarle su parte más sensible. Él, de manera instintiva, sube las caderas, pero yo no me muevo un ápice. No voy a dejárselo fácil.

Le beso, esta vez sí. Nuestras bocas se funden en una danza apresurada y húmeda en la que no hay remilgos ni pausas. Mis labios y mi barbilla están doloridos por los besos de antes, pero no me importa. Ahora me vengo mordiéndole el labio hasta que se sacude.

Su respiración se acelera, y la mía también. Le tomo de las manos y apoyo mi peso en ellas. Él ronronea. Noto que ya está erecto del todo y que la punta de su pene me roza entre las nalgas. Pero todavía es muy pronto.

Subo un poco más, hasta su cabeza. Coloco las piernas a ambos lados de ella, firmes, y desciendo hasta que mi sexo queda a su alcance. Él saca la lengua y me acaricia con ella, pero yo me aparto en el momento justo.

Él gruñe otra vez y yo me río.

—No es tan divertido, ¿verdad?

—No...

—Para la próxima, ya lo sabes.

Le brillan los ojos de deseo. Yo bajo la cadera y, ahora sí, permito que su lengua me paladee y se retuerza entre mis piernas. Me roza los labios con delicadeza, hace una espiral y sube hasta mi clítoris, que relame con fruición. Lo toma en su boca y succiona. El tirón me hace morderme los labios y sonreír. Su respiración se ha acelerado. Está disfrutando tanto como yo.

Muevo las caderas ligeramente y él se deja hacer, poniendo la lengua plana para que yo me deleite en ella. Después toma de nuevo la iniciativa, me besa, me busca, y bebe de mí como un hombre sediento. Me calma el escozor que me ha provocado antes mejor que el agua helada.

El placer se empieza a acumular en nudos en mi vientre y en mis piernas. Si sigue así, no voy a tardar en llegar al orgasmo. Cierro los ojos y me dejo llevar. Poso las manos en la pared y mis dedos se crispan.

El placer me mece en oleadas, cada vez más fuerte, hasta que al fin irrumpe en mi ser y me agita de un lado a otro. Gimo en alto y eso le da fuerzas a Javier, que lame aún más rápido y con más ganas, sin parar hasta que me dejo caer a un lado sin fuerzas ni aire.

Tardo unos minutos en volver en mí. Javier sigue a mi lado, jadeante. Tiene el cuerpo perlado de sudor y la boca húmeda. Le seco con la mano y le beso. Su lengua tiene mi sabor, y se mete en mi boca con una clara intención.

Es evidente que él está muy excitado. No dice nada, pero se retuerce como si le estuviera torturando con un hierro al rojo. Me divierto verlo así, tan inquieto, y me pregunto si debería marcharme para que durmiera.

Pero no, no soy tan mala. Aunque quizá, algún otro día...

Desciendo por su pecho y le doy pequeños besos y mordiscos. Él gime, agónico, cada vez que mi boca roza su piel sensible. Se mueve en un intento de huir de mí al mismo tiempo que me busca. Es una mezcla curiosa.

Pero en cuanto mi boca llega a la punta de su miembro y mi lengua pasa por su frenillo, serpenteante, deja de retorcerse. Esto es lo que quiere que haga, y esto es lo que voy a hacer.

Si mi mandíbula lo permite.

Estoy deseosa de hacerle la mejor mamada que le hayan hecho nunca, pero seguro que no soy ni la primera ni la última en su larga lista de conquistas. Voy a tener que emplearme a fondo, pero estoy borracha y no de alcohol. Estoy... supongo que estoy embriagada por el triunfo y las sensaciones que me ha propiciado.

No es sólo que me haya hecho bien el amor, ni que el olor que emana de su cuerpo me intoxique en parte, sino que la idea de tenerle a mi merced me seduce poderosamente, tanto

como estar a la suya.

Si el intercambio es así de equilibrado, quizá podamos llegar a otro acuerdo. Pero, por el momento, no pienso en eso. Ahora mismo mi única ambición es hacer que grite sólo con mi lengua y mis manos.

Su pene erecto es tan grande como en la playa, suave y muy duro. Palpita contra mi mano cuando lo toco. Paso la lengua desde la base hasta la punta recorriendo el tronco con maestría y le noto temblar.

Tomo la cabeza en mi boca y serpenteo sobre ella. Poco a poco, cada vez me meto más hasta que empiezo a chuparlo de arriba abajo haciendo algo de succión. Él se anima enseguida y trata de marcar el ritmo con las caderas, pero no le dejo. Cuando empieza, paro, y él gruñe como un niño al que le han fastidiado su tarde de juegos.

Para que no se enfade, vuelvo a empezar. Le acaricio con las dos manos para ayudar a mi boca a abarcarlo entero, aunque a veces intento descubrir hasta dónde puedo llegar sin ahogarme. Me llena tanto como en la playa. Si no me hubiese corrido ya y no me doliera la entrepierna, quizás le montara. Pero quiero que disfrute él, ahora. Quiero que vea lo que soy capaz de hacer cuando me dejan.

Él lleva gimiendo entre dientes un buen rato. Los músculos se marcan bajo su piel cuando gira, como una estatua de Miguel Ángel. Creo que es el tío más en forma con el que me he acostado, y la idea de que sea mi marido y pueda hacer esto cuando quiera me anima enormemente. Está tan bueno que me dan ganas de perdonarle todo su narcisismo y estupidez. Si pudiera ser tan agradable como ayer y hoy...

Giro mis manos sobre su tronco mientras le chupo la punta. Eso le hace gemir aún más hondo. Sus músculos se tensan y su abdomen parece vibrar. No le debe de quedar mucho. Sigo haciéndolo sin parar mientras mi saliva chorrea por mi barbilla y mis manos, lubricándolo todo para que cada vez sea más fácil y más rápido, y entonces noto otro temblor y él eyacula sobre mi lengua mientras me mira a los ojos y grita. Yo sigo moviéndome hasta que termina. Está dulce. Trago y me limpio la barbilla con el dorso de la mano.

Javier respira con fuerza sobre la cama. Le quito las esposas y las dejo sobre la cama, y antes de que pueda acomodarme a su lado, me rodea con un brazo y me aprieta fuerte contra su pecho.

No hace falta hablar, en realidad. Los dos estamos muy relajados, aún atontados por las hormonas que conlleva el orgasmo, demasiado satisfechos para abrir la boca. Yo cierro los ojos y aspiro su olor, que se ha mezclado con el mío.

Me siento en paz. Más en paz de lo que me he sentido en mucho tiempo sin un Martini en la mano, como si hubiese terminado una tarea pendiente después de meses de inactividad y procrastinación.

Supongo que la tensión sexual que había entre nosotros ha marcado en parte la dirección de la relación hasta este momento, y no ha sido hasta que no nos la hemos quitado de

encima que puedo pensar en qué significa exactamente.

Y no lo sé. Todo lo que sé es que voy a quedarme dormida.

Y eso es lo que hago.

Javier

Yo...

No sé qué decir.

La estoy mirando dormir sobre mi pecho y siento una extraña sensación de satisfacción. No es sólo por lo bien que hemos follado (que ha estado MUY bien, por si te lo preguntabas), sino por algo más. Hasta ahora no había podido ver a Belén tan relajada, tan ella misma.

Es raro encontrarla sin la expresión de superioridad sarcástica de siempre, pero ahora está calmada y me gusta. También me gusta en otros momentos, claro, pero me da la impresión de que para llegar a este lado de sí misma hay que ser un poco especial.

Me hace sentir especial. Y no te equivoques, ya sabía que era especial de antes. Joder, marqué el gol de la victoria en la Champions. Soy jodidamente especial.

Pero esta es... otra manera de ser especial.

Acaricio su hombro y su pelo y siento ganas de estrecharla fuerte contra mi cuerpo. Y hacerle el amor otra vez (aunque esta vez creo que me lo ha hecho ella a mí). Pero eso mañana. Ahora, dormir.

Capítulo 7

Cuando me despierto, Javier sigue a mi lado. Nos hemos tumbado de costado, por lo que su brazo reposa sobre mi cintura y su pecho me alberga con todo su calor. Todo huele a él.

Ahora que se me ha pasado el subidón de hormonas tras el orgasmo, no sé muy bien cómo interpretar lo que me aprieta las costillas. No puede ser que me esté pillando de Javier. Pero... es que vosotros no lo estáis viendo. Tiene una carita de bueno cuando duerme... No puedo evitar acariciarle la mejilla y besarle el mentón.

Él ni se entera.

Me ronca en la cara.

Gracias por esa respuesta tan romántica, maridito.

Salgo de su abrazo y me pongo la bata. Le tapo con la sábana y salgo al baño. Tengo que darme otra ducha antes de sentirme persona. Mis muslos están pegajosos y mi pelo hecho un desastre, y anoche ni siquiera alcancé a darme crema. Mi piel está tirante. Me duele la entrepierna.

El agua caliente actúa como un bálsamo sobre mi piel. Mientras me seco dentro del albornoz, me lavo los dientes. Vuelvo a la habitación sintiéndome mucho mejor y me lo encuentro medio despierto bajo las sábanas, con cara de perrillo abandonado. Al entrar yo, se tranquiliza. ¿Pensaba que le había dejado aquí tirado?

¿Cuántas veces lo habrá hecho él con otras chicas?

—Buenos días –canturreo.

Él se frota la cara y se estira, regalándome una vista estupenda de sus pectorales de mármol.

—Buenos días. He dormido genial.

—Por cómo roncabas, no hace falta que lo jures.

Alza una ceja.

—¿Estás siendo mala otra vez?

Me río.

—Sí. Has roncado, pero sólo un poquito.

Me hace un gesto para que me acerque, y obedezco. Me toma de la muñeca y tira de mí para abrazarme. Me besa.

—Agh, aliento mañanero –digo apartándome.

Aprovecha para besarme el cuello expuesto, abrirme el albornoz y besarme el pecho.

Ahí su aliento no me molesta. Sus labios se cierran sobre mi pezón y sus dientes me mordisquean. Gruño y le aparto. Él se deja hacer a un lado con mirada de cabrón. Tiene algo que me impulsa a acercarme otra vez y abrazarle.

Tonteamos un rato. Nos besamos. Nos acariciamos. Es... muy distendido. Muy cómodo. Familiar.

Creo que necesito pensar, pero no sé si puedo hacerlo ahora.

Logramos levantarnos de la cama y hacer cosas productivas. Intentamos llevar a cabo nuestras rutinas. No sé él, pero yo no dejo de pensar en anoche. En las sensaciones que me dieron sus labios, en el agradable calor a mi lado, cuando he despertado. De vez en cuando me sorprende con un suspiro. Me he vuelto gilipollas perdida.

Me he vuelto gilipollas por Javier.

Si me lo hubiera planteado hace una semana, me habría reído de la idea. Pero creo que he visto una parte de él que me negaba a ver antes. Eso, y que él se ha esforzado por comportarse conmigo de otra manera. Como si fuese algo más que un objetivo, un premio a ganar. Ahora somos dos personas iguales que disfrutan de la misma manera.

Belén, te has vuelto tonta del todo.

Por la tarde, tengo ganas de estar con él. Después de comer fuera y atender mis asuntos, vuelvo y camino sigilosamente por el pasillo. A esta hora, Javier debe de estar en su despacho haciendo cosas tan importantes como jugar al solitario o masturbarse viendo porno. Ya le he interrumpido alguna vez.

Creo que si se está masturbando será pensando en mí, lo que hace que atraparlo sea muchísimo más interesante para mí. Se me ocurren cosas que podría hacerme sobre su escritorio, o que yo podría hacerle a él, y se me hace la boca agua.

Sonrío en la penumbra del pasillo y me agazapo junto a la puerta. Está hablando por teléfono y tiene el manos libres puesto. Al otro lado está su agente, Pablo. Le conozco. Él cocinó parte de nuestro compromiso y suele venir de vez en cuando a cerrar tratos con Javier. No me cae demasiado bien.

Espero a que terminen para entrar y abordarle.

Es una pena que no se esté tocando como un mono. Mi idea era mucho más divertida.

—...dos portadas de mañana, tío. En el Sorpréndete y el No lo creo. Y ya me están pidiendo más sesiones de fotos en dos revistas más. ¡Lo has bordado!

Javier se recuesta en el asiento.

—¿Entonces crees que me puedes conseguir el trato de publi?

—¿Después de la exclusiva del paseíto por la playa? ¡Pues claro, tío! Vuestra historia de amor va a rular por todos los platós de televisión. Habrá que ser discretos, claro. Nada de contestar preguntas. Eso nos haría parecer desesperados, y tampoco tienen que pensar que

es un montaje.

—Yo no tengo intención de hablar con la prensa.

—Muy bien. Lo dicho: mantente calladito, y ella también. Nada de salidas por ahí con la Rivero, ¿eh? Que me fastidias el buen rollo en la prensa. Mantened el perfil bajo una temporada y disfrutad. —Le oigo dejar escapar una risita—. Pensaba que me habías dicho que era medio frígida.

—Pues resulta que no. No lo es para nada.

Pablo se ríe. Mis mejillas arden.

—Ya me contarás, ¿eh, cabronazo?

Javier sonrío y apoya la cabeza en las manos.

—Ya nos veremos. Hasta luego.

Su agente se despide y cuelga. Javier se reclina hacia atrás. Yo aprieto las mandíbulas con tanta fuerza que siento la tensión en las muelas. Si fuese más blanda, se me llenarían los ojos de lágrimas.

Pero no tiene sentido que me eche a llorar. Tenía razón. Siempre he tenido razón. Este tío es un capullo y lo único que quiere de mí es publicidad, como siempre. Me ha embelesado para conseguir algo y ahora parece que nuestra escapada romántica va a salir en todas las televisiones. Como hayan grabado lo que pasó en la roca, me muero.

No, primero le mato y luego me muero.

Es más, le voy a matar preventivamente.

Irrumpo en su despacho y él se sobresalta. Sonríe. No sabe que le he oído. Por su manera de sonreírme, cree que voy a hacer lo que yo creía que iba a hacer antes de escuchar la conversación. Ahora me siento sucia. Sucia y herida.

Lo primero que hago es empujarle tan fuerte que le envío al otro lado de la habitación gracias a las ruedas de la silla. Él me mira con deseo. Se cree que es un juego.

—¿Aquí? Vale.

—No. No vale. Eres un monstruo.

Abre los ojos.

—¿Qué?

—Me has utilizado. Otra vez. Al final yo tenía razón.

—¿Qué?

Cojo el teléfono, arranco el cable y se lo tiro. Él lo recoge en el aire. Iba directo a su cabeza. Si le llego a dar, se la abro. En otras circunstancias me habría horrorizado ante la perspectiva de herir a otra persona, pero me siento tan mal que ahora ni se me pasa por la

cabeza la posibilidad de una conciencia.

—Que eres un hijo de puta, un cabrón manipulador y un mentiroso. Bueno, hijo de puta no. Al menos tu madre es una señora como hace falta, aunque tengas con ella una relación dependiente como todos los niños como tú.

Deja el teléfono y se pone de pie.

—Belén, espera un momento.

—¡Que no! Que no te pienso escuchar. ¿Para qué? Eres un capullo. Lo has hecho todo para tu propio beneficio. Por un momento he pensado que podía significar algo para ti de verdad, pero sólo soy publicidad y portadas en las revistas. —Le miro con frialdad. Estoy tan enfadada que tiemblo—. A partir de ahora, ni me hables. Somos como dos extraños, ¿te enteras?

Recula. Frunce el ceño. Está molesto de verdad, y apuesto a que es porque nadie le ha plantado cara de esta manera antes. Antes de que pueda balbucear una disculpa, me voy. No quiero ni estar en la misma habitación que él.

Javier

Eh... Mierda.

¿Qué ha pasado? ¿Ha escuchado la conversación con Pablo? ¿Estaba fuera de contexto! Yo no he hecho nada de esto con segundas intenciones. ¿Cómo se le ocurre?

Es verdad que esto me beneficia, pero nunca he hecho ningún caso a Pablo en este sentido. ¿Y si le digo que pare el contrato y todo lo demás? ¿Servirá eso de algo?

La verdad es que no estoy seguro. Belén está cabreada de verdad, y no es un cabreo que vaya a desvanecerse con flores y besos.

Joder. Todo estaba bien. ¿Por qué ha tenido que escuchar esta conversación?

Tendría que haberle dicho a Pablo que esto no era parte de ningún plan (que no lo era), pero me la pela tanto lo que opine él de mi vida y de mi relación con Belén que no he visto motivo por el que hacerlo.

¡Mierda! Por primera vez he sentido algo por una mujer que no fuese mero deseo animal y resulta que todo se va a tomar por culo por un malentendido.

Pateo el teléfono. Me hago daño en el pie y grito. Ahora ya no grito de dolor, sino de exasperación. Grito hasta que me duele la garganta y estoy agotado, y medio servicio debe de pensarse que me he amputado un pie en mi despacho por el ruido que armo.

Cuando me relajo, noto que me vibra el móvil en el bolsillo del pantalón. Es un número oculto. No suelo cogerlos, pero estoy tan cabreado que ni siquiera pienso.

Cuando me llevo el auricular al oído, no reconozco la voz. Espero a que me salga un operador que quiera venderme un plan de Internet nuevo. Si me cago en sus muertos, lo

mismo logro tranquilizarme un poco más.

Pero no es ninguna operadora sudamericana. Esta voz es de un hombre español, y suena fría e impersonal.

—Señor Vázquez, tengo un vídeo en mi poder de cierta escena porno entre unas rocas. Si quiere que le entregue el vídeo, vamos a tener que llegar a un trato usted y yo.

Capítulo 8

Como soy una mujer madura que enfrenta sus conflictos de manera constructiva, he decidido encarar este revés del destino como una adulta.

Así que he atracado el mueble bar y me he emborrachado como una cuba.

Estoy tirada en el sofá mientras hago zapping. Cuando paso por Canal Corazón, veo un destello de Javier y yo caminando por la playa cogidos de la mano. Un tertuliano dice que hacemos muy buena pareja, pero que somos demasiado discretos.

Dejo escapar un largo gruñido. Se me ocurre una Oda a Javier y la recito en mi mente:

Eres un capullo
Ojalá te pudras en tu propia mierda
Pero follas bien
Eso
Lo reconozco.

Me tapo la cara con las manos y vuelvo a gruñir. Ojalá nada de esto hubiera pasado. Ojalá no me hubiera tragado nada.

En más de un sentido.

Nada mejora cuando Javier aparece delante de mí.

—Belén, tenemos que hablar.

—No tenemos que hablar nada —le espeto—. Aparta, que no veo.

Javier suspira. Toma el mando y apaga la televisión, y eso me enciende a mí.

—¿Pero qué te crees que haces? —Me siento, y mi cabeza se va a Pamplona—. ¡Que te pires, que me dejes en paz, hombre!

—Cómo estamos, ¿no?

Me mira con cara de padre preocupado. Un padre preocupado muy guapo que podría activar un complejo de Electra durmiente dado que nunca conocí al mío. Dios, es que ni odiarle tranquila me deja.

—¿Cuánto has bebido?

—Lo que he querido.

—No me has dejado explicarte que...

—No me interesa. —Me dejo caer en el sofá—. ¿Quieres que te recite un haiku?

—¿Eso qué es? ¿Un poema de esos japoneses?

—“Javier, eres un cerdo asqueroso. Déjame en paz. La nieve cae sobre los árboles.”

Hace una mueca contrariada.

—¿No te ha gustado? La bebida me vuelve creativa –respondo.

Él vuelve a suspirar y se acuclilla frente a mí.

—Belén, me gustas. Me gustas de verdad. No era ni un truco ni un juego. Te lo juro.

Frunzo el ceño. Es lo que diría alguien que pretende volver a colármela.

—Ya, bueno.

—Lo que has escuchado ha sido a mi agente siendo un imbécil.

—Que nos hayan hecho fotos justo anoche ha sido muy conveniente, ¿no crees?

—Los fotógrafos me siguen porque se rumorea que estoy liado con la Rivero.

—Cosa que es verdad.

—Cosa que es verdad, sí. Razón de más para que me creas.

Bufo.

—¿Y si te dijera que no aceptarás el trato de publicidad?

—Pues que le den. Tengo dinero de sobra. Es Pablo el que presiona con eso. No te diré que no me hace ilusión seguir saliendo en la tele, pero puedo pasar de esta oportunidad si con eso...

Niego con la cabeza. Suena demasiado bien. Suena demasiado poco Javier.

—Es que no me lo trago. Bueno, sí, pero esto no. —Ya he hecho el mismo chiste dos veces. Estoy perdiendo facultades—. Te conozco demasiado bien.

Sonríe.

—En realidad no me conoces. Pero yo tampoco me conozco. Al menos no el hombre que puedo ser cuando estoy contigo. Y me gustaría conocerme así, ¿sabes?

Busco entre mis recuerdos alguna película de la que haya podido sacar este diálogo, pero no se me ocurre ninguna. Quizá esté siendo sincero. Aún estoy cabreada, pero se me ocurre que tal vez...

—Digamos que te creo.

Él vuelve a sonreír, y su rostro se ilumina hasta que de pronto se vuelve serio otra vez.

—Bien. Ahora, hablando de otra cosa... Resulta que ayer no sólo hicieron fotos de nuestro paseo por la playa. También grabaron... lo que pasó en las rocas.

La borrachera se me pasa en un segundo.

—¿Que qué?

Él enrojece.

—Me ha llamado un tío pidiéndome dinero para que no lo difunda. Tengo que hablar con Pablo. Él es el que lidia con estos líos, no yo, pero ahora...

—¿Cómo has podido dejar que pase esto? —le reprocho.

—¿Crees que he provocado esto?

—¿Tan raro sería? ¡Es más publicidad!

—¡Pero no de la buena! Esto no me hará ganar contratos, ¿sabes?

—¿Ah, no? Apuesto a que si lo publican saldrás en todas las televisiones y en todas partes por Internet. Toda publicidad es buena, aunque sea mala. Además... ¿te has parado a pensar en la imagen que daríamos?

—Todo el mundo a estas alturas tiene un vídeo porno filtrado, Belén, no es como si...

—Anoche... Anoche me puse muy perra, ¿vale? —Me llevo las manos a la cabeza. Si mi madre ve ese vídeo, le da algo—. Todo lo que van a ver es cómo me das lo mío. A mí me van a llamar puta y a ti... ¡Es lo que pasa siempre!

Su rostro se ensombrece. Parece entender lo que significaría para mí que divulgasen ese vídeo. Ahora parece realmente preocupado. ¿Por mí?

—Voy a pagar a ese tipo.

—¿Y qué te asegura que te va a dar la original, o que no ha hecho un millón de copias?

—Con esta gente nunca se sabe, pero si no pagas...

Aparece por el pasillo el agente de Javier. Viene colocado, como siempre, y tiene la corbata mal anudada. Sonríe de oreja a oreja. Nos da una palmada a Javier y a mí en el hombro, o al menos lo intenta. Yo no dejo que me toque con esas manos.

—Lo de anoche estuvo genial. ¿Y el vídeo? ¡No os preocupéis por eso, chicos! Al principio puede que sea duro, pero a la larga esto sólo contribuirá a daros fama. —Me guiña un ojo—. Por lo visto, la cámara te adora.

Javier me ve venir antes que yo y se interpone justo cuando me lanzo para morderle la yugular al capullo de su agente. Pablo se echa atrás con expresión sorprendida, como si no terminase de entender lo que ha pasado.

—No vamos a dejar que filtren el vídeo —asegura Javier mientras me sostiene entre sus brazos.

Pablo frunce el ceño.

—No lo dirás en serio. Es justo la oportunidad de oro, lo que estábamos esperando. Tal vez no sea lo que busca Xtremesport para la imagen familiar, pero podría revitalizar la idea de tu masculinidad, y además...

—Javier, si no me quitas a este payaso de la vista, le estrangulo —aseguro.

Y lo digo muy en serio. Mis dedos se crispan.

—Lo digo muy en serio —dice Javier, y es casi un eco de mis pensamientos—. Ese vídeo es un atentado contra nuestra intimidad.

—Pues follar en la playa no es muy íntimo, que se diga —responde Pablo.

—¡Buscamos un sitio escondido! —rujo—. ¡Nos metimos detrás de las rocas!

—Intentamos... eso —dice Javier por debajo de mis gritos—. Voy a pagar al tipo ese y no quiero ni oír hablar de más publicidades de esa clase.

Pablo enmudece. Yo también.

—¿De verdad? ¿Pero cuánto te ha pedido? —pregunto en un murmullo.

—Muchos ceros con un uno delante —responde—. Pero no me importa pagarlo, te lo juro.

—Lo que tendríamos que hacer es obligarle a que se coma la camarita. Y una patada en los huevos, por cabrón.

—Y una demanda por agresión y que esto llegue a las portadas —dice Pablo, recuperando la compostura—. Si me dejáis aconsejaros en algo, estoy muy en contra de cualquier cosa que implique que Javier acabe en los juzgados.

—Ya lo he decidido —asegura Javier, y me mira—. Lo hemos decidido los dos.

Vaya. Esto es bastante... heroico por su parte.

—¿Cuántos ceros van detrás del uno? —quiero saber.

—Cinco.

—¿Te ha pedido cien mil euros? —La indignación vuelve a mi voz—. ¿Pero de qué va ese tío?

—Menuda pasta —dice Pablo, contrariado—. Sabiendo esto, casi estoy por aconsejarte que le metas una paliza.

—¡Pero eso es mucho dinero, Javier!

—Ya lo sé. —Me sonrío—. Pero no me importa.

—Pero... ¡pero a mí sí!

Cien mil euros. Con cien mil euros puedo hacer muchas cosas. Puedo comprarme muchas cosas y salir por ahí a todos los sitios que quiera. Con cien mil euros, puedo beber todo el Rioja caro que me dé la gana, y vodka ruso de importación. Puedo pagarme vacaciones a cualquier lado mientras aquí en España hablan sobre nuestro vídeo porno. Beber mojitos en la Rivera Maya durante un mes se me antoja un pago exiguo por unas semanas de escarnio y vergüenza.

Mi madre aparece en algún lugar de mi mente y me susurra algo que sin duda tiene sentido. “Belén”, me dice, “¿pero qué en qué demonios estás pensando? ¿Vas a vender tu imagen y tu dignidad de esta manera por cien mil euros?”

Tiene razón. Se preocupa por mí. Yo también me preocupo por mí. Pero cien mil euros son muchos, sobre todo cuando has crecido en un hogar pobre y has trabajado en el Mercadona y en el Starbucks aguantando gilipollas y sabiendo que la carrera en la que te has dejado la piel no te sirve para nada.

Son muchos cuando ya has vendido tu dignidad antes casándote con un tipo al que no amas.

Respiro hondo.

—Javier, no pagues a ese tío.

Tanto él como Pablo me miran como si estuviera loca. Ya les había convencido de que abandonasen la idea. Ahora me siento errada, pero sacudo la cabeza y recuerdo las vacaciones maravillosas que vamos a tomar en cuanto esto explote en la prensa.

—No merece la pena. No... no negociamos con terroristas. Eso es lo que dicen los gobiernos, ¿no? Pues eso. Que hagan lo que quieran. Yo no les tengo miedo.

Javier me toma de la mano.

—Cariño, te digo en serio que no me importa que...

Le cierro la boca con un beso.

—Tú y yo nos vamos a ir de vacaciones al Caribe, ¿te enteras? —Me vuelvo hacia Pablo. Se me ha ocurrido una idea—. Mi madre siempre dice que si no puedes evitar la ola, más vale que la cabalgues. ¿Sabes a quién le podría interesar una entrevista en exclusiva cuando salga este vídeo?

Pablo sonrío con una alegría inusitada.

—¡Pues claro que lo sé!

Capítulo 9

Los mojitos, en el Caribe, están especialmente buenos.

Javier y yo llevamos ya dos semanas en México y aún estamos conociéndonos. Por la mañana nos conocemos en la piscina mientras tomamos refrescos o hacemos largos.

Nos conocemos mientras comemos en restaurantes exclusivos o vamos a espectáculos de bailarines bajo el atardecer. Nos conocemos mientras los fotógrafos nos retratan escondidos entre los arbustos de palma cuando creen que no nos damos cuenta de su presencia.

También nos conocemos en la habitación. Cerramos la puerta y nos arrancamos la ropa, y nos hacemos una inspección profunda y concienzuda. Cualquiera diría que a estas alturas ya deberíamos habernos aprendido el uno al otro de sobra, pero la experiencia nos ha demostrado que nunca conoces a alguien del todo, aunque creas que sí.

El vídeo se filtró, claro. Poco después de que las portadas de algunas revistas mostrasen nuestro romántico paseo por la playa (antes de la parte del toqueteo), el tipo que nos grabó vendió su robado a una televisión.

Capturas pixeladas aparecieron por todas partes, y el vídeo completo se subió a páginas porno a las que enlazaban las de cotilleo varias veces. Ni nos molestamos en bajarlo. Estábamos demasiado ocupados hablando con la prensa directamente.

Me empleé a fondo para dejar claro que aquello era un atentado a la intimidad y que lo que hiciéramos en nuestra vida privada era cosa nuestra. Que lo que había hecho aquel tipo era ilegal y que cada vez que compartían el vídeo estaba contribuyendo a denigrarnos.

Cada vez que nos entrevistaban, yo cobraba.

Veréis, sé que podría haber evitado todo esto y tratar de salvar los muebles y mi "honra". Pero, ¿a qué precio? No hablo del monetario (que también), sino al hecho de tener que pagar rescate por mantener mi imagen a salvo.

Aún me queda algo de orgullo, aunque no sea lo que otros consideran como tal. Y, bien pensado, creo que he salido ganando de todo esto.

Mi madre está triste, pero le he comprado un chalet en la playa y se le va pasando. Todo el mundo tiene un precio.

Y sí, sé que no soy ningún modelo a seguir. Pero yo no he pedido serlo. Soy una tía que se ha casado por conveniencia con un tío al que detestaba (pero que al final ha resultado no estar tan mal), que bebe demasiado y que compra compulsivamente, con muy mala leche y un humor demasiado ácido. Me ha dicho Javier que también ronco.

He decidido que no voy a pedir perdón a nadie por vivir la vida como me da la gana.

Bueno, a él sí, cuando no le dejo dormir.

Como somos dos personas adultas, hemos cambiado las condiciones del arreglo. Parece que empieza a existir entre nosotros cierto afecto. Nos llamamos cosas cursis y todo. Nos gusta acostarnos juntos y tener cierta rutina de pareja, y mentiría si no me siento muy tonta todo el tiempo.

Pero no creeríais que todo esto es un cuento de hadas, ¿no?

Javier y yo hemos decidido seguir acostándonos con otra gente si nos apetece. Sé de sobra que Javier no va a aceptar ninguna imposición monógama. Le gustan demasiado sus modelos. Amí me gusta el chófer. Ya veis. Cosas que pasan.

Vanessa me sigue cayendo genial a pesar de vez en cuando duerma en casa, aunque no tanto como para participar con nosotros. Sé que a Javier le encantaría, pero no. Me parece que sería liar las cosas demasiado. Además, las rubias no me van mucho.

Quizá esto salga bien o quizá salga mal, pero no se puede decir que no lo hayamos intentado. Creo que Javier y yo somos felices viviendo el momento y conociéndonos.

Conociéndonos mucho.

Se vuelve hacia mí en la tumbona y me mira con ojos brillantes. Su mano me insinúa una caricia sobre la copa del bikini y yo le doy una palmada, aunque el pezón ha reaccionado sin mi permiso. Entre mis piernas nace una sensación familiar y dejo a un lado mi mojito.

Él se levanta de la tumbona. Me ha leído el pensamiento.

Premio Gordo

Romance, Erótica y Matrimonio de Conveniencia con el Playboy Millonario

Capítulo 1

Cuando me despierto, lo hago rodeado por los brazos de una chica que no reconozco. Entreabro los ojos y me topo con una cabellera pelirroja natural que huele a humo de tabaco y a perfume del caro. Su forma de abrazarme me resulta asfixiante y su calor desagradable. El sudor que nos une parece pegamento; cuando me giro, parece como si me estuviera haciendo la depilación con cera.

Ahogo un gruñido y me doy la vuelta, con lo que me doy de bruces con unas tetas. Unas tetas bastante grandes, y bonitas para ser operadas, pero tan asfixiantes como el abrazo de la pelirroja. Lo peor es que la dueña de las tetas, una morena altísima e impresionante, me rodea el cuello con los brazos y me aplasta contra su pecho.

No sé si está dormida y más a gusto que un arbusto o si está despierta y me quiere joder, pero esta vez gruño en alto porque me cuesta respirar. La aparto con la mano y me quito de encima la pierna de la pelirroja, que se me ha agarrado a la espalda cual koala, y emerjo del mar de carne y sudor como un recién nacido, si los bebés nacieran con una resaca de mil pares.

Encuentro mis calzoncillos enredados en la lámpara de pie junto a la puerta y me los pongo. La pelirroja y la morena se han abrazado mutuamente y siguen durmiendo como si tal cosa. Muy monas. Dan ganas de hacer una foto y ponérmela de fondo de pantalla en el móvil, pero no tengo ni idea de dónde lo tengo y además necesito ir al baño.

Salgo del camarote en calzoncillos y paso por encima de los restos de la fiesta de anoche. Hay botellas vacías por todas partes y cuerpos tirados como

si estuvieran rotos. Algunos son mis amigos y los reconozco, pero otros son invitados de conocidos que no tengo ni idea de cómo se llaman y que por mí a esta hora estarían de camino a sus casas y si te he visto no me acuerdo.

Gruño otra vez cuando me encuentro un condón usado encima de la mesa del comedor. Alguien ha tirado el frutero al suelo y se ha desparramado por todas partes. Piso con cuidado de no cortarme con la losa rota, pero el suelo hace un ruido húmedo cuando poso el pie. Alguien ha aplastado las naranjas y ha dejado los cadáveres aquí y allá. El zumo se extiende, pegajoso y amarillo, hasta donde la alfombra del pasillo llega a absorberlo.

—Oye, joder, sois unos putos guarros, ¿lo sabíais? —me quejo en voz alta hacia la puerta del salón. No oigo más que ronquidos y apenas consigo vislumbrar la pierna de alguien tirado en el suelo—. No vuelvo a montar una fiesta en el yate, cabrones. Esto en vuestras casas no lo hacéis.

También es verdad que dudo que mis amigos tengan capacidad para montarse una juerga como esta. Capacidad monetaria, logística y personal, quiero decir. Mis amigos son gente con pasta, igual que yo, pero no tanta. No pueden disponer de un yate para la fiesta de Nochevieja del siglo, ni pirarse a Canarias de un día para otro sin dar explicaciones, ni gastarse miles de euros en bebida, comida y drogas para amenizarla, ni invitar a los pibones que invito yo.

Al final, yo siempre soy el que pringa en estas cosas. Por suerte, no me tiembla la mano a la hora de contratar a un equipo de limpieza para que limpie las naranjas que esta gente exprime con el pie. Manda narices. Como si no hubiera un exprimidor eléctrico carísimo a dos pasos.

Salgo a cubierta, donde me recibe el sol de mediodía. Cómo mola Canarias. Anoche, mi hermano Berna me envió por WhatsApp la foto de su familia modificada con un filtro cutre de Photoshop en plan felicitación de año (ni que fuéramos los Reyes). Estaban embutidos en abrigo, gorros y bufandas en un parque desangelado, bajo el cielo gris y con las manos metidas en los bolsillos. Casi se notaba que temblaban como pollos. Yo estoy aquí, a una hora menos pero fuera y en calzoncillos en pleno diciembre. Si no tuviera esta resaca tan horrorosa, lo mismo me podía lanzar al agua para darme el primer chapuzón del año.

El yate se menea a un lado y a otro, lo que no ayuda demasiado a que me

sienta bien. Noto el olor a naranja que viene de mis pies y veo que he dejado un rastro de huellas pegajosas hasta aquí. Suspiro y me acerco a la barandilla para mear todo lo que bebí anoche mientras el sol me acaricia los hombros torneados.

A pesar de todo, en momentos como estos me siento el rey del mundo.

—Eeeeeh —dice una voz desde el interior. Es una voz pastosa y desenfocada, creo que de mi colega Manuel—. Oye, eeeeh.

Termino de mear y me la guardo antes de volverme. Manu está rotísimo, con los ojos vidriosos y enrojecidos y el pelo pegado a la frente. Levanta mi móvil, que vibra con la pantalla encendida, como si pesase dos o tres toneladas.

—Eeeeeh...

—Rober, me llamo Rober —le digo al coger el móvil de la mano.

—Eeeeeeso. Rober, que te llama tu hermano.

Tuerzo el gesto y le hago una señal para que se vaya si quiere, pero no le hace falta. Manu se vuelve al interior, lejos de la luz y el bamboleo del mar, como si fuera una criatura maldita. Yo pulso el botón de aceptar la llamada y me pego el móvil a la oreja no muy convencido.

—¡Feliz año, hermanito! —dice Berna con un volumen para nada cuidadoso con mis delicados y resacosos oídos. Sé que lo ha hecho a propósito, porque es un cabrón y me odia—. ¿Qué tal la fiesta? ¿Bebiste mucho?

—Que te den. Feliz año.

—Espero que no la hayas liado mucho...

—Es mi yate, ¿qué más te da?

—...porque Metrobook está casi casi a puntito de firmar el contrato de venta.

—¿Metro qué?

—Metrobook, Roberto, Metrobook. Una empresa con un valor en bolsa bastante jugoso. Una mierda de libros electrónicos en 3D o algo así.

—¿Libros electrónicos en 3D? ¿Qué?

—Yo tampoco lo entiendo, pero escucha: papá quiere que vuelvas a casa.

—¿Qué? ¿Para qué?

—Porque los accionistas de Metrobook son unos carcas que no confían en que vayamos a tratar bien su empresa si nos la venden. Esto no son dos matados que han montado la gallina de los huevos de oro en casa de su madre, esto son dinosaurios editoriales.

—¿Y?

—Que saben que tú controlarías el 33 por ciento de las acciones y digamos que no confían demasiado en ti.

—¿Qué? ¿Y eso por qué?

—Hombre, no sé, Rober, hasta donde sé, estás en mitad del Atlántico en un yate lleno de alcohol, coca y putas.

—Eh, eh. De eso nada. Alcohol no queda. Después de anoche, lo dudo. Coca nunca ha habido porque ya sabes que ya no salgo con Daniel. —Lo que sí hubo fue éxtasis, pero nos lo tomamos todo pronto y tampoco tiene por qué saberlo mi hermano—. Y putas... Me ofende que creas que necesito pagar a alguien para que se venga conmigo a la cama. Tú vives en el siglo pasado, pero en este a las chicas también les apetece pasar un buen rato por amor al arte, ¿sabes?

Mientras hablo no puedo evitar rozarme los abdominales. Vamos, si un tío guapo y listo como yo no puede pillar sin sacar la tarjeta de crédito, algo malo tiene que estar pasando. ¿Qué gracia tiene conseguir algo si no te lo has currado primero?

—Mira, me da igual. Ya sabemos de qué pie cojeas, así que no te hagas el tonto. Ven a Madrid cuanto antes, y arreglado.

—¿Para lamerles el culo a esos tíos?

—Para darles la imagen opuesta a la que tienen de ti. Para que se crean que eres un chico inteligente en el que pueden confiar el 33 por ciento de la empresa que va a comprarlos. Para que nos den su dinero, sus medios y sus clientes. ¿Te parece suficiente o necesitas que te lo explique otra vez?

Me echo a reír. La idea de tener que darles una buena impresión me parece una locura mayor que estar en un trozo de metal flotante en medio del océano.

El de las buenas impresiones siempre es Berna, no yo. Yo disfruto de las cosas que ganamos gracias a esas buenas impresiones: dinero, libertad, diversión.

—¿Te vale si me encorbato?

—Ese es el primer paso. Pero se me han ocurrido otro par de cosas. No estás saliendo con nadie, ¿verdad?

—No que yo sepa.

—¿Qué quiere decir eso? ¿Cómo que no que tú sepas?

—Que es una broma, hombre. No hace falta que demuestres todo el tiempo que el hermano soso eres tú. —Miro hacia el interior del barco. La gente ha empezado a despertar y se pasean por el pasillo y la cubierta como zombis, levantando una mano para luchar contra el resplandor asesino del sol—. ¿Por qué quieres saber si estoy saliendo con alguien?

—Porque tengo un pequeño plan.

—Vaya miedo me das. ¿Qué me estás buscando, una novia por correo?

—Para nada. Cuando vengas te lo cuento.

—Ahora no me dejes con la intriga, cabrón. ¿Qué es lo que pasa?

Mi hermano deja salir una risita. Le gusta ponerme nervioso. Él ha seguido las reglas desde que nació. Fue a la universidad, sacó buenas notas, se casó con una chica que gustaba a papá y a mamá y estaba bien situada entre las familias de pasta, ha tenido sus dos hijos poco después de casarse, tiene una casa bonita en la Moraleja con un servicio discreto y dudo que alguna vez se suelte el pelo y cometa alguna locura.

Creo que sus mayores vicios son ver fútbol y algo de porno. Ni siquiera fuma. Para alguien como él, vivir como lo hago yo debe de ser un crimen imperdonable, así que estos pequeños momentos en los que puede sentirse superior tienen que ser la leche.

Menos mal que acaba pronto.

—¿Te acuerdas de Verónica?

—¿Verónica Sánchez?

—No, Verónica Alonso.

—Hostia, Vero. Claro que me acuerdo. ¿Qué pasa con ella?

—Que te vas a prometer con ella.

—¿Qué?

—Ven a Madrid, Roberto. Ven y te lo cuento.

Y va y me cuelga. Miro el teléfono, incrédulo, y considero la idea de tirarlo por la borda con ademán teatral, como se hace en las películas. Aunque podría reponerlo sin problemas y sin tener que rascarme el bolsillo, dentro tengo fotos y números de teléfono que no quiero perder. Me limito a fruncir el ceño y rascarme la nuca mientras observo cómo el reflejo del sol baila entre las olas.

—Robeeer —me grita una voz desde el interior—. Rober, corre, es una emergencia. ¡Manu ha resbalado con una naranja y se ha dado una hostia contra la encimera! ¡Está sangrando! Me parece que se va a morir. Robeeeeeer. Robeeeeeer, veeeen.

Los gritos de Antonio me taladran el cerebro. Espero que Manu se haya roto el cráneo de verdad, porque si no lo ha hecho y esta tortura es para nada, los voy a tirar a todos al mar con una cadena en los pies.

Cuando entro, veo a Manu lloriqueando con una brecha en la frente y Antonio correteando de un lado a otro, asustadísimo. Salvo por la sangre y el dolor, Manu está perfecto. El que está armando escándalo como si se fuera a morir es Antonio.

Suspiro y me tapo las orejas con las manos. El que se va a tirar al océano soy yo, a este paso.

Capítulo 2

Vuelvo ese mismo día a Madrid. No tenía planeado hacerlo; paso de comilonas en familia y aguantar el frío de la capital, pero mi hermano Berna me ha dejado con la duda y quiero despejarla cuanto antes.

Me despido de mis colegas en el aeropuerto y pido un taxi que me lleve a mi apartamento. Está igual que como lo he dejado; no me acordaba de que la chica que me limpia está de vacaciones navideñas y hasta reyes no se va a pasar por el piso. Creía que me las arreglaría bien hasta entonces, pero he subestimado mi propia capacidad para generar mierda. Tendré que llamar a una agencia para que me cubra estos días.

Escojo un traje de los muchos que guardo en mi armario. Están hechos a medida y me sientan cojonudamente: no por nada me mato en el gimnasio para conseguir el cuerpo que quiero tener. Cuando me miro al espejo veo a una versión de mí mismo bastante decente.

Quizá debería afeitarme, pero la sombra de barba aún no es preocupante. Hace una semana me dio la locura y me corté el pelo muy corto. Me había cansado de llevar siempre el mismo peinado.

Me paso una mano por la cabeza y noto la aspereza del pelo; la verdad es que me gusta y estoy bastante seguro de que a mi padre y a mi hermano también. Cuando me hice una cresta me pusieron mala cara durante semanas, hasta que consiguieron que me la quitara. No les importó demasiado que haya futbolistas y modelos con el mismo peinado. Son unos pesados.

Lo que más me gusta de mi aspecto son los ojos. Los tengo grises, como mi madre. Como mis cejas son bajas y pobladas, hay quien dice que me dan aspecto misterioso e interesante. Generalmente lo suele decir quien no ha compartido una fiesta conmigo. Después de verme cantar karaoke a gritos o colgarme de las lámparas, no hay misterio que valga.

Después de juzgar que doy el pego como persona normal y de bien, cojo mi coche para ir a la casa de Berna. Como me he pasado todo la mañana y el vuelo bebiendo agua, ya no tengo apenas resaca. Sé que el éxtasis me pegará fuerte mañana o pasado, así que ya he empezado a tomar suplementos vitamínicos para no sentirme como un perro abandonado.

El chalet de Berna es uno de esos que trata de parecer antiguo y a la vez nuevo. La entrada está flanqueada por setos con forma de champiñón, pero yo voy por el camino de grava para aparcar delante del garaje. Mi hermano me mira desde la terraza del segundo piso y me saluda; yo me encojo de hombros y trato de entrar en el interior antes de que se me congelen los huevos.

—¡Feliz Año, Rober! —dice mi cuñada, Alicia, cuando me cruzo con ella en el pasillo. Hasta me da dos besos—. ¿Qué tal la fiesta?

—Bien, gracias. ¿Qué tal lo habéis pasado vosotros?

—Ya sabes, con los niños... Están en el salón por cierto. ¿Por qué no vas a saludarlos?

No hace falta que me lo diga dos veces. Adoro a esos dos monstruos: me recuerdan mucho a mí y a Berna cuando teníamos sus años. Aunque sean suyos, se nota que tienen parte de mi sangre. Miguel salta desde el sofá a mis brazos y casi me rompe los dientes de un cabezazo. El otro, David, corre a colgarse de mi hombro hasta que lo cojo también a él. Me tocan la cara con las manos pegajosas y me sonríen con las bocas desdentadas mientras me felicitan el año a gritos.

—¡No hace falta que habléis tan alto, mocosos! —les digo en broma, y los beso a ambos antes de dejarlos en el suelo. David tiene un chichón en la frente y Miguel una tirita en la nariz—. ¿Qué os habéis hecho ahí? ¿Heridas de guerra?

—Me tiré en la piscina de cabeza y toqué el fondo —dice David, muy orgulloso. Este es el que más se parece a mí-. Pero no sangré, ni nada.

—A mí me arañó David el otro día porque no me quería quitar la Tablet y era mi turno.

—¡No era tu turno! ¡Papá había dicho que podía usarla yo ahora!

Me echo a reír y les revuelvo el pelo.

—Menudo tío estás hecho —dice una voz que no identifico de inmediato, y me vuelvo para buscar a su emisora.

Verónica Alonso ha entrado por la puerta que da a la cocina sin que me dé cuenta. Me mira con una sonrisa curiosa mientras sostiene en la mano un vaso de zumo de naranja. Es la primera vez que la veo desde... ¿desde cuándo?

Que la veo cara a cara, al menos, porque ella es una aparición recurrente en las portadas de las revistas y los programas del corazón. Es raro verla en carne y hueso después de tantos años acostumbrado a verla a través de los filtros de Photoshop.

—Se hace lo que se puede.

—¡Tío Rober, ven! —dice David, y me coge de la mano para llevarme con él hasta el sofá—. Estamos viendo una peli de robots gigantes.

—Ahora no puedo. Tengo que hablar con vuestro padre... y con Vero, me parece.

Los dos niños me ponen pucheros. En otra situación estaría encantado de sentarme a ver una película con ellos, porque a diferencia de su padre, que los aguanta todo el día, yo puedo quedarme con las cosas buenas de la experiencia de tío. Pero estando Verónica aquí, no puedo escaquearme. Además, quiero saber qué es lo que se cuece con ella.

—Ven, te estaba esperando —dice ella, y ladea la cabeza hacia el pasillo para subir por la escalera hacia el piso de arriba.

La sigo sin saber muy bien que hacer. El rastro de perfume que deja es muy agradable. No recordaba que oliera tan bien cuando éramos críos.

Berna nos espera en el despacho. Como a él le gusta todo eso de trabajar y ser un hombre de bien, se ha montado un despacho mucho mejor que el de la oficina, con sus antigüedades, su escritorio de caoba y sus estanterías llenas de libros. Berna se levanta y me palmea la espalda antes de conducirnos a los dos sofás de cuero que hay a un lado.

—¿Quieres algo de beber, Roberto? —me pregunta mientras se gira hacia el mueble bar.

—Una coca-cola, si tienes.

—Tengo. —Sirve hielo y limón en un vaso y escancia una lata sin que se escape la espuma a borbotones—. Tú estás bien servida, ¿verdad, Verónica?

—Sí, no te preocupes.

La tengo sentada delante. Lleva el pelo negro largo y muy listo. Las puntas le rozan por debajo de las clavículas. Tiene la cara alargada y definida, con la piel bronceada en una cama de rayos UVA, y los ojos castaños y chispeantes.

Es de complexión delgada, lo que no me extraña siendo una modelo que aparece en las pasarelas de la mano de los diseñadores más importantes del mundo. Sostiene el vaso de zumo con delicadeza. Tiene unas manos bonitas, de uñas largas y cuidadas, y en el dedo anular lleva un anillo con un diamante bastante gordo que no me pasa desapercibido.

Vale, ahora sí que no entiendo nada.

—Mira, Vero, no es que me moleste estar contigo ni nada de eso —digo, interrumpiéndome casi al instante—. Es que... ¿de qué va todo esto? Pregunto porque mi hermano Berna me ha dejado con la curiosidad y me ha hecho venir escopeteado desde Canarias el día de Año Nuevo, así que...

Berna se sienta al lado de Verónica y pone mi coca-cola sobre un posavasos de cuero.

—Verónica está al tanto del asunto de Metrobook y, de hecho, ha sido la más entusiasmada con la idea. Eso que conste.

—Vale, ¿pero cuál es la idea? —pregunto mientras mi rodilla se mueve arriba y abajo sin control.

—Necesito que seas mi prometido al menos durante un par de semanas —dice ella, directa como siempre.

Me río.

—¿Y qué opina de esto Frank O'Neal? —pregunto mientras levanto una mano en su dirección.

—Frank estará demasiado ocupado peleando en los tribunales por pegar al policía que le detuvo cuando conducía borracho y drogado en Los Ángeles como para opinar nada —dice Verónica, y una sombra de tristeza no logra escapar de su cinismo cuando habla—. Nuestro compromiso está roto, o al menos lo estaba la última vez que hablé con él. No va a opinar nada.

Se la ve afectada por el tema, aunque haga esfuerzos por que no se note. Me gustaría extender una mano y apretarle una rodilla con afecto, pero no sé hasta qué punto sería posible hacerlo sin que se lo tome mal.

—Verónica tiene un problema con Frank y yo tengo un problema contigo —dice Berna—. Las dos cosas se solucionan dando imagen de calma y orden, y para eso os necesitáis mutuamente.

—Yo quiero recuperar el respeto internacional que me ha robado mi querido exprometido —explica Verónica—. Todos los titulares que me mencionan desde que ocurrió lo de la detención son para señalarme como la causante o la víctima. No quiero eso.

—Y tú tienes demasiada mala fama en general —dice mi hermano—, tanto frente a los accionistas, como a Metrobook, como al... mundo entero.

—¡Eh! ¡Doy muchísima pasta a organizaciones benéficas! —me defiende—. ¿Cómo que tengo mala fama?

—Por si no te acuerdas, querido hermano, cuando no estás dando dinero estás protagonizando orgías por todo el mundo.

Me pongo colorado. Si hubiera sido solo Berna, le habría mandado a la mierda sin más, o me habría reído y le habría dicho que está celoso, pero delante de Verónica es otra cosa. Verónica me sonrío y yo sacudo la cabeza.

—Vale, pero si tengo tan mala fama, ¿no será contraproducente? No querrás salir de una relación con una estrella del rock cocainómana y entrar en una con... conmigo.

—Precisamente esa es la gracia —dice mi hermano—. A la prensa le encantan las historias de balas perdidas que son encontradas por chicas decentes. La narrativa de “logré que cambiara por amor” le vendrá muy bien a ella... y muy bien a ti. Porque aunque los hombres tenemos permitido pasarnos de la raya más de lo habitual, nos viene muy bien proyectar la imagen de triunfadores padres de familia. Lo sé por experiencia.

Le miro con ojos entrecerrados. ¿Hay algo que no me haya contado todavía?

Me vuelvo hacia Verónica, confuso. Ella siempre ha sido una tía lista; si dice que le conviene, será porque tiene razón. Menuda putada lo de Frank O'Neal. Aunque hace años que no la veía, en las revistas parecía muy enamorada. Siempre que daba una entrevista mencionaba lo feliz que era con él. ¿Las drogas habrán sido suficientes para acabar con eso? Parece muy tranquila y muy lozana, así que quizá sea así.

—Bueno, yo no tengo nada que perder —digo en alto, y estiro los brazos por encima de la cabeza como si pretendiera demostrar eso mismo—. Fingir que soy tu novio es todo un honor, Vero. Espero estar a la altura.

—Novio no, prometido —dice ella—. Hemos pensado que tiene más peso. Parece más... definitivo.

—Pero no te preocupes: cuando hayamos cerrado el trato con Metrobook y Verónica considere que ha pasado el tiempo suficiente para beneficiar a su carrera, cortaréis de manera amigable y demostraréis lo maduros que sois delante de todo el planeta.

Me echo a reír. Será la primera ruptura en la que participe que acabe bien. Hasta el momento solo he tenido berrinches, exes vengativas y momentos bochornosos, como cuando me han pillado en la cama con quien no debía. Será la primera vez que esté en una relación con alguien y no me sienta encerrado. Además, ¿qué demonios? Así podré reconectar con Verónica. Siempre le tuve mucho cariño.

—Entonces está decidido, ¿no? —dice ella, y tiende la mano para estrechármela.

La tomo entre las mías y la aprieto afectuosamente, mientras sonrío.

—Decididísimo. Tú y yo a muerte.

Capítulo 3

Cuando éramos adolescentes, Verónica y yo fuimos buenos amigos. Por entonces yo tenía un acné asqueroso que me hacía retraído y tímido. Nunca he sido introvertido, al contrario que Berna, pero la perspectiva de ser llamado “carapizza” o “caracráter” por mis pares me hacía elegir muy bien a las personas con las que me relacionaba. Los adolescentes pueden ser verdaderos cabrones.

Verónica venía conmigo al instituto y también era de padres bien. Creo que siempre ha sido así de guapa, aunque ella no se lo creyera demasiado. Se le daban bien los estudios y siempre sabía los ejercicios que había que hacer para el día siguiente, a diferencia de mí. Si no llega a ser por Verónica, es improbable que hubiera conseguido pasar de tercero de la ESO.

No sé muy bien por qué nunca me gustó. Supongo que estaba demasiado flipado con la idea de que una chica como ella me hablase cara a cara como para preocuparme por mis sentimientos. Era amable y nos reíamos juntos, y a los dos nos gustaba el baloncesto y dibujar. Creo que nunca la vi como nada más que una amiga. Me alegro de que fuese así, la verdad. De haber tenido algo, sé que antes o después lo habría mandado a la mierda porque soy un maldito desastre.

Todo esto que ha propuesto Berna me ha tomado de sorpresa, pero no puedo decir que me disguste. Eso sí: cuando mi hermano baja para atender a sus críos y nos deja solos, aprovecho para invitar a Verónica a dar un paseo por los alrededores en un intento de sondear nuestra vieja amistad.

—Es una mierda eso que te ha pasado con tu chico —le digo mientras caminamos entre los setos, las manos metidas en los bolsillos.

—Ya no es mi chico —responde con un atisbo de tristeza—. Después de lo que me ha hecho, no será mi chico nunca más.

—¿Puedo... preguntar de qué estás hablando?

Verónica sonrío de medio lado.

—La policía encontró coca en la guantera y él dijo que era mía. Habíamos estado discutiendo todo el camino porque se había empeñado en conducir

aunque estaba puesto hasta las orejas. Yo creía que nos iba a matar, pero... La verdad es que estaba tan harta de todo que llegué a pensar que sería lo mejor. Empotrarnos contra un tráiler y adiós, ¿sabes? No tener que pensar más, no tener que aguantar más su jodida adicción y sus tonterías.

Silbo entre dientes.

—¿Y la policía se lo creyó? ¿Te han empapelado?

Verónica niega con la cabeza. La melena le ondea cuando lo hace.

—No. Pero su agente le ha seguido el juego en las entrevistas y algunas publicaciones me culpan a mí. —Deja escapar una carcajada amarga—. Pedazo de cabrón... Y pensar que al principio daba palmas con nuestra relación. Después de estar liado con un par de cantantes drogadictas, acabar conmigo era su sello de buen comportamiento.

—Frank O’Neal tiene fama de vivir al estilo rock n’ roll. Todo esto no hace más que alimentarla.

—Sí, pero yo no. Y, además, a él le pasa un poco como a ti, ¿sabes? La gente que cuenta con él se está cansando de sus tonterías. —Levanta las cejas y se da cuenta de las implicaciones de lo que acaba de decir—. Perdona. En realidad no sé ni lo que...

Me echo a reír.

—Tranquila, descuida. Entre tú y yo, soy bastante tarambana. No tanto como dice Berna, pero lo suficiente como para que mis padres gruñan entre dientes y amenacen con desheredarme. Algo que no ocurrirá nunca, por supuesto.

Verónica sonrío, pero solo con la boca. En su mirada todavía hay tristeza.

—Confío en ti. Incluso aunque haya pasado este tiempo y no hayamos hablado durante años, confío en ti.

—Lo que no sé muy bien es por qué —confieso, y vuelvo a reírme—. No se puede decir que te ayudara demasiado cuando éramos críos. Recuerdo más bien que era al contrario.

—Oh, ¿no te acuerdas? —Verónica parece sorprendida—. ¿Se te ha olvidado lo que pasó en la fiesta de Germán?

Frunzo el ceño.

—¿En la fiesta de Germán? ¿Qué fiesta?

—Teníamos dieciséis años. Germán, uno de nuestra clase, nos invitó a una fiesta en su casa mientras sus padres estaban de viaje. Era verano. ¿No te acuerdas?

Veo en mi mente una escena difusa en un salón desconocido, con reguetón y hip-hop machacón, litronas de cerveza y botellas de licor de melocotón. Había chicos y chicas que no conocía, y estaba Verónica, y estaba Germán, y había...

Recuerdo a uno de los amigos de Germán, un tío enorme de unos dieciocho, echando una pastilla en el vaso de plástico de Verónica. Recuerdo que me miró y se echó a reír, como si aquella no fuera más que una broma pesada. Como si yo tuviera que seguirle la corriente mientras pretendía drogar a mi amiga.

Verónica estaba en el baño y había dejado el vaso sobre la mesa, segura de que nadie intentaría hacer lo que aquel capullo estaba haciendo. Lo vi darse la vuelta y dirigirse hacia otro de sus colegas y yo, en un arranque de mala leche que no había calculado, cogí el vaso y se lo estampé en la cabeza.

El vaso reventó en mis manos y su contenido se esparció por todas partes. No le hice daño, pero le sorprendí. Y le cabree. Cuando se dio la vuelta me zurró dos puñetazos que me dejó bailando; por entonces todavía no iba al gimnasio. Dos de sus colegas se le unieron y me patearon, pero justo en ese momento llegó Verónica y me protegió de la paliza.

Salimos pitando de allí, yo sangrando de la nariz y muy magullado y ella asustadísima. Me preguntó qué había pasado y no fui capaz de explicárselo. Le dije que era mejor que lo olvidáramos y que no volviera a dejar sola su bebida. Nunca supe si lo había entendido o no; había seguido mi propio consejo al pie de la letra.

—Ah, joder, sí —murmuro, y me dan ganas de golpearme la frente para castigarme por la mala memoria—. ¿Es por eso?

—¿Bromeas? A saber lo que quería hacer el chico ese. Luego, mi amiga Cristina me dijo que lo había visto desde lejos, pero que no se había atrevido a hacer nada. Fue entonces cuando me di cuenta de lo que había pasado y que me habías salvado de un buen lío.

—No iba a dejar que te drogase un gilipollas —digo entre dientes—. Vamos, ni a ti ni a nadie.

—Ya. Es por eso por lo que me fío de ti. Hasta para hacer como que estamos prometidos. ¿Te parece raro?

Verónica me sonrío. Tiene una mirada muy bonita, cálida y seductora. Yo se la devuelvo. No sé por qué, pero me pica la cara, como si los granos que ya no tengo estuvieran a punto de emerger otra vez.

—Visto así, no.

—Por eso, cuando me encontré con Berna y me comentó lo que estaba pasando, se me ocurrió el plan de inmediato. Con cualquier otro habría tenido más reticencias, pero contigo... —Algo le brilla en la mirada. Veo que evita mis ojos de inmediato, como si hubiera algo que quisiera ocultarme, pero eso solo me fascina más—. Bueno, somos amigos, ¿no?

—Exacto. ¿Y cuándo dices que empezamos a hacer todo eso de ser pareja?

Verónica sonrío enseñando los dientes.

—Mañana tengo un evento y me gustaría que vinieras conmigo. Si te viene mal, estoy segura de que mi hermana...

—Puedo ir contigo —contesto de inmediato.

—Es una gala benéfica contra el cáncer. Se supone que vamos los ricachones a hacer donaciones y a convencer a otros ricachones de que hagan lo mismo.

—He estado en miles de esas. Sabré qué hacer.

Verónica me coge del brazo.

—Trae un esmoquin. Yo tengo un vestido que estaba reservando para la ocasión. No es nada demasiado despampanante, pero me apetece mucho lucirlo. Seguro que daremos para unas fotos estupendas.

—Seguro que sí. —Me echo a reír y le aprieto la mano con la que me sujeta el codo—. Sobre todo ahora que ya no tengo granos por toda la cara.

—Nunca has sido feo, Rober.

—Pero ahora estoy mejor, ¿verdad?

—Lo cierto es que sí.

—Pues perfecto para las fotos.

No pasamos mucho tiempo solos; ella tiene otro compromiso y no tarda en marcharse de allí. Me despido de Verónica con la mano y espero a que su coche desaparezca más allá de la verja para volver sobre mis pasos y ver a mi cuñada y a mis sobrinos.

Durante toda la tarde me acompaña una sensación extraña, cálida. Es como si me acabara de beber un tazón de sopa hirviendo y su ardor se extendiera por mi pecho sin llegar a disiparse. Cuando vuelvo a casa me descubro abriendo los archivos descargados de mi viejo Tuenti para recordar mis años de adolescencia.

Allí veo a Verónica muchas veces, en muchas fotos. Leo nuestros comentarios y nuestras bromas privadas, algunas de las cuales ya había olvidado, y sonrío. Apenas hay fotos mías. Mi aspecto no me gustaba para nada. Pero siempre que salgo en una foto, Verónica está conmigo, como si fuera el único motivo por el que me atrevo a salir delante de la cámara.

A la noche siguiente, los flashes vuelven a cegarnos mientras estamos juntos. Me he puesto un esmoquin, como ella ha sugerido. Cuando la he visto aparecer en la puerta de la sala de fiestas me he quedado boquiabierto.

Puede que yo me haya esmerado en mi aspecto físico (si es que a afeitarse y ponerse un traje salido de la tintorería puede considerarse un esmero), pero ella está maravillosa. Se ha recogido el pelo y se le ve el cuello, muy fino, y la delicada curva de la mandíbula. De las orejas le cuelgan pendientes de brillantes y tiene ese aire regio de modelo de pasarela.

Viene hacia mí de inmediato. Lleva un abrigo por encima del vestido blanco, con un escote generoso. Está delgada y esbelta, más de lo que recordaba. No es mi tipo, pero tengo que reconocer que aunque no lo sea no puedo apartar los ojos de ella.

—Estás muy bien —me dice, como si leyera mis pensamientos, y se apoya en mi pecho para darme un beso en los labios.

Vale, eso no me lo esperaba. Supongo que era de esperar, pero no estoy acostumbrado a tenerla tan cerca. El roce es suave y muy corto. Sobre los labios me queda la huella húmeda de su beso, la única confirmación que tengo

de que realmente ha ocurrido y no soy yo, que me lo invento. Tengo que obligarme a tragar saliva. Madre mía.

—Tú también estás muy bien —respondo.

Roberto, por favor. Vamos a centrarnos un poco.

Esperamos un poco y llegan más coches y taxis. De los asientos traseros salen gente tan bien vestida como nosotros, pero ni por asomo tan atractivos. Son deportistas, modelos y gente importante de la sociedad madrileña. A muchos los conozco de fiestas como estas; nos saludamos con un apretón de manos o un cabeceo y ya está. A unos cuantos los conozco de otro tipo de fiestas. Fiestas como mi nochevieja particular a bordo de un yate en Canarias, con coca y anfetaminas, y muchísimo alcohol.

Estar allí, jugando a ser un hombre de bien entre tantos hombres haciendo lo mismo, me da la risa. Verónica lo nota y se vuelve para interrogarme con una mirada. Yo me pego a ella y le murmuro entre dientes algunos de los secretos de esas personas.

—He visto al señor Rocafort en lo alto de una rubia mientras hacía poses a lo Christian Bale en *American Psycho*, pero con barriga. —Señalo con la mano a una mujer entrada en años, con abrigo de pieles y acompañada de un novio veinte años más joven—. Carlota Balaguer me la chupó en un baño durante una gala contra la esclerosis múltiple. —Más adelante vemos a Ángel Martínez, el famoso tenista—. Y el bueno de Ángel debería dar positivo en más test de los que existen, si se mete la mitad de cosas que le he visto meterse.

Verónica se echa a reír.

—¿Te has planteado darte al noble arte del chantaje?

—Sería una tontería. Ellos me han visto hacer cosas peores. Para mí acabaría siendo una ruina.

—Razón de más para aprender a comportarse, ¿no te parece, Rober?

Pasamos por la zona del photocall obligatorio. Rocafort, Balaguer y Martínez ya han hecho su pase y ahora nos toca a nosotros. Verónica entrelaza sus dedos con los míos y tira de mí hacia las vallas publicitarias. Los fotógrafos nos acosan con flashes y preguntas. Esta es nuestra primera aparición como “pareja” oficial, así que es importante dar una buena

impresión.

—Vaya, vaya, Verónica Alonso y Roberto Salas —dice una reportera de alguna revistucha del corazón. Debe de ser nueva, porque yo no la conozco—. Estoy empezando a ver un patrón en esto, ¿eh?

Verónica finge una sonrisa y aparta un mechón de pelo con la mano, sin soltarme la mía con la otra.

—Roberto es un viejo amigo —dice ella con una voz que no parece la suya.

—Bueno, viejo amigo o algo más, ¿no? Se os ha visto muy acaramelados.

—Somos dos amigos que se han reencontrado y han descubierto que tienen muchas cosas en común.

—Entonces, Frank O’Neal... ¿Podemos decir que lo vuestro está muerto y enterrado? —pregunta la reportera, muy interesada. Quiere un titular y lo quiere ya.

—Frank ya no significa nada para mí —confirma Verónica, y yo le doy un suave apretón en la mano.

—¿Y qué opinas tú de todo esto, Roberto?

—A mí con estar con Verónica me basta —digo, tan serio como puedo.

Dejamos atrás a la reportera y Verónica me dedica una sonrisa especial. Supongo que ha ido bien, aunque a mí me ha parecido que la periodista venía a sacar sangre y a ponernos en un compromiso.

—¿Has conseguido lo que querías? —pregunto, para estar seguro.

—Esa chica era una de las reporteras de Qué me cuentas. Mañana habrá un artículo sobre nosotros en su web y en la revista, y seguro que se harán eco de ello en los programas de televisión. Mira. Bueno, no mires. Cuando puedas, fíjate en esa cámara. No hacen más que seguirnos.

—Entonces igual es mejor que nos demos un beso, ¿no?

—Un pico rápido, venga.

Verónica se para y se gira hacia mí. Apoya las manos en mi cintura y busca mis labios. Como lleva zapatos de tacón estamos a la misma altura, así que yo ladeo la cabeza y recibo su beso. Está fresco y mentolado, y cuando termina

siento una comezón intensa en el estómago que se multiplica por mi vientre. Me cuesta respirar.

Joder, Verónica. No me esperaba esto, te lo juro.

La tomo de la mano y la sigo a todas partes. Durante el evento procuro beber poco, por si me voy de la lengua, y charlar con mis conocidos y mencionar casualmente que he venido con Verónica. Ella hace lo propio y, más de una vez, me topo con su mirada desde el otro lado del salón. No sé en qué estará pensando, pero sonrío.

Cuando todo termina, nos dirigimos hacia la puerta y esperamos a nuestro taxi como unas cuantas parejas más. Carlota Balaguer me echa una mirada interesada pero yo la ignoro. La verdad es que no tengo que esforzarme: solo tengo ojos para Verónica. Quiero que vuelva a besarme, que me apriete la mano o se acerque a mí. ¿Cómo no me había dado cuenta hasta ahora del bellezón que tenía por amiga?

Nuestro taxi llega y nos recoge. Decidimos que deje primero a Verónica en su casa y luego a mí en la mía. Está muy contenta.

—Todo ha salido estupendamente —dice, y sus ojos chispean.

—Me alegro.

La miro fijamente esperando a que la penumbra y el ambiente animado hagan el resto. Ahora es cuando en las películas el héroe y la heroína se dan cuenta de lo que sienten el uno por el otro y se dan un beso de los que rompen el cuello. Pero Verónica no hace nada de eso. Saca su móvil del bolso y revisa las notificaciones, y hasta se pone a grabar una nota de voz para una amiga.

Yo me separo de ella y apoyo el codo en la ventanilla mientras las luces de la ciudad me acarician la cara. Ha sido un espejismo. No debería dejarme llevar así. Se supone que todo esto es un cuento chino, que acabará tan pronto como ella lo diga. Esto funciona porque hemos quedado en que es mentira, nada más. Si fuese de verdad, acabaría fatal, como todo lo que he intentado en otras ocasiones. Soy un desastre en el terreno emocional.

Llegamos a su edificio de apartamentos y el taxi se detiene. El conductor no dice nada, concentrado en la radio como está. Verónica recoge su bolso, se recoloca su abrigo y me sonrío.

—Bueno, Rober. Te llamaré para la próxima vez.

—Espero que no tardes mucho. Me lo he pasado bien esta noche —digo con una gran sonrisa.

—Yo también, yo también.

Se inclina y me besa... en la mejilla. Su fragancia se pega a mi piel. Tiene los labios tan cerca y a la vez tan lejos... Si no fuera ella, le diría que cómo no me invita a subir con ella a tomarme la última copa... y algo más. Pero es ella, es Verónica. Es mi amiga. No quiero arruinar nuestra amistad.

—Hasta la próxima.

—Que descanses.

Sale del taxi y me despido con la mano.

El conductor no tarda nada en salir disparado hacia mi casa, así que no puedo quedarme a ver cómo entra en el portal.

Este no era el plan, Rober. Este no era el plan en absoluto. Se suponía que era una pantomima para nuestro mutuo beneficio, no una excusa para que se te pusiera dura. Tienes muchas otras tías con las que desfogarte. ¿Por qué vas a elegir a la que más te importa?

Capítulo 4

Una semana después, tenemos reunión con los dueños de Metrobook. Me he pasado los últimos días dando paseos románticos a la luz de la luna junto a Verónica, que ya ha hecho público nuestro compromiso. Hasta llevo puesto el anillo de diamantes de la familia, aunque han tenido que arreglármelo para que me entre en el anular. Qué puedo decir, yo lo tengo más grande. Espero que no sea lo único.

El caso es que mi hermano quiere mostrar mi nueva persona, reformada y fiable, para facilitar el cierre del trato. No es la primera vez que acudo a una reunión así, claro, pero sí la primera en la que tengo que esforzarme por parecer algo que no soy. Otros socios admiten mi estilo de vida y mi personalidad, pero parece que en Metrobook son demasiado carcas como para reconocer a un verdadero triunfador.

El señor Álvarez es el jefe de la empresa, un hombre que roza los setenta y que probablemente no tenga ni idea de lo que son los libros electrónicos que vende. Como en mi empresa, lo acompañan sus hijos: Alberto, un tío de mi edad con pinta de surfista perdido en Madrid al que le han puesto un traje y corbata a la espera de que logre comportarse (como a mí) y Susana, de la edad de Berna, rubia y muy seria en su combinación de chaqueta y falda. Tiene una cara interesante hasta con esa mueca de oler a mierda, no lo voy a negar.

Mi hermano me presenta y, aunque no habla abiertamente sobre mi compromiso con Verónica ni sobre las noticias que sobrevuelan los platós de televisión y las redacciones de las revistas del corazón, casi cada interacción que tiene conmigo lleva implícito ese mensaje. Soy un hombre nuevo y reformado, un bala perdida al que han logrado enderezar con el poder del amor.

Me pide opinión y espera que suavice el ambiente con mis comentarios chistosos, y yo me porto como un perro bueno y ladrador cuando es oportuno. Hasta consigo que a Susana Álvarez se le iluminen los ojos. Creo que hasta ahora solo había conseguido eso su vibrador.

—Supongo que sería oportuno un paralelismo entre la firma de la compra y su boda, Roberto —dice el señor Álvarez—. ¿Qué mejor manera de apostar

por una vida nueva?

Me echo a reír.

—Bueno, lo cierto es que sería mejor que la firma ocurriera antes que mi matrimonio —digo intentando no parecer alarmado por el giro de los acontecimientos—. Mi prometida y yo no hemos fijado todavía una fecha.

—¿Y el compromiso...? —pregunta Susana.

—Somos unos románticos. Nos gusta la idea de hacer público nuestro amor y dejar bien claro que tenemos un proyecto en común aunque nuestras vidas ajetreadas nos obliguen a dejar la ceremonia para más adelante.

—Ya veo —dice ella, y algo en su mirada me hace pensar que es peligrosa. Me muevo en mi silla, incómodo—. Pero es una relación relativamente nueva, ¿no?

—De cara a la prensa, sí —responde Berna, pero yo le interrumpo.

—Verónica y yo somos viejos amigos de instituto. Nos pasamos desde los quince a los dieciocho pegados con Superglue. He tenido más relación con ella que con nadie más en toda mi vida: si tuviera que casarme con alguien, la elegiría sin dudar. Quiero decir... La he elegido sin dudar. No es una relación nueva. Es una relación larga con... una pausa en el medio.

—Deja al pobre chico en paz —le dice su padre—. Yo lo veo natural. Es muy importante casarse con una mujer a la que admires y adores, Roberto. Yo tuve la suerte de casarme con una mujer que me apoyó y quiso durante todo el tiempo que estuvo conmigo. El mayor regalo que me ha dado la vida, se lo aseguro.

El viejo tiene los ojos vidriosos. Vaya, vaya. Así que es un romántico. Por eso tanto hincapié en que yo fuese un hombre de familia con una mujer digna de mi brazo, ¿no? Berna vende esa imagen allá donde vaya, con felicitaciones navideñas de WhatsApp y todo; solo quedaba yo.

La ranciedad de lo políticamente correcto me deja alucinado en ocasiones. Hasta donde el señor Álvarez sabe, Berna y mi cuñada pueden ponerse de coca hasta las cejas en sus ratos libres... pero lo importante es la imagen de corrección que se proyecte. Entrar en el molde y comportarte bien, aunque sea la cosa más aburrida del mundo y te entren ganas de vomitar cada vez que te pones una corbata.

Bueno, ahora estaba hablando de mí. La verdad es que dudo que Berna y Marta se metan coca. Estoy bastante seguro de que ellos son así desde todos los ángulos, sin dobleces. Mi hermano siempre ha sido muy perfecto.

Después de la reunión les invitamos a tomar un cóctel para tenerlos contentos. Mi hermano se pega al señor Álvarez e hijo y les aburre hablando sobre paddle y esas cosas que le gustan a él. Yo me quedo a un lado mientras le doy sorbos a mi vermú. Me han puesto una aceituna, pero la tiro al suelo sin comérmela. Odio las aceitunas.

Susana Álvarez se apoya en la barra del bar y me mira de medio lado. No tengo muy claro lo que está pensando, pero puedo imaginarme que no es nada bueno. Es más despierta que su padre y su hermano y, por algún motivo, la tiene jurada conmigo.

—Cuando leí que estabas prometido, se me hizo difícil de creer, la verdad —dice mientras me roza el pecho como quien no quiere la cosa. ¿Cuándo ha empezado a tutearme? —. No soy una mujer a la que le gusten los cotilleos, pero no me imaginaba que alguien pudiera echarme el lazo.

Me sonrío.

—¿Echarme el lazo? ¿A mí? ¿Por qué no...?

—Se oyen muchas cosas si se presta oído a las voces adecuadas. Eres toda una leyenda, ¿sabías?

—¿Una leyenda? —Una sonrisa asoma a mis labios—. ¿A qué te refieres?

—A que no es raro que cierres los tratos en la oficina y en la cama, si la ocasión se tercia. No te hagas el sorprendido: creo que los dos sabemos que hay unas cuantas candidatas que podrían habérmelo dicho.

En mi defensa diré que hace mucho tiempo de aquello. Puede que me haya acostado con alguna de las socias de la empresa, pero siempre después de una o dos botellas de ron. Puede, incluso, que me haya acostado con las mujeres de los socios de la empresa. Puede que los mismos socios estuvieran presentes. Puede que haya pasado más de tres veces. Puede que después de la segunda vinieran a buscarme sabiendo exactamente lo que se iban a encontrar.

Alzo las cejas y suspiro. Siento que se me calientan las mejillas, aunque decido echarle la culpa al vermú de eso. Me doy la vuelta y me encaro al camarero para pedirle un vaso de agua, pero en realidad lo que intento es huir

de la mirada de Susana.

—Eso era antes. Ahora ya no —digo entre dientes.

—¿Por Verónica Alonso? ¿Tan buena es?

—¿Tan difícil de creer es que me haya reformado?

Se echa a reír.

—Los hombres como tú no cambian nunca. Puedo sentir al depredador por debajo de este disfraz de hombre decente. Además —Se aprieta contra mi brazo y siento su mano husmear a la altura de mi ombligo—, no hace ni dos semanas que estabas en Canarias dándolo todo en una fiesta de Nochevieja.

—¿Cómo sabes...?

—Mi padre y mi hermano son tontos, pero yo no. Conozco a más personas de las que crees, Roberto, y ellas te tienen calado. —Su aliento me roza la mejilla. Su cuerpo está cada vez más cerca del mío. Lo único que le queda es tocarme el paquete por encima del pantalón, pero no lo hará en un bar lleno de gente con su familia y la mía a dos pasos. Vamos, al menos eso espero—. En realidad, me importa muy poco lo que hagas en tu vida privada... pero dado que vamos a ser socios, creo que deberíamos... conocernos mejor.

No voy a negar que me siento seducido por la idea. No me esperaba que debajo de la máscara fría de Susana hubiera esto, y la verdad es que me apetece mucho seguir buceando bajo sus capas y averiguar cómo de caliente está en el fondo. Pero Berna me necesita. Verónica me necesita. No puedo dejarme llevar como hago siempre. No esta vez.

—Pues es una lástima —digo con una sonrisa—. Si me lo hubieras dicho hace un par de meses, chica, te habría complacido con mucho gusto. Pero tengo un compromiso con Verónica y la quiero. Lo siento.

—Más lo siento yo —dice ella al tiempo que se separa. En su expresión aparece una tirantez que había perdido mientras trataba de seducirme. Estoy un poco cachondo, no puedo negarlo, pero decir en alto que tengo un compromiso con Verónica me ha hecho sentir... diferente. No es tan fácil desdecirme y seguir adelante ahora. Quiero cumplir con mi parte del trato y ayudarla, ser digno de su confianza—. En fin, otra vez será.

—La próxima vez que fusionemos nuestras empresas —respondo, y no me

doy cuenta de lo peligrosas que son las implicaciones de mis palabras hasta que es demasiado tarde.

Susana me dedica una mirada cargada de interés, toma su copa de la barra y se vuelve con su padre para escuchar los insulsos chistes de Berna.

Como necesito recuperar la compostura y volver a hablar con Susana ahora es lo último que me apetece, saco el móvil y le envío un mensaje a Verónica.

Rober: Oye, Vero, ¿sigue en pie lo de mañana?

Vero: Claro. ¿Te ha surgido algo?

Rober: No, qué va. Es solo que tengo muchas ganas.

Vero: ¡Ese es el espíritu! La reserva está cerrada desde ayer. Recuerda: mañana a las nueve pásate a recogerme por mi casa. Llevo viendo reporteros en la puerta un par de días, así que prepárate para un encuentro romántico.

Al leer eso, el corazón me salta en el pecho. Basta, Rober. No seas crío. Ya hemos quedado en que esto no puede ser: límitate a cumplir con tu parte del trato, haz de prometido ideal frente a la prensa y aguanta hasta que todo esto acabe. Ya podrás meterla en caliente cuando termine... y sin líos.

Cuando los Álvarez se van, mi hermano se ofrece a dejarme en mi casa. Está muy contento, así que entiendo que todo ha salido como planeaba.

—Así sí, hermanito —me dice muy sonriente—. Hemos acordado la parte informal y en un par de semanas firmaremos el papeleo. Lo único que tienes que hacer es seguir como hasta ahora y todo irá bien.

—Que sepas que Susana ha venido a por mí como un tiburón que acaba de oler sangre —digo con la mandíbula apretada—. He tenido que aguantarme como un campeón.

—Es que la fama te precede, Roberto. Si hubieras tenido la polla en los pantalones mientras nos ocupábamos de la empresa, no tendrías que sudar la gota gorda cada vez que alguien te pone en evidencia. Pero gracias por aguantarte. Estás aprendiendo a ser responsable.

—No lo he hecho tanto por ti como por Verónica —respondo con un gruñido.

—Entonces hice bien en escogerla a ella. Sabía que para que todo saliera bien tenía que importarte un poco.

Cuando dice esto, mi corazón vuelve a palpitar con fuerza. Tengo muchísimas ganas de que llegue mañana para volver a verla. No sé cómo han pasado tantos años sin que piense en ella, pero parece como si hubiéramos vuelto al instituto y necesitara pasar horas y horas junto a mi amiga. Sé que esto me va a dar problemas, pero no puedo evitarlo. Soy débil.

Capítulo 5

Recojo a Verónica a la hora acordada y, como esperábamos, hay un puñado de reporteros que nos reciben en cuanto salimos del recinto privado de la urbanización. Verónica me coge de la mano y hace como si no se hubiera enterado de los flashes y preguntas que nos acosan. Yo la conduzco a mi coche y subimos a bordo, pero antes de que me ponga el cinturón y mientras los reporteros nos rodean, ella me toma de la nuca y me da un beso largo e intenso.

Joder, eso no me lo esperaba. Jadeo sin poder evitarlo y busco a tientas el cinturón de seguridad para abrochármelo. Tengo que pitar a un becario que se ha subido encima del capó para sacarnos una foto del momento y acelero antes de que se baje del todo, pegándole un susto tremendo. Pero ni eso me hace reír ahora mismo. El corazón tamborilea en mis sienes como una resaca de lo más pegajosa, solo que... buena.

—Vaya beso —digo entre dientes mientras nos alejamos de allí de camino al restaurante.

—Perdona si ha sido muy bruto. Se me ha ocurrido que si podían vernos dándonos un buen beso se podía animar un poco la cosa.

—¿Por qué lo dices?

—Mi agente me ha pasado un debate en televisión sobre nosotros. Dicen las típicas tonterías de siempre, pero empieza a cobrar fuerza la idea de que tenemos algo que ocultar. Por eso hay que intentar ser un poco más cariñosos de la cuenta. En público, quiero decir.

—Entiendo. Bueno, por mí no te cortes. Como si me quieres meter mano.

—Eso, para cuando esté realmente desesperada. ¿Qué tal te ha ido en tu reunión de ayer? ¿Todo bien?

—Todo va viento en popa. Firmaremos en un par de semanas y Berna está muy contento. No deja de hablar maravillas de ti. Creo que empieza a pensarse que esto va en serio o algo por el estilo.

Verónica sonrío.

—Más vale que no. ¡No quiero arruinarle las ilusiones!

Eso me cae encima como un jarro de agua fría. Tal vez no quiera arruinarle el sueño a mi hermano, pero a mí me acaba de dar una ducha helada. Mis manos se crispan en el volante. Cuanto más lejos está de mí, más la deseo.

Aparcamos en un aparcamiento subterráneo cercano y vamos a pie hasta el restaurante. Ella habla con el maitre para que nos lleven a la mesa. Es uno de esos sitios clásicos y muy caros, en los que el menú cuesta 200 euros el cubierto y hay unas cuantas Estrellas Michelin en la entrada. Como hoy es miércoles no ha habido problema para reservar mesa, pero tampoco es que estemos solos precisamente.

Mientras pasamos, reconozco a dos futbolistas a los que solo he visto en la televisión, a un famoso cocinero y a un actor con su pareja. Ocupamos nuestros asientos en una de las mesas centrales, escogida a propósito por Verónica sin ninguna duda, y pedimos el vino y dos menús degustación.

Hoy, Verónica se ha puesto un vestido rojo escotado que le sienta de maravilla. Yo he escogido un traje sin corbata, para no variar, y me pregunto qué opina de mí. Me cuesta apartar la mirada de ella, pero por su parte no parece existir esa necesidad. ¿Cómo lo hace? Quizá, después de todo, solo me vea como a un amigo. Quizá ella tenga la cabeza más fría que yo y haya comprendido que la única manera de que todo esto salga bien es manteniendo el sexo y el amor lejos de los negocios.

Tenemos una cena tranquila y agradable, sin sorpresas. Yo no he venido antes a este restaurante, así que me dejo guiar por sus propuestas y tomo los mismos platos que ella. No sé cómo, con ese cuerpo suyo tan pequeño, es capaz de acabarse toda la comida. Incluso a mí me cuesta. Quien diga que en los restaurantes de muchos tenedores se acaba saliendo con hambre no ha ido a uno en la vida.

—Tengo el metabolismo rápido —dice sonriendo cuando le hago una observación al respecto.

—Qué suerte, ¿no? Tantas mujeres y tantos modelos haciendo dieta...

—En realidad no es tan bueno. Es un desajuste hormonal; tomo pastillas para tratar de equilibrarlo, ¿sabes? —Verónica ladea la cabeza—. Si supieras cuántas veces me han preguntado si tengo problemas psicológicos o me han sacado en las revistas como el ejemplo de lo mucho que nos machacan en la

profesión... Lo que, por otro lado, tampoco es que sea mentira. Yo soy de las pocas que no tiene que seguir una dieta espartana para conseguir entrar en la ropa que nos diseñan.

—Supongo que vivir bajo una lupa constante no es agradable.

—No lo es. No lo es en absoluto. Me gusta ser modelo, no te voy a mentir, pero a veces querría dedicarme a algo que no exigiera tanto de mí. Paso mucho tiempo viajando de acá para allá. La gente está demasiado pendiente de lo que hago o dejo de hacer y... —Suspira, triste—. A veces me pregunto si lo que me ha pasado con Frank es por todo esto. Si es culpa mía por no haber escogido otra profesión más grata.

—Oye, eso no es verdad —digo por encima de mi plato—. Tú no tienes la culpa de que tu ex sea un gilipollas cocainómano. ¿Por qué iba a serlo? ¿No crees que hay idiotas en toda partes? No será porque no me los haya encontrado. Hasta yo soy idiota.

—Tú no eres idiota, Rober —dice riendo—. En realidad eres un tío bastante genial.

—No hace falta que me adules, cariño. Mi ego se basta y se sobra para inflarse cuando es necesario.

—Lo digo en serio. No tengo muchos amigos varones. Me hacían sentir... rara. Pero contigo estoy bien. Siento que estoy donde quiero estar.

Aunque es un cumplido, no me sienta demasiado bien. ¿Qué quiere decir con eso? ¿Qué en realidad no le intereso como nada más? ¿Que soy un cabrón por desearla cuando se supone que solo somos amigos?

Ella cambia de tema y se pone a contarme los proyectos que tiene para dentro de unas semanas y yo la escucho, pero al mismo tiempo mi mente divaga y se pierde. Me imagino confesándole lo que empiezo a sentir por ella y cargándome lo que hemos empezado a reconstruir. Me imagino fallándole y... la verdad... no creo que pueda soportarlo. Rober, tío, entra en razón. Trata de contenerte y sé un hombre adulto, ¿vale? No puedes picar todas las flores. No puedes picar esta.

Antes del postre voy al baño y me lavo la cara para refrescarme. Suspiro como un colegial. No, no sigas por donde estás yendo, tío. No sigas porque te vas a acabar quemando. ¿Por qué no puedes contentarte con las cosas buenas

que te da la vida por una vez?

Compartimos una degustación de postres de todo tipo. Hay tarta de chocolate, coulant, tarta de queso y fruta con crema inglesa. En un ramalazo romántico, tomo un trozo de plátano y crema y se lo llevo a Verónica a los labios. Ella los abre y prueba, y me sonrío. Esto es lo que hacen las parejas, ¿no? Prueban juntos el postre del mismo plato y se ofrecen los mejores trozos.

Los camareros y las personas que nos rodean podrán dar testimonio de que somos dos jóvenes enamorados que disfrutan de una cena juntos como cualquier otra pareja. Podrán contárselo a los reporteros que vengan a preguntar, si quieren. Es todo parte de la pantomima.

Me imagino cómo será besar ahora sus labios. Estarán dulces y sabrán a crema y a chocolate. Me pregunto cómo besaré cuando lo sienta de verdad, cómo abriré la boca para rozar su lengua con la mía mientras nuestros pechos se tocan y mis manos rodean su cintura. Cómo sabrá su cuello cuando me incline a probarlo. Cómo se estremecerá debajo de mí cuando le clave suavemente los dedos en esa piel tan pálida que tiene.

Tengo que suspirar y apartar la mirada. Espero que no se haya dado cuenta de lo que me pasa, ni sea capaz de escuchar los latidos de mi corazón. Verónica ha sacado el móvil para comprobar un par de cosas. Bien. Todavía puedo reponerme y actuar con normalidad. Vamos, Rober. No seas gilipollas.

Le obligo a aceptar que yo pague la cuenta aunque la idea haya sido suya.

—No sabía que eras de los antiguos —me dice con una risita.

—No lo soy. A la próxima podrás invitarme tú —digo, guardando mi tarjeta de crédito de vuelta en la cartera.

La conduzco al aparcamiento y le abro la puerta.

—Madre mía, qué galante —bromea—. ¿Has estado dando clases de protocolo?

—Berna diría que es buena idea, pero creo que no voy a ceder en eso.

Bromeamos de camino a su casa. Paro el coche delante de la puerta, donde ya no queda ningún reportero. Ella se quita el cinturón de seguridad y yo hago lo mismo.

—Ha sido una noche genial —dice, y me sonrío.

—Es verdad.

Y, sin pensar, me inclino y la beso.

Es un beso raro, lo notamos de inmediato. No hay nadie a nuestro alrededor para verlo, así que es gratuito e inconsciente. He dejado que mis deseos se convirtieran en realidad y no me he parado a considerar el significado que tendría hacerlo. Ella jadea contra mis labios. La noto a punto de devolverme el beso, trémula... pero justo en el último momento se aparta y me mira, confusa.

—Rober...

—Perdona —digo, y aprieto la mandíbula—. Me he dejado llevar por el papel.

—Escucha...

—Aunque... Vero, no tendríamos por qué fingir. Si tú quisieras... —Ahora que he empezado a hablar no puedo pararme. ¿Por qué soy tan imbécil?—. Si quisieras, podría ser de verdad. Lo cierto es que me estoy... enamorando un poco de ti.

El rubor cubre sus mejillas. Veo cómo su ceño se frunce y ella recula. Sus manos tiemblan. Está a punto de tocar una de las mías, pero se echa atrás en el último momento y niega. No es áspera cuando me habla, pero en su voz hay un rastro de severidad que no puedo ignorar tan fácilmente.

—Rober, no. Se supone que esto es un teatro, nada más. Eres mi amigo.

Yo levanto las manos y me echo hacia atrás.

—Sí, sí. Perdona. Lo entiendo.

—Esto no puede seguir por ahí. Tenemos... tenemos que parar.

—¿Parar? ¿Por qué?

—Porque no quiero hacerte daño. No quiero que esto salga mal. No quiero...

Me sonrío.

—No me harías daño.

—No, no. No puedo involucrarme con otra persona, y menos contigo.

Asiento. Mi corazón se hunde en mi pecho, igual que mi cabeza en mis hombros, pero no hay nada que pueda hacer. Verónica me acaba de rechazar de plano. Lo sabías, ¿verdad, Rober? Sabías que esto es lo que pasaría. Bueno, no: creías que si te enredabas con ella acabaría mal por las mismas razones por las que Verónica no quiere seguir adelante. Eras demasiado orgulloso como para creer que podría rechazarte. Pues mira, ahí está: no te quiere. No te desea. Eres un gilipollas.

—Lo entiendo. Perdona por haber cruzado la línea. Tienes toda la razón. —Me vuelvo hacia el volante—. Al menos, si pudiera... No sé. Que yo sienta esto ahora no significa que tengamos que parar. Es importante para los dos, ¿no? Para mi empresa y para tu carrera. Te juro por todo lo sagrado que por mi parte no habrá ningún problema. Soy un hombre adulto.

Verónica me mira de reojo.

—¿De verdad? ¿Crees que podemos mantener esto en el terreno amistoso y profesional?

—Completamente. Todo esto... no es más que el vino. Te prometo que no volverá a pasar. Solo quiero que estés bien.

Ella asiente y busca mi mano. La aprieta, pero esta vez puedo sentir que se trata de una afirmación amistosa y nada más. Muy bien, Rober, saborea este momento porque no va a volver. Los próximos besos que le des serán por el bien de la obra de teatro, nada más.

Me despido de ella y arranco. Si fuera otra persona, quizá se me llenarían los ojos de lágrimas y pondría música triste a toda leche, pero no lo soy.

En realidad, aún no he terminado de comprender que alguien haya decidido por iniciativa propia que no quiere nada conmigo.

Capítulo 6

Estoy seguro de que Verónica se pasa los siguientes tres días evadiéndome, pero termina llamándome. No es lo que espero. La noto afectada, triste. Me preocupo al momento, así que presto atención a lo que me dice para saber cómo puedo ayudarla.

—Me han llamado del hospital y me han dicho que a mi abuela Flor no le queda mucho —dice.

—¿Tu abuela está en el hospital? No lo sabía.

—Le han fallado los riñones y... Bueno, los médicos nos han dicho que deberíamos pasarnos para despedirnos.

—Lo siento mucho. ¿Puedo hacer algo por ti?

—La verdad es que sí. No quería pedírtelo, pero... mi abuela ha visto por televisión que tú y yo estábamos prometidos. Se lo ha creído y ha pedido conocerte antes de irse para asegurarse de que me deja en... buenas manos.

Me atraganto con mi propia saliva.

—¿Qué? ¿En serio?

—Sí —dice ella, y su voz vuelve a bajar—. Créeme, si no fuera una ocasión tan difícil no se me habría ocurrido... No quiero que pases por un mal trago.

—No, no. Si es lo que tu abuela necesita para irse en paz, no me importa para nada.

—Sí... Gracias.

—Tampoco quiero que esto sea demasiado incómodo para ti.

—No, está bien.

—¿Seguro? Lo digo porque has estado evitándome un poco, ¿no?

—No, no. He estado muy liada, nada más.

Ja. Ya. Y yo me lo creo. Pero tampoco puedo culparla. Sabía que si me lanzaba podría salir mal y, mira por dónde, ha salido mal. Por otro lado, si

necesita que le haga este favor, por mucho que me disgusten los hospitales y la perspectiva de mentir a una anciana moribunda, lo haré con mucho gusto.

Quedamos en acercarnos al hospital después de comer. Yo voy formal y bien metido en el papel. No hace falta que me conciencie demasiado: la idea me parece lúgubre por sí sola, y los hospitales me dan sarpullidos. Cuando me muera, quiero que sea de golpe. Nada de tardar meses y meses en palmar. Quiero palmar en un accidente espectacular, o de viejo en la cama. Cualquier otra cosa no me haría justicia.

Verónica me espera en el pasillo. Viene de colores oscuros, nada parecido a la última vez que nos vimos. Lleva el pelo recogido en la nuca y parece haber estado llorando. Se me encoge el estómago y siento ganas de acariciarle la cara y apretarla contra mi pecho para consolarla, pero no sé si está el horno para bollos.

—Gracias por venir —dice, y me abraza. Disfruto del abrazo tanto como me lo permite. Huele bien. No ha optado por la colonia de siempre, pero puedo percibir el aroma de su champú y de su desodorante, y eso solo me abre el apetito a más olores informales—. Realmente no tenías por qué.

—Claro que tenía por qué. —Miro hacia la habitación, nervioso—. ¿Qué... qué quieres que diga?

—Déjame hablar a mí. Tú límitate a estar guapo y a mi lado, y a parecer un prometido perfecto.

Lo primero se me da bien, lo segundo no lo tengo muy claro. Si hacemos caso a la prensa, supongo que sí. Si hacemos caso a mi propia percepción del asunto, pues va a ser que no.

Pasamos a la habitación. Es un hospital privado y se nota: todo tiene la personalidad que les falta a los públicos. La señora está tumbada en una cama mucho más grande que ella, con tubos y electrodos conectados aquí y allá. Aunque me la esperaba consumida y hecha polvo, casi cuesta creer que se vaya a morir pronto. Me alegro por Verónica. Así no tiene que recordarla peor de lo que la ha conocido cuando ya no esté.

Verónica se sienta en la cama y coge a su abuela de la mano. La anciana se gira hacia ella y sonrío. Hablan en voz baja mientras yo me mantengo a un lado, tieso como un palo, por si una postura más cómoda fuese a revelar mi secreto.

—Así que tú eres Roberto —dice la anciana alargando la mano hacia mí—. Ven que te vea. Eres más guapo que en la tele.

—Gracias —respondo, y no sé qué más decir. Noto la palma de su mano caliente contra la mía, cómo me la estrecha para darme su bendición. Si ella supiera...—. Me alegro de conocerla.

—Y yo también, hijo. Me alegra saber que mi nieta ha podido recuperarse de lo que le hizo ese americano malnacido.

—Abuela... —murmura Verónica.

—Sí, hija, sí. Es lo que es. Esas cosas no se hacen, dejar plantada a una mujer tan cerca de la boda... Tú no vas a hacer eso, ¿verdad, Roberto? Tú vas a cuidar a mi nieta siempre.

—Claro que sí —respondo sin dudar, porque es verdad—. Lo he hecho siempre.

—¿Siempre?

—Sí, abuela. Rober era amigo mío en el instituto —dice ella—. Creo que te he hablado alguna vez de él.

Al saber esto, su abuela sonrío de oreja a oreja.

No hablamos mucho más. Verónica y ella tienen una conversación y yo decido salir para darles intimidad. Todo esto es muy raro. El hospital todavía me pone los pelos de punta, igual que la idea de haber mentido a una moribunda. Quiero estar aquí para Verónica y darle el cien por cien, pero la verdad es que todo se me hace cuesta arriba cuando me topo con la realidad de bruces.

Verónica sale de la habitación y me sonrío, pero la noto muy triste. Me dice que nos vayamos y no hace falta más discusión: la conduzco hasta mi coche y arranco sin rumbo fijo mientras la lluvia ametralla la luna frontal.

—¿Qué quieres hacer ahora? —pregunto—. ¿Tienes con quién quedarte? ¿Quieres que vayamos a tomar algo, a hacer algo?

—Llévame a casa.

Ladeo la cabeza, pero no digo nada. En media hora estamos frente a la puerta del recinto de su urbanización. Ella ha llorado un poco en el trayecto,

pero concentrado en el tráfico como estaba no he podido consolarla. Ahora me suelto el cinturón y la abrazo, y ella se aferra a mí con desesperación. La siento tan triste y desvalida que se me corta la respiración, como si sus emociones se me contagiaran. Nadie me había dicho que enamorarse iba a ser esto.

Me separo para darle espacio para irse y ella aprovecha para besarme. Sus labios rozan los míos y sé que esto no es como otras veces. No es un teatro. Es real. Es un beso de verdad, de los que susurran deseo y... tal vez amor. No quiero adelantar acontecimientos; sé que ella está triste y que podría estar buscando consuelo de cualquier forma, así que espero y no presiono.

—Ven —me dice.

Frunzo en el ceño.

—¿Arriba?

—Sí. Ven.

Aparco el coche, en lugar de solo detenerme, y la sigo bajo la lluvia hasta el interior de la urbanización. Pasamos por delante del portero sin detenernos y subimos en ascensor hasta su dúplex con ático, que no he visto nunca hasta ahora. Nuestro pelo chorrea agua y tenemos los hombros mojados, y nos abrazamos en el ascensor en busca de calor. Cuando entramos en la casa, Verónica se quita el abrigo y lo deja en el suelo, y yo hago lo mismo con el mío.

Me coge de las manos y me lleva al dormitorio. Verónica no dice nada, solo se desnuda. Se quita la blusa y los pantalones y los deja sobre una silla mientras yo me despojo del traje que espero que haya causado la buena impresión que pretendía.

Sus manos me rozan los hombros y el pecho, bajan despacio y sin pausa por mis pectorales y abdominales esculpidos en mármol a fuerza de ejercicio intenso. Su roce me hace estremecer y contengo un suspiro. Yo hago lo mismo que ella: colocó mis manos primero en sus mejillas, luego en su cuello, sus hombros, sus brazos... Desabrocho su sujetador a la primera y sin mirar — años de práctica— y la ayudo a quitárselo sin prisa. Cuando la veo al fin sin él, sonrío sin poder evitarlo.

Bajo las manos por su pecho y acaricio sus pezones con las yemas de mis

dedos, apretándolos después en las palmas. Ella levanta la cabeza y busca mis labios. Yo la beso y la rodeo con los brazos, y nuestras lenguas se encuentran como no lo habían hecho hasta ahora.

Es tal y como lo imaginaba. No, es mejor. Mejor, porque el aliento se me acelera y el suyo también, y el roce de su piel de gallina contra mi pecho es lo que siempre he deseado. Acaricio la curva de su espalda y ella ladea el cuello, dejándome que hunda los labios en él. Lo beso y lo recorro con la lengua, lo muerdo. Ella tira de mis calzoncillos hacia abajo y busca mi miembro, casi erecto del todo, para acariciarlo mientras con me pierdo en su cuello.

—Dios, eres grande —murmura, y sonrío.

—Nunca me has preguntado. —Su roce me hace contener el aliento. Me ha agarrado con toda la mano y la mueve suavemente arriba y abajo, aumentando si cabe mi longitud—. ¿Y yo no puedo ver?

Verónica sonrío y lleva mi mano a sus bragas para que le ayude a quitarlas. Cuando la veo completamente desnuda siento algo cálido y muy fuerte en el pecho, como si acabara de tragarme una bola de uranio enriquecido que me estuviera deshaciendo por dentro. Pero esto no va a matarme. En realidad, me siento más vivo que nunca.

La beso de nuevo, esta vez con más intensidad. Ella rodea mi cuello con los brazos, se pega más a mí, suspira. Mi miembro roza su vientre y sé que necesito estar dentro de ella igual que la siento dentro de mí. Con desespero, caemos sobre la cama y nos besamos, nos acariciamos y nos mordemos, y nos probamos como si intentáramos prolongar lo inevitable. Es entonces cuando ella abre sus piernas para mí y me pide que la penetre, y yo obedezco. No hay tensión ni rechazo, solo satisfacción. Y una vez estoy dentro de ella, ya no hay más barreras que romper entre nosotros.

—Hazlo fuerte —me pide en un suspiro—. No soy de cristal. Quiero sentirte.

Gruño como toda respuesta. Me apoyo en las manos y muevo la cadera, primero lenta y sinuosamente, para picarla, y después fuerte, haciendo que el cabecero de la cama se clave en la pared. Ella deja escapar un gemido y me clava las uñas en la espalda. No es la primera que lo hace, pero sí la única cuya satisfacción me ha importado verdaderamente hasta ahora. Quiero hacer

que disfrute porque... la quiero. Quiero que se corra conmigo y que lo haga tanto y tan fuerte que no pueda hacer otra cosa que volver a por más.

Nos besamos mientras yo me muevo y el cabecero impacta contra la cama. Nos besamos sin parar, presos de lujuria, hasta que los gemidos hacen que nuestros alientos se entrecorten y no podemos hacer otra cosa que abrazarnos mientras ella me clava las uñas en la espalda casi hasta sangrar.

Verónica me avisa de que está cerca y yo aprieto los dientes para esperarla. Cuando oigo los primeros compases de su orgasmo, me dejo llevar y la alcanzo, fundiéndome con ella en un orgasmo que nos hace vibrar y temblar a la vez, como un terremoto que amenaza con derribar esta casa. Gemimos y gritamos, y luego nos quedamos enredados y agotados, demasiado entumecidos siquiera para movernos.

Me tumbo a su lado y la rodeo con los brazos. Mi corazón va calmándose, pero lo que ha nacido dentro de mi pecho no se va a callar. Está tan preciosa con el pelo desparramado sobre la almohada que quiero volver a follar con ella ahora mismo, pero los miembros —ninguno de ellos— no me obedecen.

No puedo describir mi felicidad.

Capítulo 7

Dormimos una pequeña siesta mientras afuera cae un aguacero con rayos y truenos. No hay nada que me guste más que estar a resguardo mientras una tormenta arrecia en la calle. Ahora que estoy en brazos de Verónica me siento todavía mejor, si cabe. No sabía que uno pudiera estar tan contento como lo estoy ahora.

Cuando me despierto y la veo a mi lado, desnuda, poso mis labios sobre su pecho y rozo su piel con la lengua. Ella está aún medio despierta. Me toca la cabeza con pereza y me deja hacer mientras trazo círculos húmedos en su vientre y la hago reír cuando soplo sobre ellos.

Abro sus piernas y me meto entre ellas. Puedo ver que su vientre sube y baja ante la expectación, pero me tomo mi tiempo. Hasta ahora, cada vez que he hecho esto ha sido por costumbre o porque era lo que se esperaba, supongo que para parecer un tipo moderno al que no echar a puntapiés de la cama. Creía que mientras le hiciera sexo oral a mis novias no tenían de qué quejarse, y cuando me dejaban y me llamaban capullo yo nunca entendía por qué.

Ahora lo estoy haciendo porque me apetece. No necesito que ella piense nada de mí. Lo que quiero es que disfrute. Por eso, aunque tenga que quedarme aquí toda la tarde, voy a hacer que tenga el mejor orgasmo de su vida.

Lamo sus ingles y beso su pubis, y separo los labios con los dedos para tener una buena vista del conjunto. Paso la lengua en movimientos circulares y me centro en su clítoris para succionarlo y tirar de él con suavidad. Eso hace que se le muevan las caderas: buena señal. Vuelvo a lamer toda su superficie y alterno con ese movimiento que tanto parece haberle gustado.

Ella murmura con satisfacción y me acaricia el pelo, y a medida que voy aumentando el ritmo me aprieta más y más entre sus piernas. Yo me abrazo a sus caderas y la sostengo aunque parece un toro bravo resistiéndose a la doma, y solo la dejo cuando de sus labios escapa otro grito prolongado que envía mi ego a lo más alto del cielo.

Me tumbo a su lado y me limpio la cara con el dorso de la mano, sonriente y más satisfecho que ella, si cabe. Verónica tiene los ojos cerrados y está tan guapa que no puedo soportar no tenerla entre mis brazos.

La tormenta termina una o dos horas después, cuando ya se ha hecho de noche. Enciendo una de las lamparitas y me quedo mirando al techo mientras le acaricio un hombro con ademán perezoso.

—¿Qué hora es? —pregunta ella.

—Las siete —respondo después de echarle un vistazo a mi reloj de muñeca.

—Es un poco tarde.

—¿Para qué? ¿Te esperan en algún lado?

—No.

—Había pensado que podíamos aprovechar para ir a cenar a algún lado. No tiene por qué ser uno tan caro como el otro día, pero conozco un par de sitios bastante majos donde cenaremos bien y encontraremos mesa sin problemas.

Verónica se incorpora. Tiene el pelo revuelto y los labios hinchados y está preciosa, pero percibo rápidamente que hay algo fuera de lugar. La noto incómoda.

—¿Pasa algo?

Ella toma aire y suspira. Me mira, pero no me mira como hace un rato. Me mira con una expresión difícil de precisar, pero que me hunde al momento.

—Creo que esto ha sido un error, Rober.

Frunzo el ceño.

—¿Un error? ¿Por qué?

—Porque esto solo lo va a complicar todo más.

Dejo escapar una risa amarga.

—Bueno, esto ya era complicado desde antes, ¿no te parece?

—Me he equivocado. Es culpa mía. Sabía lo que sentías por mí y no tendría que haber... Estaba triste y creía que necesitaba consuelo, pero...

Ladeo la cabeza, disgustado.

—¿Pero esto te ha gustado o no te ha gustado? Porque me ha dado la

impresión de que sí.

—Sí me ha gustado —dice ella enseguida—. Ese no es el problema.

—¿Entonces?

—No quiero engancharme porque esto tiene un final predefinido, ¿vale? Ese era el plan. Tú eras mi prometido de usar y tirar, mi hombre perfecto para la prensa. Yo era tu excusa para parecer ese hombre perfecto.

—Pero los planes cambian.

—Esto no. Porque tú... Rober, esto no saldría bien.

La tomo de la barbilla y la miro a los ojos.

—Cariño, somos amigos. Tú misma me dijiste que confiabas en mí como no confiabas en ninguna otra persona. ¿Por qué ahora no confías en que podamos hacer que esto salga bien?

Verónica parece a punto de llorar.

—Porque no confío en nadie, ¿vale? No para esto. No para poner mis sentimientos en juego otra vez. —Se aleja de mí y busca su ropa tirada por el suelo—. He sido débil y he creído que podía ser. Y... Sí, puede que pudiera ser. Eres mi amigo y probablemente lo que busco en un hombre, pero no puedo permitirme jugar a esto otra vez.

—¿A esto?

—Al amor. Lo siento.

Me muerdo el labio. Frank O'Neal, por supuesto. Verónica ha roto con él solo hace un par de meses y todavía está peleando con él en más de un sentido. Legalmente, socialmente y emocionalmente. Aunque diga que confía en mí, en realidad no confía en nadie. Menos aún en un hombre. Menos aún en un hombre como yo. Porque yo, en el fondo, soy igual que Frank O'Neal, y ella lo sabe.

La certeza de que él y yo no somos tan distintos, al final, me hunde.

—Vero, te juro que sería distinto —murmuro—. Nunca he sentido lo que siento por ti por otra persona. Quiero hacerte feliz. Quiero ser lo que tú esperas que sea.

—Es que eso no funciona así. No puedo chasquear los dedos y cambiarte.

No quiero. Quizá simplemente no estemos hechos el uno para el otro.

—Yo pienso que lo único que necesitas es aprender a confiar de verdad.

—Pues ahora no puedo, lo siento.

Se lleva la ropa al baño para vestirse en soledad y me deja a mí desnudo y avergonzado en una cama que no es la mía. También estoy furioso. Si tuviera a Frank O’Neal delante, le haría una cara nueva a puñetazos. Pero cuando me miro en el espejo que cuelga en una de las paredes me doy cuenta de que a quien tendría que moler a golpes es a mí mismo. Yo soy el causante de esto. Ella lo sabe. Todas esas bromas sobre mí y mi pasado al final se han convertido en bilis.

Ahora, ser un gilipollas con un ego enorme ya no es tan divertido. Pero, ¿y si ella tiene razón y simplemente no estamos hechos el uno para el otro? ¿Y si no estoy hecho para nadie?

Me visto, recojo mi abrigo y me voy. No puedo quedarme aquí a suplicar un amor que no es para mí. Estoy tan triste como nunca lo he estado hasta ahora, más al saber que Verónica va a quedarse sola en su casa sin nadie que la consuele por esto, por lo de su abuela y por lo de Frank O’Neal.

Si hubiera tenido más seso quizá hubiera visto esto venir y hubiera podido... ¿pararlo? ¿prevenirlo de alguna manera? No, ¿a quién intento engañar? Deseaba tanto a Verónica que aunque me hubieran dicho que mientras nos acostábamos iba a morirme, lo habría hecho igual. A la mierda las consecuencias.

Aprieto el acelerador y me pierdo en la noche. Paro en algún momento en una gasolinera para comprarme una botella de ginebra y bebérmela a tragos cortos mientras conduzco por las afueras de Madrid. Llega un momento en que estoy bastante borracho y me cuesta manejar el volante. Me acuerdo de Frank O’Neal y me vuelve a entrar la rabia. Acelero otra vez y mi coche se desvía hacia el arcén y me pego un golpe contra el quitamiedos.

Me duele el cuello y me noto mareado. Me quedo quieto, con las manos clavadas en el volante, hasta que veo que alguien ha parado el coche a mi lado y se acerca a mi ventanilla con preocupación.

—¿Estás bien? —pregunta una mujer desde el otro lado.

—Estoy bien, sí —respondo—. No llames a la policía.

—¿Pero si tienes el coche destrozado, hombre! ¿No necesitas una ambulancia?

Tal vez tenga razón. La verdad es que me duelen las cervicales y el pecho, donde me he golpeado con el volante. Sé que la policía me va a meter un puro por beber mientras conduzco, pero me siento tan mal que ni siquiera eso me importa.

Total, que llega la policía y una ambulancia, y la grúa del seguro. A mí me ponen un collarín, la policía me cita para declarar en los juzgados después de duplicar la tasa de alcoholemia en sangre y el seguro se lleva mi coche. Y yo tengo que llamar a mi hermano para pedirle que vaya a buscarme discretamente mientras reúno las fuerzas necesarias para aguantar lo que me espera por haberla liado así.

—No se lo digas a Verónica —le digo nada más verlo.

—¿Qué no se lo diga a Verónica? ¿Y el susto que me has dado, gilipollas? ¿Y la mala prensa?

Bueno, por lo menos esta vez la prensa no encabeza la enumeración.

—No, no se lo digas a Verónica. No quiero ser Frank O’Neal.

Mi hermano Berna me empuja hasta el interior de su coche y se sienta al otro lado. Puedo oír cómo rechina los dientes.

—De verdad, Roberto, que no me lo creo. Todo va muy bien y vas tú y te la pegas con el coche por ir como un mirlo.

—No voy tan mal. Es solo que estoy... triste.

—¿Triste? Triste es como te voy a dejar después de un par de tortazos, chico.

Me agarro a su brazo mientras maniobra para sacarnos de la carretera secundaria y sollozo contra su hombro. Todo es muy patético. Yo estoy borracho y creo que me veo desde fuera, como si fuera una película de horror sobre mi propia vida. Esto es tan ridículo que Berna no puede reaccionar de otra manera que no sea compadeciéndose de mí. Hasta me da unos golpecitos en la espalda, “ea, ea” para que me calme. Dejo de llorar al de un rato y dejo que mi mirada se pierda en la distancia. En la radio dicen que son las dos de la mañana. Y yo que pensaba que estaba siendo un buen día...

—A ver, hermanito —dice Berna con un suspiro—. ¿Se puede saber qué te ha pasado?

—Que la abuela de Verónica se va a morir...

—¿La abuela de Verónica? ¿La conoces?

—La he conocido hoy —digo mientras sorbo por la nariz—. Y es muy triste, porque es una señora muy maja y... se va a morir. Y Verónica también está triste.

—Yo... La verdad, Roberto, chico, no entiendo nada. Te voy a llevar a casa y mañana hablamos de todo esto.

—No, no me dejes solo. —Le agarro otra vez del codo—. Dime que te vas a quedar a dormir conmigo, Berna, por favor. Como cuando éramos críos.

—Pero Rober, que tengo cosas que hacer por la mañana.

—¡Que le den a las cosas! Además, mira, llevo un collarín. Necesito ayuda. No querrás que me quede inválido por tu culpa.

Como hermano, Berna tenía que tragarse mi chantaje emocional, por ridículo que fuese.

—Mira, me voy a quedar en tu casa solo para que me dejes en paz, pero esta me la pagas. Entre el susto, las consecuencias y el babeo que me has dejado en el hombro, te juro que me las vas a pagar.

—Gracias, hermanito, eres el mejor.

No envidio a Berna cuando me lleva a mi apartamento, me ayuda a desvestirme y me mete en la cama, sobre todo porque tiene que ahuecarme las almohadas y acomodarme y yo cuando me emborracho soy muy pesado. Al final me acaba dando un beso en la frente y apagando las luces con dulzura paternal, y yo pienso en la suerte que tengo de tener un hermano que me quiere tanto aunque sea un puto desastre.

Capítulo 8

Por la mañana, por supuesto, me arrepiento. Me arrepiento mucho y de todo.

Me duelen la cabeza y el cuello, y por un momento creo que no voy a poder levantarme por unos daños irreparables que los de la ambulancia no alcanzaron a detectar ayer. Pero no, es simplemente que tengo una resaca horrible mezclada con la tristeza y la vergüenza, y sobreponerse a eso no es tan fácil como creía. Está bien saberlo. Un hombre como yo no ha experimentado esas cosas en toda su vida.

Me arrastro hasta la ducha, pero cuando me miro al espejo me doy cuenta de que llevo un collarín y que no me siento con fuerzas suficientes como para pensar en quitármelo. Me dirijo entonces a la cocina, donde Berna ha puesto a calentar café.

No hace falta que mi hermano mayor me explique lo enfadado que está conmigo. Ni siquiera es necesario que le mire a los ojos. Tiene un aura de mala leche que lo rodea, igual que el olor del café recién hecho ha llenado la cocina en un intento de transmitir que esto es algo parecido a un hogar. Dolorido y triste, no soy capaz de pensar en algo para evadir mi responsabilidad en su cabreo. La he cagado, sí. La he cagado en muchos sentidos.

—Perdona, Berna —le digo entre dientes.

—Siéntate, anda. ¿Cómo tomas el café?

—Pues... solo. Con azúcar.

Me sirve el café en una taza y me la pone delante con tanta violencia que el líquido negro se menea como un mar de petróleo. Luego me trae el azucarero y lo deja caer sobre la mesa con un clonk bien sonoro, que se instala entre mis sienes como una tuneladora.

—Escucha...

—No, no escucho. ¿Sabes lo que he tenido que hacer para evitar que esto trascendiera a la prensa? Mira, con suerte lo del juzgado pasa después de que hayamos firmado con Metrobook y no antes. ¿En qué estabas pensando, tonto

del culo?

Suspiro.

—En... en Verónica —digo antes de beber.

—Pues a Verónica no le vas a hacer ningún favor si te marcas un Frank O’Neal justo cuando se supone que estáis prometidos. Tú no te das cuenta de todo lo que esto implica, ¿verdad? No se te ocurre pensarlo.

—Claro que sí —le respondo, enfadado—. Pero no he podido evitarlo. Ayer... —Suspiro—. Mira, no sé ni por qué me molestó en contártelo, pero supongo que tengo que hacerlo con alguien. Ayer, Verónica me llevó a ver a su abuela.

—¿La que se va a morir? Me dijiste algo así ayer.

—Sí. Bueno, pues quería ver al “prometido de su nieta” antes de morirse, y por eso Verónica me llevó al hospital. Cuando salimos, ella estaba muy triste y yo... la consolé.

—O sea, que os acostasteis.

—Sí. Pero fue cosa suya, ¿eh?

—¿Te forzó?

—No.

—Entonces es cosa de los dos. Sigue.

Demasiado listo, mi hermano.

—Todo estaba muy bien. Todo era perfecto. Yo... —Suspiro otra vez. Es como si los pulmones que tengo en el pecho no fuese suficientes para albergar el aire que necesito en todo momento—. De pronto me dice que es un error y me larga de la casa. Me dice que lo nuestro no funcionaría nunca y que es mejor que no sigamos dándole vueltas a ese tema. Dice que no tiene tiempo ni energía para relaciones como esa.

—La verdad es que no se equivoca.

En serio; demasiado listo, mi hermano. Sus palabras me hacen sacudirme. ¿Y ese ataque tan gratuito?

—¿Perdona?

—Mira, Rober, si no te lo dices tú ya te lo digo yo: ¿crees que eres suficiente para Verónica? Eres muy majo y muy atractivo y todo lo que quieras, pero ella no es una de esas chicas de usar y tirar. Verónica es tu amiga y te aprecia, pero también te conoce.

Bajo la mirada derrotado. Es verdad.

—¿Por qué crees que bebí anoche? La quiero, ¿vale? Me he dado cuenta de que estoy enamorado de ella y de que fingir que soy su prometido me hace... tener ganas de serlo. Pero al mismo tiempo sé que no me diferencio demasiado de su otro prometido. Salvo por la coca, soy igual de “vivalavirgen”. No soy el hombre que merece y necesita. Y... y... No sé qué hacer.

Berna se sienta delante de mí y me aprieta una mano.

—Hermanito, para haberte acostado con tantas chicas diferentes no tienes ni idea de mujeres. ¿Por qué te tienes que complicar tanto la vida? Antes te iba bien.

Me encojo de hombros.

—Ya, bueno. Pues ahora no. Supongo que estoy madurando o algo así.

—¿Pero tú de verdad la quieres o es un capricho? ¿No será que se te ha antojado porque no quieres tenerla?

Yo niego con la cabeza y las cervicales me dan un tirón.

—Después de acostarnos me he sentido... muy bien. Me he sentido vivo, como nunca antes. Mucho más vivo que en un yate perdido en el Atlántico, rodeado de borrachos o entre cuatro tetas. Todo eso está bien, sí, pero no es comparable a lo que siento cuando estoy con ella.

Berna se cruza de brazos.

—Yo siempre pensé que a Verónica le gustabas —dice mi hermano—. Antes de todo esto, quiero decir. Cuando erais chavales.

—¿Cuándo tenía cara de paella?

—Sí.

—¿Y por qué le iba a gustar entonces?

—Porque eras su amigo y confiaba en ti, y todavía no había conocido a

ningún cabrón que le hubiera hecho perder la fe en los hombres.

—Eso no me ayuda.

—Lo que necesitas es conseguir que vuelva a tener fe en ti. Dejar de ser un tarambana simpático y ofrecerle algo más. La atracción está ahí, y también los sentimientos. Lo único que tienes que conseguir es ofrecerle expectativas.

Sonrío con amargura.

—Eso suena más fácil de lo que es. Lo que mejor se me da en el mundo es decepcionar a las mujeres.

—Tal vez sea lo más difícil que vayas a hacer nunca, pero si de verdad sientes lo que dices sentir por ella, no dudarás. Lo harás. —Se levanta y se cruza de brazos—. Esto no quiere decir que haya dejado de estar cabreado contigo, ¿eh? Sigo teniendo ganas de pisarte la cabeza por el susto que me diste ayer.

Sé que aunque le gustase hacerme pagar a hostias por ello no lo hará. Berna siempre ha sido un hermano mayor ejemplar en todos los sentidos. Solo alguien como él es capaz de echarme el rapapolvo del siglo mientras me da el consejo que necesito y me anima a seguir adelante para conseguirlo. Tengo que comprarle un coche nuevo para agradecersele, o algo así.

Durante los siguientes días me mantengo alejado de Verónica y me centro en recuperarme de mi lesión. Por suerte, no es nada, y pronto me quitan el collarín y puedo volver a hacer vida normal.

Me alegra saber que Berna ha conseguido evitar que la noticia de mi choque se haga pública, más por Verónica que por el futuro de nuestra empresa. Pero no es tanto que quiera conservar mis oportunidades con ella como que no quiero que tenga que pasar de nuevo por la decepción de tener un “novio” con problemas de adicciones y la poca responsabilidad de ir borracho al volante.

Reflexiono sobre lo que me ha dicho Berna, sobre lo que significa ser de nuevo el Rober que ella conocía. Repaso mis recuerdos, casi olvidados por la vergüenza adolescente, y me pregunto qué nos hacía interesantes entonces.

Yo sé que me gustaba estar con ella —quizá la quería entonces, aunque no fuese capaz de admitirlo ante mí mismo— porque me trataba bien y era atenta e inteligente. Son las mismas razones por las que me gusta ahora. Pero, ¿y yo?

¿Cómo he cambiado estos años?

En algún momento al salir del instituto la piel dejó de querer destrozarme la vida y disminuyó la producción de grasa desafortunada. Aproveché para apuntarme a un gimnasio y hacer ejercicio. Recuperé la autoestima y la cultivé con esmero. Mis complejos se convirtieron en ego.

De pronto, me llovían las ofertas de todo tipo. Había mujeres interesadas en mí. Mis amigos ya no se reían de mi cara, sino que esperaban como polluelos hambrientos a que sacase la billetera para invitarlos a fiestones o a comilonas.

Repetir veinte o cuarenta veces y el chico apocado del instituto desaparece para dar paso a la superestrella filantrópica y decadente en la que me convertí en la mitad de los veinte y he venido arrastrando hasta el inicio de la treintena.

Bien, pues tendré que volver a encontrarme con el Rober que no tenía amigos ni novias y valoraba cada uno de ellos hasta el extremo. Es fácil, porque Verónica podría ser ambas cosas para mí. Solo tengo que concentrarme en eso.

Berna convoca otra reunión con los ejecutivos de Metrobook y acudo, decidido a ser un hombre serio y fiable. Sé que Verónica no se enterará jamás de si soy un trabajador responsable o no, pero lo considero un ejercicio para ponerme a prueba.

Mi padre y mi hermano se ocupan de poner nuestra empresa por las nubes mientras yo sonrío y apostillo todo lo que dicen. Tomamos un par de cócteles al mediodía y luego invitamos a los Álvarez a comer a un sitio importante.

Susana me mira por encima de la mesa con los ojos entrecerrados, como si calculase algo. Tal vez esté recordando lo que le han dicho sus amigos acerca de mis dotes en la cama, o el tamaño de mi polla, y la tía se está emocionando. Yo trato de eludirla, pero su mirada me llama una y otra vez.

Seriedad, Roberto. Seriedad.

Cuando llegamos a los postres, me levanto para mear. Echo un vistazo al móvil con la ilusión efímera de que Verónica se acuerde de mí o me eche de menos y me haya mandado un mensaje mientras hacía de persona normal, pero no hay suerte. Y mientras estoy ojeando la pantalla y las notificaciones de hace dos semanas, la puerta se abre y Susana entra en el baño.

No me gusta demasiado la mirada que me echa. Tampoco me gusta cuando se me acerca tanto que nuestros pechos se rozan y su mano me agarra el culo como si fuera una braga de mercadillo.

—¿Qué haces? —pregunto entre dientes.

—Ya he visto cómo me estabas mirando, ¿qué te crees?

—No te estaba mirando de ninguna manera.

—Sí que lo hacías.

—Bueno, sí, pero estaba pensando en lo poco que me gusta que me observen como si fuera una tarrina de helado de chocolate.

Ella se ríe y se pega más a mí. En cualquier otro momento esto me habría resultado muy excitante, sobre todo porque cualquiera podría entrar en el baño y pillarnos con las manos en la masa. Quiero que pare, pero sé que si me paso puede decirle a su padre vete a saber qué cosa y mandar todo el trato de Metrobook al garete.

Pone una mano sobre mi pecho y trata de besarme. Arrugo el gesto y me echo hacia atrás. Ella insiste y yo le doy un suave empujón para que se aleje de mí. Contra todo pronóstico, le hace gracia.

—¿Pero qué te pasa? —pregunta—. No tiene por qué enterarse nadie. Será un rapidito, te lo juro.

Aprieto la mandíbula y miro hacia la puerta del baño. Luego la agarro del codo y la meto en uno de los cubículos. Cierro con pestillo y ella me besa. Es un beso furioso. Yo no estoy metido del todo en el papel, pero da igual: si lo quiere rápido, lo tendrá rápido. Así me dejará en paz.

Le doy la vuelta y la obligo a ponerse contra la puerta. Me palpo los pantalones en busca de una erección, pero no hay ninguna. Ojalá pudiera usar mis superpoderes para conjurarla y quitarme esto de encima, pero como ya he dicho esto no me resulta demasiado excitante.

No pasa nada. Le bajo las bragas, me ensalivo los dedos y la toco hasta que está goteando. Mueve el culo contra mi mano y guía mis dedos a mi interior. Suelta un gruñido y yo le tapo la boca con la mano. Lo que menos necesito es que se entere todo el restaurante de lo que estamos haciendo.

Lo hago tan rápido y fuerte como puedo, apretando mi pecho contra su

espalda y susurrándole obscenidades hasta que noto que se corre entre la puerta y yo. Me separo de ella, la dejo sentada en el retrete y salgo para lavarme las manos, muy serio. ¿En qué momento una de mis cosas favoritas se ha convertido en algo tan molesto y violento?

Sale recolocándose el traje con una sonrisa en los labios.

—¿Ya te has quedado a gusto? —bufo—. ¿Podemos tener la fiesta en paz?

—Oh, sí, claro. —Sonríe de oreja a oreja. En la mano lleva el móvil, que vibra rítmicamente a medida que le llegan notificaciones—. No te importará que haya grabado nuestro encuentro, ¿no?

Frunzo el ceño y me vuelvo, hostil.

—¿Que hayas qué?

Susana se ríe.

—Sabía que no ibas en serio. Se lo he dicho a mi padre mil veces. Conociendo tu historial, ibas a ser de tan poco fiar como me imaginaba. Y lo has sido. Lo único que has necesitado ha sido un poco de presión y...

Trato de quitarle el móvil y ella se ríe.

—Ni siquiera me he empalmado, cabrona —gruñó, y forcejeo con ella otra vez—. ¡Dame ese móvil!

—¿Ahora sí que quieres gritar y que se entere todo el restaurante? Supongo que, después de mi padre y de tu prometida, ya no importará demasiado quién lo haga.

—¿Qué? ¿Cómo que mi prometida?

Las mejillas se me congelan. Ella me enseña el número de Verónica en la pantalla. Acaba de enviarle el vídeo. Lleno de furia, le arranco el móvil de la mano, lo tiro al suelo y lo piso hasta que el cristal se hace astillas y me duele el talón.

—Da igual lo que hagas.

—¡Estás loca!

—Y tú estás en problemas. Ni cuentas con Metrobook. Dile a tu hermano que lo ha intentado, pero que con gente como tú no hay mucho que hacer.

Mis manos se cierran en un puño.

—No te preocupes, que no te voy a hacer pagar por el móvil —me dice mientras se aleja hacia la puerta—. Tienes cosas mejores de las que ocuparte, me parece. ¿Qué va a decir tu prometida cuando sepa el tipo de hombre con el que está? Por lo que tengo entendido eres el segundo que le hace una de estas. Pobrecita. Va a tener que ponerle una vela a San Antonio para que le quite esta maldición.

Sale por la puerta.

Aprieto los dientes.

Reprimo un grito de furia.

Cierro el puño.

Reprimo golpear el espejo hasta hacerlo pedazos.

Dejo caer una lágrima mientras aspiro por la nariz.

Joder.

Capítulo 9

¡Verónica! Si le acaba de mandar el vídeo, o el audio, o lo que sea, mis posibilidades con ella han terminado para siempre. Salgo y, sin decir nada, paso por delante de ella y recojo mi chaqueta del guardarropa antes de llamar a un taxi desesperado.

Soy incapaz de quedarme quieto mientras me lleva a casa de Verónica, con la lluvia impactando contra los cristales como si intentase crisparme. Se parece demasiado al día en que la tuve y la perdí. No quiero que vuelva a pasar. No creo que pudiera soportarlo otra vez.

Corro bajo la lluvia una vez el taxi me deja al pie de su edificio y llamo insistentemente a su timbre, sin que haya respuesta. O no me quiere abrir o no está en casa. Tendría que haberla llamado antes por teléfono, pero no me atrevo a hacerlo. ¿Y si me contesta y me despacha de malas maneras, sin permitirme una explicación como Dios manda?

Por suerte, cuando entro en el portal me encuentro al portero al que ya conozco. Aunque estoy alterado procuro sonreír y ponerle mi mejor cara, y explicarle que necesito subir al piso de Verónica para entregarle una cosa. Como utilizo todo mi carisma y mi buen hacer, el hombre se lo traga sin problemas. El portero me deja pasar y subo hasta su piso, donde golpeo la puerta hasta que me abre.

Me mira de hito en hito, seria. Fría.

—¿Qué quieres? —pregunta, y en su voz puedo detectar lo que ya sé: que ha visto lo que le ha mandado Susana y que ya no hay marcha atrás.

—Me han tendido una trampa —digo, casi sin aire.

Asiente, pero no se lo cree. Asiente como si se hubieran confirmado sus temores y yo solo pudiera decepcionarla.

—Ya.

—No, de verdad. No sé qué has visto o qué has oído, pero la he rechazado varias veces hasta que al final no he tenido más remedio que hacerlo para que me dejase en paz.

Aprieta la mandíbula. Sus ojos destellan frialdad. Se ha preparado para esto mientras yo venía. Estoy seguro de que ha planeado las frases en su mente, alejándolas de su presente para que le hagan el menor daño posible. Ella ya ha sufrido por un hombre antes que esto. Sabe prepararse.

Me odio a mí mismo.

—Nadie te ha puesto una pistola en la cabeza.

—No, es verdad. Pero eso no significa que haya querido hacerlo. Solo podía pensar en que quería que terminase cuanto antes para seguir con mi vida. De verdad.

Verónica se apoya en el marco de la puerta y encoge los hombros.

—Mira, da igual, ¿vale? No es como si tú y yo tuviéramos una relación y esto significase... algo. En realidad, lo único que significa es que me alegro de que el otro día terminase las cosas antes de hacernos daño.

—Pero eso no es...

—No quiero seguir dándole vueltas, Rober. Vamos a dejar las cosas como estaban. Ya te llamaré para la próxima vez que tengamos que aparecer juntos en alguna parte.

—Pero me gusta estar contigo. Me gusta salir contigo por ahí...

—Tengo que pensar en mí, Roberto. Tienes que entenderlo.

—Lo entiendo. Pero yo también quiero pensar en ti. Quiero ayudarte. Quiero estar contigo.

Ella niega con la cabeza. Sé lo que quiere decir con ello: lo que yo quiera es irrelevante, porque la que acaba de salir de una experiencia horrible que yo solo me he empeñado en empeorar es ella. Y tiene razón. Tiene razón, pero no quita que yo me sienta tan dolido.

Me cierra la puerta frente a las narices y yo aprieto la mandíbula. Si pudiera arreglar esto de alguna manera... Pero no, no puedo. Las cosas se han ido de madre y la he cagado. Mi fama y mi personalidad asquerosa me han traído hasta aquí y he perdido de manera irrecuperable a la única mujer que ha significado algo para mí.

Es curioso, porque si me hubieras preguntado hace un mes si me

consideraba un tío con éxito te habría dicho sin dudar que lo era. Tenía todo lo que quería al alcance de la mano y la gente se peleaba por estar conmigo, por conseguir mi amistad y mi generosidad. Mis amigos, mis camellos, las chicas que me llevaba a la cama.

Pero ahora me siento el perdedor más desgraciado de la Tierra. El último tío al que merecería la pena mirar o prestarle más de dos segundos de tu tiempo. Sin Verónica, eso es lo que soy.

Capítulo 10

Enero se convierte en febrero y yo apenas me doy cuenta de ello.

El trato con Metrobook se ha ido a la mierda, pero cuando le expliqué a Berna lo que había pasado, lo entendió. Fue toda una suerte que no me tuviera que comer sus broncas de hermano mayor. Por una vez, y menos mal, Berna se dio cuenta de que darme cera era lo peor que podía hacer, así que dejó que el trato se convirtiera en polvo y que yo me ocupase de mis cosas.

Por suerte, Susana no ha publicado el vídeo que grabó de nuestro encuentro. Parece que lo único que quería era evitar que su empresa se fusionase con la mía utilizando los miedos y prejuicios de su padre. Tampoco es que publicar el vídeo fuese a mejorar su imagen precisamente.

Dado que no soy el perfecto hombre familiar que esperaba, sino alguien que no duda en ponerle los cuernos a su prometida en el baño de un restaurante con gente importante al otro lado del local, no hay mucho que considerar a la hora de mantener el contrato.

Berna había puesto muchas esperanzas en Metrobook, pero sabe contentarse. No es la primera vez que un trato le sale rana y, la verdad, vamos muy bien de dinero. Habrá otros Metrobooks que no exijan nada relacionado con las vidas personales de sus socios.

Mejor. En realidad, la idea de tener que colaborar durante el resto de mi vida laboral con una serpiente como Susana es lo peor que puedo imaginar de cara al futuro.

Sobre mi estado sentimental... bueno. He estado mejor.

Hace una semana que no veo a Verónica. La última vez que coincidimos fue en el estreno de una película de superhéroes. Tenerla al lado durante toda la proyección, su codo junto al mío, su aliento tan cercano, fue un suplicio. Pero ella se mantuvo fría y seca, y se despidió de mí con la mano tan pronto nos alejamos de las cámaras.

Me imagino que muy pronto podrá anunciar que hemos roto sin que sea dañino para su carrera. Si sigo haciendo esto después de que los Álvarez hayan retirado su colaboración con mi empresa es por ella. Y por ella procuro

mantenerme al margen y no hacer las cosas difíciles. Por eso y porque no podría soportar otro rechazo por su parte.

Cuando su abuela murió, poco después de nuestro desencuentro, acudí al entierro y le presté mi hombro para que llorara, pero ella prefirió hacerlo en brazos de su hermano. Lógico, pero no por ello menos doloroso para mí. Cuando mentíamos a su abuela pero manteníamos nuestra amistad, no me sentía mal al respecto. Ahora me parece algo... sucio. Malo. Quería mantener mi promesa sobre cuidar de Verónica fuera como fuese, pero parece que no me lo va a permitir.

Mis amigos me han llamado y me han propuesto salir para celebrar mi cumpleaños, que cae a mediados de mes, pero no tengo ganas. Uno dice que podemos irnos a Brasil, otro que a Cancún... pero la verdad es que me apetece mucho más ver cómo se despega la pintura del techo de mi cuarto que cualquier otra cosa.

Como no salgo y cuando estoy por ahí siempre ando apagado, hasta Berna se ha dado cuenta. Me ha ofrecido hablar si lo necesito, pero estoy bien. No quiero que mi hermano se preocupe por mis problemas sentimentales. No lo ha hecho antes y no tiene por qué hacerlo ahora.

Supongo que eventualmente dejará de doler. Un día de estos. Cuando menos me lo espere.

Hoy, Berna me ha pedido que vaya a su casa para firmar no sé qué contratos de cesión. No me lo ha dejado muy claro y yo tampoco he prestado atención. Dice que tiene que ser hoy, aunque sea sábado, y que si no voy a toda leche nos va a caer un puro. Aunque me cuesta, me arrastro al coche y me presento en su casa cuando está a punto de anochecer.

David y Miguel, mis sobrinos, son lo único que consigue arrancarme una sonrisa desde que hace semanas. Me piden que juegue con ellos a pelear, como si no se hubieran pegado ya bastante: uno tiene un moratón debajo del ojo y el otro parece que se haya metido una inyección de silicona en el labio inferior, de un golpe reciente.

—Después bajo y me pego con vosotros todo lo que haga falta —les digo, y subo por las escaleras hasta el despacho de Berna.

Pero él no está. La que está sentada en la silla frente al escritorio es ella, Verónica. Lleva una blusa blanca y unos pantalones de vestir que le dan un aire

formal pero no por ello menos atractivo. Se recoge el pelo a la altura de la nuca con un prendedor y me hace acordarme del aspecto que tenía a los quince años, cuando venía tan modosita y tranquila al instituto.

Recuerdo que su pelo fue una de las primeras cosas que me llamaron la atención de ella. Lo miraba a veces, mientras el profesor daba la lección, y me preguntaba cómo de sedoso sería, y si cosquillearía mis dedos como imaginaba que haría.

—¿Y esto? —pregunta ella, alterada por mi presencia.

La puerta se cierra. Yo me giro y trato de abrir, pero está bloqueada. Golpeo varias veces con el puño.

—Berna, ¿qué cojones haces?

—No, qué cojones hacéis vosotros —dice él desde el otro lado—. Hasta que no volváis a ser amigos y os arregléis, no pienso abriros.

—Berna, coño, ¿qué tienes, quince años?

—Esto es ridículo —bufa Verónica, y se levanta para ponerse a la defensiva de inmediato.

Tengo que darle la razón. Esta treta es estúpida y dudo que tenga un buen final. Pero no sé qué demonios le ha dado a Berna, que se ha vuelto imbécil y no va a ceder. Suspiro y me vuelvo hacia Verónica. Si Mahoma no va a la montaña...

—Hey, ¿cómo estás?

Ella se cruza de brazos.

—Estoy.

—Mira, a mí esto me gusta tan poco como a ti, pero como mi hermano ha decidido que es buena idea volver a la adolescencia, creo que la única manera de que nos deje salir es... arreglando esto.

—No hay nada que arreglar.

—Sí que lo hay. Vamos a hablar.

Me siento en el escritorio y la miro cara a cara. Su belleza me aturde. Mi corazón se acelera sin que pueda evitarlo. Tengo que tratar de explicarle mis sentimientos de manera clara y sincera. Es el único modo.

—Sé que te he hecho daño. No era mi intención, pero eso no quita que te haya dolido. No he sido lo que tú querías que fuera.

—Yo no quería que fueras nada, Rober, te equivocas.

—¿Ah, no?

—No. —Su mirada se pierde en dirección a la ventana—. Lo que quería era que todo estuviera como siempre. Que las cosas fueran sencillas otra vez.

—Sientes algo por mí, ¿verdad?

—¿Acaso puedo negarlo a estas alturas?

—Pero no estás dispuesta a hacer nada acerca de ello. Tienes... miedo.

—Qué listo eres.

—Y admito que parte de ese miedo es culpa mía, porque desde hace años me he vuelto una caricatura de mí mismo. No soy lo que era. La gente cambia.

—Sí. La gente cambia.

Nos quedamos callados un segundo. Alargo la mano y tomo la suya entre las mías.

—Pero me he dado cuenta de lo que ocurre, Verónica. Me he cansado de ser ese tío. No estoy orgulloso de ser él. No me llena. No me hace sentir... vivo.

Verónica frunce el ceño.

—No quiero que me prometas nada. Frank lo hacía constantemente. No quiero cambiarte, ni soñar con que vas a cambiar. Todo eso son mentiras que se dicen cuando te das cuenta de que la has cagado, pero nunca se hace nada al respecto. Siempre se vuelve a caer en lo mismo de siempre.

—Pero yo no quiero cambiar. Yo quiero volver a lo que he sido siempre. Lo que era cuando éramos amigos, ¿te acuerdas?

—¿Y cómo vas a hacer eso? Teníamos quince años.

—Me acuerdo de cómo me hacías sentir entonces. Ahora me haces sentir igual. Solo tengo que concentrarme en ese sentimiento y el resto sale así, sin más.

Verónica levanta la barbilla. Sé que no termina de creérselo, pero mis

palabras suenan muy bonitas. Quizá lo suficiente como para hacerla ceder.

—Roberto, no quiero que me hagas daño. Sé que me lo vas a hacer antes o después.

—No se puede evitar hacer daño a la gente, sobre todo si hay sentimientos implicados. Tú también me harás daño alguna vez, es ley de vida. Pero te prometo que no lo haré a propósito y que seré responsable cada una de las veces. Quiero cuidar de ti. Quiero protegerte. Quiero ser tu amigo.

Ella suspira.

—¿Y así? ¿Eso es todo? ¿Así se... solucionan las cosas?

—Podemos besarnos, si quieres.

Verónica sonríe.

—Pensaba que solo querías ser mi amigo.

—Siempre voy a ser tu amigo —digo, y le acaricio la mejilla delicadamente—. Pero también quiero ser tu amante, o tu novio, o como quieras llamarlo. Tu prometido de mentira. ¿No te suena bien?

Verónica se acerca a mí y me rodea la cintura con los brazos. Apoya la cabeza en mi hombro y se aprieta contra mi cuerpo como si de pronto tuviera miedo de caerse. La sostengo con todas mis fuerzas y beso su cabeza hasta que se tranquiliza. Entonces me mira a los ojos y me dice:

—Sí.

Nos besamos. Sus dientes encuentran mis labios y los mordisquean con intención. Nuestras lenguas se rozan con deseo. Aparto los papeles y las carpetas que cubren el escritorio de Berna y la tumbo sobre él, como en las películas.

Ella se echa a reír y me ayuda a quitarme la ropa. Cuando nos besamos, el aire se electrifica. Cuando nos tocamos, el aire se congela. Cuando somos uno solo, nuestros cuerpos arden y lo único que queda después de consumirnos son los gemidos y las palabras dulces.

Al terminar, nos dejamos caer en los mismos sofás en los que nos encontramos cuando todo esto empezó. Los dos jadeamos, entumecidos de placer, y nos echamos una mirada cómplice. Ella sonríe. Yo sonrío.

—¿Te arrepientes ahora de esto? —pregunto.

Ella entrelaza sus dedos con los míos, me besa la mano y se apoya en mi pecho.

—Sé que no tengo por qué hacerlo, porque te quiero.

El que no sé si me va a querer tanto es mi hermano si se entera que me he acostado con Verónica en su despacho. Pero se le pasará.

—Yo también —respondo sonriendo antes de besarla en la frente.

Políticamente Incorrecto

Romance, Comedia, Sexo y Crítica Social

Capítulo 1

Creo que, con diferencia, mi momento favorito del verano son las fiestas del Orgullo LGBT que tienen lugar por toda la ciudad.

Vayas a donde vayas no haces más que encontrarte con banderas arcoiris en escaparates, puestos, puertas de comercios, flotando en los balcones o expuestas en los edificios públicos.

Para mí, que siempre he estado al pie del cañón en todas las causas sociales, es un orgullo y una alegría. Para mi padre, me temo que no tanto.

Tiene que ser un shock para alguien tan facha y tan carca como él descubrir que su ciudad ha sido tomada al asalto por esos maricones y bolleras de las que tanto suele hablar con sus amigos.

Habla del tema con tanta asiduidad que podría empezar a preguntarme cosas; no hay nadie que se preocupe tanto por lo que hacen los gays y lesbianas en la cama que la gente que se supone que los odian.

Pero la verdad es que me da bastante igual lo que opina o sienta mi padre. Por culpa de gente como él y las políticas y mensajes que lanza, las agresiones a gente LGBT se han multiplicado en esta ciudad, y los nazis campan a sus anchas dando palizas a parejas que no le hacen daño a nadie.

Por eso, aunque me haya prohibido acercarme a Atocha hoy y aunque me haya puesto encima a un buen grupo de gorilas de seguridad para asegurarse, me las arreglo para darles esquinazo y subirme al metro atestado que lleva a la zona donde empieza la manifestación.

Puede que me hayan fastidiado la fiesta de anoche y que haya tenido que conformarme con lo que me contaban mis amigos sobre el concierto de Marta Sánchez en Sol y el petardeo en consecuencia, pero hoy no pienso perderme la diversión.

Mis amigos me han citado en la salida del metro de Atocha. El ambiente del tren es denso y pegajoso, y la fiesta se palpa con claridad. Hay chicos, chicas y todo el espectro

intermedio que esperan a que el tren llegue a la estación con ojos brillantes.

Llevan la cara pintada de colores, banderas, pulseras arcoiris, purpurina. Los más atrevidos van disfrazados y lo cierto es que mi mandíbula se descuelga cuando veo entrar a un grupo de hombres cachas vestidos de ángeles.

Lo cierto es que lo más angelical que tienen son las alas de plumas blancas que les cuelgan de la espalda; lo demás son unos reducidos calzoncillos dorados que les marcan tanto el paquete que se puede intuir cómo de dotados están de un rápido vistazo.

Como no soy de piedra, les miro, pero como no soy tan maleducada, intento hacerlo de tapadillo. Uno de ellos se da cuenta y me sonrío, y yo aparto la mirada algo sonrojada. Hace mucho calor y todo el mundo está sudando y abanicándose como puede, así que mi rubor pasa desapercibido.

Cuando el tren se detiene, subimos por las escaleras en tromba, pero ordenadamente. El ambiente festivo se multiplica. Debe de haber gente por aquí que no viene a unirse a la manifestación, pero casi no se ve.

Todo en lo que alcanzo a posar los ojos son personas felices por poder expresarse como desean sin tener que encajar en el molde de la normalidad impuesta de todos los días. Hoy vienen a gritar y desgañitarse, bailar, beber y celebrar por si mañana no se puede, y yo vengo a hacerlo con ellos.

Logro encontrarme de milagro a mis amigos Rober y Jose, que esperan entre una farola y un puesto de maíz asado y otras chucherías. El primero es alto y espigado, sin un gramo de grasa o de músculo en el cuerpo. Parece que la camiseta le cuelga de los hombros como si lo hiciera de una percha.

Jose es lo contrario a él: bajo, rechoncho y con una calvicie incipiente a pesar de que tiene la misma edad que yo. A su lado hay otro chico, un chaval de unos ¿dieciocho? al que no conozco y que mira en todas direcciones como una cobaya asustada. Lleva una bandera del orgullo al cuello como si fuera una capa y tiene el pelo engominado y de punta.

—¡Hola! —saludo a viva voz, y me lanzo a abrazarlos como si no les hubiera visto en varios meses.

—¡Al final lo has conseguido! —dice Rober, que me rodea con los brazos huesudos y me estruja hasta que puedo sentir el borde de sus costillas en las mías—. Pensaba que te iban a tener encadenada hasta el día del Juicio Final.

—Me ha costado un huevo dejar atrás a mi gorila particular —contesto mientras abrazo a Jose—, pero me he conseguido escapar y venir para acá sin que me vean. Seguro que están movilizándolo a los GEOs o algo así.

—¿Sabe tu padre que venías a la mani? —pregunta Jose.

—Si no lo sabe, se lo imaginará. El otro día tuvimos una discusión súper fuerte a cuenta de esto.

—¿Tu padre qué es, homófobo? —pregunta el chico de la capa arco iris.

—Ah, Julia, que no os hemos presentado —dice Rober con una sonrisa nerviosa. Por su modo de mirar al chaval, me doy cuenta de que le gusta. Igual es su nuevo rollo o algo así—. Este es Daniel.

Le doy dos besos. Es más joven que nosotros y parece un novato. Debe de ser un chaval que acaba de llegar a Madrid y nunca antes ha estado en una manifestación tan grande como esta, o algo así.

—Qué mal con lo de tu padre —me dice con una mirada compasiva—. El mío, por suerte, es de los simpáticos. Lo de tener un hijo maricón lo lleva con mucho orgullo, pero decírselo a mi abuelo como que no...

—Mi padre es un cabrón —le digo con una sonrisa.

Sé que ni Rober y Jose le han dicho de quién soy hija. No es ningún secreto, pero suelo preferir poder contárselo a la gente que a mí me parece oportuno en vez de que se me señale como “la hijísima” en algunos círculos.

Me encantan las causas sociales y soy la primera en irme de cabeza a manifestaciones y otras movidas (cuando me dejan los gorilas), pero sé que mucha gente que sabe quién soy me critica de tapadillo y piensa que soy una niña mimada con complejos de ricachona. ¡Nada más lejos de la realidad!

—Esto se va a empezar a mover en nada —anuncia Rober mientras mira el reloj—. ¿Vamos para dentro?

—Venga.

Nos movemos entre la gente y buscamos un hueco libre junto a un grupo de percusionistas que amenizan la espera con ritmos trepidantes.

Hay pancartas por todas partes, banderas de colores que ondean. No sólo está la bandera arco iris: también hay banderas del orgullo trans, del orgullo bi... Hay incluso banderas de comunidades autónomas (en este momento, me rodean la de Extremadura y la de Canarias) y de países europeos y latinoamericanos.

Es increíble que tanta gente diferente venga a celebrar al mismo sitio en el mismo momento. Entre la gente que va a marchar y entre los que esperan para ver pasar la manifestación hay personas de todos los colores, edades y géneros. Me siento afín a todos ellos, extrañamente feliz. Libre. Sobre todo libre.

Rober tira de mí hacia el frente de la manifestación. Daniel le coge de la mano. Cuando miro a Jose, se encoge de hombros.

—Se conocieron ayer en la batalla de agua y no veas. Ha insistido en traérselo. Parece que se vayan a casar mañana mismo.

—Que aprovechen antes de que lo prohíba el cabrón de mi padre —murmuro con

amargura.

Porque las banderas y los carteles que piden libertad no es lo único que se ve por todas partes. Además de las típicas protestas a favor de un país laico y en contra de la hipocresía de la Iglesia hay un montón de carteles que exigen que el gobierno dé marcha atrás en su propósito de ilegalizar de nuevo el matrimonio igualitario.

Veo la cara de mi padre tachada por todas partes. Algunos carteles le muestran vestido como una drag queen dentro del armario, y otros directamente le insultan. Lo propio sería que yo, en calidad de hija, me sintiera ultrajada. Lo cierto es que lo único que siento es rabia.

Pero no contra estas personas que temen que sus derechos se vean amenazados, sino contra mi padre y sus lacayos del Congreso, que pretenden llevar a cabo sus políticas de ultraderecha mientras lo disfrazan de interés por la moral y por la corrección lingüística. Serán gilipollas.

Seguimos atravesando la manifestación hasta que encontramos un lugar oportuno. Allí, Rober saca de una bolsa de plástico una botella de Coca-cola llena de calimocho y le da un trago. Yo soy más de cerveza; el sabor dulzón del cali se me pega a las muelas y me acaba dando ganas de vomitar, pero no veo a ningún tipo de esos que venden latas de cerveza sueltas por aquí, así que le pido un trago.

Está fresquito, lo cual es una suerte porque hace un calor de mil demonios. De vez en cuando alguien a nuestro alrededor dispara con una pistola de agua que además de pegarnos un buen susto nos refresca, pero sigue siendo agotador.

La manifestación se pone en movimiento lentamente y suena la música. Empiezan a gritarse consignas por todas partes. Son reivindicaciones políticas y de liberación sexual, antisexistas, antirracistas. Yo me sumo a ellas en cuanto pillo las rimas y aprovecho para bailar cuando alguien canta alguna canción o nos llega el sonido de los tambores.

La gente del público aplaude y vitorea, ondean las banderas. Yo sonrío a mis amigos y me alegro de ver que hoy, por lo menos, no tienen por qué esconder sus orientaciones sexuales o temer por su seguridad.

Aunque mi padre y su partido se empeñen en hacer de la ciudad un lugar más peligroso para la gente que no encaja en el molde de lo que se supone que es normal, el espíritu de la gente siempre acaba ganando. O al menos eso espero.

Porque una de las cosas que más se oyen son insultos hacia mi padre y el partido que dirige, el PNE, y el deseo de que en las próximas elecciones, que se celebran a final de mes, se peguen un batacazo. Pero me temo que eso no va a pasar.

La maquinaria electoral ya se ha puesto en movimiento aunque todavía no estemos formalmente en campaña, y los periódicos afines al “régimen” no hacen más que cacarear lo que dice el gobierno.

Los que se oponen a sus políticas son unos perroflautas, las abortistas unas asesinas, los homosexuales unos degenerados, los inmigrantes unos ladrones y el partido de izquierdas, el PSDE, la receta para el desastre en un país que ya está tocado por la crisis desde hace años. Lo único que les falta por decir es que el divorcio es un atentado contra el matrimonio, pero por suerte mi madre le dejó hace tiempo y eso no lo puede sacar a la palestra.

A veces me parece que en vez de padre tengo a un cavernícola que cree que le pertenezco por haber nacido en su cueva. En cuanto salí de bachiller me obligó a meterme en un grado doble de Administración de empresas y Derecho a pesar de que yo me inclinaba por Trabajo social, lo que tiene cierta lógica.

Lo que todo el mundo espera de la hijísima del Presidente es que sea una candidata a asesora en alguna empresa pública o en algún ayuntamiento, ¿no? Lo de ser trabajadora social y luchar activamente por mejorar las cosas que empeora la política del gobierno no tiene tanto glamour y se cobra mucho menos. Y, además, suele ser dinero público de ese que prefieren invertir en regalos para amigos constructores en lugar de mejorar las cosas de verdad.

Se nota que el tema me tiene frita, ¿verdad? Pues el entorno no mejora casi nada. Mi rabia empeora hasta que se convierte en ira. Ojalá tuviera delante a mi padre para soltarle un par de verdades a la cara, pero seguro que se ríe de mí.

Me trata con una condescendencia que no soporto. Cree que soy una niña malcriada a la que se le pasará el ataque de rojez en cuanto crezca un poco y vea la vida por sí misma, pero quiero pensar que jamás, por mucho que madure, me convertiré en una buitre neoliberal como él. Por eso grito más fuerte y agito más los brazos, aunque mi voz no es más que un susurro en la marabunta que me rodea.

La manifestación avanza, lenta pero segura, y dejamos atrás Atocha para subir en dirección al ayuntamiento. Hay música, chorros de agua y muchos gritos, y besos, tíos de cuerpos esculturales luciendo palmito y también tíos no tan macizos que se desinhiben y se despelotan sin un ápice de vergüenza.

Rober y Daniel se están dando el lote cada vez que el grupo se para. Jose tiene pinta de aburrido, así que le propongo que sigamos hacia delante y veamos el resto de la manifestación desde un lateral. Quedamos con Rober en encontrarnos cuando termine y echamos a andar entre la gente hacia el frente de la manifestación.

Hay tanta gente que parece un camino interminable, pero terminamos llegando a la cabecera. Entonces veo que en la pancarta frontal, que predica libertad y visibilidad para los colectivos, además de activistas madrileños importantes, artistas fuera del armario y hasta una cantante pop a la que los gays adoran, está el candidato a la presidencia por el PSDE.

Carlos Páez.

Me sorprende que parezca tan joven; en la tele, donde lo he visto hasta ahora, tiene

pinta de cuarentón. Pero visto desde aquí, no le echaría más de treinta y cinco. Lleva el pelo corto, aunque algo menos de lo que a mi padre le gustaría. Le he oído llamarle “el greñas” más de una vez, pero es que se queja por todo.

Supongo que si alguno de sus cachorros del partido llevase este peinado, se echaría un litro de gomina para darse aires de persona seria. Carlos Páez lo lleva suelto y al natural, lo que le da un toque desenfadado que siempre me ha llamado la atención.

Tiene la mandíbula afilada y una de esas narices ligeramente aguileñas que me pirran. Es bastante guapo, no lo voy a negar; ahora que no lleva traje, sino una camiseta roja y morada (cómo no), se le nota la constitución fibrosa. Creo recordar haber leído en alguna entrevista suya que le gusta salir a correr y jugar al baloncesto.

Me adelanto un poco más y le veo charlar con la mujer que va a su lado detrás de la pancarta. Sonríe de tal manera que me fascina. Tiene esa manera de mirar y de hablar que parece genuinamente sincera. Sus ojos verdes parecen brillar cuando se ríe, y se ríe todo el tiempo. Siento un deseo irrefrenable de acercarme para saludarlo, pero no sé si podría hacerme un hueco entre la gente sin parecer una terrorista suicida o algo así.

Veó cómo los reporteros sacan las máquinas de fotos cuando llegamos a la plaza del ayuntamiento y comienzan a asaetear a la pancarta principal a flashazos. Algo se mueve dentro de mí.

Dejo de ser consciente de mis movimientos y me interno en la manifestación otra vez, moviéndome hacia la cabecera sin tener en cuenta nada de lo que pueda pasar. Recibo miradas de soslayo y recelo a medida que me abro paso entre personalidades del activismo LGBT, pero no me importa. Llego hasta la cabecera y le poso la mano a Carlos Páez en el hombro.

Se vuelve con curiosidad y cuando sus ojos se posan sobre los míos sonrío ligeramente. Tiene unos labios muy bonitos, gruesos y de un rosa pálido que dan ganas de poner rojo a mordiscos.

—Perdona, Carlos —le digo mientras los flashes estallan contra nosotros y el rumor de la gente y la megafonía está a punto de ensordecernos—. Soy Julia Montemayor.

Reconoce el apellido al instante, claro. Alza una ceja sin dejar de sonreír. No sabe muy bien qué esperar, así que continúo:

—Quiero que sepas que estoy en contra de todo lo que hace mi padre y que pienso votarte a ti el día 25.

El interés aparece en su rostro de manera inequívoca y su sonrisa se agranda hasta mostrar los dientes blancos que hay tras los labios. Me pasa el brazo por encima del hombro y me acerca un poco a la pancarta mientras da un paso atrás, como si intentase darme mayor visibilidad.

—Menuda alegría me das, Julia —dice mientras me estrecha la mano delante de los

fotógrafos—. Veo que no todo está perdido en este país si los hombres como Montemayor pueden tener hijas como tú.

Mi corazón empieza a bombear sangre a toda velocidad y siento que me tiemblan las piernas. La mano de Carlos se cierra sobre la mía, cálida y amigable, y sus ojos no abandonan los míos.

Siento las miradas enfadadas de los activistas sobre mí y por un momento casi me da vergüenza haberme metido donde no me llamaban para rebelarme contra mi padre, pero Carlos huele tan bien que no me importa demasiado.

—Oye, ¿pero qué haces aquí? —pregunta una de las mujeres que me rodean—. Tú no puedes ir delante.

—Será mejor que te vayas —dice Carlos con una mirada cómplice—. Pero no te preocupes. Me he quedado con tu cara y te aseguro que quiero seguir discutiendo de ideologías contigo.

Capítulo 2

Todavía no sé qué cara poner a esa invitación de Carlos Páez cuando una mano tira de mi camiseta hacia atrás y me arrastra fuera de la cabecera. La disrupción ha sido breve, pero intensa. Localizo a Jose en los alrededores y me acerco a él muy deprisa, con las mejillas arboladas y los ojos brillantes por la emoción.

—¿Pero qué haces, tía? —pregunta ladeando la cabeza—. ¿Se te ha ido la cabeza, o qué?

—Calla, calla —digo sin poder aguantar un gemido emocionado—. Ay, Jose, ¡es súper guapo!

—¿Quién? ¿Carlos Páez?

—¡Sí, joder!

—Pff. A mí me parece un poco... No sé. Muy de los que doran la píldora. Además, tiene los ojos muy juntos.

—¡Que los va a tener juntos! Le he visto de cerca y te juro que es guapísimo. Parece un cantante o algo así. Me ha estrechado la mano y... ¡me ha dicho que quiere seguir hablando conmigo en privado!

Jose pone los ojos en blanco.

—Venga ya. ¿Pero sabe quién eres?

—¡Claro! Le he dicho que voy a votar por él y le ha encantado. Ha posado conmigo en las fotos.

—¿Qué dices?

Me echo a reír.

—¡A mi padre le va a dar un infarto cuando se entere! Seguro que lo sacan en el periódico. Había cámaras de televisión. No creo que lo saquen en el telediario; mi padre tiene comprados la mayor parte de los canales y no deja que emitan lo que no le gusta, pero...

Jose me coge de la mano y tira de mí hacia el bar en el que hemos quedado en encontrarnos con Rober y con Daniel. No parece tan emocionado como yo y no sé muy bien por qué. Supongo que porque Carlos Páez no le cae demasiado bien.

Su irrupción como candidato de la izquierda ha sido una sorpresa. Tras la debacle de la

anterior secretaria general del partido y gracias a la votación de la militancia, Carlos Páez se hizo con el puesto cuando nadie se lo esperaba.

Era demasiado guapo, demasiado joven y demasiado poco experimentado en la política, pero su gran carisma conquistó los corazones de los electores con un discurso de cambio y reciclaje ideológico.

Muchos lo acusan de haber subido a golpe de puñaladas en la espalda y de juegos de salón. No sé si será verdad, pero tampoco me importa. Ahora mismo el corazón me palpita a cien porque cada vez que recuerdo en cómo me ha pasado el brazo por los hombros y me ha acercado a su cuerpo me creo morir.

Tampoco pasa nada si no soy totalmente imparcial en esto, ¿no? Lo importante es el futuro de la izquierda de este país.

Rober y Daniel se retrasan casi una hora en llegar hasta nosotros. Cuando lo hacen, vienen de la mano y un poco borrachos, y en la camiseta de Rober hay una mancha morada y húmeda que me hace pensar en dónde ha terminado la botella de calimocho que no veo en ninguna parte.

—A ver, maricones, ¿a dónde vamos? —dice Jose, que se ha tomado una botella de Coca Cola helada de un trago nada más entrar en el bar. El calor, ahora que el sol no está tan alto, ha disminuido, pero no lo suficiente para que dejemos de sentir que estamos nadando en nuestro propio sudor evaporado.

—Yo quiero ir al concierto de la imitadora de Mónica Naranjo —dice Daniel.

—Yo paso —digo. No puedo quitarme a Carlos de la cabeza y cualquier cosa que no sea ir a buscarle se me hace aburrida y poco apetecible.

—Pues entonces voy contigo —contesta Rober, que mira a su rollete con una sonrisa tontorróna fruto del amor y el alcohol.

—Si os vais a ir a Sol, yo tiro para Chueca. Héctor y los demás iban a hacer botellón en la plaza —anuncia Jose, que no parece seducido por la nueva compañía de nuestro amigo—. ¿Te vienes, tía?

—Qué remedio —contesto. Dudo mucho que Carlos Páez vaya a petardear por Chueca el día del Orgullo, pero tampoco me voy a quedar aquí sola en plenas fiestas.

Nos despedimos de Rober y Daniel y echamos a andar hacia el barrio gay por excelencia de Madrid. El camino es largo y lento por la cantidad de gente a la que tenemos que sortear. Hay personas por todos lados, como si hubiesen abierto una presa llena de gente borracha y meona que se ríe muy alto y tiende a acumularse en los lugares de paso.

Yo apenas he bebido y me siento un poco fuera de lugar. Mi mente sigue anclada en el momento en que me he encontrado con Carlos, como si quisiera revivirlo una y otra vez.

Ojalá pudiera.

Al cabo de tres cuartos de hora llegamos a Chueca, y a mí me parece haber atravesado una ciudad llena de trincheras. La plaza está a reventar y casi no hay sitio para sentarse. Todo huele a pis y a vino barato, me duelen los pies y estoy ansiosa, como si fuese a ocurrir algo de un momento a otro. Bueno o malo, no lo sé.

Jose se encuentra con su grupo de amigos y se saludan. Yo aprovecho para, tras saludar sin muchas ganas, echar un ojo al móvil. Tengo mensajes pendientes en WhatsApp y Telegram, y varias notificaciones de Twitter. No me he dado cuenta durante el trayecto, pero hay tantas que parece que me vaya a echar humo si las abro a la vez.

El móvil vibra en mis manos. Es un mensaje de mi madre:

Mamá: ¡Bien hecho, hija! ¡Estoy orgullosa de ti!

No tengo muy claro a qué viene esto. Antes de contestarla, echo un vistazo a Twitter y descubro que alguien ha subido la foto en la que aparezco con Carlos Páez y han señalado mi nombre. El tuit se llama: “La hija de Montemayor con Páez en la mani del Orgullo” y a estas alturas casi llega a los dos mil retuits.

Mis menciones echan humo. La mayor parte son de gente alegrándose por la foto, pero algunos me llaman puta y zorra, o me acusan de ser una montajista que intenta minar la credibilidad de mi padre con Carlos Páez.

Unos pocos niegan que la chica de la foto sea yo, y la mayoría de tíos comentan el polvo que tengo o si soy más fea que mi padre. Lo típico en Twitter, vaya.

Sin pensar, retuiteo la foto con mi cuenta. Eso le da validez a la noticia. Me tiemblan las manos, pero está hecho. Esto era lo que yo quería, ¿no? Hacerle la guerra a mi padre por ser tan capullo. Si sirve de algo, bienvenido sea.

Respiro hondo y echo un vistazo a mis mensajes privados. Hay varios de amigos que me preguntan si la foto es de verdad, o me pasan links de diarios digitales que se han hecho eco de la noticia. Pero hay un mensaje privado que no me espero para nada.

Es uno de Carlos Páez.

Me tiembla el dedo por la prisa con la que pulso la pantalla, y sin querer abro otro mensaje. Vuelvo atrás a toda leche y abro el bueno. La foto de Carlos, con esos ojos verdes tan intensos y la sonrisa que deslumbra, se intuye en la esquina superior. Su mensaje es sencillo:

Carlos: Lo que te he dicho antes no iba en coña. ¿Cuándo quedamos para charlar?

Carlos: Me muero de ganas por saber lo que opina alguien como tú.

Se me seca la boca. Tecleo. Tecleo tan mal y tan rápido que tengo que volver atrás y corregir el mensaje hasta que está perfecto. Cuando me siento cómoda con él, lo envío.

Julia: Yo también quiero tener esa charla, Presidente. Ahora mismo estoy en Chueca, celebrando con amigos, pero mañana no tengo nada que hacer.

Trago saliva. Veo que está escribiendo un mensaje y noto que las rodillas me flaquean. Oigo que Jose me dice algo, pero no le escucho. El mensaje de Carlos aparece poco después:

Carlos: Yo también estoy en Chueca.

¡La hostia puta! ¡Que está por aquí, dice!

—Oye, pava, ¿me quieres hacer caso? —dice Jose interponiendo una mano entre el móvil y mi mirada—. ¿Te vienes con nosotros o qué? Héctor ya está buscando un sitio.

—Ehh... Espera un segundo.

Carlos: Si quieres podemos quedar ahora mismo.

Julia: Claro.

—¿No puedes mandar mensajes mientras andas?

—Es que... —Levanto la vista un segundo con la sonrisa más estúpida del universo—. Carlos Páez quiere hablar conmigo. Está en Chueca.

Jose alza las cejas y se echa a reír.

—Qué dices.

—Lo que oyes. Y...

Hay otro mensaje. Me da la dirección del sitio donde se encuentra. Supongo que no se irá de botellón teniendo las elecciones aquí al lado. Creo que está en un bar tranqui y más discreto que cualquiera de la plaza. He pasado por delante alguna vez.

—Que me voy —le digo—. Ya... Ya te contaré.

Jose niega con la cabeza sin dejar de sonreírse.

—Anda que... Pues pásatelo bien. Y usa condón. —Le pego un cachete en el brazo—. Bueno, chica, pues no uses. Préñate y que tu padre tenga que decidir entre llevarte a abortar o tener un nieto medio comunista.

—De medio nada. Sería comunista entero. O socialista. O... Bueno, lo que sea. ¡Que me marchó! ¡Adiós!

Me alejo de Jose a zancadas largas y paso por encima de los grupos que se sientan para beber entre bolsas de hielo medio fundidas y riadas de orina. Hay música machacona que viene de alguna parte que no puedo precisar y los bares están tan llenos que la gente tiene que hacer cola fuera.

Me alejo de la plaza y me interno por las calles colindantes, más tranquilas y solitarias. Tengo una sonrisa muy estúpida pintada en la cara, y no puedo quitármela de ninguna manera. No quiero que Carlos se piense que soy una groupie boba, pero me siento tan contenta que no puedo evitar sonreír así de estúpidamente.

Llego al bar donde me ha dicho que le encontraría y miro a través de los resquicios que quedan en el vinilo de la cristalera. La gente está bailando y tomando copas en el interior.

Me miro las manos, la camiseta y el pantalón y me pregunto si tendré un buen aspecto para enfrentarme a esto, o si me echarán del bar por ir un poco perroflauta. Me muerdo el labio y suspiro, y cuando voy a entrar oigo una risa que viene de mi derecha.

Carlos está fuera y ha visto mis ademanes nerviosos. En vez de decirme nada, se ha contentado con observarme como si fuera divertido. Tuerzo el gesto y le juzgo con la mirada silenciosamente antes de sonreír.

Él levanta una mano y me saluda. Me hace un gesto para que me acerque, y lo hago. Tiene el mismo aspecto que esta tarde, en la manifestación, pero la noche le sienta bien. Ya no parece tanto un cantautor de los setenta reconvertido como un tipo normal y corriente que ha salido a tomarse una copa.

No veo que lleve ningún vaso en la mano (normal, supongo; siendo mes de elecciones y con los reporteros derechistas tan rabiosos, podrían acusarle de hacer botellón sólo por beber a dos pasos de la puerta del bar), pero sí su teléfono móvil. Lo guarda antes de acercarse a mí.

—¿Te doy la mano o dos besos? —pregunta, y yo mascullo una respuesta.

—Da igual. O sea... Dos besos están bien.

Se inclina sobre mí y posa sus nudosas manos sobre mis hombros delicadamente. Luego posa su mejilla contra la mía. Huele muy bien. Huele como un trozo de cielo.

Creo que ningún tío huele tan bien en pleno julio madrileño por mucho desodorante que se eche, pero Carlos parece que ni siquiera produzca sudor a veinte o veinticinco grados después de pasar la tarde bajo el sol. Es curioso.

—Me has dejado muy pasmado cuando has venido a por mí. Creía que estabas bromeando —dice con una sonrisilla—. Nunca sueles salir en ninguna foto ni acto público con tu padre, ¿no?

Niego con la cabeza.

—Desde que tengo uso de razón le dejé muy claro que no me podría usar con fines electoralistas. Que bese otros niños si quiere.

—Vaya. Te juro que no te esperaba así de combativa. Supongo que no te llevas muy bien con él. Pero me muero de curiosidad por saber cómo se lleva él contigo. ¿Qué opina acerca de tener una hija roja?

—Gruñe y murmulla, pero sabe que no me va a hacer cambiar de opinión. Mis principios son mis principios. Él y los de su partido son unos hipócritas. Ya sabes: todo lo que hacen los demás está mal aunque yo lo haga de tapadillo. Pero yo no pienso callarme. Me ha intentado comprar muchas veces para que me esté quieta, pero por ahí no paso.

Carlos se echa a reír.

—Si todo el mundo fuera como tú, este país iría mucho mejor.

—Si mi padre fuera un poco menos capullo, seguro que el país andaría mejor. Si te contara todo lo que sospecho de los chanchullos que tiene con sus colegas...

—Si me lo contaras, tampoco es que pudiera hacer nada. Los casos de corrupción se demuestran en el juzgado aunque tarden dos mil años en hacerlo. Y como muchas veces los jueces son amigos, tampoco pasa nada. Una pena conmutable y ya está.

Tuerzo el gesto.

—Pues menuda mierda. ¿Y no tienes a algún juez amigo que pueda echar una mano?

—Tengo. Pero con lo que les gusta revolver a los periodistas y los tentáculos que tiene el PNE en todas partes, lo mismo se lo cargan por prevaricación o algo por el estilo. Nah. La única manera en que podemos cambiar las cosas, aparte de una revolución armada que no creo que se produzca porque los españoles están un poco dormidos, es mediante las urnas.

—¿Crees que vas a ganar? —le pregunto a bocajarro.

Carlos se encoge de hombros.

—Voy por debajo en las encuestas. Cuando empiece la campaña, ya veremos si cambia algo. Yo que tú no me haría muchas ilusiones de todos modos.

Suspiro. Me temía algo así. Mi tristeza debe de ser patente, porque Carlos se me acerca y posa la mano suavemente en mi espalda.

—Vamos dentro. Tienes que explicarme cómo una chica como tú se vuelve tan roja como yo en una familia como la tuya.

Capítulo 3

Hablamos, vaya que sí. Charlamos hasta que son las tres de la mañana y el bar enciende las luces para que ahuequemos el ala. Carlos me ha contado acerca de sí mismo, de cómo decidió meterse en política, de las cosas que aprendió en la universidad y en su año en Noruega, y cómo acabó convirtiéndose en el secretario general.

No me dice nada acerca de los rumores de juego sucio para hacerse con el puesto, y yo no le pregunto. No me importa.

Se nota que es político, porque habla con una claridad cristalina y derrama carisma en cada palabra, y yo me quedo embelesada mirándolo como si fuese un príncipe de ensueño. Es muy ñoño, lo sé, pero no puedo evitar que me salgan esas expresiones porque la verdad es que me tiene un poco atontada.

Yo le cuento acerca de mis afinidades políticas y cómo empecé a rebelarme contra mi padre a partir de que mi madre y él se divorciasen cuando yo tenía doce años, poco antes de que el PNE se hiciera con el poder después de casi una década de gobierno del PSDE.

Mi madre, que es una santa, acabó hasta el moño de sus manejos, de sus amantes y de sus discursos políticos a todas horas y se largó de casa. La custodia compartida me obligaba a pasar la mitad de mi tiempo en casa de mi padre.

Al principio, yo le adoraba como la mayoría de las niñas adoran a sus padres. Luego, según me fui haciendo mayor, me di cuenta de la hipocresía que rezumaban sus palabras y sus acciones, y el machismo con el que me trataba.

No me insultaba ni me decía a la cara que me considerase inferior por ser mujer. Eso habría sido tolerable porque habría podido escudarme mejor contra ello. No, eran pequeñas acciones y comentarios que dejaban claro que no creía que pudiese hacer lo mismo que un hombre, que me invitaban a protegerme, a taparme y a ser cuidadosa por mi condición.

Cuando empecé a salir con chicos (y muchos de ellos eran un poco rojos), mi padre empezó a despreciarme y a tratarme como si fuera de su propiedad. Aunque mi madre trató de evitarlo, me obligó a terminar el bachillerato que él quería y me pagó el grado que a él le daba la gana, y no había discusión.

—Así que aquí estoy, deseando terminar de una vez para poder largarme a hacer lo que me dé la gana. Estoy pensando en mudarme a Londres cuando me gradúe, pero la ultraderecha inglesa está que muerde, así que no sé. Me parece que no queda un país bueno.

Carlos se sonríe. Me ha escuchado con mucha atención, sin probar un sorbo del combinado que tiene en la mano. Cuando me doy cuenta, me sonrojo ligeramente. En la penumbra del bar no se da cuenta, por suerte. ¿Es así como le miro yo? Vaya palo.

—Bueno... ¿Qué? —digo, algo incómoda—. ¿Era como te esperabas, o no?

—En realidad es mejor —responde con una carcajada—. Cuanto más te conozco, más me gustas, Julia.

No sé en qué plan me ha dicho eso de gustar, pero por el modo de inclinarse hacia mí y mirarme a los ojos, puedo imaginármelo. O eso o estoy abusando del pensamiento positivo.

Sus dedos largos me acarician el dorso de la mano. Oh, vale. Esto está pasando. Tiene las uñas recortadas a la perfección y diría que manicuradas. Normal, siendo un político. Trago saliva y llevo mi mano sobre la suya. Le acaricio los nudillos y levanto la mirada para encontrarme de nuevo con sus ojos. De cerca y con esta luz, parecen dorados más que verdes.

—O sea, que me estás intentando seducir —le digo en un tono que intenta ser socarrón pero se pierde a medio camino.

—No te voy a mentir. La verdad es que si ese fuera el resultado, estaría muy contento.

—¿Y a dónde me llevarías?

—A mi casa. Vivo en un piso no muy lejos de aquí. No es una mansión como en la que vives tú, pero creo que te gustaría más.

—Ya. ¿Y qué me harías?

—Lo que tú quisieras. —Carlos ladea la cabeza y me sonrío otra vez. Esos labios tan bonitos... Me muero por probarlos—. Creo en la igualdad y en las relaciones consensuadas.

Eso ha sonado muy seductor, no lo voy a negar. Subo la mano hacia su muñeca y la cierro sobre ella. En ese momento, como he dicho antes, se encienden las luces y parte del hechizo se rompe. Pero Carlos y yo ya tenemos un plan, y no hace falta hablar más para llevarlo a cabo.

Sin que haya comunicación entre nosotros, Carlos se termina de un trago su combinado y se levanta. Yo le imito. Salimos del bar, que poco a poco empieza a vaciarse, y bajamos por una de las calles en busca de una parada de taxis cercana.

Vamos de la mano. La tiene cálida y nudosa, y me sujeta con confianza. Le miro de reojo. Luego observo a mi alrededor. Estamos solos.

Le pongo las manos en el pecho y le empujo hacia uno de los lados de la calle. Él se deja hacer con media sonrisa, y acepta mis labios cuando me pongo de puntillas para darle un beso.

Sus brazos me rodean y me aprietan contra él mientras mi boca se abre y busco su lengua con la mía. Nuestras respiraciones se aceleran al instante. Su aliento huele a alcohol y a limón, pero el mío también, así que no me importa.

Su cuerpo arde contra el mío. Yo... ¿Qué puedo decir? Se me están pasando cosas muy

sucias por la cabeza. Quizá, si él no tuviera una imagen que presentar frente a la nación a final de mes, me dejaría llevar y las cumpliría aquí mismo. Y si nos ve algún vecino, que se aguante.

Pero no. Logro dominarme y me aparto de él, no sin antes besarle y mordisquearle la boca como si no hubiera mañana. Carlos jadea levemente. Su interés en mí, que ya de por sí parecía alto, ahora se ha incrementado notablemente.

Paramos un taxi y él da la dirección intentando que no se vea muy bien su cara. El taxista va a su rollo, así que puedo aprovechar para darme el lote con Carlos en el asiento trasero.

Nada demasiado explícito, no nos vayan a echar, pero sí lo suficiente para que el interés que he creado en él no decaiga. Cuando rozo su entrepierna por encima del pantalón, no puedo contener un murmullo excitado al darme cuenta de que es... bastante voluminosa. Estas cosas no se ven en los mítines, desde luego.

Subimos a su casa tan rápido que ni siquiera recuerdo cómo es su escalera. Abre la puerta y me deja pasar, pero tan pronto la abre me echo encima de él con un hambre voraz. Paso las manos por su pelo y hundo los dedos en lo que mi padre llama sus greñas. Carlos me besa el cuello, lo mordisquea suavemente. Me froto contra él.

Le acaricio por debajo de la camiseta y tiro de ella para indicarle que se la quite. Carlos me obedece. Su torso es fibroso y agradable de tocar. Beso su pecho y bajo por su vientre, que tiene un vello castaño suave hasta el ombligo, y bajo la bragueta de sus vaqueros mientras le miro desde abajo.

Carlos no hace ningún gesto, sólo me observa mientras su pecho se hincha por la respiración acelerada, así que desabrocho el botón y le bajo el calzoncillo para ver lo que antes sólo he podido imaginar. Y la verdad es que no desanima.

Le hago jadear cuando me meto su miembro en la boca y chupo suavemente. La noto crecer y endurecerse al momento. Él se pega aún más a la pared y sube las caderas, así que le bajo un poco más los pantalones y juego con mi lengua hasta que consigo que gima.

A estas alturas yo tampoco es que esté muy calmada. Después de varios minutos, vuelvo a subir y le beso en la boca. Le cojo la mano y la pego a mi entrepierna mientras le acaricio con una de las mías.

Carlos mete la mano bajo la goma de mi pantalón y busca entre mis bragas. Sus dedos no tardan en encontrar mi clítoris húmedo. Y él, con gran habilidad y paciencia, lo acaricia tal y como esperaba que lo hiciera. Esos dedos tan bonitos tenían que servir para algo.

Gimo en su boca y él me muerde el labio. Me pego a él mientras me masturba y le echo los brazos al cuello para tenerlo más cerca y poder apoyarme mientras me pongo de puntillas. Sus dedos me penetran con suavidad. Estoy tan mojada y tan excitada que dos me saben a poco.

—Llévame a la cama —jadeo, y él corre a complacerme.

Atravesamos un pasillo corto hasta el dormitorio, que tiene una cama de matrimonio con una colcha granate y un armario empotrado con puertas de espejo.

Eso es lo único que alcanzo a ver antes de arrancarme la ropa y dejarme caer sobre la cama. Carlos hace lo mismo y me besa. Su boca baja por mi cuello y mis pechos, acariciándolos con los labios y la lengua, hasta mi vientre y entre mis piernas.

—¿Ves? Igualdad —dice antes de hundir la lengua dentro de mí y succionar mis labios y mi clítoris con una maestría que no me esperaba en alguien como él.

Me muerdo los labios para evitar un gemido alto de placer y cierro los ojos mientras él me complace con la boca y los dedos hasta que estoy tan húmeda y tan cachonda que no puedo evitar pedirle que me folle ya.

Carlos alcanza la mesita de noche y saca un condón. Antes de que pueda abrir los ojos de nuevo ya lo tiene puesto, y se coloca entre mis piernas. Sus manos me acarician los muslos y el culo a medida que me penetra.

Aguanto la respiración cuando lo siento dentro de mí, y me aferro a su espalda cuando comienza a moverse. Le beso el cuello y los labios. Nuestras respiraciones se mezclan. Le noto dentro, muy dentro, y cada vez que se mueve lo siento aún más.

Palpo su cuerpo con lujuria y lamento no poder mirarme en el espejo para ver por mis propios ojos lo que está pasando: que me estoy tirando al rival político de mi padre, a mi candidato a la presidencia y a uno de los tíos más guapos con lo que he estado nunca.

La idea me excita todavía más, y me concentro en ella hasta que noto que el orgasmo rompe dentro de mí y me hace convulsionarme entre Carlos y la cama. Él acelera, provocándome un placer aún más intenso y desesperado.

Poco después de que yo me haya corrido, lo hace él. Le veo gemir y fruncir el ceño frente a mí, y sus gemidos son música para mis oídos. Le acompaño en sus movimientos hasta que cesan y se desploma sobre mí.

Le abrazo y reposo la cabeza en el colchón. Siento sus labios en mi mejilla, buscando los míos. Tal vez en un rato tenga ganas de volver a empezar, pero por el momento lo único que quiero es sentirlo sobre mí, a mi alrededor.

Capítulo 4

La luz de la mañana se posa sobre mi mejilla cuando el sol se coloca en las rendijas de la persiana. Parpadeo, amodorrada, y giro sobre mí misma. A mi lado está Carlos, dormido y extendido sobre las sábanas como un dios griego.

Su pecho sube y baja rítmicamente cada vez que respira. Su perfil es maravilloso. Paso los dedos por su pecho y le beso el hombro. Él no parece percatarse de ello, pero se gira y me pasa el brazo por la cintura, como si quisiera tenerme aún más cerca y protegida.

A pesar de que me estoy meando, me ovillo contra él y me sonrío. El placer de sentir su calor y su presencia es suficiente para que cierre los ojos y camine un tiempo por el límite entre el sueño y la vigilia, demasiado contenta como para moverse.

Pero la alarma de su móvil se dispara poco después y tenemos que abrir los ojos y aceptar que el día sigue y hay que moverse.

—Buenos días —dice con voz pastosa.

Me inclino y le doy un beso apartándome el pelo de la cara para que no le caiga sobre la suya. Carlos me sujeta justo cuando voy a retirarme y me aprieta contra él para darme un beso aún más profundo y apasionado, uno que está a punto de encender fuegos otra vez.

Pero estoy segura de que él tiene cosas que hacer aunque sea domingo, así que no me dejo enredar por mucho que me gustaría y ruedo para buscar mis bragas y mi camiseta.

Carlos se levanta completamente desnudo y se estira. No puedo evitar echarle una mirada furtiva a sus brazos y sus hombros y recordar cómo me abrazó ayer con ellos mientras me hacía el amor. Ahora me da pena tener que ponernos en movimiento. ¿No puedo estirar el tiempo un poco más?

Carlos va al baño. Escucho cómo orina desde aquí, así que supongo que es un no. Tomo mi móvil del suelo, allá donde lo dejé caer anoche, y echo un vistazo.

Tengo muchísimas notificaciones, varias llamadas perdidas que no he escuchado porque estaba en silencio y un mensaje de texto de mi padre que dice:

Papá: Más te vale que vuelvas a casa.

Trago saliva. Eso no suena nada bien. Miro las notificaciones y comprendo que la bola ha seguido haciéndose grande en las redes sociales hasta que me han dedicado artículos en El Nacional y El Planeta, y mucha gente se pregunta hasta qué punto soy una zorra, una mala hija o una piojosa perroflauta para atreverme a saludar al candidato del partido socialdemócrata en el mes de elecciones. Pongo los ojos en blanco. Es todo muy de Internet.

Cuando Carlos sale del baño y va a la cocina a hacer el desayuno, yo corro a vaciar la vejiga mientras contesto a los amigos que me preguntan si sigo viva o me ha tragado la tierra. Me lavo la cara y me miro fijamente en el espejo. No sé muy bien qué efecto va a tener todo esto en mi futuro o en el de mi padre, pero ya está hecho.

La verdad es que no me arrepiento. Carlos parece un cielo y lo de ayer bien mereció unos cuantos insultos de los trolls de Internet.

Al llegar a la cocina, veo que Carlos ha puesto café a calentar y que está tomando cereales de colores de un bol como un niño chico. La imagen del posible futuro presidente del país comiendo Super Bolitas como si tuviera ocho años me hace sonreír. Él enseguida se da cuenta de por qué me río y señala la caja.

—¡Pues están muy buenos, que lo sepas! —Carlos separa la silla de la mesa y me invita a sentarme a su lado—. ¿Quieres café, tostadas, pan...?

—Un poco de café está bien, pero no creas que no voy a probar esas Super Bolitas —digo mientras le arrebató la cuchara y pruebo directamente de su bol. La verdad es que están buenas. Me mira con una ceja levantada mientras mastico—. Y... ¿cereales también, por favor?

Se levanta de la silla y coge otro bol de uno de los armarios y una cuchara del cajón. Me deja una taza, la jarra de café y el azucarero a mi alcance. El brick de leche entera (de marca blanca, además) reposa sobre la mesa.

Mientras desayuno, miro a mi alrededor. Tiene una casa bastante curiosa. Es pequeña y algo antigua. No es, para nada, el lugar en donde yo he vivido casi toda mi vida. A mi padre le saldría un sarpullido si tuviera que vivir en una casa con menos de tres habitaciones y sin horno con pirólisis (aunque no sea él el que lo vaya a limpiar de todas maneras).

—Por cierto —digo a la mitad del bol de cereales—, deberías saber que nuestro encuentro de ayer en la manifestación ha hecho correr ríos de tinta.

—Ah. Sí, ya lo sé. Lo leí ayer por la noche antes de enviarte el mensaje. Te encontré así.

—¿Y qué... opinas?

Carlos se encoge de hombros.

—A estas alturas ya no opino nada de lo que dicen los periódicos. Me han puesto de vuelta y media por las razones más estúpidas que te puedas imaginar, así que... Lo único que lamento es que la hayan tomado contigo.

—Tampoco es para tanto. Se pasará.

—Entonces... ¿eso quiere decir que esto ha sido cosa de una vez y ya no más?

Por su tono de voz, parece ciertamente apenado. Me apresuro a negar con la cabeza.

—¡No, no! Quiero decir... Las elecciones... Cuando hayan pasado, se olvidarán del asunto.

Eso si no nos da por seguir saliendo o algo así. Que podría ser, ¿no? Parece que los dos estamos solteros y no voy a negar que nuestra química es evidente. Pero igual a Carlos le parece que salir con la hija de su rival es mucho rizar el rizo y prefiere dejarlo pasar.

A mí... A mí no me importaría enrollarme con él más veces, o incluso tener una relación. Suena como muy loco, ¿no? Prácticamente nos acabamos de conocer y no nos hemos acostado más que una vez (bueno, dos, en realidad), pero... Una parte de mí está enchochada perdida con Carlos desde que le vio por primera vez por la tele.

Esa parte me hace imaginar cómo sería salir con él de verdad y tener una charla tan intensa como la de anoche en cualquier momento.

—Si a ti no te importa lo que digan, entonces me alegro mucho de haberte conocido — dice, y mi corazón empieza a bombear a toda prisa. Enrojezco de la cabeza a los pies y casi dejo escapar una risita idiota. Carlos alarga la mano y me acaricia el mentón antes de besarme.

Nos besamos durante varios minutos antes de que él recuerde que tiene una cita importante para comer. Es un chasco, pero todavía no he aprendido a parar el tiempo para disfrutar de las pequeñas cosas durante más tiempo.

Nos despedimos con un largo beso y yo me voy. Tengo que coger el metro hasta mi casa y cada paso que doy me hace tambalear, como si caminase sobre un lecho de nubes. Parece mentira que sea una mujer hecha y derecha y un tío me haya dejado así de KO, pero... ¡es que es tan dulce, tan inteligente, tan atractivo...!

Hago el trayecto hasta mi casa con la cabeza agachada por si alguien me reconoce. Apenas puedo concentrarme en la lectura, así que me miro las manos y me imagino que Carlos aún me las acaricia como anoche en el bar hasta que llego a mi parada.

Tengo que andar un trecho desde el metro hasta mi casa. Está rodeada de seguridad y verjas de metal por si acaso a alguien se le ocurre tomarse la justicia por su mano contra mi padre, o algo así. En eso es en lo único en lo que no reprocho a mi padre que gaste tanto dinero. Si yo fuera él, también tendría miedo de que alguien me intentase quemar la casa.

Los seguratas me saludan con un cabeceo cuando me ven entrar. Yo les saludo de vuelta. Por mucho que me toquen las narices cuando mi padre les ordena que me persigan, no dejan de ser currantes a los que les ha tocado obedecerle para ganarse la vida.

Cuando entro en casa y me dirijo a mi habitación, mi padre me corta el paso antes de que pueda hacer la mitad del camino. Viene con los ojos encendidos de ira.

Es un tipo corpulento, cuya constitución fue digna de un jugador de rugby en su adolescencia pero que ahora parece un poco fofu por la falta de ejercicio y la edad. Tiene el pelo gris y las cejas muy negras y gruesas, como si alguien se las hubiese pintado con

permanente por encima. Su dedo me señala con desprecio.

—Tú te crees muy lista, ¿verdad?

Me encojo sin poder evitarlo antes de hinchar el pecho y erguirme para demostrarle que no me voy a dejar intimidar por mucho que me levante la voz. Le tengo muy visto a estas alturas de la vida.

—¿Qué te pasa, papá? ¿Se te ha reventado la almorrana?

—Sabes perfectamente lo que me pasa. Has salido en todos los periódicos dándole la mano a Páez. Llevan llamándome toda la mañana para pedirme explicaciones tanto los periodistas como los miembros de mi partido. Estamos en mes de elecciones. ¿Te has vuelto loca, Julia, o es que me quieres destrozarte la vida?

Me sonrío de medio lado.

—Lo único que quería era saludar a la persona a la que voy a votar a final de mes, nada más. Yo no sabía que fuera a haber tantas cámaras.

—¡Pero si sales mirando con una sonrisa! —Mi padre ruge. A mí se me atragantan las carcajadas. Cuando se pone así me da miedo de verdad—. Mira, mira, ¡vete a tu habitación! Se acabó el dinero para ti, ¿me entiendes?

>>Nada de pagas ni de caprichos ni cosas de esas. No quiero verte fuera de esta casa en lo que queda de mes, y me importa bien poco lo que tengas que decir.

—A mi madre seguro que no le hace tanta gracia. ¿Y a la policía? ¿Y si les digo que me tienes aquí encerrada, eh?

—¿Tú te crees que la policía te va a hacer caso? ¿A ti, y no a mí? ¿Deliras, o es que todos esos porros que te has fumado con tus amigos los maricones te han destrozado la cabeza?

—¡Eh, a mis amigos no los insultes!

—Pero si eso es lo que son. ¿No han salido ayer para gritarlo a los cuatro vientos y a disfrazarse como unos sarasas? Pues entonces que no te moleste tanto.

—Mira. —Me cuadro otra vez. Me tiemblan la voz y las rodillas y no sé si me va a soltar un tortazo de un momento a otro, pero si lo hace juro por todo lo sagrado que pienso denunciarle aunque en comisaría se rían de mí—. Voy a hacer lo que me dé la gana.

>>Soy una mujer adulta. Si quiero saludar a Carlos Páez, si quiero ir a la manifestación del Orgullo o hacer lo que me apetezca, no puedes impedírmelo, ¿entiendes? Y me la suda que no me vayas a dar dinero. ¿Crees que lo necesito? ¿El dinero ese que estás robando a los contribuyentes?

La cara de mi padre se pone roja, muy roja. Ahora sí que la he liado. En esta casa no se puede hablar del tema de la corrupción, punto. Ni siquiera cuando nos estemos tirando

cosas a la cara. Mi padre me lo ha dejado muy claro en las dos ocasiones anteriores, y esta no va a ser diferente.

Antes de que yo pueda reaccionar, me quita el bolso. Dejo escapar una exclamación de sorpresa cuando coge mi móvil y lo tira al suelo. Lo destroza de un pisotón y la pantalla salta en trozos diminutos.

—Se jodió lo que se daba. Si no quieres mi dinero, a ver cómo te compras un móvil nuevo. —Me tira el bolso a la cara y me empuja hacia mi habitación—. Si intentas salir de casa en lo que queda de día, que sepas que los encargados de seguridad no te van a dejar. Y voy a desconectar Internet en tu cuarto, por supuesto.

Me siento herida, ultrajada. Las lágrimas acuden a mis ojos. Esto que está haciendo es maltrato. Me está aislando de mis amigos y la gente que puede ayudarme y me quiere tener aquí, retenida como su prisionera, aunque tengo veintiún años y lo que está haciendo es completamente ilegal. Aprieto los dientes.

—Te vas a enterar, puto facha —murmuro, poseída por la ira—. Te vas a cagar.

—Di lo que quieras, pero esta es mi casa y vives en ella. A tu cuarto, Julia.

Entro en mi habitación y doy un portazo tan fuerte que casi se resquebraja la escayola del marco. Ni siquiera he podido recoger los restos del móvil en un intento de arreglarlo, aunque sospecho que no podría ni aunque quisiera. Eso era un candidato a la basura, igual que mi puñetero padre.

Me tiro en la cama y me tapo los ojos al borde del llanto.

Capítulo 5

Me paso un día entero sin salir de mi habitación. El servicio me trae la comida y la cena, pero nadie me dice nada cuando les pregunto. Miro a través de la ventana y veo la verja y los responsables de la seguridad. Sé que no podría darles esquinazo aunque quisiera.

Por otro lado, sin móvil ni Internet, ¿cómo iba a encontrar a Jose o a Rober para que me echen una mano? Ni siquiera me acuerdo de sus números de teléfono, y no tengo dinero para coger el metro e ir a sus barrios.

Ni siquiera el recuerdo de Carlos ayuda en algo. El tiempo se alarga tanto como un chicle usado y al que le ha dado el sol demasiado tiempo, y pienso que cualquier cosa es mejor que estar aquí encerrada y queriendo morirme. El calor y la mala leche me impiden dormir.

No tengo ni idea de lo que pensarán mis amigos al ver que no les contesto y que no estoy en ninguna parte. Tampoco sé lo que dirá Carlos si me llama y no doy señal. Espero que no se preocupe, o que no piense que le he dejado tirado.

—¡AAAAAH!

Grito sin poder evitarlo. Son las seis de la mañana y no he dormido ni cinco minutos. El sol empieza a alzarse y la enorme casa en la que vivo está en silencio.

Mi padre se levantará en media hora para ponerse a trabajar en sus asuntos y preparar la campaña, así que tengo una ventana de media hora en la que voy a ser capaz de todo.

Me visto a toda prisa, meto en una mochila algo de ropa y útiles de aseo y salgo pisando en las alfombras para no hacer ruido. Bajo las escaleras y esquivo las cámaras de seguridad para intentar prolongar mi escape tanto como me es posible.

Los seguratas están a punto de cambiar el turno de guardia, así que me parapeto junto a los arbustos a la espera de que me den algo de tiempo para salir de aquí.

Seguro que tengo una pinta tontísima aquí agachada, como una espía de una peli de serie B, pero eso es lo que menos me importa. De repente los seguratas se ponen a hablar entre sí y a pasar de todo lo demás.

Es un momento muy corto, pero sé que es lo que necesito: trepo por uno de los arbustos y salgo de puntillas hacia la puerta, que está demasiado lejos del puesto de guardia para que vengan a por mí cuando al fin me ven.

Echo a correr a toda prisa después de cerrar la puerta, tanto que el pecho parece que se me vaya a partir por la mitad con los jadeos. Uno de los seguratas viene trotando hacia mí, pero como me he alejado tanto termina por dar la vuelta.

Julia 1, Papá 0.

Si mi madre no viviera en Bilbao, me iría con ella. Pero como estoy sin un duro, sin móvil y sin nada más que unas ganas terribles de marcharme de mi casa, tengo que conformarme con la segunda mejor opción, que es Jose.

Por suerte, sé que a las seis de la mañana de un lunes de julio estará en su casa, durmiendo como un oso. Voy a tardar un par de horas en llegar a pata, pero cualquier cosa es mejor que nada.

Cuando llego, el sudor me corre de la cabeza a los pies y tengo una sed mortal. Pero al fin aparezco en su portal y pulso el timbre con insistencia aunque todavía no han puesto ni las calles.

—¿Quién es? —pregunta una voz de mujer, que supongo que es su madre.

—Soy... Soy Julia. Siento llamar tan pronto, pero tengo una urgencia y necesito ayuda.

—Ah, sí, Julia. Sube, hija.

Hay aprensión en la voz de la madre de Jose. Me conoce desde hace muchos años; Jose y yo fuimos juntos al instituto y pasamos muchísimas horas juntos.

Antes de que Jose saliera del armario, hasta le dijo un tiempo que yo era su novia. La mujer aún me tiene mucho cariño, tanto como para decirme de vez en cuando que es una pena que yo no pueda ser su nuera.

La familia de Jose tiene pasta, aunque no tanta como mi padre. Se nota al entrar, porque hay un portero y el ascensor es nuevo y tiene hilo musical.

Cuando aparezco en el descansillo, la madre me hace un gesto para que entre lo antes posible, como si me persiguieran, y me obliga a sentarme en la cocina para darme un Colacao fresquito mientras Jose se rasca la cabeza en calzoncillos, aún aturdido por el sorpresivo despertar.

—¿Pero qué te ha pasado? —pregunta la madre.

—Me he tenido que pirar de casa. Mi padre se ha puesto un poco idiota y me ha roto el móvil.

—Madre mía —dice Jose—. Qué mal, ¿no?

Asiento enérgicamente. La madre de Jose me pone delante una bolsa de magdalenas y otra de cruasanes. Yo, más que hambre, lo que tengo es sed.

—No le ha gustado nada lo que ha salido en los periódicos, así que te puedes imaginar.

—Ay, es verdad —dice la madre, como si acabase de comprender—. Lo de Carlos Páez. Qué chico más majo es.

—Pensaba que estabas de resaca o algo así —comenta Jose—. Si hoy no contestabas,

me iba a pasar por tu casa para ver qué pasaba contigo.

—No, si no bebí casi nada... —respondo en tono misterioso, y miro a la madre de Jose antes de seguir hablando.

—Mama, ¿por qué no te vas un rato a ver Ana Rosa? Que tengo que hablar con Julia de cosas.

—No, si encima. ¿Tú te crees que esto es normal, Julia? Estoy en mi casa y me mangonea como si fuera suya.

—Que no es por eso, mama —dice Jose con un suspiro.

—No hay prisa —interrumpo yo antes de darle un trago al Cola-caos.

—Bueno. Tú, Julia, si necesitas algo lo pides, que ya sabes que estás en casa. Hoy te quedas a comer, ¿no? Y si hace falta, a dormir. Pero... —Me mira algo preocupada—. Espero que a tu padre no le dé por enviarnos a los GEOs...

Sacudo la cabeza.

—No, no te preocupes. Si mientras no le dé problemas, dónde esté yo y dónde deje de estar le da un poco lo mismo.

La madre de Jose se marcha y nos deja algo de intimidad. Mi amigo, que sigue en calzoncillos luciendo barriga peluda con total falta de pudor, se sienta y mete la mano en la bolsa de magdalenas para sacar algo con lo que menear el bigote.

—Entonces, ¿te lo tiraste?

Alzo las cejas con una sonrisilla tonta.

—Nos acostamos los dos de manera igualitaria y equitativa.

—O sea, que te lo tiraste. —Pega un bocado a la magdalena que tiene en la mano, que derrama su contenido de chocolate en pegotes densos que manchan todo lo que tocan, incluida la barbilla de mi amigo—. ¿Y qué tal calza el candidato a la presidencia? No es que me importe, que yo ya tengo el voto decidido...

—No seas idiota.

—¿Pero calza bien?

—¡Sí, pero que te calles ya! —le reprocho en broma, con la risa brotándome aunque no quiera—. Lo malo es que no tengo manera de hablar con él y no sé si se ha preocupado al ver que estaba desaparecida todo el día. Estaba un poco mosqueado por lo de que en Internet me estén llamando de todo.

—Bueno, sí, pero sólo la mitad de la gente. La otra mitad te considera una heroína o algo así.

Enarco una ceja, visiblemente sorprendida.

—¿Ah sí? Entonces será que la mayor parte de comentarios que me han llegado a mí son negativos. ¿Ha cambiado algo mientras yo estaba secuestrada?

—Hay muchos que consideran que librarte de la influencia política de tu padre es un acto heroico, como lo de enfrentarte a él públicamente. Otros dicen que eres una hipócrita por apoyar a Páez pero vivir con tu padre y gastar su dinero.

—Sí, bueno. Eso nunca va a faltar. Pero no te preocupes: mi padre me ha dicho que me va a cortar el grifo.

—Luego hay unos cuantos que están indignados por el hecho de que lo más importante de la manifestación del Orgullo fuera que la hija del Presidente le diera la mano al candidato del PSDE en lugar de... Bueno, el propio Orgullo.

>>Pero eh, al menos eso ha hecho disminuir la atención que le da la tele a la perversión homosexual, las drag queens y la purpurina y se han centrado en el peso político de la manifestación, aunque sea para hablar mal de Páez.

—Sorry. —Mojo un cruasán en el Cola-caó mientras pienso en el vuelco que ha dado mi vida en un momento.

Todavía no sé si voy a poder enfrentarme a las consecuencias de lo que he hecho, y aunque lo que digan de mí nunca me ha importado demasiado, tengo que admitir que la idea de convertirme en un símbolo político me asusta tanto como me emociona.

Pero estoy demasiado cansada para decidir lo que voy a hacer. Apenas he dormido y me he pasado un buen rato andando

—¿Te importa si me echo una siesta cuando termine de desayunar? Estoy reventada —añado.

Jose se encoge de hombros y cambia de tema. Me cuenta que Rober está también desaparecido: parece que su historia de amor con Daniel ha adoptado dimensiones épicas desde el sábado por la noche, y que tiene pinta de que vayan a pedirse en matrimonio de un momento a otro.

—Que aprovechen antes de que cambien la ley —digo con cierta tristeza—. No creo que mi padre vaya a recular en ese aspecto después de habérselo prometido a los obispos y a los más meapilas del partido.

—Ya, bueno, pero ahora que mis dos mejores amigos han pillado, me huelo que me vais a dejar más solo que la una... —murmura Jose sin mirarme a los ojos.

—No me seas bobo, anda. Si he estado desaparecida ha sido por causas de fuerza mayor, no porque te vaya a dejar tirado. Te prometo que pase lo que pase con Carlos, no me voy a olvidar de ti.

Jose sonrío, visiblemente aliviado.

—Ay, qué bonita eres. Qué pena no ser hetero a veces.

—Qué pena no ser un hombre gay —respondo yo mientras me lanzo para darle un abrazo.

Cuando acabo de comer, me echo una siesta tan larga que cuando me despierto se me ha olvidado que estoy en casa de mi amigo en vez de en la mía. Me doy una ducha para despejarme y me pongo una de las mudas limpias que me he traído.

Jose me presta su portátil para entrar en Internet y anunciar que no tengo móvil, pero que sigo viva. Le envío un email a mi madre en el que le cuento lo que ha pasado y que con mucho palo le pido algo de dinero con lo que tirar hasta fin de mes.

Le mando muchos besos y muchos abrazos y le aseguro que estoy bien y que el hecho de que mi padre sea un capullo no me va a detener para nada.

Después de pensar muy bien qué decir, abro la bandeja de entrada de Twitter y busco el contacto de Carlos para darle noticias. Él se me ha adelantado. En las últimas horas me ha enviado un par de mensajes en los que me pregunta si estoy bien o si me ha pasado algo, y el último parece casi resignado a mi silencio.

Mi corazón da un vuelco y corro a responderle.

Julia: ¡Carlos, perdona! Mi padre me ha castigado sin Internet y sin móvil, y por eso no he podido responderte hasta ahora. Estoy en casa de un amigo.

Julia: No creas que te estoy haciendo el vacío ni nada de eso

Tamborileo en la mesa con nerviosismo. No sé si se habrá cansado de esperar mi respuesta o si le he pillado en mal momento. ¿Y si no me responde? ¿Y si la mala suerte ha hecho que me dé por imposible, o si se lo ha pensado mejor y ya no quiere nada conmigo?

Las dudas sólo me duran treinta segundos. Su respuesta llega rauda:

Carlos: Me alegro de leerte, aunque no de que tu padre te haya castigado.

Julia: Suena idiota, ¿verdad?

Carlos: Suena poco adecuado para una chica mayor de edad.

Julia: Creo que mi padre me va a tratar como a una cría hasta que tenga a mis propios hijos. Y tampoco estoy muy segura de eso.

Carlos: Típico de los padres tiranos, pero siendo Montemayor no me imaginaba otra cosa. ¿Estás bien?

Julia: Sí, sí. Tampoco ha sido para tanto. Este drama es normal en mi casa. Si abriera la boca y contase la mitad de las cosas que he visto y oído...

Carlos: Huy, pues tengo unas elecciones a la vuelta de la esquina que...

Carlos: ¡Estoy de coña! ;)

Julia: :P

Carlos: Si estás a salvo y bien, entonces me quedo tranquilo. Me había preocupado un poco. No me habías parecido el tipo de chica que corta la comunicación de la noche a la mañana y me temía que te hubiese pasado algo grave.

Julia: ¿Quieres que nos veamos otra vez?

Hay una pausa larga. Trago saliva. Tengo miedo de que me diga que es demasiado pronto o que está muy ocupado preparando la campaña. Quizá juzgue demasiado arriesgado que vuelvan a vernos juntos.

Nunca se sabe lo que puede sacar la maquinaria periodística para perjudicarlo. Tal vez mi padre tenga un as en la manga y vaya a acusarlo de haberme secuestrado o algo así.

Carlos: Estoy en la sede del partido ahora mismo y tengo que atender unos asuntos antes de poder marcharme. ¿Por qué no te acercas?

Julia: ¿En serio?

Carlos: Claro.

Julia: Tampoco quiero molestar.

Carlos: Sé que no lo harás.

Podría estar allí en un momento. Una sonrisa baila en mis labios.

Julia: Hecho.

Capítulo 6

Cuando llego a la sede del PSDE, hay tanta actividad que cuesta pensar que estemos en verano.

Madrid siempre suele ralentizarse un poco a medida que se asienta el calor veraniego y salir de casa se convierte en un pulso contra el sol abrasador, pero era de esperar que a unas semanas de las elecciones la sede de un partido político sea como un hormiguero en hora punta.

Todo el mundo está tan ocupado que nadie se percató de que estoy allí esperando a que alguien me atienda, así que me toca esperar un rato mientras me mordisqueo una uña.

Una mujer de porte sobrio con gafas de pasta se me acerca para tenderme la mano.

—Julia, ¿verdad? —Asiento mientras intento sobreponerme a la intensidad con la que me ha abordado—. Soy Marina, la asistente de campaña de Carlos. Ahora mismo está en una reunión, así que me ha pedido que te reciba y te lleve a su despacho.

—Ah, vale —digo con media sonrisa.

Nos subimos en el ascensor y no hay charla insulsa sobre el calor o el color del cielo, sino un silencio algo incómodo que me obliga a clavar la mirada en la pegatina que fecha la última revisión técnica.

Cuando se detiene, Marina me guía con un gesto hacia el despacho, donde me anima a tomar asiento y recoge un portafolio y un bolígrafo antes de sentarse frente a mí.

—¿Te importa que te haga unas preguntas?

—¿Unas... preguntas?

Marina me sonrío. Es un gesto artificial: se le nota en los ojos. Esta mujer es como un cyborg administrativo. Su mirada denota inteligencia, pero sus gestos rígidos hacen que sea complicado tratar con ella. No puedo evitar removerme incómoda en mi asiento.

—Carlos me ha dicho que sois amigos y que vuestra relación va a... hacerse más intensa durante las próximas semanas. —Madre mía, ¡menuda manera de expresarlo!—. A mí, personalmente, no me importa con quién se relacione o se deje de relacionar, pero a sus votantes sí. Con la presión de las elecciones, es evidente que los medios van a tratar de sacarle jugo a cualquier cosa. Supongo que, siendo la hija de quien eres, lo comprendes.

—Eh... Claro.

—Te seré sincera: he aconsejado a Carlos que se mantenga alejado de ti hasta después de las elecciones, pero ha decidido no hacerme caso. Puede que sea buena idea o puede que

no, y todo depende de cómo me respondas las preguntas que voy a hacerte.

—Espera un momento. ¿Me estás haciendo un examen para ver si puedo salir con Carlos?

Marina asiente.

—Es una manera de decirlo. Estoy intentando buscar puntos débiles por los que los rivales políticos de Carlos puedan atacarlo si se le ve contigo en actitud romántica. No pongas esa cara: no es para tanto. Si fueras cualquier otra persona, también te haría estas preguntas.

—Vaya plan.

—Por suerte, eres la hija de Montemayor, así que es poco probable que los periodistas ataquen a tu familia. Tampoco querrán causar daños colaterales a la mano que les da de comer. Pero siempre podrían intentar crear una narrativa en tu contra por otros medios. Podrían decir que eres una hija rebelde a la que Montemayor no ha conseguido dominar. Sería una jugada arriesgada, pero...

—¿Me puedes hacer las preguntas ya? Me va a dar dolor de cabeza.

Marina no parece molestarse por mi impertinencia. Mira al portafolio y me hace la primera pregunta con gran profesionalidad:

—¿Tomas drogas?

—¿Las preguntas van a ser todas así de brutas?

La mujer parpadea.

—Si por brutas te refieres a que se dirigen a averiguar la manera en la que la opinión pública podría demonizarte con la intención de crear una estrategia con la que defenderos a ti y a Carlos, entonces...

—No, no tomo drogas. Bueno, no en plan costumbre. De vez en cuando fumo porros, pero yo nunca compro. Me suelen invitar.

Se me han puesto coloradas las orejas y todavía sólo me ha hecho una pregunta. Tengo el impulso de mandarla a paseo y largarme de aquí en busca de un tipo que no necesite asegurarse de que tengo un historial pulcro antes de que nos vean juntos, pero el recuerdo de Carlos me hace quedarme.

Marina anota algo y pasa a la siguiente:

—¿Has estado embarazada alguna vez? Y si es así: ¿has abortado? ¿Dónde? ¿A cuántas semanas? ¿Quién era el padre?

—¡Eh, para el carro! No, no he estado embarazada nunca. —Ahora tengo las mejillas rojas, tan calientes que ni siquiera el aire acondicionado puede hacer nada por mí—. ¡Joder!

—¿Alguna vez has expresado en las redes sociales el deseo por la muerte de alguien, o has mostrado simpatía hacia algún grupo independentista, o has hecho algún chiste de humor negro?

—No... lo sé. No sé. ¿Cómo me voy a acordar? Tengo Twitter desde hace seis años.

—Que tú no lo recuerdes no es importante. Hay gente a la que pagan específicamente para buscar trapos sucios y comentarios que puedan ser sacados de contexto para ensuciar la imagen pública de cualquier persona.

—Pues...

—Comprendo. Haremos limpieza en tus cuentas de las redes sociales lo antes posible. Así nos aseguraremos de borrar también las posibles menciones a drogas o alcohol que hayas hecho. Siguiendo pregunta: ¿Alguna vez has tenido algún encuentro sexual con alguien de tu mismo sexo?

El interrogatorio se prolonga tanto que deja de parecerme incómodo. Empiezo a reírme de las preguntas como si fueran una parodia, y me doy cuenta de lo jodido que está el periodismo si hay que andar tan de puntillas para evitar escándalos.

Por suerte o por desgracia, el control de mi padre y mi propio buen juicio me salvarán del escarnio público del futuro. Cuando terminamos, Marina parece satisfecha.

Hemos tardado tanto que Carlos llama a la puerta y aparece como un apuesto caballero que viene a salvarme del tedio. Me dan ganas de lanzarme a sus brazos para que me lleve muy lejos de las preguntas del portafolio, de los reporteros y del juicio de la opinión pública.

—Acabamos de terminar —anuncia Marina, que empuja sus gafas por el puente de la nariz hacia arriba—. Todo está más o menos bien, aunque sería muy conveniente hacer la limpieza en las redes de la que hemos hablado. Si me escribes aquí los nombres de usuario y tus contraseñas, el equipo se ocupará de ello en un momento.

Dudo un poco cuando obedezco a Marina, pero tampoco es como si tuviera algo que ocultar. Cuando ya lo he escrito, caigo para mi vergüenza en que es una de las cosas que dice mi padre para justificar el aumento de vigilancia en las redes y el espionaje a los ciudadanos. ¿En qué demonios me he metido?

Carlos, que espera a que Marina nos deje a solas antes de acercarse a mí, me rodea la cintura con los brazos y me da un beso muy dulce en los labios. Mis preocupaciones se disipan con una facilidad que en otro momento me atormentaría.

Su tacto y su cercanía bastan para que mi corazón se ponga a bombear con la fuerza de una locomotora, y me dan ganas de arrancarle los pantalones y repetir lo que tan bien hicimos el sábado por la noche.

Pero estamos en la sede del partido y en un despacho en el que cualquiera podría entrar de improviso, así que contengo mis ganas y me conformo con mordisquearle el labio

inferior.

—Siento que hayas tenido que contestar a todas esas cosas —dice con tono quedo.

—Tranquilo, sólo me he sentido en un estado policial.

Se echa a reír.

—Ya le he dicho a Marina que yo no quiero saber nada de eso si tú no me lo dices primero. Ella y el equipo son los que tienen que ocuparse de preparar estrategias de control de daño por si algo de lo que hayas contado nos puede salpicar en el futuro.

—Entonces... ¿Lo del futuro va en serio? —pregunto con cierta reserva.

—Por mí sí. ¿Por ti?

—Pues... bastante en serio. No para casarnos mañana, claro, pero... No voy a mentirte. Me tienes bastante enchochada.

Vuelve a romper en carcajadas. Su risa es música para mis oídos. Le atraigo hacia mí y le doy otro beso profundo y apasionado que está a punto de hacer que le empuje sobre el escritorio en plan película erótica de madrugada.

—Tú también me tienes enchochado. Llevo un par de días alucinado de haber encontrado a alguien como tú, con quien tener tanta química. Nunca me había pasado con nadie, ¿sabes?

—Y justo ha tenido que ser la hija de Gerardo Montemayor, ¿eh?

—Las mejores flores salen entre espinos, o eso dicen.

—¿No tienes miedo de pincharte?

—No. Si me pincho, me pincharé, y lo haré con gusto.

—¿A toda costa? ¿A pesar de las elecciones y todo lo demás? ¿Y si te salgo más cara de lo que crees?

¿Y si le cuesto al país los próximos cuatro años? No me había planteado la idea hasta ahora, pero quizá esta aventura implique que Carlos pierda el apoyo de la gente que quiere votarle. ¿Y si por mi culpa mi padre gana las elecciones otra vez y lleva a cabo todas las reformas horribles que tiene pendientes?

Debo de haber puesto una cara espantosa, porque Carlos se agacha para buscar mis ojos y me toma del mentón para mirarme fijamente.

—Hey, hey, no digas eso. ¿Crees de verdad que me puedes costar las elecciones?

—No lo sé, Carlos. ¿Y si te las cuesto?

—Julia, ¿has oído algo acerca de las encuestas últimamente? ¿Has prestado atención a lo que dicen los sondeos? —Sonríe dulcemente, y me da un beso suave antes de seguir

hablando muy cerca de mi cara—. Voy el segundo y perdiendo por bastantes puntos. Ahora mismo soy el líder de la oposición en la legislatura que viene, ni más ni menos. —Me acaricia el pelo y me lo peina tras la oreja—. Tú eres una chica entre un millón. No voy a perder la oportunidad de tener algo contigo por la posibilidad escasa de ser Presidente de un país que tampoco es que se muera por mis huesos.

Me siento muy halagada y debo admitir que estas palabras no hacen nada por pincharme el globo que se me ha hinchado en el pecho desde el momento en que hemos hablado por Internet y él me ha dejado claro que sigue interesado, pero la idea de que estas elecciones no sirvan para nada y que Carlos esté resignado a perder me resulta insostenible.

Clavo el dedo en su pecho.

—No digas tonterías, Carlos. Vas a ganar estas elecciones cueste lo que cueste, ¿me has oído? —Él se echa a reír, pero sacudo la cabeza y le miro con todavía más fijeza—. No acabo de soltarle toda mi vida privada a una desconocida ni le he dado la capacidad de revisar todos mis perfiles de las redes sociales para permitir que pierdas la oportunidad de ser Presidente. Voy a hacer todo lo que esté en mi mano para echar a mi padre de la Moncloa, ¿me oyes?

Mis palabras hacen arder algo en Carlos, que me estrecha contra él y busca mis labios con desconsuelo. Yo me dejo de llevar y cierro los ojos, besándolo apasionadamente. Carlos se separa de mí lo justo para cerrar la puerta con el pasador y vuelve a abrazarme y a apretarme contra su cuerpo con desesperación.

Me vuelvo y aparto los ficheros que hay encima del escritorio antes de subirme a él y bajarme los pantalones. Parece que al final sí que vamos a tener una escena de peli picante, después de todo.

Carlos me mordisquea el cuello mientras sus manos recorren mi espalda. Me quita la camiseta y el sujetador y pasa sus labios por mi clavícula y mis pechos.

Su lengua recorre mis pezones antes de succionarlos hasta que el placer me obliga a dejar escapar un gemido. Sopla sobre la humedad que ha dejado en ellos para enfriarla, y el contraste de sensaciones me estremece.

—Hazme lo que quieras —susurro, dispuesta a ser completamente pasiva por esta vez.

Hay algo en este despacho que me hace desear que Carlos me enseñe de lo que es capaz un hombre de izquierdas. Así, cachonda y dispuesta, me recuesto por completo en el escritorio y clavo la mirada en el retrato del fundador del PSDE que hay detrás, un hombre que pese a sus barbas del siglo XIX siempre me ha parecido bastante atractivo.

Carlos gruñe en tono bajo, como aceptando mis designios, y sus mordiscos se vuelven más intensos y osados. Sus dientes se cierran en mi cuello y en el lóbulo de mi oreja mientras una de sus manos me baja las bragas sin contemplaciones y hunde los dedos en mi sexo.

Me da un beso húmedo y largo en el que apenas puedo contener un gemido. Al mismo tiempo, en un ritmo lento pero continuado, Carlos me penetra con esos dedos tan largos suyos a la vez que acaricia mi clítoris con su pulgar.

Tengo que dejar de mirar el retrato para fijarme en él. Sus ojos verdes han tomado un matiz dorado, como los de un león, y su expresión es de una concentración y un deseo absolutos. Yo estoy casi desnuda, pero él no se ha quitado ni una prenda de ropa.

Siento el impulso de quitarle la camisa, pero no quiero romper la ilusión de haberle dado todo el poder a él.

—¿Te gusta esto? —pregunta entre dientes.

—Sí —jadeo—. Y si sigues así no voy a tardar mucho en terminar.

—Hazlo.

El movimiento de su mano se intensifica. Lo ha dicho con tanta seguridad y convicción que no puedo desobedecerle. Ya me tiene al borde, y todo lo que necesito es unos segundos más de estímulo para notar que el orgasmo se abre paso por mi cuerpo como un estallido.

Dejo escapar un gemido alto y él se apresura a taparme la boca para silenciarme, pero eso sólo hace que mi excitación aumente y el placer se multiplique. Grito contra su mano mientras la otra me lleva al Nirvana, y cuando las convulsiones se convierten en espasmos le tomo de la muñeca para besarle y lamerle la mano.

Le noto salir de dentro de mí. Me rodea con su cuerpo y me abraza. Yo le beso y apoyo la frente en su hombro. Tengo el vello de punta.

—¿Llevas condones? —le susurro al oído.

—Cuando he sabido que vendrías, le he pedido a un becario que fuese a comprarme una caja a la farmacia —dice él con una sonrisa.

—Qué chico más apañado.

—Yo, que he tenido una educación sexual en condiciones, sé apreciar los beneficios del sexo seguro.

—Y por eso vas a ser Presidente. Los adolescentes se merecen un buen programa de educación.

Mis palabras han vuelto a enardecerle. Si todos los hombres se pusieran así de cachondos al hablar de educación sexual, la problemática de los embarazos no deseados y las ETS habría sido eliminada hace tiempo.

—¿Puedes ponerte de pie? —me pregunta.

Aunque me tiemblan las piernas, piso el suelo para demostrarle que sí. Carlos sonrío como un lobo antes de darme la vuelta con delicada decisión. Me sujeto al escritorio mientras suspiro y levanto la cadera, imaginándome lo que vendrá después con regocijo.

Escucho el ruido de su bragueta y el del envoltorio del preservativo al abrirse. Lo siguiente que siento es cómo entra dentro de mí, llenándose de tal manera que tengo que gemir aunque acabe de tener un orgasmo. Él pone sus manos sobre las mías y me cubre por completo. Su aliento me roce la oreja.

—Hagas lo que hagas, no grites —me advierte.

—Haré lo que pueda —le digo con una sonrisa traviesa—. Follas demasiado bien. —Se mueve muy despacio, con mala intención. Sus labios rozan los míos antes de retirarse, y yo frunzo el ceño con indignación—. Eres malo.

—¿En qué quedamos?

Su cadera choca otra vez contra la mía. La postura me permite sentirle en toda su plenitud, y su miembro llega a puntos que antes no ha tocado. El placer es intenso, sobre todo a medida que se acelera, y aprieto tanto el escritorio que los nudillos se me quedan blancos.

Dejamos de hablar. Sus jadeos se rompen en jirones contra mi oído. El peso de su cuerpo es excitante, grato. Rodea mi pecho con el brazo y me sostiene contra él, penetrándose con la velocidad y el ímpetu suficientes para que en cuestión de minutos esté a punto de correrme otra vez.

Su otra mano baja por mi vientre y busca mi clítoris, que acaricia de manera deliberadamente lenta. Esta vez sí que me niego a aguantarme los gemidos.

Le siento tan cerca y de tantas maneras que apenas puedo pensar en mantener las apariencias. Si ahí fuera tienen que enterarse de que su candidato y jefe me está follando contra el escritorio, que lo hagan.

Carlos gruñe. Él también está cerca. Me concentro en esperarlo hasta que sus gruñidos se convierten en gemidos hondos y sus movimientos se vuelven erráticos.

Su mano continua la caricia sin cuartel, que finalmente me lleva a un orgasmo no tan fuerte como el primero, pero tan largo como el suyo. Sus brazos me estrechan contra él y su cadera choca contra la mía hasta que termina por detenerse.

Mis rodillas tiemblan tanto que necesito que Carlos me sostenga para no caerme. Él, tan atento como siempre, me lleva casi en volandas al sofá que hay junto a la puerta. Allí me recupero mientras él se quita el preservativo y se recompone la ropa, atontada por las endorfinas y sonriente como una niña en una mañana de Reyes.

—¿Te habías acostado con alguien en este despacho antes? —pregunto mientras él se tumba a mi lado y me rodea con los brazos.

—No. ¿Y tú te habías acostado alguna vez con el futuro Presidente del país?

—Entonces, ¿ahora sí que crees que puedes ganar?

—Ahora lo sé.

Capítulo 7

Las siguientes dos semanas son una nube confusa de sexo y responsabilidades políticas. Carlos y yo nos pasamos el día saltando de la cama al despacho y del despacho a la cama. Aunque oficialmente sigo quedándome en casa de Jose, duermo la mayor parte de los días con Carlos.

Además, como ha comenzado la campaña y Marina ha pensado que sería buena idea que yo acudiera a los actos públicos como invitada de Carlos para darle más visibilidad a nuestra relación, al final es lo más cómodo.

—Después de enviar un globo sonda a las redes sociales y comprobar que las mujeres de mediana edad te tienen gran simpatía, está muy claro que si quieres ayudar a que Carlos gane las elecciones tienes que salir en más fotos —dice, y todos en la sede del partido están de acuerdo, así que no me queda otra que ceder.

La vida de un candidato a la Presidencia en plena campaña es una locura. Todo son fotos, mítines, galas y actos públicos. Carlos posa para todas las fotos, besa a todos los niños y escucha a todos los ancianos, y yo permanezco a su lado como el testimonio mudo de la izquierda que se esconde entre los pesos pesados de la derecha.

Hay muchísimos artículos acerca de mí. Como Marina esperaba, mi presencia no pasa desapercibida. Hay periodistas que comentan el efecto que causo en la imagen de Carlos. En las mañanas de Ana Rosa dicen que lo encuentran más atractivo y carismático desde que se ha hecho público que estamos juntos, algo que Marina celebra casi con champán.

—Pero si sólo es un programa para marujas —digo mientras tuerzo el gesto.

—Es uno de los programas de la mañana más vistos por el grupo de edad al que estamos dirigiendo nuestros esfuerzos —explica ella—. España, a estas alturas, es como una chica un poco casquivana que no se ha graduado de la ESO y que de vez en cuando miente y roba a sus padres.

>>Si conseguimos que esas marujas vean en Carlos el yerno perfecto que la hará entrar en vereda y formalizarse, que está bien educado, es limpio y buen partido, entonces tendremos sus votos.

Nuestra historia de amor se vuelve viral en las redes. Aunque cada vez me atrevo menos a mirar lo que se cuece en ellas por miedo a toparme con insultos gratuitos hacia mi persona, de vez en cuando mis amigos me envían montajes fotográficos que se encuentran por Twitter.

Hay fotos nuestras con inscripciones como “Ojalá encuentres a alguien que te mire como Carlos Páez mira a Julia Montemayor” o “Flechazo nivel enrollarte con el rival

político de tu padre”. Hay gente que dice que gracias a nosotros cree en el amor, y hasta un grupo de fans que han decidido “shippearnos” como si fuéramos personajes de ficción en una serie o un libro.

A veces todo se vuelve tan intenso y confuso que me dan ganas de escapar a cualquier lado y de cualquier manera, pero la presencia y compañía de Carlos me hacen quedarme para seguir adelante. Además, sé que si de repente dejase de vernos juntos perjudicaría a su imagen y a todo lo que hemos hecho hasta ahora.

Si creía que ser la hija del Presidente es difícil, ser la novia del candidato es aún peor.

Durante la primera semana de campaña decido volver a casa para recoger más ropa limpia, zapatos diferentes y algunas de las posesiones que si bien no necesito para vivir, me gusta tener por si quiero usarlas, como las planchas del pelo, el libro electrónico o la copa menstrual.

Los seguratas me dejan pasar (¿qué van a hacer? ¿Detenerme?), pero oigo cómo avisan por el radio a mi padre para que sepa que estoy entrando.

No quiero líos ni discusiones, así que me dirijo a mi cuarto con la cabeza gacha. Si no fuera atea, rezaría. Pero a mi padre sí que debe de caerle en gracia al Dios en el que cree, porque aparece en mi cuarto cuando yo estoy metiendo en una maleta todas las cosas que echo en falta.

—Te parecerá bonito lo que estás haciendo —me dice, con un tono de lo más despectivo.

—¿La maleta? ¿Qué tiene eso de bonito? —pregunto como si no supiera a qué me refiero.

—Tu noviete ha subido varios puntos después de pasearse por ahí contigo del brazo. Parece que tu estratagema está funcionando.

—¿Qué estratagema?

—¿Sabes lo que pasa? Que los piojosos como él son bastante guarros. En cuanto acaben las elecciones y no te necesite, te va a dejar más tirada que una colilla.

Me echo a reír.

—¿Ya estamos con que la gente de izquierdas no se lava, papá? Pensaba que dejarías eso a los perros de presa de tu partido. Tú tienes más caché que eso.

—Tú no te haces respetar, hija mía. Eso es lo que te pasa. Eres igual que las niñas que hoy en día se acuestan con cualquiera, que se lo pasan estupendamente y luego lloran cuando las tratan como putas.

—Y aquí llega el machismo casual...

—Pero si te vendes así, así te compran. Te lo tengo dicho. Cuando pierda y se dé cuenta

de que su plan no ha funcionado, no le vas a interesar.

>>Y si por casualidad gana, ¿crees que va a seguir saliendo contigo? ¿Con una niñata que ni siquiera se ha sacado una carrera, que lo único que sabe hacer es gastar el dinero de otros? Vas a acabar llorando, Julia, y yo no voy a poner el hombro para que lo hagas.

Cierro la maleta con violencia y le miro llena de rabia. Mi padre es un cabrón, pero hasta ahora nunca me ha hablado así.

—Si tienes que venir a decirme todo esto, entonces es que Carlos te ha acojonado. Seguro que los de tu partido te han suplicado que pares esto como sea. Nunca te ha preocupado mi bienestar emocional.

>>Lo único en lo que has pensado siempre era en que no te dejase en mal lugar por ser dueña de mi sexualidad y acostarme con quien se me antojara. Si intentas meterme miedo, lo único que estás consiguiendo es lo contrario.

El ceño de mi padre se frunce. Su gesto se endurece. Hay malicia en su mirada, igual que en el modo en que tensa la boca en una sonrisa forzada.

—No intento meterte miedo: te estoy avisando. No tienes por qué hacer esa maleta. Si hoy decides quedarte en casa, te juro que no habrá consecuencias. Olvidaré lo que has hecho y lo que has dicho.

>>>Te pagaré la carrera y los caprichos como he hecho siempre, y hasta dejaré de decirte lo que tienes que hacer. Pero si te vas por esa puerta, no vas a poder volver. ¿Lo has entendido? Tú y yo habremos terminado y seremos enemigos.

Levanto la barbilla con orgullo después de cerrar la cremallera de la maleta. Me la echo al hombro y le lanzo una mirada larga y tan despectiva como la suya.

—Tú y yo hemos sido siempre enemigos, pero no te has dado cuenta hasta que he tenido el poder de decidir por mí misma. Métete el dinero por donde te quepa. Cuando vuelva a vivir aquí, no será contigo.

Me dirijo hacia la puerta y él me agarra de la muñeca, pero yo me zafo con violencia.

—Suelta, facha de mierda —le espeto, y me voy de casa con tanta dignidad como velocidad.

La ira de mi padre es tan explosiva como la mía.

Los días pasan y a mí se me olvida el encuentro que tuve con mi padre. Carlos es aún más cariñoso y atento que nunca. Está lleno de esperanza. Cada vez que sale una nueva encuesta, está más cerca de superar a mi padre.

Los sondeos de redes que lleva a cabo Marina muestran que jóvenes y no tan jóvenes han olvidado el pasado trepa de Carlos y sus movimientos cuestionables para llegar a lo alto del partido en favor de su nueva imagen.

El líder de la izquierda, enamorado y vital, está más cercano del pueblo que nunca. Mi padre, que no ha podido retener el cariño o el respeto de su hija, es visto como un tirano cada vez más débil al que hay que derribar de su trono.

Y... aquí estoy yo, de nuevo bajo una lluvia de flashes mientras Carlos y yo nos alejamos del mitin que acaba de dar en el Retiro y nos montamos en el coche que nos llevará a la sede del partido. Dentro nos espera Marina, que maneja al mismo tiempo su fiel portafolio y una tablet donde revisa las redes sociales.

—¿Cómo ha ido?

—Genial —dice Carlos, borracho de éxito y con la sonrisa más bonita que le haya visto jamás—. El parque estaba a reventar y la gente ha aplaudido hasta quedarse manca. Y cuando Julia se ha reunido conmigo a la salida, nos han sacado el doble de fotos que cuando he estado solo. Nos adoran.

Su mano se cierra sobre la mía y su pulgar me acaricia el dorso. Marina asiente con seguridad.

—Por lo que veo todo sigue subiendo, pero no estoy segura de que vaya a ser suficiente. Antes de la campaña, Montemayor te sacaba doce puntos en las encuestas de calificación de la ciudadanía. Ahora te saca sólo cinco.

—Pero... Eso está bien, ¿no? —pregunta él en tono desangelado.

—Sí, pero en intención de voto te saca ocho, y es la puntuación que más despacio cambia. Tenemos todavía un treinta por ciento de indecisos y creo que podemos arañar de ahí, pero te seré sincera: necesitamos más leña. —Marina me mira de arriba abajo con una de esas expresiones analíticas tuyas que tanto temo—. Julia, ¿hasta qué punto estás dispuesta a implicarte en la campaña?

—Eh... ¿yo?

—Cariño, ¿y si hiciéramos algo juntos? —propone Carlos con tono inseguro—. ¿Un acto público? ¿Un paseo romántico por el centro? Podemos llamar a algún fotógrafo amigo que filtre las fotografías. Podríamos... Quizá sea demasiado pronto, pero si soltamos el rumor de que vamos a casarnos o que estás embarazada...

Algo se sacude en mi cerebro y le suelto la mano.

—Espera, ¿lo estás diciendo en serio?

Carlos alza las cejas y se apresura a adoptar una pose defensiva y a negar con la cabeza.

—¡No, no, no si tú no quieres, claro! Eran solo ideas, de verdad. Nunca propondría algo que tú no...

—No haremos nada sin tu consentimiento —tercia Marina.

—No me lo puedo creer. Me tenéis de mono de feria —digo, y la frase resuena en mi

cabeza como el eco de un golpe terrible.

—Tu relación con Carlos es real, Julia.

—Cariño... —murmura él mientras busca mi mano.

—¿Seguro? —inquiero, el tono es tan alto que hasta me sorprende a mí. Carlos se encoge. Parece herido, pero yo también me siento mal. Lo que acaban de decir y proponer tiene unas implicaciones horribles que no pienso admitir—. ¿Y me lo tiene que decir ella? ¿Me estáis manipulando a mí también, igual que hacéis con los votantes?

—Eso no es verdad, cielo. —Carlos me toca la mejilla—. Eh, ¿crees que te mentaría? ¿Te parece que lo que tenemos es falso?

—Quiero bajarme —digo. Me dirijo al conductor—. ¡Eh! ¿Me has oído? ¡Para el coche!

Nos detenemos con un frenazo. Me quito el cinturón de seguridad y salgo afuera. Carlos trata de detenerme, pero cierro de un portazo y me alejo de allí. Sé que no me perseguirá. En plena campaña, es poco probable que se atreva a correr detrás de mí y hacer una escena en mitad de la calle.

Mientras me alejo, miro por encima del hombro. El coche sigue ahí, y tras los cristales tintados puedo imaginarme a Carlos contemplándome a medida que nos separamos. Marina seguramente dirá algo frío, lógico y muy poco empático que trate de convertir este revés en un beneficio. Y en casa, mi padre sentirá una extraña sensación de regocijo por haber estado en lo cierto desde el principio.

Capítulo 8

Me pierdo por Madrid. La sensación de abatimiento es tan fuerte que me cuesta sentir cualquier otra cosa que no sea vacío. Si siento algo más, creo que voy a echarme a llorar.

Por mi mente no deja de pasar la conversación que tuve con mi padre el día en que me marché de casa definitivamente. Es como un bucle de vídeo infinito donde las palabras caen como un jarro de agua fría y adoptan significados que en su momento decidí ignorar. Hoy me doy cuenta de que por mucho que me jodiera, mi padre tenía razón.

Se hace de noche y yo estoy sentada en el suelo en uno de los cruces del centro, donde el tráfico viene y va con luces cegadoras, a tanta velocidad que no alcanzo a leer las matrículas.

Aunque no hace ni pizca de frío, me siento estremecer cada vez que pienso en la idea de volver a casa de Jose arrastrando los pies con aire derrotado. He estado tan liada con la campaña que llevo varios días sin ver ni hablar con Jose. He faltado a la promesa que le hice, y todo por un tío.

Mi padre sabía perfectamente lo que iba a pasar. Mi padre sabía lo tonta que soy. Me intentó prevenir, pero me creía tan lista que... En fin. Tampoco tiene mucho sentido seguir dándole vueltas.

Una señora pasa delante de mí y me tira una moneda de un euro. Tardo un par de segundos en entender que se cree que soy una mendiga. La tomo entre los dedos y miro fijamente la efigie del rey, que en la penumbra casi parece mi padre. Quizá, si le pido perdón y admito que estaba equivocada, me deje volver a casa.

El motor de una moto truena cuando se acerca al bordillo. El conductor levanta el visor del casco y me mira directamente. La luz escasa no me permite ver quién es o qué cara pone. Aparca la moto y saca la pata de cabra. Se baja, se acerca a mí y se quita el casco.

Carlos se sacude el pelo apelmazado y me señala el espacio que tengo al lado.

—¿Puedo sentarme?

¿Cómo me ha encontrado en una ciudad con seis millones de habitantes? ¿Es que Marina y él me han puesto un chip de rastreo debajo de la piel?

—¿Qué haces aquí?

—He venido a buscarte. Tengo que hablar contigo.

—¿Pero cómo has...?

—El otro día me dijiste que esta era tu calle favorita. Esa es la cafetería donde quedas

con tus amigos los jueves por la tarde, ¿no? —Señala con el pulgar el establecimiento que le queda a la espalda.

¿Cómo se acuerda de eso? Lo mencioné de pasada, igual que muchas otras cosas. No sé si asustarme.

—Estás de coña —le digo—. Tiene que ser un truco.

—No es ningún truco. Llevo buscándote toda la tarde, desde que el chófer me ha dejado en casa y he podido coger la moto. Pensaba que habrías ido al Retiro y me lo he recorrido entero varias veces, hasta que lo han cerrado. Entonces he venido aquí. Antes me he subido y bajado Gran Vía varias veces, no te creas. No soy un mago.

La idea de que haya estado pateándose Madrid en mi busca durante tantas horas me hace plantearme que dejarle sentarse a mi lado no es tan mala idea. Me encojo de hombros y me muevo hacia mi derecha

Él se sienta conmigo. La gente que pasa frente a nosotros no nos ve. Cree que somos mendigos o chavales borrachos, así que nos ignoran. Si estuviera aquí abajo, ignorarían hasta a mi padre. Lo que pasa es que él nunca se sentaría en el suelo con uno de esos trajes tan caros que lleva.

—¿Estás bien? —pregunta.

—No.

—Lo siento. Sé que tengo la culpa de eso. —Carlos me mira de reojo, como si no se atreviese a enfrentarse a mi mirada—. Me he comportado como un idiota.

—¿Algo de todo esto ha sido real? —Tengo un nudo en la garganta tan fuerte que me cuesta hablar.

—¿Qué? —Carlos se vuelve hacia mí con sorpresa—. ¿Crees de verdad que ha habido alguna mentira?

—Bueno, Marina y tú estabais planeando que nos inventásemos que íbamos a casarnos. Eso era una mentira.

—Ha sido la única.

—¿Y cómo lo sé? Todo está pasando demasiado rápido. Tú eres demasiado maravilloso para ser cierto. Desde el momento en que nos conocimos he estado bajo los focos. Siempre he sido algo que podías usar en tu beneficio.

>>Lo primero que hiciste conmigo fue dejarme a solas con tu asistente de campaña para asegurarte de que nada en mi vida podía poner tu carrera en peligro. Admite que es un milagro que no haya puesto nada en duda hasta ahora.

Carlos suspira. Asiente despacio y se queda mirando las baldosas de la acera como la culpa no le dejase levantar la cabeza.

—Tienes toda la razón.

—¿Qué soy para ti? Aparte de la hija de tu rival, que casualmente se encuentra de tu lado. Aparte de un arma política.

—Eres... Eres la mujer de la que me he enamorado.

Pongo los ojos en blanco.

—Sí, claro. Qué conveniente.

—Lo digo en serio, Julia.

—¿Y vas a pedirme en matrimonio, pero será de verdad y no para darle más emoción a la campaña?

—No te voy a pedir en matrimonio porque, sinceramente, hace menos de un mes que nos conocemos. Pero desde el momento en que te conocí, durante la manifestación, me di cuenta de que quería saber más sobre ti.

>>Quería saber qué impulsaba a la hija de mi rival a convertirse en un arma política. — Carlos se pasa la mano por la frente en un gesto de incomodidad—. Al principio, no te voy a mentir, me pareciste la típica hija rebelde que quiere darle una lección a su padre.

>>Cuando te di la mano y saludé a las cámaras, lo hice con la intención de utilizarte. Mi equipo se ocupó de que la foto llegase a las portadas de todos los periódicos. Sin alguien que les dijera quién eras, el momento habría pasado desapercibido.

Me abrazo las rodillas. La voz de Carlos se me clava en el pecho y resulta demasiado dolorosa de escuchar.

—Pero luego te busqué por las redes porque quería saber más de ti. La foto ya estaba hecha y el impacto había surtido efecto. Nadie me dijo que fuese más allá, te lo aseguro. Fue iniciativa propia. Me habías gustado.

>>Y... —Carlos suspira—. Si esa noche no hubiésemos hablado durante tanto tiempo en el bar, si no hubiéramos tenido la mitad de la química que descubrimos en esa charla, nunca te habría invitado a mi casa. Nunca te habría llamado al día siguiente. Nunca habría insistido al ver que desaparecías.

Me muerdo el labio. Todo suena muy bien, pero...

—Antes de que tú me convencieras de que había esperanza, estaba resignado a perder. Con los votantes de izquierda dormidos y tu padre manejando el cotarro, comprando votos y con los pensionistas de su lado, iba a perder.

>>Me sabía muy mal, pero estaba casi convencido. Entonces llegaste tú y me ilusionaste de nuevo. Me diste hambre de ganar. Me diste una razón para hacerlo y el apoyo indiscutible para lograrlo. —Suspira muy hondo—. La ambición se me ha ido de las manos.

>>Es lo que pasa siempre en estos casos, ¿verdad? He estado a punto de hacer algo

muy feo contigo y obligarte a ello, y eso es culpa mía.

Carlos se vuelve hacia mí. Su mirada me atraviesa con tanta intensidad que me hace temblar.

—Se acabó. No más actos públicos para ti, no más pantomimas. Si tengo que perder por eso, lo haré. Si no he conseguido convencer a los votantes por mí mismo, no los manipularé a tu costa.

>>Pero te quiero, Julia. Como Presidente, como líder de la oposición o como don nadie tirado en una acera cualquiera. Te quiero. Y si quieres, puedo ser cualquiera de esas cosas a tu lado.

Le tomo de las mejillas, que están ásperas por la falta de un buen afeitado, y le beso. Su boca se cierra sobre la mía y sus manos me atraen hacia él, donde me siento de nuevo en casa.

Mientras tanto, alguien nos tira otra moneda.

Capítulo 9

Faltan dos días para las elecciones. Carlos y yo estamos agotados después de este último trecho de locura. Estamos deseando que todo acabe para, ya sea en la Moncloa o en esta casa, darnos el respiro que tanto necesitamos.

Sueño con darme un largo baño de espuma entre los brazos de Carlos, y quizá cumplir dos o tres fantasías que tengo pendientes desde que la falta de tiempo nos ha mantenido alejados de una cama y algo de intimidad. Pero todo terminará dentro de dos días y, por lo que dicen las encuestas, cada vez nos acercamos más al final feliz que ambos deseamos.

Al final (y no porque él o Marina me dijeran nada, sino porque yo lo decidí así), he accedido a tener mayor presencia en los actos públicos y hasta a alzar mi voz y unirla a la de Carlos. No he pasado por el aro en lo de anunciar que estoy esperando un hijo suyo o que vamos a casarnos. Hay límites que me niego a cruzar.

El motivo es muy sencillo. No es que esté tan aielada con Carlos que quiera dejar que me mangoneen como a una marioneta, es que pienso sinceramente que es la mejor baza que tiene la izquierda para ganar las elecciones.

El resultado de las encuestas lo deja muy claro. Cada vez que salgo a la palestra o se sabe algo más de mí, la popularidad de Carlos crece. Todo lo que tiene que hacer él es desplegar su carisma innato para cosechar las semillas que yo he sembrado como símbolo de la rebeldía juvenil frente a la tiranía de nuestros padres conservadores.

Hoy nos despertamos pronto para acercarnos a un acto de diálogo con la ciudadanía mientras escuchamos la radio. El análisis político de primera hora afirma que Carlos está acercándose a marchas forzadas a mi padre, al que según algunas encuestas incluso supera.

Mientras se viste, Carlos me dedica la mejor de sus sonrisas y yo me derrito. Aunque tengo muy pocas horas de sueño en el cuerpo y estoy deseando que todo esto termine, hallo cierto consuelo en esos pequeños gestos.

Carlos se va a afeitar y yo me quedo en la cocina mientras preparo el desayuno. La cortinilla que anuncia el programa de la mañana resuena con alegría y el presentador abre el noticiario con el siguiente titular:

—Según hemos podido averiguar a través de un investigador independiente, Carlos Páez, secretario general del PSDE y candidato a la Presidencia del país, recibe dinero de Mediplus, Tecnoflesh y otras compañías farmacéuticas y cosméticas que han sido denunciadas en numerosas ocasiones por asociaciones ecologistas por experimentar con animales vivos.

El plato que tengo en la mano está a punto de resbalármeme. Levanto la cabeza y miro la

radio como si no pudiera terminar de creerme lo que oyen mis oídos

— Mediplus —continúa—, una de las empresas europeas más criticadas por el trato inhumano que proporciona a los sujetos de sus experimentos, se ha negado a hacer comentarios a nuestras preguntas.

>>Sin embargo, fuentes cercanas al círculo de Páez ratifican esta información y afirman que gran parte de la campaña del PSDE ha sido pagada con dinero que proviene de la crueldad animal.

Carlos aparece en el umbral de la puerta con la barba a medio afeitarse y los ojos como platos.

—Eso no es verdad —dice, con una sinceridad tan evidente que no se me pasa por la cabeza no creerle—. Todo eso es una mentira muy gorda. Están mintiendo con todas las letras.

—Mierda —gruño, y recuerdo a mi padre intentando por todos los medios que no me fuera de casa y que no siguiera apoyando a su rival—. Es lo que les faltaba. Acaban de decir en todos los medios que matas gatitos, Carlos.

Parece una tontería, pero cuando llegamos a la sede del partido los teléfonos echan humo. La noticia ha corrido como la pólvora por las redes sociales y las primeras respuestas no tardan en aparecer. Hay acusaciones continuas hacia Carlos.

Los grupos que lo apoyaban, los ecologistas, antitaurinos y asociaciones en favor de los derechos civiles y de los animales, están a punto de darle la espalda. Carlos tiene que responder a varias llamadas de aliados enfurecidos y por lo que puedo intuir, ninguna sale muy bien parada.

Marina ordena un contrataque en las redes que desvela nueva información sobre las tramas de corrupción que afectan al PNE, pero la cantinela de que Carlos Páez mata gatitos es demasiado poderosa y pegadiza.

Veo las caras de frustración por todas partes, sobre todo a medida que llegan nuevas noticias y sondeos. Carlos ha caído ya cuatro puntos y no parece ir a recuperarse.

Veo a mi novio dando una apresurada rueda de prensa en la que niega categóricamente cualquier relación con esas empresas de cosmética. Asegura que va a querellarse en contra de los medios que publican tales calumnias, y que se demostrará en los tribunales que todo son mentiras.

Pero el daño ya está hecho. El amarillismo de la prensa y la facilidad de los bulos para extenderse por las redes es suficiente para clavarle un puñal en la espalda que quizá sea el único que necesitaba para caer derribado.

Carlos se encierra solo en su despacho y ni siquiera quiere hablar conmigo. Marina, por primera vez desde que todo esto ha comenzado, muestra una gran ansiedad mientras dirige a su gabinete.

Y yo... Yo no puedo hacer nada. Mi padre ha arriesgado todo para asestarle a Carlos un golpe mortal. Quizá le salga caro en el futuro, pero a dos días de las elecciones no hay mucho que hacer para demostrar de manera fehaciente que esas informaciones son falsas.

¿Cuánto dinero habrá pagado para que los medios se arriesguen a demandas tan fuertes?
¿A cuántas personas habrá pagado para que mientan?

Me paso la mañana entera viendo por la televisión cómo ponen a caldo a mi novio. Incluso los tertulianos que lo apoyaban lo han crucificado.

Repiten muchas veces que las fuentes de las que proviene la información son fiables y que todo apunta a que es el fin de Carlos Páez. Mi corazón se me desploma hasta los tobillos. En una mañana, el futuro del país ha quedado a la deriva.

Carlos se niega a salir de su despacho o a dejarme pasar. Sé que está bien porque me contesta cuando llamo, pero la idea de no poder ayudarle o consolarle me mortifica.

Como a solas en una de las salas de reunión de la sede y ojeo mi teléfono en busca de posibles apoyos morales en Twitter. Hay gente que no se ha creído la mentira, por supuesto, pero #Paezmatagatitos es Tendencia Mundial a estas alturas. Los americanos tienen que flipar.

Estoy meneando con desgana un trozo de lechuga cuando mi teléfono vibra. Es el número de mi madre. Hace días que no hablo con ella, así que su llamada a estas horas no puede ser una coincidencia. Pulso el botón y me llevo el teléfono al oído para escuchar la voz balsámica de mi madre.

—Julia, ¿cómo estás?

—¿Has visto las noticias?

—Sí, sí. Por eso te llamo.

—Es todo mentira.

—Lo sé, cariño. Toda la maniobra apesta a tu padre. ¿Cómo crees que se hizo con el poder las veces anteriores, o llegó a lo más alto del partido?

Suspiro.

—Creo que no le he odiado más en toda mi vida. Carlos está destrozado. Sus asistentes dicen que no hay mucho más que hacer. Necesitamos un milagro para recuperarnos. Todo el esfuerzo, toda la campaña... Todo se va a ir a la mierda por una mentira.

—Julia, ¿y si hubiera una manera de que ganarais?

Frunzo el ceño. No me gusta cuando mi madre se pone así de mística.

—¿A qué te refieres?

—Tu padre usa siempre las mentiras para conseguir lo que quiere, pero lo que más

teme es la verdad.

—Tal vez podría tirar de la manta y decir lo que sé sobre la trama de corrupción del partido.

—Eso no valdrá de nada. Dirán que es una maniobra para defender a Páez, que te lo estás inventando. No tendrás credibilidad. Además, te pondrás tú misma en peligro al admitir que sabes algo y no lo has dicho hasta ahora.

Gruño.

—¿Entonces... qué?

—Hay algo que tengo en mi poder desde que me divorcié de tu padre. Me juré que nunca lo usaría porque es algo demasiado bajo, pero siempre he sabido que guardarlo sería buena idea por lo que pudiera pasar.

>>Es algo que servirá para destrozarse a tu padre y echarlo a los leones, pero... Julia, es algo demasiado fuerte. No sé si deberías saberlo, o verlo. Ni siquiera sé si debería haberte dicho que existe algo así.

Trago saliva. Me tiemblan las manos.

—¿Qué es?

—Es un vídeo. Lo que muestra no es nada ilegal. No es nada que vaya a meterlo en la cárcel o a inhabilitarle de un cargo público, pero es lo que tu padre más teme en el mundo. Es lo que expondría al mundo su hipocresía y la de los hombres como él.

>>Yo ya no tengo nada que ver con tu padre y lo único que me une a él eres tú. Si nunca he querido usarlo ha sido por respeto a ti. Pero creo que es el momento de revelártelo. Si quieres usarlo, Julia...

—¿Qué es? ¿Qué sale en el vídeo? ¿Qué...?

—No puedo decírtelo con palabras. Creo que será mejor que lo veas tú misma. Voy a enviártelo por email. Decide por ti misma lo que quieres hacer y cuándo vale para ti la dignidad de tu padre.

—Vale. Gracias, mamá.

—Te quiero.

—Y yo a ti.

Colgamos. Poco después recibo la notificación de que mi madre me ha enviado el dichoso email con un archivo adjunto. Me cuesta pulsar la pantalla de lo nerviosa que estoy. Y cuando se termina de descargar el vídeo y le doy al play, comprendo.

Tengo que verlo dos veces antes de decidir si quiero usarlo o no. Incluso si le odio, mi padre no deja de ser mi padre. Es el hombre que me ha dado la vida. Si saco esto a la luz,

tanto su imagen como la de mi madre (y quizá la mía) se verán resentidas. Mi madre se ha desentendido y lo ha puesto en mi mano porque sabía lo que implicaría la decisión. Y yo...

Dejo la sala de conferencias y subo pesadamente al despacho de Carlos. Llamo con insistencia hasta que accede a abrirme la puerta, pálido como un fantasma. Le enseño el móvil y le digo que tiene que ver una cosa. Y veo el vídeo por tercera vez junto a él.

Carlos no se ríe. Apenas muestra ninguna emoción. Me mira y me acaricia la mano.

—Haré lo que tú quieras hacer.

—Ya he decidido lo que quiero hacer, cariño. Por eso he subido a enseñártelo.

Me da un beso largo y sentido y descuelga el teléfono.

—Marina, ven a mi despacho. Hay algo que tienes que ver.

Capítulo 10

Todo el mundo está bebiendo champán en copas. La alegría se ve pintada en todas las caras con las que me cruzo. Me miran con respeto.

Aunque no tienen por qué saber necesariamente que quien ha filtrado el vídeo a la prensa he sido yo, sí que reconocen que ha sido clave para la victoria, y quizá intuyan que he tenido algo que ver en ello. Después de todo, ¿de qué otra manera habría llegado tan lejos un vídeo casero del Presidente del Gobierno antes de llegar al cargo?

Marina está exultante. Tras el susto inicial, su profesionalidad ha vuelto y esta vez está mezclada con alegría verdadera.

Quizá sea el champán o que su papel a la hora de aupar a Carlos a la presidencia ha sido vital. Sabe que ella ha sido clave en lo que aparece por la televisión en estos momentos: Carlos Páez ha ganado las elecciones con mayoría absoluta, girando así unas tornas que parecían sentenciar a cuatro años más de ultraderecha.

Veo la sede del partido desde la televisión. Debajo del balcón hay una multitud increíble que no deja de cantar y celebrar la victoria de Carlos. Se oyen gritos que suplican el cambio y el auxilio a la clase obrera, e insultos varios hacia Gerardo Montemayor.

Los periodistas se apresuran a criticar la reacción de los que se congregan ahí fuera, pero tampoco demasiado. Saben que a partir de esta noche van a tener un pagador distinto y hay que cambiar el discurso de manera radical.

Muchos de los que presentan el especial de las elecciones van a acabar en la calle por lameculos y filofascistas, y merece la pena prestarles atención solo por el tono de leche cortada que tiene su cara.

Carlos aparece vestido con una camisa y pantalones de vestir, pero sin corbata. Creo que nunca le he visto más guapo que ahora, tan ansioso y eufórico. La gente le aplaude a rabiar y le gritan “¡Presidente!”, y a mí me dan ganas de llorar de alegría.

Aunque tiene toda una sala de seguidores y colaboradores, su mirada se fija en la mía. Cruza el espacio que nos separa y me da un beso tan apasionado que hasta a mí me sorprende. Hay silbidos y risas, y yo enrojeczo de la cabeza a los pies.

Carlos se prepara para salir al balcón. Uno de sus portavoces le presenta. Antes de dar un paso hacia afuera, busca mi mano y la estrecha. Y, para mi sorpresa, tira de ella y me saca a la multitud que aguarda bajo nuestros pies.

Los aplausos son atronadores. Ahora sí que estoy llorando. Es emoción pura por haber visto cumplido un sueño en el que había depositado tantas esperanzas.

Aunque estar desde este lado de la política me haya hecho ver el juego sucio que ocurre tras las bambalinas y la manipulación que tiene lugar sin importar el partido que gobierne, sé que Carlos es un buen hombre que hará lo que pueda por mejorar las cosas. Al menos no es mi padre.

Solo por eso sé que las cosas irán a mejor.

—Te quiero —le digo cuando entramos de nuevo en la sede, después de celebrar con los votantes que hemos ganado las elecciones.

Carlos me sonrío como si ya lo supiera. Creo que mis acciones se lo han dejado claro a lo largo de estas semanas. Si no le quisiera, ¿por qué me habría sumergido en esta locura que es una campaña electoral?

Mientras volvemos en el coche oficial, tan cansados por el derroche de energía y los nervios del día de elecciones que lo único en lo que puedo pensar es en meterme en la cama y dejar que Carlos me abrace (tal vez después de algo de sexo, aunque no creo que sea salvaje por esta noche), escuchamos en la radio el análisis de la jornada.

—...cierto que la victoria de Páez estaba cantada después de que se filtrase a los medios el vídeo pornográfico casero del ahora Presidente en funciones Gerardo Montemayor.

>>Después de todo, era improbable que su base de votantes conservadores fuese a apoyarle después de que se hiciera público que Montemayor practicaba sexo sadomasoquista con dos prostitutas de origen africano.

>>Montemayor, líder del Partido Nacional del país que ha hecho de la integridad del matrimonio y del cierre de las fronteras españolas las bases de su campaña, estaba casado en el momento en que se grabó el vídeo.

>>Su exmujer se ha negado a hacer comentarios al respecto, afirmando que “hace mucho tiempo que dejó de ser su esposa” y que por tanto no le importaba lo que hiciera Montemayor.

>>Quien sí se ha pronunciado al respecto ha sido su hija, que ha dicho que “el vídeo, que preferiría no haber visto, es una clara muestra de la hipocresía del Presidente y de la clase política, que prohíbe hacer lo que ellos llevan a cabo a puerta cerrada”. Julia Montemayor es la pareja actual de...

Apago la radio y recuesto la cabeza sobre el hombro de Carlos.

—Todo eso son noticias viejas —digo entre dientes.

—Sí.

—Ahora tenemos que concentrarnos en el futuro. Tienes un programa que cumplir y hay mucha gente que confía en ti.

—Mientras tú confíes en mí, preciosa, todo lo demás me parece bien.

Me besa el pelo. Yo cierro los ojos y sonrío. Es la primera vez en mi vida que me siento feliz al abrazar al Presidente del gobierno.

Lo que Papá no Sabe

Romance con el Mejor Amigo de su Padre

VICENTE I

Recuerdo

Los cañones de nuestros fusiles resonaban mientras disparaban con fuerza a los vascos insurgentes que se sublevaban contra la supremacía de nuestro gran comandante. Mis ojos se concentraban únicamente en destruir a quienes se negaban al poder infalible de nuestro jefe supremo.

—Papá, ¿de verdad hace falta que alabes a ese hijo de puta?

—Hija, ¿qué te he dicho de hablar así sobre el comandante?

Como decía, los cañones resonaban porque no dejábamos de disparar a esos desgraciados que se esmeraban en ponerse en nuestra contra. Mis manos sudadas rozaban ligeramente el borde del gatillo y mi fusil apuntando a la cabeza de un etarra soltó una bala que dulcemente atravesó el cráneo de ese gilipollas.

En ese momento de extrema gloria, volteé a mi izquierda para celebrar con Arturo, mi compañero de batalla y noté que no estaba allí, donde lo había visto por última vez. Mis ojos se perdieron de nuevo en el campo; no podía haber extraviado a un hermano de lucha allí.

Atrás noté como un vasco con un rifle apuntaba hacia el suelo con un dejo de una sonrisa dibujándose en su rostro. Era un desgraciado viviendo la gloria. Basta que un miserable saboree un poco la gloria para que se vuelva un maldito.

Como el pobre que recibe una enorme cantidad de dinero y al siguiente minuto, en su ejercicio total de su estupidez va y lo gasta en bebida y en mujeres, mostrándose incapaz de invertir y aprovechar verdaderamente ese dinero.

Observé a qué apuntaba y allí en el suelo estaba Arturo arrastrándose y con su pierna sangrando. Apunté con mi fusil al etarra y no vacilé en disparar.

Un tiro certero atravesó sus sienes y el chorro de sangre manchó las paredes del edificio desde el que el gilipollas apuntaba a mi compañero. Cayó desplomado el vasco hacia el campo, y si no había muerto por mi disparo, seguramente esa caída le habría propiciado la muerte que merecía.

—¿Estás bien, tío? —le pregunté.

—Joder, Hierro... Me han dado un disparo en la pierna. No sé si resista —me dijo.

—¡Tonterías, González! Todavía hay una batalla que librar y eres un hombre. Venga, que hay unos cuantos gilipollas que matar —le grité.

Lo alcé del suelo y lo llevé a un rincón donde estuviera fuera del alcance de las balas enemigas. Es importante que entiendas que en un campo de batalla no es lo común hacerse el héroe y salvar a un compañero así como lo ha hecho tu padre. Arturo me vio a los ojos y soltó de su boca casi llorando un leve “gracias”.

De la nada, oímos un grito en vasco que provenía de uno de los edificios que teníamos al lado. Me asomé por una ventana para revisar qué sucedía e identifiqué al líder de ese comando etarra; era el bastardo al que habíamos estado buscando.

Sin dudarlo dos veces, lo apunté y le disparé en el pecho. Envié una señal al resto del batallón y todos rodearon al edificio. Los rebeldes soltaron sus armas y habíamos logrado la victoria.

Los compañeros sabían que Arturo y yo habíamos propiciado este gran triunfo para nuestra facción, así que, tan pronto nos llevaron a la base, nos encontramos con el gran comandante, quien nos condecoró con mucho placer y nos tildó de héroes de la gran España. Dime si eso no es motivo para enorgullecerse de tu gran padre. Héroe de sus hermanos y verdugo de sus enemigos.

—¿Me has prestado atención, Marta?

—Sí —me respondió sin mirarme a los ojos.

—Entonces, ¿por qué sigues enganchada al teléfono y no me miras a los ojos? ¡Soy tu padre, joder!

—Pero sí ya me sé toda la historia, papá. El tío idiota que está que se muere, lo salvas y después el hijo de puta de Franco los felicita por haber matado a un compatriota nada más porque nació en el País Vasco.

—¡Anda a tomar por culo, hija! ¿Por qué me tienes que tratar así?

—Porque ya me sé la historia. Ni siquiera sé para qué me la estás contando otra vez. ¿No ves que estoy ocupada trabajando con el teléfono?

—¿Segura que estás trabajando? ¿Cómo lo sé?

—Pues, mira.

Me mostró el teléfono y apenas pude ver un par de números en la pantalla.

—Joder, no vi nada.

—Igual no vas a entender, viejo.

Respiré con fuerza y tomé de nuevo muchísima paciencia. Después de todo, Marta es mi única hija.

En mi juventud, luego de que el comandante muriera, conocí a Sara, el amor de mi vida. El primer día que la vi, le dije que me casaría con ella... y así fue. Era la mujer más hermosa e inteligente que pudiera haber conocido. Sus ojos eran del color del café y su cabello del mismo tono.

Ella, como Marta, odiaba a Franco, pero había algo más importante que eso. La manera en que me veía, la manera en que me comprendía... Todo eso era muchísimo más importante que la carga política que llevaba sobre mí. Mi uniforme militar era solo un adorno cuando la veía. No era posible que fuese el hombre que mató a los etarras cuando estaba con ella.

El día que tuve que decirle adiós para siempre, fue el día más oscuro de mi vida. Un día que aún hoy recuerdo con dolor, y que podría ser utilizado como prueba, no solo de que los hombres lloramos, sino que los militares somos capaces de soltar un llanto, dejar correr lágrimas... y escribir poesía como esta que les narro.

Pero no hablemos de eso. Marta es lo más bello que alcanzamos Sara y yo juntos, y la amo como amé por años (y sigo amando) a Sara. Marta es una hija ejemplar. Es una estudiante excelente y definitivamente estoy orgulloso de ella.

Se comporta muy bien, no anda follando con tíos a diestra y siniestra, como muchas de las chavalas de su generación, y además, es muy trabajadora. Desde que cumplió los 16 años ha currado para comprarse todo lo que ha llegado a necesitar sin pedirme un solo centavo, a pesar de que el dinero nunca ha sido un problema para nosotros.

—Hija, escucha... Te cuento esto porque ese amigo, Arturo González, viene en camino para aquí y se quedará en la casa. Llevábamos años sin vernos y por fin será nuestro reencuentro. Nos pondremos al día.

—¿Por qué me interesaría tal cosa, papá?

—Estoy seguro de que él estará encantado en conocerte. Ni siquiera puedo dudarle un poco.

ARTURO I

La llegada

El taxista que me llevaba a casa de Vicente parecía conducir con desgano, como si quisiera que el taxímetro ascendiera a niveles estratosféricos para cobrarme lo que mejor le pareciera. Mi curiosidad por el hecho, me hizo tomar la decisión de realizar algo que no acostumbro a hacer...

—Disculpe —le dije.

—¿Qué ha hecho? —me preguntó.

—Nada, le iba a preguntar algo.

—¿Entonces por qué pide disculpas?

—¡Já! Bueno, es una cortesía. Es como solicitarle permiso para hablar.

—Yo no le estoy privando de ninguna libertad de hablar, por si siente tal cosa.

Noté algo de sarcasmo quizás en el tono de voz del taxista, como si estuviera intentando burlarse de mí, pero simplemente continué.

—No, no... es que, le explico... —dije, pero de inmediato pensé que era estúpido continuar con esa discusión que no nos llevaría a ningún sitio— ¿Podría ir más rápido?

—Podría.

—¿Y por qué no lo hace?

—Porque no debería.

—Estamos en la jodida autopista. No me va a decir que no puede andar rápido en la autopista.

—El coche tiene una pequeña falla y no quiero tener inconvenientes.

—Ah, pero no me vaya a cobrar más por el taxímetro —le advertí—. No es mi culpa que su coche esté liándole la vida.

—No se preocupe, señor. Hay una tarifa fija. Y no nos pasará nada, por si le preocupa mi velocidad. Esta autopista es muy segura.

Ese comentario me dejó perplejo. Hay una vena bastante fuerte en mi cuerpo que se hizo notar con más fuerza, luego de escuchar tal afirmación.

—¿Es usted socialista? —le pregunté.

—¿Cómo dice?

—Le pregunto ¿es usted socialista?

—No —rió el taxista.

—¿Está con el PP?

—Yo estoy con el euro, tío. Las políticas son un follón, así que solo me preocupo de mi curro y el dinero que hago con eso.

—¿Entonces por qué dice que esta autopista es muy segura?

—Porque así me parece, joder. Porque conduzco por aquí todos los días. Es mi opinión.

—Por supuesto, pero no puede opinar eso si no está de acuerdo con las políticas del alcalde.

—Ah, joder, ahora tengo que estar de acuerdo con el alcalde para opinar. Por mí el alcalde se puede ir a tomar por el culo.

—Pues, por mí también.

Hubo un silencio un tanto incómodo por buena parte del viaje, después de esa breve discusión, pero no lo culpo. Creo que yo también sería así de despreocupado si fuese un taxista. Sin embargo, no puedo serlo, y mucho menos después de tantos años en servicio de la nación.

—¿A qué se dedica usted? —me preguntó el taxista.

—Eso no le importa.

—¿Cómo sabe que no me importa?

—Pues, porque no le incumbe.

—Ah, venga, disculpe, señor. ¿Sabe que me puede mentir? Solo estoy buscando conversar con usted. Si es narcotraficante, no tiene por qué decírmelo, pero no sea grosero —me dijo.

—Yo no soy ningún narcotraficante. Que me lleve el infierno el día que me dedique a un negocio tan vil como ese.

—Ah, bueno, al menos sé que narcotraficante no es.

—Soy militar retirado.

—¿Franquista?

—Orgullosamente. Es correcto.

—Ah, bueno. Ya vamos a llegar.

—¿No quería conversar? ¿Por qué cierra la conversación así?

—Porque ya vamos a llegar, joder.

—No, usted no quiere hablar conmigo porque le he dicho que soy franquista.

El silencio se prolongó por unos segundos.

—¿Ve? —le dije.

—Son 40 euros —me dijo.

—Ah, ¿también me va a cobrar más por ser franquista?

Me mostró una hoja de tarifas donde decía que los precios del aeropuerto a esa zona eran efectivamente de 40 euros, pero a mí me parecía que esa hoja la tenía preparada para los franquistas como yo.

—Tome sus 40 euros, apátrida.

—Claramente no se ha dado cuenta de que hemos estado escuchando a Manolo Escobar todo el viaje. Si no hay nada más español que yo, tío.

Noté que el carro tenía toros, y los colores de la bandera por todos lados, pero evidentemente había algo mal con este tío. Le di los 40 euros y tan pronto llegamos, saqué mi equipaje del coche. El taxista se fue sin siquiera despedirse. Vaya, cómo nos discriminan a los franquistas.

Miré al frente y observé una enorme mansión. Una casa que claramente pertenecía a mi amigo Vicente Hierro. Un enorme portón se abrió para darme paso hacia el caminito que daba con el pórtico de la grandísima vivienda.

Caminé con soberbia, sintiéndome orgulloso de andar por esa vía y saber que formaba parte del grupo de amigos de un tío tan adinerado.

Al llegar a la puerta, noté unas aldabas hermosas que adornaban la madera blanca de la puerta, las figuras que portaban eran ángeles dorados, pero los ángeles eran mujeres.

Los cuerpos tallados dejaban definidas claramente las curvas que le son naturales a las féminas. Antes de hacerlos sonar, pase mi mano sobre la forma de esos ángeles, y no sabía si sentirme un perverso, un blasfemo o un esnobista... así que terminé sintiéndome las tres cosas.

Atacado por un repentino ataque de moral, simplemente tomé una de las aldabas y la golpeé con la puerta una, dos y tres veces.

—¡Ese debe ser él! —se escuchó a alguien gritar detrás de la puerta. Era la voz de Vicente.

Luego de escuchar como la cerradura se movía de su sitio, las puertas se abrieron lentamente y la figura de un hombre que me resultaba familiar, aunque se veía gastado y anciano, me saludaba con los brazos ampliamente extendidos.

—¡ARTURO!

—¡VICENTE!

Nos dimos un enorme abrazo y ambos nos alegramos muchísimo. Era un reencuentro que ya llevábamos muchos años esperando.

—Joder, Arturo, no has cambiado nada.

—Miénteme mejor, Vicente.

Ambos reímos.

—Pasa, tío, pasa —me dijo.

Una vez cerrada la puerta, noté un enorme salón y pude ver dos grandes escaleras de mármol. Los escalones largos, pero no tan altos, estaban ataviados por una alfombra roja majestuosa, con hilos dorados en los extremos, que cubría todo el salón y al parecer seguía hacia el pasillo del primer piso.

—Sígueme, Arturo. Ven para que te sientes en la sala y te pongas cómodo. —me indicó Vicente con una sonrisa.

Lo seguí por el pasillo que estaba justo debajo del arco formado por las escaleras. Ese mismo arco de madera blanca, como la de la puerta, se replicaba al menos unas diez veces en ese pasillo que tenía más cuadros que el Museo de Arte Contemporáneo de Barcelona. Claramente, estoy exagerando, pero de verdad eran muchísimos los cuadros.

Algunos de la familia de Vicente, otros de grandes líderes... y había uno de una mujer hermosa. Me detuve a ver ese cuadro por un momento. Era una señorita de, si acaso, 20 años con un precioso cabello marrón que bajaba por su espalda sobando su blanquísima piel. Los ojos del mismo color veían a quien observaba el cuadro con una inocencia pícara... Sí, de esa que es más bien sumisión.

—Arturo —me llamó Vicente.

Volteé hacia él y me veía con una sonrisa, pero con una extrañamente compatible actitud de desaprobación.

—¿Qué haces viendo a mi mujer así?

—¿C-cómo la estoy v-viendo? ¿T-tu m-mujer? —balbuceé nerviosamente.

—Sí —rió Vicente—. Ese es un cuadro que pinté de ella un par de semanas después de que nos conocimos.

—Disculpa, Vicente. Tu mujer era muy hermosa... y supongo que lo sigue siendo.

—Yo no dudo que lo siga siendo... pero lamentablemente ya hace muchos años que dejó de existir de manera física.

—Lo siento mucho.

—No, no lo sientas, Arturo —me dijo con una determinación desgarradora—. Ella murió como se debe morir... luchando.

Miré una vez más al cuadro y vi que la espalda estaba pintada por preciosos lunares. Bajé mi mirada por su piel, como una mano que acaricia, hasta que llegó a mi mente la idea que era una perversión absurda sentirse atraído con tanta fuerza por un cuadro... ¡Qué envidia de los muertos y qué envidia del pintor!

Suspiré.

VICENTE II

Café

Arturo se veía apenado porque le dije que no observara con tal deseo el cuadro de Sara, pero ¿cómo no lo haría? Era el mejor momento de Sara. Debía romper esa incomodidad; Arturo no había venido a sentirse incómodo por un cuadro.

—Vamos, Arturo, que no va a moverse el cuadro. Ya yo lo he visto bastante.

Mi amigo se rió y me siguió a la sala.

—Siéntate allí; buscaré un poco de café. ¿Solo?

—No, cortado.

Por un momento pensé que el momento ameritaba un poco de alcohol. Siempre es bien recibido, para celebrar, un poco de licor cuando se trata de reencuentros. Y más de uno como este.

—O mejor... ¿No quieres carajillo?

—¿Carajillo? Son las 3 de la tarde, Vicente.

—Vale, vale... Cortado.

Fui a la cocina a preparar el café manualmente. Aunque tenga la cafetera en casa, ya me he acostumbrado al proceso tradicional, prácticamente sin colar, sin filtrar, pero pienso que quizás a Arturo no le agrade tener tanto café en polvo dentro de su café.

Usualmente ese procedimiento es el siguiente: hiervo el agua en una cacerola y tan pronto burbujea agresivamente por el ardor del fuego, le echo el café en polvo que me he traído de Venezuela. Dicen que el mejor café del mundo es el colombiano, pero muchos lo dicen porque no han probado el venezolano.

Así sin más nada el café queda puro, divino y negro; como para despertar hasta al más perezoso de los soldados, pero esta vez decidí que como no era para mí, lo prepararía en la cafetera. Si Arturo lo pidió cortado es muy probable que no le guste el proceso que usualmente llevo a cabo.

Una vez listo, serví los dos cafés en unas tazas blancas, que heredé de mi abuela, y a la de Arturo le coloqué la leche para que fuese tal y como lo había solicitado.

Al regresar a la sala con los cafés, noté que Arturo estaba mirando fijamente a la calefacción, buscando algo, quizás no en el aparato, sino en algún rincón de su mente.

—Aquí están los cafés —dije alto para llamar su atención.

—¡Gracias, Vicente! —exclamó.

Me senté en el sofá contrario al que se encontraba él y después de unos tres segundos

de silencio pregunté una clásica:

—¿Qué tal el viaje hasta aquí?

—Bastante cómodo —me respondió—. Lo único que no me ha gustado ni un poco ha sido el trato que me dio el taxista que me trajo del aeropuerto.

—¿Por qué? ¿Qué te ha hecho?

—Me cobró más y se negó a conversar conmigo porque soy franquista.

—Joder, pero Arturo, no puedes andar diciendo por ahí que eres franquista, y mucho menos a un jodido taxista.

—¡Es el orgullo, Vicente! ¡El jodido orgullo!

Noté que Arturo lo decía verdaderamente con ese orgullo que ostentaba, pero no me imaginé que lo llevara a todos los ámbitos de su vida. Yo soy franquista a mucha honra, pero comprendo que hay personas a las que le genera molestias siquiera la afirmación de ello.

—¡Martaaa! —grité.

—¿Marta? —me preguntó Arturo extrañado.

—Mi hija

—Oh, tienes una hija. Creí que vivías solo aquí.

—No, todavía no se ha ido de la casa. Y espero que no se vaya pronto.

—¡Martaaaa! —Volví a gritar.

—¡Voy, joder, papá, ya voy! —pude escucharle decir desde el pasillo de los cuadros.

Tan pronto entró en la sala con un desgano terrible, noté que Marta no tenía ni la menor intención de permanecer allí con nosotros, pero era el momento de que conociera a Arturo, y mientras ella viva en mi casa, vive bajo mis reglas, joder.

—¿Qué quieres? —me preguntó.

Arturo ya se había levantado de su asiento. Estaba preparado para que le presentara a Marta. Parecía estar ilusionado, supongo que debe sentirse como si fuera el tío de Marta. Qué orgullo tener a mi gran amigo en casa.

—Marta, querida hija, conoce a Arturo González. Veterano luchador y gran hermano español. Debe ser como un tío para ti.

Marta vio a Arturo y su semblante cambió. Levantó su mano y la extendió hacia Arturo. Él la saludó y se presentó.

—Arturo González, un placer en conocerte.

—Marta Hierro, pero usted puede llamarme solo Marta.

—No hace falta que me digas “usted” —dijo Arturo y rió.

A Marta pareció no agradaarle el comentario. Volvió a su expresión de desgano y parecía que ya quería retirarse de la sala, pero no podía permitir que eso sucediera. Debía hacer que Arturo le contara a Marta la historia.

—Arturo, ¿por qué no le cuentas a Marta la historia de cuando te salvé la vida?

Tan pronto Arturo escuchó mi pregunta, me vio extrañado y rió.

—Querrás decir cuando yo te salvé la vida.

—¿Cómo dices?

—Escucha, Marta —dijo Arturo—. Yo salvé a tu padre una vez en un enfrentamiento contra unos etarras. El vasco le apuntaba a él mientras estaba desplomado en el piso, pero yo mismo me encargué de dispararle antes de que matara a mi gran amigo, quien de no ser por mí, hubiese sufrido una muerte lamentable.

—Por favor, Arturo —le dije riendo y extrañado por su historia.

—Qué curioso —dijo Marta—. Mi padre me ha contado la misma historia, pero al revés hace un rato.

—¿Y a quién le crees más? —le pregunté.

—A Arturo.

—Claramente, tu padre siempre te dice la— ¿Qué? ¿A Arturo?

—Sí, papá, tú te lo has inventado todo. Él lo ha contado muy tranquilo. Tú lo has dicho con una pasión que solo se ve en las personas que son sumamente mentirosas.

—Joder, que eres hija de tu madre.

Marta volteó los ojos y suspiró.

—Que tengan buena tarde —dijo y se retiró de la sala.

—¡Marta! ¡Hija! ¡Vuelve aquí! —le gritaba mientras se iba.

Pero de nada sirvió.

—Déjala tranquila, Vicente. Es joven. No tiene razones para querer andar con dos viejos como nosotros.

—Quizás tengas razón, Arturo.

Seguimos conversando por el resto de la tarde. Quería proponerle salir a algún sitio a tomar algo, pero me dijo que estaba muy cansado, así que le mostré la habitación en la que se quedaría, y me retiré a la mía. Si soy del todo sincero, no podría decir más que realmente es un placer para mí tener a mi amigo Arturo González en casa.

MARTAI

Cicerón

Eran las 10 menos cuarto y todavía quedaban dos capítulos por leer del jodido libro de Marco Tulio Cicerón. En la TV pasaban una película pésima en la que un tío igualito a Tom Hanks intentaba enamorar a una mujer, pero ella estaba todo el día ocupada trabajando. Otra estupidez machista que busca que las mujeres renuncien a sus trabajos y a sus sueños por un tío idiota que dice ser el amor de su vida.

Pero admito que era entretenida. Al menos le había prestado suficiente atención como para saber eso. No sé si será que en el fondo de mi frío corazón me gustan esas películas románticas o que realmente Marco Tulio Cicerón es más aburrido que esta porquería.

Bueno, no era que fuese aburrido, era que no tenía el tiempo que me gustaría haber tenido para leer el libro. Siempre me ha tocado dejar las cosas más flipantes para el final porque tengo que hacer los otros trabajos de la universidad que no son tan entretenidos.

Sobre todo porque el horario que tengo hace que cada una de las clases queden ubicadas de una manera perfectamente adecuada para joderme la vida.

Me acosté un segundo a pensar en lo que aún me faltaba por estudiar, calculando la cantidad de páginas que aún quedaban del libro, contrastándolas con los minutos que le quedaban a la noche... y cerré los ojos.

Un minuto después los abrí y no había pasado solo un minuto. Miré al reloj y para mi, no tan grata, sorpresa noté que ya eran las 2 de la madrugada.

Levanté la mirada y la luz de la TV me dejó cegada, pero escuchaba un sonido bastante particular que solo podía ser originado por un tipo de material audiovisual muy específico.

Cuando logré ver lo que estaba en la TV era efectivamente lo que ya mis oídos habían percibido... pero en esta noche fue... ¿cómo decirlo?... ¿un alivio, quizás?

En la pantalla veía como una tía joven, más o menos de mi edad le chupaba la polla a un hombre mayor... mucho mayor. Era un hombre muy atractivo para la edad que aparentaba. Dije que no me gustaban mucho las películas románticas, pero tampoco soy verdaderamente una fanática de la pornografía.

“Fóllame, fóllame toda con tu gran polla”, decía la tía. Era porno doblado al español. Joder. ¿A quién se le ocurre doblar el porno? Supongo que a algún franquista. De cualquier modo, ya era irreversible... Mis bragas estaban mojadas.

Y ese pensamiento en particular, me trajo a la mente al viejo que me presentó mi padre más temprano. Me imaginé chupándole la polla en la sala de la casa mientras mi papá no estuviera, pidiéndole que me follara.

Una cosa llevó a la otra y comencé a frotarme el coño.

Mi mano sentía a través de mis bragas cómo el deseo se había apoderado de mi necesidad de estudiar, de mi mente, de ese momento tan... ah, joder... ¿Por qué tenía estas potentes ganas de buscar al viejo que ni podía recordar cómo se llamaba en ese momento?

¿Por qué tenía ese fuerte apetito, ese deseo de que abrieran la puerta de mi habitación y fuese él descubriéndome en ese instante de desnudez, de máxima debilidad?

Quería que me agarrara con sus brazos y me abalanzara contra mi cama, que me tomara con mucha energía y me follara con su gran polla. La visualicé como la del tío en la TV, en esa terrible porno doblada que ya me había excitado demasiado como para considerarla basura.

Fui corriendo al baño antes de que mojara todas mis sábanas, o peor, el libro de Marco Tulio Cicerón. Una vez en el baño, me metí en la bañera a terminar lo que ya había comenzado... y no hablo del libro de Cicerón.

Me desvestí y me dejé llevar; dejé que mi mano se moviera sola, sumida en la tentación de aquello que escondía, pero que había surgido apasionadamente en un instante tan inusual... y tan placentero.

Llegué hasta donde pude llegar con mis orgasmos. Jamás me había dejado llevar tanto. Cerré mis ojos y sentí como si mi alma se fuera en ese chorro que salía de mi coño y llenaba las paredes del baño. Gemí con mucha fuerza; diría que grité, y volví a abrir los ojos.

Estaba de nuevo en mi cama. Miré al reloj y eran las 12 de la noche. En la TV pasaban de nuevo Titanic y lo apagué. Mis bragas estaban mojadas, pero nada que ver con lo que ese instante de sueño me había hecho creer.

Era como si hubiese viajado en el tiempo al futuro y de nuevo al pasado, solo para masturbarme con una pasión desenfadada... Debía terminar de leer el libro de Cicerón, pero quedó en mi mente esa imagen de Arturo. ¿Será que...?

VICENTE III

Lunes por la mañana

Sentí cómo el primer rayo de sol que entraba por mi ventana se filtraba entre mis párpados y, al minuto, sonó la alarma de mi teléfono móvil. Había tenido un sueño terrible.

Había llegado un hombre del este y se había llevado a Marta como su prisionera, pero era tan inusual la situación, que parecía como si Marta se hubiera ofrecido para ser la víctima del extraño hombre oriental... y cuando digo oriental no hablo de un asiático, ni de un turco... De hecho, no sé cómo sabía que se trataba de un hombre del este. Solo sé que en algún momento del sueño lo había mencionado.

De cualquier modo, había puesto esa alarma para preparar todo para el desayuno y además ir a trabajar. No sabía en qué momento se despertaría Arturo, así que era mejor tener el desayuno antes de que él abriera los ojos, y qué mejor forma que despertando a la hora en que el sol se asoma... Vaya, qué mala idea.

Bajé las escaleras y me dirigí a la cocina. Estaba decidido a preparar algo agradable y que sabía que le gustaría a Arturo... o al menos a Marta. La verdad sé que a Arturo que viene del mundo militar no le molestaría tanto qué comiéramos exactamente, pero Marta... Joder, ella sí que es exigente.

Tomé del refrigerador un poco de pan, huevos y leche. Quería preparar tostadas francesas. Un poco de canela también para darle un gusto bien particular y que todos sintieran el agradable sabor y, por supuesto, mi talento como cocinero.

Dicen que se sabe si un chef es bueno cuando prepara los platos más simples a la perfección y con un sello distintivo que les haga, sencillamente, irresistibles. Les puedo asegurar que no hay nadie más talentoso en toda España para cocinar que yo, y eso que no lo he estudiado con la dedicación exclusiva meritoria al arte.

La única persona que cocinaba mejor que yo era Sara, bueno y dicen que Franco cocinaba muy bien también, pero no creo que nuestro comandante fuese tan infalible. Ese es Arturo que continúa siendo un fanático intransigente de nuestro gran líder. Yo lo admiro, pero no podría hablar de él como lo hace Arturo.

No sé si habrá sido Sara, o Marta, pero definitivamente entre las dos han hecho que mis ojos se abran un poco. Después de todo, un líder puede ser una persona brillante, pero jamás un ser divino.

La primera persona en ser atraída por el dulce olor de la canela que acompañaba a mis magistrales tostadas francesas fue Marta. Era evidente que ese maravilloso aroma haría que ella se acercara. Es complicadísimo hablar con Marta, pero la comida siempre habla mejor que las palabras.

—Papá, ¿esas son...?

—Sí, hija. Tus favoritas —le interrumpí.

Suspiró y se sentó en la mesa a esperar a que le sirviera su plato. Por supuesto, no tardé en hacerlo. Me encanta verla sonreír y creo que para quienes cocinamos, es un placer aún mayor, saber que nuestra comida es grata en los paladares de nuestros comensales... y más cuando se trata de mi propia hija.

Cuando le dio el primer mordisco a la tostada, suspiró aún con más fuerzas. No hay amor más puro que el amor que siente una persona por su comida favorita. Qué dulce desayuno.

—Hija, vuelvo en seguida. Iré a buscar a Arturo para que se acerque y venga a desayunar también.

En un segundo, la expresión de Marta cambió por completo. Abrió los ojos muchísimo y tosió como si se hubiera atragantado con la tostada.

—¿Arturo? —me preguntó

—Sí, hija. Mi amigo.

—¿Está aquí todavía? —dijo más inquieta aún.

—Sí, hija. Se estará quedando en la casa esta semana. Ya la próxima semana regresará a Cataluña, pero le dije que se quedara aquí para que no perdiera dinero en un hotel, donde tampoco lo tratarán tan bien como nosotros.

—¿Nosotros?

—Joder, hija... No me vas a dejar solo en esto, ¿o sí?

Marta, que estaba más roja que un pimentón, parecía estar demasiado sorprendida para ser verdad. Casi de inmediato, salió corriendo a su habitación y dejó su tostada francesa a la mitad.

Supuse que iba a ponerse un pantalón. Era lo más apropiado. Aunque Arturo es mi amigo y estoy seguro de que jamás pretendería siquiera pensar en lanzarle una mirada indiscreta a mi propia hija porque andaba en bragas en la cocina.

Caminé a la habitación que le presté a Arturo y toqué la puerta dos veces. No hubo respuesta.

—Arturo —dije.

No recibí respuesta, así que me permití abrir la habitación sin mayor preocupación. Al ver a la cama, noté que sus extremidades estaban muy explayadas en la cama, como si no pudiese estar más cómodo, y, como si fuera poco, roncaba con fuerza.

—Arturo —le repetí, pero esta vez entre risas.

Arturo se levantó con torpeza y de inmediato de la cama; llevó su mano a su sien y saludó como si se tratara del saludo a un superior.

—Señor, sí, señor —dijo como pudo.

Ya para ese momento no me pude contener y solté las carcajadas más escandalosas que pude haber soltado.

—¿Vicente? —me preguntó al verme echado en el suelo riendo.

—Joder; estaba soñando con una guerra increíble. Era el fin del mundo y los dos estábamos allí luchando para salvar a una joven que me amaba.

—¿Una joven?

—Sí, una chavala de cabello café.

—Ah, venga... Que ninguna tía de menos de 50 se va a enamorar de un tío como tú, Arturo.

—¿Cómo no?

—¿Eres millonario?

—No.

—¿Eres guapo?

—Pues, claro que lo soy.

—Ah, bueno, pero necesitas viagra... y así no se puede.

—Cállate, Vicente, que no necesito viagra.

—Joder, el viejo más vigoroso del mundo.

—Anda a tomar por el culo, Vicente.

—Venga, venga, que es muy temprano como para que estés mandándome a tomar por el culo, jaja. Yo solo he venido a decirte que el desayuno ya está listo.

—¿El desayuno? ¿Qué hora es?

—Las siete y media, Arturo.

—¿Y por qué te has levantado tan temprano?

—Pues, porque tengo que ir a trabajar.

—¿A trabajar un domingo?

—Joder, Arturo... ¿De dónde venía tu vuelo? ¿De Indonesia? Es lunes, joder.

—Ah, ¿y tú trabajas?

—Jajaja, joder, Arturo. Ven a comer —le dije riendo.

No me esperaba que Arturo actuaría así al levantarse. Definitivamente las personas reaccionan de maneras muy extrañas cuando recién están despertando. Bajé de vuelta a la cocina y el plato de Marta seguía allí sin ella.

—¡Marta! —grité.

No obtuve ninguna respuesta.

—¡Arturo!

Tampoco apareció... Joder, ¿cómo me arruinan la mañana?

—¡Marta! ¡Arturo! ¡Joder, vengan a desayunar que ya está listo! ¡Sobre todo tú, Marta, que has dejado el plato a medias y te has ido corriendo a tu habitación! —exclamé hacia la sala esperando que me oyeran los dos—. Bueno, no tengo tiempo para esto. Se me hace tarde.

Fui a mi habitación y tomé mi maletín. Revisé una vez más y Marta seguía encerrada en su habitación. Fui a la habitación de Arturo y se había vuelto a dormir. Debo entender que es lunes y son las ocho menos cuarto; será distinto cuando regrese más tarde.

Guardé los platos de Arturo y de Marta en el refrigerador y les dejé una nota en la puerta de la cocina para que supieran donde estaban sus desayunos. Salí de la casa y el sol me golpeó en el rostro como si me hubiera dado una cachetada. ¡Qué mala idea despertarse a la hora en que el sol se asoma!

ARTURO II

Dante y la lujuria

Abrí mis ojos y vino a mi mente el recuerdo de Vicente diciéndome que el desayuno estaba listo. Me rasqué la cabeza y bostecé. Tan pronto recobré mis sentidos, vi en el reloj, que estaba junto al televisor, que eran las dos de la tarde.

¿Cuánto tiempo habré dormido? A estas alturas, me imaginaba que el desayuno ya seguramente estaría frío, aunque existía la posibilidad de que hubiese soñado esa conversación con Vicente.

Moví un poco la cortina del ventanal y me di cuenta de que el día estaba gris, como si el clima hubiese planeado con muchísimo detalle y especial decisión, llenar de lluvia aquel día. No tenía intenciones de salir en esas condiciones.

Los días lluviosos se disfrutan bajo techo. Los golpeteos constantes de las gotas contra los vidrios, techos, suelos, árboles, y, básicamente, contra todo, resuenan como aplausos y dulces reverberaciones que inducen un estado de tranquilidad que solo es posible cuando se está seco.

En esa habitación prestada podía observar, aunque fuese claramente una imitación, una preciosa representación de “El Beso” de Gustav Klimt.

El simple hecho de que hallase ese cuadro en una de las paredes, hacía que me sintiera en el lugar más apropiado para disfrutar de ese encanto del cielo que me regalaba la meteorología con tan aparente premeditación.

Dicen que la naturaleza no improvisa nada, que cada uno de los movimientos, por más minúsculos que sean, son partes de un todo; y en su totalidad, podría decir que la casa de mi amigo Vicente era una obra de arte comparable a la naturaleza misma.

Por ello, a pesar de que la lluvia, prácticamente me exigiera que me quedara bajo las sábanas de esa cómoda cama, mi instinto, no sé si militar o, sencillamente, humano me decía que era el momento apropiado para levantarme a explorar los pasillos de la mansión.

Las ventanas, las puertas, los muebles, las alfombras, el mismo suelo, las paredes y hasta los rodapiés eran pequeños detalles de un cuadro renacentista; de esos enormes que narran escenas épicas en las que, hasta el más inútil de los personajes, cuenta una historia tan solo con un ceño fruncido.

Al salir de la habitación me encontré con las escaleras.

—¡Vicente! —grité.

Nadie respondió, así que supuse que estaba solo en aquella enorme casa. Mis ojos se posaron de nuevo sobre el pasillo que me dio la bienvenida el día anterior. Caminé intrigado para observar, ahora en mi soledad, el divino cuadro que me había seducido con esa mirada

inocente pero tan cargada de sensualidad.

¿Será acaso un pecado desear aquello que ya no está en este mundo? Después de todo, es como sentir placer por ver las fotos de Marilyn Monroe... El deseo sigue allí, a pesar de que ella ahora no sea más que un montón de huesos, o polvo de huesos... o cenizas, la verdad es que desconozco si la cremaron o la enterraron, pero seguramente no es ni sombra de lo que fue... y menos con una sobredosis de barbitúricos.

El caso era que estaba observando la imagen de una mujer muerta que tenía un aire de dulzura, de juventud salvaje, de desenfreno... en una mirada que solo tiene una mujer con ganas de aprender, con voluntad por descubrir algo que no está en los libros, o al menos no en los libros que le permitirían leer a una joven.

O hasta ellas mismas no se permitirían leer por miedo a algo que desconocen. Creo que el miedo es principalmente porque saben que les gustará demasiado; como la primera gota de un suave vino tinto que llega como sangre de Cristo y, luego de la hostia, se desvirtúa en el pecado de la carne.

La vi de nuevo y, ¡por Dios!, os juro que era igual a la hija de Vicente. Recuerdo aquel fugaz contacto visual, esa confusión, esa incertidumbre, ese desliz a primera vista... ¿qué tienen los ojos de chocolate que endulzan al alma?

—¡Marta! —me atreví a gritar.

Tampoco recibí respuesta. Definitivamente estoy solo en la casa. Para asegurarme por completo de que efectivamente era así, decidí revisar cada habitación, cada pasillo, cada baño, hasta que identifiqué todos los rincones de la casa y los admiré por razones tan distintas y tan particulares, que aún me hace suspirar tan solo recordarlas.

Decidí finalmente sentarme en un sillón de la biblioteca a leer una copia de la Divina Comedia en italiano que, para mi placer, tenía guardada Vicente entre los enormes librerros; allí junto al Fausto de Goethe y Don Giovanni de Moliere.

Me pregunto si él siquiera los habrá revisado; Vicente no parece el tipo de tío que ocupa su tiempo leyendo, y no me extrañaría encontrar literatura barata que solo sirve para adornar y armar por completo ese amable panorama que presentan los librerros.

Fascinado por el libro llegué a un punto en el que imaginé a Beatrice como Marta y a mí como el mismísimo Dante Alighieri. Decidí en esta ocasión particular, leer el libro como si se tratara de Rayuela de Cortázar, saltando de estrofa en estrofa, del Purgatorio al Paraíso en cuestión de segundos.

Tan pronto abrí la primera página del tercer canto del Infierno, y leí ese verso que reza “Lasciate ogni speranza, voi ch’entrate”, escuché como a lo lejos se cerraba la puerta de la casa.

Me levanté del sillón como si estuviera haciendo algo prohibido, solté el libro sobre la mesa que se encontraba en el medio de la sala de la biblioteca y traté de regresar corriendo a mi habitación, pero pensé que mi regreso debía ser más sutil si quería pasar

desapercibido. La verdad no sé por qué razón iba así, pero supongo que han de ser la lujuria y esos versos de Dante juntos.

Logré llegar a mi cama sin cruzarme con nadie y me acosté sin dejar pruebas de que había estado paseando por toda la casa... excepto el libro sobre la mesa. ¡Joder! Oí como unas llaves, a lo lejos, golpeaban una madera y luego escuché un suspiro femenino. No era Vicente; era Marta.

Una curiosidad aún más grande y muchísimo más fuerte que aquel instinto que me hizo alzarme para explorar la casa, se apoderaba de mí ahora con el deseo de ver a la hija de mi mejor amigo en la mansión. Era una obra de arte que caminaba a gusto por los trazos de otra obra de arte, que era su hogar por naturaleza. No debía levantarme para eso.... Es la hija de mi mejor amigo.

MARTA II

El dedo en el vino

Me lancé sobre mi cama y suspiré. Ayer quizás soñé que el tío viejo me follaba, pero quien realmente acabó por follarme fue Marco Tulio Cicerón en el examen de Derecho Romano. ¡Qué jodida mierda! Jamás alcanza el tiempo para todas las cosas que necesita hacer uno.

Tomé mi teléfono y decidí llamar a Lucy, mi mejor amiga. Ella siempre ha sabido cómo aconsejarme cuando me siento mal.

—Aló —escucho en la voz aguda, pero reconfortante de Lucía.

—Lucy, soy yo, Marta.

—Hola, Marta, ¿cómo estás? ¿qué tienes ahora?

Esa pregunta me hizo pensar un poco las cosas. ¿Será que todas las veces que la he llamado han sido porque he estado teniendo algún problema? Mandé a tomar por el culo a esa inseguridad y simplemente le respondí.

—Pues, bien, Lucy... Lo único es que acabo de salir de un examen y creo que salí muy mal.

—Ah, pero no será ni la primera ni la última vez, Marta. No te vuelvas loca por eso.

—Joder, gracias, Lucy —le dije.

—¿Qué quieres que te diga? ¿Que te mienta diciéndote que vas a salir muy bien siempre? No eres perfecta, Marta —me decía de una manera que, curiosamente, a pesar de no ser un halago, no sonaba como un insulto—, y no siempre dependerán de ti tus calificaciones. No le prestes tanta importancia a esos números. Lo importante es que aprendas.

—Y que pase, joder.

—Bueno, sí, que pases también es bastante importante.

Hubo un silencio entre las dos hasta que lo rompí con una frase sobre una de las cosas que realmente sentía en ese momento. Algo que necesitaba decir.

—Te extraño, Lucy.

—Y yo a ti, Marta —me dijo

—Deberíamos vernos pronto —casi le supliqué.

—Sabes que no es tan fácil, Marta. Estoy muy ocupada y bueno... sabes que Kuala Lumpur no está a dos manzanas de Madrid.

—Lo sé... Es que...

—Sí, yo sé, Marta. Es duro.

—No, no solo eso... Es que hay algo que te tengo que contar.

Por un par de segundos medité si verdaderamente debía contarle eso a Lucy. Es mi mejor amiga, pero creo que esto era algo que preferiblemente debería permanecer en el secreto... aunque...

—¿Qué me tienes que contar, Marta?

—Ehmmm... Bueno...

—¿Qué hiciste, Marta? —me preguntó con un tono mucho más fuerte.

—Nada, Lucy... Es que... Una amiga...

—Es decir, tú.

—No, no... En serio. Una amiga.

—Ajá.

—Tengo una amiga que se acaba de dar cuenta de que se pone cachonda con los hombres mayores.

—¿Qué?

—Eso que te dije. Una amiga que se acaba de dar cuenta de que se pone cach-

—Sí, yo te escuché, ¿pero quién coño te pone cachonda?

—¡Que no es a mí, Lucy!

—Ten cuidado con lo que hagas, Marta. No se te ocurra follar con un tío mayor. Se va a querer aprovechar de ti.

—No si yo me aprovecho más.

—¿Qué?

—Que no soy yo, joder. Es una amiga.

—¿Y cómo se llama tu amiga?

—¡Se dice el pecado, pero no el pecador, Lucy! —dije y reí nerviosamente.

—Qué mala mentirosa eres, Marta.

—Cállate, Lucy. No sé ni por qué te conté.

—¿Quién es el viejo?

—¡No es un viejo!

—Ah, disculpa... ¿Quién es el tío mayor? —me preguntó con un tono burlón.

—La polla de Melchor. Anda a tomar por el culo, Lucy.

—¡Opa! Cuida tu lenguaje, Marta. Si no querías que te juzgara, no sé por qué me has contado.

—Ni yo.

—¡Pero no vayas a follar con él!

—No va a pasar eso, Lucy. Solo te estaba contando para que me ayudaras.

—Bueno, si quieres que desaparezca la idea, trata de no verlo, no cruces caminos con él... ¿de dónde es el tío?

—De Barcelona.

—Ah, pero está fácil que no lo veas.

—Sí, es verdad...

—Venga que si es Jordi Rebellón no te culpo.

—Jajaja, ¿cómo lo has sabido?

—Soy tu mejor amiga, Marta —me dijo riéndose—. Ya sé que no te lo vas a follar.

—¿Cómo sabes que no lo haré?

—Si lo haces, me cortaré todo el cabello.

—Jajaja, prepárate.

—Jajaja, joder... Bueno, te dejo Marta. Me cuentas si te follas al doctor Vilches.

—Ya verás, ya verás. Hablamos luego, Lucy.

—Hablamos, Marta.

Colgué la llamada y me reí un poco. Me quité la blusa y el sujetador y sentí cómo mis pezones estaban excitados, quizás por la idea de follar con Arturo. Pensé que quizás revivir el sueño que tuve la noche anterior podría ser una idea interesante ahora que realmente no tenía nada que hacer.

Vi a la puerta de mi habitación que estaba entreabierta y decidí dejarla así, por si ocurría aquello que no quería que ocurriera, pero que muy en el fondo deseaba con mucha fuerza.

Me quité mis vaqueros y quedé solo con mis bragas puestas. Abrí mi ordenador portátil y busqué un poco de porno en internet para estimular mi imaginación.

Por una cierta paranoia, coloqué algo para tapar la cámara del ordenador; jamás se sabe quién puede estar espiando por una cámara... He escuchado tantas historias extrañas de hackers que prefería evitar cualquier cosa. No me atraía tanto la idea de saber que unos tíos después se frotarían sus pollas viendo mi vídeo publicado en un sitio como el que yo estaba abriendo en ese momento.

Comencé a tocarme tan pronto encontré lo que quería ver... y bueno, quizás un poco antes también... Froté mi clítoris y metí dos de mis dedos en mi coño.

Sentí esa sensación particular, tan placentera en la que las manos se sienten como hundidas en gelatina... como cuando se mete el dedo en el vino y luego se chupa para saborearlo, aunque no tenga clase para nada. Creo que esta es la clase de momentos en los que no me importaría ni un poco la elegancia.

Gemía con fuerza mientras trataba de llegar lo más lejos posible con mis dedos.... por un reflejo, quizás provocado por la misma fantasía, dije “Arturo” en voz alta y dirigí mi mirada hacia la puerta. No había nadie allí, pero pensar que había una posibilidad de que se asomara y me viera así, me ponía aún más caliente.

Seguí viendo el porno y gimiendo cada vez con más fuerza, buscando llegar al clímax, aquel que alcancé en mi sueño. Sentí cómo mis piernas se llenaban de los jugos de mi coño, cómo mi placer se derretía y bajaba por mis muslos, mojaba la cama y manchaba mis sábanas.

Repetí “Arturo” y miré hacia la puerta. Escuché un golpe en la madera y creí ver una sombra retirándose del pasillo, pero mi orgasmo y el chorro que surgió de mi vagina no me permitió saber si era cierto aquello que pensaba que había ocurrido.

Gemí con mucha fuerza tratando de reprimirme de gritar y volví pronto a la puerta... No había rastro de nada, pero estoy segura de que él estaba allí espiándome. Estoy segura de que me vio.

VICENTE IV

Urgencia

Ya había pasado una semana desde que mi viejo amigo Arturo decidió venir de visita a mi mansión en Madrid. Era genial tenerlo en casa, pero el hecho de haber estado trabajando todos los días hacía que no compartiera casi con él.

Por ese motivo, decidí que me tomaría libre ese lunes. Debíamos salir a algún lugar, ya que Arturo solo había estado en la casa todos esos días.

—De verdad no hace falta, Vicente. Ya tu casa es bastante grande como para ir más lejos.

—Venga, Arturo, que no eres un viejo con agorafobia. Hay un montón de cosas que ver aquí en Madrid. Además, te vas a poner gordo si no sales por lo menos a hacer ejercicio... aunque ni te comiste las tostadas francesas que te preparé la semana pasada.

—¿Gordo?

—Claro, joder. Tú que eres militar lo deberías saber más que nadie.

—Pero es que también estudié Artes.

—¿Y qué tiene que ver una cosa con la otra?

—Bueno, hay quienes dicen que ser militar es un arte.

—¿Qué coño dices, Arturo?

—¿A hacer ejercicio?

—Sí, a andar en bicicleta un poco, ¿por qué no?

—Bueno, veré si lo hago esta semana.

—Claro. Además, así no tienes que soportar todo el día a Marta.

Arturo rió.

—¿Qué tal Marta? ¿Cómo se ha comportado?

Hubo un momento de silencio. Parecía que Arturo estaba distraído mientras le hablaba. Su mirada se había perdido en algún sitio de la vía, mientras yo conducía, y su ausencia de palabras me generó un poco de suspicacia.

—¿Arturo?

—¿Qué?

—Te he preguntado que ¿cómo se ha portado Marta?

—Ah, pues, muy bien. No hemos tenido ningún roce.

—Me alegra.

—Sí, tu hija es muy simpática.

—Ah, pero eso es porque no eres su padre.

—Seguro estás exagerando.

Reí y callamos ambos por un rato. Debo admitir que los silencios eran incómodos. Había algo que inquietaba a Arturo y no me quería contar. Me preocupé por un momento y decidí que lo más inteligente era preguntarle si le ocurría algo.

—Arturo.

—¿Sí?

—¿Está todo bien?

—Sí, Vicente. No te preocupes. Solo estoy un poco cansado.

—¿Cansado de qué? ¿De pasear por mi casa?

—¿De dormir?

Arturo rió y estuvimos bromeando el resto del viaje. Paseamos por las plazas de Madrid, lo llevé al Museo del Prado, porque sabía que le encantaría visitarlo, y así fue. Quedó maravillado con cada una de las obras que allí estaban y por el museo mismo que consideró una pieza maestra por sí solo.

Arturo tenía realmente un don para describir las cosas que le generaban un enorme gusto.

Cuando me describió mi mansión, sentí que vivía en el mejor sitio en que un hombre como yo podría vivir; como si cada uno de los pasillos y habitaciones hubiesen sido construidos con la expresa intención de que yo los habitara, y los llenara con mi alma, como dijo él.

También le expliqué que muchos de los muebles de la casa, así como los cuadros y las esculturas habían sido hechos por mí.

Todas las mesas que están junto a las camas, incluyendo las de la habitación de Marta los construí yo con mis propias manos y con muchísimo amor. Eso conmovió a Arturo y me felicitó porque consideró que era un verdadero artista.

Luego de pasear, por lo menos, seis horas por todo Madrid regresamos a mi casa y vimos cómo el sol se ocultaba detrás de la casa. Arturo describió el momento solo con una frase que me parece que resume bastante bien la sensación:

—Es como si la casa se hubiera tragado al sol y, en el proceso, encendiera las luces de cada uno de los candelabros internos con el fuego que le es propio... tanto al sol, como a la casa.

Entramos y, efectivamente, las luces de la casa estaban encendidas alumbrando con fuerza la entrada y haciendo que brillaran cada uno de los escalones que daban al piso superior, así como el pasillo de los cuadros que da hacia la sala.

—¡Marta, llegamos! —grité.

Marta no me respondió, y hasta el momento, parecía no haber bajado de su habitación, así que subí a ver si le ocurría algo. Al llegar a la puerta, vi que la tenía cerrada con llave, así que toqué dos veces.

—¿Marta?

—¿Papá? —me respondió desde adentro.

—¿Ocurre algo, hija?

—Nada, ¿por qué?

—Es que tengo la impresión de que llevas todo el día allí encerrada.

—Claro que no.

—¿Entonces por qué estás encerrada ahora?

—Porque quiero estar encerrada. Es mi habitación, joder.

—Bueno, hija... pero en un momento vamos a cenar, así que te llamaré para que bajes. ¿Por lo menos podrías acompañarnos en la cena?

—Seguro, papá. Me avisas.

—Vale.

A veces no entiendo ni un poquito a las mujeres. Ni porque Marta sea mi hija y tenga sus 21 años conociéndola. Más bien siento que mientras más la conozco, más rara me parece.

Bajé a cocinar la cena y noté que en mi teléfono tenía dos llamadas perdidas del número de uno de los gerentes en Galicia de mi empresa, así que decidí que era buena idea saber qué quería. Normalmente no me llama, así que probablemente era algo malo. Sinceramente no me daba buena espina.

—¡Aló, Blas!

—¡Jefe!

—¿Qué ha pasado?

—Jefe, es muy importante en serio.

—¿Qué ha pasado, Blas, joder?

—¿Recuerda que tendríamos una reunión este miércoles con los de la aseguradora aquí en La Coruña?

—Sí, lo recuerdo, Blas, ¿qué hicieron?

—No hemos hecho nada, jefe... Ocurre que la gente de la aseguradora ha dicho que no se va a reunir con nosotros si no está el jefe de la empresa.

—¿Eso quiere decir que tengo que agarrar el primer vuelo de mañana a La Coruña?

—Pues...

—¿Quiere decir eso, Blas?

—Sí, jefe. Eso es exactamente lo que le iba a decir que necesitábamos. Tenemos información de los vuelos y ya tenemos reservado un boleto del avión que saldrá a las ocho menos cuarto de la mañana, esperando a su confirmación.

—Bueno, pues, ¿qué le vamos a hacer? Confirmo. Estaré allá mañana.

—Discúlpeme, jefe.

—No te preocupes, Blas. Es algo necesario —le dije—. Y, después de todo, esto no es tu culpa.

—Es usted muy amable. Que tenga buena noche, jefe.

—Y tú también, Blas.

Qué hijos de puta. Qué capacidad de arruinar la visita de Arturo.

—¡Arturo! ¡Marta!

Ambos llegaron muy rápido a la cocina con rostros un poco extrañados.

—¿Vicente? ¿Tan pronto la cena?

—¿Qué pasó, papá? —preguntó Marta.

Tomé aire y con todo el dolor de mi alma tuve que decirles lo que les tenía que decir, para que supieran lo que ocurriría.

—No, no está la cena. Acabo de recibir una llamada muy importante de uno de mis gerentes en Galicia solicitándome que viaje mañana temprano a La Coruña, así que os dejaré solos un par de días, mientras resuelvo los asuntos urgentes.

—¿Te vas? —preguntó Arturo con mucho nerviosismo.

—Sí, amigo. Lo siento mucho. Nos veremos de nuevo el fin de semana, antes de que te vayas de vuelta a Barcelona.

—¿Y Marta? —me preguntó.

—Pues, Marta es una mujer grande y tiene su permiso de conducción, así que no tendrá mayores inconvenientes, ¿verdad, hija?

—Ningún inconveniente. La casa estará más cómoda sin ti —me dijo ella.

—Claro, hija. Estoy seguro de que tú y Arturo la pasarán muy bien.

—Ni lo dudes —me respondió Marta.

—No le quites el ojo de encima, Arturo.

Arturo rió.

—Les prepararé unos sándwiches y me iré a dormir. Debo descansar porque sino,

perderé el vuelo.

Efectivamente les preparé los sándwiches con jamón y queso, cenamos juntos y tan pronto terminamos de comer. Cada quien fue a su respectiva habitación a hacer lo que mejor le pareciera. Yo a dormir, y pensar en el viaje que emprendería mañana. Cómo odio hacer las cosas con urgencia.

ARTURO III

Un pequeño paseo

Era temprano y ya Vicente se había ido. Sabía que mi amigo me había pedido que no le quitara los ojos de encima a su hija, pero la verdad era que si no apartaba mi mirada de ella, algo muchísimo peor ocurriría. Sería como si el guardián se transformara, precisamente, en aquello que amenaza.

Y no podía olvidar aquel momento en que me asomé a su puerta y la vi tan vulnerable, masturbándose en su cama... ¿Por qué me habré asomado en las mismísimas puertas del infierno? Temía que el hecho de que Vicente no estuviese en la casa me hiciera sucumbir a ese pecado que tanto pensaba evitar.

No sabía si Marta ya había salido de la casa o si estaba abajo preparándose el desayuno. Tenía hambre. Debía bajar a la cocina a prepararme algo, pero tenía miedo de encontrármela y que no me pudiera contener. Venga, Arturo, tampoco eres un chaval.

Dos veces tocaron a mi puerta. No podía ser. Se abrió sola y era Marta con una bandeja y el desayuno.

—Buenos días, señor Arturo. Le he traído el desayuno —me dijo.

Joder, no estaba soñando. La hija de mi amigo Vicente es un ángel.

—B-buenos días, Marta.

Marta me dejó la bandeja sobre mi pecho y apartó las cortinas de las ventanas dejando que la luz del sol se filtrara en sus cabellos e iluminara su piel blanca y sus lunares. Iba vestida con una blusa azul que dejaba sus hombros al descubierto y llevaba unos pantalones cortos bastante ceñidos que me permitían percatarme de las curvaturas de sus preciosas piernas.

—Espero que le guste, señor Arturo —me dijo.

—Me encanta —le respondí.

—Pero si no ha probado nada —comentó riéndose con algo de picardía.

—Es que se ve muy bien.

—¿Le gusta?

—Sí.

—Coma un poco.

Joder, ¿me estaba imaginando todo? Esta chica estaba tratando de seducirme, no estaba loco. Tomé los cubiertos y piqué un poco los huevos fritos que ella había preparado y servido con tocino. Un desayuno americano. Supuse que eso se debía a que Marta estaba siendo muy constantemente influenciada por la cultura estadounidense, como muchos de

los chicos de su edad.

Lo importante era que me había traído el desayuno y que estaba muy buena... la comida... y bueno, ella también, pero lo que quería decir era que... joder, qué nervioso estaba. Me sentía como si estuviera a punto de tener sexo por primera vez en mi vida.

En ese momento, Marta se me acercó y se sentó a mi lado en la cama. Sentía como si estuviera observando como saboreaba cada bocado del desayuno. Como si estuviera viendo el espectáculo más importante del mundo.

—¿Tengo algo? —le pregunté.

—No, nada —me respondió como si estuviera evadiendo algo. Apartó su mirada de mí y rió.

—¿Segura? —reí también.

—Sí, sí, jaja.

Hubo un silencio cómodo entre los dos. En esos que la tensión parece estar ausente, en los que se dice tanto sin decir nada... y a mí se me ocurrió romperlo.

—¿Y tú no vas a desayunar?

—Ah, sí, no se preocupe, señor Arturo. Mi desayuno está abajo.

—¿Abajo?

—Sí, señor Arturo.

—¿Abajo dónde?

—Usted sabe —me dijo tocándome la pierna.

—¿Yo sé?

—Sí, en la cocina. Ya la ha visitado, ¿no?

—Claaaaro. He ido a todas las habitaciones de esta casa, y cada una tiene su encanto.

—¿A todas?

—Sí, Marta. A todas. Me parece maravilloso cómo la estética de la casa se ve tan bien implementada en cada uno de sus ambientes, como si integraran una gran obra de arte compuesta por muchas obras de arte. Es casi como un museo, de hecho, ayer que fui al Museo del Prado con tu padre, quedé con la idea de que ambas eran unas maravillas.

—¿Y usted fue a mi habitación también?

—No. ¿Cómo podría? Ese es un espacio totalmente privado. No podría entrar a la cámara de una joven como tú sin su permiso.

—¿Ni siquiera le ha echado un ojo? Aunque tenga su privacidad, seguro que habrá accedido a un poco de esa intimidad.

Tragué el último bocado del desayuno con fuerza porque sabía que Marta me había visto.

Los nervios habían regresado, pero con muchísima más fuerza... Es la hija de mi amigo, es la hija de mi amigo, joder.

—Si no, ¿cómo podría hablar de todo el arte de esta casa?

—Pues, sí he visto un poco, pero no he entrado.

—Pero tus ojos sí.

—Sí.

—¿Desde el primer día?

—Marta, ¿qué hora es?

—Son las ocho y media.

—¡Vaya! Es tardísimo.

—¿Tardísimo?

—Claro... Debo salir.

—¿Salir?

—Sí, salir.

—¿A dónde?

—A... a dar un paseo.

—¿Un paseo?

—Sí, en bicicleta. Tu padre me lo recomendó.

—¿Por qué?

—P-porque debo hacer ejercicio. No planeo quedarme todo el día aquí.

—Vale. Lo esperaré en la tarde, señor Arturo.

—Sí, sí, sí, seguro que sí, M-Marta. ¡Nos veremos!

Me puse la primera ropa deportiva que conseguí en mi valija y salí de prisa a buscar la bicicleta de Vicente para irme rodando por las calles de Madrid. No sabía qué me esperaba en ese pequeño paseo, pero debía huir de la casa de Vicente antes de que cometiera alguna estupidez y ahora sé que Marta me quiere tentar a cometerla.

¿Qué le pasa a esa chavala? Sabía que ese sueño que había tenido el primer día tenía algo que ver con mi deseo por la esposa de Vicente, pero no me imaginé que su hija se parecería tanto a ese cuadro... y mucho menos que la encontraría en ese momento tan... ¿Cómo decirlo? ¿Particular?

Me ajusté el casco y todo el equipo para estar seguro. Cuando uno pasa cierta edad, es mejor no seguir haciéndose el héroe y saber que cualquier cosa puede ocurrir cuando uno hace actividades físicas, seguro que por eso era que Vicente tenía todas esas cosas allí en su

cochera.

Salí de la casa sin saber mucho hacia dónde me dirigía, pero debía perderme por un buen tiempo para que Marta se olvidara de esas ideas sexuales que estaban en su mente.

Sé que esas cosas que me dijo mientras desayunaba, tenían que ver con ese momento del lunes y yo no podía dejar de pensar en ella. Tenía la imagen de Marta dándome vueltas en la cabeza... y en algunos otros sitios también, pero, joder... no, no, no. Es la hija de mi amigo, es la hija de mi amigo.

Andando por la vía principal, me conseguí con una señora que iba también montada sobre una bicicleta. Su cabello amarillo sobresalía de su casco y bajaba hasta la mitad de su espalda. Me ubiqué a su lado mientras esperábamos al paso en el semáforo y vi su rostro. Por un momento creí reconocerla y tuve el atrevimiento de dirigirle la palabra.

—¿Carmen? —además dije el nombre que creí que era suyo.

La mujer se volteó a verme y supongo que habrá puesto la misma expresión que yo puse cuando la vi en un principio.

—¿Arturo?

Sí me reconoció. ¡Era Carmen!

—Joder, Carmen. ¿Cuántos años han pasado? —le dije intentando abrazarla, pero luego notando lo incómodo que era realizar un abrazo de bicicleta a bicicleta decidí abandonar mis intenciones.

—Han sido más de quince. ¡Estás igual!

—¡Y tú estás mejor aún!

—Jajaja, no inventes, Arturo —me dijo.

Carmen y yo fuimos novios durante un tiempo. Ella estaba muy comprometida con el franquismo y por eso nos conocimos.

A ella le encantaba la idea de tener sexo con un ex militar franquista y a mí me encantaba que le encantara eso, porque la verdad es que me la habría follado fuese franquista o no... Pero un día conoció a unos tíos envidiosos que la lograron convencer de lo terrible que había sido todo el franquismo, y decidió que no era buena idea seguir conmigo que había sido “cómplice” de toda esa masacre. Ridiculeces.

—¿Sigues con la tontería del franquismo? —me preguntó.

—No hablemos de eso, Carmen. Tú no sabes valorar el sacrificio que hicimos por ti y nuestra España, y no pienso gastar saliva en ello.

—Está bien —me dijo casi burlándose de mí.

—¿Qué cosas significativas han pasado en tu vida? —le pregunté para no cortar en seco nuestra conversación.

—Bueno, he estado muy bien. Me casé.

En ese momento alzó su mano del manubrio para mostrarme un anillo en su dedo anular, como se acostumbra cuando se ha consumado el acto del matrimonio, y no hablo de la luna de miel. Todos sabemos que esa otra consumación normalmente se ve reflejada en otro indicador que es incluso más obvio: el tamaño de la barriga.

—Y no te imaginas lo bien que me va. Soy la jefa en una empresa de alquiler de coches. ¿Tú vives aquí en Madrid? ¿Por qué no nos hemos visto en todo este tiempo?

—No, Carmen. Vivo en Barcelona. No nos hemos visto porque yo no había venido para aquí.

—Ay, seguro estabas huyendo de mí porque te avergüenza tu pasado. Algún día dejarás todo eso atrás.

—¿Por qué me avergonzaría? ¿De qué coño hablas?

—Venga, no me intentes mentir, Arturo. Yo sé que te encantaba follarme y tienes una cara de que necesitas un toquecillo de cariño.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Pues, que te conozco bastante bien. No olvido tus expresiones.

—Jódete. ¿Te estás ofreciendo?

En ese momento nos interrumpió la bocina de un coche que estaba atrás de nosotros. Había que continuar movimiento. Avanzamos un poco más y seguí a Carmen a un parque, en el que dimos varias vueltas, hasta que finalmente nos detuvimos cerca de unos árboles al fondo del parque.

—Cómo perseveras, Arturo.

—No me has respondido la pregunta, Carmen.

Carmen se bajó de su bicicleta y me tocó la pierna. Muy similar a como lo había hecho Marta más temprano.

—¿Tú qué piensas, Arturo?

—Que me parece totalmente indignante que una mujer casada como tú esté buscando que un franquista como yo se la folle.

—Ay, por favor, Arturo.

—¿Me suplicas?

—No, me parece ridículo lo que estás diciendo.

—¿Ah, sí? ¿Entonces qué pretendes con esto? —le dije señalando a su mano que ahora acariciaba mi pierna.

—Nada —me dijo apartando su mano de inmediato.

—¿Acaso tu marido no te satisface?

—Anda a tomar por el culo, Arturo. Seguro andas con el idiota de Vicente. Aprovecha y le pides que te folle.

—Joder, qué idiota eres, Carmen. Menos mal que no te follé ahora.

—Ni siquiera te iba a dejar follarme.

—Vale, Carmen. Pues no me queda más que desearte mucho éxito con tu empresa de alquiler de automóviles. ¡Ah! Y recuerda que tu coño no es un coche —le dije y me fui.

De lejos pude escuchar como me gritaba muchísimos insultos, pero no le presté más atención. Era una vieja estúpida. Vi mi reloj y noté que ya había estado paseando por un tiempo considerable. Era probable que ya Marta no estuviera buscando follarme... aunque quizás yo sí... Decidí ir a almorzar y dejar a que se hiciera más tarde.

MARTA III

Cuatro brindis

Tenía la impresión de que Arturo estaba huyendo de mí. ¿Será que no le gusto? ¿Será que Arturo es gay? ¿y...? Joder, ¿será que es el amante de mi papá? No, coño.

Eso no puede ser. Estoy absolutamente segura de que Arturo se asomó en mi habitación mientras me masturbaba y no se alejó de la puerta hasta que mis ojos se fueron hacia allá porque estaba disfrutando lo que veía.

Además, es un tío mayor y yo soy una niña en comparación... ¿En qué otro momento podría tener una oportunidad como esta?

Decidí preparar el comedor para su llegada con dos copas y una botella de vino francés. Además, me puse un vestido rojo precioso y con un escote tentador, como si mi intención fuese salir a una noche de gala y causar una sensación increíble. Jamás me había puesto este vestido y lo tenía guardado por si algún día se me ocurría hacer algo así.

A pesar de que mis tetas no son ni siquiera grandes, me han dicho los tíos con los que he estado, y mis amigas que las han visto, que son muy lindas y que eran la prueba de que no era el tamaño lo más importante, sino la sutileza de sus formas.

Así me dijo un tío una vez, y por supuesto, me entregué por completo, aunque no me caracterice por dejarme caer en esos encantos, y mucho menos con insinuaciones sexuales directas.

Me puse unas medias con encajes que combinaban con mi ropa interior, también de encajes; completamente negras para que resaltaran más con mi pálido color de piel e hicieran un sensual contraste con el potente rojo del vestido.

También con el vino preparé un asado para que pareciera que solo era una cena. De hecho, tenía un plan muy astuto para conseguir lo que estaba buscando sin parecer una golfa. Mi plan era...

“¡Clac!”, sonó la puerta de la casa. Era él que ya había llegado de su paseo en bicicleta, y supuse yo que estaba bastante sudado y hambriento, por lo que quizás decidiría tomar una ducha antes de venir a comer... o al menos demostrar que tenía ganas de comer un poco.

Había condimentado la carne de tal manera que su esencia se le haría irresistible. Y no hablaba solo de la cena. Mi perfume también era divino. Tan majestuoso que incluso a mí me ponía cachonda... aunque quizás era porque ya yo estaba bastante cachonda.

Escuché sus pasos y corrí hacia el pasillo de los cuadros, pero al llegar al final tan solo asomé mi cabeza sin dejarle ver mi vestido. Estaba allí subiendo las escaleras y cuando notó mi presencia me saludó. Se veía cansado y nervioso.

—Hola, Marta.

—Hola, señor Arturo.

—Voy a tomar una ducha —me dijo y alzó su mirada como si hubiera notado algo extraño o especial en el ambiente —Eso que huele... ¿es la cena?

—Sí, señor Arturo, preparé un poco de comida.

—Pero huele muy bien... y debajo de ese olor divino... ¿ese es tu perfume? ¿A dónde te diriges, lindura?

¡Me dijo “lindura”! Y eso que no ha visto como voy vestida.

—A ningún lado. Estoy aquí esperando a que venga mi cita.

—Ah, ¿tu cita?

—Sí, mi cita —le dije sonriendo.

—Qué encantador que lo invites para aquí. Seguramente no hay mejor sitio en la ciudad y con esa cena que preparaste, no dudo que todo salga bien.

—Gracias.

—Si algo sale mal es porque el tío es un patán o un imbécil. Mucho cuidado.

—No creo que sea ninguna de las dos cosas, señor Arturo.

—Ah, vale. Me alegro muchísimo entonces —me dijo sonriendo.

Le sonreí de vuelta.

—Subiré a tomar la ducha. Nos vemos en unos minutos para la cena —me dijo.

—Seguro, señor Arturo. Que disfrute la ducha.

Tan pronto se desapareció de mi vista corrí al comedor a prepararlo todo. Debía ser perfecto todo. Cubrí con un mantel precioso el mesón del comedor y coloqué unas velas para que todo se viera aún más tentador, pero nada de velas aromáticas.

Aquí solo debían estar las esencias de mi perfume y la del asado. Para acompañar al asado, horneé unas patatas que condimenté con orégano y sal.

Y de postre... o al menos de primer postre, jeje... unas tartaletas de fresa que había aprendido a preparar con un tutorial en YouTube. De verdad uno puede aprender prácticamente cualquier cosa con tutoriales de YouTube; se sorprenderían de toda la porquería que enseñan a hacer allí, si es que no lo han visto ya, claro está.

Me asomé por un segundo a la ventana y vi cómo el sol bajaba lentamente. Ya anochecería. Era momento de encender las velas para que el comedor se iluminara adecuadamente.

Alcé mi mirada hacia el reloj y vi que tan solo habían pasado dos minutos desde que había saludado a Arturo en su llegada. Mi corazón latía con fuerza, totalmente consciente de la locura que estaba a punto de cometer. Tenía miedo, pero un miedo delicioso; uno que

podía disfrutar y que me hacía dominar el triunfo inminente.

Pensé en colocar los platos en la mesa, pero se enfriarían, y no coincidirían con nada de lo que tenía planeado. Solo había dos sillas ubicadas en la mesa porque había quitado el resto para eliminar cualquier posibilidad de que se sentara en otro sitio que no fuese a mi lado... porque al frente era demasiado lejos.

Estos mesones de millonarios... No sé por qué tenemos una mesa tan grande si solo vivimos dos personas en esta casa, pero bueno, también tengo mis lujos innecesarios y exagerados. No tenía cómo argumentar sensatamente, o al menos con coherencia.

Me vi al espejo un momento y creo que jamás me había visto tan hermosa. ¿Por qué tanta exageración para este momento en particular si lo que quería era follar? No era como si me estuviera enamorada de un señor mayor.

Tan solo era mi apetito sexual manifestándose con agresividad, pero no sabía que mis instintos más bajos tuvieran también tanta elegancia y belleza incorporadas.

Pensé en el cortejo animal y vino a mi mente el pavo real; eso era yo en ese momento. Un pavo real macho contoneándose para seducir, solo que curiosamente este era el caso contrario... como parece ser bastante en el caso humano. ¿Por qué pienso tanto las cosas?

Noté que el vino no estaba en el centro de la mesa y eso me preocupó un poco. Definitivamente estaba alterada, porque normalmente esa clase de cosas no me consternaban.

No poseo ninguna clase de trastorno obsesivo compulsivo y ese pequeño espasmo provocado por una irregularidad tan irrelevante como esa solo se debía a los nervios que se habían apoderado de mí.

Vi mi brazo y noté como cada uno de mis poros estaba alzado y sentí el frío subiendo por mis pies hasta mis mejillas. Algo no andaba bien. ¿Era arrepentimiento lo que sentía? No, no podía ser. Jamás me arrepentiría de algo que hiciera con tanta dedicación. Era otra cosa... Era...

—Joder...

—Señor Arturo —me volteé y dije auténticamente sorprendida.

—Estás... jodidamente hermosa, Marta.

—Gracias, señor Arturo.

Sabía que en ese momento estaba sonrojada por completo. Me conozco y sé que, siendo tan blanca como soy, por no decir pálida, el rubor se me sale de las manos, como si me convirtiera en un pimiento morrón.

—¿Y tu cita?

Era el momento de aplicar mi plan.

—Me acaba de llamar, señor Arturo. Es terrible.

—¿Por qué es terrible, lindura? ¿Qué ocurrió?

—Me dijo que no me quería ver, que me jodiera, que era una gilipollas.

—¿Te dijo esa mierda? ¿Dónde guarda las armas tu padre?

—¡No! No haga eso, señor Arturo. La violencia no resuelve nada.

—¿Cómo no? ¿No sabes cómo mantuvimos a raya a la ETA?

—Señor Arturo, no me venga a hablar de Franco, que ese es otro hijo de puta.

—¿De verdad piensas eso?

—Claro, señor Arturo. Él le hizo mucho daño a un montón de españoles y fue el autor intelectual de muchísimas muertes durante su extensa dictadura.

—Ay, mi linda Marta. ¿De verdad?

—Sí, señor Arturo. No entiendo cómo un hombre como usted lo apoya.

—¿Un hombre como yo?

—Sí, tan fuerte, inteligente y bien parecido.

—¿Y-yo? ¿B-b-bien parecido?

—Sí, señor Arturo. Usted es muy guapo.

—G-gracias, Marta. Pero yo no apoyo tanto a Franco como dices... Ya he dejado atrás eso.

—¿En serio?

—Totalmente, lindura.

—No me lo está diciendo para hacerme sentir mejor, ¿verdad?

—No, no, claro que no... ¿cómo me crees capaz de engañarte?

—No lo sé.

—¿Con qué intención yo te engañaría a ti?

—No lo sé... Podría querer aprovecharse de una joven inocente como yo.

Arturo me miró asustado y se llevó una mano a la cabeza. Creo que de verdad lo estoy asustando. No es buena idea proceder por allí.

—Era una broma, señor Arturo, jaja —le dije para calmarlo.

—Jajajaja, claro, Marta. Me asustaste por un segundo —me dijo riendo nerviosamente.

—Pero mi cita me abandonó y ahora no sé qué hacer. Lo había preparado todo.

Arturo vio a la mesa con las velas encendidas y la botella de vino con las dos copas y regresó su mirada hacia mí sonriéndome.

—Habías hecho un muy bello trabajo. Qué gilipollas este tío que te ha dejado aquí sola.

—No diga eso, señor Arturo. No estoy sola. Está usted aquí conmigo.

—Tienes razón, Marta... pero joder, mírate. Estás muy linda. Ese idiota no sabe lo que se está perdiendo.

—Y usted es el único que me verá esta noche así, señor Arturo.

A Arturo se le iluminaron los ojos con eso que le dije. Vi cómo se le ocurría por completo lo que llevaba rato insinuándole.

Qué difícil es decirle a los hombres lo que tienen que decir. Admito que a veces somos muy enigmáticas y nos comunicamos con acertijos complejos las mujeres, pero joder... ¿qué parte de siéntate y acompáñame no se entendía?

—¿Podría acompañarte a cenar yo, linda Marta?

—¿No será una molestia para usted, señor Arturo? Qué pena que yo esté así vestida con usted en la mesa. Debería cambiarme.

—¡No! —casi me gritó.

Me frené de golpe y me senté en la mesa de nuevo un poco asustada por la voz de mando utilizada por Arturo.

—Quiero decir... No hace falta, lindura. Deja que yo me cambie y me pongo más a tu altura.

—¿Haría eso, señor Arturo?

—Por supuesto, lindura.

—Qué amable es usted. ¿Será mi cita esta noche?

—¿T-t-tu cita?

—Claro, señor Arturo. Necesito tener una cita. Si no, me pondré muy triste.

—Seré tu cita, Marta, por supuesto.

Se me acercó y me acarició la mejilla donde corría una lágrima que no sé cómo logré sacar de mis ojos. No sabía que fuese tan buena actriz. A veces me sorprende yo misma de mis talentos escondidos.

—Ya regreso —me dijo besándome la frente.

Arturo se retiró de la sala y fue a cambiarse. En ese momento busqué la comida y la serví en los platos que ubiqué en los asientos para que el aroma del asado se apoderara de él. Moría de la emoción, y creo que estaba tan cachonda que ya estaba mojada solo pensando en que mi plan estaba funcionando por completo.

Regresó a los pocos minutos Arturo vestido con un traje negro y una corbata roja. Su cabello estaba perfectamente peinado. Posó sus ojos sobre mi escote, lo sé. Se me acercó y

besó mi mano. Acto seguido, me sonrojé mucho más que antes.

—Señorita Marta, ¿me concede el placer de sentarme con usted a disfrutar de esta cena tan maravillosa que ha preparado para nosotros en esta velada?

—¡Señor Arturoooo! —exclamé altamente excitada.

Era precisamente la clase de juego de rol que estaba proponiéndole desde un principio. Sin haberle dicho nada, Arturo se transformó exactamente en lo que deseaba: el señor Arturo.

—Por favor, permítame tener el placer de escuchar el “sí” que tanto anhelo, saliendo de sus dulces labios, señorita Marta.

—Sí, señor Arturo.

“Mil veces sí”. Era una ridiculez, pero cómo me tenía atrapada en sus palabras este tío.

Arturo tomó la botella de vino que estaba en la mesa y la colocó entre nuestros asientos y colocó las copas junto a nuestros platos.

—¿Me permitiría servirle un poco de este Pinot Noir en su copa, señorita Marta?

—Por supuesto, pero le pido por favor que no me diga así. Dígame “lindura”. Me encanta cómo se escucha cuando me lo dice usted.

—Es que le sienta de maravilla, lindura.

Arturo tomó la botella y sirvió el vino en mi copa y luego se sirvió un poco en la suya. Luego se sentó en su silla y alzó la copa.

—¡Brindemos!

—Seguro, señor Arturo, ¿por qué brindaremos?

—Por ti y por tu futuro.

—¿Y el suyo, señor Arturo?

—Yo soy un anciano ya, lindura.

—No diga eso, señor Arturo. A usted le queda mucho futuro todavía. Estoy segura de eso.

—Eres muy dulce, lindura. Brindemos entonces. ¡Por ti y por nuestros futuros!

—Y por usted también, señor Arturo —dije brindando con las copas y luego bebiendo un poco.

Arturo tomó los cubiertos y comenzó a picar el asado. Yo no había comenzado a comer porque estaba muy distraída viendo lo que hacía él.

Tomó un pedazo de carne y un poco de la papa con su tenedor, y lo llevó a su boca. Vi cómo su expresión se cambió de un momento para otro. Su placer por el sabor se hacía notar en su rostro, hasta que me vio y notó que no había tocado mi comida.

—¿Qué pasa, lindura? ¿Por qué no has comenzado a comer?

—Ah, disculpe, señor Arturo. Me distraje un poco viendo cómo comía usted.

—¿Por algún motivo en particular? ¿Ha envenenado el asado?

—¡No! ¿Cómo me creería capaz de eso, señor Arturo? —le pregunté simulando indignación, sabiendo que se trataba de algún chiste de su parte.

—No, no... No lo decía en serio, lindura. Yo quería decir que...

—No se preocupe, señor Arturo —le dije sonriendo—. Yo sé que usted estaba bromeando.

—Me imagino que sí, pero comienza a comer, lindura. De verdad que el asado te ha quedado fenomenal.

—Muchísimas gracias, señor Arturo. Es usted muy amable.

—No, lo que soy es sincero. Y déjame decirte que no sé qué está más bueno.

Eso último que dijo me dejó impresionada. No esperaba que subiera de tono la conversación tan pronto.

—Si las papas o el asado.

Ah...

—Entonces le agradezco mucho su sinceridad, señor Arturo. Me hace pensar que usted es aún más amable.

Quizás si lo embriagaba un poco más no tendría miedo de ponerse más directo. Sé que estaba deseoso. De vez en cuando lo atrapaba mirando hacia mi escote, y ya sabía que mi comida lo tenía hipnotizado.

El único veneno que hace falta para apoderarse de un hombre es ese... una excelente comida bien condimentada. Terminamos de comer y le pregunté a Arturo si quería comer un poco más.

—¿Un poco más? ¿Se puede?

—Claro, señor Arturo. Claro que se puede. Y sirva un poco más de vino. Ya le traigo otro plato.

Tomé su plato y fui a la cocina a servirle un poco más de asado con papas horneadas. Suspiré un segundo y me vi en un espejo que estaba allí. Seguía tan hermosa como me había visto hace un rato. La victoria estaba próxima.

Volví al comedor y ya Arturo había servido el Pinot Noir en las copas. Sus ojos al verme se fijaron de nuevo en mi escote y yo sonreí, sabiendo que él no notaría mi sonrisa por estar viendo a donde quería que dirigiera su atención.

—Qué hermoso sonríes, lindura, y más aún cuando me traes otro plato de esta delicia que has preparado.

—Qué adulator, señor Arturo.

¿Será que sí había visto mi sonrisa? Le coloqué el plato en la mesa y me senté en mi silla. Alcé la copa una vez más y propuse un nuevo brindis.

—Brindemos de nuevo.

—¿Por qué brindaremos ahora, lindura?

—Brindemos por esta noche, porque es una noche maravillosa y aún es joven.

—Joven como tú. ¡Salud!

—¡Salud! —dije chocando la copa con él.

Bebí toda la copa en un solo sorbo y noté cómo Arturo se me quedó viendo impresionado por el acto irracional que había cometido.

—¡Joder! ¿Te gusta el vino, lindura?

—Me encanta. Cosecha 54.

—¿54? Yo nací en ese año.

—No me extraña, señor Arturo.

—¿No te extraña?

—Sabía que este vino no sería la única cosa buena del 54.

—¿Qué te ha hecho tan encantadora, lindura?

—Usted, señor Arturo. Me tiene encantada.

—¿En serio?

—Claro, señor Arturo. Usted tiene algo que no podría conseguir en los tíos de mi edad.

—¿Los años? —me dijo riendo.

—No exactamente. Yo hablo de la experiencia.

Arturo, que estaba bebiendo de su copa, se atragantó un poco.

—¿La experiencia? ¿Cuál experiencia exactamente?

—Usted sabe, señor Arturo.

Siguió comiendo del asado tratando de apresurarse y bebió un poco de vino vaciando la copa.

—Deje que sirvo la próxima copa yo —le dije.

—¿Otra? —me preguntó.

—Claro, señor Arturo. ¿Cómo no disfrutar de este excelente vino en esta bella velada?

Sentí cómo se sentía presionado a proseguir. Mis juegos de manipulación estaban

funcionando a la perfección. Serví de nuevo el vino en las copas y dejé caer un poco en el pantalón de Arturo... digamos que por accidente.

—¡Ay! Disculpe, señor Arturo. Espere un segundo que lo limpio yo misma.

—No, no.... Tranquila, lindura. Yo me encargo —me dijo en un tono nervioso.

Antes de que se encargara él, tomé un paño, me arrodillé junto a él y le limpié el pantalón. Era necesario que lo hiciera yo en ese momento para poder acariciar su pierna y hacerle una insinuación más directa.

Estuve ahí un momento y efectivamente logré remover el vino de allí. Al terminar, alcé mi mirada sin quitar mis manos de su pierna y lo vi a los ojos para ver qué hacía.

—Listo, señor Arturo —le dije sonriendo y levantándome del suelo.

—Gracias, lindura. Qué encantadora eres.

—Brindemos, señor Arturo.

—Vas a embriagarte, lindura.

—No importa, señor Arturo. Estoy en mi casa. No habrá problemas para conducir y regresar. Brindemos por el amor.

—¿Por el amor?

—Claro, señor Arturo, pero esta vez ¡tómese toda la copa!

Arturo ya había vaciado el plato y solo quedaba el vino entre nosotros. Ya no sabía si iba a poder traer la tartaleta de fresa... pero no dejaría que se perdiera. Sería muy triste no comerla. ¡Además era el primer postre!

—Está bien —me dijo riendo y dejándose llevar.

—¡Salud!

—¡Salud!

Ambos bebimos la copa completa y me levanté rápidamente de la mesa sin decir una sola palabra.

—¿Estás bien, lindura? ¿A dónde vas? —me preguntó.

—Ya regreso. No pasa nada malo.

Busqué la tartaleta de fresa y la llevé con mucho cuidado a la mesa con un cuchillo para picarla y dos platos pequeños para que pudiéramos servirnos.

—¿También hiciste una tartaleta de fresa y el gilipollas este no vino a cenar contigo?

—¿Qué le puedo decir, señor Arturo? No hablemos de eso, por favor.

—Me extraña que no tengas novio, lindura. Cualquier hombre desearía a una mujer tan maravillosa como tú. Eres preciosa, tienes un excelente gusto, eres millonaria, cocinas jodidamente bien... Si no tuviera la edad que tengo...

—¿Qué cosa, señor Arturo?

—Nada, lindura. Nada.

—¿Qué iba a decir? Dijo “si no tuviera la edad que tengo”... y se quedó callado.

—Nada, lindura.

—Me está mintiendo, señor Arturo, pero sé que dirá lo que tiene que decir cuando pruebe la tartaleta... o si no cuando beba la próxima copa de vino completa.

—No vamos a tomar más vino, lindura.

—Pero señor Arturo... ¿cómo espera que me sienta después de que ese tío me dejó abandonada aquí? Y luego apareció usted a alegrarme la noche con su buen humor, su simpatía y su belleza.

—Lindura...

—Bebamos, señor Arturo.

Le serví otro trago a Arturo y me serví a mí también para realizar el cuarto brindis. Vi en sus ojos un poco de preocupación al ver cómo llenaba las copas. No sé si por el bienestar de su pantalón, nuestra salud... o por mi victoria inminente.

—¿Por qué brindaremos ahora, lindura?

—Por el lunes de la semana pasada y por este momento nuestro.

Arturo se puso pálido y dejó su copa alzada, pero su expresión de miedo era auténticamente descifrable. Lo sabía. Sí me vio masturbándome.

—¡Salud! —dije sonriendo con picardía.

—¿Qué pasó el lunes de la semana pasada? —me preguntó y sabía que estaba intentando hacerse el idiota.

Bebí mi copa y me abalancé sobre la mesa para hacerle tragar el vino a Arturo apresuradamente. Luego me senté en sus piernas dejándole mis pechos en su rostro.

Bajé mi cabeza un poco para susurrarle al oído y le dije: “No se haga el santo, señor Arturo”. Tomé su cara y lo besé acaloradamente. Al principio se resistió, pero pronto se dejó llevar y hasta llevo sus manos a mi culo para apretar mis nalgas.

—Uhhmmm... Sabía que no había sido un error.

—Lindura...

—Shhhh —le dije y lo volví a besar —. ¿Por qué no se apodera de esta jovencita, señor Arturo? Estoy segura de que se muere por follarme.

Arturo me dio una nalgada y yo gemí. Era exactamente lo que quería. Sabía que Arturo en verdad quería dominarme, pero se lo traía bien escondido. Estoy segura de que esa es una fantasía común en muchísimos militares. El poder siempre está allí tentándolos,

llamándolos a actuar.

—Lindura, ¿y las tartaletas? —me preguntó

—¡Cierto! Deberíamos comerlas antes de...

—Pensé lo mismo.

Detuvimos nuestro frenesí y comimos tan rápido como pudimos las tartaletas de fresa. Luego llevé la tartaleta completa al refrigerador y dejé los platos en la cocina para lavarlos después.

—¿Por dónde íbamos? —le pregunté.

Arturo me tomó en sus brazos y me echó contra la mesa del comedor. Allí me besó el cuello y me susurró al oído todo lo que había estado pensando estos días.

—Me moría por follarte, lindura. Desde ese momento tan maravilloso en que te vi masturbándote en tu habitación.

—¿No escuchó lo que decía mientras me masturbaba, señor Arturo?

—No, solo escuchaba tus gemidos y también me estaba masturbando.

—¿Se estaba masturbando mientras me veía allí, señor Arturo? ¡Qué perverso!

—¿Y tú qué decías, lindura?

—Decía su nombre, señor Arturo.

Arturo me mordió el lóbulo de la oreja y gemí una vez más.

—¡Ah! Señor Arturo.... domíneme... Aduéñese de mi cuerpo. Soy toda suya esta noche... y las noches que vengan.

—Haré que te corras como nunca, lindura.

—Sí, señor Arturo... ¡Sí!

Me levantó para quitarme el vestido y vio mi ropa interior con encajes. Dejó al descubierto mis pechos pronto y yo me sonrojé. Se acercó a lamerme y chuparme los pezones. Los acarició y los pellizcó para escucharme gemir.

Yo dejaba que se apoderara de mi cuerpo; quería que él me hiciera todo lo que quisiera. Me excitaba saber que él me dominaba. El hombre que se está quedando en mi casa.

—Y el gilipollas que venía no existe, ¿verdad?

—No, señor Arturo... La cena era para usted.

—Qué lindura eres. Tenías todo un plan para que te follara. ¿Y me dices perverso a mí?

—Cállese, señor Arturo. Cállese y siga jugando con mis pezones... que me encanta —gemí de nuevo.

Tan pronto vi conveniente hacerlo me arrodillé y comencé a sobar el pantalón de Arturo

para sentir su polla a través de la tela. Estaba dura ya, así que le bajé el cierre sin quitarle el pantalón ni desabrocharle la correa.

Sabía que tenerlo tan apretado saliendo por su cierre haría que le excitara aún más. Ya lo había hecho con un tío y se corrió en un momento nada más. Bueno, eso sin contar mi talento.

La saqué por allí y me encontré con una polla muchísimo más grande de lo que imaginaba.

—Señor Arturo, es muy grande.

—Eso es lo que ocurre cuando no sabes en los problemas que te estás metiendo, lindura. Tienes que tener mucho cuidado porque... ahhh —decía hasta que lo interrumpí cuando me metí su polla en la boca.

Lamí toda la polla y traté de sacar del pantalón sus huevos también para poder realizar un, ¿cómo decirlo? Servicio completo.

Me costó un poco por el tamaño del cierre, pero tan pronto logré admirar la forma completa de su pene comencé a chupar sus huevos mientras frotaba la polla de arriba hacia abajo y lo escuchaba volverse loco. Seguramente no se imaginaba que una tía como yo sería tan dedicada en estos actos tan bajos.

Me encanta vivir lejos de las estimaciones de otros, del prejuicio... pero sobre todo me encantaba estar chupándole la polla a Arturo. Me preparé para lo más complicado, llevar todo el pene hasta el fondo de mi garganta.

Hasta donde podía llegar naturalmente, porque su abdomen no permitiría más. Por un momento no me creí capaz, pero lo tomé como un reto, y no hay nada que me llame más la atención que saber que puedo superar un reto.

Comencé a chupar, aumentando poco a poco la distancia y ya sentí como se agitaba su polla deseosa de llenarme de leche; de eyacular en mi garganta y estaba decidida a tragarla toda. Arturo me agarró la cabeza y me empujó hacia el fondo su polla, tosi un poco al sentirme atragantada y eyaculó.

Lo miré con sumisión y sacó su pene de mi boca. Respiré y tragué todo lo que me había dejado allí. Era mi premio por mi gran esfuerzo. Así me gustaba verlo.

—Ven aquí, lindura —me dijo tomándome en sus brazos de nuevo.

Me cargó buscando llevarme a su habitación, pero yo tenía un plan más entretenido y que sabía que le excitaría más.

—No, señor Arturo. Lléveme a mi habitación. Así podrá conocer todas las habitaciones de esta casa a fondo.

—Bien a fondo las quiero conocer, lindura.

Arturo abrió la puerta de mi habitación y me abalanzó contra mi cama. Me bajó las

bragas y se dirigió a hacer mi cosa favorita en el mundo. Comenzó a chuparme el coño con una destreza tan maravillosa que solo podía ser un talento de un hombre como él.

Era como si estuviera realizando alguna obra de arte con su lengua en mi vagina. Como si esculpiera la obra más maravillosa con sus labios en mis labios... qué divino.

—Señor Arturo, ahhh... Abra el cajón de la mesita que está allí y saque mi vibrador. Juegue conmigo, señor Arturo.

Él me hizo caso y abrió el cajón que le indiqué. En sus manos mi vibrador, que me había satisfecho en otras ocasiones, se veía amenazante, más poderoso... como si tuviera verdaderas intenciones de dominarme, a pesar de ser solo un consolador muy particular.

Lo acercó a mi coño y tan pronto lo sentí tocar mis labios, gemí y mis piernas comenzaron a arquearse. Las vibraciones hacían que cada fibra de mi piel sintiera el deleite que la fuerza de Arturo imprimía sobre mí.

Sentía como mi excitación ascendía rápidamente por la sensación de estar allí con él y por estar expuesta a tal nivel de placer sexual.

Arturo, en ese momento, cometió una locura; insertó el vibrador en mi coño haciéndome sentirlo bien adentro.

—¡No! ¡Señor Arturo! ¡Noooo! —grité, gemí y me corrí llenándolo de mis fluidos que parecieron alegrar bastante a Arturo.

Me sonrió y sacó el vibrador de mi vagina. Lamió todo lo que había quedado en mis piernas y mi abdomen y luego me besó.

—Así sabes, lindura —me dijo tan pronto terminó nuestro beso.

—Fólleme, señor Arturo.

—No, lindura. No te voy a corromper hasta ese punto.

—Por favor, señor Arturo. Se lo suplico. Yo soy toda suya.

—Duerme, lindura. Ya he hecho bastantes cosas de las que me arrepentiré mañana. No sé con qué cara veré a tu padre cuando vuelva.

Arturo salió de mi habitación y supe que no tenía caso suplicarle más. Sentí que había cometido un gran error por haberlo llevado hasta ese punto. Qué extraña sensación, después de tanto placer.

ARTURO IV

El cuadro y la realidad

Desperté con un poco de resaca y pensando en lo que había ocurrido anoche. No quería salir de mi habitación sabiendo que Marta estaría allá afuera ansiosa porque me la follara... Aunque bueno, quizás en la noche también lo habrá pensado bien. No era sensato lo que habíamos hecho y sentía una voz que me decía que Arturo se molestaría conmigo tan pronto se enterara.

Pero otra voz me decía que era absurdo pensar eso, porque no habría manera de que él se enterara a menos que Marta o yo le dijéramos lo que había sucedido; y eso sinceramente era bastante improbable.

Suspiré y miré al reloj despertador de la habitación. Decidí encender la radio y escuché a un locutor hablando de lo glorioso que era este día, que no olvidáramos el milagro de la vida, disfrutáramos cada momento y sobre todo que no nos arrepintiéramos de las cosas. De pronto comenzó a sonar esa trompeta de entrada a una canción de Edith Piaf que tenía muy bien fijada en la mente.

Non, rien de rien... Non, je ne regrette rien...

La escuché completa y creo que salí de la habitación decidido. Jamás creí que un programa de radio tan idiota me convencería de sentirme mejor con respecto a mi situación sentimental, aunque creo que podría darle todo el crédito al tío al que se la haya ocurrido poner la canción de Edith Piaf.

No vi a Marta en mi camino a la cocina. Por un momento supuse que seguía dormida, o que quizás se sentía como yo me había estado sintiendo hasta hace unos minutos.

Debo admitir que disfruté mucho esos momentos de intimidad con la hija de Vicente. Tanto deseo que llevaba encima ella. Tanto deseo que llevaba encima yo. Creo que no me la follé porque me quedaba una pizca de moral aún bajo esas capas de vino y cachondez.

Me parecía vil penetrar ese delicado cuerpo con la fuerza que planeaba hacerlo. No me perdonaría ser tan desmedido con una escultura como ella. Era Galatea, y yo tenía miedo de romper la roca preciosa de la que estaba hecha Marta.

Siempre he creído que el sexo es un acto de suprema sublimación del amor y del deseo. Sentía que no conocía a Marta lo suficiente como para penetrarla, pero sinceramente lo que más me detenía era saber que ella era la hija de Vicente. No era por el hecho de que se enterara en algún momento, porque eso no sucedería.

Lo que me preocupaba era que no sabía cómo podía ver a mi amigo sabiendo lo que había hecho con su hija sobre la mesa de su comedor y en la habitación de su hija, que esconde un vibrador en uno de sus cajones de esos muebles de madera que tú mismo hiciste a mano y con tanto amor porque eres un padre muy dado al arte, así como tu hija es una

artista del sexo... No podía con eso, pero tampoco podía estar viviendo en el arrepentimiento.

Decidí que era buena idea conversar con Marta para que recuperáramos la comodidad y la confianza; además quería que quedara claro que lo de anoche había sido una locura de parte de ambos y que no podía volver a ocurrir.

Por tanto, preparé el desayuno esta vez yo; hice unos sándwiches de queso blanco y jamón de pavo. Nada excesivamente complejo para no tardar demasiado. Los pasé por la tostadora y fui a la puerta de la habitación de Marta a buscarla. Toqué un par de veces.

—Marta —le dije.

—Arturo —la escuché desde adentro.

—Buenos días, Marta. Baja a desayunar. Te preparé algo.

—Iré de inmediato —me dijo.

Me senté en la mesa que está en la cocina y vi los platos sucios aún en el lavabo. Después de lo de anoche, ninguno de los dos se había interesado en limpiar el desorden. Claramente, no habían intenciones de asear eso.

Un minuto después apareció Marta en su pijama y se sentó frente a mí, donde había colocado su plato con el sándwich.

—¿Cómo te sientes, Marta?

—Pues, tengo un poco de resaca.

—No puedes beber vino así, Marta. Es demasiado fuerte.

—Pero estaba delicioso.

—Claro, era un Pinot Noir.

—¡Del 54!

—Sí, del 54, Marta. Escucha; está mal lo que hicimos anoche.

—Estuvo demasiado bueno. Lo único que estuvo mal fue que no terminaste lo que habías comenzado, Arturo.

—No, ese fue el impulso de sensatez que le hacía falta a nuestra velada. ¿Te das cuenta de que te aprovechaste de mí?

—¿Y qué? ¿Me vas a acusar de violación?

—¿Qué te pasa, Marta?

—No sé, Arturo. No entiendo por qué no me follaste. Me haces sentir rechazada —me dijo casi llorando.

—No me vas a manipular de nuevo, Marta.

—Pero...

—Nada que ver. Tu padre regresa mañana y no puede enterarse de lo que hicimos tú y yo, ¿entendido?

—¿Por qué habría de enterarse? Yo creo que deberíamos aprovechar el tiempo que nos queda antes de que llegue y divertirnos por completo. Tenemos la casa para nosotros solos y yo sé que hay muchas habitaciones que te llaman la atención, Arturo.

—No, Marta. Piensa bien en lo que me estás proponiendo. Recuerda que yo soy un amigo de tu padre y tengo al menos 30 años más que tú. Nos vemos más tarde; cuando hayas pensado mejor las cosas, jovencita.

Me levanté de la mesa con el sándwich y me serví un poco de la tartaleta de fresa del refrigerador. Luego me fui hacia el comedor a revisar el estado del sitio. Estaban en el suelo alfombrado el vestido rojo y el sujetador negro con encajes.

Los tomé del suelo y por un reflejo los olí. Tenían el perfume de Marta, pero también pude sentir debajo del dulce aroma de su fragancia, la esencia de su piel; ese olor natural y excitante que provoca a los hombres.

Llevé ambas cosas a la cocina y se los dejé a Marta quien seguía allí desayunando, y creo que alucinando un poco por el estado de su resaca.

—Y recuerda lavar esto también. No podemos ser tan descuidados —le dije.

Me fui de nuevo a mi habitación y pasé todo el día allí viendo cualquier porquería que pasaran en la TV. Solo bajé para ordenar una pizza que me comí sin compartir con Marta.

No debía estar con ella hasta que regresara Vicente. No sabía con qué me podía incitar... y bueno, sé que hay maneras de convencerme. Sobre todo sabiendo lo que había ocurrido la noche anterior.

Dormí y soñé con ella. Un sueño verdaderamente cargado de sexo. Traté de despertarme porque estaba consciente durante él y consideraba que no era buena idea entrar en el mundo onírico en ese plan, al menos en ese momento en que me encontraba.

Ya Vicente volvería mañana en la tarde y no podíamos andar con locuras como esa. Sería más difícil esconder lo que había ocurrido, y además, no estaba bien. No estaba bien.

Volví a dormir y soñé exactamente lo mismo. Me desperté en la madrugada preocupado y me puse a caminar por la casa. ¿Qué había hecho para merecer esto? No era un castigo, pero se sentía como tal. De hecho, no me imaginaba algo más placentero que lo que había ocurrido, pero... joder...

Caminé por el pasillo de los cuadros y vi cada uno de los retratos detallándolos poco a poco. Cuando llegué al de Sara, la esposa de Vicente, vi los mismos ojos con los que me había visto Marta anoche; sobre todo cuando me estaba chupando la polla con una dedicación sorprendente.

¿Será eso lo que enamoró a Vicente de Sara en su momento? No dudo que Sara fuese muy diferente a su hija.

Era encantador ver cómo los colores del cuadro se asemejaban tanto a los colores que componían a la imagen real de Marta, al menos. Los detalles eran excesivamente conmovedores; era excitante pensar la situación en la que Vicente habrá pintado ese cuadro. Yo no soy un pintor, pero por un momento pensé...

—Es muy lindo el cuadro, ¿verdad?

Era la voz de Marta, que también estaba allí en el pasillo, pero no había visto.

—¿Marta? Joder, ¿me quieres matar de un infarto?

—No, Arturo. Tú sabes qué es lo único que yo quiero ahora.

—Marta.

—Sé que has venido en esta noche a ver ese cuadro del pasillo porque estás pensando en mí. Soy demasiado parecida a mi madre como para que no me veas allí observándote deseosa.

Estaba tan clara de todo que me asustaba. Sus ojos me veían con la misma intención que los del cuadro. No pude soportarlo ni un segundo más. Era muchísimo más fuerte que yo. Debe ser su juventud, sus tetas, sus lunares, su deseo de ser dominada... ¿por qué seré tan débil?

Ese deseo de ser dominada que tenía ella terminaba dominándome a mí; era la clásica paradoja del poder. Muchas veces ha pasado que el pueblo cree ser gobernado por un hombre... y en casos más puntuales, una mujer... al que llaman presidente, rey, primer ministro o lo que sea, pero es ese hombre el que es gobernado por el pueblo.

—¿Qué propones tú, Marta?

—Ah, ¿ya no vas a seguir con tu mentira?

—No, Marta. No seguiré inventando que no tengo ganas de follarte. Es verdad. Me muero por follarte.

—Mañana a las dos de la tarde en la habitación de mi papá.

—¿Qué?!

—Así como me escuchaste, Arturo.

—Pero tu papá llega a las tres de la tarde. ¿Solo una hora?

—Y será la mejor hora de nuestras vidas, señor Arturo.

Marta se fue a su habitación y yo me fui a la mía a intentar seguir durmiendo, pero la verdad es que no pude dormir ni un poco en lo que restó de la madrugada... ni en el día. Eran las ansias de follármela junto con la locura a la que había accedido a hacer. Vicente nos encontraría juntos en su cama mientras yo esté metiéndole mi polla con fuerza a su hija.

Solo pensar en eso me angustiaba, pero también me generaba una curiosa sensación de que me llenaría de placer ese riesgo tan sabroso al que nos íbamos a exponer. Como salir a

un campo de batalla y saber que uno puede morir en cualquier momento.

Pasaron las horas y ya eran casi las dos de la tarde. Me acosté en la cama de Vicente y la esperé por unos minutos. Mi polla ya estaba arriba. Estaba demasiado excitado por el riesgo que todo esto implicaba y tan pronto la vi con dos colitas sujetando su cabello, vestida con una falda azul y una camisa blanca, supe que ella estaba preparada para lo más fuerte.

—Señor González, quisiera hablar sobre mi calificación en el examen.

—Lindura, ¿de qué hablas?

—Sígueme el juego, Arturo... Yo sé que te gustará.

—¿Cuál es su nombre, señorita?

—Marta.

—¿Marta qué?

—Marta Hierro.

—Ah, pues aquí veo que usted reprobó el examen, señorita Hierro.

—Sí, señor González... Quería que no fuese así.

—¿Y cómo espera que eso cambie, señorita?

—No lo sé —me dijo y me echó contra la cama y sentándose en mi rostro.

Noté que no llevaba bragas. Estaba demasiado preparada para lo que venía. Comencé a chupar su coño y follarla con mi lengua. Ya estaba tan mojada que era impresionante. Era como si hubiera pasado horas lubricándose para este momento tan particular.

Se volteó hacia mis piernas y sacó mi polla de mi pantalón. La metió en su boca y supe que ya no había vuelta atrás.

—No, señorita Hierro. Venga aquí un momento.

Aparté mi rostro de su coño y la levanté para llevarla directamente a donde sé que quería estar... Ambos queríamos eso. La penetré con mi polla y soltó un gemido parecido al del momento de clímax de dos noches atrás.

Ella tomó el poder y comenzó a moverse sola. No dejando que yo hiciera nada. Se quería encargar de darnos placer a los dos.

Desabroché su camisa y dejé al descubierto sus tetas tan hermosas. Las agarré mientras ella se movía rápida y habilidosamente con mi polla bien adentro de su vagina. La volteé y alcé sus piernas para que quedara por completo bajo mi poder mientras la aferraba a mí por completo.

—Señor González... Su polla es increíble.

—Y usted es una obra de arte más de esta casa, señorita Hierro. Estoy encantado.

—Ahhhh, sí, señor González, fólleme. Hágame toda suya antes de que llegue mi padre.

Eso hizo que la follara con más fuerza. La solté y la coloqué en cuatro patas para poder dominarla como tanto lo deseábamos ella y yo.

Sentí como su coño apretaba mi polla, como si estuviera buscando hacerme sentir cada vez más a gusto; era un espacio acogedor, caliente y tan... ahh... joder. Le di una nalgada y ella gimió.

—Sí, señor González. Me he portado muy mal y he reprobado. Necesito aprender mi lección.

Metí mi dedo en su culo y se volteó con su rostro lleno de picardía, de deseo pero también de muchísimo miedo, quizás con la misma expresión que la de Sara en el cuadro del pasillo.

—Señor González... ¿Va a entrar allí?

—Tengo un gran deseo de hacerlo, pero no quiero hacerle daño, señorita Hierro.

—Pero... yo también quiero que lo haga. No sería la primera vez, pero... le advierto que soy muy sensible y no es muy buena idea que manchemos la cama de mi padre.

No había terminado de hacerme la advertencia y ya había metido mi polla en su pequeño y apretado culo. Joder, era tan ajustado que sentía que me iba a correr de inmediato, pero ella se corrió mucho antes que yo; sobre todo porque mientras follaba su ano, estaba frotándole el clítoris para provocarla.

Quería que mojara las sábanas de la cama de su padre. Ya no tenía miedo del peligro. Me había entregado por completo al acto sexual. Ese peligro hacía que todo fuera aún más placentero.

Follamos y follamos como si tuviéramos más tiempo que solo una hora. Sentí como pasaban los minutos y todo el placer se acumulaba acoplándose con la enorme cantidad de deseo sexual que habíamos reprimido.

Sentí como si hubieran pasado tres o cuatro horas con Marta, allí en la cama de mi amigo y aún no llegaba Vicente.

VICENTE IV

Todo bien

Era hora de regresar. Ya estaba cansado de ese viaje de mierda. Por lo menos había logrado resolver el asunto de la aseguradora, pero me moría de ganas por volver a dormir en mi casa.

Era una desgracia que me interrumpieran los días que estaba pasando con mi amigo Arturo, aunque tenía una extraña seguridad de que Marta le había acompañado y había sido muy servicial con él. Algo me decía que era totalmente así y que no podía ni dudarlo.

El vuelo además se había tardado tres horas más de lo esperado, por una falla en el avión que nos llevaría... y eso que era un vuelo nacional. No me imagino si me hubiese tocado hacer un viaje internacional.

Llamaba a Marta a su teléfono, pero no me contestaba. Era extraño. No entiendo cómo cada vez que la veía, ella andaba con su teléfono y justo ahora que la estaba llamando no era capaz de responder al móvil.

—Aló, papá... ahhh —me contestó finalmente.

—Hija, estoy en el aeropuerto de Barajas. El vuelo se había retrasado tres horas más de lo previsto, pero ya voy en camino para la casa.

—Uhm., ahhh... Está bien, p-papá.

—¿Pasa algo, Marta? ¿Qué estás haciendo?

—Estoy en la... ahhh... en la... ahhh... la caminadora. Haciendo ejercicio.

—Ah, está bien. Te dejo para que sigas haciendo ejercicios. Debe ser muy incómodo correr con el teléfono en la mano.

—Un poco sí... ahhh... uhm, sí.

—Chao, hija. Avísale a Arturo también. No se te vaya a olvidar.

Colgué el teléfono y proseguí a buscar un taxi. Era extraño que Marta estuviera haciendo ejercicio en la máquina caminadora, pero bueno, supuse que se trataba de una repentina necesidad de hacer ejercicio.

Ahora también está bastante de moda que la gente haga ejercicio. Todo el asunto del fitness es un negocio también. ¿Cómo inventan tantas estupideces?

Hallé un taxi después de estar, por lo menos, veinte minutos esperando. Le dije la dirección al conductor y me moría por quedarme dormido en el coche, pero el tío comenzó a hablarme.

—¿Usted es millonario?

—¿Qué clase de pregunta es esa para comenzar una conversación?

—Respóndame, le juro que no soy un secuestrador.

—No me genera nada confianza que me pregunte eso y luego salte directamente a decir que no es un secuestrador.

—Disculpe, señor Hierro.

—¿Cómo sabe mi apellido?

—Porque usted es un héroe, señor Hierro. No solo participó en varios enfrentamientos militares de manera excelente, sino que también fue un gran amigo y ahora es un empresario bastante exitoso.

—¿Un gran amigo de quién?

—De mí. Quizás no me recuerde, señor Hierro, pero soy el coronel Alba.

—¿Carlos? ¿Carlos Alba? ¡Joder!

—Sí, yo mismo. Cuánto tiempo, ¿no?

—Ahora que te veo, sí, me doy cuenta que eres tú. Solo que veinte años más viejo, jaja.

—Podría decir lo mismo de ti, Vicente.

—¿Qué haces manejando un taxi, Carlos?

—Bueno, Vicente... No a todos nos han salido las cosas tan bien como a ti.

—¿Por qué no vienes un día de estos a casa? Hasta este fin de semana estará Arturo González en mi casa.

—¿Arturo? Joder, ¿sigue vivo?

—Hierba mala nunca muere, Carlos —le dije riendo.

Ambos reímos y seguimos conversando por buena parte del viaje. Le comenté que estos días había tenido que hacer ese viaje a La Coruña y que había dejado a Arturo con Marta.

—¿Dejaste a Arturo con tu hija de 21 años?

—Sí, Arturo es un hombre serio y mi hija es un ángel. Jamás pasaría algo como lo que te estás imaginando.

—Bueno, si tú lo dices, Vicente. Yo no dejaría a mi hija ni a ninguna mujer con González. Ese tío siempre ha tenido un talento para meterse en las piernas de cualquier mujer... y dicen algunos que de hombres también.

—¡Tonterías! Yo conozco a Arturo mucho más que tú y sé que sería incapaz de semejante cosa. No se lo permitirían sus valores humanos.

—Vale. Supongo que tienes tus motivos para pensar eso.

—¿Y qué tal el franquismo en tu casa?

—Ah, ya nos dejamos de eso, tío. Ya pasó.

—¿Ya se dejaron de eso? ¿Era una moda acaso?

—Tío, tienes que estar consciente de que todo lo que hicimos... no estuvo tan bien como creímos en ese momento.

—Ah, por favor... Todas las guerras requieren de sacrificios y nosotros hicimos solo los necesarios.

—Ten cuidado con esa mentalidad Vicente. Hay mucha gente que nos odia a los ex franquistas y si tú vas por ahí diciendo esas cosas te puedes buscar unos cuantos enemigos.

—Tranquilo, Carlos. Yo no ando diciendo por ahí eso. El que sí lo ha hecho es Arturo. Me contó que estuvo discutiendo con un taxista por ese motivo.

—Ah, ¿era él? Mi compañero me comentó eso. Dijo que había llevado a un tío obsesionado con Franco y que prácticamente se pusieron a pelear en el coche porque mi compañero no fijaba posiciones políticas y solo hablaba de su conveniencia, pero bueno, no será el primer español que piensa así, ni el último.

Continuamos hablando por el resto del recorrido y llegamos a mi casa. Me despedí de Carlos y le iba a pagar, pero me dijo que no.

—No, Vicente. ¿Qué te parece si vengo a tu casa este fin de semana y compartimos un poco?

—¿Te estás invitando solo a mi casa?

—No, tú me has invitado mientras hablábamos. Solo te estoy proponiendo una fecha para que no se nos pase.

—Claro, Carlos —reí—. Ven el sábado y así te reúnes con Arturo también.

—¡Seguro! Que tengas buena noche.

Tan pronto Carlos me dijo eso fue que pude notar que el sol ya se estaba terminando de ocultar. Era tardísimo, yo que iba a llegar a las 3 terminé llegando a las 7. Tomé el teléfono y llamé de nuevo a Marta para avisarle que había llegado a casa, por si no estaba allí.

—Ahhhhh... —escuché tan pronto me contestó.

—¿Marta?

—¿Sí, papá? Ahhh...

—¿Sigues en la caminadora? Llevas horas ahí, hija.

—He descansado también.... uhm... ahhh, sí.

—¿Segura que está todo bien?

—Sí, sí, sí... ahhh.

—Bueno, hija, ya estoy entrando a la casa.

Marta colgó el teléfono de golpe sin responderme eso último. A veces no sé qué le ha pasado a mi hija. ¿Qué he hecho yo para que me trate tan mal? Entré a la casa y sentí el olor divino del hogar. No hay lugar como mi casa.

—¡Arturo! ¡Marta! ¡Ya llegué! —grité.

Caminé por las habitaciones de ellos, por la sala, por el comedor, por la cocina y no estaban en ninguna de esas. ¿Será que salieron para algún sitio? Fui al gimnasio a ver si Marta seguía en la caminadora, pero tampoco estaba allí. Entré a mi habitación y allí estaban los dos acostados en mi cama.

—Vicente, bienvenido de vuelta —me dijo Arturo.

—Qué bueno que estés por fin en casa, padre. Te estuvimos esperando.

Sus voces se escuchaban cansadas, pero supuse que ambos estuvieron haciendo ejercicio hasta hace un rato. Me alegré. Arturo siguió mi consejo y al parecer la habían pasado tan bien que estaban viendo la TV juntos... pero...

—¿Y por qué han decidido ver la TV aquí en mi habitación?

—Porque estábamos follando, papá... y ahora decidimos ver TV para que creyeras que no estábamos haciendo nada extraño.

—¿Por qué me tienes que tratar así de mal con tu cinismo, hija?

—Bueno, ¿para qué has preguntado, entonces, papá?

Sí, definitivamente Marta me había dejado bien claro de que ya estaba de vuelta en mi querido hogar.

—Iré a la cocina a preparar la cena —les dije.

—¿Pero no estás muy cansado? —me preguntó Arturo.

Arturo gritó como si le hubieran golpeado, pero no entendí qué ocurría. Quizás era una manera de demostrar su preocupación por mí.

—No, tranquilo, Arturo. Tengo ganas de preparar la cena. Nos vemos en un momento.

Bajé a la cocina y pasé por el pasillo de los cuadros. No podía dejar de poner mi mirada en el retrato que pinté de Sara. Vi bien sus ojos y recordé la primera vez que los vi así, pero luego recordé la vez en la que decidí que debía pintarlos.

Si tan solo la gente supiera lo que hacíamos tú y yo, mi querida esposa... Pero nadie leerá jamás esos diarios en mi habitación, lindura...

MARTA IV

Un secreto

Arturo ya se iba a despedir. Era momento de que se retirara de la casa, pero había algo que quería regalarle... algo que no le había dado antes, y vaya que le había dado bastante ya.

Recordar ese día en que mi padre se tardó más de lo que había dicho, era casi tan placentero como aquella tarde completa en la que los minutos se hicieron horas y follamos tanto que sentimos que jamás terminaríamos.

—Fue un gustazo estar en esta casa con ustedes —dijo Carlos Alba, un tío que, al parecer, también había ido a la escuela militar con mi papá y Arturo, pero ahora era taxista.

—Carlos, qué bueno habernos encontrado en ese taxi —dijo mi padre.

—¡Un saludo a tu familia! —le exclamó Arturo.

Se fue Alba de la casa y solo quedamos los tres.

—Qué locura como la gente deja de ser franquista de un día para otro, ¿no? —dijo mi padre.

—Bueno, es que hay que estar conscientes de que Franco hizo unas cuantas cosas que no estuvieron bien y eso claramente ha hecho que muchos españoles sientan que él fue uno de los grandes males de nuestro país.

—¿Quién coño eres y qué has hecho con Arturo González? —preguntó mi papá.

—Soy Arturo González. Solo que estos días me han hecho pensar un poco las cosas. Me conseguí con Carmen y recordé por qué habíamos terminado nuestra relación.

—¿Qué cosa con Carmen? No digas tonterías, seguro fue Marta que te convenció de que no debías apoyar a ese “hijo de puta”.

—Quizás Marta sí me convenció un poco, Vicente, pero tienes que entender que tu hija tiene unas muy buenas habilidades de convencimiento.

—Claro, se parece demasiado a su madre —dijo mi papá—. Ya regreso. No se vayan muy lejos.

Mi padre se fue a la cocina un momento y estoy segura de que había ido a servirse un poco de la tartaleta de fresa. Me quedé yo sola con Arturo y, mientras mi padre no nos veía, lo besé.

—Ya sabes que este será nuestro secreto, Arturo. Solo nuestro.

—Claro, lindura —me dijo en tono seductor.

—Hay algo más que te quería dar.

—¿Qué cosa? Recuerda que tu papá no está muy lejos —me dijo nervioso.

Le entregué un libro muy particular a Arturo esperando que lo revisara pronto y me llamara por teléfono. Sé que querrá que vaya a Cataluña en algún momento... y en Barcelona hay muchos motivos para que una joven como yo viaje. Mi papá no sospechará nada.

—¿Qué es esto?

—Cuando estés solo, revísalo.

Arturo guardó el libro con mucho cuidado en su valija, para no hacerle daño, y regresó mi padre con nosotros.

—Esa tartaleta de fresa que hiciste, Marta, te ha quedado de maravilla. ¿La preparaste por algún motivo en particular?

—Solo para honrar la visita de Arturo, padre.

—Me parece muy amable de tu parte. A veces, cuando no eres tan odiosa, me recuerdas a tu madre.

—Es que nos parecemos tanto, ¿verdad, Arturo?

—Supongo.

—¿Qué va a saber Arturo si no la conoció?

—Pero me conoció bien a fondo a mí, padre.

—Bueno, es distinto —dijo Arturo.

—Sí, también creo que mi hija está hablando tonterías. No le prestemos mucha atención, Arturo.

Ambos rieron y yo también reí sabiendo que mi papá no tenía idea de nada.

—Bien, Arturo, ¿te llevo al aeropuerto? —preguntó mi padre.

—Está bien, Vicente.

Nos despedimos dándonos un abrazo y me acerqué a su oído para susurrarle que no olvidara revisar el libro. Me sonrió y me dijo que lo revisaría. Sé que lo hará.

—Nos veremos de nuevo, Arturo —le dije.

—Nos veremos, Marta.

Salieron por la puerta ambos y vi por la ventana cómo el coche de mi padre se llevaba a Arturo. Y en la valija iba el diario en el que mi papá había dejado registro de sus aventuras sexuales con “lindura”, mi madre.

Será una sorpresa hermosa para él... y para mi papá también si se llega a enterar de que el diario no está en su lugar. Qué bien se siente tener un secreto.

“Bonus Track”

— Preview de [“La Mujer Trofeo”](#) —

Capítulo 1

Cuando era adolescente no me imaginé que mi vida sería así, eso por descontado.

Mi madre, que es una crack, me metió en la cabeza desde niña que tenía que ser independiente y hacer lo que yo quisiera. “Estudia lo que quieras, aprende a valerte por ti misma y nunca mires atrás, Belén”, me decía.

Mis abuelos, a los que no llegué a conocer hasta que eran muy viejitos, fueron siempre muy estrictos con ella. En estos casos, lo más normal es que la chavala salga por donde menos te lo esperas, así que siguiendo esa lógica mi madre apareció a los dieciocho con un bombo de padre desconocido y la echaron de casa.

Del bombo, por si no te lo imaginabas, salí yo. Y así, durante la mayor parte de mi vida seguí el consejo de mi madre para vivir igual que ella había vivido: libre, independiente... y pobre como una rata.

Aceleramos la película, nos saltamos unas cuantas escenas y aparezco en una tumbona blanca junto a una piscina más grande que la casa en la que me crie. Llevo puestas gafas de sol de Dolce & Gabbana, un bikini exclusivo de Carolina Herrera y, a pesar de que no han sonado todavía las doce del mediodía, me estoy tomando el medio gin-tonic que me ha preparado el servicio.

Pese al ligero regusto amargo que me deja en la boca, cada sorbo me sabe a triunfo. Un triunfo que no he alcanzado gracias a mi trabajo (a ver cómo se hace una rica siendo psicóloga cuando el empleo mejor pagado que he tenido ha sido en el Mercadona), pero que no por ello es menos meritorio.

Sí, he pegado un braguetazo.

Sí, soy una esposa trofeo.

Y no, no me arrepiento de ello. Ni lo más mínimo.

Mi madre no está demasiado orgullosa de mí. Supongo que habría preferido que siguiera escaldándome las manos de lavaplatos en un restaurante, o las rodillas como fregona en una empresa de limpieza que hacía malabarismos con mi contrato para pagarme lo menos posible y tener la capacidad de echarme sin que pudiese decir esta boca es mía.

Si habéis escuchado lo primero que he dicho, sabréis por qué. Mi madre cree que una

mujer no debería buscar un esposo (o esposa, que es muy moderna) que la mantenga. A pesar de todo, mi infancia y adolescencia fueron estupendas, y ella se dejó los cuernos para que yo fuese a la universidad. “¿Por qué has tenido que optar por el camino fácil, Belén?”, me dijo desolada cuando le expliqué el arreglo.

Pues porque estaba hasta el moño, por eso. Hasta el moño de esforzarme y que no diera frutos, de pelearme con el mundo para encontrar el pequeño espacio en el que se me permitiera ser feliz. Hasta el moño de seguir convenciones sociales, buscar el amor, creer en el mérito del trabajo, ser una mujer diez y actuar siempre como si la siguiente generación de chicas jóvenes fuese a tenerme a mí como ejemplo.

Porque la vida está para vivirla, y si encuentras un atajo... Bueno, pues habrá que ver a dónde conduce, ¿no? Con todo, mi madre debería estar orgullosa de una cosa. Aunque el arreglo haya sido más bien decimonónico, he llegado hasta aquí de la manera más racional, práctica y moderna posible.

Estoy bebiendo un trago del gin-tonic cuando veo aparecer a Vanessa Schumacher al otro lado de la piscina. Los hielos tintinean cuando los dejo a la sombra de la tumbona. Viene con un vestido de noche largo y con los zapatos de tacón en la mano. Al menos se ha dado una ducha y el pelo largo y rubio le gotea sobre los hombros. Parece como si no se esperase encontrarme aquí.

Tímida, levanta la mirada y sonrío. Hace un gesto de saludo con la mano libre y yo la imito. No hemos hablado mucho, pero me cae bien, así que le indico que se acerque. Si se acaba de despertar, seguro que tiene hambre.

Vanessa cruza el espacio que nos separa franqueando la piscina. Deja los zapatos en el suelo antes de sentarse en la tumbona que le señalo. Está algo inquieta, pero siempre he sido cordial con ella, así que no tarda en obedecer y relajarse.

—¿Quieres desayunar algo? —pregunto mientras se sienta en la tumbona con un crujido.

—Vale —dice con un leve acento alemán. Tiene unos ojos grises muy bonitos que hacen que su rostro resplandezca. Es joven; debe de rondar los veintipocos y le ha sabido sacar todo el jugo a su tipazo germánico. La he visto posando en portadas de revistas de moda y corazón desde antes de que yo misma apareciera. De cerca, sorprende su aparente candidez. Cualquiera diría que es una mujer casada y curtida en este mundo de apariencias.

Le pido a una de las mujeres del servicio que le traiga el desayuno a Vanessa. Aparece con una bandeja de platos variados mientras Vanessa y yo hablamos del tiempo, de la playa y de la fiesta en la que estuvo anoche. Cuando le da el primer mordisco a una tostada con mantequilla light y mermelada de naranja amarga, aparece mi marido por la misma puerta de la que ha salido ella.

¿Veis? Os había dicho que, pese a lo anticuado del planteamiento, lo habíamos llevado a cabo con estilo y practicidad.

Javier ronda los treinta y cinco y lleva un año retirado, pero conserva la buena forma de

un futbolista. Alto y fibroso, con la piel bronceada por las horas de entrenamiento al aire libre, tiene unos pectorales bien formados y una tableta de chocolate con sus ocho onzas y todo.

Aunque tiene el pecho y el abdomen cubiertos por una ligera mata de vello, parece suave al tacto y no se extiende, como en otros hombres, por los hombros y la espalda. En este caso, mi maridito se ha encargado de decorárselos con tatuajes tribales y nombres de gente que le importa. Ninguno es el mío. Y digo que su vello debe de ser suave porque nunca se lo he tocado. A decir verdad, nuestro contacto se ha limitado a ponernos las alianzas, a darnos algún que otro casto beso y a tomarnos de la mano frente a las cámaras.

El resto se lo dejo a Vanessa y a las decenas de chicas que se debe de tirar aquí y allá. Nuestro acuerdo no precisaba ningún contacto más íntimo que ese, después de todo.

Así descrito suena de lo más atractivo, ¿verdad? Un macho alfa en todo su esplendor, de los que te ponen mirando a Cuenca antes de que se te pase por la cabeza que no te ha dado ni los buenos días. Eso es porque todavía no os he dicho cómo habla.

Pero esperad, que se nos acerca. Trae una sonrisa de suficiencia en los labios bajo la barba de varios días. Ni se ha puesto pantalones, el tío, pero supongo que ni Vanessa, ni el servicio, ni yo nos vamos a escandalizar por verle en calzoncillos.

Se aproxima a Vanessa, gruñe un saludo, le roba una tostada y le pega un mordisco. Y después de mirarnos a las dos, que hasta hace un segundo estábamos charlando tan ricamente, dice con la boca llena:

—Qué bien que seáis amigas, qué bien. El próximo día te llamo y nos hacemos un trío, ¿eh, Belén?

Le falta una sobada de paquete para ganar el premio a machote bocazas del año, pero parece que está demasiado ocupado echando mano del desayuno de Vanessa como para regalarnos un gesto tan español.

Vanessa sonrío con nerviosismo, como si no supiera qué decir. Yo le doy un trago al gin-tonic para ahorrarme una lindeza. No es que el comentario me escandalice (después de todo, he tenido mi ración de desenfreno sexual y los tríos no me disgustan precisamente), pero siempre me ha parecido curioso que haya hombres que crean que esa es la mejor manera de proponer uno.

Como conozco a Javier, sé que está bastante seguro de que el universo gira en torno a su pene y que tanto Vanessa como yo tenemos que usar toda nuestra voluntad para evitar arrojarnos sobre su cuerpo semidesnudo y adorar su miembro como el motivo y fin de nuestra existencia.

A veces no puedo evitar dejarle caer que no es así, pero no quiero ridiculizarle delante de su amante. Ya lo hace él solito.

—Qué cosas dices, Javier —responde ella, y le da un manotazo cuando trata de cogerle

el vaso de zumo—. ¡Vale ya, que es mi desayuno!

—¿Por qué no pides tú algo de comer? —pregunto mirándole por encima de las gafas de sol.

—Porque en la cocina no hay de lo que yo quiero —dice Javier.

Me guiña el ojo y se quita los calzoncillos sin ningún pudor. No tiene marca de bronceado; en el sótano tenemos una cama de rayos UVA a la que suele darle uso semanal. Nos deleita con una muestra rápida de su culo esculpido en piedra antes de saltar de cabeza a la piscina. Unas gotas me salpican en el tobillo y me obligan a encoger los pies.

Suspiro y me vuelvo hacia Vanessa. Ella aún le mira con cierta lujuria, pero niega con la cabeza con una sonrisa secreta. A veces me pregunto por qué, de entre todos los tíos a los que podría tirarse, ha elegido al idiota de Javier.

—Debería irme ya —dice dejando a un lado la bandeja—. Gracias por el desayuno, Belén.

—No hay de qué, mujer. Ya que eres una invitada y este zopenco no se porta como un verdadero anfitrión, algo tengo que hacer yo.

Vanessa se levanta y recoge sus zapatos.

—No seas mala. Tienes suerte de tenerle, ¿sabes?

Bufo una carcajada.

—Sí, no lo dudo.

—Lo digo en serio. Al menos le gustas. A veces me gustaría que Michel se sintiera atraído por mí.

No hay verdadera tristeza en su voz, sino quizá cierta curiosidad. Michel St. Dennis, jugador del Deportivo Chamartín y antiguo compañero de Javier, es su marido. Al igual que Javier y yo, Vanessa y Michel tienen un arreglo matrimonial muy moderno.

Vanessa, que es modelo profesional, cuenta con el apoyo económico y publicitario que necesita para continuar con su carrera. Michel, que está dentro del armario, necesitaba una fachada heterosexual que le permita seguir jugando en un equipo de Primera sin que los rumores le fastidien los contratos publicitarios ni los directivos del club se le echen encima.

Como dicen los ingleses: una situación win-win.

—Michel es un cielo —le respondo. Alguna vez hemos quedado los cuatro a cenar en algún restaurante para que nos saquen fotos juntos, y me cae bien—. Javier sólo me pretende porque sabe que no me interesa. Es así de narcisista. No se puede creer que no haya caído rendida a sus encantos.

Vanessa sonrío y se encoge de hombros.

—No es tan malo como crees. Además, es sincero.

—Mira, en eso te doy la razón. Es raro encontrar hombres así. —Doy un sorbo a mi cubata—. ¿Quieres que le diga a Pedro que te lleve a casa?

—No, gracias. Prefiero pedirme un taxi.

—Vale, pues hasta la próxima.

—Adiós, guapa.

Vanessa se va y me deja sola con mis gafas, mi bikini y mi gin-tonic. Y mi maridito, que está haciendo largos en la piscina en modo Michael Phelps mientras bufa y ruge como un dragón. No tengo muy claro de si se está pavoneando o sólo ejercitando, pero corta el agua con sus brazadas de nadador como si quisiera desbordarla.

A veces me pregunto si sería tan entusiasta en la cama, y me imagino debajo de él en medio de una follada vikinga. ¿Vanessa grita tan alto por darle emoción, o porque Javier es así de bueno?

Y en todo caso, ¿qué más me da? Esto es un arreglo moderno y práctico, y yo tengo una varita Hitachi que vale por cien machos ibéricos de medio pelo.

Una mujer con la cabeza bien amueblada no necesita mucho más que eso.

Javier

Disfruto de la atención de Belén durante unos largos. Después se levanta como si nada, recoge el gin-tonic y la revista insulsa que debe de haber estado leyendo y se larga.

Se larga.

Me detengo en mitad de la piscina y me paso la mano por la cara para enjuagarme el agua. Apenas puedo creer lo que veo. Estoy a cien, con el pulso como un tambor y los músculos hinchados por el ejercicio, y ella se va. ¡Se va!

A veces me pregunto si no me he casado con una lesbiana. O con una frígida. Pues anda que sería buena puntería. Yo, que he ganado todos los títulos que se puedan ganar en un club europeo (la Liga, la Copa, la Súper Copa, la Champions... Ya me entiendes) y que marqué el gol que nos dio la victoria en aquella final en Milán (bueno, en realidad fue de penalti y Jáuregui ya había marcado uno antes, pero ese fue el que nos aseguró que ganábamos).

La Mujer Trofeo

Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario

— Comedia Erótica y Humor —

Ah, y...

¿Has dejado ya una Review de esta colección?

Gracias.

NOTA DE LA AUTORA

Si has disfrutado de la colección, por favor considera dejar una review de la misma (no tardas ni un minuto, lo sé yo). Eso ayuda muchísimo, no sólo a que más gente la lea y disfrute de ella, sino a que yo pueda seguir escribiendo.

A continuación te dejo un enlace para entrar en mi lista de correo si quieres enterarte de obras gratuitas o nuevas que salgan al mercado. Además, entrando en la lista de correo o [haciendo click en este enlace](#), podrás disfrutar de dos audiolibros 100% gratis (gracias a la prueba de Audible). Finalmente, te dejo también otras obras — mías o de otras personas — que creo serán de tu interés. Por si quieres seguir leyendo.

Nuevamente, gracias por disfrutar de nuestras obras. Eres lo mejor.

[Haz click aquí](#)

para suscribirte a nuestro boletín informativo y conseguir libros gratis

¿Quieres seguir leyendo?

Otras Obras:

[La Mujer Trofeo](#)

[Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario](#)

— Comedia Erótica y Humor —

[La Celda de Cristal](#)

[Secuestrada y Salvada por el Mafioso Millonario Ruso](#)

— Romance Oscuro y Erótica —

[Reclamada](#)

[Tomada y Vinculada al Alfa](#)

— Distopía, Romance Oscuro y Erótica —

^[1] Bondage, Dominación, Sadismo y Masoquismo. Es un término que se utiliza para

definir una serie de prácticas y aficiones sexuales relacionadas entre sí y comunmente vinculadas con lo que se denomina “sexualidad amoral y perversiones”.

[2] El término Marruecos, en otras lenguas, procede del de la antigua capital imperial Marrakech, proveniente de la expresión Berebere que significa “Tierra de dios.”

[3] Según el folclore Irlandés, son espíritus femeninos considerados como mensajeras del otro mundo y que aparecen para anunciar con sus gritos la muerte de un pariente cercano.

[4] Pronunciación fonética del ruso, моя душа, “mi alma.”

[5] Государственный Исторический музей, ubicado en Moscú, entre la Plaza Roja y la Plaza del Menège

[6] El impromptu es una pieza, tradicionalmente pianística, que se caracteriza por la continua improvisación.

[7] Se refiere al accidente nuclear ocurrido en la central nuclear Vladímir Ilich Lenin, en Ucrania, el 26 de abril de 1986. Considerado uno de los mayores desastres medioambientales de la historia.

[8] Yomi (黄泉), la palabra japonesa para el inframundo en los que criaturas horribles protegen las salidas.

[9] Pronunciación fonética de おやすみなさい , buenas noches en japonés.

[10] Traducción fonética del Japonés, que se traduce como “buenas noches”.

[11] Se define como el sabio odio o la aversión hacia las mujeres o niñas. Puede manifestarse como denigración, discriminación, violencia contra la mujer y objetificación sexual de la mujer.

[12] Traducción fonética de 所有者 , “amo” en japonés.

[13] El estilo herreriano o estilo escurialense se desarrolló en España el último tercio del siglo XVI, y se originó con las construcción del Monasterio de El Escorial, en Madrid.

[14] Vino tinto en francés.

[15] Es el nombre griego moderno que recibe Francia.

[16] Término proveniente del término francés e inglés homónimo que significa esclavitud o cautiverio, es una práctica erótica basada en la inmovilización del cuerpo de

una persona.

[17] El término kamikaze (神風 lit. ‘viento divino’) de origen japonés, fue utilizado originalmente por los traductores estadounidenses para referirse a los ataques suicidas efectuados por pilotos de una unidad especial perteneciente a la Armada Imperial Japonesa contra embarcaciones de la flota de los Aliados a finales de la Segunda Guerra Mundial.

[18] En referencia a la astucia de los zorros a medida que se hacen mayores.

[19] Referencia a los Kitsune, dioses japoneses con forma de zorro que tienden a ser traviesos y disfrutan de burlarse de los demás.

[20] Del italiano, señora de negro.

[21] Analgesia congénita, es una mutación sufrida por las células nerviosas que se encargan de transmitir las señales del dolor al cerebro, por lo que, quien la sufre, es incapaz de sentir sensación de dolor.

[22] Expresión traducida literalmente del inglés “things might go down south”, que podría explicarse como que las cosas podrían salir muy mal.

[23] Citado en la biblia, Apocalipsis 22:13.